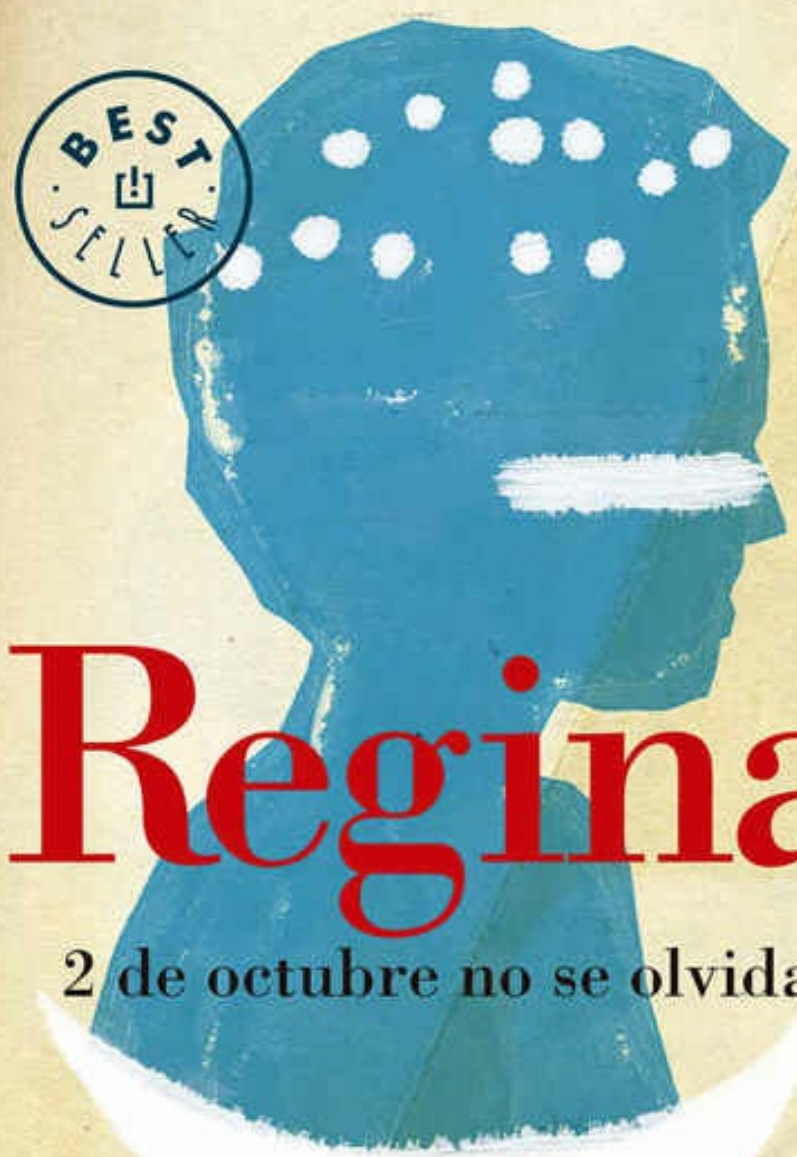
ANTONIO
VELASCO PIÑA

Regina

2 de octubre no se olvida

DEBOLSILLO

ANTONIO
VELASCO PIÑA



Regina

2 de octubre no se olvida

DEBOLSILLO

ANTONIO VELASCO PIÑA

Regina
2 de octubre no se olvida

DEBOLS!LLO

Capítulo I

El aguador derrama su cántaro

México se encuentra en el camino del Sol, y lo que se debe perseguir en él es el secreto de aquella fuerza de luz que hacía girar las pirámides sobre su base, hasta situarlas en la línea de atracción magnética del Sol.

ANTONIN ARTAUD,
México y Viaje al país de los tarahumaras

El nacimiento.

1

Reunión en la cumbre

Teotihuacan, “el lugar en donde los hombres se convierten en dioses”, la misteriosa ciudad erigida en el mismo sitio en que naciera el Quinto Sol, semejaba el abatido cuerpo de un gigante cuyos miembros yacían semisepultados y dispersos. Incontables siglos de olvido y abandono no habían logrado sepultar del todo a la imperial metrópoli. Los restos de sus antiguas edificaciones continuaban siendo insuperable ejemplo de grandiosidad y simetría.

Don Miguel y sus dos jóvenes hijos, tras descender del autobús de segunda clase que les condujera a la zona arqueológica, permanecieron largo rato en silencio, contemplando con la vista fija a la mayor de las pirámides, cuya colosal figura dominaba el paisaje. Después, al percatarse de que aún faltaba un buen rato para que el Sol llegase a la mitad de su diario camino, se dirigieron a un cercano puesto de refrescos.

Mientras bebía lentamente su refresco, la mirada de don Miguel se posó en el calendario que colgaba descuidadamente de una de las paredes del local donde se encontraba. La fecha de aquel día aparecía subrayada con lápiz rojo: 21 de marzo de 1948.

Un estremecimiento casi imperceptible, pero que ponía de manifiesto la profunda tensión que le dominaba, se reflejó por unos instantes en el rostro habitualmente inescrutable del Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl. Hacía ya más de cuatro siglos que los escasos mexicanos que habían logrado mantenerse en vela mientras el país dormía aguardaban, ansiosos, la llegada de esa fecha. A la memoria de don Miguel acudió el recuerdo de las últimas palabras de su padre, pronunciadas poco antes de su muerte:

—In ilhuitl, tolhuih, tehuatzin tiquittaz, tinemi.[1]

Una vez ingeridos sus refrescos los integrantes del trío se encaminaron en línea recta hacia la Pirámide Mayor, llamada del Sol. Nada en su aspecto exterior revelaba en ellos algo fuera de lo común. Su atavío era el usual entre campesinos de modesta condición que habitan en la región central de la República Mexicana. Sin embargo, cualquier atento observador no habría dejado de percatarse del vigoroso dinamismo que los caminantes revelaban en cada uno de sus movimientos. El ritmo de su marcha era semejante al que adquieren, tras de un largo entrenamiento, los integrantes de ejércitos altamente poderosos y disciplinados.

Los abundantes montones de basura, al igual que los desvencijados puestos de comida y baratijas colocados sin orden ni concierto por entre las ruinas, atestiguaban la escasa importancia

que los habitantes del país otorgaban a la que fuera antaño ejemplar modelo de ciudad sagrada.

Sin vacilación alguna, don Miguel y sus acompañantes llegaron hasta la base de la escalinata en la fachada principal de la Pirámide del Sol. Ellos eran los auténticos herederos de la última de las grandes culturas surgidas en México y, por tanto, en aquella trascendental ocasión les correspondía efectuar el ascenso por el lugar de honor.

Tras de observar el Sol y de advertir que éste se encontraba exactamente en el centro del cielo, los tres comenzaron a subir, lentamente, uno a uno los peldaños que conducían a lo alto del monumento. Acababan de iniciar su ascenso, cuando percibieron el súbito despertar de la poderosa energía almacenada en la pirámide. Una especie de extraña vibración, cuyos efectos resultaban casi imperceptibles a simple vista, pero de una fuerza tal que iba tornando difícil sostener el equilibrio, comenzó a dejarse sentir en toda la vasta estructura de la milenaria construcción.

Los escasos turistas que en esos momentos se encontraban en lo alto de la pirámide se apresuraban a tratar de bajar lo antes posible, así tuvieran que emplear manos y pies para lograr su empeño. Se escucharon asustadas voces en inglés y algunos gritos femeninos. Al parecer los turistas juzgaban que un terremoto era el causante de aquellas inusitadas vibraciones, que a cada momento iban cobrando mayor intensidad.

Don Miguel sonrió complacido. La rápida reacción de la pirámide constituía una evidencia segura de que en aquellos instantes otros Auténticos Mexicanos ascendían por los cuatro costados del gigantesco monumento, pues tan sólo la presencia de seres dotados de un elevado desarrollo espiritual —a los que antaño se denominaba Caballeros Águilas— podía explicar el hecho de que la pirámide hubiese despertado de su letargo de siglos y estuviese pronta a cumplir la elevada misión para la que había sido creada: transmitir a la Tierra las más poderosas energías existentes en el Universo.

El pequeño grupo había cubierto ya más de la mitad de su recorrido hacia la cumbre, cuando las vibraciones incrementaron considerablemente su potencia. Toda la pirámide semejaba una especie de inmensa campana estremeciéndose al impacto de rítmicos y fuertes golpes.

Al proseguir su ascenso, don Miguel se dio cuenta de que la creciente fuerza de las vibraciones estaba convirtiéndose en un obstáculo insuperable para la subida de sus hijos. Éstos jadeaban de continuo y sus rostros denotaban el enorme esfuerzo que estaban realizando. Sus contraídas facciones eran idénticas a las de aquellos que escalan una alta montaña y se ven privados del oxígeno necesario para el adecuado funcionamiento de sus pulmones. Con ademanes que ponían de manifiesto la derrota y frustración que les dominaba, interrumpieron simultáneamente su ascenso.

Un sentimiento de profunda angustia se adueñó del ánimo del Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl. La posibilidad de llegar a la cúspide y de encontrarse solo en ella le resultaba aterradora, pues si así sucedía, cuatro milenios tendrían que transcurrir para que volviesen a darse condiciones cósmicas tan favorables como las que existían aquel día. Desde lo más profundo de su ser, rogó al cielo que al menos tres de las personas que subían por los otros costados lograsen llegar hasta la cúspide.

La Pirámide del Sol era ahora —igual que en sus mejores tiempos— un firme lazo de

comunicación entre el Cosmos y la Tierra. Al comenzar a fluir por su conducto energías llegadas de lo alto, cesaron bruscamente las vibraciones que momentos antes la sacudían. Todo el enorme monumento adquirió de pronto una extraña tensión de indescriptible intensidad. Los pasos de don Miguel se hicieron lentos y pesados. La tensión era de tal grado, que el legítimo sucesor de los constructores de la pirámide llegó a temer le resultase imposible proseguir su avance, pues el espacio mismo parecía haberse transformado en un impenetrable sólido.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, don Miguel logró recorrer el último trecho que le separaba de la cumbre. No llegó solo, provenientes de las restantes caras de la pirámide arribaron junto con él tres personas más. Los rostros de los recién llegados revelaban la intensa preocupación que les dominaba. Era evidente que habían padecido por igual al suponer que nadie más lograría subir hasta aquel sitio.

Sin proferir aún palabra alguna, los cuatro únicos seres sobre la Tierra que en estricto derecho podían ostentar el nombre de Mexicanos procedieron a entrecruzar sus brazos y a unir sus manos, constituyendo así una cadena humana integrada por cuatro diferentes eslabones. Sus facciones no revelaban ya ansiedad alguna, por el contrario, eran la imagen misma de la seguridad y el poderío.

El sol, resplandeciente y vigoroso, figuraba un inmenso depósito de energía cuyo contenido se estuviese vertiendo a gran prisa sobre los seres que ocupaban la cúspide de la pirámide. Todas las fuerzas que sustentan e impulsan al Cosmos parecían haberse dado cita en aquel pequeño punto del Universo.

En el momento en que la concentración de energía llegó a su máximo, los cuatro integrantes de la cadena humana pronunciaron al unísono, con recio acento, su respectiva palabra: la palabra olmeca, la palabra zapoteca, la palabra maya, la palabra náhuatl.

Un chispazo de poderosa intensidad se produjo por sobre las cuatro cabezas y, al instante, desapareció por completo la anormal tensión que prevalecía en el ambiente, sobreviniendo una calma semejante a la que impera tras de un fuerte ciclón.

Al comprender que habían alcanzado su propósito, los integrantes de la reunión manifestaron en sus semblantes un común sentimiento de satisfacción. Acto seguido, sin intercambiar entre sí ningún comentario, empezaron a descender utilizando para ello los diferentes costados del monumento por los que habían llegado.

Mientras se aproximaba al lugar donde le esperaban sus hijos, don Miguel se dio cuenta de que junto a ellos se encontraba otra persona. En vista del escaso tiempo transcurrido a partir del momento en que la pirámide recobrara su cotidiana normalidad, resultaba evidente que aquel sujeto había logrado ascender por ella cuando ésta se hallaba en plena actividad, lo cual constituía una hazaña imposible de realizar para cualquiera que no estuviese dotado de facultades fuera de lo común.

Sin apresurar el paso no obstante su creciente curiosidad, el Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl observó con reconcentrada atención al inesperado visitante, advirtiendo de inmediato, para colmo de su sorpresa, que no se trataba de un indio: su aspecto físico dejaba ver que pertenecía al nuevo tipo de población que comenzara a surgir en el país cuatro siglos atrás, a resultas de la fusión entre los antiguos habitantes de México y los extranjeros llegados allende el mar.

Los hijos de don Miguel le aguardaban con miradas en las que se leía el desconcierto que les causaba la presencia del extraño, del cual se mantenían deliberadamente aparte, evidenciando así su voluntad de no establecer con él ninguna clase de comunicación.

—Buenos días —saludó el desconocido.

Don Miguel no contestó el saludo, concretándose durante un buen rato en escudriñar con penetrante mirada a la persona que tenía ante sí. Se trataba de un hombre joven, poseedor de recia y bien proporcionada figura. En su ovalado rostro resaltaban una nariz aguileña y una mirada que desbordaba curiosidad y entusiasmo. Todas sus facciones denotaban firmeza, pero había algo en ellas que hacía pensar en un trabajo aún no del todo terminado.

—¿Quién es usted? —inquirió don Miguel con acento cortante.

—Soy Uriel —respondió el interrogado, poniendo tal énfasis en la pronunciación de su nombre, que al parecer consideraba que éste contenía en sí mismo todas las respuestas a las posibles preguntas que sobre su persona pudieran formularle.

—¿Y qué es lo que quiere? —interrogó el Depositario de la Cultura Náhuatl.

—¡Quiero ser un Auténtico Mexicano!

Las pupilas de don Miguel reflejaron el destello de un relámpago, producto de su asombro. En lo más profundo de su ser comprendió lo que estaba ocurriendo: era el hijo que se presentaba a exigir la herencia que le correspondía. En muchas ocasiones, al advertir el constante incremento de los nuevos habitantes del país, se había preguntado cuánto tiempo faltaría para que alguno de ellos intentase convertirse en un Auténtico Mexicano, pero siempre había rechazado la idea de que semejante posibilidad estuviera próxima a cumplirse, estimando que la población no indígena era aún demasiado atolondrada e inmadura. Al percatarse de que había estado equivocado, afirmó con resignado acento:

—¡Sígame!

El interpelado no esperó a que le repitiesen dos veces la invitación y de inmediato se unió a la comitiva de don Miguel. Al tiempo que descendían por la empinada escalinata, comenzó a formular una retahíla de interrogaciones.

—Oiga, ¿qué fue realmente lo que ocurrió allá arriba? ¿Cómo pudieron lograr que se concentrase toda esa energía? ¿Hacia dónde la mandaron?

La catarata de preguntas molestó al Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl, pues le hizo ver que aquel joven era igual de ignorante que la inmensa mayoría de los habitantes del país, y que por tanto no sabía nada sobre el funcionamiento de las pirámides y menos aún sobre la enorme trascendencia de ese día. Durante un primer momento optó por guardar silencio, pero luego, al comprender que eran causas muy superiores a su simple voluntad las que habían determinado que tuviese a su cargo la difícil tarea de intentar hacer de ese sujeto un Auténtico Mexicano, decidió comenzar dicha labor cuanto antes. No queriendo dar la apariencia de haber accedido a contestar lo que se le preguntaba, don Miguel dirigió primero una amplia mirada a las derruidas construcciones de la ciudad sagrada, y luego, como si hablase más bien con sus invisibles moradores, afirmó con solemne acento:

—El mismo aliento que engendró, que dio sustento al Último de los Emperadores, ha descendido otra vez sobre la Tierra. El día de hoy ha nacido, una vez más, nuestro señor

Cuauhtémoc.

---

[1] El día, nuestro día, tú sí lo verás, lo vivirás.

2

El nacimiento

A través de su larga y poco conocida historia, la Aldea de los Reyes ha ido perfeccionando una especial habilidad para lograr que pasen del todo inadvertidos tanto la estancia en ella de destacados personajes como los singulares acontecimientos que en ese lugar suelen ocurrir.

Vecina de las poblaciones de Tlalmanalco y Amecameca, que en tiempos prehispánicos fueron asiento de importantes señoríos, la Aldea de los Reyes era en esa época, al igual que ahora, tan sólo medio centenar de modestas casas en torno a un pequeño templo. Sin embargo, en múltiples ocasiones, sacerdotes de elevado rango y poderosos señores habitaron en dicho lugar por largas temporadas procurando, por muy diversos motivos, que su permanencia transcurriese sin notoriedad alguna. Nezahualcóyotl, el perseguido príncipe de Texcoco, vivió escondido en esa aldea durante su adolescencia, burlando en esta forma a los sicarios del rey de Azcapotzalco, que desesperaban por encontrarlo para darle muerte.

Durante la época de la Colonia existió en la citada aldea una escuela de alquimistas, la cual logró mantenerse oculta a la vigilancia que ejercía la Inquisición en contra de esta clase de instituciones. Sor Juana Inés de la Cruz, que naciera en el cercano poblado de Nepantla, pasó en varias ocasiones regulares temporadas en la Aldea de los Reyes y, al parecer, no fue ajena a las enseñanzas que en medio de un gran secreto impartían los alquimistas a contadas personas.

•

—¡Qué hermoso lugar! —afirmó el ingeniero Richard Teucher, al tiempo que ayudaba a su esposa a descender del automóvil.

La lentitud de movimientos de la señora Citlali Pérez de Teucher, derivada de su avanzado embarazo, le impidió por unos instantes compartir los sentimientos de asombro ante el paisaje que privaban en el ánimo de su esposo. Una vez que hubo logrado bajar del vehículo, contempló a su vez con admiración el paraje que le rodeaba.

El lugar era bello de verdad. La cercana presencia de los nevados volcanes infundía a todo el ambiente una atmósfera de serenidad y grandeza. El Popocatépetl y el Iztaccíhuatl lucían en aquella soleada mañana esa mágica e indescriptible singularidad que les diferencia de cualquier otra pareja de montañas existentes en el mundo. Un airecillo frío y reconfortante, proveniente de

los bosques situados en las faldas de los volcanes, impregnaba todas las cosas con un suave olor a pino.

A escasa distancia del sitio escogido por Richard y Citlali para detener su automóvil, la antigua capilla colonial de la Aldea de los Reyes hacía sonar su campana con melancólico acento. Era domingo y estaba por celebrarse la única misa a la semana que tenía lugar en el templo. La mayor parte de los habitantes del lugar se encontraban ya en el interior del santuario.

Richard preguntó a un campesino sobre la dirección de la persona que buscaba. El interrogado señaló una casa situada a un centenar de metros, la cual destacaba marcadamente del resto de las construcciones de la aldea, pues mientras éstas eran pequeños jacales de adobe, la casa en cuestión revelaba no sólo una mayor amplitud, sino mejor calidad en los materiales. Sus muros eran de ladrillo rojo y su techo de dos aguas, por el que sobresalía el tiro de una chimenea, revestido con tejas de idéntico color.

La pareja se encaminó con pausado andar rumbo a la casa colorada. Se encontraban por llegar, cuando Citlali sintió unas fuertes punzadas en el vientre. No dijo nada por no alarmar a su marido, pero comenzó a pensar que quizás estaban equivocados los cálculos que fijaban la fecha del alumbramiento para varias semanas después.

Los moradores de la casa debían haber avistado ya a los visitantes, pues de su interior salieron una mujer de unos cuarenta años y un niño de doce.

—¡Qué bueno que vinieron! —exclamó la mujer—. Van a ver cómo este día de campo les cae muy bien; pasen para que conozcan la casa.

En el instante mismo de traspasar el umbral, su organismo hizo saber a Citlali que el acontecimiento tan largamente esperado estaba próximo a cumplirse. La súbita palidez en el rostro de su esposa advirtió a Richard de la situación. Con voz tartamudeante a causa de los nervios, el ingeniero manifestó su intención de retornar cuanto antes a la ciudad.

Tomando a su mujer del brazo, pretendió ayudarla a desandar sus pasos, pero ella, tras de un momento de fugaz vacilación, decidió quedarse. Un sentimiento surgido repentinamente en lo más profundo de su ser, le había infundido la certeza de que era precisamente en aquel lugar en donde debía ocurrir el nacimiento.

—No se preocupen, allá en Guerrero ayudé a recibir a muchos niños y todos llegaron bien — las palabras de la dueña de la casa y particularmente el tono de segura confianza con que fueron pronunciadas, terminaron por hacer desistir a Richard de su inicial propósito de tratar de llegar al hospital más cercano.

Atendiendo a las indicaciones de su madre, el niño de la casa salió corriendo a la iglesia a llamar a doña Serapia, la anciana mujer que desde una época que ya nadie recordaba venía fungiendo como partera en la aldea.

En cuanto hubo llegado doña Serapia, las mujeres comenzaron con gran prisa a efectuar los preparativos para atender el nacimiento. Lo primero que hicieron fue ordenar a los hombres que abandonasen la habitación. Richard y el niño pasaron al cuarto contiguo. El ingeniero mostraba síntomas de creciente preocupación. El niño le observaba curioso, evidentemente complacido de que se estuviese desarrollando en su casa tan imprevisto suceso.

Al tiempo que paseaba por la estancia, la atención de Richard se vio atraída por la hoja de

calendario que señalaba la fecha de ese día: 21 de marzo de 1948.

—Hoy es un día muy importante —afirmó el ingeniero dirigiéndose aparentemente a su acompañante, pero en realidad hablando más bien consigo mismo—. Los astrólogos dicen que hoy se inicia una nueva Era, la Era de Acuario.

Al darse cuenta de que el muchacho le escuchaba con expresión de no haber comprendido nada, Richard trató de darse a entender.

—Cada dos mil años cambia una era, la anterior se llamó de Piscis y tenía como símbolo dos peces, la que comienza este día será la de Acuario y su símbolo es un aguador derramando su cántaro.

La pretendida explicación sobre las Eras Astrológicas y sus símbolos no sólo resultó ininteligible para el niño, sino que terminó por aburrirlo. Saliendo de la casa comenzó a entretenerse con una resortera y una lata vieja que utilizaba como blanco.

Richard volvió a sus nerviosos paseos por la habitación, pero al poco rato, optó por dejar la casa y deambular por el amplio terreno de sembradío situado frente a ésta.

La frescura del aire produjo de inmediato un tranquilizador efecto en el ánimo de Richard. La contemplación de la tan particular figura del Iztaccíhuatl, semejante rasgo por rasgo a una mujer yacente, hizo surgir en su mente la segura convicción de que, al igual que su esposa, aquella montaña se encontraba también al final de un largo embarazo y próxima a dar a luz.

Al tiempo que se ensimismaba en la contemplación del femenino volcán, la memoria de Richard comenzó, en forma del todo involuntaria, a extraer recuerdos de antiguos sucesos. Hechos ocurridos en un lejano pasado desfilaban ahora en su interior sin orden ni concierto.

El sol, en lo alto del cielo, estaba a punto de llegar exactamente a la mitad de la bóveda celeste.

•

La ciudad de Wiesbaden, famosa en Alemania por sus balnearios de aguas termales, no interrumpió en lo más mínimo su ritmo normal de actividades el día 27 de mayo de 1895, fecha en que naciera un niño de la familia Teucher. El recién llegado fue bautizado con el nombre de Richard, en honor del conocido compositor germano de idéntico nombre y de apellido Wagner.

La infancia y primer juventud de Richard Teucher transcurrieron dentro de un ambiente de feliz normalidad. Pertenecía a una familia de modesta clase media y, salvo un carácter particularmente sensible y generoso, su personalidad no denotaba nada que pudiera calificarse de extraordinario. Cuando tenía quince años adoptó una resolución que aparentemente no revestía mayor importancia, pero de la cual se derivarían posteriormente decisivas consecuencias. Al encontrarse de visita en una pequeña finca, le tocó presenciar el sacrificio de una res destinada a servir de alimento. Profundamente impresionado por tan repugnante espectáculo, se juró a sí mismo no volver a ingerir jamás carne de animal alguno.

Richard se encontraba cursando el primer año de la carrera de ingeniería, cuando el asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando de Austria, el día 28 de junio de 1914, dio origen

al estallido de la Primera Guerra Mundial.

El conflicto armado vendría a modificar radicalmente la trayectoria de la hasta entonces apacible vida de Richard. Al ser llamado a filas, el joven se presentó ante las autoridades de reclutación para manifestarles que se negaba a tomar las armas. Consideraba que resultaría absurdo el haber adoptado una dieta vegetariana con miras a evitar ser la causa del dolor y la muerte en los animales, mientras por otra parte se dedicaba a tratar de exterminar al mayor número posible de sus semejantes.

El arrebato bélico que imperaba en todas partes se prestaba muy poco a la manifestación de sentimientos pacifistas. Richard no sólo sufrió la repulsa de parientes y amigos, sino que fue juzgado y recluido en prisión. El periodo inicial de su estancia en la cárcel constituyó un verdadero martirio. El director del presidio era un anciano oficial de infantería, hondamente resentido por el hecho de que su avanzada edad le impedía participar en la guerra. Ante el severo juicio del militar la conducta de Richard escondía tan sólo la más denigrante cobardía. Al enterarse de que el nuevo recluso era vegetariano, ordenó se le dieran exclusivamente platillos elaborados con carne.

Durante varias semanas Richard sobrevivió ingiriendo agua como único alimento. Poco a poco fue debilitándose hasta caer en un estado de grave anemia que de seguro le habría llevado a la muerte. Se salvó, por contradictorio que ello pueda parecer, merced precisamente a la indeclinable fidelidad que había manifestado en favor de las convicciones que lo tenían en tan lamentable estado. Al percatarse el director de la prisión de que no era la cobardía lo que determinaba el proceder del joven, cambió su actitud para con él, y si bien ésta continuó siendo rigurosa en extremo, permitió al menos que se le proporcionase una comida exenta de cualquier asomo de carne.

Al finalizar la guerra Richard pudo salir de la cárcel, pero era ya otra persona del todo diferente a la que cuatro años atrás ingresara al presidio. Durante aquel tiempo había reflexionado largamente sobre lo que en verdad deseaba hacer con su existencia, llegando a la conclusión de que tenía que encontrar un camino que le condujera a un auténtico desarrollo espiritual. Las vías convencionales que para lograr este fin se abrían ante él no le satisfacían. Los horrores de la pasada contienda le habían hecho sentir un profundo escepticismo respecto a la validez de la cultura occidental, cuyas instituciones más representativas habían resultado impotentes para detener la atroz matanza.

Así pues, aun cuando reanudó sus estudios de ingeniería, lo hizo con el exclusivo propósito de contar con un instrumento que le garantizase un medio de vida, pero su determinación ya estaba tomada: se dirigiría a la India en cuanto ello le fuese posible, para buscar en aquellas antiguas tierras la forma de dar cumplimiento a sus afanes de progreso interior.

A la vez que cursaba sus estudios profesionales, Richard procuró irse capacitando en el conocimiento de las corrientes de pensamiento surgidas en la región de los vedas. Leyó una gran cantidad de literatura al respecto y se inició en el aprendizaje del hindi, uno de los principales idiomas que se hablan en la península indostánica. En esa forma, una vez obtenido su título de ingeniero, no le resultó particularmente difícil conseguir empleo en una compañía inglesa dedicada a la construcción de ferrocarriles en la India, lugar al que arribó, lleno de grandes

esperanzas, en septiembre de 1924.

Una larga serie de fracasos y desilusiones aguardaban a Richard durante su permanencia en la India. En contra de lo que esperaba, no existía el ambiente de favorables condiciones para el desenvolvimiento del espíritu que había soñado encontrar por doquier. La explotación colonial, el fanatismo y la miseria constituían las características sobresalientes y determinantes en la vida del país. A pesar de que en muchos lugares existían señales que denotaban que en alguna medida el milenario saber de los yoguis seguía vivo y operante, en la práctica resultaba imposible establecer contacto con los guardianes de dicho saber, pues éstos actuaban con la mayor de las reservas, sin que al parecer les interesase la existencia de un extranjero deseoso de llegar hasta ellos para adquirir sus valiosas enseñanzas.

En una ocasión, el ingeniero germano creyó haber encontrado al Maestro que buscaba. Un sujeto de ascética apariencia y feroz mirada lo aceptó como discípulo, iniciándolo en la ejecución de complicados ejercicios. Pero aquel hombre no era en realidad un yogui, sino tan sólo un faquir deseoso de vender a buen precio sus refinadas técnicas para el dominio del cuerpo. Tras de un largo y agotador aprendizaje, Richard comenzó a desarrollar algunas facultades especiales para el control del organismo, pero sus aspiraciones de encontrar un camino de perfeccionamiento espiritual continuaron muy lejos de verse realizadas. Al comprender que aquellos esfuerzos no habrían de aproximarlo a la meta deseada, Richard interrumpió su diaria gimnasia física y cayó en una profunda depresión. Enfermo del cuerpo y alma tuvo que ser internado en un sanatorio.

En virtud de su bondadoso carácter y comprobada eficiencia profesional, el germano se había ganado el aprecio de sus británicos jefes. Uno de ellos, poseedor de valiosa experiencia en lo tocante a los conflictos del alma humana, le aconsejó abandonar cuanto antes la India y continuar su búsqueda en nuevos horizontes. Junto con el consejo venía el ofrecimiento de intentar conseguirle empleo en una compañía inglesa dedicada a la explotación petrolera en México.

Sin saber aún si tendría algún sentido proseguir en otra parte su empeño de desarrollo interior, Richard aceptó la proposición que se le hacía, iniciando las gestiones para su traslado de empresa y continente. En enero de 1930, enflaquecido y pesimista, arribó al puerto de Veracruz.

El abatido alemán no encontraría tampoco en México al tan anhelado Maestro que le condujese por el sendero del ascenso espiritual; hallaría en cambio algo que borró en él todo sentimiento de frustración y dio una nueva finalidad a su existencia: una esposa.

En la población de Tamuín (San Luis Potosí) Richard conoció a Citlali, joven indígena originaria de dicho lugar. La atracción entre ambos fue inmediata y total, como sólo puede darse entre esa privilegiada minoría que logra convertir en realidad el ideal al que todos aspiran y muy pocos pueden conquistar: alcanzar la unidad mediante la complementaridad.

Citlali poseía toda la dulzura y fortaleza de las antiguas princesas indias. En su ovalado rostro de finas facciones unos llamativos ojos negros irradiaban energía y carácter. Su cuerpo, de pequeña estatura, ponía de manifiesto en todos sus movimientos cierta natural elegancia a la par que vigorosa elasticidad. No había asistido nunca a la escuela, pero tenía una despierta inteligencia y una superior intuición. Toda su vida había transcurrido en el pequeño mundo integrado por la parcela familiar y el puesto de frutas que atendía en el mercado, sitio en donde Richard la conociera.

En contra de la bien fundada opinión que podría haber expresado cualquier persona juiciosa, las diferencias de la más variada índole existentes entre la pareja no constituyeron obstáculo alguno para su armónica integración. Desde el primer momento los dos trataron de dar lo mejor de sí mismos a su contraparte, alcanzando plenamente su propósito.

Deseoso de arraigarse para siempre en México, Richard inició las gestiones tendientes a lograr la ciudadanía de este país. Asimismo, renunció a su cargo dentro de la compañía inglesa e invirtió sus ahorros en la creación de una pequeña fábrica de productos químicos. Lentamente su industria fue prosperando, hasta convertirse en un negocio de regular consideración.

Existía tan sólo un importante aspecto que permanecía incompleto en la vida de los Teucher: los años transcurrían sin la llegada de un vástago. Todos los doctores consultados al respecto emitían siempre idéntico diagnóstico. No había causa orgánica alguna que impidiese la procreación, ni podía darse una explicación del por qué ésta no se producía. Muy a su pesar, la pareja concluyó que tendría que resignarse a no contar con descendencia.

Al iniciarse el año de 1947, los Teucher decidieron efectuar un viaje por la India. Los numerosos relatos que Richard había hecho a su esposa de cuanto viera y le aconteciera en aquellas tierras, habían despertado en ella un enorme interés por conocerlas.

El matrimonio se encontraba visitando un templo en la población de Shahjahnpur, ubicada en el norte de la India, cuando notó con sorpresa que había llamado poderosamente la atención de un lama tibetano que realizaba un peregrinaje en aquel lugar. Gracias a que Richard hablaba hindi y este idioma era conocido igualmente por el tibetano, pudo establecerse la comunicación. No se trataba de un lama cualquiera, sino de Tschandzo Tschampa, uno de los principales dirigentes del monasterio de Sera, el cual era en ese entonces el segundo por su importancia y número de todo el Tíbet.

Con profundo asombro, Richard escuchó y transmitió a su esposa las palabras del lama. El dignatario tibetano había visto en ellos señales inequívocas de que muy pronto serían los padres de un Avatar, esto es, de un ser en el que encarnan energías de un orden superior a las que constituyen a los seres humanos ordinarios.

El lama debía tener una confianza absoluta en la certeza de su predicción, pues tras de formular tan inesperado vaticinio, expresó su convencimiento de que el matrimonio debía trasladarse cuanto antes al Tíbet, con objeto de que fuese ahí donde sobreviniese el nacimiento. En esta forma, concluyó, la apropiada educación que el Avatar habría de requerir quedaría completamente garantizada, ya que desde un principio estaría a cargo de los más sabios instructores con que contaba el monasterio de Sera.

Desconcertado ante la jamás imaginada propuesta, Richard titubeaba sin saber qué responder. Tras de consultar el parecer de Citlali, ésta expresó con firmeza su opinión: agradecía sinceramente el ofrecimiento que aseguraba una elevada educación para el ser que tal vez llegase a concebir; sin embargo, se oponía terminantemente a marchar de momento al Tíbet, pues deseaba que el nacimiento ocurriese en México y no en otro sitio, ya después se encaminaría al monasterio indicado por el lama.

El lama Tschandzo Tschampa aceptó sin discutir la proposición de Citlali. En la tarde de ese mismo día hizo entrega de un documento con su firma y el sello oficial del gobierno tibetano,

mediante el cual se otorgaba a la pareja y al ser que ésta aún no engendraba, un salvoconducto para penetrar en el Tíbet y llegar hasta el monasterio de Sera, ubicado en las afueras de Lhasa, la capital sagrada del lamaísmo. Aquel documento constituía una rara excepción a la estricta norma que prohibía el acceso de extranjeros al país de las nieves eternas, que hasta entonces había logrado mantenerse en un cerrado aislamiento.

Esperanzados, pero temerosos de estarse forjando ilusiones que tal vez no habrían de realizarse, los Teucher regresaron a México. Citlali tenía cuarenta y tres años y Richard cincuenta y dos, edades que si bien por sí mismas no descalificaban para la procreación, tampoco pueden considerarse como las más apropiadas para ello, máxime tomando en cuenta los nulos resultados obtenidos al respecto hasta esas fechas.

Aún no tenían tres meses de haber retornado a sus actividades cotidianas, cuando Citlali comunicó a su esposo la buena nueva: estaba embarazada sin lugar a dudas.

A partir de aquel instante, los esposos comenzaron a prepararse metódicamente para el radical cambio de vida que les aguardaba. Firmemente decididos a encaminarse al Tíbet en cuanto tuviese lugar el alumbramiento, vendieron no sólo el negocio que les sustentaba, sino también sus demás propiedades. Con el importe obtenido adquirieron un pequeño lote de diamantes, estimando que en esta forma su pequeña fortuna podría ser siempre fácilmente transportable y negociable. Richard se hallaba dominado por un intenso júbilo. El saber que su hijo contaría desde pequeño con la ayuda necesaria para lograr una elevada espiritualidad, le compensaba con creces de la frustración que acarreaba en lo íntimo de su ser, derivada de no haber podido alcanzar un superior estado de conciencia. La alegría de Citlali era tranquila y silenciosa pero igualmente profunda. Su clara intuición le inspiraba la certeza de que la profecía anunciada por el lama habría de cumplirse y que el ser, de cuyo desarrollo su cuerpo no dejaba de informarle, estaba llamado a cumplir una misión cuya trascendencia no podía ni siquiera imaginar.

Meses de impaciente espera habían transcurrido. El Sol del equinoccio que anunciaba el inicio de la Era de Acuario se hallaba en la cúspide. El momento había llegado.

•

El estallido de un llanto recio y prolongado desgarró la apacible quietud que prevalecía en la Aldea de los Reyes. La señorial pareja de volcanes, gigantesco símbolo de la dualidad creadora, pareció dar muestras de querer poner término a su sueño ancestral. Provenientes de las recónditas interioridades de ambas montañas se escucharon por unos instantes estremecedores ruidos, mientras la tierra se sacudía a resultas de un temblor de considerable intensidad. Richard interrumpió al punto sus añoranzas y se lanzó a toda prisa hacia la casa colorada, penetró en ella seguido muy de cerca por el niño que ahí habitaba, el cual, portando aún su resortera en la mano, acudía también a indagar el resultado del parto.

Una cansada pero gozosa expresión se reflejaba en el semblante de Citlali, quien mantenía apretando un pequeño cuerpecito contra el suyo, al tiempo que le hablaba en náhuatl con infinita dulzura:

—Nocozque, noquetzale, otiyol, otitlacat, otitlalticpac quixtico.[1]

Durante un buen rato Richard se mantuvo en silencio, temeroso de romper la plasticidad de la perfecta estampa de amor materno que tenía ante sus ojos. Al percatarse de su presencia, Citlali esbozó una alegre sonrisa y con cierta chispeante picardía en la mirada, como si supiese de antemano el efecto que sus palabras habrían de producir, afirmó con festivo acento:

—Fue niña.

Al escuchar la noticia todo el organismo de Richard manifestó sin ambages el más completo asombro: su rostro se contrajo en un gesto de profundo estupor y su cuerpo, que había iniciado un movimiento de aproximación hacia el catre donde se encontraban Citlali y la recién nacida, trastabilló y estuvo a punto de caer.

Al advertir el desconcierto del esposo, doña Serapia y la dueña de la casa que se encontraban todavía junto al lecho de la parturienta, estallaron en francas risotadas.

Con su cascada voz de anciana, doña Serapia sentenció:

—El volcán y la volcana se alegraron con este nacimiento. Ellos son los padrinos de la niña y ella hará moverse al mundo. No hay de otra.

Aún bajo el efecto de la confusión que le dominaba —pues siempre había dado por seguro que el Avatar que el lama presagiara tendría que ser varón— Richard se inclinó emocionado a contemplar a su hija.

El cuerpo de la pequeña se retorcía friolento y desvalido entre los brazos de su madre. Los entrecerrados ojillos y el estremecimiento de todo su ser evidenciaban el intenso trauma que ocasiona a los seres humanos su llegada a este mundo.

Richard se sentó en el lecho y rodeó suavemente con sus brazos los cuerpos de su esposa y de su hija. Era aquél un momento que ambos esposos habían deseado y esperado durante muchos años. La excitada voz del niño de la casa les sacó de su ensimismamiento:

—Toda la gente de la aldea está allá afuera, quieren ver a la niña.

En efecto, para los habitantes de la Aldea de los Reyes no había pasado inadvertido el hecho de que aquel nacimiento había ocurrido mientras la tierra se estremecía y los volcanes proferían enigmáticos sonidos. En forma intuitiva, los campesinos veían en aquellos sucesos el presagio de un excepcional destino para el nuevo ser.

—Que por favor esperen tantito, es necesario bañarla —afirmó Citlali, al tiempo que entregaba su preciada carga a doña Serapia.

La anciana procedió a sumergir con sumo cuidado a la niña en una bandeja que contenía agua previamente calentada. No se trataba de agua de río ni extraída tampoco del interior de la tierra. El líquido del que se abastecía la aldea llegaba hasta el lugar proveniente del deshielo de los volcanes.

Una vez bañada y envuelta en un limpio lienzo de algodón, la pequeña estuvo lista para recibir a sus visitas. Éstas eran cerca de un centenar de moradores de la aldea y sus alrededores. Al tiempo que desfilaban frente a los padres y la recién nacida, los campesinos expresaban con sencillas frases sus mejores deseos de un venturoso porvenir para la niña. Melquiades, el anciano limosnero, no se concretó a pronunciar tan sólo amables palabras, sino que con tímido ademán depositó un obsequio al pie de la cama. Se trataba de un bulto envuelto en un ayate. El fuerte

zumbido proveniente del envoltorio revelaba la índole de su contenido: un panal de abejas que constituía el único patrimonio del ser más pobre de toda la aldea.

El desfile de visitantes estaba por concluir, cuando hizo su aparición en la casa el sacerdote que acudía todos los domingos a celebrar una misa en la aldea. Tras de felicitar a los progenitores, preguntó a éstos si ya habían pensado en la fecha en que tendría lugar el bautizo. Los esposos intercambiaron miradas. La compenetración entre ambos era de tal grado, que no precisaron hablar para adoptar al respecto una unificada opinión.

—Quisiéramos que fuera ahora mismo —afirmó Richard.

Sin mayores preámbulos, el sacerdote dio comienzo al ritual del bautismo. Al aproximarse el momento en que habría de derramar un poco de agua sobre la cabecita, interrogó a los padres sobre el nombre que pondrían a su hija.

Con voz que no denotaba vacilación alguna, pero que no parecía provenir de ella sino más bien tener un misterioso y desconocido origen, la madre respondió:

—Regina.[2]

Nadie supo jamás el porqué de aquel nombre, sin embargo Citlali presintió con certeza que éste encerraba, en su oculto significado, todo el destino que aguardaba a la recién nacida.

---

[1] Collar mío, plumaje mío, tuviste vida, naciste, saliste a tierra.

[2] En latín significa reina.

Capítulo II

El último y el primero

...en el arte monumental olmeca se entremira la toma de posesión de una dimensión a la que fuera de Dios, sólo el hombre tiene acceso: la dimensión sagrada. Los hombres de piedra olmecas eran hombres sagrados cuya monumentalidad nacía del impulso de establecer y reflejar eternamente la conciencia del orden cósmico.

BEATRIZ DE LA FUENTE,
Los hombres de piedra

El retorno del pasado.

1

El niño que soñaba ser arquitecto

La luminosidad del nuevo día, al filtrarse por entre las cortinas del viejo ventanal, despertó súbitamente al niño. Con rápidos ademanes Uriel comenzó a incorporarse mientras se preguntaba extrañado por qué su madre no había acudido a despertarle. De improviso recordó que no tendría que asistir ese día a la escuela pues era sábado.

Gratamente complacido ante la perspectiva de un día sin otra ocupación que la de jugar con sus amigos, Uriel se acurrucó de nuevo en el lecho disponiéndose a dormir otro buen rato. Recién comenzaba a conciliar el sueño, cuando el cercano golpetear de numerosas piquetas le hizo reincorporarse con brusco sobresalto. Intrigado bajó de su cama y abrió la ventana para asomarse a la calle. Muy pronto descubrió el origen del ruido: un grupo de albañiles estaba derribando la fachada de la planta baja del edificio en donde habitaba.

La inicial curiosidad del niño se transformó al instante en un sentimiento de temor, pues lo que contemplaba le llevó a la conclusión de que aquellos hombres se disponían a echar por tierra el edificio de vecindad que le viera nacer y en el que había vivido los diez años que integraban su existencia. Tras de vestirse a toda prisa, Uriel abandonó su minúsculo cuarto. La otra habitación —un aposento de regulares dimensiones que fungía a un mismo tiempo como cocina, comedor y recámara de los padres del niño— estaba vacía. Uriel supuso que su madre debía haberse marchado al mercado y que su padre se encontraría desempeñando su cotidiano trabajo de cartero. Firmemente decidido a indagar lo que estaba ocurriendo, salió de la vivienda y descendió por la escalera que conducía al exterior.

En la esquina de las calles de Brasil y Bolivia —ubicadas en la parte más antigua de la ciudad de México— media docena de albañiles demolían el revestimiento de la planta baja del viejo edificio allí existente. Sus barretas y zapapicos hacían saltar por doquier gruesos pedruscos, produciendo con ello una densa polvareda.

Con preocupada voz Uriel preguntó a los trabajadores si se proponían derribar toda la vecindad. Sus palabras provocaron la risa de los albañiles. Uno de ellos respondió con irónico acento que ésa era precisamente su intención, y que pensaban hacerlo tan de prisa que de seguro muchas personas no alcanzarían a salir y morirían aplastadas bajo los escombros que les caerían encima.

El *maistro* que dirigía la obra, un anciano de bondadosa mirada y rostro carcomido por cicatrices de viruela, intentó tranquilizar al asustado Uriel, indicándole que tan sólo estaban

derribando parte de la fachada para luego sustituirla por otra más moderna.

Las explicaciones del anciano serenaron el ánimo del niño pero no agotaron su curiosidad. Durante el transcurso de la mañana permaneció ensimismado observando la labor de los albañiles. No sólo rechazó las reiteradas invitaciones de sus amigos del barrio para participar con ellos en los juegos de costumbre, sino que incluso su madre, al retornar del mercado, tuvo que hacer uso de regaños y amenazas para convencerle de que abandonase por unos instantes su contemplativa actitud y entrase a la vivienda a ingerir su desayuno.

Al principio muy lentamente, pero luego con creciente celeridad, fue apoderándose de Uriel la extraña certidumbre de que el edificio era un ser vivo que estaba sufriendo intensamente a resultas de la labor que realizaban en él los albañiles. Simultáneamente a dicha certidumbre, el pequeño fue presa de un sentimiento que si bien resultaba indefinible en palabras, era percibido por su espíritu con perfecta claridad: presintió que tanto él como la casa y todo cuanto le rodeaba y existía eran una sola y misma cosa, y que por tanto, lo que estaba ocurriéndole al edificio —al igual que cuanto pudiera acontecerle a cualquier otro ser u objeto— le afectaba en forma directa y determinante.

En cuanto finalizó la mañana, los trabajadores suspendieron sus labores, pero a Uriel le resultó imposible movilizarse del rincón en que se encontraba. Sus paralizados miembros se negaban a obedecerle y todo su organismo se estremecía bajo los efectos de una altísima fiebre. Al percatarse del estado del niño, el *maistro* tomó en sus brazos el convulso cuerpecito y lo condujo hasta donde se encontraba la madre del pequeño, la cual, profundamente alarmada, le llevó de inmediato a la casa de un médico que vivía a tan sólo una cuadra de distancia.

Tras de examinar a Uriel —y no logrando encontrar la causa de la fiebre— el doctor optó por recetar una surtida variedad de medicamentos. Ninguna de las medicinas prescritas produjo efecto alguno. La alta temperatura que prevalecía en el enfermo prosiguió inalterable. En su agitado sueño, la mente del niño era presa de alucinantes pesadillas, en ellas dialogaba largamente con toda clase de edificios y casas viejas, escuchando un mismo ruego formulado con desesperado acento: que no se les demoliese, pues ello era asesinarles, ni tampoco se les dañase con obras que modificaban radicalmente su original fachada y estructura.

Al llegar el lunes los trabajadores reanudaron sus labores en el edificio, pero antes de dar comienzo a las mismas, el *maistro* albañil subió hasta la vivienda de la familia de Uriel para inquirir sobre la salud del chiquillo. Éste continuaba sin dar señales de mejoría, sin embargo, la simple presencia del visitante pareció infundirle nuevos ánimos, pues superando el pesado letargo que le dominaba, logró exponer con entrecortadas frases las aterradoras imágenes de sus sueños.

Tras de escuchar el relato del niño tocó el turno al anciano de revelar sus propias experiencias. Con un hablar sencillo, pero que ponía de manifiesto una inteligencia natural y una profunda sensibilidad, manifestó que él también había presentido en múltiples ocasiones que las casas poseían sentimientos; el gran pesar de toda su existencia había sido, precisamente, poder intuir los justos reclamos de las construcciones y no estar capacitado para atenderlos a causa de su incultura, pues ello era misión de los arquitectos, pero no de cualquiera, sino únicamente de los más sabios.

Concluida la visita, el *maistro* se dirigió a donde le aguardaban sus operarios para continuar

la obra. A sus espaldas dejaba a un niño sumergido en un verdadero torrente de reflexiones, ensueños y proyectos.

Durante el transcurso de aquel día, que habría de resultar decisivo en su vida, el pequeño Uriel no sólo recuperó la salud en forma tan inexplicable como la había perdido, sino que descubrió con precoz certeza su auténtica vocación: sería arquitecto y lograría reparar toda clase de edificios, tomando siempre en cuenta los particulares sentimientos de cada uno de ellos.

El descubrimiento de Uriel respecto a su latente vocación de arquitecto no se tradujo en un pasivo aguardar la realización de sus propósitos para un lejano futuro. A partir del que fuera su primer contacto con los operarios de la construcción, el niño cambió radicalmente sus habituales costumbres. En lugar de dedicar los fines de semana y los periodos de vacaciones a jugar con sus amigos de la vecindad, comenzó a trabajar como ayudante de albañil bajo las órdenes del bondadoso y cacarizo *maistro*. En esta forma, se inició desde abajo en la práctica de una de las más antiguas profesiones, muchos de cuyos instrumentos, por su valiosa utilidad a la par que extrema sencillez, han perdurado inalterables a través de los siglos. La pala y la plomada, al igual que la "cuchara" y la barreta, comenzaron a revelar al pequeño aprendiz sus secretos y mejor forma de empleo.

Al mismo tiempo que se iniciaba en el duro oficio de albañil, Uriel principió también a poner de manifiesto un vivo interés por el ejercicio del dibujo. Su maestra de escuela se percató de las evidentes facultades que poseía para esta actividad, y no estando personalmente en posibilidad de ayudarlo a desarrollarlas, buscó a quien mejor pudiera hacerlo. Un profesor de dibujo en escuelas preparatorias —sobrino de la maestra— aceptó dar clases sin remuneración alguna al imberbe aspirante a arquitecto.

Entusiasmado ante el empleo que podía darse a sus recién descubiertas aptitudes como dibujante, Uriel se pasaba horas enteras copiando en el papel las más diversas construcciones. En sus dibujos podían apreciarse con toda claridad los diferentes sentimientos que en éstas predominaban. Había casas alegres y monumentos arrogantes, así como decrépitos edificios pletóricos de recuerdos y añoranzas. Su propia vecindad, uno de los temas que más gustaba repetir, revelaba en todos los bocetos una conmovedora aflicción. Las obras que con un afán modernizante se habían ejecutado en la fachada de su planta baja rompían toda la armonía del edificio, originando en éste una vergüenza semejante a la de exhibir un tumor en el rostro.

Uriel se encontraba cursando el primer año de preparatoria cuando falleció el *maistro* con quien trabajaba desde pequeño. Tanto los albañiles como muchos de los clientes del desaparecido, insistieron ante el joven para que éste se hiciese cargo de las obras que habían quedado por ejecutar, o sea, le instaron a que se convirtiera a su vez en maistro. Uriel se opuso al principio, pues estimaba que aún no contaba con la suficiente experiencia, pero luego terminó por aceptar, poniendo como única pero inflexible condición, la de efectuar tan sólo trabajos que implicasen la restauración de antiguas construcciones, los cuales se efectuarían siempre respetando escrupulosamente la estructura original.

Como es lógico suponer, con tan exclusivista criterio en lo tocante a la selección de clientela ésta no iba nunca a resultar muy numerosa. Eran los años de la Segunda Guerra Mundial y un pequeño sector de la sociedad mexicana estaba en pleno auge económico. Voraces mercaderes

adquirían por doquier viejas edificaciones, y sin importarles en lo más mínimo su antigüedad, en ocasiones varias veces centenaria, procedían a demolerlas para sustituirlas por otras mucho más redituables. Ante el criterio de semejantes personas, la actitud de un *maistro* albañil que se empeñaba en mantener inalterable toda obra proveniente del pasado constituía una ridícula y absurda pretensión.

Existía, sin embargo, alguien que estaba destinado a comprender los propósitos que determinaban la conducta de Uriel y que habría de proporcionarle invaluable orientación y ayuda: el señor Manuel Toussaint, máximo especialista de aquel entonces en todo lo relativo al arte colonial mexicano.

El señor Toussaint venía librando en México, desde tiempo atrás, una desesperada batalla por evitar la destrucción de la preciada herencia colonial en materia arquitectónica. Para lograrlo, escribía de continuo libros y artículos tendientes a disipar la profunda ignorancia del gran público sobre estas cuestiones. De igual forma promovía la creación de patronatos que se hicieran cargo de preservar los más importantes edificios coloniales existentes en las distintas regiones del país.

La iglesia de Santo Domingo en la ciudad de México, considerada como uno de los mejor logrados ejemplos del estilo barroco, amenazaba con venirse abajo a resultas del abandono en que se le tenía. El señor Toussaint consiguió los fondos necesarios para atender los daños más urgentes y personalmente comenzó a dirigir las reparaciones. La vecindad en la cual habitaba la familia de Uriel estaba situada a escasos metros del templo. Era en ese santuario en donde Uriel había sido bautizado y en el que recibiera su primera comunión. En muchos de sus dibujos la iglesia aparecía bellamente representada, manifestando siempre la amarga tristeza que el descuido y el abandono generaban en ella. En cuanto dieron principio las obras de restauración, Uriel se presentó en compañía de sus operarios a ofrecer sus servicios, los cuales fueron contratados por el señor Toussaint.

A través del común enfrentamiento a los problemas que la obra planteaba, fueron surgiendo profundos lazos de afecto entre el joven *maistro* y el prestigiado especialista. Uriel descubrió muy pronto que el señor Toussaint no era tan sólo una asombrosa enciclopedia ambulante en cuestiones coloniales, sino alguien que también poseía la misteriosa facultad de poder percibir los sentimientos de los edificios y en general de todas las cosas tenidas comúnmente como inanimadas. Tras de dar término a la reparación del templo de Santo Domingo, el señor Toussaint continuó empleando a Uriel y a sus operarios en todos los casos en que lograba conseguir donativos de instituciones y particulares para la restauración de alguna construcción colonial.

Una vez concluidos sus estudios de preparatoria, Uriel ingresó al primer año de arquitectura en la Escuela de San Carlos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Muy pronto habría de ser considerado por maestros y compañeros como el alumno más destacado de la generación. Su comprensión de las diversas materias que en las aulas se impartían era de tal grado, que más bien parecía estar recordando olvidadas enseñanzas que aprendiendo nuevos conocimientos.

La labor que realizaba el señor Toussaint recibió finalmente el reconocimiento de las autoridades. El general Manuel Ávila Camacho, presidente de la República (1940-1946), le otorgó el nombramiento de director del Departamento de Monumentos Coloniales. En cuanto tomó posesión de su cargo el flamante director designó a Uriel como su principal auxiliar e inició con

su eficaz colaboración una amplia gama de actividades. Vetustos edificios de tezontle y cantera fueron salvados de la piqueta gracias a su oportuna intervención. Bellas y ruinosas iglesias, existentes en las más apartadas regiones del país, recuperaron su perdido señorío a resultas de cuidadosas restauraciones. Sin alardear de ello, el señor Toussaint y Uriel dejaron escritas muchas valiosas páginas en esa desconocida historia que narra la defensa de la arquitectura colonial mexicana.

El señor Toussaint no dudaba que su ayudante estaba llamado a sustituirlo, superándolo, como máxima autoridad en todo lo tocante al arte elaborado en tiempos de la Colonia. Sin embargo, el interés de Uriel por los edificios coloniales comenzó a ser suplantado por un creciente sentimiento de admiración ante la obra arquitectónica realizada por las antiguas culturas prehispánicas. En un principio había sido tan sólo la evidente monumentalidad de estas construcciones lo que despertara su asombro, pero luego comenzó a percatarse de que existía en ellas un sentido de la proporción y de la armonía que les hacía incomparablemente superiores a cuanto se había edificado posteriormente en el país.

Muy pronto el interés de Uriel por la arquitectura prehispánica trocose en una auténtica pasión. El propósito de desentrañar el misterioso significado que encierran todas las construcciones de esa época convirtiose en el principal objetivo de su existencia. Los tratados elaborados por supuestos eruditos en esta materia no le satisfacían en lo más mínimo. En ellos se abordaban tan sólo aspectos puramente superficiales —como la minuciosa descripción de los edificios— pero se dejaban siempre intocadas las cuestiones de verdad trascendentes de tan singular arquitectura.

Firmemente resuelto a descifrar los secretos que guardaban las ruinas de las antiguas culturas mexicanas, Uriel intentó, tal y como lo hiciera con las construcciones coloniales, elaborar artísticos dibujos que reflejasen no sólo los aspectos puramente externos de dichas ruinas, sino también la índole de sus sentimientos. No tardó en darse cuenta de su completa incapacidad para lograr semejante empeño. Los trazos en el papel reproducían con técnica impecable la figura exterior de los monumentos, pero no revelaban nada del espíritu que les animaba. En más de una ocasión, mientras deambulaba por las derruidas ciudades sagradas, Uriel creyó percibir en ellas una desdeñosa indiferencia como única respuesta a sus desesperados esfuerzos por alcanzar un vislumbre de lo que estas ciudades habían sido y representado en el pasado.

Tras de cursar el último año de arquitectura, Uriel presentó su examen profesional, recibiéndose con mención honorífica. Todos auguraban un brillante porvenir al flamante profesionista. Una empresa constructora de gran éxito, especializada en edificar ostentosas casas para nuevos ricos en un ficticio estilo colonial, le ofreció empleo con un magnífico sueldo. Uriel rechazó la tentadora oferta, presentó su renuncia en el Departamento de Monumentos Coloniales e ingresó al Instituto de Antropología e Historia de la Secretaría de Educación Pública, ocupando un cargo con menor remuneración que la que tenía en su anterior trabajo, pero que en cambio le permitía disponer de mayor tiempo para dedicarlo a lo que venía siendo cada vez más su principal ocupación: recorrer una y otra vez las ruinas de la milenaria ciudad de Teotihuacan.

A resultas de sus incesantes visitas a la antigua capital imperial, Uriel había comenzado a intuir que en ese lugar se manifestaba alguna extraña forma de energía, una especie de magnetismo —por llamarlo de algún modo— que sin cesar fluía a través de las imponentes construcciones. En

igual forma fue percatándose poco a poco de que la intensidad de dicha energía no era continua sino que estaba sujeta a constantes variaciones, resultando imposible el poder determinar ni las causas ni el ritmo de las mismas. Entre más intentaba desentrañar los secretos de la misteriosa ciudad, éstos tornábanse cada vez más impenetrables.

El domingo 21 de marzo de 1948 Uriel llegó a Teotihuacan con las primeras luces del amanecer. Los rayos solares parecían estar dotados aquella mañana de un especial vigor, como si los dominase un nervioso afán de apresurar su salida para así poder contemplar lo que iba a suceder en la tierra. El joven portaba cantimplora y una mochila de excursionista conteniendo algunos alimentos, pues deseaba permanecer en las ruinas hasta bien entrada la tarde. Estaba interesado en averiguar si esa fecha, que marcaba el primer equinoccio del año, era motivo de alguna particular alteración de energía en los derruidos monumentos.

Cerca del mediodía el fuerte calor obligó a Uriel a interrumpir su deambular por entre las ruinas. Con perezoso ademán se sentó en el suelo y extrayendo su cantimplora de la funda comenzó a beber en pequeños sorbos. Se encontraba al pie de una de las escalinatas que conducen a lo alto de la Pirámide del Sol. Algunos turistas ascendían y descendían por los escalones riendo y parloteando. Tres sujetos de marcados rasgos indígenas comenzaron a subir con pausado andar. Repentinamente, la enorme mole de la pirámide comenzó a vibrar y a estremecerse. El entrechocar de muchos miles de piedras producía ruidos impresionantes a los que muy pronto se unieron los aterrados gritos de los turistas.

El brusco salto de Uriel al incorporarse le hizo derramar el líquido contenido en la cantimplora. Su primera impresión fue la de considerar que la tierra estaba siendo sacudida por un recio temblor, pero luego se dio cuenta de que la Pirámide del Sol era en realidad lo único que se estremecía, ya que tanto el suelo que pisaba como los restantes monumentos mantenían su habitual y natural quietud.

Durante unos instantes Uriel permaneció estático, contemplando con asombro el inexplicable bamboleo de la gigantesca pirámide, pero luego comenzó a percibir la extraña sensación de que el monumento le estaba invitando a que intentase llegar hasta su cúspide. Sin detenerse a pensarlo, como si durante toda su vida hubiese estado esperando aquella invitación, el joven inició el ascenso.

Uriel se encontraba a la mitad de la pirámide, cuando las vibraciones que sacudían a ésta comenzaron a transformarse en una tensión de indescriptible intensidad. Eran ya las primeras oleadas de energía procedentes del Cosmos, que acudían atraídas por la succión que de ellas hacía el instrumento creado por los antiguos mexicanos para la adecuada utilización de las fuerzas celestes.

La insoportable tensión impidió a Uriel continuar subiendo. Su organismo quedó paralizado, con el cuerpo rígido y el rostro contraído a causa del tremendo esfuerzo que tenía que efectuar para poder respirar. Angustiado comprendió que corría el riesgo de morir, pues le sería imposible soportar por mucho tiempo semejante esfuerzo. Súbitamente se produjo en lo alto del monumento un resplandeciente chispazo, como un corto circuito generado por la unión de varios cables de alto voltaje. Acto seguido, todo volvió de nuevo a la más completa normalidad.

Al recuperar el perdido control de su organismo Uriel miró en su derredor y se percató de que

no estaba solo. A escasa distancia dos jóvenes le observaban con la sorpresa retratada en sus morenos semblantes. El arquitecto formuló un saludo e intentó aproximarse a los desconocidos, pero éstos retrocedieron con evidente desconfianza. En esos instantes se escucharon unos pasos. Un hombre bajaba de la cúspide y se aproximaba al lugar en donde se encontraban.

Uriel se sintió presa de una viva emoción. Sin existir razón aparente alguna para ello tuvo el claro presentimiento de que estaba por ocurrir un hecho que sería para él de trascendental importancia. El hombre que descendía estaba ya tan cercano que podía distinguir claramente su rostro, conformado por rasgos de una singular firmeza, como si hubiesen sido esculpidos mediante fuerte presión ejercida sobre un material dotado de gran dureza. Todo en aquel sujeto revelaba una energía y voluntad fuera de lo común, desde la vigorosa elasticidad de sus pasos hasta la poderosa e inquisitiva mirada que se desprendía de sus negras pupilas. La sencillez de su atuendo, idéntico al utilizado por la mayor parte de los campesinos indígenas del centro del país, contrastaba con el porte de majestuosa dignidad que ponía de manifiesto en cada uno de sus movimientos. Su edad resultaba un tanto difícil de precisar, pero fluctuaba alrededor de los cuarenta años.

—Buenos días —saludó Uriel, procurando aparentar la mayor naturalidad posible.

El enigmático personaje no devolvió el saludo. Su mirada se clavó en la de Uriel y éste tuvo la impresión de estar siendo examinado por dos potentes lentes de aumento capaces de escudriñar hasta la parte más recóndita de su ser.

—¿Quién es usted? —preguntó con áspero acento el recién llegado.

—Soy Uriel —contestó el joven al tiempo que sentía una inexplicable alegría al pronunciar su nombre, como si el hecho de llamarse así le otorgase especiales derechos.

—¿Y qué es lo que quiere? —interrogó de nueva cuenta el misterioso sujeto de severas facciones.

En lo más profundo de su ser, Uriel sintió la presencia de una fuerza vigorosa y extraña, algo así como el súbito despertar de una segunda personalidad que había aguardado paciente la formulación de aquella pregunta para poder manifestarse. Con voz que apenas si reconoció como suya, respondió con firme convicción:

—¡Quiero ser un Auténtico Mexicano!

El súbito desconcierto que se reflejó en la mirada de su interlocutor constituyó para Uriel un seguro indicio de que había formulado la respuesta adecuada.

—¡Sígame!

Al escuchar aquella sola pero significativa palabra, Uriel tuvo la certeza de que en aquel instante su vida iniciaba un nuevo y superior destino.

2

A la búsqueda de un rostro y de un corazón

Don Miguel, el Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl, vivía en las afueras de Malinalco, población del estado de México. Su vida era, en múltiples aspectos, del todo semejante a la de cualquier campesino de esa región. Habitaba en un jacal y las faenas propias del campo absorbían gran parte de su tiempo. Sus dos hijos varones, Miguel y Emilio, le ayudaban a cultivar el pedazo de tierra cuyos productos suministraban el familiar sustento. Paralelamente al desempeño de sus diarias actividades agrícolas, don Miguel cumplía, rigurosamente, con las múltiples y complejas obligaciones que le imponía su cargo de máximo responsable de la preservación de una milenaria herencia cultural.

La adaptación de Uriel a un medio ambiente por completo distinto al que estaba acostumbrado no fue nada fácil, pero se realizó sin embargo en menos tiempo de lo que él mismo esperaba. En unas cuantas semanas el joven arquitecto edificó una modesta pero confortable casita cerca del jacal de don Miguel. La obtención de los escasos recursos que precisaba para subsistir fue el menor de los problemas. Retornó a su antiguo oficio de *maistro* de obras. Muy pronto le fueron confiadas la mayor parte de las reparaciones y construcciones que se llevaban a cabo no sólo en Malinalco, sino en varias de las poblaciones vecinas.

Las diarias actividades daban comienzo con el alba. Don Miguel era general de danza conchera y todos los días —en unión con una veintena de integrantes de su grupo entre los cuales estaba ya Uriel— se ejercitaban por lo menos dos horas en dicha actividad. Las prácticas de danza se efectuaban frente al antiguo templo azteca de los Caballeros Águilas y Caballeros Tigres. Al concluir los ejercicios cada quien se marchaba al cumplimiento de sus personales obligaciones. Normalmente Uriel no volvía a ver a don Miguel sino hasta el anochecer, cuando éste acostumbraba platicar junto a su jacal con los numerosos visitantes que acudían a verle. Su charla era en extremo amena y en ella se abordaban muy variados tópicos, recayendo las más de las veces en cuestiones relacionadas con los conocimientos de los antiguos sabios náhuatl a los cuales don Miguel daba siempre el nombre de “toltecas”.

Aun cuando Uriel consideraba que las enseñanzas que obtenía por medio de estas pláticas eran en extremo valiosas, llegó a la conclusión que lo verdaderamente fundamental del sistema de aprendizaje a que estaba sujeto lo constituía la danza. Al igual que la inmensa mayoría de sus compatriotas, Uriel ignoraba todo en cuanto a la danza conchera se refiere. Sus conocimientos al respecto no iban más allá de haber visto en los atrios de las iglesias a grupos de danzantes,

ataviados con atuendos prehispánicos ejecutar sus rítmicas evoluciones.

A través de la práctica de los ejercicios de danza, Uriel fue descubriendo con creciente asombro la existencia de toda una tradición cultural —viva y operante— que siempre había estado ante sus ojos, pero a la cual jamás había podido observar y mucho menos valorar. Para empezar, el propósito que se perseguía con la danza conchera era la antítesis misma de un mero entretenimiento. Uriel tardó bastante antes de percatarse que la ambiciosa finalidad de aquellos ejercicios era nada menos que intentar una mayor "aproximación" entre los seres humanos y su Creador. Los momentos de mística identificación con lo sagrado sólo se lograban tras de incesantes esfuerzos y su duración era comúnmente de tan sólo unos cuantos segundos; sin embargo, en aquellos instantes de total plenitud en que se perdía la noción del tiempo y del espacio, resultaba posible alcanzar una profunda comprensión de cuestiones que de otra forma eran del todo inentendibles. Uriel aprendió más sobre la auténtica realidad de su país en cualquiera de aquellos chispazos de iluminación, que lo que podía haber llegado a saber en toda una vida dedicada al estudio en los libros, sobre idénticos temas.

Las dos horas diarias de danza —así como los periodos mucho mayores que se dedicaban a ésta los domingos— eran tan sólo cotidianos ejercicios para mantenerse en forma con miras a las ocasiones solemnes en que dicha danza se practicaba. Esto ocurría varias veces al año, cuando todos los integrantes del grupo del cual don Miguel era general —en unión de otros muchos contingentes bajo el mando de diferentes generales y capitanes— se concentraban en diversos lugares del centro del país. Entonces las danzas se prolongaban por varios días y era cuando casi siempre se alcanzaban los instantes de superior comprensión. Los cinco lugares que don Miguel consideraba más importantes —y a los cuales debía acudirse a danzar por lo menos una vez al año — eran: Amecameca, Chalma, Los Remedios, el Tepeyac y Tlatelolco.

Contemplar a don Miguel danzando constituía un fascinante espectáculo, cada uno de sus movimientos ponía de manifiesto el impecable dominio que poseía de sí mismo y la poderosa voluntad que lo animaba. Su figura correspondía a la imagen arquetípica del guerrero y el vocablo que describía mejor la actitud que caracterizaba su personal forma de encarar la vida era la palabra "osar".

Desde los primeros días de su estancia en Malinalco, Uriel intentó obtener mayor información respecto al anunciado retorno de Cuauhtémoc, tema que le interesaba sobremanera. El Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl no contestó a ninguna de sus preguntas. Meses después, cuando se encontraban en Chalma dedicados a ejecutar durante una semana danzas que se prolongaban de la mañana a la noche, don Miguel reveló a Uriel los trascendentales acontecimientos que estaban por ocurrir en el país: el emperador había renacido y se mantendría oculto en alguna parte hasta cumplir los veinte años. Llegado ese tiempo se manifestaría públicamente. Ello ocurriría la noche anterior al Equinoccio de Primavera del año de 1968. Esa noche, que sería crucial no sólo para el futuro de México sino de toda la humanidad, Cuauhtémoc llegaría a Teotihuacan a librar una difícil batalla. Su oponente sería la cadena de ilusorias ensoñaciones con que la Luna mantiene presos a los seres humanos. Si el emperador salía derrotado en el decisivo encuentro no existía ya esperanza alguna para México. Si salía triunfante se iniciaría un auténtico renacimiento de la postrada nación.

Cada vez más consciente de la singular importancia de la época en que le había tocado en suerte vivir, Uriel incrementó sus esfuerzos encaminados a obtener el máximo aprovechamiento de su estancia en Malinalco. No obstante, cuando faltaba poco más de un mes para que se cumpliesen dos años del inicio de su aprendizaje, éste llegó bruscamente a su término. Con la sinceridad y concisión que le eran características, don Miguel expuso las razones por las que había decidido dar por finalizada su enseñanza. Estaba convencido de que Uriel poesía los atributos necesarios para llegar a ser un Auténtico Mexicano; sin embargo estimaba que no le sería posible lograrlo si se atenía a los métodos toltecas, debía, por tanto, buscar en otros sitios medios más adecuados para realizar su propósito.

Desconcertado, Uriel replicó que no tenía ni la menor idea de a dónde dirigirse para proseguir su búsqueda. Don Miguel le aconsejó que se encaminase hacia las tierras mayas, ahí se había desarrollado en el pasado una Tradición diferente a la Náhuatl pero igualmente valiosa, quizás era ésta la que le convenía seguir.

Hubo una gran fiesta para despedir a Uriel a la cual acudieron varios centenares de personas. El festejo duró hasta el amanecer y algunos de los convidados, que habían bebido en demasía, tuvieron que ser retirados prácticamente a rastras. Antes de marcharse de Malinalco, Uriel obsequió la casa que había edificado a uno de los hijos de don Miguel que estaba próximo a casarse.

•

Uriel se estableció en Mérida e inició una nueva actividad para obtener los necesarios medios de subsistencia. Todas las mañanas se dirigía a una de las zonas arqueológicas y elaboraba dibujos de algunos de sus monumentos, vendiéndolos luego a los turistas. Con gran alegría se percató que había progresado considerablemente en lo tocante a captar en el papel los sentimientos que prevalecían en las construcciones prehispánicas, pues si bien éstas no le revelaban sus más íntimos secretos, parecían al menos dispuestas a manifestarle algo de su real forma de sentir.

Uriel sabía ahora que no podía hacer nada para forzar su admisión como discípulo del Auténtico Mexicano que de seguro habitaba en la zona maya, sino que sería éste quien le haría saber su decisión cuando así lo juzgase conveniente. El esperado encuentro se produjo tras de un mes de diarias visitas a las ruinas. Fue una tarde en Chi Chen Itzá. Uriel llevaba casi ocho horas elaborando un boceto de la pirámide denominada “El castillo”. Al contemplar su obra sintió una gran satisfacción. Había logrado poner de manifiesto en el dibujo que “El castillo” —al igual que todas las otras construcciones toltecas edificadas en la zona maya— se hallaba poseído por una mezcla de contradictorios sentimientos, derivada de saberse conquistador y extraño en una tierra que no era la propia.

—¿Cuánto por el dibujito?

Uriel dio la media vuelta para saber quién había formulado la pregunta. Se trataba de un hombre con los rasgos y ropajes típicos de los campesinos yucatecos. El perfil de su rostro era clásicamente maya y su cuerpo era delgado y de escasa estatura. Una inteligente y vivaz mirada

chispeaba en unos ojos negros y profundos. Su edad oscilaría alrededor de los cincuenta y cinco años.

Uriel no deseaba vender el dibujo sino conservarlo. No queriendo rechazar abiertamente una posible oferta de compra optó por dar a su obra un precio que estimaba sería considerablemente superior a la capacidad económica del presunto adquirente.

—Vale cien pesos —contestó.

Sin decir palabra el campesino depositó en la mano del desconcertado arquitecto un billete de la cantidad indicada. Acto seguido, tomando con rápidos movimientos la hoja de papel, la apretó unos instantes contra su pecho para luego rasgarla en cuatro pedazos que arrojó al suelo.

—¿Por qué hizo eso? —inquirió Uriel presa de un sentimiento de furia.

—¿Qué no era mío?

—Pues sí, pero si hubiese sabido que lo quería para destruirlo no se lo vendo.

—No fue una venta, fue un robo. Cien pesos son diez mil centavos. Eso es más de lo que gasta mi familia en un mes.

—Si se le hacía tan caro, ¿por qué lo compró? —preguntó Uriel cada vez más extrañado del inusitado giro que estaba tomando la conversación.

—Es que no aguanté ver lo mal que le había salido el dibujo y lo compré para poder romperlo.

—¿Qué tenía de malo? A mí me pareció que estaba bastante bien. ¿Qué usted sabe mucho de dibujo?

—Yo no sé nada de nada, pero al menos tengo ojos para ver. No como usted, que ni siquiera pudo ver eso.

Al tiempo que decía lo anterior, la curtida mano del campesino fue señalando la sombra que los declinantes rayos del Sol proyectaba en esos momentos en los nueve cuerpos escalonados que integran “El castillo”. Asombrado, Uriel se percató que dicha sombra representaba con toda claridad la figura de la serpiente emplumada, símbolo de Quetzalcóatl. No podía tratarse de una simple casualidad, sino de otro prodigio más de la arquitectura de cósmicas características desarrollada por los antiguos mexicanos.

Uriel hubiera dado cualquier cosa por poder plasmar en su dibujo aquella sombra antes de que ésta se desvaneciese. El desconcertante sujeto pareció adivinarle el pensamiento. Con veloz ademán introdujo la mano por debajo de su camisa y extrajo, sin un solo rasguño, el dibujo de Uriel.

—Si quiere se lo vendo —afirmó con sorna.

Uriel enmudeció de sorpresa. Agachándose recogió del suelo uno de los desgarrados pedazos de papel. Estaba en blanco. Comprendió entonces que todo había sido un hábil juego de manos. El hombre había ocultado bajo su camisa el dibujo sustituyéndolo por una hoja en blanco que era la que había roto.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó el arquitecto.

—Cien pesos y un centavo.

—Aquí los tiene —dijo Uriel entregando la cantidad solicitada, luego añadió—. Si cuando termine el dibujo ya no le parece tan malo me gustaría obsequiárselo. ¿Dónde podría localizarlo?

—En Dzidzantún. Si va por ahí pregunte por don Gabriel.

El campesino se alejó y Uriel se puso a copiar en el papel la singular sombra que observaba en la pirámide. Se sentía feliz. No tanto porque estaba concluyendo el mejor dibujo que jamás hiciera, sino porque tenía la certeza de haber encontrado al Depositario de la Tradición Maya. Era el 21 de marzo de 1950.

•

Don Gabriel, el Supremo Guardián de la Tradición Maya, vivía en Dzidzantún, una pequeña población situada a setenta y ocho kilómetros de la ciudad de Mérida. Poseedor de la titularidad de los derechos de una árida parcela, obtenía de ésta recursos menos que escasos. La fuente principal de sus ingresos provenía de sus actividades como ilusionista y prestidigitador de plazuela. Deambulando por ferias y mercados de toda la región, ejecutaba diversos actos de magia que sus numerosos espectadores premiaban con nutridos aplausos y una que otra moneda. En ocasiones cambiaba de giro y se dedicaba a vender los sabrosos dulces caseros que su esposa —ya fallecida— había enseñado a elaborar a sus hijas. Todo esto era sólo el aspecto exterior, en realidad su vida estaba consagrada a tareas mucho más importantes.

Uriel acudió a Dzidzantún al día siguiente de que conociera a don Gabriel en Chi Chen Itzá. No lo encontró y tuvo que regresar dos días después. La entrevista fue larga. El arquitecto relató sus peripecias en el camino que llevaba recorrido en busca de la Auténtica Mexicanidad. Concluyó mostrando el terminado dibujo y reiteró su intención de obsequiarlo a su interlocutor si éste lo juzgaba aceptable. La inteligente mirada de don Gabriel se posó unos instantes en el esbozo contenido en el papel, luego tomó éste y lo clavó a modo de adorno en una de las paredes de la habitación.

—Hay mucho que estudiar para poder estar seguro de no saber nada —aseveró—. Si de verdad quiere convertirse en Mexicano siguiendo la senda que emplearon los mayas, tendrá que descifrar el códice —al decir esto, sus expresivas manos describieron un amplio círculo que al parecer intentaba abarcar al Universo entero—. Véngase a vivir al pueblo. Ya que es arquitecto podrá hacer algo para reparar Santa Clara. Hablaremos con la gente y con los que dicen ser autoridades para conseguir ayuda y permisos.

Edificados en el recio estilo de fortaleza que caracteriza a la arquitectura religiosa yucateca de la época de la Colonia, el convento y la iglesia de Santa Clara en Dzidzantún son dos de las más notables construcciones de esa época y lugar. Templo y convento se hallaban en un lamentable estado de abandono. Don Gabriel y Uriel se dieron a la tarea de recabar fondos para iniciar su reconstrucción. El arquitecto se trasladó a vivir al convento, acondicionando una de sus derruidas celdas como provisional habitación.

Una vez más aguardaba a Uriel la sorpresa de constatar que un pasado aparentemente olvidado y muerto cobraba vida ante sus ojos. Conquistada ya la plena confianza de don Gabriel, éste le mostró un día el milenario códice que mantenía oculto en un disimulado escondite existente en el techo de su humilde morada. Se trataba de un documento por el que cualquiera de los mejores museos del mundo habría pagado gustoso una cuantiosa fortuna. Toda la insuperable cosmovisión

alcanzada por los antiguos sabios mayas había sido plasmada en aquel invaluable tesoro pictográfico. Pasaría algún tiempo antes de que Uriel comprendiese que era en ese códice en donde residía el secreto de la oculta supervivencia de la Cultura Maya.

Atendiendo a las indicaciones de don Gabriel, el arquitecto realizaba complejas tareas tendientes a lograr una plena identificación con algunos de los jeroglíficos contenidos en el códice. Para ello empezaba copiando repetidamente un determinado jeroglífico, luego seguía una paciente labor de semanas dedicadas a procurar —a través de incesantes ejercicios de concentración y meditación— descubrir dentro y fuera de sí cuáles eran exactamente las energías que el jeroglífico simbolizaba. Constelaciones e insectos, árboles y mares, eran concretizaciones de energías existentes también en el ser humano. Identificar, comprender y encauzar dichas energías, resultaba posible cuando se poseían todas las claves necesarias, mismas que el códice proporcionaba a quien sabía descifrarlo.

En varias ocasiones Uriel acompañó al Supremo Guardián de la Tradición Maya en los recorridos que éste efectuaba por diferentes localidades de la zona. Fue en aquellos recorridos cuando Uriel comprendió cuáles eran las importantes aplicaciones prácticas del códice. La vida de comunidades enteras seguía rigiéndose por los conocimientos contenidos en éste. Al llegar a una población don Gabriel dialogaba con los ancianos del lugar, los cuales le preguntaban respecto a las mejores fechas para realizar toda clase de eventos, desde las próximas siembras o la celebración de las bodas de las parejas que deseaban casarse. Don Gabriel estudiaba la copia del códice que siempre llevaba consigo y daba su respuesta. Uriel hubo de concluir que la explicación de la supervivencia del pueblo maya estaba contenida en las 25 láminas que integraban aquel inapreciable documento. Dicha supervivencia era producto de una excepcional capacidad de adaptación a las más adversas circunstancias. Y la sabiduría para lograr esa adaptación provenía directamente del antiguo códice, el cual continuaba proporcionando a un considerable núcleo de población una adecuada guía para hacer frente a sus cotidianos problemas.

La paciente dedicación de Uriel comenzó a ser recompensada. Su comprensión de algunos jeroglíficos mayas, o mejor dicho, su identificación con las energías que éstos simbolizan, crecía de continuo. Ello se traducía en concretos avances en cuestiones de su máximo interés, como lo era el cumplimiento de su viejo anhelo de entender la arquitectura prehispánica. Templos y pirámides empezaban finalmente a revelarle sus más ocultos secretos. Por todo esto, Uriel mantenía la esperanza de que el sendero seguido por los mayas para convertirse en Auténticos Mexicanos —el cual podía sintetizarse en la palabra “saber”— constituyese el camino más apropiado para él. Fue por tanto una desagradable sorpresa enterarse de que don Gabriel sustentaba un criterio contrario. A juicio del Depositario de la Tradición Maya los avances de Uriel, si bien importantes, no eran prueba alguna de que en verdad le correspondiese integrarse plenamente a dicha Tradición. Es más, los casi dos años que llevaba de tratarlo, le daban bases suficientes para poder afirmar que debía marcharse cuanto antes a buscar un nuevo camino que lo condujese a su meta.

Uriel lamentaba tener que irse de Dzidzantún sin haber concluido las obras de restauración que le fueran encomendadas. Habían progresado bastante los trabajos de apuntalamiento y reconstrucción de la iglesia de Santa Clara, pero en lo que hacía al convento éste seguía en la más

completa ruina. Y fue precisamente en el amplio patio central de dicho inmueble donde los vecinos del pueblo dieron al arquitecto una gran fiesta de despedida. Se cantó, comió, bailó y bebió en abundancia. Al ver a unos convidados que se retiraban dando muestras de embriaguez, Uriel, que practicaba una rigurosa abstención en materia de bebidas alcohólicas, se permitió externar su franca desaprobación al consumo de dichas bebidas. Un anciano cuyas facciones revelaban sabiduría y serenidad, le replicó diciendo que cuanto existe en la naturaleza puede ser motivo de beneficio o perjuicio para el hombre, dependiendo del inteligente y moderado empleo que a los bienes naturales sepa darse. Uriel consideró aquellas palabras como la última de las múltiples lecciones que recibiera en tierras mayas. Antes de partir obsequió a don Gabriel la reproducción que hiciera de cada una de las láminas del códice. Se trataba de una copia mucho mejor lograda que la que comúnmente utilizaba el Supremo Guardián de la Tradición Maya.

Siguiendo el consejo que le diera don Gabriel al despedirse, Uriel se encaminó a Oaxaca a intentar establecer contacto con el Auténtico Mexicano que habitaba en esa región. En cierta forma contaba ahora con muchos mayores elementos a su favor para confiar en que lograría efectuar dicho contacto. Sabía, por ejemplo, que en las zonas arqueológicas de considerable importancia, y en general en todos los sitios que los antiguos mexicanos tenían por sagrados, existe siempre un Secreto Guardián, o sea una persona responsable de la vigilancia del lugar, obligada a reportar cualquier hecho especial que ahí ocurra al Auténtico Mexicano más próximo. Don Gabriel le había confesado que era así como se había enterado, dos años atrás, de la diaria presencia en las zonas arqueológicas cercanas a Mérida de un sujeto que elaboraba excepcionales dibujos de los antiguos monumentos.[1]

•

El 21 de marzo de 1952, con las primeras luces del día, Uriel llegó a Monte Albán. No entró por el lugar señalado para iniciar el recorrido a las ruinas, rodeando éstas se introdujo a la zona por su parte posterior. Muy lentamente, midiendo con sumo cuidado cada uno de sus pasos, dio comienzo a un itinerario cuya duración le resultaba imposible prever. A veces se detenía en un determinado punto y aguardaba en él durante horas, sin hacer aparentemente nada, luego continuaba su zigzagueante camino a través de las derruidas construcciones zapotecas.

Ya casi anochecía cuando Uriel finalizó su recorrido. Tenía ganas de saltar de júbilo. Había podido comprobar experimentalmente cuál era la verdadera función de aquel sitio excepcional. Monte Albán constituía una gigantesca maquinaria que transformaba cósmicas energías con un objetivo específico: propiciar el armónico funcionamiento de la naturaleza humana. Seguramente en lejanos tiempos había sido el centro terapéutico más avanzado del planeta. Un sanatorio de cuerpos y almas al que llegaban de apartadas regiones seres ansiosos de recobrar el perdido equilibrio.

Existía también otra razón para que Uriel se sintiese particularmente optimista. Estimaba que el Secreto Guardián de Monte Albán debía haberse percatado que un desconocido había logrado realizar correctamente el recorrido de la complicada maquinaria. El Auténtico Mexicano que al

parecer vivía en Oaxaca no tardaría en ser informado y era de esperarse que no transcurriese mucho tiempo antes de que hiciese su aparición. Y en efecto, así fue. Ello ocurrió durante la novena visita a Monte Albán, lugar al que Uriel acudía a diario. El arquitecto estudiaba los ángulos de las sombras en el denominado "Montículo J". Las manecillas del reloj estaban por juntarse en la cúspide dando por concluidas las primeras doce horas del día. Un intenso calor prevalecía en el ambiente.

—Buenos días.

El saludo, dirigido a Uriel, había sido formulado por un hombre no mayor de cuarenta y cinco años. Su cuerpo era de baja estatura y de ancho tórax. Tenía un rostro de gruesas facciones y de forma ligeramente cuadrangular. Sus expresivos ojos denotaban una gran bondad.

—Buenos días —respondió Uriel, presintiendo de inmediato ante quién se encontraba.

—Supongo que usted me está buscando. Soy don Rafael.

Uriel estrechó la extendida mano, sintiendo al hacerlo que una vigorosa corriente de energía inundaba su cuerpo.

•

Don Rafael, el Supremo Guardián de la Tradición Zapoteca, vivía en Tuxtepec. Estaba casado y tenía cuatro hijos varones y dos mujeres. Era, sin lugar a dudas, el curandero de mayor prestigio en todo el estado de Oaxaca. Siendo muy profundos sus conocimientos en materia de herbolaria, el empleo de plantas medicinales representaba tan sólo uno más de sus vastos recursos curativos. Era un diestro masajista y sabía utilizar el agua de muy diversas formas para devolver la salud a sus pacientes. De entre todos sus variados remedios había uno en extremo singular: el empleo de la voz. Según la índole de los padecimientos, entonaba en idioma zapoteco diferentes canciones que consideraba contribuían en forma importante a vencer la enfermedad.

Don Rafael no cantaba únicamente para curar, le encantaba tocar la guitarra y entonar románticas melodías tanto en su nativo idioma como en español. Al retornar a su casa en Tuxtepec, acompañado de Uriel, le aguardaba en ésta un joven compositor deseoso de mostrarles sus musicales creaciones. Había en ellas calidad y sentimiento. Uriel se sorprendió al descubrir la amplia gama de emociones que se suscitaban en su ánimo al escuchar a don Rafael y al joven compositor cantar a dúo. El arquitecto no lo sabía, pero estaba recibiendo ya la primera lección en el nuevo camino que recién iniciaba. Dos días después el compositor se marchó de regreso a la ciudad de México, en donde libraba una denodada y hasta entonces infructuosa lucha por dar a conocer sus canciones. Su nombre era Álvaro Carrillo.

Uriel se quedó a vivir en la casa de don Rafael y se convirtió en su ayudante. Era una labor que habría de proporcionarle valiosas experiencias. El permanente contacto con el dolor y la muerte no lo insensibilizó, sino antes al contrario, despertó en él ocultas reservas de generosidad y afecto hacia sus semejantes. Al observar diariamente a don Rafael en su trato con los enfermos, Uriel fue descubriendo cuál era el camino desarrollado por los antiguos zapotecas para convertirse en Auténticos Mexicanos. Dicho camino podía sintetizarse en una palabra

incesantemente repetida, pero poco practicada en su real dimensión: “amor”.

Tiempo y lugar eran propicios y Uriel se enamoró. El suceso tuvo lugar en el mes de febrero de 1953. Don Rafael viajaba frecuentemente por el estado visitando enfermos y Uriel le acompañaba. En la ciudad de Oaxaca el arquitecto conoció a una alta y simpática joven llamada Elena. Era oriunda de Monterrey. Su padre acababa de ser nombrado jefe de la Oficina Federal de Hacienda Principal en Oaxaca. Tanto el padre como la hija —que también laboraba en la mencionada oficina gubernamental— eran contadores públicos y habían sido contratados dentro de la campaña que realizaba el gobierno del presidente Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) para moralizar las Oficinas Federales de Hacienda.

El asedio de Uriel a su enamorada fue a la usanza antigua, con el envío de grandes ramos de flores y de frecuentes serenatas en las cuales don Rafael y sus dos hijos mayores hacían gala de sus bien timbradas voces. Muy pronto se formalizó el compromiso matrimonial. Los novios escogieron el bello templo de Santo Domingo y el primer domingo de julio para llevarlo a cabo. Los padres de Uriel llegaron a la ciudad de Oaxaca. Otro tanto hicieron varios familiares de la novia que se trasladaron de Monterrey. El viaje de bodas fue al puerto de Acapulco.

El nuevo estado civil de Uriel le imponía obligaciones que éste supo atender sin descuidar las derivadas de su indeclinable propósito de convertirse en un Auténtico Mexicano. Alquiló una casa en Tuxtepec y sin dejar de ayudar a don Rafael en las curaciones a los enfermos, reinició sus actividades profesionales efectuando las reparaciones y pequeñas obras que se le encomendaban.

Tal y como ocurriera en las dos ocasiones anteriores, el aprendizaje de Uriel no llegó al tercer año. Presintiendo que a causa de su extrema bondad don Rafael no deseaba comunicarle la mala noticia, Uriel le preguntó abiertamente si de verdad tenía posibilidades de lograr su objetivo continuando por el camino de los antiguos zapotecas. La respuesta fue negativa. Don Rafael había llegado a la conclusión de que no era la Tradición que él encarnaba la que le correspondía asumir al arquitecto.

Uriel se enfrentaba al parecer a un insalvable obstáculo. Todo indicaba que no existía ya ninguna otra tradición que hubiese preservado las profundas enseñanzas que se precisan encarnar antes de alcanzar la Auténtica Mexicanidad. Don Rafael le dio una última esperanza. Aun cuando ni él ni nadie que conociese poseían informes precisos al respecto, sabía que había un cuarto camino. Era una oculta y misteriosa Tradición, que al contrario de las otras tres —las cuales englobaban a extendidas comunidades confiriéndoles una definida identidad— no se manifestaba con ningún signo externo que permitiese su identificación. No obstante, se conocían al menos los datos relativos a su nombre y a la región que le servía de secular asiento. Era la Tradición Olmeca, surgida al inicio de los tiempos en lo que eran ahora los estados de Veracruz y Tabasco. Don Rafael aconsejó al preocupado arquitecto que intentase localizar al portador de la Tradición Olmeca en la región de Los Tuxtlas.

La fiesta de despedida fue en grande. Acudieron a ella numerosos vecinos, la totalidad de la incipiente clientela profesional de Uriel y una buena parte de sus agradecidos ex pacientes. Antes de partir el arquitecto obsequió a don Rafael todos los muebles y enseres que había adquirido al casarse. Fue una buena prueba para medir la solidez de su matrimonio. Elena no protestó. Sabía ya cuál era el ideal de su esposo y estaba dispuesta a colaborar con él en la consecución de su

elevado propósito.

Una soleada mañana la pareja salió de Tuxtepec a bordo de un atiborrado autobús. Su destino era del todo incierto e imprevisible.

---

[1] La mayor parte de los habitantes de México desconocen cuanto se refiere a la admirable labor que en defensa del patrimonio nacional llevan a cabo los Secretos Guardianes de las zonas arqueológicas. Los medios de información difunden siempre noticias de saqueos de antiguos objetos, perpetrados por bandas internacionales que utilizan para cometer sus fechorías la más avanzada tecnología. Se ignora en cambio todo lo relativo a ese puñado de humildes seres, que sin más recursos que su ingenio y un profundo cariño a nuestro pasado, libran cotidianamente contra los saqueadores desigual batalla, logrando frustrar en numerosas ocasiones —a veces a costa de su vida— sus aviesas intenciones. Si no fuera por la admirable labor de los Secretos Guardianes —y dada la indiferencia que ante este problema han manifestado siempre el gran público y las autoridades— no dudamos que ya hasta las pirámides estarían en territorio extranjero.

3

El retorno del pasado

El 21 de marzo de 1954 no ocurrió nada que, a juicio de Uriel, resultase significativo. Acompañado de su esposa deambuló desde muy temprano por Catemaco, Santiago y San Andrés Tuxtla. El paisaje era excepcionalmente bello. Agua, cielo y selva se combinaban en variadas proporciones para brindar por doquier cuadros de insuperable colorido. Las horas fueron transcurriendo sin que se produjese ningún hecho de consideración. Al llegar la noche la pareja se encaminó a la pensión en que se hospedaba, ubicada en las afueras de San Andrés. Las estrellas competían con las luciérnagas en su afán por alumbrar calles carentes de iluminación. Un viejo limosnero que estaba a la entrada de la pensión les agradeció cumplidamente la moneda de plata de veinticinco centavos que le dieron.

Se inició una larga y paciente espera. Afortunadamente para Uriel sus tres experiencias anteriores le habían dado discernimiento más que suficiente para evitar confundirse con engañosos espejismos. En la región abundaban hechiceros y algunos de ellos poseían innegables poderes. No era esto lo que el arquitecto buscaba, sabía ya que Auténtica Mexicanidad y elevada espiritualidad son sinónimos. Si existía un olmeca —y todo indicaba que al menos seis años antes aún vivía uno, pues había estado presente en la trascendental reunión de Teotihuacan— no podía tratarse de un simple hechicero, sino de un ser superior en toda la extensión de la palabra.

Uriel y su esposa se adaptaron rápidamente a vivir en Los Tuxtlas. Alquilaron en San Andrés una casa y el arquitecto se dedicó a efectuar los sencillos trabajos que en materia de construcción suelen requerirse en pequeños poblados. Elena empezó a llevar contabilidades y asuntos administrativos de modestos negocios. No ganaban mucho, pero sí lo suficiente para vivir sin apuros económicos.

El 21 de junio de 1954 nació el primer hijo del matrimonio. Fue niña y decidieron que llevaría el mismo nombre de su madre. Ese día, al salir Uriel del sanatorio rumbo a su casa a probar algo de alimento, se cruzó en la calle con el mismo viejo mendigo que veía frecuentemente desde su llegada al pueblo. Se buscó en los bolsillos y no llevaba ninguna moneda para darle.

—Tenga, ya no los voy a necesitar —dijo Uriel al tiempo que entregaba al anciano una caja de los famosos puros de San Andrés, misma que había comprado unos días antes en previsión de que el ser que estaba por llegar fuese niño y tuviese, atendiendo a la costumbre, que obsequiar puros a quienes les visitasen en el sanatorio.

El anciano expresó su gratitud con la misma efusividad que manifestaba siempre hasta por la

menor limosna que recibía. Uriel prosiguió su camino sin darse cuenta de que el pordiosero le seguía los pasos. El arquitecto estaba tan contento que sentía deseos de ponerse a cantar. A su memoria acudió un estribillo que utilizan los danzantes concheros en sus velaciones y que él había aprendido cuando se ejercitaba en dichas danzas:

A la batalla mi general
usted que lleva su bella luz
que la comparta en cuatro mitades
para que forme muy bien la cruz.

Uriel se detuvo en seco sin poder dar crédito a lo que escuchaba. Él solo había recordado mentalmente la canción, pero al mismo tiempo alguien había empezado a pronunciarla con recia voz a sus espaldas. Giró rápidamente. Frente a él estaba el anciano limosnero, su rostro y toda su figura parecían transfigurados. Era la representación misma de la dignidad y el señorío. Había en él un aspecto de inmemorial antigüedad que le asemejaba con las grandes esculturas olmecas. Cuando dejó de cantar, el anciano afirmó:

—Usted ya posee su luz pero aún no puede compartirla. Ha logrado tallar tres maderos, sólo le falta uno más para formar la cruz.

Emocionado como jamás lo estuviera en su vida, Uriel abrazó al limosnero. No sólo sabía que se hallaba ante el Supremo Guardián de la Tradición Olmeca, sabía también, con esa certeza profunda que se alcanza muy contadas veces en el transcurso de la existencia, que ésa era la tradición que le correspondía.

•

El Supremo Guardián de la Tradición Olmeca vivía solitario en una choza, ubicada en un apartado paraje junto a la Laguna Encantada. Nadie sabía nada sobre él, ni siquiera su nombre. Se le conocía tan sólo por un apodo: "el Chaneque". Su edad era muy avanzada, de seguro superior a los ochenta años. Desde el primer día en que tomara a su cargo introducir a Uriel en la senda bajo su custodia, le comunicó importantes revelaciones:

—Yo soy el último de los antiguos olmecas y usted será el primero de los nuevos —sentenció con firme acento—. Conmigo se extinguirá un linaje que dio comienzo hace milenios, cuando México despertó de un largo sueño semejante al actual y reinició la tarea que le es propia de crear prodigiosas culturas. La nuestra fue la primera de un nuevo ciclo. Con usted dará inicio otro linaje de olmecas. Ellos serán creadores de la primera cultura del ciclo que está por iniciarse. Esto ocurrirá cuando el emperador retorne y despierte a México.

Todas las mañanas Uriel llegaba con el amanecer a la choza del anciano. Ahí, contemplando el incesante derroche de luz y color de que hacía gala el paisaje, recibía día con día invaluables enseñanzas, las cuales podían quedar comprendidas en una sola palabra: "callar". El enorme y desconocido poder del silencio era manejado con singular destreza por "el Chaneque". Uriel jamás había, ni siquiera imaginado, el armónico equilibrio que puede lograrse entre las distintas

fuerzas que interactúan en el Universo cuando se ejerce sobre ellas el silencio. El último de los olmecas estaba convencido de que ésa sería precisamente la poderosa arma que utilizaría Cuauhtémoc a su retorno para lograr despertar a México. Esto es, suscitaría primero un silencio a tal grado profundo, que cuando la voz del emperador resonase ordenando a su nación que despertase, ésta percibiría de inmediato el mandato que la convocaba a entrar de nuevo en acción.

•

Uriel y su esposa permanecieron seis años en la región de Los Tuxtlas. Durante ese periodo nacieron los cuatro hijos —dos hombres y dos mujeres— que integrarían la totalidad de su descendencia. Fue un tiempo aprovechado al máximo. Paso a paso Uriel se iba convirtiendo en un verdadero olmeca.

"El Chaneque" estaba próximo a morir. Cumplida la misión de transmitir su valiosa herencia, nada parecía atarle ya al plano material de la existencia. Uriel insistió en llevarlo a vivir a su casa pero el anciano se negó, deseaba morir y ser enterrado en el mismo lugar en donde había morado siempre. Uriel se trasladó a vivir a la choza; ésta era impresionante por su absoluta desnudez. No había en ella un solo mueble, ni mucho menos un cuadro o documento que revelase el menor apego a un recuerdo de índole personal. Tan sólo los utensilios mínimos indispensables para la cotidiana subsistencia. Era una habitación a la que no habría opuesto objeción alguna el más austero de los ermitaños.

El día de su muerte las arrugadas manos de "el Chaneque" acariciaron levemente el rostro de Uriel. La voz del moribundo recuperó durante unos instantes su recia y característica sonoridad. Pronunció tan sólo dos palabras:

—Don Uriel.

El aludido comprendió que era ya el Supremo Guardián de la Tradición Olmeca y que con ello había alcanzado la siempre difícil distinción de convertirse en un Auténtico Mexicano.

No hubo festejo alguno para despedir a don Uriel, ni éste pudo ofrecer a su maestro otro obsequio que no fuese cavar su tumba en el suelo mismo de la choza. Terminado el entierro, el arquitecto destruyó y quemó la cabaña. Ninguna señal marcaría el lugar en donde había vivido el último de los antiguos olmecas. Todo esto ocurrió el 21 de marzo de 1960.

•

Don Uriel y su esposa se establecieron en la ciudad de México. El arquitecto obtuvo de nuevo un trabajo en el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Tenía ahora dos proyectos concretos que realizar, ambos de particular importancia: la restauración de una parte de Teotihuacan y la construcción de un museo que diese a conocer la grandeza de las culturas prehispánicas mexicanas.

La ciudad sagrada de Teotihuacan, lugar en donde habría de efectuarse la reaparición del

Emperador Cuauhtémoc, estaba convertida en un auténtico basurero. El Supremo Guardián de la Tradición Olmeca decidió que antes que nada iba a ser necesario dar a la zona arqueológica un aspecto decoroso, realizando en ella una labor de limpieza. Al estudiar cuidadosamente Teotihuacan, localizó de inmediato el sitio exacto en donde el emperador libraría su decisivo encuentro. Sería en la Pirámide de la Luna, prodigioso instrumento creado para mantener bajo control la misteriosa influencia que ejerce la Luna sobre el psiquismo de los seres humanos, y en virtud de la cual éstos se encuentran —sin ser conscientes de ello— en un estado de perpetua ensoñación. Don Uriel observó que la compleja maquinaria que constituye la pirámide se encontraba descompuesta y derruida. Se precisaba, por lo tanto, proceder a su completa restauración.

Aun cuando las antiguas civilizaciones mexicanas eran objeto de incesantes estudios en prestigiadas instituciones culturales de diversas partes del mundo, en México buena parte de sus habitantes poseían tan grande ignorancia en cuanto a dichas civilizaciones se refiere, que tendían a considerarlas inferiores a otras, especialmente a las europeas. Don Uriel estimó que una buena medida para empezar a combatir dicha ignorancia sería la construcción de un gran museo, en el cual se exhibiesen algunas de las mejores obras de las civilizaciones que antaño florecieron en México.

El modesto puesto que el arquitecto desempeñaba no le permitía ordenar directamente la ejecución de obras de tanta importancia como las proyectadas. No obstante, su profundo conocimiento de la naturaleza humana le permitió encontrar la forma de alcanzar sus propósitos. Se valió para ello de una sutil manipulación de la vanidad de varios altos funcionarios, haciéndoles sentir que la realización de las obras propuestas les otorgaría considerable prestigio y la obtención de cargos aún mejores que los que tenían. Sin pretender figurar ni obtener reconocimiento alguno, don Uriel puso en manos de los altos funcionarios bien detallados programas en los cuales se resolvían los distintos problemas que planteaba la puesta en marcha de ambos proyectos. El presidente de la República, licenciado Adolfo López Mateos (1958-1964) acordó favorablemente la solicitud de convertir en realidad los importantes planes.

La reconstrucción de una buena parte de Teotihuacan y la edificación del magnífico Museo Nacional de Antropología e Historia de la ciudad de México, fueron obras gigantescas realizadas en un tiempo récord. En los dos casos intervinieron los mejores elementos humanos del país. Convocados por don Uriel acudieron a prestar su invaluable colaboración tanto los otros Auténticos Mexicanos como un gran número de los Secretos Guardianes de las zonas arqueológicas, cuyas opiniones siempre fueron tomadas en cuenta. Por lo que respecta a la participación de los arqueólogos, historiadores y antropólogos oficiales hubo de todo. Desde sujetos inflados de presunción y atiborrados de falsos conocimientos, hasta personas de auténtica valía, como la señora Laurette Séjourné.

Cuando estaba por concluirse la restauración de la Pirámide de la Luna se presentó un problema. Don Uriel se percató de que de reconstruirse íntegramente la cúspide del monumento éste se reactivaría y empezaría a operar automáticamente, almacenando en su interior “magnetismo lunar”. Teóricamente ello podía parecer ideal, ya que se cumpliría de nuevo el objetivo para el cual había sido construida la pirámide. En la práctica el asunto no era tan sencillo. Para poder

controlar y mantener funcionando a la pirámide se precisaba de por lo menos una docena de Auténticos Mexicanos y en todo el país existían tan sólo cuatro. Éstos hicieron varias pruebas. Se dieron cuenta de que bastaba con que ascendieran al unísono al monumento para que éste comenzase a funcionar y a concentrar en su interior poderosas y negativas energías cuyo control les resultaba imposible, a grado tal que se veían obligados a descender de inmediato, pues de lo contrario corrían el riesgo de quedar atrapados en la cumbre de la pirámide.

En vista de las circunstancias don Uriel decidió que lo más conveniente era dejar sin reconstruir la cúspide del monumento, de esta forma la pirámide no entraría en funciones a menos que los Cuatro Auténticos Mexicanos ascendiesen simultáneamente por ella, cosa que no harían sino hasta la noche previa a la fecha en que habría de retornar Cuauhtémoc.

Las razones para dejar inconclusa la reconstrucción de la Pirámide de la Luna no podían ser expuestas a los dirigentes oficiales de las obras que se efectuaban en Teotihuacan. Don Uriel era el arquitecto responsable de la restauración del monumento y sus jefes le apremiaban para que concluyese cuanto antes su trabajo. El presidente de la República había ofrecido asistir a una ceremonia para conmemorar la terminación de las obras. Aún no se había fijado la fecha de dicha ceremonia, pero se suponía que tendría lugar en la primera quincena de octubre de ese año de 1964.

Los supuestos pretextos que aducía el arquitecto para justificar la paralización de los trabajos a su cargo terminaron por exasperar a sus jefes. Don Uriel fue cesado por "incompetente". La persona que lo sustituyó intentó finalizar cuanto antes la restauración. Los operarios se declararon en huelga solicitando un desmesurado aumento en sus salarios. Se les concedió lo que pedían pero aun así se negaron a reiniciar sus labores. Fueron corridos y se contrató nuevo personal. Don Uriel y el Secreto Guardián de la zona arqueológica habían organizado ya a una cuadrilla de trabajadores que desbaratarían por la noche los trabajos efectuados en el día. Su intervención no fue necesaria. Repentinamente la visita del licenciado Adolfo López Mateos fue fijada para el 14 de septiembre. No había tiempo para terminar de reconstruir la cúspide de la Pirámide de la Luna. Cuantos operarios trabajaban en la antigua metrópoli se dedicaron a concluir con gran prisa otras obras que resultaban mucho más visibles, como el Palacio de Quetzalpapalotl y el empedrado circuito construido en torno a los principales monumentos.

La mañana del 14 de septiembre el presidente de la República llegó a bordo de un helicóptero a la zona arqueológica. Le acompañaban varios miembros de su gabinete. Hubo una solemne ceremonia de inauguración, la cual dio comienzo con la ejecución del poema sinfónico intitulado "Teotihuacan", dirigido por su propio autor el señor Blas Galindo. Alejados de la mesa de honor y confundidos entre el numeroso público que asistía al evento, los Cuatro Auténticos Mexicanos observaban complacidos los favorables cambios que presentaba la milenaria ciudad. Una impecable limpieza prevalecía en toda la zona. La Pirámide de la Luna —con su cumbre aún sin restaurar— parecía aguardar impaciente la llegada de la que sería una fecha clave en la historia de México: 21 de marzo de 1968.

•

Al ser despedido de su trabajo, don Uriel optó por ejercer su profesión en forma independiente. Desde luego no le interesaba alcanzar fama o riqueza, sino obtener tan sólo los ingresos suficientes para proporcionar a su familia una existencia modestamente decorosa. La mayor parte de su tiempo empezó a dedicarlo a interiorizarse en el conocimiento de diversas tradiciones desarrolladas en diferentes partes del mundo. Lo mismo practicaba yoga y karate que estudiaba griego antiguo. Cada vez estaba más convencido de la trascendental importancia de su época. La humanidad se encontraba al final de toda una serie de ciclos y, por lo tanto, en el inicio de una nueva sucesión de etapas históricas. Correspondía a los modernos olmecas la elevada misión de dar origen a una nueva Edad y Cultura, para lo cual necesitaban lograr primero una armónica síntesis de lo esencial de los antiguos conocimientos.

Conforme se aproximaba la esperada fecha, los Cuatro Auténticos Mexicanos se reunían con mayor frecuencia. En dichas reuniones hacían toda clase de especulaciones respecto a lo que suponían ocurriría cuando el emperador reapareciese. Estaban ciertos de que todo cambiaría radicalmente desde el momento mismo de su llegada. La presencia de un ser dotado de una personalidad incomparablemente superior causaría en todas partes un profundo asombro. Habían decidido que el mismo día de su regreso acompañarían a Cuauhtémoc al Palacio Nacional a que tomase posesión del mando que por derecho le correspondía.

Llegó por fin la víspera de la tan aguardada fecha. Al declinar la tarde del martes 20 de marzo de 1968, un volkswagen de color verde olivo hizo su arribo a Teotihuacan. Lo conducía don Uriel y venían como pasajeros don Miguel, don Gabriel y don Rafael. En compañía del anciano Simón —Secreto Guardián de la zona arqueológica— se encaminaron directamente a la Pirámide de la Luna. Al llegar a ésta, Simón se arrodilló y empezó a orar. Con los rostros tensos y las miradas llameantes los Cuatro Auténticos Mexicanos iniciaron su ascenso, marchando juntos por la empinada escalinata. Cuando llegaron a la cumbre la maquinaria construida por los sabios toltecas funcionaba ya a toda capacidad. Oleadas de "magnetismo lunar" se acumulaban en el interior del monumento. La fuerza de aquella energía negativa era terrible, muy superior a cuanto habían imaginado quienes se encontraban en esos instantes en la cúspide de la pirámide. Comprendieron que les sería del todo imposible bajar si el emperador fracasaba en su enfrentamiento con las energías lunares, pues éstas se estaban transformando rápidamente en una especie de infranqueable barrera.

—Él lo logrará —sentenció con firme acento don Miguel, intentando disipar la creciente preocupación que advertía en el ánimo de los demás y en el suyo propio.

Tomando asiento en las desnudas piedras, los Cuatro Auténticos Mexicanos empezaron a tocar los instrumentos que traían consigo: dos tambores y dos caracoles. Estimaban que de esta forma Cuauhtémoc sabría que no estaba solo, que al menos cuatro seres le aguardaban deseosos de que alcanzase el triunfo en su trascendental combate.

Había anochecido y las tinieblas igualaban en una sola y compacta oscuridad a los diversos monumentos. Era una noche de cerrada negrura y de una perceptible tensión en el ambiente. El incesante batir de una pareja de tambores, y el esporádico sonar de dos caracoles, eran los únicos indicios que ponían de manifiesto que México aún vivía.

Capítulo III

La formación de una reina

Tengo el extraño presentimiento de que la próxima gran personificación del futuro será una mujer. Si nuestro cambio de rumbo está dirigido hacia una mayor realidad, será una mujer quien nos indique el camino.

HENRY MILLER,
Del arte y del futuro

La formación de una reina.

1

Kumba Mela en Monte Kailas

Los rojizos fulgores del atardecer, al reflejarse en las miles de laminillas de oro colocadas en los techos del Palacio de Potala, acentuaban la impresión que ha producido siempre este edificio de semejar una inmensa puerta de acceso a un mundo mágico.

Desde uno de los altos ventanales del palacio el ingeniero Richard Teucher contemplaba, fascinado, el inigualable espectáculo que se extendía bajo sus plantas: la ciudad de Lhasa, capital de Tíbet y máximo centro sagrado del budismo vajrayana, resplandecía en toda su extraña belleza.

Aun cuando el matrimonio Teucher y su hijita Regina llevaban ya dos años de estancia en Sera —monasterio cercano a Lhasa— era aquélla la primera ocasión en que visitaban la residencia oficial del Dalai Lama, supremo dirigente espiritual y material del país de las nieves eternas.

Al escuchar unos apresurados pasos a sus espaldas, Richard dejó de admirar el panorama y sonrió a los recién llegados. El lama Tschandzo Tschampa, Citlali y la pequeña Regina retornaban a la sala de espera, habían salido momentos antes, pues justo cuando un solemne edecán les comunicó que estaban a punto de ser recibidos por el Dalai Lama, la niña había anunciado su urgencia de ir al baño.

Tras de recorrer largos pasadizos fueron introducidos a una amplia estancia. Richard no pudo reprimir su asombro al observar el trono de increíble tallado que se hallaba en uno de los extremos del salón. Ocho figuras de leones con diferentes expresiones, todas ellas de un gran realismo, sostenían la base de aquel mueble singular del cual parecía emanar una misteriosa energía.

El lama Tschandzo Tschampa estaba por iniciar una explicación sobre la larga historia y el complicado simbolismo del trono, cuando se abrió la puerta y penetró en la estancia el Dalai Lama seguido de un pequeño cortejo de altos dignatarios, al frente de los que se hallaba el lama Tagdra Rimpoche, primer ministro y regente del país.

Los negros ojos de Citlali recorrieron lentamente las pálidas facciones del Dalai Lama, considerado por todos los tibetanos como la reencarnación de Tschenresi, un Bodihsattva nacido a finales del siglo XIV. Para tratarse de un ser que ya contaba con medio milenio de mantener cierta unidad de conciencia, el aspecto del Dalai Lama resultaba bastante juvenil, acorde con los quince años que llevaba en aquélla que era su decimacuarta reencarnación.

El Dalai Lama tomó asiento en su impresionante trono y con un leve asentimiento de cabeza dio a entender que la ceremonia de recepción podía dar comienzo. Los cuatro integrantes del

grupo llegaron hasta el pie del trono y con respetuoso ademán extendieron las manos para ofrecer las katas que llevaban, o sea las anchas y finas cintas de seda blanca cuyo obsequio constituye la máxima prueba de cortesía tibetana.

La reencarnación de Tschenresi se inclinaba ya para recibir las katas, cuando repentinamente el lama Tagdra Rimpoche alzó los brazos y con voz que denotaba una intensa emoción pidió se suspendiera la ceremonia. Acto seguido, ante la sorprendida expectación de todos los presentes, llegó hasta el Dalai Lama y permaneció un buen rato musitándole al oído palabras que nadie más podía escuchar. Cuando concluyó, el Dalai Lama habló y explicó lo que estaba ocurriendo: en virtud de la especial facultad que poseía el regente —que le permitía observar lo que acontecía en los mundos invisibles con la misma facilidad con que el resto de los mortales contempla lo que sucede en el plano sensible— se había percatado que tenían el alto honor de estar en esos instantes ante una auténtica Dakini,[1] razón por la cual no era lo indicado que fuesen los gobernantes tibetanos los que aceptasen manifestaciones de reverencia, sino por el contrario, debían ser ellos los que testimoniasen el profundo respeto que un ser así les merecía.

Poniéndose de pie el Dalai Lama descendió de su trono y llegó hasta la niña de dos años que se mantenía aferrada a las faldas de su madre. Levantándola en brazos la llevó consigo hasta una cercana mesa en la que aparecían veneradas reliquias que habían pertenecido a los más importantes personajes del lamaísmo. Al depositarla sobre la mesa, la niña tomó de inmediato una pequeña piedra en forma de tablilla en la que aparecía grabada una corta frase en sánscrito. De seguro el Dalai Lama conocía la historia de cada una de aquellas reliquias, pues sin titubear afirmó que la escogida por Regina había pertenecido a una Dakini que viviera en los Himalaya muchos siglos atrás. Se había hecho famosa por el hecho de poseer en grado máximo el don de poder conversar con las montañas y hacerse obedecer de éstas. El pueblo aún recitaba versos en que se narraban sus hazañas. La frase escrita en la reliquia escogida por Regina contenía la afirmación con que aquella Dakini iniciaba siempre su alocución a las altas cumbres: Om that sat.[2]

Antes de dar por finalizada la audiencia, el Dalai Lama formuló dos inusitadas invitaciones. La primera consistía en poner a disposición de los cuatro integrantes del grupo habitaciones en el Palacio de Potala, con objeto de que fuesen los mismos sabios maestros que lo instruían a él quienes, en unión del lama Tschandzo Tschampa, se hiciesen cargo de la educación de la niña. La segunda consistía en su autorización para que tanto Regina como sus padres, a pesar de ser extranjeros y no profesar el budismo, pudiesen asistir a la ceremonia del Kumba Mela que estaba por celebrarse en el Monte Kailas.

Tras de agradecer en nombre de su familia tan especiales deferencias, Richard quedó en que retornarían para quedarse en el Potala al día siguiente, en cuanto agradeciesen a los dirigentes del monasterio de Sera la gentil hospitalidad que les habían brindado y recogieran de dicho lugar sus pertenencias personales.

Durante el camino de regreso al monasterio de Sera, el lama Tschandzo Tschampa no podía ocultar la inmensa satisfacción que le embargaba. Lo ocurrido en el palacio constituía la más concluyente confirmación de que había estado en lo cierto al vaticinar a los Teucher que serían los padres de un ser excepcional. Con alegre gesto, el lama señaló a sus acompañantes una hostería

que se erguía justo a la mitad del camino que lleva de Lhasa a Sera. Tras de afirmar que ahí vendían una refrescante bebida les propuso desmontar y descansar un rato en aquel sitio.

Una vez instalados frente a una de las recias mesas de madera del amplio comedor de la hostería, Richard manifestó que lo que le había causado mayor impresión de aquella inolvidable audiencia en el Potala había sido la personalidad del lama Tagdra Rimpoche. Jamás había conocido —afirmó con sincera convicción— a alguien en quien resulte tan evidente la posesión de un elevado desarrollo espiritual.

Entre sorbo y sorbo al tarro que contenía el sabroso refresco de arroz, el lama Tschandzo Tschampa reveló con acento confidencial cuanto sabía sobre el regente del país:

Al morir el Decimotercer Dalai Lama en el año de 1933, el Tíbet se encontraba inmerso en una grave crisis a resultas de las encontradas tendencias que existían respecto al rumbo que debía darse a su política exterior. La mayor parte de los integrantes de la Asamblea Nacional deseaban que el país continuase viviendo dentro de su tradicional aislamiento, prohibiéndose la entrada a los extranjeros y dificultándose al máximo cualquier clase de contactos con el exterior. Otro grupo, menos numeroso pero más activo, intentaba proseguir las actividades iniciadas por el extinto gobernante, tendientes a lograr la creación de un Servicio Exterior Tibetano que llevase al país al establecimiento de relaciones normales con las demás naciones del mundo. Finalmente, existían pequeños grupos que recibían dinero y consignas de los gobiernos de Rusia, China y Japón, países que se hallaban interesados en anexarse al Tíbet para su propio y particular beneficio.

En tan difíciles circunstancias los integrantes de la Asamblea Nacional habían tenido por dos veces el acierto de escoger como regente a personas que no se encontraban vinculadas a ninguna de las facciones que les dividían. El primero de ellos había sido el lama Kjetson Rimpoche, quien lograra llevar a buen término la búsqueda del niño en que había reencarnado el espíritu de Tschenseri, y que por lo tanto, habría de ser el futuro Dalai Lama. Al morir el lama Kjetson el nombramiento para el cargo de regente había recaído en el lama Tagdra Rimpoche, el cual gozaba ya de gran fama por sus excepcionales facultades de vidente, que le permitían augurar con increíble precisión toda clase de acontecimientos.

Actuando con gran sabiduría y prudencia, el nuevo regente había buscado la conciliación de las facciones y el restablecimiento de la unidad nacional. Lograda ésta, ello le había permitido mantener al país en una política de escrupulosa neutralidad a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, evitando así las calamidades que a resultas de dicho conflicto se abatieron sobre las naciones vecinas.

Con una profunda preocupación reflejada en su semblante, el lama Tschandzo Tschampa dio término a sus confidencias políticas:

Recientemente el lama Tagdra Rimpoche había anunciado que su regencia estaba por finalizar. Al cumplir el Dalai Lama los dieciséis años de edad —hecho para el que faltaba ya muy poco tiempo— asumiría éste el mando supremo del país y el regente se retiraría a una escondida caverna para consagrarse a meditar y a orar durante lo que le quedase de vida. A juicio de muchos, la anticipación de la fecha en que normalmente el Dalai Lama debía comenzar a ejercer el gobierno sólo podía significar una cosa: merced a su visión profética el lama Tagdra se había

percatado de que se avecinaba un gran mal para su país, algún tipo de acontecimiento a tal grado catastrófico que no había forma alguna de poder evitarlo, razón por la cual el regente optaba por apartarse del gobierno y aguardar que sucediese lo que tenía que suceder.

Tras de expresar lo anterior, Tschandzo Tschampa guardó silencio, evidentemente apesadumbrado por el incierto futuro de su país. Deseando distraer la atención del lama de tan espinoso asunto, Citlali inquirió respecto a la ceremonia del Kumba Mela mencionada por el Dalai Lama. ¿En qué consistía dicha ceremonia y en dónde estaba el Monte Kailas?

Recuperando su habitual locuacidad, el lama procedió a dar toda clase de explicaciones sobre un tema que le era de sobra conocido:

En contra de lo que comúnmente se creía en Occidente, el planeta Tierra, al igual que los demás cuerpos que pueblan el Universo, no era algo inerte e insensible, sino por el contrario, un ser dotado de vida y sujeto a sus propias leyes de crecimiento y evolución.

Ahora bien —continuó el lama—, así como los seres humanos para vivir necesitan recibir a través del aire el prana, o sea la energía que sustenta al Universo entero, la Tierra requiere igualmente recibir de continuo enormes cantidades de esa misma energía primigenia. En los seres humanos la función de introducir en sus cuerpos el prana es realizada básicamente por la nariz, la cual opera en forma alternada, o sea que durante un cierto tiempo es la aleta derecha la que deja pasar mayor parte de la energía y posteriormente es la aleta izquierda la que efectúa dicho trabajo. En idéntica forma existen en la Tierra dos inmensas aletas que constituyen la nariz del planeta y son las cordilleras de los Himalaya y de los Andes. Turnándose cada dos mil años en su trascendental función, estas cordilleras transmiten a la Tierra las finas energías, provenientes del Cosmos, que necesita para seguir viviendo.

Richard y Citlali se encontraban tan atentos escuchando las disertaciones del lama, que no se dieron cuenta de que Regina, tras de concluir su refresco y brincotear un rato junto a la mesa, abandonaba el salón comedor cruzando una cercana puerta. El lama Tschandzo Tschampa proseguía con sus cosmológicas explicaciones:

La función respiratoria tanto de los seres humanos como del planeta Tierra puede adoptar para su realización dos diferentes formas. Una de ellas es puramente mecánica y su ejecución garantiza tan sólo la supervivencia de quien la realiza. La otra requiere de técnicas especiales y permite convertir la absorción del prana en un poderoso instrumento de desarrollo interior. En el caso de la Tierra, esta forma particular de absorción sólo puede efectuarse si los seres más evolucionados, espiritualmente hablando, colaboran a ello. Éste es precisamente el objetivo de la ceremonia del Kumba Mela que se llevaba a cabo cada doce años en el Monte Kailas, considerado desde siempre como el corazón de la Cordillera Himalaya. Por cierto, se estaba operando un cambio en la polaridad del planeta a resultas del inicio de una nueva Era Astrológica, y como consecuencia, en lo futuro tocaría el turno a la Cordillera de los Andes el transmitir a la Tierra el prana cósmico. Así pues, concluyó, la próxima ceremonia sería la última que se realizaría en el Monte Kailas, pues durante los siguientes dos mil años dicha ceremonia tendría lugar en Machu Picchu, ubicado en la Cordillera Andina.

Un alarido de terror, proferido por una voz masculina en el patio de la hostería, rubricó las elucubraciones del lama. Citlali se percató de improviso que Regina no se encontraba en el salón

y, despavorida, salió corriendo en su búsqueda seguida muy de cerca por Richard y el lama. Al llegar al exterior lo que contemplaron les hizo quedar paralizados de espanto.

En el amplio patio de la hostería había varias jaulas con diferentes ejemplares de animales salvajes. Una de ellas contenía una pareja de los famosos leones tibetanos de alta montaña, especie casi extinta y considerada por los zoólogos como uno de los más fieros animales que pueblan la Tierra. Junto a la jaula, pálido y tembloroso, se encontraba el dueño de la hostería, autor del grito que se escuchara momentos antes. El motivo de su pavor resultaba obvio. En el interior de la jaula la pequeña Regina jugueteaba alegremente con los leones, jalándoles la melena e intentando escurrirse por entre sus patas. Al parecer la presencia de la niña no sólo no incomodaba sino incluso agradaba a los felinos, que con ánimo complaciente le seguían el juego empujándola suavemente de un lado a otro como si fuese una especie de pelota.

Aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, Citlali llamó a Regina ordenándole que saliese de inmediato de la jaula. Obediente al mando de su madre, la niña se introdujo trabajosamente entre los gruesos barrotes y llegó hasta sus padres con inocente expresión reflejada en el rostro. Sus pupilas despedían fulgores que ponían de manifiesto el intenso regocijo que le había causado su recién concluido jugueteo con los leones.

Los Teucher no reprendieron a su hijita. El susto sufrido les había dejado exhaustos. Con pasos vacilantes llegaron hasta sus cabalgaduras y en unión del lama emprendieron el camino hacia el monasterio de Sera, cuya bella e imponente silueta se perfilaba en lontananza.

Al salir de la hostería Regina agitó repetidamente las manecitas en dirección a la jaula de los leones y éstos parecieron comprender su gesto, pues comenzaron a rugir con fuerza, como si estuvieran despidiéndose amablemente de una grata visita.

•

El ronroneo de varios centenares de molinillos de oraciones inundaba el ambiente con su rítmico acento. En los rostros de los monjes y ermitaños que los manejaban se reflejaba la profunda emoción que les producía el poder estar en ese sitio en aquellos instantes. Muy por debajo de ellos, en el fondo del valle que se extiende a los pies del Monte Kailas, el rumor de los rezos de la inmensa multitud que ahí se apiñaba se percibía en forma apagada pero incesante, evidenciando el indescriptible fervor que animaba a cientos de miles de peregrinos. Arriba de donde se encontraban monjes y ermitaños, en la cima del Kailas, estaba por iniciarse la última y más importante de todas las ceremonias que integraban la celebración del Kumba Mela en los Himalaya.

Existían tres etapas perfectamente delimitadas en la realización de dicho Kumba Mela. La primera consistía en el festejo popular que tenía lugar en el valle y que duraba casi dos semanas. Todos los peregrinos venidos de muy distintas partes —principalmente de la India y del Tíbet— podían participar en aquellos festejos, que se caracterizaban por una inusitada alegría: danzas, juegos y otras diversiones de muy variada índole hacían las delicias de la multitud.

En la segunda etapa tomaban parte únicamente unos cuantos centenares de religiosos y

ermitaños tibetanos e hindúes, que consideraban su inclusión en tan selecto grupo como el máximo privilegio que quizá les fuera otorgado en toda su existencia. Al iniciarse esta etapa —que se desarrollaba en una explanada situada a la mitad del Monte Kailas— se suspendían los actos de diversión en el valle y los peregrinos trocaban éstos por constantes rezos. Durante tres días las plegarias, los mantrams y el sonido de las trompetas sagradas que se usaban en los rituales, se dejaban escuchar a toda hora. El Kailas se transformaba así en una especie de inmensa campana, cuya incesante resonancia anunciaba la próxima llegada de las más sutiles energías del Universo.

Finalmente, la tercera etapa consistía en una ceremonia denominada cósmica que se efectuaba en un antiquísimo altar de piedra excavado en lo alto del Kailas. A lo sumo siete personas, consideradas como los más altos iniciados de su época, podían tomar parte en la realización de la trascendental ceremonia destinada a promover la elevación espiritual del planeta.

En esta ocasión la ceremonia era presidida por el lama Tagdra Rimpoche. Hacía menos de un mes que el joven Dalai Lama había sido declarado oficialmente mayor de edad y asumido personalmente el gobierno de su país, razón por la cual le correspondía ya al nuevo gobernante la alta distinción de encabezar el rito central del Kumba Mela; sin embargo, en un acto que ponía de manifiesto el afecto y respeto que el Dalai Lama profesaba a quien rigiera con singular acierto por más de diez años los destinos del Tíbet, había delegado en el lama Tagdra Rimpoche la misión de presidir la ceremonia.

El solemne y sencillo ritual estaba a punto de llegar a su término. Los primeros rayos del Sol, al filtrarse por entre las nevadas cumbres de los Himalaya, iluminaban la pulida superficie del pétreo altar excavado en el Kailas. Con recia voz que parecía querer traspasar las montañas, el lama Tagdra Rimpoche comenzó a pronunciar los secretos mantrams que tan sólo podían proferirse en esa ocasión. Los seis altos iniciados que le acompañaban salmodiaban suavemente un cántico, al tiempo que hacían sonar unas pequeñas campanillas.

A escasa distancia de donde se efectuaba el ritual, los Teucher, únicos invitados autorizados para presenciar el acto, permanecían profundamente impresionados ante lo que observaban. Regina se mantenía igualmente atenta, pero sin perder la alegre y un tanto picaresca expresión que de continuo predominaba en su semblante.

Con brusco ademán el lama Tagdra Rimpoche alzó los brazos al cielo y pronunció una última palabra, la sagrada sílaba “Om”, que pareció quedar vibrando durante un buen rato en el espacio. Algo extraño sucedió en el ambiente, fue como si desapareciese de improviso la natural tensión que acompaña la vigilia de todos los seres vivos y éstos hubiesen quedado repentinamente inmersos en un profundo sueño.

Richard recordó que en dos mil años no volvería a celebrarse una ceremonia semejante en aquel sitio, y que por lo tanto, ésta había tenido el carácter de una solemne despedida a todas las gigantescas montañas que integran la Cordillera Himalaya, las cuales iniciaban un largo y reparador descanso. Comprendió también que todo aquello debía ocasionar en los iniciados ahí presentes un lógico sentimiento de nostálgica tristeza, pues ya ni el Tíbet ni los Himalaya serían lo que habían sido a lo largo de toda la Era de Piscis: el máximo centro receptor de las más finas energías provenientes del Universo.

Concluida la ceremonia, la superior presencia de ánimo que caracterizaba la personalidad del

lama Tagdra Rimpoche pareció abandonarlo. Como si él también, al igual que los altos montes, estuviese a punto de perder su capacidad de vigilia, su rostro dejó ver un inocultable sentimiento de profundo cansancio. Idénticas emociones aparecieron simultáneamente en las facciones de los otros seis iniciados. El abatimiento que los dominaba era evidente y constituía un triste espectáculo. El opresivo silencio comenzó a resultar insoportable.

La musical voz de Regina rompió de un tajo la densidad casi palpable del atribulado ambiente. "Lama la, lama la",[3] repetía una y otra vez mientras cruzaba con veloz carrera la escasa distancia que le separaba del lama Tagdra Rimpoche. Al llegar a éste se abrazó a sus piernas al tiempo que reía con incontenible regocijo.

La risa de la niña, cual mágico encantamiento, cambió en un instante todo el panorama. El lama la alzó en brazos y la sostuvo durante un largo rato mostrándola a los otros iniciados. Luces de esperanza se encendieron en todas las miradas. Los ascéticos y curtidos rostros dejaron ver el radical cambio operado en su espíritu. Uno a uno, los iniciados fueron cargando a Regina, musitándole tiernas palabras y acariciándola suavemente. La niña se dejaba querer, evidentemente complacida ante aquellas manifestaciones de aprecio. Tras devolverla a sus padres todos quedaron nuevamente en silencio, pero su actitud era ya muy distinta a la de momentos antes, ahora prevalecía un notorio optimismo que se reflejaba en cada uno de los sonrientes semblantes. Hasta el aire mismo, en el incesante silbar que producía al chocar con las heladas rocas, parecía entonar un vibrante cántico de la salutación a la pequeña representante de la nueva Era.

Resumiendo en un solo vocablo el pensamiento de todos, alguno de los iniciados pronunció la palabra "Andes" y ésta comenzó a ser repetida con diferentes acentos y tonalidades. Las miradas de los integrantes del pequeño grupo se clavaron en el horizonte, como si quisieran alcanzar a contemplar a la otra mitad de la nariz de la Tierra, situada en el otro extremo del mundo: la lejana Cordillera de los Andes.

Marchando en hilera por una angosta vereda, los iniciados y los Teucher emprendieron la caminata hacia el valle. Al llegar a la mitad de la montaña se encontraron con los religiosos y los ermitaños que les aguardaban para proseguir juntos el descenso. El lama Tagdra Rimpoche se despidió amablemente de cada uno de los presentes y tras de hacer entrega a una comisión de lamas de todas las insignias que denotaban su alta investidura, se ciñó las sencillas prendas de los ermitaños y confundido entre éstos se alejó del lugar, tomando por un atajo que bordeaba la montaña. Al parecer había surgido un gran afecto en la pequeña Regina hacia el ex regente del Tíbet, pues sus padres tuvieron que hacer uso de la fuerza para impedir que la niña marchase en su seguimiento.

Los integrantes de la inmensa multitud congregada al pie del Kailas se preparaban para iniciar el viaje de retorno a sus diferentes lugares de origen. Una enorme algarabía reinaba por doquier. El espectáculo de todo aquel gentío constituía algo en verdad pintoresco. Enormes banderas, pertenecientes a diferentes poblaciones y monasterios ondeaban agitadas por el viento. Grupos de teatro y danza, ataviados con sus llamativos ropajes y máscaras, daban sus últimas exhibiciones. Largas filas de yaks emprendían el camino llevando a cuestas las más diversas pertenencias. Por todas partes se escuchaban tambores y trompetas, que los peregrinos hacían sonar al momento de partir.

La larga caravana de los lamas venidos del Palacio de Potala fue una de las últimas en abandonar el valle. En ella iban los Teucher montando dos recios, chaparros y peludos caballos tibetanos. Citlali y su hijita viajaban en la misma cabalgadura. Regina no lucía su característica sonrisa. Como si fuese objeto de una especie de fascinación, mantenía la mirada fija en la imponente figura piramidal del Monte Kailas, hasta que finalmente, al doblar un recodo del camino, terminó por perderlo de vista. "Adiós amigo", musitó la niña con suave vocecita.

En la cumbre del Kailas una repentina ventisca cubrió de fina nieve el altar excavado en la roca. Dos mil años tendrían que transcurrir para que nuevamente volviese a ser utilizado.

---

[1] Las Dakinis —también llamadas por los tibetanos "Khadomas"— son seres celestiales de naturaleza femenina, capaces de adoptar por algún tiempo una figura humana para la realización de un determinado propósito.

[2] Se trata de un mantram de origen milenario, destinado a crear un sentimiento de identificación entre dos seres pertenecientes a diferentes planos. Una traducción aproximada de esta frase sagrada sería "Yo soy tú".

[3] La partícula "la" se utiliza como manifestación de especial respeto al dirigirse a ciertos lamas.

2

El temido año Hierro-Tigre

Los astrólogos tibetanos habían vaticinado, desde hacía siglos, que las gigantescas montañas que integraban la Cordillera Himalaya iniciarían un prolongado reposo en el año Hierro-Tigre del Ciclo Decimosexto.[1] Nadie esperaba que de este hecho pudiesen derivarse favorables consecuencias para el país de las nieves eternas, razón por la cual sus habitantes habían venido aguardando esta fecha con creciente angustia. El anuncio del lama Tagdra Rimpoche de que sería precisamente en dicho año cuando presentaría su renuncia a la regencia del gobierno, contribuyó a incrementar el ambiente de temerosa incertidumbre respecto al futuro que se avecinaba.

Al llegar el tan temido año, los acontecimientos vinieron muy pronto a superar con exceso los más pesimistas augurios. Sin cumplir al menos con la elemental cortesía de formular una declaración de guerra, el ejército chino inició un avance sobre las provincias limítrofes entre el Tíbet y China. Fue ya en medio de la consiguiente crisis que este acontecimiento ocasionara, cuando se llevó a cabo la solemne ceremonia en la que el joven Dalai Lama asumió el mando como supremo gobernante del país. Muchos dignatarios tibetanos consideraban que los chinos se proponían, tan sólo, poner fin a las inacabables disputas que habían existido siempre entre ambas naciones por la fijación de límites fronterizos. En un principio los hechos parecieron dar base a estas suposiciones, pues tras de una arrolladora acometida inicial, las tropas chinas detuvieron su avance.

Aprovechando el compás de espera que se había generado a resultas de la inmovilidad del ejército chino, el gobierno tibetano realizó desesperados esfuerzos por dar a conocer al mundo lo que estaba ocurriendo en el centro de Asia. El Dalai Lama envió numerosos y desesperados mensajes tanto a la Organización de las Naciones Unidas como a los gobiernos de las naciones más poderosas de la Tierra, ofreciendo todo género de seguridades para establecer un diálogo que garantizase a los chinos la aceptación de cualquier reclamo sobre territorios fronterizos que tuviese alguna justificación.

Manifestando una cruel y egoísta indiferencia, la Organización de las Naciones Unidas y las potencias que habían recibido los mensajes del gobierno tibetano se negaron a intervenir ya no digamos para auxiliar al país invadido, sino al menos para mediar en el conflicto.

Comprendiendo que no existía ningún peligro de que alguna fuerza exterior se opusiese a sus perversas intenciones, los invasores reiniciaron su avance. Haciendo gala de un negro sentido del

humor, el gobierno chino manifestó que el propósito que le guiaba al actuar como lo hacía era el de "liberar al Tíbet" (*sic*).

•

En unión de los demás peregrinos del Palacio de Potala que habían acudido a la ceremonia del Kumba Mela, los Teucher acababan de retornar a la ciudad de Lhasa cuando llegaron a ésta las infaustas nuevas: un ejército chino de aproximadamente ciento cincuenta mil hombres, dotado de moderno arsenal bélico, se había internado en el país con el evidente propósito de llegar hasta la capital del Tíbet.

Los integrantes de la Asamblea Nacional, presididos por el Dalai Lama, realizaron prolongadas reuniones para analizar la situación. Ésta no podía ser peor. A resultas de sus arraigadas convicciones religiosas —que propugnaban un radical pacifismo— las autoridades tibetanas no habían propiciado nunca la creación de algo que en verdad pudiese llamarse ejército; las fuerzas que llevaban este nombre consistían tan sólo en unos cuantos elementos pésimamente armados que ejercían más bien funciones de policía. Por otra parte, y como consecuencia de ese mismo pacifismo, el Dalai Lama y los demás religiosos que componían el gobierno veían con profunda repugnancia la idea de intentar organizar una defensa armada del país y con ello propiciar el derramamiento de sangre. Así pues, decidieron no ofrecer resistencia a los invasores y abandonar la capital cuanto antes.

Con preocupada voz el lama Tschandzo Tschampa informó a sus amigos extranjeros la resolución tomada por las autoridades de evacuar Lhasa. Los Teucher opinaron que quizá lo más conveniente sería retornar a México, pero el lama les suplicó que no se apresurasen a tomar una decisión, sino que aguardasen a ver si la situación mejoraba, para lo cual les pedía le acompañasen al monasterio de Kenduling —situado en un oculto lugar entre las montañas que bordean a Lhasa— en donde podrían permanecer seguros y a la espera de los futuros acontecimientos.

Muy pronto la capital del Tíbet comenzó a quedar desierta. Largas caravanas partían de continuo hacia muy diversos rumbos, evidenciando así el propósito de sus moradores de no estar presentes en la ciudad sagrada cuando los invasores la profanasen con sus botas. La partida del Dalai Lama y su numeroso séquito constituyó el punto culminante del doloroso éxodo. Una enorme multitud le aguardaba a la salida de Potala, manifestando con llanto y grandes voces el pesar que producía en todos los tibetanos el hecho de que su legítimo gobernante se viese obligado a salir huyendo como si fuese un malhechor.

Fue en ese mismo día cuando el lama Tschandzo Tschampa y los Teucher abandonaron la ciudad. En esta ocasión Regina montaba en un viejo yak que además portaba gruesas valijas. El polvoriento camino estaba atestado de personas que en caballos, yaks, carretas, e incluso a pie, se alejaban de Lhasa. El marchar hacia un incierto porvenir tras dejar sus hogares abandonados generaba en los caminantes angustia y desesperanza. Sin embargo, aquel opresivo ambiente no parecía afectar en lo más mínimo a la niña, pues ésta, recordando una canción del compositor

mexicano Gabilondo Soler (“Cri-cri”) que recientemente le enseñara su madre, la comenzó a cantar con alegre acento:

Un barquito de cáscara de nuez
adornado con velas de papel
se hizo hoy a la mar
para lejos llevar
gotitas doradas de miel.

Un mosquito valiente va en él
muy seguro de ser buen timonel
y subiendo y bajando las olas
el barquito ya se fue.

Navegar sin temor
en el mar es lo mejor
no hay razón de ponerse a temblar
y si viene negra tempestad
reír, cantar y silbar.

El mosquito va contento
por los mares lejanos del sur.

La vocecita de la niña, entonando una canción en un idioma desconocido sobre un tema marino en una nación mediterránea, comenzó a producir un sorprendente efecto en sus oyentes. Al principio muy lentamente, pero luego con increíble celeridad, los tibetanos que rodeaban a Regina sintieron que en lo más profundo de su alma se despertaba una nueva y poderosa energía. Como si se tratase de una especie de incontenible y mágico contagio, los sentimientos de fortaleza y esperanza que habían surgido entre quienes escuchaban la canción de Regina, comenzaron a extenderse hacia el frente y la retaguardia de la interminable columna de personas que huían de Lhasa. Vítores al Tíbet y al Dalai Lama, proferidos cada vez con mayor vigor, se producían una y otra vez. El aire comenzó a llenarse con los sones de populares canciones en las que se aludía a muy diversos temas, desde místicas cuestiones hasta románticos amores.

Los padres de Regina observaban con asombro lo que ocurría. Aquélla era la segunda ocasión en que les era dado contemplar la pasmosa facilidad con que la niña podía transformar los más densos estados de ánimo en un ambiente de desbordado optimismo. Se trataba, en verdad, de algo asombroso y del todo inexplicable.

Tras varias horas de marcha los Teucher, el lama Tschandzo Tschampa y el pequeño grupo de religiosos y sirvientes que les acompañaban, se apartaron del congestionado camino para internarse por la angosta vereda que llevaba al monasterio de Kenduling.

•

En virtud de la actitud adoptada por las autoridades tibetanas tendiente a evitar un confrontamiento armado con los invasores, todo hacía pensar que el recorrido de las tropas chinas hasta la ciudad de Lhasa constituiría un simple paseo militar. Sin embargo, en contra de lo que suponían tanto el gobierno chino como el tibetano, ello no fue así. Emergiendo de un pasado que ya todo el mundo había olvidado, unas legendarias figuras irrumpieron sin previo aviso en la escena: los khampas.

Las inmensas llanuras y los macizos montañosos del Asia Central han sido el fermento natural para la creación de un tipo muy especial de ser humano: el guerrero nómada, un sujeto que considera la libertad como el bien máximo al que es posible aspirar sobre la Tierra.

Altivos, fieros e indomables, los guerreros nómadas del Asia Central mantuvieron durante milenios una lucha incesante en contra de las organizaciones políticas estables, que asentadas en las grandes ciudades a las cuales tanto detestaban, pretendían sujetarles a su autoridad, cobrarles impuestos y poner límites a su amada libertad. Siempre que surgió entre los nómadas un caudillo de genio capaz de agruparlos en un gran ejército, se generó una fuerza devastadora que arrasó con cuanto se oponía a su afán de transformar al mundo en una enorme estepa. Atila, Gengis Kan y Tamerlan, son tan sólo algunos de los nombres más conocidos de la interminable galería de los guerreros pertenecientes a esta estirpe.

Con el paso del tiempo, el inexorable avance de las sociedades sedentarias fue eliminando gradualmente el nomadismo hasta en los más apartados rincones de la Tierra. A tal grado que a mediados del siglo XX nadie hubiera podido creer que esta forma de vida aún subsistía con todas sus tradicionales características en una extensa región del centro de Asia, ubicada dentro de las fronteras del Tíbet: la provincia de Kham, habitada por la "Raza de Reyes", como gustaban de autocalificarse los khampas, temibles guerreros que múltiples veces habían hecho temblar al Imperio Chino, cuyos gobernantes optaron en varias ocasiones por pagar fuertes tributos a los belicosos nómadas, a cambio de que éstos se comprometiesen a no incursionar durante un cierto tiempo por los territorios chinos.

Fieles budistas y profundamente patriotas, los khampas habían reconocido siempre la autoridad espiritual de Dalai Lama, pero no obstante, ello no les impedía combinar sus habituales actividades pastoriles con algunos asaltos de cuando en cuando a las ricas caravanas de mercaderes. En igual forma, se mantenían apegados con rigurosa firmeza a su antiguo principio de no pagar jamás ni un céntimo de impuestos a ninguna clase de autoridad.

Al ocurrir la invasión china en el año Hierro-Tigre, los khampas reaccionaron de inmediato. Sin hacer el menor caso a las pacifistas resoluciones emitidas por el gobierno tibetano, tomaron sus antiguas armas, montaron en sus briosos corceles y se lanzaron a la lucha. La desproporción entre ambos contendientes resultaba abrumadora. China era una potencia mundial, poseedora del ejército más numeroso de la Tierra. Los khampas eran un puñado de nómadas, armados de viejos rifles y de largos sables.

Comprendiendo que les sería imposible detener a sus contrarios en un choque frontal, los khampas se organizaron en guerrillas e iniciaron el incesante acoso de las fuerzas invasoras. Merced a su conocimiento del terreno y al apoyo que recibían de la población, les fue posible provocar derrumbes en los altos pasos de las montañas justo en los momentos en que pasaban por ellos los contingentes más numerosos de las tropas chinas. Asimismo, envenenaron el agua de los

pozos de las zonas desérticas que dichas tropas tenían que cruzar y exterminaron a cuanto grupo se separaba del cuerpo principal del ejército enemigo, lo mismo a las avanzadas que a los encargados de mantener las líneas de comunicación y abastecimientos.

La inesperada y exitosa resistencia de los khampas obligó al gobierno chino a un cambio de planes. En un principio había creído que podría anexarse al Tíbet en forma rápida y sin tener que utilizar grandes medios para ello. Al percatarse de su error, los chinos se trazaron una nueva política que sin variar el objetivo, requería para su realización de considerable tiempo y del empleo de importantes recursos.

El diezmado ejército chino que logró finalmente arribar a Lhasa se encontró con que la ciudad estaba del todo abandonada. Autoridades y habitantes habían huido, manifestando con ello su repulsa a establecer cualquier clase de trato con los invasores, pero éstos dieron principio a la aplicación de su nueva política basada en la hipocresía y el engaño. Reprimiendo sus deseos de venganza —generados por las numerosas bajas que los khampas habían causado en sus filas— las tropas chinas respetaron escrupulosamente los bienes existentes en la solitaria ciudad, inclusive los tentadores tesoros acumulados en templos y palacios. Nawang Ngabo, funcionario tibetano que los chinos habían capturado durante su avance (y que secretamente había aceptado colaborar con ellos) fue enviado a la búsqueda del Dalai Lama portando un ofrecimiento de paz que contenía toda clase de concesiones.

En vista de la actitud asumida por los invasores, el gobierno tibetano aceptó la celebración de negociaciones, las cuales concluyeron finalmente en un acuerdo en el que aparentemente el Tíbet no salía tan mal librado, pues los chinos se comprometían a respetar la existencia de un gobierno local autónomo presidido por el Dalai Lama y demás autoridades tradicionales. En igual forma, garantizaba que no se efectuaría ningún intento de modificar ni las creencias religiosas ni las costumbres populares, imponiéndose, eso sí, cláusulas en las que se establecía que China representaría al Tíbet para efectos externos y que con objeto de "defenderlo de cualquier agresión"(?) las tropas chinas irían progresivamente ocupando todas las regiones del país.

Una vez firmado el acuerdo (al que se dio el nombre de Pacto de los Diecisiete Puntos) la paz pareció retornar al país de las nieves eternas. Abandonando su refugio en las montañas, el Dalai Lama emprendió el camino de regreso a Lhasa. Siguiendo su ejemplo comenzaron a reintegrarse a sus actividades normales casi todos los tibetanos que habían abandonado campos y ciudades. Incluso los khampas, si bien a regañadientes, suspendieron sus ataques y optaron por esperar para ver cuál era el comportamiento que asumían los invasores.

En cuanto llegó al monasterio de Kenduling la noticia de que el Dalai Lama se hallaba de nuevo en la capital, el lama Tschandzo Tschampa y los Teucher regresaron de inmediato al Potala. A los pocos días de su reinstalación en dicho palacio, fueron recibidos una vez más por el Supremo Gobernante del Tíbet. El Dalai Lama les manifestó que a pesar del acuerdo recién firmado no guardaba ninguna esperanza de que los chinos mantuviesen su promesa de respetar la autonomía del Tíbet. Estaba seguro de que el propósito que en verdad les guiaba era el de anexarse el país y destruir su preciada herencia cultural. Estimaba que no existía medio alguno de oponerse a lo primero, pero que en alguna forma se lograría evitar lo segundo. Finalmente, afirmó que si había aceptado entrar en negociaciones con los chinos ello se debía no sólo a su deseo de

evitar la lucha armada y el consiguiente derramamiento de sangre, sino también a que consideraba que en esta forma se lograría ganar tiempo para poder cumplir con lo que calificó sería “el último sagrado compromiso del gobierno tibetano”, o sea proporcionar la educación adecuada a Regina, la pequeña Dakini que en esos instantes, ignorando la suma importancia que le atribuían los mayores, jugaba a esconderse de sus padres ocultándose tras de una de las gruesas cortinas existentes en el salón de recepciones.

Concluida la audiencia, los Teucher recorrieron medio Potala para llegar a las habitaciones en donde residían. Como de costumbre el inmenso palacio era el centro de un bullicioso hormiguero humano dedicado a las más variadas actividades, desde la tramitación de asuntos burocráticos hasta la celebración de solemnes actos religiosos en sus múltiples capillas. El ambiente llegaba a veces a resultar ensordecedor, pues al incesante murmullo de incontables voces se unía el estremecedor sonido de los enormes gongs y las agudas notas que emitían las largas trompetas de plata.

—¿Cuánto tiempo más podría durar todo esto? —preguntó Richard aparentemente dirigiéndose a Citlali, pero en realidad hablando más bien consigo mismo.

La interrogada alzó primeramente los hombros, evidenciando con este gesto su incapacidad para encontrar una respuesta apropiada, pero luego su rostro dejó ver un sentimiento de segura confianza, al tiempo que respondía con la suave firmeza que le caracterizaba:

—Durará lo que tenga que durar, para que se cumpla lo que Dios quiera.

---

[1] Equivalente al año 1950 del calendario cristiano.

3

Al borde del abismo

Apenas habían transcurrido unos cuantos meses de que los Teucher retornaran al Potala, cuando hizo crisis un conflicto que había venido incubándose largo tiempo atrás en la mente de la madre de Regina. Citlali era profunda y ortodoxamente católica. Una de las condiciones que había puesto para permitir que los lamas se hiciesen cargo de la educación de su hija era que no le diesen ninguna clase de instrucción religiosa, pues era ella la que se encargaba personalmente de proporcionar a la niña enseñanza sobre el particular. Aun cuando los lamas le habían garantizado que lo único que intentaban era despertar en Regina las superiores facultades que ésta poseía, Citlali terminó por considerar que varios de los recursos de que se valían para ello —como la incesante repetición de mantrams— no podían ser calificados sino de prácticas religiosas. Tras de largas discusiones con su esposo —quien poseía como ella un espíritu marcadamente religioso, pero tal vez por haber vivido en países con distintas creencias tenía un criterio más tolerante sobre el particular— Citlali decidió que debían dar por terminada su estancia en el Tíbet y regresar a México cuanto antes.

Una vez tomada la resolución de suspender el aprendizaje, Citlali se lo hizo saber a Regina. La niña no dijo nada. Observó a su madre con sus enormes y expresivos ojos y luego, antes de que pudiese impedírselo, se apoderó de la antigua imagen de la Virgen de Guadalupe pintada en lámina que mantenía siempre sobre su cama y salió corriendo de la habitación.

Localizar a la pequeña en el laberinto de Potala llevó varias horas. En la búsqueda participaron los padres y maestros de Regina. La encontraron finalmente en una pequeña y escondida capilla situada en el sector sur del inmenso palacio. La capilla contenía una imagen religiosa bordada en tela (tanka) representando, en una de sus múltiples advocaciones, a la reverenciada deidad femenina del budismo vajrayana denominada Tara.

Los sorprendidos padres y maestros observaron que junto a la tanka tibetana había sido colocada la imagen mexicana. Y a los pies de ambas la niña oraba de rodillas con tan profunda concentración que ninguno de los presentes se atrevió a interrumpirla. Transcurrido un largo rato de fervorosa oración, Regina se incorporó y tomando el cuadro de la Virgen de Guadalupe regresó a su habitación.

La sorpresiva conducta asumida por la niña trajo consigo dos consecuencias. La primera fue que Citlali cambió de parecer y optó por no oponerse más a los procedimientos que utilizaban los instructores de Regina para acelerar en ésta el despertar de sus facultades de Dakini. La segunda

fue que dio lugar a un conflicto que muy pronto adquirió inesperadas proporciones. La capilla en donde Regina había orado ante las dos imágenes estaba a cargo de un anciano lama, de no muy alta jerarquía, el cual había consagrado su vida a orar a la diosa Tara. El día en que ocurriera el hecho el lama no estaba presente en la capilla por encontrarse enfermo. Al enterarse de que se había colocado una imagen religiosa extranjera junto a la de Tara, el lama montó en cólera y juró que no descansaría hasta lograr que se expulsase del país a la autora de la sacrílega profanación.

Sabedor de que la pequeña forastera gozaba del respeto y protección de encumbrados dignatarios, el lama decidió no exponer el asunto ante sus superiores, sino plantearlo al pueblo en las calles para que fuese éste quien protestase airadamente por lo ocurrido. Contando con el decidido apoyo de un grupo de personas que profesaban gran devoción a la imagen que se veneraba en la capilla bajo su custodia, el lama organizó una marcha de protesta en la que tomaron parte cerca de tres mil manifestantes, los cuales se colocaron ante las puertas del Potala y afirmaron que no se moverían de ahí mientras no se acordase la expulsión de la perniciosa extranjera. Los manifestantes venían preparados para una larga permanencia ante el palacio. Con gran presteza empezaron a levantar tiendas de campaña y a instalar al aire libre cocinas y letrinas públicas. Al centro del campamento el lama improvisó un altar en el que colocó la, a su juicio, profanada imagen.

En el interior del palacio múltiples semblantes dejaban ver la profunda preocupación que les dominaba. Sólo quien constituía el motivo central del problema parecía no darse cuenta de la existencia del mismo. Alegre y risueña como de costumbre Regina efectuaba sus cotidianas actividades. Al llegar la hora de acostarse se metió a la cama y se durmió en el acto. Se despertó en la madrugada. Actuando sigilosamente se vistió y tomando el cuadro de la Virgen de Guadalupe se encaminó sin ser vista hacia una oculta salida del Potala, desplazándose a través de pasadizos que le eran de sobra conocidos.

El sueño había vencido a los exaltados manifestantes. Una apacible quietud imperaba en el área donde se encontraba el campamento. Regina llegó hasta el altar y juntando por segunda ocasión las dos imágenes religiosas se arrodilló y empezó a orar.

El lama que encabezaba la protesta fue el primero en descubrir la presencia de Regina. Deseando cambiar el agua de azafrán depositada como ofrenda ante la imagen de Tara se levantó cuando aún no amanecía. Se llevó entonces la mayor sorpresa de su vida. Junto a la conocida imagen de la femenina deidad tibetana había sido colocada otra que le resultaba del todo extraña. Se trataba de una joven mujer de moreno semblante cuya figura toda estaba envuelta en dorados resplandores. Una niña de escasos cuatro años, poseedora de un color de piel y de facciones semejantes a la de la extraña imagen, permanecía arrodillada junto al altar. Había en aquella niña algo excepcional e indefinible, una especie de fuerza superior de intocada pureza que imponía admiración y afecto. Comprendiendo que se hallaba ante la más clara manifestación de lo sagrado que jamás le fuera dado contemplar, el lama se vio invadido de un profundo arrepentimiento. Se sentó en el suelo al lado de la niña y al tiempo que sus labios musitaban fervorosas plegarias sus manos empezaron a dar vueltas a un viejo molinillo de oraciones.

El campamento comenzó a llenarse de voces y de asombro. Sus ocupantes se habían percatado ya de la inesperada visitante que les acompañaba. Tal y como le ocurriera al lama, la

contemplación de la armónica unidad que configuraban las dos imágenes religiosas y la orante niña produjo en todos un hondo impacto. Las expresiones de estupor fueron siendo sustituidas por un completo silencio. Hombres y mujeres procedieron a sentarse en el piso, apretujándose lo más cerca posible de Regina. Primero con voz muy queda y luego con recio acento empezaron a orar. El rumor de voces semejaba el golpear del oleaje contra las rocas.

En el Potala nuevamente se buscaba con preocupado afán a la perdediza Dakini. Un sirviente que llegaba al palacio a desempeñar sus cotidianas labores informó que la niña estaba en el campamento de los manifestantes. Abrigando serios temores por la suerte de Regina, sus padres salieron presurosos del edificio. Les acompañaban los maestros de la niña y varios guardias. Muy pronto se percataron de lo infundado de su alarma. Padres, maestros y guardias se unieron gustosos a los rezos de quienes el día anterior exigían con frenéticos gritos la expulsión de Regina.

El feliz desenlace del inesperado incidente trajo a su vez dos consecuencias. La primera fue la estrecha relación que se dio a partir de entonces entre Regina y el anciano lama promotor del suceso. La niña empezó a visitar con regular frecuencia la capilla a cargo del lama. En dichas visitas llevaba siempre consigo la imagen religiosa de la Patrona de México. El lama la colocaba junto a la representación de la deidad femenina tutelar del Tíbet y ambos oraban a los pies de las dos figuras. Cuando el anciano sintió que se acercaba la hora de su muerte —la cual sobrevino menos de dos años después de ocurrido el referido acontecimiento— solicitó y obtuvo, tanto de sus superiores como de la propia Regina, la promesa de que sería la niña quien se haría cargo de la custodia de la capilla y de la imagen que en ésta se veneraba.

La segunda consecuencia de la forma en que concluyó el acto de protesta en contra de Regina fue que generó en su favor una popularidad que, a partir de entonces, no cesaría de incrementarse. Grupos cada vez mayores llegaban al Potala a saludar a la pequeña Dakini. Regina tenía para todos amables palabras, ágiles bromas y luminosas sonrisas. Su sencillez y simpatía hacía nacer en cuantos la veían instantáneo afecto y respeto.

Mientras la educación de Regina se desarrollaba bajo los mejores auspicios, las noticias que llegaban a Lhasa de lo que ocurría en el interior del país no podían ser más graves. Era ya inocultable que, en lo que se refería al Tíbet, la única finalidad que perseguían los chinos era la de transformarlo en una colonia, para así poder explotarlo en su exclusivo beneficio. Las antes yermas extensiones que ahora se roturaban para el cultivo, al igual que las nuevas y numerosas minas, eran fuente de agotadoras jornadas de trabajo para los tibetanos y de cuantiosas ganancias para los chinos. Cínica y descaradamente, los invasores violaban todas las cláusulas del Pacto de los Diecisiete Puntos que habían firmado con las autoridades tibetanas, las cuales protestaban repetida pero inútilmente por lo que acontecía.

Confiados en su incontrastable poderío y superioridad —China era una potencia mundial con ochocientos millones de habitantes, mientras que el Tíbet era un país pobre de tan sólo seis millones de personas— los invasores parecían estar convencidos de que nadie podría oponerse a sus aviesas intenciones. Por segunda ocasión en unos cuantos años, los khampas les demostraron lo contrario.

A pesar de los esfuerzos que hacían las autoridades chinas de ocupación por bloquear las

noticias de cuanto ocurría en el país, éstas terminaban por difundirse y llegar hasta la capital, que aún continuaba en calma. Primero llegaron a Lhasa rumores de esporádicos levantamientos de grupos khampas. Luego corrió la noticia de que toda la provincia de Kham se había alzado en armas y que los indomables integrantes de la "Raza de Reyes" estaban logrando importantes victorias sobre las tropas chinas. Sobrevino después un largo periodo de total carencia de noticias. Al parecer nadie sabía lo que estaba pasando, como no fuese el hecho evidente de que los chinos habían procedido a concentrar grandes ejércitos en la provincia rebelde. Y entonces ocurrió lo inesperado, cuando ya todo el mundo daba por cierto que los khampas habían sido exterminados, éstos surgieron simultáneamente en las más diversas regiones incitando a sus moradores a la revuelta en contra de los invasores. Al finalizar el año de 1958 prácticamente todo el Tíbet estaba en abierta insurrección.

Sintiéndose responsable de la seguridad de la familia Teucher, el lama Tschandzo Tschampa la mantenía informada de la cada vez más grave situación que prevalecía en el país. A juicio del lama no podía faltar mucho tiempo antes de que los chinos se decidiesen a intentar dar muerte a la persona que simbolizaba a la Nación, o sea el Dalai Lama. Previendo que estaban por desencadenarse acontecimientos que impedirían proseguir las enseñanzas que se le impartían a Regina en el Potala, el lama propuso a los Teucher enviar una solicitud a Tagdra Rimpoche —el respetado ex regente que se había convertido en ermitaño y vivía en una escondida cueva en los Himalaya— pidiéndole que se hiciese cargo de la educación de la Dakini. Tras de analizar cuidadosamente la proposición, los padres de Regina estuvieron de acuerdo en el envío de dicha solicitud.

El desarrollo de los acontecimientos rebasó las previsiones del lama Tschandzo Tschampa. Intempestivamente los chinos invitaron al Dalai Lama a presenciar una supuesta representación teatral en el cuartel central de las tropas invasoras en Lhasa. El evento tendría lugar el 10 de marzo de 1959 y el dirigente tibetano debía asistir sin su guardia personal, acompañado cuando mucho de seis funcionarios. Tan inusitadas condiciones despertaron de inmediato la suspicacia de los tibetanos. La noche anterior a la fecha en que tendría lugar la representación el pueblo de Lhasa se movilizó. Miles de personas improvisaron barricadas que bloquearon el paso entre el Palacio de Norbulingka —residencia de descanso del Dalai Lama en la cual se encontraba en esos momentos el respetado gobernante— y el cuartel central de los chinos. La enardecida multitud expresaba en todos los tonos su oposición a que el legítimo soberano del país acudiese a la obvia trampa tendida por los chinos. El Dalai Lama anunció que no asistiría, pero aun así los ánimos no se calmaron y la actitud de los habitantes de la capital del Tíbet empezó a tener todas las características de una abierta rebelión en contra de los invasores.

Fueron unos días tensos y confusos. Hubo fieros enfrentamientos pero que en realidad no eran de trascendencia. Pueblo e invasores parecían reservar sus fuerzas y aprestarse para un decisivo encuentro. Poner a salvo a la persona del Dalai Lama constituía la máxima preocupación de los tibetanos. Evitar que éste llegase a salir de la ciudad y esperar la llegada de refuerzos suficientes para aplastar la rebelión, eran los móviles determinantes de la conducta china.

Los padres de Regina desesperaban intentando adivinar lo que podría ocurrir. Richard se enteró de que un pequeño grupo de extranjeros había llegado en auxilio del Tíbet y se hallaba

alojado en el Norbulingka. Acompañado del lama Tschandzo Tschampa, el ingeniero germano se dirigió a dicho lugar con la esperanza de encontrar un medio que le permitiese sacar a su familia de una ciudad que ya era un polvorín a punto de estallar. No precisaron llegar hasta el Norbulingka para obtener la información que buscaban. En el camino el lama se encontró con un sirviente de dicho palacio al cual conocía de largo tiempo atrás. El sirviente les hizo partícipes de un secreto —que estaba dejando de serlo al empezar a difundirse por toda la ciudad— según el cual el Dalai Lama había logrado salir de Lhasa y bajo la protección de los khampas se encaminaba a una oculta fortaleza en las montañas. El pequeño grupo de extranjeros se había marchado junto con el gobernante.[1]

Richard y el lama regresaron al Potala. El ingeniero persistía en su propósito de sacar a su familia de la ciudad, pero no encontraba la forma de poder hacerlo. Las tropas chinas habían estrechado su cerco en torno a Lhasa y muy pronto recibirían importantes refuerzos. Al atardecer del día 19 de marzo, Richard y Citlali conversaban preocupados intentando encontrar alguna posible solución a su problema. Regina les escuchaba sin decir nada, de pronto y sin que al parecer viniese al caso con la cuestión que debatían sus padres, la Dakini formuló una pregunta con la que daba comienzo un popular poema:

—¿En dónde están los khampas?

---

[1] La increíble aventura que representó la escapatoria del Dalai Lama de la ciudad de Lhasa ha sido narrada por un testigo presencial de dicho acontecimiento en la obra *La mujer dormida debe dar a luz*. Ayocuan. Editorial JUS.

4

¿En dónde están los khampas?

Tsering Karpo, el más generoso y audaz de los guerrilleros khampas, observaba con profunda atención el amplio valle que se extendía ante su mirada y en cuyo centro yacía la atormentada ciudad de Lhasa. El grueso cordón de tropas chinas que la circundaba, ataviadas con sus monótonos uniformes de color kaki, semejaba el lazo de una soga colocada con la clara intención de dar muerte a la ciudad sagrada.

En cuanto les habían llegado las primeras noticias de la rebelión que estallara en la capital del Tíbet, Tsering y sus hombres, profundamente preocupados por el peligro en que pudiera encontrarse el Dalai Lama, habían abandonado su oculto campamento en las montañas y cabalgado sin cesar hasta llegar a las cercanías de Lhasa. Les animaba el propósito no sólo de brindar su apoyo y protección al reverenciado gobernante del país, sino el de sumarse a los rebeldes en su lucha contra los odiados invasores.

Con la excepción de uno, los observadores enviados por Tsering para atisbar y recoger información en las proximidades de la ciudad habían retornado ya. Las versiones de todos eran coincidentes. No existía posibilidad alguna de romper el cerco tendido por los chinos en torno a Lhasa. El número de tropas enemigas era incomparablemente superior a los escasos trescientos combatientes que integraban el contingente khampa. Por si ello fuese poco, corrían rumores de que estaba por llegar en la tarde de ese mismo día un ejército chino aún más poderoso. Junto con tan desalentadoras noticias, los enviados de Tsering traían al menos una buena nueva: el Dalai Lama había logrado escapar días atrás de entre las garras de sus enemigos y para esas fechas debía encontrarse a buen resguardo en alguna fortaleza de otros guerrilleros khampas.

En vista de las circunstancias, no quedaba sino dar la media vuelta y emprender el camino de regreso. Tsering ordenó a sus hombres que estuviesen prestos para iniciar la marcha en cuanto llegase el observador que aún no retornaba.

•

La historia personal de Tsering Karpo contenía elementos más que suficientes para llenar varios libros de aventuras. Habiendo perdido a sus padres antes de cumplir los tres años, su abuela materna se había hecho cargo de él, llevándole a vivir a una aldea perdida en las orillas del Chang

Tang, gélido desierto considerado por los geógrafos como una de las zonas más inhóspitas del planeta. Fue en esa desolada región, verdadera escuela de supervivencia, donde el futuro guerrillero aprendió a subsistir en las más adversas condiciones y en donde comenzó a revelar la audacia de su carácter. Apenas había cumplido los catorce años cuando dejó la casa de su abuela para unirse a una banda de forajidos, los cuales merodeaban tanto en las provincias tibetanas de Kham y Amdo como en la región china de Sechuan; persecuciones y acechos terminaron por endurecer su cuerpo y templar su espíritu, convirtiéndole en un ser indomable y temerario.

A los veinte años y a resultas de sus facultades de mando y organización, Tsering fue reconocido como jefe indiscutido de su banda. Junto con estas cualidades comenzó a poner de manifiesto ciertas peculiaridades de carácter que no eran precisamente las usuales en un jefe de bandidos. Así, por ejemplo, acostumbraba repartir la parte del botín que le correspondía entre las gentes pobres, e intervenía personalmente para castigar abusos cometidos por autoridades y poderosos en contra de los necesitados. Huérfanos, viudas y menesterosos acudían a él en busca de ayuda y la recibían en forma generosa y desinteresada.

Al ocurrir la invasión china en el año Hierro-Tigre, el joven bandolero no vaciló un instante respecto a la conducta que debía asumir. Haciendo gala de su acostumbrada audacia y valentía, participó desde los primeros combates librados contra los invasores. Varias de las más exitosas operaciones de acoso sufridas por los chinos en su avance a Lhasa fueron planeadas y ejecutadas por Tsering.

Concertada la paz entre las autoridades tibetanas y el gobierno de Pekín (Pacto de los Diecisiete Puntos de 1951) éste se dio a la tarea de intentar atraerse a los khampas. Con miras a dicho propósito, las fuerzas chinas de ocupación no sólo se abstuvieron de ejercer cualquier represalia en su contra, sino que incluso pretendieron encuadrarlos bajo el mando del ejército chino, para lo cual los invitaron a constituirse en una especie de fuerzas paramilitares que recibirían una considerable remuneración.

El medio utilizado por los chinos para dar a conocer su nueva política, fue el de dirigir un mensaje redactado en términos conciliatorios a cada uno de los jefes khampas de mayor prestigio. En virtud de la imposibilidad de entregar personalmente dichos mensajes a sus destinatarios, se utilizó el sistema de imprimirlos en gran número y fijarlos al borde de los caminos y en los muros de templos y casas de las diferentes zonas en que operaban los distintos grupos guerrilleros.

Aun cuando Tsering no sabía leer, procuraba que existiese siempre en su banda alguien capaz de hacerlo. La intención que perseguía con ello era precisamente la de poder enterarse del contenido de los carteles que aludiendo a su persona eran fijados periódicamente por las autoridades tibetanas en una amplia zona. En ellos se le calificaba con los peores epítetos por sus constantes asaltos y se ofrecía siempre creciente recompensa por su captura. Aquellos carteles constituían el mayor orgullo de Tsering, quien ponía un especial empeño en mantener una colección completa de los mismos y gustaba que se le leyesen una y otra vez para escuchar complacido la pésima opinión que tenían de él las autoridades.

Con los ojos desorbitados de asombro y sin poder dar crédito a lo que oía, Tsering había escuchado la lectura de uno de los carteles en que se transcribía el mensaje personal que el gobierno chino le dirigía. En dicho mensaje se hacía mención a su vida de bandolero, pero ésta no

sólo se minimizaba sino que incluso se justificaba. Utilizando una terminología marxista que resultaba del todo incomprensible para el guerrillero, se le procedía a explicar que su anterior rebeldía había sido la lógica reacción de un miembro de las clases explotadas en contra de los odiosos capitalistas, pero que ahora, en virtud de que el Tíbet se encontraba ya libre de toda opresión, debía incorporarse junto con sus hombres a las fuerzas armadas tibetanas que se organizarían con la finalidad de ayudar a los chinos a implantar un nuevo orden económico y social, el cual llevaría la felicidad a todos los habitantes del país de las nieves eternas.

Concluida la lectura, Tsering había permanecido anonadado durante un largo rato, sintiéndose víctima de la mayor de las injusticias. A su juicio, aquel cartel tenía como única finalidad destruir su prestigio como bandolero adquirido a costa de grandes esfuerzos y sacrificios. Repentinamente su confusión se trocó en desbordante furia, tras de rasgar en incontables trozos el difamante cartel, levantó en alto su afilado sable y juró que los chinos pagarían muy caro la afrenta cometida. Acto seguido ordenó a sus hombres montar a caballo. Después de cabalgar toda una noche se aprestaron a tomar por asalto la guarnición del poblado de Tinko.

El arrollador ataque de los khampas se efectuó al amanecer y tomó a los chinos del todo desprevenidos. Cerca de un centenar de soldados del ejército de Mao fueron decapitados y sus cabezas, clavadas en picas, quedaron colocadas junto a los carteles en que se solicitaba la colaboración del "explotado proletario Tsering Karpo".

No pasó mucho tiempo sin que los chinos distribuyeran por doquier nuevos carteles aludiendo a Tsering. Las afirmaciones contenidas en los mismos fueron ya del pleno agrado del guerrillero, pues no sólo se repetían en su contra los denuestos que le formularan antaño las autoridades tibetanas, sino que ahora se añadían nuevos insultos —"reaccionario, burgués, capitalista, agente del imperialismo"— cuyo sentido no entendía pero que le producían una gran satisfacción, ya que constituían la mejor prueba de la cólera que dominaba a sus contrarios.

Tal y como ya ocurriera en el pasado, la recompensa fijada por la muerte o captura de Tsering se incrementaba tras de cada nuevo asalto que éste cometía; sin embargo, al parecer nadie estaba interesado en cobrarla. El apoyo que el guerrillero recibía de la gente del pueblo crecía de continuo, y es que ya no se le veía como un simple bandolero, sino como un auténtico "defensor de la fe y de la Nación".

La actitud de rebeldía asumida por Tsering no tardó en ser imitada por otros jefes khampas, los cuales, al percatarse de que las melosas palabras de los chinos tenían como único propósito controlarlos y neutralizarlos, reiniciaron con ánimo renovado una implacable lucha en contra de los invasores de su país.

Los incesantes ataques de los guerrilleros khampas obligaron a los integrantes del gobierno chino a quitarse la careta y a comportarse como lo que en realidad eran: los dirigentes de una poderosa Nación que, sin justificación alguna, se habían propuesto anexarse un país débil con el único propósito de lograr su máxima explotación.

El alto mando militar de Pekín elaboró un complicado plan estratégico, el cual contemplaba la realización de una gigantesca maniobra envolvente que debía abarcar toda la región de Kham, de tal suerte que los grupos guerrilleros que en ella operaban quedasen primero cercados y luego fuesen exterminados al irse "peinando" palmo a palmo el terreno. Se trataba según quedó asentado

al principio del plan, “de mandar al basurero de la historia hasta el recuerdo mismo de los khampas”.

El proyecto y preparación del plan chino llevó cerca de dos años. Su ejecución dio comienzo a principios de 1956 y sus resultados fueron del todo inesperados.

•

Tsering y su guerrilla se encontraban en las cercanías del Lhodzong, muy próximos a la recién construida carretera que cruzaba la región de Kham, cuando observaron con asombro las enormes fuerzas militares provenientes de China que comenzaban a desplazarse a través de dicho camino. Durante tres días los tibetanos permanecieron ocultos, sin alcanzar a comprender cuál podía ser el objetivo que se perseguía con semejante despliegue de poderío bélico. Al tercer día, Tsering tuvo un chispazo de reveladora intuición que le permitió percatarse de cuál era la intención que perseguían los chinos. De inmediato despachó mensajeros en todas direcciones, convocando al mayor número posible de jefes khampas a una reunión de emergencia.

En la reunión promovida por Tsering estuvieron presentes los más destacados jefes khampas, incluyendo a los famosos hermanos Pangda Tsang que controlaban a las guerrillas más importantes. Sin mayores preámbulos Tsering les informó lo que había visto y la conclusión que sacara de ello: los chinos intentaban cercarles militarmente y habían iniciado ya el operativo tendiente a este fin.

Urgyen, un guerrillero del norte de Kham, famoso por su larga cabellera, dio cuenta de que en su zona estaba ocurriendo lo mismo que en el sur, o sea la penetración de un enorme ejército. Al escucharle, los khampas comprendieron que la conclusión de Tsering era correcta y que los chinos pretendían transformar en una inmensa trampa a toda la región de Kham.

Poseedores de la instintiva astucia que caracteriza al guerrero nómada, los khampas se percataron al instante de que su única posibilidad de sobrevivir consistía en lograr escabullirse por entre las dos tenazas de tropas enemigas antes de que éstas cerrasen el cerco. Sin pérdida de tiempo, tomaron las providencias necesarias para intentar lograrlo. Se acordó desalojar cuanto antes la provincia de Kham y dispersarse por los cuatro puntos cardinales del Tíbet, con miras a transformar al país en un inmenso campamento guerrillero. Se resolvió asimismo que si bien cada jefe khampa conservaría como era costumbre plena autonomía, se otorgaría una cierta jerarquía a los hermanos Pangda Tsang para la coordinación de acciones que requiriesen la colaboración de todos. Tsering anunció que su nueva zona de operaciones quedaría situada en una región no muy lejana de Lhasa, lo que le permitiría asistir de vez en cuando a las distintas festividades que tenían lugar en la capital del Tíbet.

La retirada de los khampas de su tradicional región de origen constituyó una verdadera proeza militar. En un tiempo increíblemente corto organizaron y llevaron a cabo la completa emigración de los habitantes de Kham, pues no fueron sólo los guerrilleros los que abandonaron dicho territorio, sino también la población civil y el ganado que constituía su fuente principal de sustento. Cuando los chinos terminaron de cerrar el cerco y comenzaron a “peinar la zona”, se

percataron sorprendidos de que habían conquistado un espacio vacío. Su costosa trampa tan largamente planeada finalizaba en el más rotundo fracaso. Los khampas parecían haber desaparecido de la faz de la Tierra. Muy pronto, los invasores volverían a tener abundantes noticias de la "Raza de Reyes".

Al diseminarse por las distintas regiones del Tíbet, los khampas llevaron consigo la semilla de la rebelión. Hasta esas fechas —mediados de 1956— la única provincia que se había mantenido en abierta revuelta en contra de la ocupación china había sido la de Kham. Los habitantes de las otras provincias aceptaban con resignada tristeza la impotencia en que se hallaban frente al poderío de los invasores. Al ocurrir la dispersión khampa, la situación empezó a cambiar rápidamente hasta quedar exactamente al revés, o sea que la insurrección comenzó a extenderse por todo el Tíbet, con la única excepción de la provincia de Kham, que para entonces estaba vacía de habitantes y pletórica de ejércitos chinos.

El inesperado giro de los acontecimientos tomó por completo desprevenidas a las autoridades de Pekín, las cuales tardaron bastante tiempo en darse cuenta que no se enfrentaban a simples revueltas aisladas, sino que los khampas habían logrado movilizar a todo el Tíbet en una auténtica rebelión nacional. Así pues, por más que las tropas de ocupación multiplicaban sus esfuerzos recorriendo sin cesar el país de uno a otro extremo, jamás lograban atrapar a las guerrillas, pues éstas contaban con el pleno apoyo de la población.

Cuando finalmente el gobierno chino entendió lo que estaba ocurriendo, tomó la decisión de implantar una nueva y radical política, tendiente a lograr la total sumisión e incorporación de la nación tibetana. Conscientes de que la principal fuerza de sustentación de dicha Nación lo eran sus principios religiosos, los chinos decidieron que debían proceder a la completa destrucción de la Iglesia lamaísta, para lo cual debían antes que nada eliminar a quien la encabezaba, o sea al Dalai Lama. En igual forma, trazaron un programa de acción a largo plazo, consistente en ir exterminando a los habitantes de las regiones que apoyasen a las guerrillas y sustituirlos por colonos traídos del interior de China.

Ignorante de los atroces planes que se estaban trazando en la capital china, Tsering Karpo había proseguido su azarosa existencia de costumbre, dedicada al incesante acoso de las tropas enemigas. Su audacia y generosidad eran ya legendarias en todo el país, razón por la cual no le habría resultado difícil incrementar en un alto número las fuerzas bajo su mando, pero él prefería continuar comandando una pequeña pero eficaz guerrilla, integrada por combatientes dotados de una extraordinaria resistencia, lealtad y capacidad de lucha. A todos aquellos que solicitaban incorporarse a sus filas, Tsering les despedía con regalos, amables frases e indicaciones de que mejor apoyasen la vasta red de organizaciones de resistencia que se estaban creando y que constituían la base de sustentación de las guerrillas.

Como ya se ha dicho, al tener noticias de lo que acontecía en Lhasa los guerrilleros bajo el mando de Tsering se habían encaminado a la ciudad sagrada con objeto de participar en la lucha que ahí se libraba. Sin embargo, desde el primer momento que contemplaron a distancia el cerrado cerco de tropas enemigas que circundaba la ciudad, comprendieron que penetrar en ésta representaría una tarea de imposible realización.

•

El último de los observadores enviados por Tsering para atisbar de cerca a las tropas enemigas que asediaban a Lhasa había retornado ya. Sus informes eran del todo coincidentes con los anteriores en el sentido de que no existía forma alguna de entrar en la ciudad y de que más convenía alejarse cuanto antes de sus proximidades, pues estaban por llegar nuevos refuerzos de tropas enemigas. Finalmente, el observador proporcionó a Tsering una inesperada noticia. En su camino de regreso se había cruzado con un ermitaño que descendía por la cercana vereda que llevaba al valle; al contemplarle de cerca su sorpresa había sido mayúscula: se trataba nada menos que del lama Tagdra Rimpoche, el respetado ex regente que según la voz popular profetizara con anticipación los males que agobiaban al país.

Tsering recordó que había sido precisamente dicho personaje el que firmara el primer cartel declarándolo fuera de la ley por sus asaltos a las caravanas. En la festiva mente del jefe khampa surgió de inmediato la idea de aprovechar la ocasión para jugar una broma al otrora poderoso gobernante. Tras de buscar y encontrar entre su numerosa colección el más antiguo de los carteles publicados en su contra, se encaminó por un atajo hasta llegar a un sitio por el que forzosamente tendría que cruzar el ermitaño. Sentado en una piedra al borde del abismo, le aguardó simulando que leía con profunda atención lo asentado en el viejo cartel.

Habituados al peligro y al constante acecho, los oídos del guerrillero escucharon los pasos del lama Tagdra Rimpoche mucho tiempo antes de que la figura de éste, huesuda y elástica, apareciera por el angosto camino que bajaba de la montaña. Sin prestar atención al recién llegado, Tsering continuó aparentando hallarse ensimismado en su lectura. El lama se detuvo junto a él y sin ninguna discreción aproximó la cabeza hasta escasa distancia del cartel con la clara intención de enterarse de su contenido. No tardó en percatarse que Tsering mantenía el cartel cabeza abajo, evidenciando con ello que no sabía leer. Con burlón acento el lama exclamó:

—¡Señor Karpo, no lea usted nunca los escritos al revés, pues eso puede dañarle la vista!

Al comprender que su ignorancia en materia literaria había quedado al descubierto, Tsering dejó ver cierta turbación, pero al instante recuperó su habitual arrogancia y tirando al suelo el cartel afirmó con fuerte voz:

—¡Calumnias! ¡Siempre calumnias! Esos flojos que viven en las ciudades sólo saben hablar mal de los honrados pastores que trabajamos para producir el alimento que ellos se comen. ¡Todos son unos “bocas dulces”![1]

Acto seguido Tsering pareció ser presa de un súbito ataque de furia. Tras ponerse de pie mediante intempestivo salto, extrajo su sable y sentenció iracundo:

—Ojalá y algún día pueda tener delante al que dijo de mí estas calumnias. Le rebanaría el cuero como a una res.

Uniendo la acción a la palabra el guerrillero comenzó a cortar el aire con su sable mediante rápidos movimientos, ejemplificando así lo que tenía proyectado hacer con la epidermis del autor del cartel.

El lama Tagdra Rimpoche observaba divertido la actuación de Tsering. Concluida ésta, sintió

llegado su turno y exclamó con fingido acento de preocupación:

—No, no señor Karpo, no cometa tan grave error. Quien escribió esas calumnias es sólo un viejo tonto, indigno de que alguien tan sabio como usted le dé muerte y acumule por ello karma que le llevaría a quedar atrapado en la prisión del Samsara. Mejor aproveche la ocasión para practicar la compasión que conduce al Nirvana y deje que ese viejo tonto prosiga diciendo mentiras en su contra.

La ironía contenida en las palabras del lama terminó por impedir a Tsering continuar haciendo teatro. Vencido por la risa, el khampa estalló en estruendosas carcajadas, mientras el ermitaño proseguía tranquilamente su camino. Con rápidas zancadas el guerrillero le dio alcance y ya en otro plan —respetuoso y cordial— expresó la curiosidad que le producía la presencia del ex regente.

—¿Qué está usted haciendo aquí? No pretenderá entrar a Lhasa. Los chinos tienen cercada a la ciudad y si no lo detienen de seguro lo asesinarán.

El lama dirigió una condescendiente mirada a su interlocutor y respondió lacónico:

—Voy a pagar una deuda.

El espíritu de bandolero que aún subsistía en Tsering hizo que su mirada recorriese inquisitiva a los raídos ropajes del ermitaño con la clara intención de descubrir el sitio en que éste portaba el dinero con que pensaba cubrir su adeudo.

La ingenuidad del guerrillero hizo sonreír abiertamente al lama al tiempo que afirmaba:

—Se trata de una deuda que no es sólo mía sino de todos los tibetanos y que no podría ser pagada con todas las monedas de oro que existen en el mundo.

Visiblemente alarmado por el monto de semejante deuda, Tsering preguntó:

—¿Y a quién le debemos tanto?

—A México —respondió el lama.

—¿Y ese gran señor dónde está?

—No es señor, sino un país muy lejano.

—¿Está después de China o de la India?

—Se encuentra aún más lejos. Para llegar a él hay que cruzar un inmenso lago.

—¿Y por qué tenemos con ese país una deuda tan enorme?

—Hace mucho tiempo, cuando la sagrada doctrina del Dharma aún no era conocida en el Tíbet, llegó de ese lejano país un hombre muy sabio y virtuoso, un auténtico Tulku, que preparó el terreno para la posterior difusión de las preciosas enseñanzas.

—¿Cómo se llamaba?

—Ni siquiera se ha conservado la memoria de su nombre, pero sí de su obra.

—¿Eso fue antes del rey Latho Tho Ri?

—Sí, fue antes. En una época en que el Tíbet estaba sumido en un profundo letargo. El sabio Tulku que llegó de México fue quien inició la tarea de despertarlo; sin su trabajo no le habría sido posible al sabio rey Latho Tho Ri realizar tiempo después su elevada misión.[2]

El lama y el guerrillero habían detenido su andar y dialogaban en un angosto recodo de la vereda que serpenteaba al borde del abismo. Cada vez más interesado en lo que escuchaba, Tsering prosiguió formulando interrogantes:

—¿Y cómo piensa usted pagar nuestra deuda con México?

—Utilizando la misma moneda, no puede ser de otra forma.

—¿Cuál moneda? No entiendo.

—Cuando el Tíbet dormía recibió ayuda de México para despertar. Ahora México duerme y necesita ayuda del Tíbet para dejar de soñar.

—¿Piensa usted ir a México?

—Me gustaría, pero no es ésa la tarea que me ha sido encomendada.

—¿Entonces?

—En México renació hace unos años una Dakini que intentará despertar a su país. Sus padres la trajeron a Lhasa para que se le diera la instrucción adecuada, pero ahora eso ya es imposible. Trataré de llevarla conmigo y de enseñarle lo poco que sé.

—¿Pero cómo hará usted para lograr entrar y salir de la ciudad? ¿Tiene algún plan?

—No, ninguno.

—Lo matarán en cuanto lo atrapen.

—Lo que ha de ser, será.

—Mire, ésa debe ser la nueva horneada de "maricones patas rotas".[3]

Al tiempo que pronunciaba con despectivo acento la última frase, Tsering apuntó con el índice hacia el lejano horizonte, en donde comenzaba a perfilarse la estela de polvo que dejaba en su avance la columna motorizada del ejército chino que se aproximaba a la ciudad. Tomando en cuenta la considerable extensión de dicha estela debía tratarse de un ejército altamente numeroso. Y a juzgar por la velocidad de su desplazamiento, arribaría a Lhasa al caer la tarde.

Tanto Tsering como el lama permanecieron largo rato en silencio, contemplando con abatido ánimo el lento internarse de las tropas enemigas a través del valle. Ambos comprendían que la llegada de aquellos poderosos refuerzos quitaba toda posibilidad de salvación a los habitantes de la ciudad sagrada. Repentinamente, en la espesa capa de nubes que cubría el cielo se abrió un pequeño resquicio y por él se coló un rayo de luz solar, el cual iluminó una colina de no muy grandes dimensiones situada en las afueras de la ciudad, a escasa distancia del sitio donde acampaban las fuerzas que mantenían cercada a Lhasa.

La mirada de Tsering se dirigió alternativamente de la colina bañada por el Sol a la aún lejana estela de polvo. Toda la herencia de la estirpe guerrera que latía en las venas y la experiencia de una vida dedicada al combate parecieron unirse en aquel instante para originar en lo más profundo de su mente un audaz plan, producto no de un detenido estudio, sino de una súbita intuición. Con la mirada llameante, el khampa señaló la reluciente colina y afirmó:

—Ésa será nuestra llave para entrar a Lhasa. Si de verdad quiere pagar la deuda del Tíbet, sígame.

Sin añadir palabra alguna, Tsering emprendió el camino de regreso rumbo al sitio donde le aguardaban sus compañeros. El lama pareció dudar unos instantes, pero luego inició la marcha en pos de la ágil figura del khampa.

En cuanto llegaron al improvisado campamento, Tsering reunió a sus hombres y con frases sencillas les informó de lo que acababa de enterarse por los labios del lama. A continuación, haciendo gala del desbordante entusiasmo que le caracterizaba, les participó que intentaría

rescatar de la sitiada Lhasa a la Dakini que ahí se encontraba, para en esta forma colaborar de alguna manera al pago de la deuda que el Tíbet había contraído con México muchos siglos atrás. ¿Quiénes de entre los que le escuchaban se ofrecían como voluntarios para seguirle en tan riesgosa empresa?

Como un solo hombre, los trescientos khampas dieron un paso al frente. Evidentemente complacido ante la reacción de sus guerreros, Tsering explicó que no estimaba conveniente que todos tomasen parte en la operación, sino tan sólo un centenar de ellos. Acto seguido procedió a escogerlos, utilizando como criterio el seleccionar a los que tenían mayor tiempo de formar parte de la guerrilla.

Tras ordenar a los que no le acompañarían a que le aguardasen ocultos en una montaña situada al sur de la ciudad, Tsering y el resto de los khampas comenzaron a descender hacia el valle. El lama iba con ellos, montando el dócil corcel que los guerrilleros le habían proporcionado.

Una vez llegados a la colina, los khampas permanecieron escondidos detrás del promontorio seleccionado por Tsering, observando las cercanas líneas de tropas enemigas que sitiaban a la capital del Tíbet. La estela de polvo que dejaba a su paso la columna motorizada que estaba por llegar a la ciudad se veía cada vez más próxima. Una patrulla, formada por medio centenar de soldados chinos en motocicletas, había salido de Lhasa para darle la bienvenida y ahora avanzaba al frente de las fuerzas invasoras. Tsering juzgó llegado el momento de entrar en escena.

Haciendo gala de una increíble sangre fría, los khampas abandonaron su escondite y a trote lento se encaminaron abiertamente al encuentro del ejército que se aproximaba. Varios de los guerrilleros portaban enormes banderas chinas que hacían ondear sin cesar, mientras los demás agitaban amistosamente los brazos y proferían las más afectuosas salutaciones.

Ante la vista de aquel inesperado espectáculo, los rostros de los soldados chinos reflejaron el más completo asombro. Algunos oficiales pensaron que podía tratarse de un grupo de tibetanos colaboracionistas que acudían a manifestarles su servil adhesión. Sin embargo, los integrantes de la patrulla de motociclistas estimaron altamente sospechosa la súbita aparición de aquellos desconocidos, e imprimiendo mayor velocidad a sus máquinas les salieron al encuentro con el evidente propósito de marcarles el alto y averiguar las intenciones que les animaban.

Proporcionar cualquier clase de explicaciones no era precisamente lo que Tsering y sus hombres deseaban hacer en aquel momento. Dando media vuelta a sus cabalgaduras, los khampas emprendieron un galope tendido rumbo a Lhasa.

Las tropas chinas que acordonaban la ciudad divisaban ya muy claramente a la cercana columna. Al frente de la misma cabalgaba un grupo de jinetes tibetanos. Los chinos juzgaron que muy posiblemente se trataba de guías contratados por sus compañeros para auxiliarles durante el largo recorrido que estaban por finalizar. Atrás de los jinetes, e incluso ya casi entremezclados con éstos, la avanzada de motociclistas se desplazaba con cierta dificultad a través de la sinuosa carretera de terracería. Sus conductores proferían exclamaciones que no alcanzaban a oírse a causa del estrépito de las máquinas.

Los motociclistas habían dado alcance a los jinetes y estaban por rebasarlos. Con exaltadas voces de furia les ordenaban una y otra vez que se detuviesen. Tsering observó el ademán de un oficial que pugnaba por extraer su revólver. La distancia que les separaba de las líneas chinas era

ya de menos de un centenar de metros. Arrojando al suelo la bandera roja que portaba, el jefe de los khampas disparó un balazo justo a la cabeza del oficial enemigo. Otros disparos igualmente certeros dieron cuenta de los más próximos motociclistas.

Superando el ruido ensordecedor que producían los disparos, el golpetear de los cascos de los caballos y el rugido de las máquinas, se escuchó la voz atronadora de Tsering, pronunciando con retador acento una pregunta en el preciso instante en que al frente de sus hombres se arrojaba contra las líneas chinas:

—¿En dónde están los khampas?

---

[1] Típico insulto khampa dirigido a los habitantes de las ciudades. Significa que éstos hablan muy bonito pero sólo dicen mentiras.

[2] Entre los lamas más cultos que integraban la teocracia tibetana existía la creencia de que antes de la propagación del budismo en su país, iniciada por el rey Latho Tho Ri, había llegado proveniente de México un sabio y misterioso personaje cuyas elevadas enseñanzas propiciaron un importante impulso civilizador al Tíbet en un tiempo en el que éste atravesaba por una generalizada decadencia. Aun cuando resulta muy difícil determinar con precisión la época en que ocurrió este hecho y el origen del personaje en cuestión, el análisis de los elementos que componen dicha creencia induce a considerar que se trataba de un sacerdote maya y que su permanencia en el Tíbet tuvo lugar en el siglo I de la Era Cristiana.

[3] Insultante calificativo con que los kahmpas designan a los soldados chinos, derivado posiblemente de la debilidad y torpeza que manifiestan al desplazarse por las altas montañas tropas provenientes de las bajas llanuras.

5

La batalla de Lhasa

Al mismo tiempo que irrumpían con sus caballos al galope y sable en mano por entre las líneas chinas, los khampas recitaban con feroz acento la poesía que daba respuesta a la pregunta formulada por su jefe:

Los khampas son de hielo y están en los glaciares
relámpagos y truenos preludian sus ataques.
Los khampas son de roca y están en las montañas
jinetes prodigiosos cabalgan sin cesar.
Los khampas no se rinden porque ellos son

EL TÍBET

El sorpresivo ataque tomó del todo desprevenidos a los chinos. Traspasando con sus sables a cuanto uniforme kaki se les ponía enfrente, los khampas se apoderaron en un santiamén de un pequeño sector de la amplia línea fortificada que circundaba a la ciudad. Se trataba, desde luego, de un triunfo que tenía que ser forzosamente efímero, pues en cuanto reaccionasen —y ya comenzaban a hacerlo— los miles de soldados que los rodeaban, los guerrilleros no tenían probabilidades de sobrevivir ni unos cuantos minutos. Sin embargo, la pretensión de intentar romper el cerco enemigo con sus escasas fuerzas nunca había entrado en los propósitos de Tsering; lo que él buscaba era que fuese el ejército chino que estaba por llegar quien se encargase de hacerlo.

Utilizando las ametralladoras de los enemigos que acababan de liquidar, los khampas comenzaron a abrir fuego sobre la vanguardia de la columna que se aproximaba. La distancia que les separaba era ya mínima y sus disparos tenían el máximo de efectividad. Un buen número de invasores rodó por tierra antes de tener tiempo de preguntarse lo que estaba ocurriendo, pero de inmediato se produjo una reacción, pues dando por cierto que habían caído en una trampa y que todas las tropas que tenían al frente eran enemigos disfrazados, los recién llegados comenzaron a lanzar una furiosa lluvia de proyectiles sobre los integrantes de la línea fortificada, impidiéndoles concretar cualquier acción de contraataque tendiente a eliminar al pequeño grupo de guerrilleros incrustados en sus filas.

Ésta era precisamente la oportunidad buscada por Tsering. Aprovechando la confusión que mantenía paralizados a los soldados enemigos que por doquier les rodeaban, los khampas saltaron

de nuevo sobre sus monturas y repartiendo sablazos a diestra y siniestra terminaron por abrirse paso y penetrar en la ciudad.

Sin detenerse un instante los guerrilleros se adentraron en Lhasa. El lama cabalgaba al parejo de ellos, guiándolos a través de un intrincado laberinto de estrechas callejuelas. Grupos de personas cada vez más numerosos les aclamaban con febril entusiasmo al verles cruzar. Al parecer, la inesperada presencia de aquel puñado de nómadas que veloces recorrían la ciudad, constituía para sus desesperados habitantes un viviente mensaje de aliento y esperanza, una prueba fehaciente de que el país de las nieves eternas contaba aún con sus recursos humanos capaces de efectuar las más sorprendentes hazañas.

Con sus caballos sudorosos por el esfuerzo realizado, los khampas se detuvieron ante las puertas del majestuoso Potala; éstas se abrieron y el grupo penetró hasta una de las caballerizas. Tsering ordenó a sus hombres que no desmontasen pues deseaba partir de inmediato. El lama Tagdra Rimpoche se introdujo presuroso al interior del palacio y regresó al poco rato seguido de Regina, de los padres de ésta y del lama Tschandzo Tschampa.

Las curiosas miradas de todos los khampas convergieron al instante sobre la figura de la niña. Lo que vieron no les defraudó. Aun cuando Regina tenía tan sólo once años de edad —que cumplía precisamente en ese día 21 de marzo de 1959— poseía ya peculiares características apreciables a simple vista. Sin perder la sencillez y espontaneidad propias de la infancia, sus movimientos revestían un porte de auténtica majestad. Su cuerpo era pequeño y grácil, recubierto de una aterciopelada piel morena de la que parecía irradiar un atrayente magnetismo. En su bello y ovalado rostro, enmarcado por negra cabellera, descollaban dos rasgos singulares; una luminosa y permanente sonrisa, no exenta de cierta picardía, y unas pupilas intensamente azules que revelaban, a través de centelleantes fulgores, la existencia de una poderosa energía interior que comenzaba apenas a manifestarse.

Con firme y ágil andar Regina cruzó la caballeriza al tiempo que los guerrilleros, alzando sus sables, prorrumpían en atronadores vítores. Sin detener su andar la niña agradeció las calurosas salutaciones levantando los brazos y sacando la lengua con gracioso ademán, gesto este último considerado como una de las máximas muestras de cortesía según la etiqueta tibetana.

Numerosos sirvientes habían ensillado a toda prisa varios de los mejores corceles de las caballerizas del Potala. Regina montó en uno de ellos e igual cosa hicieron sus acompañantes. Tsering dio la orden de partida y el grupo salió al galope del palacio, encaminándose hacia la parte oeste de la ciudad, situada al extremo contrario de aquélla por donde había arribado la columna invasora.

Muy pronto los jinetes llegaron a las orillas de Lhasa, a escasa distancia del cerco tendido en aquel sector de la ciudad. Era ya bien entrada la noche y una completa calma imperaba en el ambiente. Tsering envió a tres de sus hombres a que atisbasen las posiciones enemigas para determinar tanto el grado de alerta en que se hallaban sus ocupantes como el punto más propicio para intentar la ruptura. Los observadores no tardaron en volver portando buenas noticias. Las tropas chinas dormían y los centinelas lucían despreocupados. Un ataque efectuado en el mayor de los silencios —con arma blanca y sin gritos de guerra— contaba con bastantes probabilidades de permitirles atravesar las líneas enemigas antes de que se produjese en éstas una reacción que lo

impidiese.

•

El general Tang, comandante en jefe de la columna del ejército chino enviada a Lhasa con la misión de sofocar la revuelta, era un experimentado militar poseedor de una astuta inteligencia y de una imperturbable presencia de ánimo. Forjado no en las aulas de una academia sino en la dura escuela de la guerra, había ido ascendiendo desde soldado raso hasta general, merced a méritos ganados en las sangrientas guerras que en contra de los ejércitos japoneses y de las huestes de Chiang Kai Shek habían librado las fuerzas comunistas encabezadas por Mao Tse Tung antes de lograr el completo control de China.

Al generarse la confusión entre los integrantes de la columna bajo su mando —a resultas de la ingeniosa estratagema de Tsering que llevara a los chinos a tirotearse entre sí— el general Tang ordenó al chofer del vehículo en que viajaba le condujese hasta el sitio donde se había iniciado el combate. Al llegar a éste comprendió de un solo vistazo lo que estaba ocurriendo y haciendo caso omiso del riesgo que corría —pues las balas zumbaban por doquier— recorrió las filas de sus tropas ordenando a grandes voces el alto al fuego. Logrado su empeño marchó solo y a pie hasta las posiciones de las tropas de enfrente —de donde aún partían algunos disparos— para repetir sus órdenes de cesar el fuego.

Una vez restablecida la calma, el general Tang no dispuso que su columna reiniciase la marcha y penetrase en la ciudad. A sabiendas de que en cuanto el comandante de la guarnición china en Lhasa tuviese conocimiento del incidente ocurrido lo comunicaría por radio a Pekín —procurando inculparlo del mismo pues existían entre ambos generales viejas rencillas— prefirió tomarse un poco de tiempo para tratar de entender con toda claridad la situación y con base en ello adoptar la conducta adecuada.

Tras de ordenar le fuese servida una taza de té, el general comenzó a sorber lentamente el amarillo líquido a la vez que meditaba, con profunda calma, sobre cuál podría ser el motivo que había impulsado a los khampas a meterse voluntariamente y con tan grandes riesgos en la asediada Lhasa.

El general chino conocía muy bien la mentalidad y forma de actuar de los belicosos nómadas. Los khampas jamás se dejaban sitiar y nunca defendían posiciones fijas, su táctica era siempre el ataque por sorpresa y la inmediata retirada. Así pues, resultaba inexplicable la conducta de aquel grupo guerrillero al introducirse en una ciudad cercada y cuya defensa era ya imposible. Sin embargo, con asombrosa perspicacia, el general Tang dedujo que la solución al enigma quizá se encontrase en la existencia de algún objeto o persona —como por ejemplo una venerada reliquia o bien un lama que gozase de especial respeto— que los khampas deseaban poner a salvo llevándolo fuera de Lhasa. Sobre este supuesto, el militar concluyó que los guerrilleros intentarían salir de la ciudad en cuanto tuviesen consigo a la persona o cosa que andaban buscando, y que de ser así, se le brindaba la oportunidad de cobrar un pronto desquite del mal rato que aquella partida de audaces le había hecho pasar.

Con experta mirada el general recorrió lentamente un plano de Lhasa, tratando de precisar el sitio por el cual los khampas buscarían salir de la ciudad. Su anterior experiencia como guerrillero —proveniente de la época en que luchara contra los ejércitos nipones— le facilitaba considerablemente la tarea de pretender adivinar las acciones de sus rivales. Una vez localizado en el mapa el lugar por donde a su juicio los khampas intentarían romper el cerco, el general ordenó al grueso de la columna que prosiguiese su marcha al interior de Lhasa, mientras él, al frente de un batallón motorizado, bordeaba la ciudad a toda prisa para tomar posiciones en el lugar escogido.

•

Llevando a sus caballos de la brida, Tsering y su grupo recorrían con sigilosos pasos el corto trecho que les separaba de las posiciones enemigas. La negrura de la noche parecía brindarles segura protección y una total quietud continuaba prevaleciendo en el ambiente. El jefe de los nómadas hizo una señal y el grupo detuvo su andar. Los khampas comenzaron a desenvainar sus sables, aprestándose a caer por sorpresa sobre los ocupantes del espacio que requerían cruzar para salir huyendo de Lhasa. Repentinamente, en las posiciones chinas se encendieron una veintena de reflectores cuya luz iluminó a los sorprendidos guerrilleros. Los rayos de luz no llegaron solos, les siguieron al momento atronadoras descargas de fuego, que provenientes de múltiples ángulos tenían como único objeto al pequeño grupo enmarcado en la luminosidad de los reflectores.

La paternidad es un sentimiento tan poderoso que inclusive puede llegar a superar al instinto de conservación. Así lo demostraron Richard y Citlali, cuyos movimientos reflejos para proteger a Regina fueron más veloces que las mismas balas. En el instante mismo en que los haces de luz rompían la oscuridad, ambos padres ocultaron con sus propios cuerpos el de su hija. La lluvia de balas que un segundo después se abatiera sobre el grupo pegó de lleno en la pareja. El germano y la mexicana se desplomaron sin vida.

Con movimientos ligeramente retardados en comparación con los de los padres de Regina, los dos lamas procuraron también interponer entre ésta y las balas sus respectivas personas. El lama Tschandzo Tschampa consiguió su propósito y su cuerpo, acribillado por incontables impactos, cayó junto a los de Richard y Citlali. En su precipitación, el lama Tagdra Rimpoche resbaló y rodó por los suelos; esto le salvó la vida, pues los disparos pasaron silbando por encima de él sin herirlo.

A rastras, el lama llegó hasta el sitio donde se encontraba Regina, la cual pugnaba por salir de entre los ensangrentados cuerpos de sus padres. Con miras a evitar que la niña se percatase plenamente del funesto espectáculo que le rodeaba, el lama intentó cubrirle el rostro con una mano al tiempo que la jalaba con la otra, pero su bondadoso empeño resultó inútil, pues Regina había visto ya los semblantes inanimados de sus padres y a pesar del lógico aturdimiento que la invadía, se daba cuenta cabal de la tragedia que estaba aconteciendo en torno suyo. Con el rostro contraído en un rictus de dolor, más allá de las lágrimas, la niña apartó de sí la mano del lama y se aferró

con desesperación al cuerpo de su madre.

La muerte imperaba por doquier. La despiadada tempestad de fuego había segado en unos cuantos segundos la vida de la mayor parte de los guerrilleros. Los caballos habían sufrido la misma triste suerte de sus dueños y casi todos agonizaban entre lastimeros relinchos. Los pocos corceles que habían logrado salvarse se dispersaban ya en desbocada carrera. Sólo uno de ellos, el bien adiestrado caballo de Tsering, permanecía impasible junto a su amo. El jefe de los khampas se mantenía erguido en medio del creciente caos, desafiando a las balas que parecían danzar en torno suyo sin atreverse a traspasarlo. A resultas de un proyectil que le rozara la frente, su rostro se encontraba bañado en sangre, lo que confería un aspecto aún más impresionante a su retadora figura. Haciendo oír su recia voz por sobre el estruendo de la metralla, Tsering dio la única orden posible en aquellas circunstancias: alejarse cuanto antes de aquel nefasto sitio.

Tan sólo una docena de aturdidas figuras pudieron acatar la orden de Tsering. El resto de lo que fuera un centenar de bravos khampas yacía inerte sobre charcos de sangre. El lama Tagdra Rimpoche tuvo que emplear todas sus fuerzas para romper el abrazo con que Regina se mantenía unida al cadáver de su madre. A toda prisa los fugitivos buscaron la segura protección de unas cercanas rocas; llegando a éstas no se detuvieron, sino que se adentraron a través de las oscuras calles de Lhasa en dirección hacia el Palacio de Potala.

Estaban próximos a llegar al palacio cuando Tsering, que marchaba junto a su caballo, se percató de que éste no estaba en posibilidad de continuar avanzando. Las hemorragias resultantes de las múltiples heridas recibidas habían hecho su efecto y el animal, tras de un rato de avanzar tambaleándose, se tendió en el suelo con la clara intención de no levantarse más. Su dolorida e inteligente mirada ponía de manifiesto la intensidad de los sufrimientos que padecía. Tsering se arrodilló a su lado y le habló suavemente, agradeciéndole todos los servicios prestados, después disparó dos tiros al cerebro del animal poniendo fin a su martirio.

La noticia de la emboscada sufrida por el grupo de Tsering había llegado ya al Potala —la ciudad vivía en una constante tensión y las noticias de lo que en ella acontecía se propalaban con una velocidad increíble—. Las puertas del palacio estaban abiertas y en la enfermería del edificio todo estaba dispuesto para atender a los heridos, los cuales no presentaban afortunadamente heridas de gravedad, sino sólo leves rozones que de inmediato recibieron el tratamiento adecuado.

El lama médico que lavó y vendó la herida de la frente de Tsering confirmó lo que éste suponía. La bala no había dañado el hueso, la lesión sanaría pronto dejando en su rostro una perdurable cicatriz. Existía, sin embargo, una herida mucho más grave que afectaba al guerrero en lo más íntimo de su ser: por vez primera en toda su existencia, su hasta entonces indomable espíritu combativo había quedado hecho trizas a resultas de una derrota.

Sintiendo profundamente la muerte de sus compañeros de lucha, no era precisamente este hecho la causa del desfallecimiento de Tsering, pues en última instancia, los khampas habían considerado siempre que morir en combate era la más honrosa de todas las muertes. Lo que ocurría era que Tsering, en su fértil imaginación, había dado por cierto que si lograba llevar a feliz término la misión de salvar a una Dakini, su hazaña comenzaría a ser loada en canciones y poemas y su nombre quedaría unido al de los protagonistas de las antiguas gestas. El haber estado tan cerca de conquistar la gloria y en vez de ello padecido el peor de los reveses, era lo que en

realidad le había aniquilado moralmente. Aduciendo unos intensos dolores en el cráneo que no sentía, Tsering pidió ser trasladado del amplio salón de la enfermería a un cuarto oscuro y silencioso. Ahí quedó, postrado en una estera y contemplando el techo con la mirada perdida, deseando que llegasen cuanto antes los chinos a terminar con él.

La posibilidad de un pronto arribo de los chinos al Potala no sólo era consideraba por Tsering; el lama Tagdra Rimpoche inquirió sobre los guardianes encargados de custodiar el palacio, pero fue informado que éstos habían abandonado la ciudad la misma noche en que saliera de Lhasa el Dalai Lama. No existía, por lo tanto, nada que impidiese a los invasores llegar al Potala, hacer trizas sus antiguas puertas con disparos de artillería y capturar a la preciada Dakini. Angustiado, el lama buscó a Regina para proponerle la inmediata salida del edificio.

Regina se encontraba orando en la pequeña capilla donde tantas veces lo hiciera durante su estancia en Potala. En el altar situado frente a ella, el lama pudo observar dos representaciones religiosas. Una de ellas era una típica tanka tibetana conteniendo la figura de la diosa Tara pintada de amarillo. La otra era del todo desconocida para el lama. Se trataba de la imagen de una joven mujer de moreno semblante, cuyas facciones ponían de manifiesto un extraño misterio, pues revelaban a un mismo tiempo una profunda dulzura y una inquebrantable fortaleza. El cuerpo de la imagen estaba rodeado de luminosos rayos. A sus pies se apreciaba una media Luna y un niño dotado de pequeñas alas pintadas de tres colores: verde, blanco y rojo.

La actitud de Regina era una concentración cercana al éxtasis. Sus expresivos y grandes ojos se mantenían fijos en las imágenes mientras sus labios musitaban en voz baja una inaudible oración. Aun cuando su rostro continuaba reflejando el intenso dolor que le agobiaba por la reciente pérdida de sus padres, se desprendía de su orante figura esa poderosa fuerza que poseen todos los que en verdad confían en la posibilidad de recibir ayuda de planos superiores al puramente humano.

Sin atreverse a interrumpir los rezos de la niña, el lama extrajo de entre sus roídos ropajes un largo rosario budista y comenzó, a su vez, a orar con fervor ante ambas imágenes, implorando de lo alto la salvación de la pequeña Dakini.

•

El general Tang recibió complacido el parte que sobre el combate le rindiera un subordinado: ochenta y ocho khampas habían sido abatidos, entre los cadáveres figuraba también el de un lama y los de una pareja de extranjeros: tan sólo unos cuantos guerrilleros habían logrado escapar de la trampa tendida en su contra.

Ocultando su satisfacción bajo el disfraz de inmutable inexpresividad que le era característico, el militar chino ordenó le fuesen mostrados los cuerpos del lama y los extranjeros. Al examinarlos, dedujo que se encontraba ante el cadáver de un religioso de considerable importancia a juzgar por las insignias que portaba. Los rasgos físicos del extranjero le hicieron suponer que se trataba de un europeo o de un norteamericano. No logró, en cambio, elaborar ninguna hipótesis sobre la posible nacionalidad de la mujer, pues si bien sus facciones tenían

características semejantes a las de una buena parte de los habitantes del Tíbet y la India, poseían también diferencias indefinibles pero importantes. Como quiera que fuese, la presencia de esos tres extraños entre los guerrilleros le llevó a confirmar su suposición en el sentido de que éstos habían irrumpido en la ciudad con la única intención de sacar de Lhasa a esas personas. Así pues, concluyó, había logrado frustrar el propósito que animara a los khampas.

Al reflexionar sobre cuál podría ser el lugar donde se habían ido a refugiar los guerrilleros sobrevivientes, el general estimó que lo más probable era que se encontrasen en el Palacio de Potala. Estaba ya por ordenar a sus tropas marchar de inmediato a dicho sitio cuando recordó que, de seguro, el comandante en jefe de las tropas chinas en Lhasa había rendido ya un informe a Pekín inculpándolo de la ruptura del cerco logrado por los khampas.

El general Tang no había alcanzado su elevado grado tan sólo a resultas de sus innegables cualidades como militar, poseía también un fino instinto político que le había permitido sobrevivir y progresar en el ambiente saturado de intrigas que predominaba en los altos círculos del Partido Comunista Chino.

Conseguido el desquite, el político predominó sobre el militar. Tras de ingerir el humeante contenido de una taza de té y evaluar de nueva cuenta la situación, el general Tang resolvió aplazar para el día siguiente el asalto al Potala, y en vez de ello, optó por dirigirse al cuartel del ejército chino en la ciudad, con objeto de utilizar el poderoso transmisor de radio ahí existente e informar a sus jefes en Pekín de la manera en que había logrado trocar en victoria su inicial descalabro.

•

Al parecer tanto la actitud derrotista de Tsering como la triunfalista del general Tang obedecían a una idéntica apreciación de los hechos. No existía a juicio de ambos fuerza alguna que se pudiera oponer a los invasores, y por lo tanto, éstos estaban en posibilidad de tomar el Palacio de Potala en cuanto así lo quisiesen.

La coincidencia de criterios entre el guerrillero khampa y el general chino se producía por una causa del todo inexplicable: los dos habían olvidado momentáneamente cuál era en verdad la fuerza que a lo largo de sus belicosas vidas les había permitido conquistar sus más resonantes victorias. Y esta fuerza iba a hacer su aparición esa noche en forma por demás avasalladora.

Hemos dicho ya que la ciudad de Lhasa vivía en una constante tensión y que sus habitantes se informaban al instante de cuanto en ella acontecía, utilizando para ello toda esa serie de increíbles canales de comunicación que logran desarrollar los grupos humanos cuando luchan por su supervivencia.

Al difundirse por la ciudad la noticia de que el intento de sacar de Lhasa a la Dakini había concluido en un rotundo fracaso, sus habitantes comprendieron de inmediato el inminente peligro en que se hallaba Regina de caer prisionera de los chinos. Y entonces, sin vacilación alguna, todo el pueblo se lanzó a la revuelta.

Carentes no sólo de dirección y de planes, sino incluso de armas en la mayor parte de los casos, los habitantes de Lhasa comenzaron a formar en las calles grupos cada vez más numerosos,

cuyos integrantes se hallaban poseídos de una especie de frenética desesperación. Educados durante milenios en un ambiente que propiciaba por encima de todo la veneración de lo sagrado, los habitantes de la capital del Tíbet se consideraban directamente responsables de la seguridad de la reverenciada Dakini que, habiendo nacido en lejanas tierras, había sido traída al país de las nieves eternas en un patente reconocimiento de que sólo ahí podía dársele la instrucción adecuada. Por otra parte, hacía tiempo que la natural bondad y simpatía de la niña había hecho nacer en los tibetanos un afecto por ella superior al lógico respeto debido a una Dakini. Al salir de Lhasa el Dalai Lama, no había quedado en la ciudad una figura por la que sus habitantes sintiesen un cariño mayor que el que profesaban a Regina.

Marchando en pos de los pocos que blandían un arma, los grupos de enfurecidos tibetanos comenzaron a encaminarse desde todas las direcciones hacia las posiciones chinas que les quedaban más cercanas. Al llegar a éstas se lanzaban de inmediato al ataque con temerario arrojo y en medio del más completo desorden.

Las tropas chinas que cercaban a Lhasa dormían tranquilamente en sus guarnecidas posiciones. Ante el inesperado ataque reaccionaron al instante, desplegando desde el primer momento toda la eficaz destreza de que es capaz un ejército profesional. Sus bien dirigidas descargas producían enormes huecos en las filas de los atacantes. Sin embargo, éstos continuaban siempre adelante, por lo que en cada lugar el embate popular derivaba en dos posibles situaciones: o bien las olas de atacantes eran íntegramente barridas hasta el último de sus componentes, o bien algunos de éstos lograban llegar hasta donde se hallaban los chinos, en cuyo caso se iniciaban feroces luchas cuerpo a cuerpo en las que los tibetanos buscaban no sólo dar muerte a sus odiados opresores, sino también apoderarse del mayor número de armas para proseguir con ellas el combate.

Cruenta, tumultuaria y caótica, la lucha entre el pueblo de Lhasa y las fuerzas chinas de ocupación se fue generalizando en todo el amplio contorno que abarcaba el cerco tendido alrededor de la capital del Tíbet.

•

Mientras la contienda adquiría minuto a minuto mayores proporciones, en el Palacio de Potala continuaba imperando la más completa calma. En contra de los fundados temores de Tsering y del lama Tagdra Rimpoche no iban a ser los disparos de la artillería china los que abrirían las vetustas puertas del edificio, sino los débiles toquidos del bastón de una anciana.

La interminable y trágica noche se acercaba a su fin, cuando una viejecita de encorvada figura llegó hasta las cerradas puertas del Potala. Ante sus insistentes llamados terminó por acudir uno de los porteros. La arrugada mujer explicó ser la abuela del jefe guerrillero refugiado en el palacio y expresó su determinación de verlo en el acto para exponerle un asunto de suma urgencia.

Tsering continuaba postrado y sumido en el más completo abatimiento, preguntándose tan sólo el por qué de la tardanza de los chinos para asaltar el palacio. Al enterarse de la presencia de su abuela, un torbellino de emociones y recuerdos sacudieron su espíritu. Huérfano desde muy pequeño, solamente aquella mujer había sabido brindarle la necesaria ternura que todo niño

requiere. Hundido como estaba en la más profunda depresión, el khampa estimó que su abuela constituía en esos momentos el único ser sobre la tierra cuya contemplación no le resultaría molesta. Con apagada voz autorizó la entrada de la anciana hasta su lecho.

Para sorpresa de Tsering, su abuela no manifestó pesar alguno al verlo en tan deplorable estado. Con voz cascada le reprochó el que permaneciese acostado mientras todo el pueblo de Lhasa combatía a los invasores. Acto seguido, afirmó con decidido acento que pensaba llevarse a la Dakini y que a bastonazos le abriría paso por entre las líneas chinas.

Las palabras de la anciana constituyeron una banderilla de fuego para Tsering. De un salto se puso de pie al tiempo que arrancaba de su cabeza los vendajes que la cubrían. Con furioso ademán se ciñó el sable y salió de la habitación profiriendo en contra de los chinos los peores insultos del idioma tibetano. Tras de averiguar el sitio en donde se encontraba Regina penetró en la capilla dando grandes zancadas. El ruido que producían las pesadas botas del khampa sacó a la niña de su místico arrobamiento. Un solo vistazo a la fulgurante faz de Tsering le hizo comprender que éste intentaría nuevamente salir con ella de la ciudad. Regina se incorporó y llegó hasta el altar, tomó el pequeño cuadro de la Virgen de Guadalupe pintado sobre metal y la representación de la diosa Tara, e introdujo ambas imágenes en el morral en que guardaba sus documentos de identidad y el puñado de diamantes que constituían la herencia de sus padres. Después caminó hasta donde se encontraba el guerrillero y pronunció una sola palabra:

—Vámonos.

Una vez más las caballerizas del Potala proporcionaron algunos de sus magníficos corceles. Regina y el lama Tagdra Rimpoche montaron presurosos e igual cosa hicieron Tsering y su docena de khampas. Las primeras luces del amanecer comenzaban apenas a hacer su aparición cuando el grupo abandonó el palacio. En esta ocasión Tsering resolvió intentar la ruptura del cerco por la parte sur de la ciudad, tanto porque era en esa región donde le aguardaba el resto de sus guerrilleros, como porque deseaba tratar de abrir para el pueblo de Lhasa una vía de escape hacia la India.

Muy pronto Regina y su pequeño séquito comenzaron a ver engrosadas sus filas con personas de la más diversa condición, que se encaminaban a las posiciones chinas portando un variado arsenal de improvisadas armas. Había labradores con afiladas guadañas, niños con hondas y resorteras, ancianas con cuchillos de cocina. En cada una de las miradas podía leerse esa determinación que sólo se alcanza cuando se ha trascendido el temor a la muerte.

La presencia de Regina despertaba por doquier frenético entusiasmo. Mucho antes de llegar a las goteras de la ciudad, una enorme multitud marchaba a su lado vitoreándola sin cesar. Era la Batalla de Lhasa —la venerada capital del Tíbet— y sus habitantes sentían que aquella pequeña Dakini encarnaba en esos instantes el espíritu mismo de su sagrada Nación.

Al aproximarse a los baluartes enemigos, los recién llegados se percataron con asombro que en el combate que ahí se libraba estaba participando no sólo el pueblo de Lhasa, sino casi todos los seres vivos de la ciudad. Rebaños de yaks con hatos de paja encendidos en los cuerpos habían sido lanzados contra las trincheras chinas. Numerosos perros pastores tibetanos, famosos por su fiereza, habían sido azuzados para que atacasen a los invasores.

Aquello era un verdadero pandemónium. Cargas furiosas de yaks atropellando cuanto

encontraban a su paso. Atronadoras descargas de las más diversas armas de fuego. Grupos de perros aullando y atacando cual manadas de lobos. Cerradas andanadas de piedras y cuchillos volando por los aires. Incendios y heridos. Dolor y muerte.

La experiencia guerrera de Tsering le permitió captar de inmediato la situación e intentar aprovechar las ventajas que ésta ofrecía. En virtud de su mejor armamento y adiestramiento, las tropas invasoras habían logrado rechazar hasta esos momentos los ataques del pueblo de Lhasa, infiriendo a éste un alto número de bajas; sin embargo, el incesante acoso popular había producido su efecto. Agotados tras varias horas de constante combatir e impresionados por el valor y la indiferencia ante la muerte que mostraban sus atacantes, los soldados chinos estaban llegando al límite de su resistencia, para sobrepasarlo se requería tan sólo que las impetuosas acometidas de los tibetanos se realizasen con un mínimo de coordinación y ésta fue precisamente la tarea que Tsering se propuso realizar cuanto antes.

Cabalgando sable en mano por entre la enardecida multitud, los khampas impartieron a voz en cuello órdenes para que ésta se replegase y agrupase. Una vez logrado el reagrupamiento y con ello reconocida de hecho su autoridad en la conducción de la lucha, los khampas procedieron a distribuirse entre los abigarrados contingentes populares con objeto de concertar su acción al momento del ataque. Éste no se hizo esperar, Tsering dio la orden y se lanzó al galope seguido por muchos miles de tibetanos cuyos rostros evidenciaban, en la firmeza de sus facciones, una inquebrantable voluntad de victoria.

Nada habría podido contener aquella avalancha y nada la detuvo. Las defensa chinas se diluyeron como terrones de azúcar en un perol de agua hirviendo. Batallones enteros arrojaron las armas y huyeron aterrorizados. Los que intentaron resistir fueron literalmente barridos por el incontenible alud humano y de animales que se les vino encima. El cerco había sido roto y quedaba abierta una ancha vía de escape. El pueblo en masa se lanzó por ella.

•

El general Tang tenía poco tiempo de haber conciliado el sueño cuando lo despertó uno de sus ayudantes. Los informes que estaban llegando de todos los sectores de la línea fortificada tendida alrededor de la ciudad, resultaban en extremo alarmantes: había estallado una súbita revuelta popular y heterogéneas multitudes atacaban en diferentes sitios con increíble furia. Los oficiales chinos solicitaban en forma urgente el envío de tropas de reserva para hacer frente al siempre creciente número de enemigos.

En vista de las circunstancias, el general Tang ordenó se diese el toque de alerta con objeto de que todas las tropas bajo su mando se aprestasen para entrar en combate; no obstante, se abstuvo de atender de inmediato las solicitudes que le hacían de enviar refuerzos a distintos sectores de la ciudad. Siguiendo su inveterada costumbre de analizar y planear cuidadosamente cada uno de sus pasos, el astuto general comenzó a sorber lentamente el contenido de su consabida taza de té, al tiempo que intentaba comprender lo que estaba ocurriendo.

A la memoria del militar acudió un hecho en el que participara mucho tiempo atrás, durante la

época de la llamada “Larga Marcha”.[1] Recordó que en cierta ocasión las fuerzas bajo el mando de Mao Tse Tung habían quedado sitiadas y sin aparente posibilidad de escapar de la trampa en que se encontraban. Al percatarse del grave riesgo que corría el dirigente revolucionario, los habitantes de la región se habían lanzado desarmados y carentes de dirección contra las tropas gubernamentales, sufriendo como era de esperarse una espantosa masacre, pero aquella desesperada acción popular alcanzó su propósito: aprovechando la confusión por ella generada, Mao y sus seguidores —entre los cuales se encontraba el entonces joven Tang— habían logrado escurrirse por entre las líneas enemigas.

El paralelismo existente entre aquel acontecimiento y lo que ahora ocurría resultaba evidente. El general Tang comprendió que se había equivocado y que no era ninguno de los dos extranjeros muertos por sus tropas —ni tampoco el lama que cayera junto a ellos— la persona a quien los tibetanos estaban tratando de sacar de la ciudad. En igual forma, llegó a la conclusión de que si todos los habitantes de Lhasa se habían lanzado a la lucha terminarían por romper el cerco. Así pues, decidió que en lugar de dispersar las fuerzas bajo su mando en un vano intento de impedir la ruptura, lo más conveniente era utilizar sus tropas en una contra ofensiva que, si se daba en el sitio y momento adecuado, sofocaría de golpe toda revuelta.

Por segunda vez en unas cuantas horas, la experimentada mirada del general Tang estudió con reconcentrada atención los planos de Lhasa y sus alrededores, pretendiendo en esta ocasión determinar el lugar más probable por donde los tibetanos tratarían de forzar el sitio. Al observar en los mapas el camino que partía de la zona sur de la ciudad rumbo a la India, concluyó que aquélla era la vía de escape que por lógica intentarían alcanzar sus contrarios.

Sin perder más tiempo, el general se puso al frente de sus tropas y ordenó su inmediata partida. Antes de salir del cuartel dio instrucciones precisas a los integrantes del reducido pero eficaz grupo de aviadores: debían elevarse en cuanto fuese de día y proceder al bombardeo y ametrallamiento de cualquier grupo de tibetanos que lograse salir de la ciudad.

Alumbrados por los resplandores del día, las motorizadas tropas chinas recorrieron con rapidez la distancia que les separaba de su objetivo. Al llegar al mismo, el general Tang comenzó a ordenar con su habitual pericia el emplazamiento de los distintos tipos de armas, procurando en todos los casos que éstas quedasen ocultas tras las sinuosidades del terreno. Cañones, tanques, ametralladoras, morteros y obuses, fueron convenientemente situados. Los invasores se encontraban al pie de una escarpada montaña, a escasa distancia del ancho camino que partiendo de la capital del Tíbet conduce a las fronteras con la India.

A través de sus catalejos, el general chino observó con gozosa anticipación de su seguro triunfo el lento aproximarse de la multitud que había logrado salir de Lhasa. Con objeto de que la mortal barrera de fuego que estaba por desencadenar surtiese el máximo efecto, el general Tang resolvió no dar la orden de comenzar a disparar sino hasta que los tibetanos se encontrasen prácticamente a boca de jarro.

Marchando jubiloso y confiado por el polvoso camino, el pueblo de Lhasa se encontraba ya en el centro de la trampa tendida por sus enemigos. El general Tang observó con interés la figura de la niña que, al frente de la multitud, cabalgaba sobre un potro teniendo a su lado a un fornido khampa y a un enjuto lama. El respetuoso entusiasmo que generaba en torno suyo aquella niña

resultaba evidente, razón por la cual no fue difícil para el comandante chino deducir que era a ella a quien los tibetanos deseaban salvar, y por lo tanto, era esa pequeña figura la verdadera causa y sustento de la revuelta popular.

Sacando de su bolsillo el silbato con que acostumbraba impartir a sus tropas la orden de iniciar el fuego, el general Tang se dispuso a levantar el telón para el último acto de la sangrienta obra a la que los historiadores habrían de calificar como "La batalla de Lhasa". El militar se llevó el silbato a los labios pero no llegó a emplearlo, pues justo en ese momento intervino un nuevo e inesperado contendiente. Se trataba de la montaña en cuya base se encontraban emboscadas las tropas chinas.

Primero como simple rumor y acto seguido como estrepitoso estruendo, el ruido que producían al entrechocar entre sí muchos miles de rocas resonó en los oídos de los chinos como presagio de aniquilamiento. Y en efecto, el alud de piedras de distintas formas y tamaños que a toda velocidad bajaban rodando por las laderas de la montaña comenzó a destruir, con sorprendente celeridad, hombres y armas. Los poderosos tanques de fabricación rusa con que contaba el ejército chino —que tan buenos servicios prestaran en la Segunda Guerra Mundial— saltaban hechos trizas y quedaban sepultados ante el impacto de las enormes rocas que caían de una altura de varios centenares de metros. Otro tanto ocurría con los cañones y con las distintas clases de implementos bélicos que integraban el arsenal de los invasores, los cuales, a su vez, no sufrían mejor suerte que sus armas.

Entre aterrados gritos que se entremezclaban con el ensordecedor tumulto de la avalancha, los soldados chinos intentaban ponerse a salvo huyendo a la máxima celeridad que les permitían sus temblorosas piernas. En su mayor parte no lo consiguieron y perecieron aplastados bajo toneladas de rocas.

Entre aquellos que lograron conservar la vida se encontraba el general Tang. Su rostro no era ya una máscara de inmutabilidad sino el espejo donde se reflejaba el más completo desconcierto. No obstante, mantuvo la suficiente presencia de ánimo para conducir la huida de los sobrevivientes, ordenando a éstos que se mantuviesen apartados del camino por donde transitaban los tibetanos salidos de Lhasa, pues comprendía que lo que aún quedaba de su aporreado ejército no estaba en posibilidad de sostener enfrentamiento alguno.

Recordando las instrucciones impartidas a los pilotos antes de salir de la ciudad, el general alzó la vista al cielo con la esperanza de ver surgir del mismo los aparatos que le vengarían de la derrota sufrida. Esperanza fallida. Las nubes también participaban en la batalla y lo hacían, lógicamente, en favor de su país. Un cerrado manto de blancas nubes impedía toda visibilidad desde el aire, razón por la cual los aviadores se habían visto obligados a regresar a tierra sin cumplir la misión que les fuera encomendada.

Los miles de tibetanos que avanzaban por el camino que conducía al sur habían observado, asombrados, la inesperada avalancha y la empavorecida huida de las tropas chinas, percatándose entonces de que habían estado a punto de caer en una trampa mortal. Al escudriñar con agradecidas miradas a la montaña cuya oportuna intervención les librara del exterminio, los tibetanos descubrieron en lo alto de la misma a los verdaderos causantes de su salvación.

Erguidos sobre las ya escasas protuberancias de las desgajadas laderas del gigante rocoso,

doscientos khampas proferían entusiastas gritos de guerra a la vez que movían sus sables a modo de afectuoso saludo a sus compatriotas.

Tsering reconoció de inmediato a las figuras de quienes habían producido el alud que tan fatídico resultara para los chinos: eran los integrantes de su guerrilla que habían quedado aguardándolo en las afueras de la ciudad. Jubiloso hizo caracolear repetidamente a su caballo, para luego lanzarlo al galope hasta la base de la montaña. Levantando los brazos hacia sus compañeros de lucha, Tsering dejó oír una pregunta formulada con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿En dónde están los khampas?

Transmitida por la limpidez del aire y reproducida por los ecos de las montañas, se dejó escuchar la respuesta que daban al unísono dos centenares de voces:

Los khampas son de hielo y están en los glaciares
relámpagos y truenos preludian sus ataques.
Los khampas son de roca y están en las montañas
jinetes prodigiosos cabalgan sin cesar.
Los khampas no se rinden porque ellos son

EL TÍBET.

---

[1] Se da el nombre de "Larga Marcha" a la hazaña realizada por Mao Tse Tung y sus compañeros de armas en los años de 1934 a 1935, consistente en haber recorrido 12 000 kilómetros bajo el constante acoso de tropas enemigas, hasta lograr llegar a las cavernas de Paongan en donde procedieron a fortificarse y a reorganizar sus fuerzas.

6

Los inicios de una Dakini

Los miles de tibetanos que habían logrado salir de Lhasa se enfrentaban ahora a un incierto destino. Atrás quedaba todo aquello que constituyera hasta entonces su vida ordinaria. No sólo sus pertenencias materiales, sino incluso el bagaje espiritual que se deriva del arraigo al país de origen, había sido bruscamente arrancado de su existencia.

Poseyendo a la vez las disímbolas características de un místico y de un estadista, el lama Tagdra comprendía que el drama de cada una de aquellas personas era parte de un suceso que afectaba a la Nación entera. El Tíbet iniciaba un reposo de dos mil años semejante al que produce la muerte y no había nada que pudiese evitarlo. Repentinamente, el lama pensó que había algo que sí podía hacerse: crear en un lugar seguro una especie de semilla que preservase para el futuro la valiosa herencia espiritual y cultural del país de los lamas.

Al observar a la enorme multitud de sus compatriotas, que por cumplir el generoso propósito de salvar a la pequeña Dakini extranjera habían perdido cuanto tenían, Tagdra Rimpoche se percató de que éstos representaban una muestra bastante completa de los diversos componentes que integraban la sociedad tibetana: lamas y khampas, nobles y campesinos, comerciantes y artistas, caminaban juntos hermanados en su común tragedia.

En la ágil mente del lama fue cobrando forma un proyecto de alcances milenarios: si todas aquellas personas pudiesen ser trasladadas hasta un sitio que estuviese fuera del alcance de los invasores, podría crearse algo así como un "pequeño Tíbet", o sea la simiente que resguardase en su seno todo ese mundo de mágico encantamiento que constituía la esencia misma del país de las nieves eternas.

Al repasar mentalmente los posibles lugares en donde podría llevarse a cabo un proyecto de esta naturaleza, el lama recordó la región en torno a Dharmsala, ubicada en plena zona himalaya. Se trataba de un vasto y casi deshabitado territorio perteneciente a la India, poseedor de un clima y de un medio geográfico que resultarían altamente familiares para los tibetanos.

Se presentaban, sin embargo, graves dificultades para la realización de tan ambicioso proyecto. La primera y más inmediata consistía en lograr llegar hasta Dharmsala. Los tibetanos salidos de Lhasa no traían consigo más ropa que la puesta, ni mayor reserva de alimentos que la contenida en sus estómagos. Por otra parte, su total carencia de armas antiaéreas les hacía del todo vulnerables a los ataques de la aviación china, los cuales se producirían de seguro una vez que se despejase el cielo.

En cuanto hicieron un alto en el camino, el lama comunicó a Tsering y a Regina sus planes y la forma como intentaba realizarlos. Antes que nada estaba el problema de la comida. Afortunadamente la ruta que habrían de seguir atravesaba una de las regiones más prósperas del Tíbet y de seguro sus moradores les brindarían toda clase de ayuda. Sin embargo, se precisaba prevenir a éstos para que estuviesen en mejor posibilidad de asistir a la inmensa columna de necesitados que transitaría por su suelo. A petición del lama, Tsering ordenó a varios de sus khampas se dirigiesen de inmediato a las distintas poblaciones que cruzarían en su camino, con objeto de comenzar a coordinar las tareas de apoyo a la marcha de la columna.

En lo tocante a la grave amenaza representada por los aviones enemigos, el religioso se volvió hacia Regina, y como si fuese la cosa más natural del mundo, le pidió que se encaminase a lo alto de una cercana colina, para que desde ahí ordenase a las nubes mantuviesen su denso manto durante todo el tiempo que durase el recorrido a Dharmsala.

—¿Y cómo voy yo a ordenarles eso? —preguntó la niña mientras su rostro revelaba el asombro que le producía tan inusitada solicitud.

—No lo sé, tú eres una Dakini y sabrás cómo hacerlo —respondió el lama.

Sin expresar mayores protestas Regina se dirigió en derechura rumbo a la colina. Nunca había imaginado que alguien pudiese pedirle que controlase el movimiento de las nubes y no tenía ni la menor idea de cómo lograrlo. Al llegar a la cúspide contempló a la multitud que se extendía bajo sus pies. La mezcla de profunda angustia y anhelante esperanza que predominaba en el ánimo de los tibetanos parecía haberlos fundido en un solo y gigantesco ser, cuyos miles de labios permanecían cerrados y cuyos incontables ojos se mantenían fijos en ella expresándole, con intensas miradas mucho más elocuentes que el más fervoroso ruego, su petición de que impidiese a la aviación enemiga realizar sus siniestros propósitos. Abrumada por la enorme responsabilidad que tan inesperadamente había caído sobre sus hombros, la niña tomó asiento en el helado suelo y procuró relajarse. A través de incesantes ejercicios de relajamiento y concentración efectuados primero en el monasterio de Sera y posteriormente en el Palacio de Potala, Regina había desarrollado ya un elevado dominio en esta clase de prácticas. Así pues, no le representó mayor problema ensimismarse en la contemplación de las radiantes figuras que veloces recorrían el cielo.

En un principio muy lentamente pero luego con creciente celeridad, la simple observación de las nubes fue transformándose en una plena identificación con éstas. La sensación de libertad y autoconciencia de su importancia que caracteriza a los femeninos seres de vapor de agua, resultante de poseer la facultad de incesante desplazamiento y de saberse portadoras de ciclos de vida, era transmitida con toda precisión a Regina y percibida por ésta no como algo ajeno sino como sentimientos que en aquel instante formaban parte de su ser, pues en alguna medida y gracias al profundo estado de identificación alcanzado por la pequeña Dakini, ella era también una nube y por lo tanto compartía sus vivencias, necesidades y emociones.

Impartir órdenes resulta innecesario entre aquellos que han alcanzado una auténtica comprensión de sus recíprocos sentimientos. Así lo entendió Regina, que al momento de lograr una forma de percepción semejante a la de las nubes, supo con absoluta certeza que éstas habían captado la petición de ayuda que por medio de su conducto formulaban todos los tibetanos salidos

de Lhasa.

La voz del lama llamándole por su nombre sacó a Regina de su arrobamiento. Al lado de la enjuta persona del religioso estaba la recia figura de Tsering. Sorprendida se percató de que ya era de noche, lo cual significaba que no habían sido sólo unos minutos sino muchas horas el tiempo que permaneciera sumida en un profundo estado de concentración.

—Ya las nubes saben de nuestro problema —afirmó Regina con segura convicción.

—Muy bien, entonces contaremos con su ayuda —respondió el lama con igual certeza.

Tsering se colocó a la niña sobre los hombros y en unión del lama emprendió el descenso del montículo. Un rumor de voces, proveniente del expectante enjambre humano congregado al pie de la colina, les acompañó durante su trayecto de retorno. A pesar de las tinieblas nocturnas, la expresión de triunfal alegría reflejada en los rostros del trío no pasó inadvertida para la multitud. En pocos instantes el ambiente de incertidumbre que privara hasta entonces en el ánimo de los tibetanos trocose en segura confianza, pues todos dieron por cierto que la Dakini había logrado su propósito y que tendrían el necesario amparo de las nubes durante su recorrido hasta la India.

Se organizó de inmediato un espontáneo festejo popular. A la luz de las hogueras la gente cantó y bailó poseída de jubiloso entusiasmo. Regina participó en el regocijo general, entonando una y otra vez en español las canciones infantiles del compositor Gabilondo Soler aprendidas de labios de su madre. En dos ocasiones trató de incluir en su repertorio la letra de conocidos cánticos tibetanos, pero en ambos casos fue interrumpida por la respetuosa pero firme petición de sus oyentes, los cuales insistían en oírla cantar en un idioma que les resultaba del todo extraño e incomprensible.

Llevadas por el gélido viento y repetidas por el eco de las cercanas montañas, se esparcían por la noche fantásticas historias que hablaban de un ratón vaquero, de una muñeca fea y de un mosquito que valiente tripulaba una cáscara de nuez.

La confiada seguridad de los tibetanos no sería defraudada. Al día siguiente de aquel en que Regina mantuviese su silencioso diálogo con las nubes, éstas tendieron mantos de grueso espesor por encima de la columna de refugiados. Una y otra vez, las escuadrillas de aviones chinos intentaron localizar a sus contrarios para aniquilarlos desde el aire. Vano empeño. Tal parecía como si todas las nubes del planeta se hubiesen dado cita en la región comprendida entre Lhasa y el norte de la India. Desesperados, los aviadores efectuaron bombardeos al azar con la esperanza de acertar por mera casualidad. Varias montañas desgajadas y algunas cabras montaraces despanzurradas fueron el único resultado de un elevado gasto de explosivos y combustible. Al cuarto día de infructuosa búsqueda, un bombardero se estrelló contra la cumbre de una montaña pereciendo todos sus tripulantes. Los vuelos fueron suspendidos.

Tal y como supusiera el lama, los tibetanos salidos de Lhasa lograron subsistir y proseguir su escape merced a la generosa ayuda de sus compatriotas. Prevenidas por sus emisarios enviados por Tsering, las poblaciones a las que iban arribando se habían organizado con presteza para brindarles la mayor asistencia posible.

Justo al cumplir diez días de incesante avance, los khampas que cabalgaban al frente de la columna avistaron a un grupo de jinetes que a toda prisa se aproximaban a ellos. Los recién llegados pertenecían a las partidas armadas que comandaban los hermanos Pangda Tsan y eran

portadores de un mensaje de éstos dirigido a todos los jefes khampas. En dicho mensaje se les informaba que el Dalai Lama se encontraba a salvo y debidamente protegido en la fortaleza de Lhuntse Dzong. Asimismo, se les solicitaba procediesen a concentrarse en las proximidades de la citada fortaleza, con objeto de convertir toda la región en un poderoso bastión que impidiese a los chinos apoderarse del legítimo gobernante del país.

Al conocer los términos del mensaje, Tsering resolvió dirigirse en unión de sus hombres al encuentro del Dalai Lama, estimando que les llevaría únicamente tres días el lograr dicho propósito. A su vez, el lama Tagdra Rimpoche decidió que él también debía llegar hasta aquel sitio, con objeto de exponer ante la máxima autoridad espiritual y material de la Nación su proyecto de crear dentro de la India un "pequeño Tíbet", para lo cual se requería que el propio Dalai Lama hiciese suyo el proyecto y procediese, primeramente, a gestionar ante el gobierno de la India la autorización de ingreso al territorio de este país de muchos miles de refugiados tibetanos, y posteriormente, a fungir como supremo dirigente de la comunidad tibetana en el exilio.

En cuanto el religioso dio a conocer sus planes al guerrillero, éste reconsideró su inicial decisión de encaminarse junto con todos sus hombres al encuentro del Dalai Lama. En lugar de ello, escogió tan sólo una pequeña escolta y ordenó al resto de los khampas que continuasen custodiando la marcha de la columna hasta su arribo a la frontera con la India, sitio en donde debían aguardar nuevas instrucciones.

Contando con las mínimas provisiones necesarias para su recorrido a través de las abruptas montañas que les separaban de su meta, Tsering, el lama Tagdra Rimpoche, Regina y una veintena de khampas, se apartaron del camino que conducía hacia el sur y se internaron por una helada vereda que serpenteaba por entre insondables precipicios.

El Dalai Lama no estaba ya viviendo en la fortaleza de Lhuntse Dzong, sino en un monasterio situado a escasa distancia de ésta. Al saber de la llegada de su antiguo primer ministro y de la Dakini extranjera les recibió de inmediato. Conmovido, el gobernante tibetano escuchó la narración de los dramáticos acontecimientos que el anciano y la niña habían presenciado: la muerte de los padres de Regina, la sangrienta Batalla de Lhasa y la huida de un gran número de los habitantes de la ciudad sagrada.

El lama Tagdra Rimpoche dio término a su relato exponiendo el plan que había trazado para preservar el alma del Tíbet, así como la urgencia de proceder a realizarlo cuanto antes. El Dalai Lama escuchó vivamente interesado el proyecto de su ex maestro, expresando desde el primer momento su completo acuerdo con el mismo; sin embargo, manifestó que antes de intentar su ejecución deseaba recabar la opinión de los dignatarios y guerrilleros que le acompañaban, para lo cual convocaría a una reunión de todos ellos esa misma tarde.

En la junta a la que citara el Supremo Gobernante del Tíbet se aprobó en forma unánime el plan del lama Tagdra Rimpoche. Se redactó por lo tanto un mensaje al gobierno hindú, solicitándole accediese a que entrasen en su territorio en calidad de asilados tanto el Dalai Lama como todos aquellos tibetanos que lograsen escapar de su país. Las buenas relaciones que existían entre los gobiernos y los pueblos de la India y del Tíbet permitían suponer que la solicitud sería acordada pronta y favorablemente.

Finalizada la reunión, el Dalai Lama preguntó al lama Tagdra Rimpoche si pensaba

acompañarle en el proyectado viaje a la India. El interrogado respondió negativamente. Consideraba que la última misión que le tocaba cumplir en su actual ronda de la existencia era la instrucción de la Dakini mexicana, pero esto requería encontrar previamente un sitio que poseyera adecuadas características. La propia Regina había proporcionado, años atrás, la pista para localizar dicho sitio. Al ser presentada por vez primera al Dalai Lama, éste le había mostrado las veneradas reliquias que integraban el tesoro de la Nación y la niña había escogido, sin vacilación, un objeto que antaño perteneciera a una Dakini que acostumbraba dialogar con las montañas. A juicio del lama Tagdra Rimpoche este hecho constituía un seguro indicio de que ambas Dakinis eran la cristalización en diferentes épocas de una misma conciencia. Así pues, llevaría a Regina a la caverna donde habitara la anterior Dakini y le proporcionaría ahí la instrucción necesaria. La caverna en cuestión se hallaba situada dentro de las fronteras del Tíbet, en una de las partes más recónditas de la Cordillera Himalaya.

A los pocos días partieron dos caravanas del antiguo monasterio cercano a la fortaleza de Lhuntse Dzong. Una era muy numerosa y en ella iba el Dalai Lama, el cual había decidido aguardar en un puesto fronterizo con la India la resolución a la petición de asilo formulada al gobierno de este país. La otra estaba integrada por una treintena de personas entre khampas, guías y porteadores. En ella iban Regina y el lama Tagdra Rimpoche. Al frente de la caravana avanzaba la arrogante figura de Tsering montando el magnífico corcel que le obsequiara el Dalai Lama. El dirigente tibetano había querido premiar la lealtad y la audacia del guerrillero. Al enterarse de que un rico mercader de la localidad deseaba vender un caballo de excepcionales cualidades, dispuso su compra para regalárselo a Tsering. En igual forma, le entregó en sencilla y pública ceremonia un rosario colmado de bendiciones que el khampa llevaba ahora colgado al cuello.

La travesía de la caravana integrada por Regina y sus acompañantes no resultó una tarea fácil. Deslaves en las escarpadas veredas y furiosas tempestades de nieve constituían cotidianos obstáculos que dificultaban el avance y en ocasiones lo imposibilitaban del todo por varios días. Durante semanas los viajeros tuvieron que bordear imponentes macizos cubiertos de hielo y majestuosas cumbres poseedoras de una deslumbrante blancura, adentrándose cada vez más en la región central, verdadero corazón de la cordillera más alta del mundo.

Finalmente, agotados pero felices, llegaron a su destino. La sola vista del paisaje ante el cual se encontraban justificaba plenamente los esfuerzos realizados para arribar hasta aquel lugar. Se trataba de un solitario valle de alta montaña de considerables dimensiones, en cuyo centro refulgía un lago de indescriptible belleza. Las aguas del lago reflejaban de continuo cambiantes tonalidades, a ratos eran de un clarísimo azul turquesa que se iba tornando en un oscuro verde esmeralda, para luego, a resultas de los rayos del Sol, adquirir tintes dorados y rojizos que convertían toda la líquida superficie en una especie de gigantesco ópalo de resplandecientes colores. Las laderas de las montañas que bordeaban al valle estaban íntegramente cubiertas de cerrados bosques de coníferas. A donde se volviese la mirada se veían brillar las nevadas cumbres de los Himalaya. Por encima de todo, un cielo de un azul purísimo daba la pincelada final en aquel cuadro de perfecta armonía.

Extasiados ante la contemplación del panorama, los viajeros permanecieron largo rato en silencio: éste fue roto por la voz de Regina, quien al tiempo que señalaba un distante punto junto a

las riberas del lago, afirmaba con alegre acento:

—"Mi" caverna está en ese lugar.

El lama y el guerrillero contemplaron a la niña con profundo asombro, pues ni siquiera el religioso conocía la exacta ubicación de la caverna que buscaban, tan sólo sabía que se encontraba situada en algún lugar próximo al lago.

Atendiendo a las indicaciones de Regina se encaminaron directamente hasta el sitio señalado por ésta. En efecto, a escasa distancia de la orilla de las plácidas aguas y semioculta por los pinos que crecían a su entrada, existía una espaciosa caverna. Un ambiente de recogida serenidad predominaba en los alrededores de la entrada a la gruta. La sensación de hallarse ante el pórtico de un misterioso y sagrado santuario resultaba claramente perceptible. Tras de improvisar unas antorchas con largos palos y tiras de ropa vieja empapadas en aceite, el trío se adentró en la concavidad.

Al instante mismo de penetrar en la caverna se operó una súbita e increíble transformación en Regina. Como si en el simple tránsito del exterior al interior de la gruta no hubiesen transcurrido tan sólo segundos sino años, su organismo adquirió de pronto cierta extraña madurez. Sus facciones perdieron todo asomo de expresión infantil para adoptar los firmes rasgos de un juvenil y bello semblante. En igual forma, la estatura y conformación de su cuerpo dejaron de ser los de una niña de once años para tomar las proporciones adecuadas a una joven de quince.

El inexplicable cambio ocurrido a Regina fue tan notorio que sus acompañantes lo percibieron de inmediato. Con voz que dejaba ver el pánico que le dominaba, el valeroso Tsering exclamó:

—Esta cueva debe estar embrujada, salgamos de aquí.

Auténtico profeta y por tanto conocedor de la engañosa ilusión que entraña la ordinaria concepción del tiempo, el lama aseveró:

—Nuestra Dakini no tiene edad; sin embargo, parece que su cuerpo ha reconocido su antigua morada y ello le ha producido una "transformación de luminosa plenitud".[1]

Tal y como el lama afirmara, Regina parecía estar recordando con creciente celeridad cuanto a la gruta se refería. Primero se dirigió a una bien disimulada cornisa situada en uno de los muros de roca y tomó una antiquísima lámpara. Tras de quitarle el polvo y ponerle un poco de aceite aplicó fuego al artefacto y éste se encendió desparramando cierta luminosidad en su contorno. Acto seguido se internó unos cuantos pasos en el interior de la caverna y llegó hasta otra cornisa de piedra en la cual se hallaban colocados algunos sencillos utensilios de cocina, todos ellos cubiertos de una gruesa capa de polvo que denotaba el largo tiempo en que habían permanecido intocados. Finalmente, removió unas piedras que ocultaban un pequeño nicho de cuyo interior extrajo el único objeto ahí existente. Se trataba de un antiguo libro tibetano. Sus rectangulares y alargadas hojas eran de rústico papel de arroz. La impresión del texto contenido en las hojas no había sido realizada mediante una máquina de imprenta, sino utilizando los procedimientos de estampado en papel utilizados por los tibetanos mucho tiempo antes del nacimiento de Gutenberg.

Manifestando su interés por el último hallazgo, el lama pidió a Regina el libro para examinarlo:

—¡Oh! —exclamó con gran entusiasmo—. Es un antiguo estudio que se creía extraviado sobre la vida y el pensamiento de Naropa. Éste sí que ha sido un descubrimiento afortunado.

Concluida su inspección de la gruta el trío retornó al exterior. El resto de la comitiva había permanecido aguardando respetuosamente a la entrada de la caverna. Al percatarse de la brusca alteración ocurrida en el físico de Regina se produjo un generalizado asombro. La joven impidió que la sorpresa se trocase en temor departiendo sonrisas y haciendo bromas de su extraño cambio.

Una vez cumplida la misión de llevar hasta aquel sitio al lama y a la Dakini, Tsering y sus khampas estaban en posibilidad de regresar al lado de sus compañeros en cuanto así lo decidiesen; sin embargo, el jefe guerrillero no deseaba dejar a sus amigos en aquel solitario paraje sin antes asegurarse de que contarían con la ayuda necesaria para satisfacer sus necesidades, pues si bien abundaban en el valle panales de miel y diversas raíces comestibles, esto no resultaba suficiente para garantizar su supervivencia. Los guías que les acompañaban, profundos conocedores de aquella región, dijeron que a cinco días de marcha existía una pequeña aldea y hacia ella se encaminaron los khampas para solicitar la colaboración de sus habitantes en la tarea de asistir a los nuevos moradores de la caverna. Retornaron diez días después acompañados de varios vecinos de la aldea, los cuales traían consigo una buena dotación de enseres y comestibles. Sus antepasados habían proporcionado siempre toda clase de ayuda a las Dakinis que en distintas épocas habían vivido en aquel sitio. Ahora tocaba a ellos continuar dicha tradición.

Entre los aldeanos venía un joven de unos diecisiete años llamado Puntso. Era un mozalbete de aspecto derrengado y nerviosos ademanes. Huérfano desde niño había subsistido merced a la caridad pública y al ejercicio de los más modestos menesteres. En la aldea se tenía por cierto que andando el tiempo se convertiría en un místico de renombre, pues acostumbraba pasar las noches orando y sus conversaciones giraban siempre sobre el mismo tema: no deseaba ingresar en un monasterio y convertirse en un simple religioso, su modelo a seguir era nada menos que Milarepa,[2] esperaría por lo tanto hasta encontrar al Maestro que supiese guiarlo a la conquista de la más elevada espiritualidad.

Al llegar Tsering a la aldea y anunciar que en el valle sagrado próximo a ésta se encontraba una Dakini y el famoso profeta y ex primer ministro Tagdra Rimpoche, el joven Puntso consideró llegada su hora. Jubiloso, proclamó a los cuatro vientos que con tan distinguido Maestro y en tan apropiada compañía realizaría al fin sus soñados anhelos. Durante la travesía entre la aldea y el valle, el joven no cesó de hablar sobre los mil y un beneficios que prodigaría a los habitantes de la región una vez que tuviese los milagrosos poderes que en otros tiempos poseyera Milarepa.

En cuanto Puntso estuvo ante la presencia del lama se arrojó a sus pies manteniendo el rostro pegado al suelo. Con voz quebrada por emotivo llanto suplicó ser admitido como discípulo, afirmando repetidamente su propósito de consagrarse a lograr la disminución de los sufrimientos de todos los seres sensibles. El lama lo hizo levantarse y durante un largo rato estuvo observando con escrutadora mirada el rostro y las manos del joven. Después, con su habitual tono de serena firmeza, comentó:

—No hay prisa, llegado el tiempo que habrá de llegar será mi discípulo, pero antes es preciso esperar un poco, hasta que su mente se aquiete y comprenda lo ilusorio de los actuales motivos que la animan. Por ahora le aconsejo que se transforme en hormiga y viva las correspondientes experiencias a ese estado de conciencia en algún hormiguero. Regrese dentro de tres mil

cuatrocientos veintisiete años y tres días. Gustoso le aceptaré como discípulo. Se convertirá entonces en el legítimo ocupante de esa sagrada caverna.

La inesperada respuesta a su petición ocasionó un total desconcierto en el ánimo del joven. Su mandíbula quedó colgando y fuera de control al tiempo que los ojos le bailaban sobre las órbitas. Antes de que pudiera reaccionar y pronunciar palabra alguna, el lama le había dejado para conversar con los aldeanos. A juicio del religioso tan sólo una denuncia de alguno de los habitantes de la aldea podía ocasionar que los chinos llegasen a descubrir la presencia de él y de la Dakini en aquel apartado escondite. Sus oyentes le dieron toda clase de seguridades de que jamás se produciría semejante delación y reiteraron la promesa de proporcionarles toda clase de ayuda, para lo cual, una comisión de aldeanos llegaría cada cuatro meses hasta la gruta portando los alimentos y demás cosas que sus ocupantes pudiesen requerir.

Una vez asegurada la colaboración de los aldeanos en la tarea de asistir al lama y a la Dakini, Tsering consideró llegado el momento de partir. Deseaba reincorporarse cuanto antes a su guerrilla y dedicarse a brindar protección armada a los numerosos grupos de tibetanos que, de seguro, estarían ya intentando salir de su país para engrosar la población del "pequeño Tíbet" que se proyectaba crear en torno a Dharmsala.

Aldeanos y khampas se marcharon muy de mañana. Uno a uno se despidieron afectuosamente del lama y de Regina, recibiendo de ambos las más sinceras muestras de agradecimiento. La joven obsequió a Tsering uno de los diamantes que integraban el patrimonio heredado de sus padres. El guerrillero manifestó que lo llevaría siempre consigo a modo de amuleto.

El religioso y su discípula no fueron los únicos seres humanos que permanecieron en el valle. El joven Puntso se negó a regresar con sus paisanos a la aldea. Tras de afirmar que no probaría alimento alguno ni se movería de aquel sitio hasta que el lama aceptase convertirse en su Maestro, tomó asiento junto a la entrada de la caverna y adoptando una actitud de mística concentración comenzó a musitar las más diversas plegarias.

Al llegar la noche y con ella un intenso frío, Regina se sintió seriamente preocupada por la suerte del joven. Primeramente trató de intervenir en su favor ante el lama, suplicándole que accediese a su petición y lo admitiese como discípulo, pero el interpelado ni siquiera formuló una respuesta a lo que se le solicitaba, tan sólo dirigió una profunda mirada a Regina en la que ésta creyó adivinar que el lama sufría por lo que estaba ocurriendo, pero que consideraba que no podía hacer nada para remediarlo.

Con miras a impedir que aquel empecinado sujeto muriese congelado, Regina tomó una de las gruesas mantas dejadas por los khampas y lo envolvió con ella lo mejor que pudo. Después depositó a su lado un cántaro lleno de agua y un buen trozo de tsampa, el popular pan tibetano hecho a base de harina y cebada. Mientras la Dakini realizaba todo esto, Puntso permaneció con los ojos entrecerrados, recitando sin parar su interminable retahíla de oraciones.

A la mañana siguiente lo primero que hizo Regina fue correr a la entrada de la caverna para indagar lo que había acontecido con el joven. No estaba ya, como tampoco estaban la manta, el cántaro y el pan.

—Ha de haber regresado a su aldea —afirmó Regina intentando tranquilizarse con dicha explicación.

—¡Oh no, no lo creo! —afirmó el lama que también había salido de la gruta—. Más bien supongo que debe haber tomado en cuenta mi consejo y andará buscando la forma de convertirse en hormiga. Estoy seguro de que volverá cuando necesitemos urgentemente de su ayuda.

Regina sabía que el lama no iba a explicarle el oculto sentido que de seguro tenían sus extrañas palabras, así que se abstuvo de formular pregunta alguna.

Tras de contemplar por un rato el bello panorama que se ofrecía ante su vista, particularmente el fascinante espectáculo que de continuo presentaba el lago con su incesante cambio de tonalidades, el lama exclamó con festivo acento:

—Hoy se declara formalmente inaugurada en este lugar una escuela para la Dakini mexicana. Ojalá y el Dharsan de los altos Maestros inspire y acompañe siempre a esta escuela.

---

[1] En tibetano se designa con el nombre de "sprul-sku" a ciertas prodigiosas transformaciones, reveladoras de un repentino progreso interior, que pueden ocurrir en los organismos de los seres humanos. Al no existir en el idioma español ningún vocablo específico para designar un hecho de esta índole, hemos tenido que traducir literalmente el término tibetano ("transformación de luminosa plenitud") a sabiendas de que dicha traducción no refleja sino muy parcialmente el auténtico significado de la expresión tibetana.

[2] Milarepa vivió en el siglo XI en los Himalaya y está considerado como el asceta de mayor relieve en toda la historia del Tíbet. La tradición popular le atribuye la realización de innumerables prodigios.

7

El acertijo

Entre Regina y el lama Tagdra Rimpoche existió desde el comienzo mismo de la enseñanza de éste hacia aquélla una estrecha colaboración y una plena identificación de objetivos. La joven encontró en el anciano lama a un insuperable Maestro, que en forma a un mismo tiempo afectuosa y severa le iba guiando paso a paso por el difícil camino de la superación espiritual. A su vez, el sabio tibetano tuvo en la Dakini una perfecta discípula. Regina poseía como principal cualidad de su carácter una voluntad que superaba la dureza del diamante, lo cual permitía que jamás considerase excesivas las agotadoras disciplinas y las arduas pruebas a que el lama la sujetaba de continuo.

Las diarias jornadas de trabajo comenzaban antes del amanecer. Portando la vieja lámpara que encontraran en la caverna, el lama llegaba hasta la rocosa habitación subterránea que hacía las veces de recámara de Regina. Deteniéndose en la entrada, el ex primer ministro del Tíbet comenzaba a recitar una poesía de su propia creación.

Al país de las águilas su reina volverá
la cárcel de la Luna precisará romper
guardianes de otros tiempos a su lado vendrán
y unidos todos juntos la batalla darán.

Sonámbulos andantes la verán avanzar
y el único despierto su ayuda pedirá
los peores y mejores por ella se unirán
y el agua de los cielos a todos limpiará.

A toques del pasado el presente se oirá
mas sólo en el silencio su voz se escuchará
y en caso de sordera un sacrificio habrá
cuya luz por milenios la ruta alumbrará.

La joven suponía que aquella poesía —a la que ella denominaba "el acertijo"— contenía toda una serie de valiosas indicaciones sobre la misión para la cual se le estaba preparando; sin embargo, le resultaba del todo imposible descifrar el significado de las enigmáticas frases que integraban el poema.

Regina iniciaba el día dedicando unos breves momentos a orar frente al pequeño altar que

había improvisado junto a su lecho. El cuadro de la Virgen de Guadalupe que perteneciera a su madre y la tanka representando a Tara, la femenina deidad tibetana, constituían las únicas figuras que integraban el altar.

Concluidas sus oraciones la joven se encaminaba al exterior de la caverna. Casi siempre el lama le había precedido y se encontraba ya en un cercano claro a la orilla del lago. Ahí realizaban juntos una prolongada sesión de complicados ejercicios psicofísicos, cada uno de los cuales era el resultado de una experiencia acumulada a lo largo de milenios por los yoguis hindús y tibetanos, que han hecho de esta clase de ejercicios un valioso instrumento tendiente a incrementar al máximo las ocultas energías que posee el organismo humano.

Tras de la serie de ejercicios de yoga venía un baño en las frías aguas del lago. Regina convertía aquellos instantes en un grato entretenimiento. Utilizando un muy personal estilo natatorio recorría con rápidas brazadas la líquida superficie, zambulléndose de cuando en cuando a considerable profundidad ante el sorprendido asombro de los multicolores peces que poblaban las aguas.

La elaboración de un frugal desayuno y la ingestión del mismo constituían los siguientes pasos en el cotidiano programa de actividades. Acto seguido venían las labores de limpieza de la caverna y la preparación de los alimentos que habrían de comer al mediodía. Una vez terminadas estas faenas, el lama y la Dakini se adentraban en el bosque. Al mismo tiempo que iban recogiendo cuanto la naturaleza les brindaba de utilizable —leña, miel, plantas y raíces comestibles— el lama aprovechaba aquellos largos paseos para impartir sus enseñanzas.

Entre los múltiples aspectos que abarcaban dichas enseñanzas, existía uno al cual el lama prestaba especial importancia: el de ir capacitando a su discípula para poder comunicarse con toda clase de seres, incluyendo los considerados comúnmente como inanimados. En realidad la Dakini había demostrado ya su aptitud sobre el particular al dialogar con las nubes, pero ahora se le exigía que intentase repetir de continuo esta experiencia con seres tan diversos como las hormigas, los vientos, los árboles o los ríos. El procedimiento para ello consistía en lograr que Regina fuese alcanzando en forma permanente un estado de conciencia tan elevado, que al superar cualquier clase de apego personal comenzase a sentirse vinculada con cuantos seres existen en el Universo.

Al retornar de sus matinales paseos por el bosque, Regina se sumergía nuevamente en las transparentes aguas del lago. Una vez más jugueteaba alegremente entre los peces y recorría a nado con increíble velocidad largas distancias. Refrescada y sonriente, la joven emergía de las aguas y se encaminaba a la caverna. Era la hora de la comida y Maestro y discípula ingerían con buen apetito sus sencillos alimentos. Casi siempre prolongaban un buen rato la sobremesa, platicando amenamente mientras saboreaban una taza de té.

En ocasiones Regina sentía deseos de cantar al terminar la comida. Con voz melodiosa la joven entonaba canciones del más variado repertorio: solemnes salmos de los rituales budistas, alegres tonadas del folclor tibetano, antiguas melodías alemanas aprendidas de labios de su padre y las composiciones de Gabilondo Soler que le enseñara su madre.

Las tardes se dedicaban íntegramente a desarrollar en Regina un alto grado de concentración en la observación de ciertos símbolos. Al igual que todas las tradiciones sagradas, la tibetana

considera que existen algunos símbolos que son una especie de vehículos para alcanzar una superior captación de la realidad. Ello es posible porque dichos símbolos constituyen toda una cosmovisión, pero ésta no puede ser comprendida aplicando los métodos ordinarios del funcionamiento del intelecto, sino que se requiere de una larga preparación tendiente a ejercitar atrofiadas facultades de la conciencia humana.

Finalizados los ejercicios que tenían por objeto una identificación con los símbolos sagrados, Regina se sumergía en el lago por tercera y última vez en el día. Generalmente esto ocurría cuando las postreras luces del atardecer se encontraban atareadas en representar un fascinante espectáculo. Los nevados picos de las altas montañas parecían incendiarse al unísono y competir entre sí por alcanzar un mayor número de rojizos fulgores. Las sombras que se iban propagando por los extensos bosques del valle conferían a éste un ambiente de impenetrable misterio. El lago adquiría intensas tonalidades doradas y semejaba un gigantesco horno en el cual se fundían inmensas cantidades de oro. Instantes después desaparecía de improviso toda la ilusión resultante del juego de luces. La negrura de la noche encubría e igualaba a cuantos elementos integraban un momento antes el multicolor paisaje. Al irse entregando a un reparador descanso los diferentes seres que moraban en el valle, un profundo silencio comenzaba a imperar por doquier.

Casi siempre era ya de noche cuando Regina salía del lago y canturreando alegremente retornaba a la caverna. El lama dejaba de orar y ambos se colocaban en posición de loto para iniciar una larga meditación que se prolongaba durante varias horas. Cerca de la medianoche concluían su meditación y con ello daban por finalizadas sus diarias actividades. Antes de entregarse al sueño Regina musitaba fervorosamente algunas oraciones ante su improvisado altar.

Cumpliendo fielmente el compromiso contraído, cada cuatro meses arribaba al valle una partida de aldeanos portando alimentos y enseres para los moradores de la caverna. Junto con esta imprescindible ayuda traían también noticias de lo que ocurría en el mundo exterior. En esta forma, el lama y Regina pudieron enterarse de que el plan trazado por el primero para salvar el alma del Tíbet se iba realizando con buen éxito. El gobierno hindú había concedido asilo tanto al Dalai Lama como a los muchos miles de tibetanos que huían de su país. Autoridades y pueblo en el exilio se encontraban ya establecidos en la región de Dharmsala y lentamente procedían a reconstruir las tradicionales instituciones tibetanas (monasterios, bibliotecas, escuelas de canto y danza, etcétera). Por lo que respecta a lo que acontecía en el interior del Tíbet los informes no eran muy halagadores. Los chinos estaban llevando a cabo un auténtico genocidio. Los habitantes de las regiones en donde predominaba un mayor espíritu de rebeldía habían sido implacablemente exterminados y sustituidos por pobladores traídos del interior de China. Un franco sistema de explotación colonial se había establecido en todo el país y se sostenía con base en un férreo control militar que mantenía sujetos a los tibetanos sobrevivientes.

A pesar de sus crecientes dificultades, los aldeanos reiteraban en cada visita al lama y a Regina su firme propósito de continuarles ayudando. La escasa densidad de población de la región donde se hallaba la aldea le había librado hasta entonces de la presencia permanente de tropas invasoras. Los chinos se habían concretado a organizar un sistema de explotación de riqueza maderera de la zona, para lo cual obligaban a sus habitantes a trabajar en la tala de árboles sin retribución alguna.

Los aldeanos se mostraban confiados de que nunca sería descubierta la presencia del ex primer ministro y de la Dakini. Al parecer, tanto los reportes de las patrullas de exploración del ejército, como las fotos tomadas desde el aire por los aviadores, habían convencido a las autoridades de ocupación de que no existía ningún núcleo de población entre aquellos macizos montañosos. Y en efecto, el tiempo transcurría sin que el valle viese alteradas sus cotidianas actividades con la poco grata presencia de los invasores.

•

El lama y su discípula llevaban ya casi seis años de permanencia en el valle. El aspecto físico de Regina había continuado cambiando, ahora en forma del todo natural, hasta corresponder plenamente a su edad cronológica. Su apariencia externa era la de una hermosísima joven de diecisiete años, poseedora de un singular encanto el cual se manifestaba hasta en el menor de sus gestos. Todo en ella constituía una inagotable fuente de armonía y belleza.

Los progresos de Regina en lo tocante al desarrollo de facultades inherentes a su condición de Dakini eran cada vez más evidentes. La joven no necesitaba ya realizar mayores esfuerzos para establecer una comunicación consciente con cuanto le rodeaba. A veces eran unas aves que ante sus peticiones accedían gustosas a bajar de lo alto de un árbol cierto tipo de frutas. En otras ocasiones se trataba de algún iracundo ventarrón, cuyos incesantes rugidos se aquietaban de inmediato al escuchar las amables palabras de Regina.

Cierta noche, al retornar Regina a la caverna tras su habitual inmersión en las aguas del lago, se sorprendió al no encontrar al lama orando como solía hacerlo a esa hora. El religioso preparaba en forma simultánea diversas infusiones y para ello mantenía encendidas tres crepitantes hogueras, cada una con su correspondiente perol de agua hirviendo. Regina observó las hierbas que utilizaba el lama para elaborar las infusiones. No logró reconocer ninguna a pesar de que creía conocer todas las plantas que crecían en el valle y sus alrededores.

—¿Y estas hierbas de dónde salieron y para qué sirven? —preguntó intrigada.

—Provienen de una región cercana a la aldea. Nuestros amigos nos las trajeron en su última visita. Aisladas no sirven de nada, pero si se preparan por separado y luego se mezclan en la adecuada proporción, se elabora un té que sirve para que las Dakinis puedan dormir mejor y también para que no se sientan tan importantes.

Regina supuso que el lama bromeaba, lo cual era muy habitual en él, por lo que a su vez repuso con un dejo de ironía.

—Pues yo duermo muy bien y no me siento importante, así que será necesario buscar por aquí cerca alguna Dakini para darle este brebaje.

El lama había comenzado a mezclar, con sumo cuidado, el resultado de las tres diferentes infusiones. En cuanto hubo concluido afirmó:

—Cómo siento que no seas tú quien se beneficie con este té; dicen que cuando las Dakinis se dejan de dar importancia se enteran de muchas cosas.

—¿De cuáles cosas?

—No lo sé, yo no soy una Dakini y no pienso probar ni una gota de esto.

Cada nueva afirmación del lama incrementaba la curiosidad de Regina, así como su deseo de ingerir el té. Simulando indiferencia exclamó:

—Por ahora no tengo ganas de enterarme de nada, tal vez otro día sí y entonces me lo tome.

—Qué raro que no tengas deseos de enterarte de nada, yo siempre creí que te interesaba llegar a descifrar el acertijo.

La supuesta indiferencia de Regina saltó hecha trizas. Con el rostro rebosante de expectación inquirió:

—¿Si me tomo el té conoceré el significado del acertijo?

—¡Oh no, yo no he dicho eso! El significado del acertijo es muy sencillo y con gusto te lo explicaré cuando quieras. Qué lástima que en estos momentos no te interese nada, tal vez otro día, cuando tengas ganas de tomarte el té.

Regina era ahora un manojo de febril excitación. Con rápidos ademanes se apoderó del humeante recipiente y estuvo a punto de quemarse la boca al pretender beber apresuradamente su contenido. A la vez que soplaba la superficie del líquido y procedía a sentarse en el suelo, afirmó suplicante:

—Por favor, Maestro, llevo años deseando saber lo que quieren decir esas extrañas frases.

El súbito cambio en la actitud de Regina hizo sonreír al anciano. Tomando asiento frente a la joven expresó en tono condescendiente:

—Vaya, entonces sí hay algo que te interesa. Muy bien, de ser así hablaremos un poco de ese acertijo que tanto te intriga. Comenzaremos por el principio: “Al país de las águilas su reina volverá”. ¿No me digas que en todo este tiempo nunca te has imaginado de qué país y de qué reina se trata?

Al escuchar la pregunta el semblante de Regina comenzó a ruborizarse. En realidad ésa era la única afirmación del poema para la que había forjado una posible explicación, pero estimaba que mencionarla podía ser tomado como síntoma de vanidad, pues su sospecha iba en el sentido de considerar que era ella la reina a la que se aludía en esa frase. Con palabras titubeantes intentó dar tan sólo una respuesta parcial a la interrogante planteada por el lama.

—El país podría ser México.

—¿Por qué crees eso?

—En la Era de Acuario corresponde a los Himalaya descansar mientras los Andes trabajan. Esto motivará que los dos chakras del planeta que están en América tengan que volver a funcionar al máximo, tanto el del sur como el del norte. Poseyendo los seres del norte una tónica más activa en comparación con los del sur, toca siempre a ellos comenzar a trabajar antes. Creo por eso que la primera misión sagrada de esta Era será lograr despertar al chakra mexicano, al cual se le conocía antiguamente como “el país de las águilas”. Ahí habrán de ocurrir muy pronto cosas importantes, tal vez sean éstas a las que se alude en el poema, pero francamente nunca he podido entender la forma como usted describe esos acontecimientos.

Las facciones del lama reflejaban una expresión de completo acuerdo con lo manifestado por Regina. Subrayando cada una de sus palabras afirmó e inquirió a un tiempo:

—Bien, muy bien, eso por lo que se refiere al nombre del país, ¿pero qué me dices de su

reina?

El rostro de Regina enrojeció aún más al tiempo que decía:

—Soy yo, ¿verdad?

—Así es —respondió el lama mientras una amplia sonrisa iluminaba su semblante—. Eso es lo que indica tu nombre y así lo "vi" durante nuestro primer encuentro en el palacio de Su Santidad, cuando me fue dado a conocer tu Dharmakaya. Tú eres la Reina de México. Las tareas de una reina no son siempre sencillas y en esta ocasión tendrás que realizar una especialmente difícil. Has dicho que la primera misión sagrada de la Era de Acuario será la de lograr despertar al chakra mexicano. En efecto, sólo así podrá seguir creciendo la conciencia del planeta. En esta Era la Tierra necesita utilizar debidamente el prana que absorbe a través de la Cordillera de los Andes y ello no ocurrirá mientras el chakra mexicano no haya sido reactivado. Tú eres la legítima Soberana de México, y por lo tanto, es tuya la obligación de despertar a tu país del profundo letargo en que se encuentra.

Mientras hablaba se fue operando una evidente transformación en la actitud del lama. El tono humorístico con que iniciara la conversación desapareció para dar paso a una grave solemnidad, reveladora de la importancia que otorgaba a los temas que estaban abordando. Por su parte, Regina sentía que el pánico se iba apoderando de ella. Jamás había supuesto que la misión para la cual se le estaba capacitando pudiese tener semejante trascendencia. Con voz que dejaba ver la confusión que la dominaba, afirmó:

—Maestro, no es que yo quiera rehuir mi responsabilidad, pero me siento totalmente incapacitada para cumplir una tarea como la que usted menciona. No tengo ni la menor idea de lo que tendría que hacer para despertar a mi país, y por favor, no vaya a decirme que por ser una Dakini tengo que saberlo, pues definitivamente no lo sé.

Al percatarse del temor de la joven el lama abandonó de inmediato todo asomo de solemnidad. Recuperando su habitual jovialidad exclamó con tranquilizante acento:

—Vamos, vamos, no te menosprecies. Ya en vidas anteriores has sabido despertar a tu país y estoy seguro que habrás de lograrlo nuevamente, a pesar de que existen razones para suponer que esta vez será mucho más difícil. Creo que tu estancia en esta sagrada caverna se acerca a su término. Has reencontrado ya el camino que lleva a trascender la ilusión de lo múltiple y pronto podrás alcanzar la unidad con todo lo existente. Hay tan sólo algunos residuos de ego en tu interior que se niegan a desaparecer, pero tal vez mañana mismo se inicie el proceso que terminará por desvanecerlos.

Las palabras y sobre todo la actitud del lama infundieron cierta calma al preocupado ánimo de Regina; sin embargo, reiteró su desconocimiento sobre la forma de llevar a cabo su misión:

—Francamente no sabría ni por dónde empezar para tratar de realizar semejante tarea.

Al tiempo que servía a Regina una segunda taza de té, el lama aseveró con paciente acento:

—Nunca he tenido la suerte de estar en México, pero sé que el centro de su conciencia está representado por dos montañas sagradas, si logras reactivarlas corresponderá ya a ellas el trabajo de ir despertando a la totalidad del país.

—¿Y cómo podré reactivar la conciencia de esas dos montañas sagradas?

—Realizando paso a paso las distintas etapas de un ritual que sólo tú, por ser la Reina de

México, puede efectuar. Llevo varios años repitiéndote todos los días cada uno de los pasos que tendrás que dar para alcanzar tu propósito.

—¿En el acertijo están detallados cada uno de esos pasos?

—Así es.

—Pues, por favor, sígame explicando lo que quieren decir esas frases que nunca he logrado entender. ¿Qué significa eso de que tengo que romper la cárcel de la Luna?

Las hogueras que encendiera el lama se habían consumido hasta extinguirse sus rescoldos. La vacilante luz que emanaba de la arcaica lámpara producía movibles sombras que parecían danzar en las paredes de la caverna. Regina había concluido rápidamente su segunda taza de té y permanecía sentada en el suelo, anudando su cuerpo con los brazos y escuchando con profunda atención las sorprendentes revelaciones respecto a lo que se esperaba de ella. El anciano, sentado en posición de loto a escasa distancia de la joven, meditó unos momentos antes de dar respuesta a la última pregunta formulada por ésta:

—Has progresado mucho en la comprensión de toda clase de seres pero hasta ahora has tratado muy poco a los seres humanos. Cuando los conozcas te darás cuenta de que las causas que impulsan sus acciones son casi siempre ilusorias. Los hombres sufren y se alegran, trabajan y se divierten, aman y odian, impulsados por una visión completamente deformada de la realidad. La humanidad vive presa en la cárcel del ensueño y uno de sus sueños predilectos es precisamente el de creerse libre. ¿Qué es lo que origina esto? —el lama apuntó con el índice hacia lo alto mientras afirmaba enfático—. La Luna.

—¿La Luna?

—Sí, ella ejerce una influencia hipnótica que conduce a los seres humanos al autoengaño y a las fantasías colectivas. Esto no siempre ha sido así. En edades en las cuales predominaba la espiritualidad, países enteros llegaron a liberarse de esta hipnosis. Los sabios gobernantes de aquel entonces dirigían la construcción de aparatos especiales que neutralizaban la ensoñación que genera la Luna. En México de seguro existen aún algunos de esos aparatos. Su forma es siempre piramidal y en su interior se acumula una energía altamente negativa, que al ser transmutada en positiva, constituye la fuerza con la cual resulta posible romper la cárcel de la Luna. Deberás, por tanto, localizar al más poderoso de los aparatos de este tipo que existe en tu país y llevar a cabo esa transmutación. Pero habrás de hacerlo justo en el momento oportuno: al iniciarse el Equinoccio de Primavera del año en que tú cumplirás veinte de edad.

—¿Y cómo voy a poder hacer eso?

—Para efectuar la transmutación de la energía acumulada en esos aparatos primero hay que hacerlos funcionar. Esto se consigue creando una fuerte polaridad. La simple presencia de seres poseedores de una elevada conciencia genera de inmediato esa polaridad. A pesar de que México atraviesa por una etapa semejante a la muerte, no todos sus habitantes han de ser simples cadáveres ambulantes. Con que haya cuatro personas vivas en todo el país es posible volver a echar a andar cualquiera de estos aparatos. Si esas cuatro personas existen, de seguro estarán aguardándote esa noche en el lugar donde se encuentre el aparato más poderoso. Serán ellos, con su presencia, quienes lo harán funcionar, pero habrás de ser tú la que deberá transformar la energía negativa en positiva, rompiendo así la cárcel de la Luna. Para lograrlo tendrás que

ascender a lo alto del aparato cuando éste se encuentre funcionando. No será una tarea fácil. El poder que mantiene a la humanidad sumida en el sueño se encontrará concentrado ahí en su quinta esencia y se opondrá con todas sus fuerzas a sufrir una transmutación. Únicamente si recibes la ayuda adecuada podrás tener éxito. El cómo conseguir esa ayuda es algo en lo que yo no puedo orientarte gran cosa, dependerá de la fuerza de tu voluntad y de que puedas superar la ilusión de la ordinaria concepción del tiempo, pues esa ayuda sólo podrán dártela "guardianes de otros tiempos".

—¿Y ésos quiénes son?

—Eso es algo que tendrás que descubrir por ti misma, cuando encuentres la forma de obtener su ayuda. Si la con204sigues y juntos dan la batalla no dudo que la ganarán. En ese caso dispondrás de seis meses para cumplir con tu misión: del comienzo del Equinoccio de Primavera al inicio del equinoccio de otoño. Transcurrido este tiempo la Luna habrá reconquistado su poder de ensoñación. El aparato para romper su cárcel estará otra vez cargado de energía negativa y ya no te será posible volver a transmutarla, pues ésta es una tarea tan delicada que incluso una Dakini sólo puede intentarla una vez en cada ronda de su existencia.

—Una vez rota la cárcel de la Luna, si es que consigo romperla, ¿cuál sería el siguiente paso? —

—Esperar.

—¿Esperar qué cosa?

—Primero a que los sonámbulos andantes te vean, después a que el único despierto de entre ellos solicite tu ayuda y a que algunos de los peores y de los mejores se unan y te proporcionen su apoyo.

—Perdóneme, Maestro, pero otra vez no le entiendo nada. ¿Qué es lo que quiere decir con eso?

—Te he dicho ya que actualmente, en cualquier Nación del mundo, sus habitantes se encuentran en tal estado de letargo que bien podemos decir que son como sonámbulos andantes. La comprobación de que la cárcel de la Luna ha quedado rota será el que los "sonámbulos" sean capaces de "verte", o sea de darse cuenta de la existencia de un ser poseedor de una elevada espiritualidad. Si eso sucede, "el único despierto", esto es, la persona que comprenda que tú puedes ayudarles a superar su lamentable situación, solicitará tu ayuda. Acto seguido algunos de los peores y de los mejores habitantes del país habrán de unirse gracias a ti, brindándote incondicionalmente su apoyo. En ese momento, y no antes, podrás dar comienzo al ritual con el cual intentarás despertar a México. Todo ritual se inicia con una purificación. Será necesario que "el agua de los cielos" limpie a todos aquellos que habrán de colaborar contigo en el ritual.

—¿Y cuál es esa agua?

—En cierta forma toda el agua proviene de los cielos; sin embargo, hay determinadas aguas que tienen la facultad de limpiar no sólo el exterior sino también el interior de los seres humanos. Esto explica el porqué las aguas de algunos lugares sagrados poseen asombrosas propiedades curativas. Su poder es tan grande que limpia en ocasiones el karma de pasadas acciones devolviendo la salud. Necesitarás agua de esta clase para realizar la purificación de quienes colaborarán contigo.

Regina advirtió que un extraño adormecimiento se iba apoderando de ella. Los párpados se le cerraban y le era cada vez más difícil continuar prestando atención a las palabras del lama. Comprendió que su sueño no era normal y supuso que el té recién ingerido debía poseer propiedades somníferas. Quizá —pensó— el lama se lo había dado con el deliberado propósito de probar su fuerza de voluntad y ver si era capaz de mantenerse despierta mientras le explicaba la índole de su misión y la forma de llevarla a cabo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano la joven logró apartar momentáneamente las sombras que invadían su conciencia. Con voz que pretendía ser firme y natural inquirió:

—¿En dónde podré conseguir esa clase de agua?

—El agua de los cielos lo es porque ha sido impregnada de dos poderosas fuerzas. Una de ellas proviene del arrepentimiento de los errores cometidos que deben poseer quienes anhelan alcanzar la purificación a través de la recepción del agua. La otra fuerza dimana del desinteresado propósito de ayudar a otros seres a superarse, que anima a las personas de elevada espiritualidad. Al coincidir en un momento y lugar determinados la fuerza de ambos sentimientos se genera el agua de los cielos.

Regina se daba cuenta que a pesar de sus esfuerzos por impedirlo el sueño no tardaría en vencerla. Deseando aprovechar al máximo el tiempo que permanecería despierta, formuló una pregunta en la cual se sintetizaban todas sus dudas:

—¿En qué consistirá el ritual que habré de realizar?

—Tendrás que llamar a México tres veces por su nombre, pero antes de esto hay que efectuar una serie de actos preparatorios. El primero será localizar el sitio en tu país en donde actualmente reside el poder y convertirlo en altar; para ello es preciso congregar en ese lugar un mínimo de cuatrocientas mil personas capaces de unir sus conciencias en un solo y poderoso espíritu. El hecho de que para entonces la cárcel de la Luna se encuentre rota hará factible esta tarea. El ritual consta de dos partes claramente diferenciadas. En la primera resonará el pasado. Su voz provendrá de antiguos instrumentos sagrados que harás resonar justo en el momento preciso. En la segunda, que habrá de realizarse en fecha distinta a la primera, prevalecerá el silencio. Será entonces cuando pronunciarás por tres veces el nombre de México. Es un mantram muy poderoso que al ser proferido por la reina de este país hará que despierten las dos montañas que constituyen su centro, iniciándose así el proceso de reactivación de todo el chakra.

El lama se puso de pie y Regina creyó que daba por terminada la conversación y se retiraba a descansar, pero al parecer lo hacía porque deseaba enfatizar aún más sus siguientes palabras:

—Existe la posibilidad de que por ciertas misteriosas razones, alguna de las dos montañas sagradas no llegue a escucharte. Ojalá y eso no ocurra, pues de ser así tendrás que encontrar en la memoria de tus vidas anteriores, el origen del problema y la forma de resolverlo.

Regina sintió que no le era posible continuar luchando con el sueño. Sus ojos se habían cerrado y apenas si oía que el lama continuaba diciendo:

—Hay un aspecto muy importante del que me extraña no me hayas preguntado nada. Para efectuar el ritual necesitarás aprender a tocar instrumentos sagrados. Creo que es tiempo de que te marches cuanto antes a iniciar tu aprendizaje con el mejor Maestro en esta materia. Él está en China.

—¿Cómo? —la sola mención del nombre del país que mantenía sojuzgado al Tíbet hizo que la pesada somnolencia que dominaba a Regina se esfumase al instante. Una oleada de indignación sacudió su ser hasta la última de sus partículas. Abriendo los ojos la joven trató de levantarse de un solo movimiento. Lo logró con grandes esfuerzos al segundo intento. El furor hacía que las palabras se atropellasen en su boca sin poder salir. Cuando al fin pudo hablar exclamó:

—¿Qué es lo que quiere usted decir con eso?

—Oh, pues nada más que lo que dije —respondió el lama con la más inocente expresión reflejada en el rostro—. Hay un Maestro chino que es quien posee actualmente el mayor dominio en el mundo en cuanto a instrumentos musicales sagrados se refiere. Sería magnífico que te aceptase como discípula.

Los ojos de Regina despedían chispas y toda ella era la imagen misma de la cólera. Agitando los brazos vociferó fuera de sí:

—Jamás iré a China. Si de eso depende que mi país despierte ya se puede quedar durmiendo para siempre. No puedo creer que usted me proponga semejante cosa. Los chinos asesinaron a mis padres y han destruido cuanto he querido en la vida. Si pudiera acabaría con ellos... Eso haré. Soy una Dakini. Utilizaré mis poderes para producir terremotos, inundaciones y plagas en su contra.

El estallido de ira había agotado las últimas reservas de energía que mantenían despierta a Regina. Tras pronunciar su fulminante amenaza comenzó a tambalearse. Intentó mantenerse de pie recargándose en uno de los muros de la caverna pero le resultó imposible. Lentamente fue deslizándose hasta llegar al piso en donde quedó inmóvil, profundamente dormida.

El lama permaneció un buen rato contemplando la yacente figura de la joven. La mirada del anciano reflejaba claramente sus sentimientos. En su rostro podía leerse una afectuosa expresión del todo semejante a la de un abuelo que observa complacido a su única nieta. Tomando una manta cubrió con ella el cuerpo de Regina y luego salió de la caverna con pausado andar.

Era noche de Luna llena y todo el valle parecía estar poseído de una extraña excitación. Las voces de los animales del bosque —desde los insectos hasta las aves— se escuchaban angustiadas y temerosas. Incluso los árboles parecían intercambiar entre sí nerviosos rumores. El lama tomó asiento en una piedra que estaba a pocos pasos de la entrada de la caverna. Extrayendo de entre los pliegues de sus vestiduras un antiquísimo rosario comenzó a orar y prosiguió haciéndolo durante toda la noche.

Las luces del amanecer comenzaban a iluminar el valle cuando el lama escuchó a sus espaldas sigilosas pisadas. Guardando el rosario se puso de pie y estiró calmadamente sus músculos antes de volver la mirada. Una docena de soldados chinos se hallaban junto a él apuntándole con sus rifles. Otro grupo de soldados, portando también sus armas y unas cuantas linternas, se introducían con gran prisa en la caverna. Por la fiereza de sus miradas tal parecía que avanzaban al ataque de una poderosa fortaleza.

8

Juicio y castigo

Las culatas de varios rifles sacudiendo a su cuerpo despertaron a Regina. Al abrir los ojos se encontró rodeada de soldados chinos que la contemplaban con hoscas miradas. Era una escena tan inesperada que la consideró irreal. Creyendo que se trataba de una horrible pesadilla parpadeó una y otra vez, con la esperanza de que aquellas amenazadoras figuras terminarían por esfumarse, mas éstas no sólo se negaban a desaparecer, sino que incluso comenzaron a expresarse con airadas voces.

La joven no entendía nada de lo que los chinos le decían, pero como las palabras eran complementadas con el elocuente lenguaje de numerosos fusiles que la golpeaban por doquier, comprendió claramente que la estaban instando a que se incorporase de inmediato.

Trastabillando y merced a un gran esfuerzo, Regina logró levantarse. Extrañada se dio cuenta de que todo su organismo era presa de una gran debilidad. Sentía las piernas como hilachos y se bamboleaba en forma semejante a las personas que se encuentran en estado de embriaguez. Su mente estaba igualmente aturdida y confusa. Los chinos procedieron a sujetarle los brazos a la espalda con una soga y llevándola prácticamente en vilo la sacaron de la caverna.

A la entrada de la gruta se encontraban numerosos soldados rodeando al lama, el cual había sido igualmente maniatado con los brazos a la espalda. De entre los cercanos árboles surgió otro pequeño grupo de invasores que al parecer se habían mantenido a la expectativa aguardando la captura de los ocupantes de la caverna. Al frente del grupo avanzaba un corpulento oficial de edad cercana a los cincuenta años. La expresión de su rostro ponía de manifiesto una escasa inteligencia y la dureza de su mirada un feroz carácter. Junto al oficial se destacaba la figura de la única persona que no portaba uniforme militar: un joven tibetano, alto y delgado, vestido íntegramente de negro de los pies a la cabeza.

En un primer momento Regina no reconoció al tibetano vestido de negro, pero recordó quién era en cuanto oyó al lama pronunciar su nombre:

—Señor Puntso, qué alegría volverlo a ver —exclamó el lama con festivo acento—. Me da mucho gusto saber que siguió usted mi consejo y se ha convertido en una importante hormiga.

Las palabras del lama no parecieron agradar al recién llegado. A su aire de arrogante suficiencia se unió una ostensible furia. Con el revés de la mano propinó un fuerte golpe en el rostro del anciano al tiempo que afirmaba:

—Viejo imbécil, pagarás muy caro los crímenes que cometiste contra el pueblo. Nuestros

generosos protectores han guardado cuenta de tus fechorías y hoy será el día en que tendrás que responder por ellas.

Actuando con gran celeridad los soldados habían montado un techo de lona y colocado bajo éste una mesa de campaña y dos sillas. El oficial chino y el joven tibetano tomaron asiento y el primero de ellos, tras extraer un grueso expediente de una valija, comenzó a leerlo deteniéndose a intervalos con objeto de que el segundo fuese traduciendo sus palabras del chino al tibetano. Los cargos que se hacían al lama podían resumirse en tres. Los dos primeros se referían a la época en que había sido primer ministro: se le acusaba de haber mantenido sumido al pueblo en las tinieblas del fanatismo religioso, así como de haber propiciado una política tendiente a tratar de evitar que los chinos ocupasen el Tíbet para liberarlo (¿?). El tercer cargo se derivaba del hecho de haber vivido como ermitaño en los últimos años. A juicio de sus acusadores, los ermitaños eran parásitos que subsistían a expensas de las clases trabajadoras.

Mientras se leían y traducían las imputaciones en su contra, el acusado permanecía de pie flanqueado por dos soldados. Un hilillo de sangre brotaba de la golpeada nariz del lama. La expresión de su rostro era por demás desconcertante, pues lucía alegre y despreocupado, como si todo lo que estaba sucediendo fuese tan sólo una especie de complicado espectáculo montado con la única finalidad de divertirlo.

Al terminar la lectura, el oficial hizo a un lado el legajo de documentos. Clavando en el acusado una fría mirada, le preguntó si tenía algún argumento que esgrimir en su defensa. En cuanto Puntso hubo traducido las palabras del militar, el lama contestó:

—Oh no, reconozco plenamente mi culpabilidad y jamás se me ocurriría intentar justificar mis horrendos crímenes. Realicé cada uno de los actos de que se me acusa y no estoy arrepentido de haberlos cometido. Falta incluso añadir un grave delito más a esa larga lista de imperdonables fechorías. Con el propósito de no tener que efectuar el menor esfuerzo, sino que alguien me sirviese y trabajase para mí, he forzado mediante engaños a esa pobre muchacha —el lama señaló con una inclinación de cabeza hacia donde se encontraba Regina— a permanecer prisionera en esta caverna. Para impedir que pudiese escapar le he dado siempre muy poco de comer, logrando tenerla en tal estado de debilidad que por más que lo ha intentado muchas veces nunca ha podido salir del valle. A causa de la desnutrición en que se encuentra sufre de alucinaciones y está un poco loca, pero mucho me temo que si se le proporciona suficiente comida y una reeducación adecuada no sólo recuperará su salud física y mental, sino que incluso puede llegar a ser un miembro activo de las clases económicamente productivas.

Una vez traducidas al idioma chino, el oficial anotó escrupulosamente cada una de las palabras del declarante, numeró la hoja en que había hecho las anotaciones y las agregó al legajo que integraba el expediente que contenía los cargos formulados en contra del ex primer ministro del Tíbet. Después dialogó brevemente con Puntso y al concluir anotó también lo expresado por ambos en dicho diálogo. El oficial y el tibetano vestido de negro se pusieron de pie. Adoptando una rígida postura y haciendo aún más áspera su voz, el militar dio a conocer el resultado del sumarísimo juicio. Puntso tradujo al instante el veredicto, mostrando al hacerlo una evidente complacencia:

—El pueblo y el gobierno de la República Popular China condenan a muerte al reaccionario

Tagdra, autonombrado Rimpoche.

Sin pérdida de tiempo fue integrado el pelotón de fusilamiento. El oficial se disponía ya a iniciar la ejecución, cuando ocurrió un cambio en la actitud del lama. La divertida expresión de su rostro trocose en evidente preocupación. Con apurada voz gritó:

—Señor hormiga, por favor diga a sus apreciables amigos que debajo de la ladera que está a mis espaldas hay rocas. Las balas podrían rebotar y herir a cualquiera de ellos. Les suplico sean tan amables de fusilarme en otro lado.

Puntso informó al oficial de lo que el lama decía. El militar manifestó primero desconcierto, luego montó en cólera y afirmó categórico que era él quien mandaba y no tenía por qué atender las indicaciones de los delincuentes a los que ejecutaba; finalmente, cauteloso, ordenó a uno de los soldados que hundiese su bayoneta en la tierra de la pequeña ladera. El metal del arma chocó al instante con recias rocas escondidas bajo una delgada capa de tierra.

El oficial seleccionó otro sitio para llevar a cabo la ejecución. Mientras era llevado al nuevo lugar que se había escogido para darle muerte, el lama no dejó de formular toda clase de disculpas por las molestias que estaba causando a sus verdugos. Puntso se abstuvo de traducir las palabras del anciano, estimando que el hacerlo tan sólo serviría para incrementar la exasperación que producía en los chinos el darse cuenta de que les era imposible comprender el carácter de los tibetanos.

Las miras de diez rifles convergieron en la delgada figura que tenían delante. Un anormal silencio se extendió por el valle, como si sus moradores se encontrasen paralizados de espanto ante el crimen que estaban por presenciar. Al sonar la mortal descarga el cuerpo del lama se sacudió a resultas de los impactos recibidos. Acto seguido rodó por tierra quedando con el rostro vuelto hacia el cielo. Una última sonrisa había quedado congelada en sus labios y su semblante era la imagen misma de esa íntima satisfacción que sólo produce el feliz cumplimiento de una ardua tarea.

Aún no se apagaba el eco de los disparos, cuando se escuchó un grito desgarrador salido de la garganta de Regina. Con los ojos desorbitados y las facciones demudadas, la joven escapó de los guardianes que la flanqueaban e intentó llegar hasta el inerte cuerpo del lama. No lo consiguió. Su organismo seguía aquejado de una extrema debilidad. Tras de avanzar unos pasos, tropezó y cayó al suelo. Varios brazos la alzaron y sujetaron impidiéndole hasta el menor movimiento. Sin embargo, la terrible impresión que causara en ella el espectáculo de la ejecución había disipado súbitamente el aturdimiento que paralizaba su mente. Una furia volcánica y un impostergable afán de venganza estallaron incontrolables en su espíritu. Recordando que poseía poderes que le permitían controlar los elementos —y sin importarle en lo más mínimo su propia muerte si a cambio de ello podía dar un merecido castigo a los asesinos— Regina invocó a grandes voces la ayuda de la oculta conciencia que subyace en las energías que animan al viento y al agua, así como a la tierra y al fuego, pidiéndoles que promoviesen al mismo tiempo un ciclón, una inundación, un terremoto y un incendio, que aniquilasen a cuanto ser viviente se encontraba en esos momentos en el valle.

Frustración total para la enfurecida Dakini. Los cuatro elementos que dan origen a la manifestación de la materia no acudieron ante el desesperado llamado que se les hacía. Quien

llegó hasta donde se encontraba Regina fue Puntso.

—En verdad debes estar loca —afirmó entre sonoras carcajadas—. Ese viejo idiota no sólo te tenía muerta de hambre, sino que además debe haberte llenado la cabeza de supersticiones. Créeme que te comprendo —afirmó en un tono que pretendía ser confidencial—. Yo viví también mucho tiempo creyendo en las mentiras que nos contaban los lamas, pero ahora soy un hombre nuevo gracias a que supe aprovechar la oportunidad que me brindaron nuestros generosos protectores. Estudié cinco años en China y he sido nombrado comisario político de toda esta región. Vamos a tener que juzgarte ya que tus actividades eran ilícitas pero no te preocupes, fuiste amable conmigo y yo soy una persona agradecida, trataré de ayudarte.

Una vez dichas estas palabras Puntso retornó al lado del oficial chino. Éste se hallaba sentado de nuevo frente a la mesa y había extraído de su vieja valija el delgado expediente que contenía los cargos en contra de Regina.

Los soldados llevaron a la acusada ante sus jueces. El fornido militar fue leyendo con voz pausada un documento que Puntso iba traduciendo con su ya acostumbrada eficiencia. La primera acusación se derivaba del hecho de que siendo Regina una extranjera, permaneciese en el Tíbet sin contar para ello con el correspondiente permiso de las autoridades chinas. La segunda, mucho más grave, consistía en que jamás había desarrollado una actividad económicamente productiva, sino vivido a expensas del trabajo del pueblo. ¿Tenía algún argumento que esgrimir en su defensa?

A pesar del desconcierto que le producía el haber perdido sus poderes de Dakini, la cólera que dominaba a Regina no había menguado en lo más mínimo. Con la mirada encendida y las palabras atropellándose en su boca, prorrumpió en una retahíla de insultos en contra de los ahí presentes, de los familiares de éstos, de los tibetanos que colaboraban con los invasores y de todos los chinos en general. Injurias que jamás había pronunciado —sino sólo escuchado al ser proferidas por los khampas y por los sirvientes del Potala— salían ahora de sus labios en catarata incontenible. La joven concluyó su perorata demandando ser fusilada de inmediato, pues prefería mil veces la muerte a tener que seguir soportando semejante compañía.

—¡Qué lenguaje! —exclamó Puntso—. Si así habla la discípula ya me imagino cómo hablaría el Maestro. Ahora me doy cuenta de la clase de sujeto que debe haber sido este viejo lama, pero ni pienses que voy a traducir semejantes tonterías, diré que te desahogaste insultando al reaccionario que te mantenía presa contra tu voluntad y que anhelas llegar a ser útil a los trabajadores de tu país, por lo cual imploras se te dé la oportunidad de ser reeducada en la nueva China.

El oficial anotó palabra por palabra la falseada traducción hecha por Puntso de lo expresado por Regina. Acto seguido ambos dialogaron largamente. El militar mostraba serias dudas respecto a la decisión que debía adoptarse. La crueldad de su carácter le hacía inclinarse comúnmente por la aplicación de la pena de muerte en cuanto juicio participaba. Con gran habilidad, Puntso hizo ver al oficial que en el expediente del juicio del lama había quedado asentada una confesión del anciano, en la cual éste reconocía ser el verdadero culpable de los delitos cometidos por la joven extranjera. En igual forma, se había transcrito en el expediente del juicio de Regina la supuesta petición formulada por ésta solicitando se le concediese la oportunidad de ser reeducada en China. Todo esto —concluyó afirmando Puntso con sutileza— podía tal vez llevar a las

autoridades chinas que revisarían los expedientes a la conclusión de que lo correcto hubiera sido tratar de ganar una futura trabajadora y no fusilarla. A regañadientes, el militar manifestó su conformidad con lo expresado por el joven comisario.

Adoptando una vez más una rígida actitud, Puntso y el oficial se pusieron de pie. Traducidas por el primero llegaron a Regina las consideraciones y la sentencia enunciadas por el segundo:

—La generosidad de las autoridades de la República Popular China no tiene límites. Implacables con los reaccionarios, saben ser comprensivas con quienes han actuado erróneamente por ignorancia de sus deberes para con el pueblo. Se concede a la mexicana Regina Teucher Pérez la oportunidad de llegar a ser útil a los trabajadores de su país. Será reeducada en la cárcel para mujeres antisociales de la ciudad de Chengtu. Cuando las autoridades juzguen concluido el proceso de reeducación, será enviada de regreso a su país.

Regina iba a insistir en su exigencia de ser fusilada, pero al comprender que cuanto dijese resultaría inútil, optó por callarse y tratar de planear la conducta que habría de asumir ante semejantes circunstancias. Se encontraba tan desesperada, que por unos instantes pensó en echarse a correr ante la vista de todos con el único propósito de obligar a los soldados a dispararle. Rechazó la idea al comprender que le resultaría imposible hacerlo, dado que la debilidad que le dominaba la haría desplomarse de nuevo en cuanto intentase dar unos pasos. Al reflexionar en cuál podría ser la causa, tanto de su inusitada postración como de la pérdida de sus facultades, concluyó que dicha causa no podía ser otra sino el té que tomara la noche anterior. Entre más recapacitaba, más se convencía de que el lama tenía previsto lo que iba a ocurrir y que le había dado aquel brebaje para que ella no intentase oponerse a lo que estaba sucediendo. Lo que aún no lograba entender eran los motivos del lama para actuar en tan extraña forma.

Cuatro soldados excavaron a la entrada de la caverna la tumba en que reposarían los restos del lama. Una vez concluida su tarea, los soldados levantaron el cuerpo del ex primer ministro del Tíbet y sin miramiento alguno lo arrojaron al fondo de la fosa. Regina se encontraba a escasa distancia y pudo observar por última vez el apacible rostro del anciano. Mientras las paletadas de tierra iban cubriendo la pequeña figura que yacía en el hoyo, se operó un brusco cambio en el ánimo de Regina. Como si la serenidad y firmeza que habían caracterizado en vida al extinto lama constituyesen una especie de herencia que hubiera sido transferida a su discípula, ésta se sintió repentinamente invadida por una profunda paz interior. Abandonando toda idea de muerte, se formuló a sí misma la promesa de asumir su destino fuese éste el que fuere.

Cumplido su propósito, los chinos se preparaban para abandonar el valle. Cuanto utensilio encontraron en la gruta fue llevado al exterior. Puntso afirmó que dichos utensilios eran de los aldeanos y que el lama los había obtenido por medio de engaños, razón por la cual debían ser devueltos a sus auténticos propietarios. Regina recorrió con la mirada la modesta colección de enseres que tan útiles les habían sido durante su estancia en la caverna. Observó que entre el montón de cosas se hallaba la bolsa de tela donde guardaba los diamantes y sus documentos personales y se lo hizo saber a Puntso; éste le respondió que si entre aquellos objetos se encontraban algunos que fuesen de ella y no de los aldeanos, se inventariarían aparte para así poder regresárselos cuando concluyese su reeducación. Sin vacilación alguna, Regina apartó la bolsa y las dos imágenes religiosas que habían integrado su altar. Tras dudarlo un poco, separó

también el antiguo libro que encontraran al llegar a la caverna, así como el molinillo de oraciones del lama.

Antes de partir los chinos ingirieron su comida del mediodía, consistente básicamente en una abundante porción de arroz. Aun cuando los acontecimientos habían quitado a Regina todo apetito, la joven se forzó a tratar de probar el alimento que le daban sus captores. Con gran sorpresa se dio cuenta de que conforme iba comiendo recobraba sus perdidas fuerzas. Cuando llegó el momento de emprender la marcha se encontraba casi repuesta, por lo que dando tan sólo ligeros traspiés, pudo avanzar al ritmo de los demás integrantes de la columna.

Al llegar a lo alto de una de las montañas que bordeaban al valle, los caminantes hicieron un alto antes de iniciar el descenso. Regina pensó que lo más probable era que jamás volvería a contemplar aquel sitio del cual guardaba tantos y tan gratos recuerdos. Al tiempo que contemplaba el paisaje, la joven trató de grabar en su memoria una última imagen del lugar. Al volverse para reanudar la caminata, sintió claramente en sus espaldas la impresión de que todos los seres que poblaban el valle le estaban transmitiendo una afectuosa despedida. Esto la hizo comprender que comenzaba a recuperar sus perdidas facultades de Dakini. Y en efecto, al anochecer de ese mismo día, mientras los chinos levantaban un improvisado campamento en medio de un estrecho desfiladero, Regina escuchó el cercano rugido de un león de alta montaña y entendió claramente el mensaje que la fiera intentaba transmitir: varios leones atacarían el campamento en cuanto terminase de caer la noche, el propósito que les guiaba era el de liberarla dando muerte a quienes la mantenían cautiva.

Utilizando el mismo tono entre afectuoso y enérgico que emplearía cualquier persona para dar órdenes a los perros de su casa, Regina ordenó con grandes voces a los leones que suspendiesen su proyectado ataque y se alejasen cuanto antes de las inmediaciones del campamento. Los rugidos cesaron al instante y la joven alcanzó a percibir las sigilosas pisadas de los felinos, que marchando en grupo se internaban en las montañas.

Ignorantes del grave peligro que acababan de correr, los ocupantes del campamento habían observado curiosos la extraña conducta que ofrecía su prisionera profiriendo fuertes e incomprensibles gritos. Puntso, el único de los ahí presentes que entendía lo que la joven decía, vio en el hecho de que ésta pretendiera dar órdenes a una invisible manada de leones una prueba más de que, tal como dijera el lama, la joven estaba un tanto afectada de la cabeza. Con grandes risotadas informó a los chinos lo que estaba ocurriendo. La noche se pobló de risas sarcásticas y de toda clase de bromas que los soldados dirigían a Regina, invitándola a que llamase a las fieras para así tener la oportunidad de cazarlas.

El constituirse en centro de burlas no resultó molesto para Regina. Habiendo comprobado que poseía nuevamente sus facultades de Dakini, sabía que podía escapar e incluso aniquilar a sus captores cuando así lo desease. Sin embargo, había tomado la decisión de no oponerse a lo que le estaba aconteciendo, pues se hallaba firmemente convencida de que todo ello era resultado de un plan trazado por el lama con finalidades que le eran aún desconocidas.

Tras cinco días de marcha por entre abruptos macizos montañosos, la columna y su prisionera arribaron a la aldea cuyos moradores habían proporcionado al lama y a Regina una generosa ayuda durante su permanencia en el valle. Aquello iba a ser para la joven un trago difícil de pasar.

Los aldeanos no sólo sentían por ella un gran afecto; sino profundo respeto y admiración, pues la consideraban una prueba viviente de la veracidad de sus creencias en la existencia de seres dotados de mágicos poderes. En muchas de sus pláticas cotidianas, los aldeanos gustaban de imaginar lo que ocurriría si los chinos llegaban a descubrir el escondrijo donde habitaba la Dakini, concluyendo que le bastaría a ésta un leve movimiento de manos, acompañado de la pronunciación de un mantram, para lograr fulminar a sus enemigos.

Puntso, nacido y crecido en la aldea, conocía muy bien el concepto que de Regina tenían sus habitantes, por lo que deseaba aprovechar su captura para destruir lo que él calificaba de absurdas supersticiones de sus compatriotas. Por otra parte, un oscuro complejo determinaba la conducta del joven comisario. Huérfano desde muy pequeño había logrado sobrevivir, al igual que su prisionera, gracias a la ayuda recibida de la gente de la aldea; esto no había generado en él gratitud alguna, sino un hondo resentimiento que se traducía en el deseo de hacer ostentación de su recién adquirida autoridad. Antes de llegar a la aldea, Puntso dispuso se amarrase a Regina con los brazos en la espalda y se le privase de sus sandalias. En esta forma, descalza, atada y custodiada por dos hileras de soldados que avanzaban con bayoneta calada, la Dakini hizo su entrada en la pequeña población. Era un bello atardecer y la nieve de las cercanas montañas resplandecía con multicolores matices. Los aldeanos habían retornado de sus diarias labores y se encontraban platicando afuera de las casas.

La columna hizo alto en el centro de la aldea y Puntso convocó a todos sus moradores a congregarse de inmediato. Respaldado por la fuerza que le daba la presencia del contingente armado, el comisario recriminó a los aldeanos por haber contravenido, durante años, la disposición que prohibía proporcionar ayuda a parásitos sociales como lo eran las personas que llevaban vida de ermitaños. Relató el castigo que se había infligido al lama Tagdra por sus crímenes en contra del pueblo, así como la oportunidad de rehabilitación concedida a la prisionera. Finalmente, informó que las autoridades chinas, siempre dispuestas a perdonar las pasajeras desviaciones en que por ignorancia podían incurrir los tibetanos, habían dispuesto como único castigo a los habitantes de la aldea un incremento en la cuota de árboles talados que éstos tenían que entregar mensualmente.

Mientras Puntso hablaba los aldeanos le escuchaban pero no le veían, todas las miradas se mantenían fijas en Regina. Sentimientos de incredulidad, frustración e impotencia, se reflejaban claramente en los abatidos rostros de los montañeses. Niños y mujeres no intentaban disimular la tristeza que les dominaba y dejaban correr libremente sus lágrimas. La maniatada figura de la Dakini simbolizaba para todos mucho más que la personal desgracia de un ser querido, era la representación misma del estado de la Nación, vencida y humillada ante el poderío del invasor.

Puntso concluyó su demagógico discurso anunciando que la columna acamparía esa noche en la aldea, para proseguir su marcha al día siguiente en dirección a la frontera china. Deseando extirpar por completo en sus compatriotas la creencia de que la joven extranjera fuese un ser dotado de poderes superiores, el comisario dispuso que Regina habría de pasar la noche atada a un poste que fue clavado justo en el centro de la aldea. Cuatro guardianes se turnarían para custodiarla y quedaba estrictamente prohibido aproximarse a ella a menos de veinte pasos o dirigirle la palabra.

Las órdenes de Puntso fueron estrictamente acatadas en la forma pero incumplidas en el fondo. Los aldeanos se dieron maña para lograr expresar la índole de sus sentimientos hacia Regina, sin violar por ello la prohibición de establecer comunicación con ésta. Aún no terminaban los chinos de atar a su prisionera al poste, cuando la totalidad de los moradores de la aldea, formando un amplio círculo en torno a Regina pero sin aproximarse a ella más allá del límite establecido de los veinte pasos, comenzaron a encender fogatas con el doble propósito de contrarrestar el frío glacial de la noche en favor de la joven y de manifestarle su solidaridad.

El círculo de fuego y afecto tendido en derredor de Regina se mantuvo toda la noche. Hombres, mujeres y niños, con las bocas cerradas y las miradas inflamadas de afectuosos sentimientos, se fueron relevando en la tarea de alimentar fogatas y de acompañar a "su" Dakini.

La indestructible solidaridad que le mostraban los habitantes de la aldea constituía para Regina la más dura de las pruebas. Al pensar en lo fácil que le resultaría aniquilar a los chinos y el regocijo que esto motivaría en los tibetanos, le costaba un enorme esfuerzo controlarse y continuar representando la farsa de su aparente impotencia. Cuando aún faltaba bastante tiempo para que amaneciese, Regina observó que la mayor parte de las mujeres se alejaban caminando montaña abajo, todas ellas cargando recipientes de las más diversas clases. La facilidad con que portaban los recipientes evidenciaba que éstos se encontraban vacíos. La luz del nuevo día imperaba ya cuando las mujeres retornaron caminando fatigosamente, literalmente dobladas bajo el peso de sus recipientes, ahora llenos hasta el tope. Al derramarse de uno de ellos unas cuantas gotas de agua Regina comprendió la índole de aquel pesado trabajo. La aldea estaba alejada de la fuente de aprovisionamiento de agua y ésta tenía que ser transportada diariamente mediante agotadores esfuerzos.

Una vez que los chinos estuvieron listos para continuar su camino procedieron a desatar a Regina. En cuanto se vio libre de sus ataduras la joven se arrodilló y besó el suelo tres veces, luego pronunció varias misteriosas palabras dirigiéndose aparentemente a la tierra misma. Su inesperada conducta motivó las risotadas de los soldados, cada vez más convencidos de que su prisionera estaba alterada de sus facultades mentales.

Tal y como habían hecho su entrada en la aldea los chinos salieron de ella. Arrogante mirada, bayoneta calada y pisada vigorosa. Regina caminaba en medio de los soldados, aún descalza y nuevamente maniatada. Los aldeanos, silenciosos y arrastrando su abatido espíritu, marcharon un buen trecho en seguimiento de la columna, hasta un sitio en que la pedregosa vereda se angostaba para internarse en la montaña. Ahí se detuvieron y aguardaron a que la joven y los soldados se perdieran de vista. Dando media vuelta los tibetanos retornaron a la aldea. Al llegar a ésta, lo primero que hicieron fue dirigirse al lugar en donde se encontraba el poste en el cual había estado atada Regina. Considerando que aquel objeto sería para ellos un constante recuerdo de las humillaciones que los invasores acababan de inferirles, los aldeanos se dieron a la tarea de quitarlo de inmediato.

En el instante mismo en que el poste fue separado del suelo, un grueso chorro de agua comenzó a brotar del espacio dejado por el madero. Se trataba de un líquido de cristalina transparencia y evidente pureza, cuya inesperada aparición transformó de inmediato el estado de ánimo de los moradores de la aldea. La tristeza y desesperanza cambiose al punto en alegría y confianza. El

prodigioso surgimiento del manantial no sólo ponía fin a la pesada tarea de tener que traer agua de un alejado sitio, sino que constituía para los aldeanos algo mucho más importante: una señal dejada por "su" Dakini de que ésta no se encontraba tan inerme y desamparada como de seguro juzgaban sus ensoberbecidos captores.

•

El objetivo de la columna que conducía a Regina era el antiguo puesto fronterizo de Gangto Druga, situado a orillas del río Yang-tse-kiang. En este lugar había ocurrido en 1950 un hecho que fue una especie de simbólico anticipo de lo que sería todo el conflicto chino-tibetano.

La guarnición tibetana que en esa época custodiaba el puesto fronterizo, había informado a las autoridades de Lhasa que a juzgar por los preparativos del creciente número de tropas situadas al otro lado del río, éstas se disponían a iniciar una invasión en gran escala del Tíbet. Siempre deseoso de evitar cualquier enfrentamiento con sus poderosos vecinos, el gobierno tibetano había ordenado al comandante de la guarnición que en caso de un ataque procediese a replegarse al interior sin combatir. Así pues, al observar que el río se poblaba de incontables barquillas de cuero tripuladas por soldados chinos, el comandante de la guarnición ordenó la retirada, pero justo en ese momento se escucharon feroces gritos de guerra acompañados de un nutrido tiroteo, mismo que se abatió sobre los ocupantes de las barquillas causándoles numerosas bajas. Los autores de gritos y disparos eran una partida de bandoleros khampas, los cuales no parecían muy dispuestos a permitir que su país fuese invadido tan impunemente.

Animados por el ejemplo de los khampas, los soldados tibetanos se unieron a la lucha logrando rechazar el primer intento de atravesar el río efectuado por las tropas chinas. Éstas reanudaron su ataque esa misma noche. Amparadas por la protección que les brindaba la oscuridad, cruzaron por distintos sitios el río y trataron de copar a los tibetanos. Se libró un duro combate nocturno. Conocedores del terreno en que se movían, los tibetanos aprovecharon esta ventaja para infligir fuertes pérdidas a sus contrarios, pero sobrepasados en número en una proporción abrumadora, terminaron por verse obligados a emprender la retirada. La primera página del sangriento conflicto centro-asiático acababa de escribirse.

Al llegar a Gangto Druga la partida militar que había capturado y llevado hasta aquel sitio a Regina dio por concluida su misión. El oficial chino entregó a la joven junto con todos los documentos del caso al comandante de la guarnición de la plaza, quien a su vez turnó papeles y persona al oficial de un destacamento que estaba por retornar a China, precisamente a la provincia de Se Shuan, en cuya capital, la ciudad de Chengtu, se encontraba el centro de reeducación en donde Regina debía quedar confinada.

Transcurridas varias semanas de recorrido a través de polvosas y recién construidas carreteras, los pesados camiones en que se transportaba el destacamento chino llegaron finalmente a su destino. Una vez que dejó instaladas a sus tropas en el cuartel de la ciudad, el oficial a cargo del destacamento, manejando personalmente un anticuado automóvil, llevó en él a Regina a las afueras de la población, hasta un lugar en donde había existido durante siglos un famoso templo

taoísta y era ahora el máximo centro de reeducación para mujeres antisociales en toda China.

Al traspasar el umbral de la que iba a ser su nueva morada, Regina escuchó el tañer de una campana. Sorprendida, se percató de inmediato de que aquel sonido sólo podía ser producido por un instrumento sagrado tocado por alguien que sabía lo que estaba haciendo. Comprendió así que estaba en el sitio exacto a donde el lama había querido que fuese.

9

La lección china

Tras de breve espera, Regina y el oficial que la conducía fueron recibidos por el director de la prisión. Se trataba de un hombrecillo enclenque y encorvado, cuya férrea mirada ponía de manifiesto la existencia de una tenaz voluntad encerrada en un débil organismo. El director observó detenidamente a la prisionera, escuchó atento las explicaciones del militar y leyó con sumo cuidado cada una de las anotaciones contenidas en el expediente del caso. No se necesitaba ser un gran observador para percatarse de que aquel funcionario era la personificación misma de la rigidez y la meticulosidad.

Concluida su detallada revisión del expediente, el director pronunció unas cuantas palabras ante el aparato de intercomunicación interna de la prisión. Al parecer había llamado por dicho medio a una de las personas que laboraban en la cárcel, pues al poco rato hizo su aparición en la oficina un anciano que a juzgar por los instrumentos que traía colgando a la altura de la cintura —unas tijeras de podar y dos pequeños azadones— debía ejercer funciones de jardinero.

Regina tuvo que hacer un esfuerzo para no delatar su asombro. Una sola mirada al recién llegado había bastado para hacerle comprender que se hallaba ante un auténtico Maestro. Bajo la arrugada faz y el flaco cuerpo del supuesto jardinero la joven percibió la presencia de un ser dotado de una elevada espiritualidad. Sus ojos reflejaban esa poderosa energía que sólo poseen quienes han logrado el pleno dominio de sí mismos. Sin embargo, una especie de perfecto disfraz mantenía cuidadosamente oculta en aquel singular sujeto toda manifestación de cualidades superiores. Había sido necesaria la penetrante mirada de una Dakini para descubrir, bajo su engañoso aspecto exterior, la oculta presencia de un Maestro.

Mientras Regina se formulaba mentalmente toda clase de preguntas, el director de la cárcel, clavando en ella una fría mirada, comenzó a dirigirle un demagógico discurso. Ante la sorpresa de la joven el anciano jardinero comenzó a traducir al tibetano cada una de las palabras de la encendida arenga:

—El presidente Mao, gran timonel del impetuoso torrente de la revolución mundial, utiliza en ocasiones la generosidad para transformar a los enemigos del pueblo en servidores de las masas trabajadoras. Este centro de reeducación para mujeres antisociales fue creado gracias a una magnánima iniciativa de nuestro admirado dirigente. En lugar de dar muerte a personas que, como usted, son la basura dejada por la desaparición de una antigua sociedad feudal, aquí aplicamos las sabias enseñanzas del presidente Mao para convertirlas en miembros útiles a la nueva sociedad

revolucionaria.

Poniéndose bruscamente de pie el director de la prisión sacudió amenazadoramente ante Regina el expediente que tenía en las manos. Con el semblante contraído en un rictus de cólera el hombrecillo prosiguió su alocución:

—Conocemos ya su historial. Su vida ha sido hasta ahora la de un despreciable parásito que se alimenta de lo que logra succionar a las clases trabajadoras. No le será fácil cambiar tan perniciosas costumbres. Tendrá que modificar radicalmente sus hábitos y maneras de pensar. El primer problema de adaptación a su nueva vida será el del idioma. La profunda grandeza de los pensamientos del presidente Mao no puede ser expresada en los primitivos dialectos con que hablan todos los pueblos extranjeros. Tendrá que aprender nuestro idioma para poder tener el privilegio de ir recibiendo las enseñanzas que le permitirán, algún día, llegar a ser útil a las clases productivas de su país. El camarada Tsu —el director señaló con un ademán al jardinero que hacía las veces de intérprete— es la única persona en este centro de reeducación que habla el dialecto con que usted se expresa, él será quien la instruirá tanto en el conocimiento de nuestro idioma, como de las disciplinas a las que deberá ajustarse durante su permanencia con nosotros.

Una vez dicho lo anterior, el director de la cárcel hizo un despectivo gesto indicando a Regina y al jardinero que podían retirarse.

Sin pronunciar palabra alguna, el anciano guió a Regina a través de pasadizos del antiguo monasterio transformado en prisión. Fascinada, la joven descubrió a poco de iniciado el recorrido la oculta realidad del sitio en que se hallaba: aquello no era una simple construcción, sino un gigantesco instrumento musical. En distintas partes del edificio existían rejas elaboradas con un extraño metal poseedor de una misteriosa capacidad de resonancia, cuya sensibilidad era de tal grado, que reaccionaba con sutiles vibraciones al percibir cualquier causa productora de sonido, bien fuese el susurro de una voz o la leve brisa del viento. La onda de frecuencia en que se producían dichas vibraciones resultaba imposible de captar para un oído humano ordinario, pero no para la desarrollada percepción auditiva de una Dakini.

Saliendo del edificio, el anciano se encaminó a la enorme y bien cuidada huerta situada a espaldas de la construcción. Regina le siguió conteniendo sus deseos de formular un sinfín de preguntas. Varios cientos de mujeres laboraban afanosamente en los plantíos. Al parecer el trabajo intensivo en contacto con la naturaleza formaba parte importante del sistema de reeducación implantado en aquella prisión.

Bajo un quiosco construido con bellas maderas, Regina observó una hilera de campanas de diferentes tamaños. El jardinero llegó hasta el quiosco y tomando la cuerda que pendía de una de las campanas comenzó a hacer sonar el instrumento.

Una indescriptible sinfonía se dejó escuchar en cuanto comenzó a tañer la campana. Cada una de las campanadas originaba un inacabable juego de resonancias en las diferentes rejas que existían en el interior del edificio. Al irse interrelacionando, las vibraciones se transformaban en una melodía poseedora de una belleza superior a la de la más acabada composición musical. Y es que aquella melodía poseía toda la fuerza y la armonía de las energías que rigen en los cielos la marcha de los astros.

Profundamente emocionada Regina permanecía estática, escuchando aquel increíble derroche

de variedades tonales que se entrelazaban en incontables cadencias. Al oír las campanadas, las presas habían suspendido sus labores y luego de congregarse en pequeños grupos procedían a sentarse en el suelo a descansar. Era evidente que la vida de la prisión se regulaba a toques de campana. Asimismo, y a juzgar por lo que veía, Regina concluyó que salvo el anciano Maestro disfrazado de jardinero, ninguno de los ocupantes del antiguo edificio lograba captar las sutiles vibraciones que las singulares rejas eran capaces de producir, y por tanto, no eran conscientes de que habitaban dentro de un prodigioso instrumento musical. Con frases entrecortadas, que intentaban expresar en unas cuantas palabras sentimientos largamente contenidos, la joven afirmó:

—Respetable Maestro Tsu, antes que nada yo quisiera, bueno, cómo podría decirle, envenenada por el rencor cometí la grave falta de rebelarme ante la autoridad del más sabio Maestro del Tíbet, el lama Tagdra Rimpoche. Mi maestro me indicó que debía venir a China para aprender a tocar instrumentos sagrados. Yo me negué abiertamente a cumplir sus indicaciones pues sentía, y la verdad es que aún siento, un profundo rencor en contra de los chinos. Ustedes, es decir, cierta clase de chinos, asesinaron a los seres que más he querido. Presiento que en alguna forma que escapa a mi comprensión, el lama Tagdra Rimpoche dispuso de tal manera las cosas que es por ello por lo que vine a dar aquí. Estoy segura de que usted es el Maestro con quien él deseaba que yo estudiase, lo que francamente no sé es si soy digna de ser su discípula, pues como ya pudo darse cuenta, estoy muy lejos de superar las emociones negativas.

Una vez concluidas las explicaciones de Regina, el Maestro Tsu expresó a su vez con pausado acento:

—Conocí al honorable lama Tagdra Rimpoche hace mucho tiempo, cuando éramos aún muy jóvenes. En esa época había una gran vinculación entre el monasterio taoísta que existía en este lugar y el monasterio budista de Sera en Lhasa. Instructores y novicios de uno y otro iban y venían en constante intercambio de enseñanzas. Fue en Sera donde conocí a mi amigo, después él estuvo aquí en dos ocasiones, primero como discípulo y luego como Maestro. Tenía ya un largo tiempo de no verle, pero manteníamos siempre un estrecho contacto —al decir esto el Maestro Tsu se llevó la mano a la cabeza, por lo que Regina dedujo que el contacto al que se refería era de índole telepática.

La evocación de recuerdos sin duda gratos parecía haber rejuvenecido un tanto al arrugado semblante del Maestro Tsu. Con animada voz prosiguió:

—Estoy seguro de que una vez cumplida satisfactoriamente su misión, el lama Tagdra Rimpoche logró la unidad con el Tao. Mi amigo estaba muy contento de haber tenido el privilegio de poder servir a una Dakini. Ignoro si podré ser merecedor de tan honrosa distinción.

Regina se sonrojó al escuchar aquellas palabras, reveladoras de la modestia y grandeza de espíritu de quien las pronunciaba.

—Por favor, Maestro —repuso la joven—, soy yo la que espera ser merecedora de recibir sus enseñanzas. Lo que no imagino es cómo hará usted para poder impartirlas en estas condiciones. Allá en el Tíbet disponíamos de plena libertad y de todo el tiempo para nuestros propósitos, pero aquí tendré que ajustarme a los reglamentos de la cárcel y cumplir las tareas que se me impongan.

Con expresiones un tanto crípticas, el Maestro Tsu concluyó su primera conversación con Regina:

—El Universo es constante mutación. Las dificultades suelen traer consigo grandes beneficios, pues difícil y fácil se complementan y el Tao siendo luz semeja oscuridad. En otra época no habría tenido usted problema alguno para aprender música sagrada en este templo, hoy todas las circunstancias parecen serle desfavorables. Tal vez esto constituya a la larga una ventaja y obtenga un mayor provecho del que habría alcanzado si hubiese estado aquí en una situación propicia. Por favor, acompáñeme, le mostraré el lugar donde se encuentra su celda.

•

En contra de lo que Regina había temido en un principio, su condición de prisionera no iba a constituir un obstáculo para recibir las sabias enseñanzas del Maestro Tsu. Sin tener la menor conciencia de ello, habrían de ser las propias autoridades del penal las que proporcionarían toda clase de facilidades para que dicha transmisión de enseñanza pudiera efectuarse. En su afán de adoctrinar en la ideología comunista a la joven extranjera —para lo cual se requería que ésta aprendiese chino lo antes posible— dispusieron que Regina trabajase permanentemente como ayudante del anciano jardinero, permitiendo así una constante comunicación entre el Maestro taoísta y la Dakini mexicana.

El Maestro Tsu no sólo laboraba como jardinero, era también quien cuidaba de los instrumentos musicales que existían en la prisión y el encargado de dar los toques de campana conforme a los cuales regulaban sus actividades todos los ocupantes de la cárcel. El secreto que encerraban aquellos instrumentos fue revelado a Regina al poco tiempo de iniciada su nueva etapa de aprendizaje.

—Me sentiré muy honrado —afirmó el Maestro Tsu con su característico tono de refinada amabilidad— si usted quisiera ayudarme en la tarea de tocar las campanas.

—Por supuesto, Maestro —contestó Regina, sintiéndose un tanto apenada ante aquellos excesos de cortesía a los cuales no terminaba de habituarse, acostumbrada como estaba a la informalidad y el humorismo del lama Tagdra Rimpoche.

—En ese caso creo conveniente que conozca usted cuáles fueron los propósitos que se tuvieron al hacer esas campanas y en general los diferentes instrumentos musicales sagrados que se han logrado conservar en este sitio. Los antiguos chinos descubrieron cuál es la verdadera naturaleza del Universo. Todo lo que existe es vibración. El Universo entero es una sinfonía resultado de las notas musicales que produce cada uno de los seres que lo integran. Es por ello que quien puede armonizarse conscientemente con el ritmo del Cosmos ya no tiene que efectuar obra alguna: practicará la no acción y sin embargo nada quedará sin realizar. Los emperadores de nuestro remoto pasado no necesitaban para ejercer el mando ni de grandes ejércitos ni de complicadas leyes. Ellos sabían utilizar instrumentos musicales semejantes a los que aquí existen y por este medio lograban un armónico orden social, pues cuando cada quien ocupa el lugar que le corresponde no es posible el desorden.

Regina escuchaba atentamente las explicaciones del anciano con respecto a la elevada función que la música puede llegar a tener. Señalando una de las extrañas rejas construidas con ahuecados

tubos y cuyo desconocido propósito la intrigaba sobremanera, la joven expresó:

—Supongo que estas rejas deben ser un instrumento musical sagrado que opera por resonancia y no por percusión directa, pero francamente no alcanzo a comprender para qué las hicieron, si casi nadie puede percibir los sonidos que producen.

Con voz cuyo acento denotaba la particular importancia que concedía a sus palabras, el Maestro Tsu respondió:

—Esas sagradas rejas están hechas de tumbaga, una aleación compuesta de oro, plata y cobre, elaborada por medio de largos y complicados procedimientos por sabios alquimistas del pasado. Los doce sonidos diferentes que este metal puede producir son de hecho las doce vibraciones fundamentales que sustentan al Universo. Estas rejas no fueron hechas para que sus sonidos los escuchasen oídos humanos, sino para despertar a China cuando llegue el momento de hacerlo; mientras tanto, producen una agradable música que propicia un sueño reparador a nuestra Nación.

—Ahora entiendo por qué el lama Tagdra Rimpoche deseaba que viniese aquí —exclamó Regina—. Seguramente quería que aprendiese a tocar este sagrado instrumento. ¿Es muy difícil hacerlo?

—No para una Dakini.

—He observado que en realidad las rejas nunca dejan de tocar, pues hasta el más leve ruido origina en ellas una inacabable variedad de resonancias.

—En efecto, la gran sensibilidad del metal con que fueron hechas hace que reaccionen ante toda clase de sonidos, pero no todas las resonancias que esos sonidos producen logran llegar a la dormida conciencia de China; para ello se requieren tres condiciones. La primera, que esas resonancias sean resultado de la vibración de otro instrumento sagrado. La segunda, que ese instrumento haya sido tocado por alguien que sepa la forma adecuada de hacerlo. Y la tercera, que ese alguien conozca el Camino del Tao, en donde sin caminar se alcanza la meta. Si alguna de estas condiciones no se cumple, el mensaje transmitido a través de las rejas no llegará a su destino.

Con su acostumbrado tono de voz, a un tiempo afable y solemne, el Maestro Tsu concluyó:

—La parte central del ritual con que usted intentará despertar a su país consistirá en producir determinadas resonancias en unas rejas semejantes a éstas, para lograrlo habrá de hacer sonar una campana sagrada. Es por ello que me atreví a pedirle su ayuda en la tarea de tocar las campanas, podrá así practicar varias veces al día y cuando llegue el momento ya sabrá la mejor forma de hacerlo.

—Estoy lista para empezar —respondió Regina con gran entusiasmo.

—Muy bien, comenzaremos mañana mismo.

•

La capacitación de Regina en materia de música sagrada no iba a concretarse a la práctica del toque de campanas. Aun cuando éstas habrían de ser siempre el objeto principal de su atención, el Maestro Tsu procuró que adquiriese también los conocimientos suficientes para poder utilizar los

principales instrumentos que han integrado desde tiempo inmemorial las orquestas chinas: cítaras, gongs, címbalos, laúdes, flautas, violas, arpas, oboes y violines.

Una vez más serían las autoridades del penal las que, sin saberlo, facilitarían a la Dakini la realización de sus propósitos. En su afán por imbuir en las presas sentimientos de veneración hacia el máximo dirigente político del país, las obligaban a cantar diariamente largos himnos conteniendo toda clase de alabanzas a Mao Tse Tung. Esto hacía que se requiriese de una numerosa orquesta para acompañar con sus sonoras melodías los mencionados himnos, razón por la cual se estimulaba entre las reclusas el aprendizaje musical y se les facilitaba para ello la variada colección de instrumentos heredada del antiguo monasterio. Así pues, el interés de Regina en aprender a tocar toda clase de instrumentos fue visto con beneplácito por los dirigentes de la prisión.

Además de sus diarias e intensivas lecciones en cuestiones de música sagrada, la Dakini recibía enseñanzas igualmente intensivas en dos materias respecto de las cuales poseía escasos por no decir nulos conocimientos: la naturaleza humana y la cultura china.

Al ingresar a prisión, Regina acababa de cumplir los diecisiete años; de éstos, los primeros once los había pasado en el monasterio de Sera y en el Palacio de Potala, rodeada de preceptores escogidos entre los más sabios y místicos lamas del Tíbet. Los seis años siguientes habían transcurrido en el paradisiaco valle himaláyico, teniendo como única compañía la del lama Tagdra Rimpoche. Allí, la joven había aprendido a establecer una comunicación consciente con cuantos seres integraban los reinos mineral, vegetal y animal, pero en cambio, continuaba sin adquirir experiencia alguna en lo tocante al conocimiento de la naturaleza humana.

La femenina prisión de Chengtu, a la que eufemísticamente las autoridades chinas daban el nombre de “Centro de Reeducación para Mujeres Antisociales”, contaba en el año de 1965 con cerca de tres mil reclusas. Los motivos de encarcelamiento de éstas eran de lo más diverso. Había prostitutas, ladronas, asesinas y toda clase de delincuentes. En igual forma, abundaban también intelectuales y representantes de diferentes organizaciones políticas y religiosas, encarceladas todas ellas por su oposición al gobierno comunista en el poder.

La enorme variedad de caracteres y de niveles morales y culturales que poseían las forzadas huéspedes del reclusorio hacía de éste un inmenso laboratorio de la conducta humana, en donde infamia y generosidad, abyección y nobleza, marchaban juntas y se manifestaban a diario en los pequeños actos que conformaban la vida cotidiana de la prisión. Si la hubiera buscado, difícilmente habría hallado Regina una mejor escuela para subsanar su inexperiencia en lo tocante al conocimiento de los seres de su propia especie.

El aprendizaje de Regina en el difícil arte de conocer el corazón humano fue duro pero eficaz. Muy pronto comenzó a desarrollar una especie de certera intuición que le permitía captar al instante lo esencial de la forma de ser de cualquier persona. Con base en ello lograba siempre una rápida y profunda comunicación con los demás, pues conocía de antemano lo que de ellos podía esperar. Por otra parte, la carismática simpatía que la Dakini irradiaba no dejaba de obrar prodigios. Hasta las presas más desalmadas y los más severos carceleros terminaban por sentir afecto hacia aquella joven extranjera de imborrable sonrisa, que jamás replicaba ante cualquier orden o castigo y que tenía para todos palabras de comprensión y aliento.

Por lo que respecta a la interiorización en los múltiples y fascinantes aspectos de la cultura china, Regina lo fue logrando al ir adquiriendo un creciente dominio del idioma del país. En este renglón habría de ser también el Maestro Tsu quien le proporcionaría los más valiosos conocimientos. En realidad aquel hombre era una especie de encarnación viviente del espíritu de la China milenaria. El anciano jardinero intercalaba siempre en sus conversaciones frases entresacadas de las obras de Lao Tse y de Confucio. Sus apreciaciones respecto a las diferentes dinastías que en el pasado gobernaban el Celeste Imperio eran extraordinariamente interesantes y profundas. Hablar con él era establecer comunicación con un pozo de sabiduría aparentemente inacabable.

Unida a la información proveniente del Maestro Tsu, Regina obtenía diariamente de sus compañeras de reclusión conocimientos de muy diversas facetas de la cultura china. En algunos casos sus informantes eran sencillas campesinas, poseedoras sin embargo de un rico bagaje de tradiciones contenido en sus creencias religiosas y morales, así como en sus leyendas y refranes. En otros casos se trataba de sofisticadas intelectuales. Había, por ejemplo, una especialista en las diferentes manifestaciones de arte desarrolladas durante la Dinastía Ming, así como una experta en la poesía de Li Po, el más afamado de los poetas chinos de la antigüedad.

La completa inmersión de Regina en ese mundo singular que constituye China habría de ocasionarle trascendentales consecuencias. Su resentimiento y antipatía en contra de cuanta persona o cosa proviniese de esta Nación fueron desapareciendo para ser sustituidos, primero por un sincero interés y, luego, por un profundo afecto a cuanto concernía a dicho país.

Para su sorpresa, la joven se percató que conforme se extinguía en su interior el rencor hacia los chinos se acrecentaba en forma proporcional su capacidad para ejecutar música sagrada. Comprendió entonces cuál había sido la verdadera intención del lama Tagdra Rimpoche al propiciar —a costa de su propia vida— el que ella fuese a estudiar a China. No bastaba con dominar a la perfección las técnicas relativas a la forma de tocar los instrumentos sagrados; para que éstos produjesen los efectos que les eran propios, se requería que quien hacía uso de ellos se encontrase desprovisto de emociones negativas e impulsado por intenciones de una impecable pureza, de lo contrario se lograría tan sólo una música particularmente bella, pero carente de la fuerza necesaria para influir al espíritu que anima a todos los seres, objetivo esencial de la música sagrada de todos los tiempos.

Faltaban dos meses para que Regina cumpliese tres años de estancia en la cárcel, cuando el Maestro Tsu tuvo con ella una reveladora conversación. La joven acababa de dar el toque de campanas con el cual se daban por terminadas las diarias actividades de la prisión y las reclusas se encaminaban con pausado andar hacia sus celdas.

—Mucho le agradecería que no volviese a tocar nunca más estas campanas —afirmó con suave acento el anciano.

—¿Por qué, Maestro, lo estoy haciendo muy mal? —inquirió alarmada Regina.

—Exactamente todo lo contrario; lo hace ya tan bien que existe el peligro de que con sus toques inquiete el sueño de la dormida conciencia de China, lo cual sería del todo inconveniente, pues aún no es el momento de despertarla.

Tras de una breve pausa, el Maestro Tsu prosiguió:

—Lo único permanente es el cambio. Ha llegado el tiempo de que concluya su estancia en China, pues acabada la obra lo oportuno es retirarse. Conoce ya los secretos de los doce sonidos fundamentales y puede, por tanto, producir las vibraciones que habrán de despertar a México. Estoy cierto de que se ha cumplido el propósito que tuvo al enviarla a este templo nuestro recordado amigo, el honorable lama Tagdra Rimpoche. En la medida que me lo ha permitido mi ignorancia e ineptitud he tratado de ayudarla. Consideraré siempre el haber podido servir a una Dakini como la mayor fortuna que me deparó la existencia. Espero que logre llevar a cabo su importante misión y que con ello alcance el Tao.

Regina había terminado por acostumbrarse a la abrumadora cortesía de su Maestro. Utilizando un lenguaje igualmente alambicado respondió:

—El hombre de virtud superior no hace ostentación de su virtud, pero es gracias a su ejemplo que las demás personas orientan sus pasos. Jamás podré agradecerle debidamente la inmerecida ayuda que me ha brindado. No creo lograrlo, pero trataré al menos de llegar a ser merecedora de haber tenido la distinción de ser su discípula.

Concluido el imprescindible intercambio de expresiones refinadamente amables, Regina prosiguió:

—Hay una cuestión que me tiene preocupada. Suponiendo que ya pueda producir las resonancias que se necesitarán en el ritual con que intentaré despertar a mi país, ¿en dónde voy a conseguir la campana y las rejas sagradas para producir esas resonancias? Las que aquí existen fueron hechas a lo largo de siglos por varias generaciones de alquimistas dedicados exclusivamente a esa tarea. ¿Qué también en México hubo escuelas de alquimistas en las que se hicieron esta clase de instrumentos?

A través de su constante trato con el Maestro Tsu, Regina había llegado a traspasar la al parecer impenetrable coraza con que éste mantenía sujeta cualquier exteriorización de sus emociones. Gracias a ello pudo advertir, en una especie de esbozo de sonrisa apenas dibujada en el rostro habitualmente impasible del anciano, la satisfacción que le producía la oportunidad de poder hablar de ese tema.

—Alquimistas capaces de elaborar campanas sagradas los ha habido en muchos países, pero el secreto de producir tumbaga, la aleación con que están hechas estas rejas, sólo ha sido alcanzado por los alquimistas chinos. En ellas se encuentra encerrado lo que constituye el centro del Universo: el vacío.

—¿Y entonces cómo voy a hacer para conseguir en México rejas de esta clase? —preguntó Regina profundamente preocupada.

—Así como nuestro cuerpo se mantiene unido gracias a una compleja estructura interna que no se ve desde el exterior, la humanidad, que es también un ser orgánico, posee ligazones que no se aprecian a simple vista, pero que son las que en realidad explican su subsistencia. Todos aquellos que han alcanzado al Tao han hecho siempre lo necesario para que el organismo de la humanidad pueda vivir y desarrollarse. No dudo, por tanto, que previendo que llegaría el día en que habrían de utilizarse en México estos instrumentos, los sabios alquimistas chinos hayan tenido la precaución de enviarlos desde hace tiempo. Quienes alcanzan el Tao dirigen al mundo sin buscar su dominio.

—Ojalá y esté usted en lo cierto —afirmó Regina no del todo convencida.

•

Cumplido el verdadero objetivo de su estancia en China, faltaba a la Dakini obtener su libertad de la prisión en que se encontraba. El Maestro Tsu le había orientado siempre respecto a la conducta que debía asumir para lograr que su liberación coincidiera con el término de su enseñanza. Los funcionarios del penal encargados de reeducar a las presas las observaban de continuo y llevaban una minuciosa cuenta de su comportamiento. Regina no necesitaba fingir para evidenciar un total desprendimiento hacia los bienes materiales y un auténtico interés hacia los problemas de sus semejantes, actitudes ambas que eran altamente apreciadas por sus rigurosos observadores. Las largas jornadas de adoctrinamiento en las tesis marxistas le resultaban aburridas e ingenuas, no obstante las veía como una obligación que había que cumplir y memorizaba a la perfección cuanto escuchaba, lo mismo citas de Mao Tse Tung que parrafadas completas de otros autores comunistas. De cualquier punto de vista que se le juzgase, la joven extranjera constituía una reclusa modelo.

Aún no transcurría una semana de que el Maestro Tsu informara a Regina que su aprendizaje en China había concluido, cuando la joven fue llamada para comparecer ante el director de la prisión. El funcionario lucía más enclenque y encorvado que cuando la joven lo viera por vez primera. En contraposición a su anterior encuentro, ahora se manifestaba en extremo cordial. Con amable ademán indicó a Regina que tomase asiento. Señalando el grueso expediente que estaba sobre su escritorio manifestó:

—Los informes que he recibido siempre de usted no pueden ser mejores. Al parecer ha logrado superar las deformaciones ocasionadas en su carácter por una larga convivencia en un medio podrido y decadente, como lo era la antigua sociedad tibetana. La reeducación alcanzada por usted es un triunfo más de la insuperable sabiduría de nuestro gran dirigente, el presidente Mao, quien con generosidad sin límites ordenó la creación de este centro de reeducación, dando así una oportunidad de regenerarse a personas que, como era su caso, vivían tan sólo para satisfacer sus vicios y explotar a las clases trabajadoras.

El director de la prisión abrió un cajón de su escritorio y extrajo un sobre. Clavando la mirada en el rostro de la joven para percatarse de su reacción, el funcionario dejó correr en la pulida superficie del escritorio el contenido del sobre: un puñado de diamantes despidieron al instante incontables saetas luminosas.

Sin dejar de observar a Regina, el director afirmó:

—Estos diamantes estaban junto con sus documentos y demás pertenencias. Al parecer representan una regular cantidad de dinero. En el corrompido mundo capitalista al que pronto habrá de retornar, el dinero es producto de la sangre extraída a los obreros y campesinos; sin embargo, nuestro gobierno desea devolverle estas joyas, pues mantiene una política de respeto irrestricto a las propiedades de los extranjeros.

—Francamente no me interesan esas joyas —exclamó Regina—, pueden venderlas y hacer con

el importe de su venta lo que consideren conveniente. Tal vez podrían emplearse en adquirir algunas cosas que se necesitan aquí, como algunos nuevos instrumentos de jardinería, pues los que tenemos ya están muy gastados.

—¡El Gobierno Revolucionario de China no necesita ninguna ayuda que provenga del depravado mundo capitalista!

Aun cuando aquellas palabras habían sido pronunciadas con un marcado acento de ira, Regina pudo percibir que dicho sentimiento era fingido y que en realidad el funcionario se hallaba sumamente complacido ante la actitud —por demás sincera— adoptada por ella ante aquel asunto. Comprendió entonces que se trataba de la última prueba que se le había puesto para juzgar si su reeducación de una supuesta mentalidad feudal era en verdad completa.

Recuperando su amable acento el director de la cárcel expresó:

—La felicito, veo que realmente ha sabido comprender el pensamiento del presidente Mao. Tengo órdenes de que le sean devueltas todas sus pertenencias. Estamos seguros de que cuando regrese a su país sabrá utilizar estas joyas no para satisfacer su vanidad ni sus personales intereses, sino para ayudar a las masas trabajadoras en su lucha por derribar las superestructuras que las oprimen.

—Le prometo que dedicaré todo mi empeño y utilizaré cuantos recursos tenga en tratar de liberar a mi país de la opresión en que se encuentra —afirmó Regina, guardándose de explicar que la opresión a la que se refería era la ensoñación ejercida por la Luna.

El director de la cárcel se puso de pie y esbozando una amplia sonrisa extendió su mano a Regina al tiempo que decía:

—Mañana saldrá de este centro, será enviada a Hong Kong y entregada a las autoridades de la Cruz Roja Internacional. A través de esa institución se tramitará el regreso a su país.

La joven se levantó y estrechó cordialmente la diestra que se le ofrecía.

•

Al amanecer del día siguiente un pequeño automóvil de fabricación rusa salía del Centro de Reeducación de Mujeres Antisociales de la ciudad de Chengtu. Quien manejaba el vehículo era un empleado del gobierno chino a quien habían encomendado la tarea de llevar a Hong Kong a una joven extranjera y entregarla a las autoridades de la Cruz Roja Internacional de esa ciudad.

En los instantes en que el vehículo abandonaba la prisión se dejó escuchar repetidamente el inconfundible tañer de una campana.

Regreso al origen

En la azotea de la vieja casona de un solo piso, un asta bandera lucía un tricolor emblema. El estandarte ostentaba en su parte central la figura de una altiva águila devorando una serpiente. Una suave brisa hacía ondear levemente la bandera. En la puerta de la entrada una placa metálica indicaba que en esa casa se encontraba ubicado el consulado mexicano de la ciudad de Hong Kong.

Regina y su acompañante —un inglés de edad avanzada, funcionario de la Cruz Roja Internacional— descendieron de un automóvil justo enfrente del consulado. La mirada de la joven se posó en la bandera y de inmediato se produjo en su interior una telúrica conmoción. Atropelladas e imprecisas imágenes emergían de lo más profundo de su conciencia. Con relampagueante velocidad desfilaba por su mente una variada colección de personas y acontecimientos de los que hasta entonces no poseía memoria alguna. Trastabillando y haciendo un sobrehumano esfuerzo para retornar a la realidad ordinaria, Regina penetró en el consulado.

La Dakini y el funcionario de la Cruz Roja fueron atendidos por un empleado de atildado vestir, canciller del servicio exterior mexicano, el cual comenzó a revisar, con sumo cuidado, los diferentes documentos que para probar su nacionalidad la joven traía consigo. La extremada atención y evidente desconfianza con que dicho sujeto examinaba los documentos hicieron recordar a Regina al director de la prisión de Chengtu. Concluyó para sus adentros que al parecer los empleados de gobierno de cualquier parte del mundo se asemejaban muchísimo.

Mientras el empleado examinaba una y otra vez los documentos, Regina vio atraída su atención por un cuadro de regulares dimensiones colocado en una de las paredes de la habitación. El cuadro contenía un grabado que reproducía un gran monolito, pletórico de jeroglíficos. Al pie del grabado se alcanzaba a leer una frase escrita en español: “La Piedra del Sol o Calendario Azteca”.

Sin detenerse a pensar lo que decía, Regina exclamó entusiasmada:

—Esa escultura la debe haber hecho Técpatl. Es extraordinaria, explica todas las cuestiones fundamentales relativas al tiempo y al espacio.

El empleado consular dejó de examinar los documentos y clavó en la joven una mirada rebosante de suspicacia. Regina pretendió hacer una aclaración pero ésta enredó aún más las cosas:

—Bueno, en realidad no recuerdo haber visto a Técpatl labrar esa escultura, pero tiene todas las características de su estilo.

—¿Del estilo de quién? —preguntó el empleado cada vez más receloso.

—De Técpatl, el genial escultor que promovió en México todo un renacimiento artístico.

—¿Y usted lo conoció?

—Pues... sí —contestó la Dakini sin poder explicarse ella misma el por qué de dicha respuesta.

En el rostro del interlocutor de Regina se reflejó una burlona expresión. Sin pretender disimular el sarcasmo afirmó:

—Vaya, pues usted sí que representa mucho menos edad de la que tiene. Esa escultura debe ser del siglo XV o del XVI. Nunca hubiera imaginado que usted pudiera tener tantos años, necesita pasarme la receta para no envejecer.

Regina comprendió que había hablado de más y se lo reprochó internamente. El empleado sustituyó su burlona actitud por otra entre doctoral y amenazadora:

—Por si usted no lo sabe las obras de arte en el México Prehispánico eran realizadas en forma impersonal y colectiva. Los historiadores desconocen no sólo el nombre de los autores del Calendario Azteca, sino el de cualquier otro artista de esa época. Espero que los documentos que usted nos trae sean más de confiar que lo que acaba de decirme, de lo contrario creo que se quedará para siempre en China.

—Disculpe, francamente no sé por qué dije eso; de repente, al ver el grabado, creí recordar muchas cosas que ignoraba, probablemente sólo fue mi imaginación.

Las palabras de Regina —y sobre todo el franco tono conciliador en que habían sido pronunciadas— parecieron calmar un tanto la animadversión del empleado, el cual dio término a la entrevista con frases autoritarias pero ya exentas de amenazas:

—Regrese dentro de una semana, espero que para entonces le tendremos una resolución. Hoy sólo le tomaremos las huellas dactilares para confrontarlas con las de sus papeles. Le extenderemos un recibo por sus documentos.

•

Las gestiones de Regina para obtener el reconocimiento de su nacionalidad —y la consiguiente autorización para poder viajar a México— no tardaron una semana sino casi un mes. Durante dicho periodo la joven permaneció en el campamento de refugiados que la Cruz Roja sostenía en ese tiempo en la ciudad de Hong Kong. No fueron días perdidos. Acostumbrada a la plena utilización de su tiempo, supo aprovechar al máximo su forzada estancia en uno de los puertos más poblados del mundo.

Al percatarse de que el campamento de refugiados adolecía de graves fallas en materia de salubridad, Regina propuso a las autoridades del mismo la adopción de varias medidas sobre el particular, aprendidas durante sus años de permanencia en prisión. Se trataba de reglas prácticas y sencillas, pero de comprobada eficacia. Algunas de las recomendaciones de Regina fueron adoptadas produciendo magníficos resultados.

Autorizada para entrar y salir del campamento cuando así lo desease, Regina recorría

incansable la ciudad. Su don de gentes le llevaba a establecer relaciones de amistad con toda clase de personas. A través de sus recién adquiridas amistades la joven obtenía información de muy diversa índole, parte de la cual le servía para comenzar a entender los usos y costumbres que prevalecían en los países capitalistas.

Una vez resueltas favorablemente sus gestiones ante el consulado mexicano, Regina vendió a buen precio los diamantes que constituían su herencia. La posesión de una regular cantidad de dinero le daba ahora la posibilidad de escoger para su viaje a México el transporte y la ruta que estimase pertinentes.

Al decidir respecto al medio que utilizaría para retornar a su país, la joven optó por la vía marítima. Cuando pequeña había escuchado con particular interés los relatos de sus padres sobre lo grato que resultan las travesías marinas. Habiendo vivido siempre alejada del mar, deseaba aprovechar el tiempo de que aún disponía antes de iniciar su misión tomando un reparador descanso. Un largo viaje marino resultaba ideal para dicho propósito.

En lugar de comprar pasaje en un barco que tras de cruzar el océano Pacífico tocase algún puerto mexicano, Regina prefirió embarcarse en un trasatlántico inglés que para llegar a costas mexicanas tenía primero que atravesar los océanos Índico y Atlántico. El motivo de su decisión fue una inexplicable pero profunda intuición: presintió que era por el Oriente y no por otro punto, por donde debía hacer su entrada a México.

Las esperanzas que Regina había puesto en su viaje por mar resultaron fundadas. El contacto con las poderosas energías que dan origen a los océanos constituyó una tonificante experiencia. Diariamente descubría algo interesante en aquel inmenso organismo líquido, cuyo comportamiento le resultaba del todo novedoso y fascinante.

En cierta ocasión el barco se vio amenazado por una recia tempestad. Un auténtico diluvio caía del cielo y vientos huracanados producían un furibundo oleaje que hacía balancear peligrosamente a la nave. La cerrada negrura de la noche y una incesante sinfonía de ensordecedores truenos completaban el aterrador panorama. Regina salió de su camarote y procurando no ser vista alcanzó a llegar a duras penas hasta la cubierta. Sin saber si podría establecer en el mar idéntica comunicación con los elementos a la lograda en tierra, exhortó con grandes voces a la tormenta a que se apaciguase al instante.

La petición de la Dakini fue atendida de inmediato. Bruscamente el viento se detuvo y por consiguiente menguó el embate de las encrespadas olas. La lluvia cesó y las nubes empezaron a disiparse con gran velocidad. Al poco rato amanecía y un gigantesco y resplandeciente arco iris se dejaba ver abarcando todo el horizonte.

Empapada pero feliz, Regina permanecía aferrada a un barandal de la cubierta, contemplando absorta el maravilloso espectáculo que se ofrecía ante su vista. Repentinamente y sin ella buscarla se estableció una plena identificación entre su conciencia y la del arco iris. Aquélla fue una experiencia singular que le permitió develar el oculto significado que entrañan los colores en la vida del Universo. A resultas de dicha experiencia se percató de improviso de que jamás se había vestido apropiadamente, esto es, usando un atavío adecuado a su condición de Dakini y a la misión que trataría de llevar a cabo.

Sin perder un segundo Regina regresó a su camarote y se dio a la tarea de diseñar el uniforme

que le correspondía portar. Con ondulantes letras de color violeta trazó sobre un fondo blanco un logotipo constituido por una palabra y un número: "México 68". A continuación repitió una y otra vez la misma palabra e idéntico número por encima y por debajo de los que escribiera inicialmente. El efecto visual conseguido con ello fue de un gran dinamismo. Bastaba mover ligeramente el logotipo para que éste pareciese transformarse en algo que poseía vida y que generando su propio movimiento avanzaba con fuerza incontenible.

Regina contempló complacida el diseño, pues éste revelaba la idea central que ella deseaba manifestar, o sea la de un poderoso Movimiento que impulsase a México en aquel año de 1968. Sin embargo sentía que algo faltaba y no daba con qué. Al levantarse para tomar un poco de agua su cuerpo chocó con el cartón donde trazara el logotipo haciéndolo girar, de tal forma que la frase "México 68" pasó de una posición horizontal a una vertical. La Dakini vio en aquel incidente al parecer sin importancia un oculto mensaje: debía diseñar su uniforme colocando el nombre de México y la fecha del año en una posición vertical y no horizontal, pues el Movimiento que ella debía propiciar en su país no tenía por finalidad lograr un simple avance hacia adelante, sino un despertar de la dormida conciencia de la Nación, un auténtico ascenso hacia planos superiores alcanzado a través de una profunda transformación, misma que en la simbología sagrada de todos los tiempos ha sido representada y conceptualizada como algo "vertical" (por tratarse de un ascenso) y no como algo "horizontal" (o sea una continuidad).

Afanosamente Regina trabajó durante tres días en la confección de un original vestido. Primero se lanzó a buscar por todo el barco la tela que deseaba, misma que le fue obsequiada por una simpática viejecita irlandesa. Se trataba de una fina seda de un blanco purísimo, la cual fue prontamente recortada en diferentes piezas. Luego vino la tarea más laboriosa: pintar a mano el logotipo de "México 68", dibujado en forma vertical y repetido una y otra vez, como si se intentase reproducir visualmente el efecto de resonancia que tendrían estas palabras al ser pronunciadas en un lugar donde existiese eco. Finalmente, la joven unió con reforzadas costuras las distintas piezas y su uniforme quedó terminado.

El nuevo atuendo de Regina resaltaba en tal forma su carismática personalidad, que la noche en que lo estrenó, al acudir al salón comedor, su entrada produjo un murmullo de generalizado asombro y todas las miradas convergieron sobre ella. El capitán del navío acudió personalmente a invitarla a cenar en la mesa de honor. Sabedor de que su bella pasajera gustaba de cantar —pues así se lo habían informado marineros y oficiales— al concluir los postres solicitó a la joven que actuase ante todos los comensales. Regina no se hizo del rogar y comenzó a interpretar canciones de su más reciente repertorio, o sea las aprendidas durante su estancia en China. Quienes la escuchaban no entendían nada de lo que decía, pero no obstante permanecían silenciosos y absortos, cautivados ante aquella voz capaz de transmitir toda clase de emociones por encima de las fronteras del lenguaje. Al término de cada canción se producía cerrada ovación y el insistente ruego de escuchar otra más. Y la risueña cantante accedía complacida. Tras de las chinas vinieron canciones en tibetano y alemán. Las luces del amanecer se filtraban ya por las claraboyas del barco cuando la Dakini dio por concluida su exitosa actuación.

La llegada del buque al puerto de Veracruz tuvo lugar al mediodía del viernes 15 de marzo de 1968. Levantada desde antes que rayase el alba, Regina se había colocado en la proa y mantenía

clavada su expectante mirada en el horizonte. Lentamente fueron emergiendo ante ella los perfiles de las costas mexicanas. Sin que hiciese esfuerzo alguno por evitarlo, gruesas lágrimas comenzaron a surcar su rostro. En lontananza observó la nevada cumbre de un volcán. Comprendió que se trataba del vigía encargado de dar aviso al país de cuanto arribase por aquel sitio, e intentó mentalmente comunicarse con él para hacerle saber de su llegada. Inútil esfuerzo. Evidenciando la imposibilidad en que se hallaba de cumplir con la función que le era propia, el dormido vigía permanecía sin prestar atención a lo que acontecía en torno suyo. Recordando que México entero se encontraba dominado por un profundo letargo, Regina desistió en el empeño de dar aviso de su arribo.

La lancha que la conducía llegó al muelle y Regina saltó a tierra. Durante un buen rato permaneció inmóvil; luego, sin poderse contener, se arrodilló y tras de besar el suelo exclamó alborozada:

—Ya llega el día en que seremos nosotros. Ya llega el día en que viviremos.

Los trámites ante la oficina de migración fueron rápidos y sin contratiempo alguno, no así los efectuados en la aduana. Tras de larga espera, Regina fue informada de que su equipaje había desaparecido. Se trataba de su única maleta con enseres personales y unos cuantos objetos por los cuales sentía particular afecto. (La imagen de la Virgen de Guadalupe pintada en lámina que heredara de su madre, la tanka representando a la diosa Tara y algunos otros recuerdos del Tíbet.)

Regina vio en aquel suceso una lección indicándole que no debía identificarse con ninguna posesión de carácter material. Aun cuando percibía que el empleado aduanal estaba mintiendo al decirle que ignoraba dónde pudiera encontrarse su maleta, le sonrió amablemente y palmeándole la espalda manifestó que aquella pérdida no tenía por qué inquietar a nadie. Sin sentir disminuida en lo más mínimo la alegría que le producía el encontrarse en su país, la joven salió de la oficina aduanal.

Apenas había recorrido unos cuantos metros cuando Regina fue alcanzada por el empleado aduanal, quien portaba la desaparecida maleta. La indiferencia de la joven ante la pérdida de sus pertenencias había despertado las suspicacias del aduanero. Temeroso de estar cayendo en alguna trampa urdida para removerlo de su productivo cargo, había optado por devolver la valija que momentos antes robara.

A bordo de un taxi conducido por un parlanchín sujeto, Regina se trasladó al centro de la ciudad. Una vez conseguido alojamiento en el cómodo y económico hotel que le recomendara el chofer del taxi, la joven se dio a la tarea de recorrer librerías y de comprar en éstas toda clase de obras referentes a México, especialmente aquellas que contenían fotografías de antiguos monumentos arqueológicos.

El día siguiente de su llegada a Veracruz, Regina lo pasó instalada en una mesa del Café de la Parroquia, hojeando uno a uno su altero de libros. Un festivo y alegre ambiente predominaba por doquier. Incesante música de arpas, guitarras y marimbas, inundaba el espacio. Vendedores ambulantes portando los más diversos productos entraban y salían del local.

Fascinada, la Dakini recorrió con los ojos y la imaginación buena parte de los incontables monumentos arqueológicos regados a lo largo del territorio mexicano. Pirámides cuya fortaleza había logrado domeñar al tiempo, palacios poseedores de un misterioso atractivo, observatorios

que aún revelaban la profunda sabiduría alcanzada por sus constructores. Las fotos de aquellas antiquísimas construcciones ponían de manifiesto la existencia de todo un mundo poderoso y diferente, el cual se hallaba aletargado pero no muerto, semisumergido pero no sepultado.

El propósito de Regina al examinar aquella variada colección de imágenes, era el de localizar el lugar en donde se encontraba el aparato con el cual los antiguos mexicanos mantenían controlada la ensoñación generada por la Luna. En cuanto tuvo ante su mirada una foto de la Pirámide de la Luna edificada en Teotihuacan, comprendió que era ahí y no en otro sitio en donde debía darse la batalla que —en caso de ganarse— libraría durante seis meses a la humanidad de la cárcel del ensueño en que la Luna la mantenía presa.

Al efectuar su descubrimiento Regina llevaba ya algunas horas en el café y había hecho amistad con varios de los meseros y parroquianos. Al inquirir sobre los medios que debía utilizar para trasladarse a Teotihuacan, fue informada de que existía un ferrocarril que partiendo diariamente del puerto de Veracruz llegaba a la ciudad de México pasando antes por un sitio cercano a la zona arqueológica de su interés. Junto con estos datos la joven obtuvo una enorme cantidad de información sobre los más diversos temas: la ciudad de Veracruz era tres veces heroica porque sus habitantes habían luchado con las armas en la mano en contra de tres invasiones extranjeras; tanto las autoridades del puerto, como las del estado y las de toda la Nación, eran corruptas e ineptas; el equipo de beisbol de la localidad era el mejor del país y un veracruzano de apellido Fuente y de sobrenombre “el Pirata”, había sido —a juicio de los informantes— el mejor futbolista del mundo entero.

Antes de salir del Café de la Parroquia, Regina se dio el gusto de hacer algo que había estado deseando todo el día. Con la complacida anuencia de los integrantes de un conjunto musical se incorporó al mismo para aprender a tocar la marimba. Unas cuantas explicaciones y un poco de práctica le permitieron estar en posibilidad de arrancar melodiosos acordes a las finas maderas del instrumento. La concurrida clientela no se concretó a premiar con nutridos aplausos su musical actuación, sino que organizó en forma espontánea una colecta para pagar el importe de su nota de consumo. Los grandes ojos azules de Regina despedían fulgores de júbilo al abandonar el café.

A la mañana siguiente Regina donó a una escuela todos los libros que comprara dos días antes, luego se dirigió a la estación de ferrocarriles y abordó el que estaba por salir a la ciudad de México. Había decidido dirigirse de inmediato a Teotihuacan y permanecer en algún hotel próximo a la zona arqueológica, aguardando a que transcurriesen los escasos días que faltaban para el Equinoccio de Primavera.

Conforme avanzaba el convoy ferroviario, el paisaje que contemplaban los viajeros iba variando cual gigantesco kaleidoscopio. En el inicio predominaban extensas y cultivadas sabanas entremezcladas con abruptas regiones de exuberante vegetación tropical. Posteriormente, al dar comienzo un ininterrumpido ascenso, el panorama cambiaba para dar lugar a una multicolor sucesión de valles, barrancos y cañadas.

Al llegar a la ciudad de Orizaba el ferrocarril hizo una prolongada parada. Regina descendió a estirar las piernas y a contemplar la majestuosa figura del alto pico montañoso que se erguía en el horizonte. Se trataba del mismo volcán que observara desde el barco. Colosal vigía encargado de custodiar una de las fronteras marinas de México.

—¿Cuál es el nombre de ese volcán? —preguntó Regina a un muchacho que vendía frutas.

—Citlaltépetl —respondió el interrogado.

Al escuchar aquella palabra proferida en el idioma que aprendiera de labios de su madre, la joven sintió una viva emoción. Con recia voz y hablando en náhuatl, formuló súplicas y reproches al adormilado gigante, instándolo a despertarse. Todo fue en vano. El volcán permaneció sumido en su inconsciencia. Una docena de curiosos habían rodeado a Regina y la observaban con miradas cargadas de extrañeza. La Dakini se reprochó a sí misma por lo que acababa de hacer. Sabía perfectamente que todo el país estaba dormido y que así continuaría mientras no se realizase el ritual destinado a poner fin a esa situación; resultaba, por tanto, del todo ingenua su actitud de pretender dialogar con quien no podía escucharla.

Dando media vuelta Regina se encaminó de regreso al ferrocarril. No retornó sola. Le siguió una pareja de ancianos campesinos que viajaban en el mismo tren pero en otro vagón. Sus morenos y arrugados semblantes denotaban un respetuoso afecto. Hablando en náhuatl saludaron a Regina y le manifestaron la agradable sorpresa que habían experimentado al escuchar sus palabras. Ellos tambien sabían que el volcán dormía y que de ello se derivaban graves males, pues el Citlaltépetl era el encargado de vigilar que no arribasen provenientes del mar personas o cosas que pudiesen dañar al país. Sin embargo, todo esto parecía haber sido olvidado por las nuevas generaciones, las cuales se desentendían cada vez más de los antiguos conocimientos y de las viejas tradiciones.

Los ancianos dieron término a la plática invitando a Regina a pasar unos días en su modesto jacal, ubicado en la población tlaxcalteca de Huamantla. La joven vaciló al principio pero concluyó por aceptar la propuesta, considerando que la grata compañía de aquella pareja resultaría mucho mejor que la frialdad de un hotel para aguardar la ya cercana fecha en que habría de intentar romper la cárcel de la Luna.

La locomotora se detuvo tan sólo unos minutos en la estación ferroviaria de Huamantla. Regina, la pareja de ancianos y unos cuantos pasajeros más descendieron al andén cargando bultos de todos tamaños. La ancha mole de la Malinche, voluminosa montaña de crestadas cumbres, era dueña y señora del paisaje.

Tres noches y sus correspondientes días permaneció la Dakini como huésped de la gentil pareja campesina. Su estancia en Huamantla y los paseos que efectuara por poblados aledaños habrían de resultarle particularmente útiles, tanto para iniciar sus primeros contactos con la población indígena, como para empezar a reflexionar sobre las características fundamentales que singularizaban a su país. A pesar del escaso tiempo transcurrido a partir de la fecha de su retorno, la superior sensibilidad e intuición de Regina, le habían llevado ya a percatarse del trascendental y complejo proceso de fusión étnica y cultural que de siglos atrás venía ocurriendo en México. Producto de dicho proceso lo era la mayoritaria población mestiza del país, cuya conciencia de identidad resultaba aún incipiente a causa de la inmadurez propia de la juventud. Existía, por otra parte, la población indígena poseedora de profundas y sólidas raíces, pero afectada por la decrepitud y anquilosamiento. A juicio de Regina, lo único que podía garantizar la feliz culminación de aquel proceso de fusión era el surgimiento de una enriquecida identidad nacional, basada en un consciente rescate de las antiguas raíces indígenas y en la aportación igualmente

consciente de elementos venidos de fuera, pero para que ese rescate y esa aportación fueran en verdad conscientes se requería de la creación de toda una nueva Cultura, labor de imposible realización mientras el país continuase durmiendo, pues la inconsciencia propia del estado de ensueño era justamente lo contrario de la necesaria lucidez de conciencia que se requería para dar origen a una nueva Cultura.

En la mañana del miércoles 20 de marzo, Regina abordó un autobús rumbo a Teotihuacan. El ambiente era frío y brumoso. Al tiempo que la mañana y el vehículo avanzaban, los cerrados nubarrones comenzaron lentamente a disiparse. Los jirones de nubes que envolvían la silueta de dos ciclópeas montañas se esfumaron, dejando ver una pareja de volcanes de singular figura. Al contemplar aquellos gigantescos seres de nieve y rocas, el corazón de Regina dio un vuelco y su pulso comenzó a latir aceleradamente. Con esa superior certeza que se alcanza únicamente en contadas ocasiones comprendió que se hallaba ante la más antigua y sagrada pareja de habitantes del país, los dos poderosos seres que si ella lograba despertar tomarían a su cargo la misión de iniciar el renacimiento de México.

Un incontenible grito de júbilo escapó de labios de Regina. Todos los pasajeros volvieron sus miradas hacia la joven, sin lograr adivinar la causa de aquel grito.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Regina a su compañero de asiento, al tiempo que señalaba hacia la pareja de montañas.

—El Popo y el Iztla.

—¿Cómo?—El Popocatépetl y el Iztaccíhuatl.

—¡Oh, qué nombres tan acertados!

Presa aún de febril excitación, Regina tomó su pequeña maleta y llegó hasta el lugar del chofer.

—Perdone. ¿Qué falta mucho para llegar a Teotihuacan?

—No, sólo unos cuantos kilómetros.

—¿Cuánto haría yo caminando de aquí allá?

—Una o dos horas.

—Entonces por favor déjeme bajar, pues quiero al menos ver a los volcanes con toda calma ya que no puedo hablar con ellos.

El autobús se detuvo y la joven descendió en medio de la carretera. Le acompañó un murmullo de voces generado por las opiniones de los pasajeros. Al parecer éstas se habían unificado y coincidían en calificar a Regina como una bella demente escapada de algún manicomio.

El paraje era solitario y semidesértico. Tan sólo nopales y magueyes crecían en aquel suelo tepetatoso. Regina se alejó un poco de la carretera y sentándose en posición de loto se dedicó a contemplar con todo detenimiento a la monumental representación de la dualidad creadora que tenía frente a sí.

Pese a su letargo dimanaba de la pareja de volcanes una fuerza indescriptible. Esa energía sutil que sólo poseen seres de elevado espíritu y gran antigüedad. Transcurrido un tiempo la joven tuvo que hacer un esfuerzo para vencer el deseo de prolongar indefinidamente su estática contemplación. Poniéndose de pie tomó su maleta y emprendió la caminata, siguiendo la dirección de la carretera pero sin marchar a la vera de ésta.

La tarde declinaba cuando Regina llegó “al lugar en donde los hombres se convierten en dioses”. Le aguardaba un nuevo asombro. El desnudo esqueleto de la milenaria Teotihuacan seguía testimoniando la olvidada existencia de una cósmica arquitectura. Todo era grandiosidad y armonía. Con reverente actitud la Dakini deambuló por las derruidas edificaciones. Habiendo iniciado su recorrido en la pirámide ornamentada con alternadas esculturas a Tláloc y Quetzalcóatl, fue avanzando a través de la denominada Calzada de los Muertos. A lo lejos, proveniente de la Pirámide de la Luna, se escuchaba en forma ininterrumpida un ritmo acompasado producido por el recio golpetear de dos tambores. A intervalos regulares se dejaba oír el ronco sonar de dos caracoles. Emocionada, la joven comprendió que aquellos instrumentos tocaban para ella, como una señal de que no todos los habitantes de México dormían, sino que había quienes la aguardaban expectantes, deseándole a través de aquel musical mensaje la mejor de las suertes en la prueba crucial a la que habría de enfrentarse.

Era ya de noche cuando Regina llegó a las proximidades de la Pirámide de la Luna. Tambores y caracoles seguían resonando sin cesar. La joven buscó un lugar en donde permanecer a la espera de la medianoche y se introdujo a tientas por entre las ruinosas habitaciones del Palacio de Quetzalpapalotl. En un determinado momento presintió que se encontraba justo en el sitio que antaño ocupara un oculto y sagrado recinto. Extrayendo de su maleta las dos femeninas imágenes religiosas que le acompañaban desde pequeña, las colocó frente a ella y comenzó a orar.

Durante largo rato Regina estuvo orando con intenso fervor. Minutos antes de la medianoche tambores y caracoles dejaron de sonar dando lugar a un profundo silencio. La Dakini se santiguó, guardó las imágenes en su maleta y dejó ésta recargada junto a un muro. Con pausado andar salió del edificio, descendió unos cuantos escalones y atravesó una plazuela hasta llegar a la base de la ancha escalinata de piedra que conduce a la cumbre de la Pirámide de la Luna. En medio de la oscuridad de la noche la monumental construcción resaltaba aún más su enigmático y retador aspecto. Sin vacilación alguna Regina inició el ascenso.

Al país de las águilas su reina volverá
la cárcel de la Luna precisará romper

Capítulo IV

La prueba de la Tierra o la cárcel de la Luna

Después de haber realizado en el pasado, tantas veces con éxito, la síntesis de varias culturas autóctonas, México puede lograr felizmente la de una civilización latino-india unida por una doble filiación a los constructores de Roma y a los de Tenochtitlan.

JACQUES SOUSTELLE,
Los Cuatro Soles.
Origen y ocaso de las culturas

La cárcel de la Luna precisará romper.

1

Guardianes de otros tiempos

Paso a paso, Regina fue ascendiendo por la empinada escalinata. En el tenso silencio de la noche sus pisadas resonaban con multiplicado acento. Desde el primer momento la pirámide dejó sentir su oposición al ascenso que se pretendía, manifestándose como lo que en realidad era: el más gigantesco acumulador de energías negativas existentes sobre la Tierra. A cada escalón que adelantaba, la Dakini sentía que una fuerza de un poder incalculable y siempre creciente se oponía a su avance. Cuando llegó a la mitad de su recorrido, la densidad alcanzada por las energías negativas era ya superior a la de una gruesa muralla de acero. Regina se vio forzada a detenerse.

En la cúspide del monumento, los Cuatro Auténticos Mexicanos que en ella aguardaban se habían percatado de todo lo ocurrido. Jubilosos, percibieron primero la llegada de una persona a la base de la pirámide. Después, con el corazón desbordante de alegría, escucharon los pasos que se aproximaban a la cumbre. Vino luego la gradual paralización del ascenso hasta llegar a su completa detención. Los Cuatro Auténticos Mexicanos eran ahora una sola y desesperada angustia.

—El emperador nos necesita. Acudamos en su ayuda —exclamó don Miguel con alterada voz mientras trataba de ponerse en pie. Ingenuo propósito; le habría sido más fácil detener el movimiento de rotación del planeta. La energía que emanaba de la pirámide poseía una fuerza al parecer insuperable. El Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl se vio obligado a permanecer inmóvil, con las facciones demudadas a causa de la ira motivada por su total incapacidad de acción.

El tiempo transcurría y la situación se mantenía inalterable. Los cuatro paralizados seres comprendieron lo que estaba ocurriendo. Era evidente que el intento de liberar a los seres humanos de las cadenas de la ensoñación lunar había fracasado. Sin embargo, resultaba igualmente evidente que quien había efectuado dicho intento no estaba dispuesto a reconocer su derrota y retirarse. De seguro se trataba de un ser poseedor de una voluntad inquebrantable, resuelto a no darse por vencido mientras poseyera un hálito de existencia.

A pesar de lo dramático de las circunstancias, don Uriel estuvo a punto de reír. Imaginaba la sorpresa que se llevarían al día siguiente los visitantes de la zona arqueológica, cuando se percatasen de que la Pirámide de la Luna había sido reactivada pero no controlada, y que a resultas de ello, cuatro inmovilizadas personas aguardaban en la cumbre del monumento la muerte por inanición, al tiempo que otra continuaba tercamente aferrada en llevar a cabo un imposible ascenso hacia la cúspide.

Don Uriel interrumpió sus reflexiones al presentir que estaba por acontecer algo del todo inesperado. En el ambiente se percibía con toda claridad la existencia de misteriosas fuerzas a punto de manifestarse. Un solo vistazo a los rostros de sus compañeros le bastó para saber que éstos tenían una sensación idéntica a la suya y que ignoraban igualmente lo que iba a suceder.

En su estado ordinario, resulta imposible a la conciencia humana superar la falsa concepción del tiempo que le lleva a dividir éste en pasado, presente y futuro, impidiéndole comprender que en realidad existe sólo un Eterno Presente. Una importante prueba de que lo que comúnmente denominamos pasado jamás desaparece, la constituye la presencia siempre actuante de los seres que en pretéritas épocas han alcanzado una elevada espiritualidad. Y en aquella trascendental noche, convocados por la indomable voluntad de Regina, los Auténticos Mexicanos de todos los tiempos iban a pasar lista de presente.

En un principio ni la propia Regina alcanzó a darse cabal cuenta de lo que acaecía. Pugnando una y otra vez por traspasar la barrera de energías negativas que le cerraba el paso, mantenía centrada íntegramente su atención en proseguir la lucha. De repente comenzó a sentir que ya no estaba sola, sino que a su lado se iban agrupando poderosos seres que acudían en su ayuda. Muy pronto le fue posible contemplar las inmateriales pero perceptibles figuras de los recién llegados. Se trataba de seres provenientes de antiguas Edades de Oro en las que México alcanzara singular grandeza, como los dos milenios anteriores a la caída de Tula y otras épocas aún más remotas, de las que la historia comúnmente conocida no conserva ya memoria alguna.

Guardianes de otros tiempos a su lado vendrán
y unidos todos juntos la batalla darán.

El increíble agrupamiento constituido en torno a Regina se acrecentaba a cada instante. Hombres y mujeres de muy distintos rasgos, unificados por la luz que bañaba sus rostros y que parecía irradiar de su interior, transmitían a la auténtica Soberana del País de las Águilas toda la fortaleza espiritual que, a resultas de los esfuerzos por ellos realizados, se había acumulado en dicho país a través de incontables milenios. Regina avanzó un paso y todo el pasado sagrado de México avanzó con ella. La noche entera vibraba con el eco de las firmes pisadas de la joven. Ante la fuerza incontrastable de los que ascendían, la barrera de energías negativas era ahora mucho menos que nada.

Al llegar a la cumbre los guardianes de otros tiempos se esfumaron y Regina se encontró de improviso frente a cuatro sujetos sentados en el suelo que la contemplaban estupefactos.

—Buenas noches —exclamó con amable acento—. Supongo que me estaban esperando.

Cual impulsados por un resorte, los integrantes del cuarteto se incorporaron al unísono. Sus rostros eran la imagen misma de la sorpresa y el desconcierto. Tras unos momentos de embarazoso silencio, la innata curiosidad de don Gabriel le llevó a buscar el diálogo.

—Buenas noches. ¿Viene usted sola?

—Sí, ¿con quién más esperaban que viniera?

—Aguardábamos el retorno del emperador, de nuestro señor Cuauhtémoc —replicó don Miguel con severa entonación.

Al escuchar aquel nombre, Regina sintió una especie de llamado a lo más profundo de su

conciencia. En forma espontánea e inexplicable para ella misma, brotó de sus labios una lacónica respuesta:

—Soy yo.

El cuarteto se transformó al instante en un compacto sentimiento de incredulidad y desconfianza. Sus inquisitivas miradas escudriñaban a la joven con mayor aspereza que cuchillos de obsidiana. Con palabras que amalgamaban altivez y modestia, Regina afirmó:

—Por favor, perdónenme. En ocasiones surgen en mi interior sentimientos y recuerdos que no sé de dónde provienen. Si dije algo que pudiera ofenderles, les suplico me disculpen. Mi nombre es Regina. Soy la Reina de México y sé muy bien cuál es la misión que me corresponde tratar de cumplir. Seguramente ustedes son los únicos Auténticos Mexicanos que existen en el país. Necesitaré de su valiosa ayuda, pero no voy a pedírsela. Ésta es una decisión que les corresponde sólo a ustedes.

Tras de afirmar lo anterior, Regina se dio media vuelta con la clara intención de retornar sobre sus pasos. La voz de don Uriel la retuvo:

—Por favor, no se vaya, quisiéramos hablar con usted.

La joven giró de nuevo. Del unificado rostro del cuarteto había desaparecido la desconfianza, prevalecía aún el desconcierto.

—Comprenda nuestra confusión —dijo don Rafael con el afectuoso acento que le era característico—. No esperábamos a una reina sino a un emperador.

—¿Eso significa que me reconocen como la Reina de México y que me ayudarán a cumplir mi misión?

El cuarteto guardó silencio unos instantes. Uno a uno, sus integrantes fueron dando su personal respuesta a la pregunta:

—Sí —respondió don Uriel en primer término.

—Sí —afirmó don Rafael.

—Sí —prosiguió don Gabriel.

—Sí —concluyó don Miguel.

El rostro de Regina se iluminó de alegría. Con un ademán indicó a sus acompañantes que tomasen asiento en el suelo, lo cual hizo ella también quedando frente a éstos.

—¿Qué era lo que tenían pensado hacer una vez llegado el emperador? —interrogó Regina.

—El país ha estado sin un auténtico gobierno desde hace siglos —respondió don Miguel—. Queríamos que fuera al sitio que le corresponde: el Palacio Nacional. Ahí le llevaremos a usted ahora mismo para que comience a ejercer su mando sobre todos los mexicanos.

—¿Pues qué existen otros Auténticos Mexicanos aparte de ustedes?

—No —respondieron los cuatro.

—¿Entonces para quién gobernaré? La real autoridad sólo existe para seres verdaderos. Si ustedes son los únicos Auténticos Mexicanos y me reconocen como la Reina de México, no necesito vivir en un palacio, más bien creo que me resultaría incómodo. Tenemos por delante mucho trabajo y muy poco tiempo para hacerlo.

—Mencionó usted que venía a realizar una misión —dijo don Gabriel—. ¿Podemos saber cuál es y si nos permitirá tratar de ayudarla?

—Por supuesto que sí. Creo que ustedes se dan perfecta cuenta de que México está dormido. Necesitamos comenzar a despertarlo y sólo disponemos de seis meses, justo el tiempo en que esta pirámide estará neutralizando las energías negativas provenientes de la Luna.

—¿Cómo podremos lograrlo? —preguntó don Gabriel.

—Efectuando un ritual que despierte a los dos seres más poderosos del país: el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl. Cuando ellos despierten tomarán a su cargo la tarea de reactivar la dormida conciencia de las demás montañas del país, las cuales, a su vez, irán haciendo poco a poco lo mismo con todo el territorio. Cumplido esto, tarde o temprano, los habitantes humanos terminarán por despertar y México podrá de nuevo cumplir con su sagrada misión de colaborar al desarrollo del Universo.

—¿Usted tiene el poder suficiente para efectuar ese ritual? —inquirió don Miguel.

Regina asintió moviendo la cabeza con firmeza.

—Pues hay que iniciarlo de inmediato —concluyó rotundo el Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl.

—No es tan fácil —replicó Regina sonriendo—. Creo que ahora viene una etapa particularmente difícil en el trabajo que habremos de realizar, pues consistirá en no hacer nada, o más exactamente, en tener que estar esperando.

—¿Qué es lo que tenemos que esperar? —interrogó don Uriel.

—A que los sonámbulos me vean, a que el único despierto solicite mi ayuda y a que algunos de los mejores y de los peores nos presten su apoyo —respondió Regina. A continuación, comprendiendo que sus interlocutores no podían haber entendido el acertijo que acababa de formular, explicó:

—Seguramente ustedes saben muy bien que un ritual es siempre algo que supera a la humana comprensión. Su propósito es trascender el plano ordinario de nuestra existencia y establecer comunicación con lo divino. Aun cuando espero poder realizar el ritual que ponga término al letargo de México, estoy muy lejos de saber las causas por las que habrá que efectuar dicho ritual en una cierta forma y no en otra. El asunto es que no podemos hacer nada mientras no nos soliciten nuestra intervención. Para que esa solicitud se produzca, es imprescindible que al menos algunos de los habitantes del país se den cuenta de la grave situación en que éste se encuentra; entonces uno de ellos, o sea "el único despierto", habrá de pedirme que intervenga. Será también necesario que tanto algunas personas que son de lo mejor, como otras a las que se considere de lo peor, nos brinden su apoyo. Una vez logrado esto podremos iniciar el ritual.

Los recios semblantes de los Auténticos Mexicanos reflejaban idénticos sentimientos. A ninguno le agradaba la idea de no poder ejecutar acción alguna mientras no se produjesen las imprecisas condiciones a que aludía Regina. La joven trató de transmitirles su habitual optimismo:

—La cárcel de la Luna ha quedado rota, esto originará profundas repercusiones en una gran parte de los habitantes del país. Al verse libres de la ensoñación que les dominaba, comprenderán la postración en que se encuentra México, desesperadamente buscarán soluciones y de seguro darán con nosotros.

—Confiemos en que así sea —expresó don Uriel a nombre de todos.

Regina hizo un expresivo gesto con la mano indicando que daba por concluida la reunión. El

reencuentro entre los Auténticos Mexicanos y la legítima Soberana de la Nación se había producido y auguraba magníficos frutos. Aquella reunión era el primer verdadero acto de gobierno que se realizaba en el país después de más de cuatro siglos de impostura.

Los cinco ocupantes de la cumbre de la pirámide se pusieron de pie. Regina fue estrechando la mano y abrazando a cada uno de sus acompañantes, sellando así el pacto de colaboración establecido con ellos.

Se iniciaba un nuevo y esplendoroso día. La claridad del amanecer otorgaba una singular luminosidad a la ciudad sagrada, la cual parecía haberse percatado de lo que en ella estaba aconteciendo y vibraba con la misma poderosa energía de sus mejores tiempos. Teotihuacan y sus cinco moradores eran en aquellos instantes un testimonio irrefutable de la existencia de ese ser misterioso y sagrado llamado México.

2

Importantes hallazgos

Regina y los Cuatro Auténticos Mexicanos descendieron de la pirámide platicando animadamente. La joven les comentaba en tono de broma el profundo asombro que habían manifestado al verla por vez primera y darse cuenta que se hallaban ante una mujer.

Al llegar a la base del monumento observaron que en uno de sus costados se encontraba un hombre arrodillado. Se trataba de Simón, el Secreto Guardián de la Ciudad Sagrada, quien había permanecido de rodillas y orando toda la noche. Rápidamente llegaron a su lado. El anciano intentó levantarse pero los entumecidos músculos de sus piernas se lo impidieron. Tras levantarlo en vilo le recostaron junto a un muro. La joven le habló dulcemente, felicitándolo por su fidelidad en el cumplimiento de la tarea a su cargo. El semblante del Guardián reflejaba una profunda emoción. Sus ojos permanecían fijos en Regina y su paralizada lengua no atinaba a pronunciar palabra. Don Rafael le masajeó las piernas hasta que éstas recuperaron su natural movilidad.

Tras despedirse del Guardián, el grupo acompañó a Regina a recoger su maleta hasta el sitio en que ésta la dejara, luego se dirigieron al lugar donde se encontraba el automóvil de don Uriel. En el asiento de atrás se acomodaron don Rafael, don Gabriel y don Miguel. El lugar del volante fue ocupado por don Uriel y el de al lado por Regina. Emitiendo roncos sonidos, el volkswagen inició su marcha.

Don Uriel preguntó a Regina respecto a sus planes inmediatos y ésta respondió que deseaba establecerse en la ciudad de México, e iniciar cuanto antes la localización del sitio exacto donde habrían de llevar a cabo el ritual. Consideraba que lo más conveniente era que permaneciesen juntos mientras realizaban su misión, para lo cual sería necesario alquilar una casa en la que pudiesen instalarse todos con sus respectivas familias.

Regina sacó de su maleta un papel en donde venía anotado un nombre y dos direcciones. La joven explicó que las señas correspondían a las de una señora que había tenido una gran amistad con sus padres. Atendiendo a lo que éstos le contaran, dicha señora era propietaria de dos casas, una ubicada en la ciudad de México y otra en sus afueras. Regina confiaba en que si la señora no había muerto ni cambiado de direcciones, tal vez podría alquilarle alguna de sus casas.

Don Uriel pidió a Regina que leyese ambas direcciones para dirigirse a la más cercana. Ésta así lo hizo y el Heredero de la Tradición Olmeca comentó que, en efecto, una de las direcciones debía corresponder a la de un domicilio situado en la ciudad de México, pero que la otra no se encontraba en las afueras de ésta como Regina suponía, sino en un pequeño poblado ubicado a una

hora en automóvil de la capital del país.

Regina explicó que ella había nacido en aquel poblado,[1] y que por ello le hubiese gustado tratar de alquilar la casa en que naciera para utilizarla como centro de operaciones; sin embargo, en vista de que estaba un tanto alejada de la ciudad, estimaba que sería mejor intentar arrendar la otra casa.

Muy pronto el volkswagen llegó a las goteras de la inmensa aglomeración humana que constituye la capital de la República Mexicana. Al observar el humo de numerosas chimeneas, Regina opinó que a lo largo de su recorrido desde el puerto de Veracruz le había llamado la atención el poco cuidado que se tenía por respetar la pureza del ambiente y evitar la destrucción de los recursos naturales. Todos sus acompañantes expresaron con tristeza idéntica opinión: los actuales habitantes de México estaban procediendo sistemáticamente a su destrucción; habían deforestado los bosques, erosionado las tierras de labranza, malgastado los recursos no renovables y contaminado las aguas de ríos y lagos. El feroz proceso destructivo no tenía visos de disminuir y era seguro que muy pronto alcanzaría niveles impredecibles. La ciudad de México constituía el ejemplo más acabado de tan demencial conducta. Su increíble crecimiento estaba produciendo enormes daños a la ecología de toda la región, incluso el aire que la envolvía empezaba a convertirse en una amenaza a la salud de sus moradores.

La gravedad de los males que se comentaban no hizo sino resaltar aún más la trascendental importancia de la tarea que les aguardaba. Tanto la Reina de México como sus cuatro colaboradores comprendían muy bien que la única causa que originaba tan variadas desgracias era la inconsciencia de los habitantes del país, misma que no comenzaría a disiparse mientras éste prolongase su letargo. Don Gabriel preguntó a Regina cuánto tiempo estimaba ella que transcurriría entre uno y otro acontecimiento, o sea entre el despertar del país y la conscientización de sus habitantes.

Es difícil precisarlo —respondió la joven—. Se trata en ambos casos de procesos graduales y un tanto lentos juzgados con la dimensión del tiempo humano. Una vez que las montañas hayan despertado a todo el territorio, éste vibrará en forma diferente. La gente percibirá esas vibraciones y su actitud irá variando poco a poco; recuperarán primero un sentimiento de respeto a cuanto les rodea y posteriormente alcanzarán una nueva concepción del sentido religioso, sagrado de la existencia.

Conforme el auto se adentraba en la ciudad, el tránsito de vehículos se incrementaba de continuo hasta llegar al congestionamiento. Avanzaban a lo largo de la Avenida de los Insurgentes, extendida arteria que atraviesa de norte a sur la capital mexicana. Repentinamente, Regina tuvo una corazonada:

—¿A dónde era que ustedes habían pensado llevarme? —preguntó.

—Al Palacio Nacional —respondió don Miguel.

—Bueno, pues vamos de una vez, algo me dice que debo conocer el lugar donde se encuentra ese palacio aun cuando no vaya a vivir ahí. Después iremos a visitar a la señora amiga de mis padres.

Atendiendo a los deseos de Regina, don Uriel condujo el auto directamente hacia el centro de la ciudad. Unas cuadras antes de llegar a su destino dejaron el vehículo en un estacionamiento.

Caminando entre calles pletóricas de gente en las que abundaban edificios de oficinas y establecimientos comerciales de muy diversa índole, el grupo se fue aproximando a su objetivo. A cada paso que daba, la joven sentía con mayor fuerza la impresión de estarse acercando a un sitio dotado de excepcionales poderes. Oleadas de energía de intensidad siempre creciente recorrían su organismo. No era una energía que se opusiera a su avance, antes al contrario, parecía urgirle a que llegase de inmediato. Al finalizar la calle se ofreció a la vista de Regina una clara panorámica de la Plaza de la Constitución, conocida popularmente con el nombre de el Zócalo. Una inmensa explanada flanqueada por imponentes edificaciones: la Catedral Metropolitana, el Palacio Nacional, los edificios sede de las autoridades de la ciudad y otros más que contribuían a integrar un armónico conjunto de magníficas construcciones.

Apenas comenzaba a observar el espectáculo que se presentaba ante su mirada, cuando Regina sintió que la vigorosa energía proveniente del centro de la plaza alcanzaba una indescriptible intensidad. Sin que tuviese oportunidad de tratar de entender lo que estaba pasando, la Reina de México se sintió súbitamente transportada a otro tiempo, permaneciendo sin embargo en el mismo espacio en que se encontraba. Todo el paisaje varió sustancialmente en un segundo. Se hallaba en el centro de un pequeño islote y una interminable laguna de cristalina pureza se extendía por doquier. Junto a ella estaba un anciano cuyas enérgicas facciones y penetrante mirada denotaban al auténtico caudillo, capaz de forjar naciones y guiar a sus habitantes a la conquista de elevadas metas. Atrás del anciano y de Regina, llenando el islote y ocupando numerosas canoas agrupadas en torno al mismo, se apretujaba una gran multitud de personas que observaban, expectantes y reverentes, lo que frente a ellas acontecía.

Encima de un nopal de rojas tunas, una enorme águila combatía ferozmente con una ondulante serpiente. Las desplegadas y vibrantes alas del ave denotaban la intensidad de la lucha. Al sentirse derrotado el avieso reptil intentó vanamente zafarse de las garras que le atenazaban. Concluido el encuentro con la rotunda victoria del águila, ésta emprendió el vuelo hasta perderse en lo alto del cielo.

La percepción del pasado desapareció tan súbitamente como se había presentado. Regina se encontró de nuevo contemplando la Plaza de la Constitución. El sonido producido por los motores de incontables vehículos inundaba el espacio. Verdaderos ríos humanos deambulaban por todas partes. Un numeroso grupo de turistas norteamericanos atravesaba la plaza caminando en ordenadas filas.

Sin reponerse aún de la singular experiencia que acababa de tener, Regina se oyó decir a sí misma:

—Éste es nuestro centro. Éste es el lugar donde el águila despliega sus alas y devora a la serpiente. Será aquí donde realizaremos el ritual que despertará a México.

Los Cuatro Auténticos Mexicanos escucharon gratamente sorprendidos las afirmaciones de Regina, pues éstas implicaban que el primer objetivo a lograr mencionado por ella —la localización del sitio exacto donde tendría lugar el ritual— había sido alcanzado.

Cuando los automóviles se lo permitieron, los integrantes del quinteto cruzaron la avenida que les separaba de la plaza y se internaron en ésta. Justo en el centro de la enorme explanada ondeaba una gigantesca bandera. Regina llegó al pie del estandarte y abriendo los brazos para señalar el

amplio espacio que la circundaba, exclamó:

—Todo esto será el altar, tendremos que limpiarlo primero, está tan sucio.

Los acompañantes de la joven intercambiaron miradas de extrañeza, pues la gran plancha de asfalto lucía impecablemente limpia. Al percibir las miradas, Regina explicó:

—Éste es el sitio donde brota la energía que mantiene unido al país, algo así como un gran manantial del que fluye sin cesar una poderosa corriente, pero al parecer hace muchísimo tiempo que nadie se ocupa de controlar y encauzar esta energía; es por ello que todo esto luce, en su verdadera esencia, terriblemente descuidado y sucio.

—Ya le dije a usted que hace siglos que México no tiene gobernantes, malamente podían saber de los asuntos sagrados de nuestro país los farsantes que sólo entienden de robar al pueblo —dijo don Miguel señalando acusadoramente hacia el Palacio Nacional.

La mirada de Regina recorrió con escrutadora atención la recia y austera fachada del Palacio. El pulso de la joven se aceleró al observar que encima de la puerta central del edificio había un nicho que contenía una campana.

—Tal vez hoy sea nuestro día de suerte —afirmó alborozada señalando hacia la campana—. Hay que encontrar cuanto antes los instrumentos musicales que necesitaremos para el ritual y uno de ellos es una campana sagrada.

—Ésa es la campana con la que el padre Hidalgo convocó al pueblo para iniciar la Guerra de Independencia —dijo don Uriel.

A grandes pasos el quinteto recorrió media plaza para contemplar lo más cerca posible la campana objeto de su atención.

—No, no es la que necesitamos —afirmó Regina tras de larga observación—. Sí es un instrumento sagrado, pero fue hecho para despertar la conciencia de los seres humanos y no la de las montañas.

—Ahí hay muchas campanas —indicó don Uriel señalando hacia las altas torres de la Catedral.

—Pues vamos a verlas —exclamó Regina—. ¿Sería posible subir a las torres para examinarlas de cerca?

—Espero que sí —respondió don Uriel—. He trabajado muchas veces en el templo haciendo reparaciones y conozco a varios de los sacerdotes.

Nuevamente el quinteto se puso en marcha, caminando directo hacia la cercana e imponente construcción de la Catedral Metropolitana.

Al momento mismo de penetrar en el santuario, Regina tuvo idéntica sensación a la que experimentara al llegar al templo taoísta de Chengtu transformado en prisión. El estilo arquitectónico en que habían sido edificados ambos templos no podía ser más diferente; sin embargo, el propósito que guiara a sus respectivos constructores había sido el mismo. Al igual que el monasterio chino, la Catedral mexicana constituía un gigantesco instrumento musical poseedor de una misteriosa capacidad de resonancia. Regina tuvo que contenerse para no manifestar su alegría dando una voltereta en el aire. Con el rostro resplandeciente musitó quedamente a sus acompañantes:

—Éste ha sido nuestro día, aquí se encuentra el instrumento sagrado que utilizaremos en el

ritual.

—¿Qué no buscaba usted una campana? —inquirió don Gabriel.

—Sí, también la necesitaremos, pero será precisamente para producir cierto tipo de resonancia en un instrumento sagrado que debe estar en alguna parte de este templo.

—¿Qué clase de instrumento? —preguntó el Guardián de la Tradición Maya.

—Uno muy grande hecho con unos como tubos.

Tal vez sea éste —afirmó don Rafael, señalando los enormes tubos de uno de los monumentales órganos situados en la parte central de la iglesia.

—No, no es —respondió Regina—. Ese órgano es fabuloso, pero supongo que es europeo y lo que buscamos es chino. Los antiguos alquimistas chinos poseían el secreto para elaborar unos instrumentos musicales sagrados que operan por resonancia, los cuales producen vibraciones de tal sutileza que activan la conciencia misma de los chakras de la Tierra.

—Creo que sé dónde está ese instrumento —exclamó don Uriel—. Es por aquí.

El grupo avanzó tras el Supremo Guardián de la Tradición Olmeca, hasta llegar donde se encontraban unas altas rejas de metal que cerraban el paso al interior del coro.

—Sí, éste es —dijo la joven con voz que denotaba una gran emoción, mientras permanecía con la vista clavada en la esbelta estructura de la reja metálica de color verdoso; luego, como si hablara tanto para sus acompañantes como para ella misma, Regina dijo:

—¿Saben una cosa? Durante años detesté a los chinos y a cuanto tuviera que ver con ellos, después viví en China y aprendí primero a respetar y posteriormente a querer a sus habitantes. Son tan especiales. Tienen una paciencia insuperable. Preparar el metal que se utilizó para hacer estas rejas debe haber llevado varios siglos. Están hechas de una aleación de oro, plata y cobre. El secreto se encuentra no sólo en la exacta proporción en que han de mezclarse estos metales, sino en el número de veces en que hay que refundirlos una y otra vez, siempre en determinadas fechas atendiendo a las posiciones de los astros. ¿Cómo y cuándo llegaron estas rejas hasta aquí?

—Es una larga historia —respondió don Uriel—. Las trajeron en la época de la Colonia, en el siglo XVIII. Fueron hechas en Macao, de ahí las llevaron a Manila y llegaron a México en la Nao de la China que venía cada año al puerto de Acapulco. Numerosos personajes de esa época unieron sus esfuerzos para lograr traerlas, fue necesario vencer muchas dificultades.

—Todas esas personas estaban ya trabajando para ayudarnos a realizar el ritual que despertará a México —afirmó Regina sinceramente conmovida ante aquella prueba de solidaridad espiritual que trascendía al tiempo—. De no ser por ellas no hubiéramos podido ni siquiera intentar iniciar nuestra misión.

—¿Cree usted que eran conscientes de lo que hacían? —preguntó don Miguel con un dejo de desconfianza.

—Tal vez no todos los que intervinieron, pero desde luego que quienes planearon y llevaron a cabo la complicada tarea de traer estas rejas sabían perfectamente lo que estaban haciendo. Y no sólo ellos, es evidente que toda esta Catedral fue construida con el deliberado propósito de hacer de ella un instrumento musical sagrado. El edificio es algo así como la parte de madera de un violín y las rejas vienen a ser las cuerdas. Nos falta tan sólo localizar el equivalente al arco del violín, que en este caso es una campana. No dudo de que la encontraremos.

Don Miguel iba a decir algo pero al parecer lo pensó mejor y optó por permanecer callado. Regina presintió que el Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl difería en algún punto respecto de lo que ella acababa de decir; estaba por pedirle que externara su posible discrepancia, cuando don Uriel les solicitó que le acompañaran a conseguir la autorización para subir a ver de cerca las campanas del templo.

Concedido el permiso, el grupo ascendió por las escalinatas que conducen a las torres de la Catedral. Contempladas a escasa distancia, resultaba posible apreciar el verdadero tamaño de las enormes campanas. Tras de examinar detenidamente cada una de ellas, Regina señaló la pesada mole de una de las mayores al tiempo que aseguraba:

—Ésta es la que buscamos.

Familiarizado desde su más temprana juventud en todo lo concerniente a la Catedral Metropolitana, don Uriel pudo identificar y dar detalles de la campana en cuestión.

—Se llama Santa María de la Asunción, es del siglo XVI y de las campanas de gran tamaño es una de las más antiguas que hay en todo México. Tiene grabadas inscripciones en latín. Siempre sentí que poseía un sonido muy especial, del todo diferente al de las demás.

—Bueno —exclamó Regina visiblemente satisfecha—, tenemos ya el lugar y los instrumentos sagrados para efectuar el ritual. En cuanto se den los requisitos necesarios comenzaremos a celebrarlo.

—Por cierto —dijo don Gabriel—, en todo ritual es importante el número de asistentes. ¿Cuántas personas, además de nosotros, deberán participar?

—Un mínimo de trescientos noventa y seis mil —respondió la joven.

En las miradas de los Cuatro Auténticos Mexicanos se dejó ver el asombro. Con voz que denotaba preocupación, el Guardián de la Tradición Zapoteca preguntó:

—¿Por qué tantos?

—Para el buen éxito del ritual será necesario concentrar, en un determinado momento, cierta clase de energía que sólo se genera por la conciencia de los seres humanos cuando ésta se encuentra funcionando activamente. Si existieran cuatrocientos Auténticos Mexicanos la energía generada por su conciencia sería más que suficiente para efectuar el ritual. En cambio no podría realizarse actualmente aun cuando se juntasen todos los millones de habitantes del país, están dormidos, prácticamente muertos para los efectos de poder generar la energía que se necesita en el ritual. Espero que esta situación cambie muy pronto. Al haber quedado rota la cárcel de la Luna le gente empezará a despertar y a darse cuenta de la realidad de las cosas. No llegarán desde luego a despertar del todo, pero al menos poseerán cierta capacidad de acción, la suficiente para intuir la importancia de los próximos acontecimientos y participar activamente en ellos. La energía que generan mil personas semidespiertas equivale a la que produce una plenamente consciente. Para poder efectuar el ritual se requiere la presencia de cuatrocientas gentes conscientes o de cuatrocientas mil semidespiertas. En vista de que hay cuatro completamente despiertas, ya sólo necesitamos que acudan al ritual trescientas noventa y seis mil que estén semidespiertas.

—Caray, no creo que vaya a ser tan fácil —dijo don Miguel.

—Ya veremos —concluyó Regina con manifiesto optimismo.

Después de deambular un buen rato por las azoteas de la Catedral —observando detalles de la construcción difíciles de apreciar desde la calle, como la original "linternilla" que corona la cúpula central— el grupo descendió al interior del templo. Regina opinó que sería conveniente orar dando gracias a Dios por los afortunados descubrimientos que acababan de realizar. Don Uriel dijo que conocía el sitio del santuario que a su juicio resultaba más adecuado para ello y los condujo a una cripta subterránea.

A la entrada de la cripta una yacente escultura marcaba el lugar donde se encuentran los restos de fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México. En igual forma, en las paredes del recinto se indicaba con placas metálicas la ubicación de los despojos mortales de los diferentes arzobispos que, a lo largo de los siglos, han ocupado la diócesis de la capital mexicana. Al centro de la cripta un sencillo altar lucía como único ornamento un crucifijo. La base en que se sustentaba el altar llamó al instante la atención de Regina. Se trataba de una piedra grabada con caracteres apenas apreciables que denotaban una gran antigüedad. Don Miguel se apresuró a dar respuesta a la silenciosa interrogante contenida en la mirada de Regina.

—Esa piedra es sagrada y es nuestra —afirmó contundente el Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl.

—Sí —dijo don Uriel—. Esa piedra proviene del Templo Mayor de los aztecas. Estaba en un lugar al que sólo podían entrar el emperador y el Cihuacóatl. Se utilizaba en la ceremonia de la coronación. El nuevo monarca permanecía orando frente a ella en la parte central de la ceremonia. Era el único día en que el pueblo podía verla. Al dar comienzo la construcción de la primera Catedral, una mucho más pequeña que ésta, se empleó para ser colocada como "la primera piedra".

—Es mucho más antigua que todo eso —afirmó don Miguel, evidentemente complacido de poseer sobre aquella cuestión más información que cualquier otra persona—. Los aztecas trajeron esta piedra de Tula y a su vez los toltecas la habían traído de Teotihuacan, pero ya entonces, cuando la ciudad sagrada era joven, la piedra era anciana. Viene de muy atrás, de otras Edades en que existieron Humanidades distintas a la actual. Es un objeto sagrado que otorga el poder únicamente a quien lo merece.

Concluida su explicación don Miguel guardó un reverente silencio. Las cinco miradas se mantenían fijas en la armónica unidad que integraban la legendaria piedra, la blanca losa de mármol del altar y el crucifijo. Sucedió entonces un hecho revestido de la grandiosidad y sencillez que caracterizan a los acontecimientos que en verdad poseen dimensión histórica.

Dando unos pasos Regina llegó hasta el altar y se arrodilló. A sus espaldas sus cuatro acompañantes se arrodillaron también. La joven extendió ambas manos y las yemas de sus dedos tocaron la áspera superficie de la piedra. Se produjo al instante un algo enigmático e inenarrable. Era como si de repente se hubiese desgarrado el velo que cubre la realidad y se pudiesen captar sin mayor esfuerzo todas las verdades ocultas. El altar, la piedra y el crucifijo, latían acompasadamente revelando así su auténtica naturaleza: constituía el palpitante corazón del país, el órgano que mantenía con vida el adormecido cuerpo de la nación.

Con voz firme y clara Regina exclamó:

—Om that sat.[2]

El corazón de México pareció detenerse momentáneamente para luego comenzar a latir en forma apresurada, como si estuviese haciendo un esfuerzo por transmitir al ser que se hallaba frente a él las secretas energías que dan origen a cada una de sus pulsaciones. Los ancestrales recuerdos, las insondables emociones y los vastísimos conocimientos acumulados por la conciencia nacional a través de incontables edades, le fueron comunicados a Regina en el breve lapso de unos cuantos minutos, durante los cuales la joven permaneció orando con una intensidad jamás alcanzada en toda su existencia. Aquello era la plena realización del verdadero propósito que diera origen en remotos tiempos a las ceremonias de coronación. La comunión entre el nuevo soberano y el corazón de su nación, objetivo ya olvidado desde hace siglos por las decadentes monarquías de los tiempos modernos.

Concluida la transmisión de recuerdos, emociones y conocimientos, el corazón del país recobró su ritmo habitual e imperceptible de palpitaciones. Regina se reincorporó. Sus acompañantes percibieron de inmediato que se había operado en ella una importante transformación. Sin haber perdido su sencilla naturalidad y atrayente simpatía, poseía ahora un manifiesto porte de auténtica majestad. Su nombre era ya la expresión de una verdad a todas luces evidente.

El quinteto salió del templo. Era pasado el mediodía y una luz vivísima bañaba la enorme plaza y los majestuosos edificios. Numerosas palomas revoloteaban en el atrio de la iglesia. El ir y venir de la multitud de personas que de continuo transita por el centro de la ciudad de México proseguía inalterable.

—Bueno —exclamó Regina esbozando una amplia sonrisa—. ¿Hasta cuándo me van a llevar a conocer “mi” palacio?

Sin apresurarse se encaminaron hacia la puerta más cercana del Palacio Nacional, la llamada Mariana. Penetraron por ella y a los pocos pasos dieron con una elevada y esbelta escalera que poseía una singular peculiaridad: sus peldaños no estaban sostenidos por soporte alguno, sino simplemente empotrados en la pared. Una vez más, don Uriel hizo las veces de guía de turistas.

—Esta escalera fue construida en la época de Maximiliano y Carlota, dos ilusos que en el siglo pasado soñaron ser emperadores de México. Carlota se negó a subir por aquí, estaba segura de que en cualquier momento se podía derrumbar. Los ingenieros Juan y Ramón Agea, que eran los que habían hecho la escalera, se pusieron debajo con sus familiares mientras una escolta de lanceros subía y bajaba a paso de carga. Sólo entonces Carlota se animó a subir.

Riendo y haciendo bromas sobre si la escalera podría sostenerles, el grupo ascendió por ésta. Don Uriel les guió luego por un amplio corredor hacia la sección central del edificio: un gran patio encuadrado por arcadas que conferían a toda la construcción un aspecto de armónica reciedumbre. Los muros de los largos corredores estaban decorados con murales. Eran éstos los que don Uriel quería mostrar a Regina.

Cada uno de los murales contenía una visión sintética de alguna de las antiguas civilizaciones mexicanas. Vestuarios y costumbres, arquitecturas y oficios, aparecían representados con vigoroso realismo y colorido. Se trataba sin lugar a dudas de una obra pictórica de magistrales características. Don Uriel sintió que los murales expresaban por sí mismos mucho más que lo que sobre ellos pudiera decirse y se abstuvo de intentar explicación alguna. Regina fue contemplando

detenidamente cada uno de los murales. Concluida su observación comentó:

—Realmente son extraordinarios. ¿Quién los pintó?

—Diego Rivera —respondió don Uriel.

—Me gustaría conocerlo.

—No es posible, ya murió.

—Entonces ojalá y pueda conocer otras de sus obras.

—Aún no terminamos de ver las pinturas de él que hay aquí en Palacio. En los muros de la escalera central hay otras.

Retornando por el mismo corredor que acababan de andar, se dirigieron hacia la ancha escalera central del edificio. Los altos muros situados a los costados de ésta contenían un apretado resumen de la historia de México, realizado según la muy personal interpretación del artista. Todo un mundo de imágenes en el que figuraban incontables personalidades aparecía representado con elocuente plasticidad.

—¡Oh! —exclamó asombrada Regina—. ¿Quiénes fueron todas estas personas?

—Héroes, villanos, ilusos, hay de todo —repuso don Uriel. Luego, señalando una figura del mural que lucía un ostentoso uniforme, añadió con despectivo acento:

—Ese tipejo se llamó López de Santa Anna, murió en el siglo pasado pero continúa siendo el ejemplo a seguir para los del PRI, la pandilla de delincuentes que desde hace años acapara de hecho toda la actividad política de México.

—¿Cómo es eso? —inquirió Regina.

—Para lograr mantenerse en la presidencia, la cual ocupó once veces, Santa Anna utilizó básicamente tres procedimientos: corrupción, traición y demagogia. Su desgobierno era corrupto hasta la médula, pero eso le proporcionaba precisamente el más completo apoyo de cuantos deseaban beneficiarse de la podredumbre. En cuanto a la traición, Santa Anna se pasó la vida diciendo encendidos discursos en contra de los extranjeros y aparentando combatirlos cuando éstos invadían al país. Todo era una farsa, en realidad se entendía siempre con los invasores para venderles parte del territorio nacional a precios más baratos que los que podía ofrecer cualquier otro traidor. Y por lo que hace a la demagogia, nadie le superaba para decir el mayor número de mentiras en el menor tiempo posible. Halagaba a pobres y a ricos prometiendo otorgarles cuanto le pedían. Fingía ser, según le convenía, liberal o conservador, que eran los dos partidos políticos de esa época. La verdad es que no tenía principios ni escrúpulos de ninguna especie. Lo único que lo impulsaba era la ilusión de sentirse poderoso. Ignoraba que era sólo un esclavo y que la posesión del auténtico poder ha estado siempre fuera del alcance de gente como él.

Regina escuchaba con profunda atención las explicaciones de don Uriel. Éste prosiguió:

—Los del PRI han superado a su maestro Santa Anna perfeccionando al máximo cada uno de sus métodos, con el agravante de que han creado un sistema que no está ligado a la existencia de una sola persona, sino que es institucional. La base de sustentación y el motor de dicho sistema es la corrupción. Cada seis años se produce una especie de poda que revitaliza a todo el aparato político. Un alto número de funcionarios públicos son desplazados de sus puestos. Abatidos y nostálgicos, dedicarán el resto de sus vidas a la añoranza del pasado y a la custodia de sus mal habidas fortunas. Sus lugares son prontamente ocupados por nuevas oleadas de funcionarios cada

vez más deshonestos e incompetentes. Atrás de los que entran aguardan largas filas de impacientes aspirantes, firmemente convencidos de que en cuanto les den la oportunidad superarán por un amplio margen las marcas de pillaje alcanzadas por sus antecesores.

Tras de breve pausa, motivada por el hecho de que el quinteto tuvo que ceder su lugar a un numeroso grupo de turistas que deseaban contemplar los murales, don Uriel continuó:

—En materia de traición, los del PRI han superado también a Santa Anna. Comprendiendo que si se ponían a vender el territorio nacional se les acabaría muy pronto el negocio idearon algo mucho más productivo. En lugar de vender el espacio del país, han comenzado a hipotecar su tiempo.

—¿Cómo es eso? —preguntó de nueva cuenta Regina.

—Muy sencillo, cada nuevo gobierno está incrementando en forma acelerada el ritmo de crecimiento de la deuda externa. A este paso muy pronto la deuda adquirirá tales proporciones que su pago se volverá imposible, y entonces será necesario destinar la mayor parte de los recursos nacionales al simple pago de intereses. Se habrá consumado así la peor de las traiciones: vender el futuro del país.

Ante la gravedad de lo que escuchaba, Regina intentó leer en los rostros de sus otros compañeros la aprobación o el rechazo a tan nefastas predicciones. Tres preocupados semblantes le hicieron saber que estaban en completo acuerdo con lo expresado por don Uriel. Éste finalizó su exposición:

—Todo ese bajo mundo de corruptos y traidores que integran la fauna política pretende disfrazarse con ropajes patrióticos. En su imposible intento por lograrlo emplean la demagogia a raudales. Al mismo tiempo que saquean a la población, los desgobiernos del PRI no cesan de decir que actúan siempre buscando el beneficio popular. Y al mismo tiempo que venden el país a los intereses extranjeros, atacan verbalmente a las mismas empresas y gobiernos con quienes realizan la venta. Francamente, no veo ni cómo ni cuándo vaya a terminar esto.

Cuatro pares de ojos se clavaron en Regina demandando una opinión. La Reina de México meditó unos instantes y luego dijo:

—Creo que el problema es siempre el mismo. La degradación de la organización política, al igual que la contaminación del ambiente y en general la destrucción de la ecología, no son sino manifestaciones de una misma causa: la actual carencia de conciencia que afecta a México. Por más vueltas que demos volvemos siempre a lo mismo. El país se encuentra en un estado de letargo semejante a la muerte y de ahí provienen todos sus males. No hay más que una verdadera solución, ésta es a largo plazo y sólo nosotros podemos iniciarla. Si tenemos éxito en nuestro intento de despertar a México las cosas empezarán a cambiar. Será en forma lenta pero segura. Las nuevas generaciones poseerán una creciente lucidez de conciencia. A resultas de esa lucidez no permitirán que sean los peores elementos de la sociedad los que ocupen los cargos públicos. Se invertirá el actual proceso de degradación y dichos puestos comenzarán a ser ocupados por personas cada vez más honestas y eficientes. Y así, llegará el día en que pueda de nuevo constituirse un auténtico gobierno. Una autoridad capaz de guiar al pueblo al encuentro de Dios.

La firme certidumbre con que Regina expresaba siempre sus convicciones era por demás contagiosa. Los cuatro rostros de los Auténticos Mexicanos reflejaban ahora un esperanzador

optimismo.

Con acento jovial que pretendía ser de reproche, la joven expresó:

—Oigan, ¿qué ustedes no acostumbran dormir ni comer de vez en cuando? Llevo más de veinticuatro horas sin dormir ni probar alimento, si no les molesta desearía encontrar un sitio donde comer.

—Discúlpenos —manifestó, apenado, don Rafael—. Estamos tan contentos de estar con usted, que no hemos sabido atenderla debidamente.

—Aquí cerca hay varios restaurantes —dijo don Uriel.

Dando por concluida su visita al Palacio Nacional, Regina y sus acompañantes descendieron por la escalera principal y salieron por la puerta central del edificio. Atendiendo a las sugerencias de don Uriel se encaminaron al hotel Majestic, cuyo restaurante, ubicado en una elevada terraza, permite una magnífica vista de toda la Plaza de la Constitución y de las construcciones que la circundan.

Al tiempo que comían con excelente apetito los integrantes del quinteto charlaban animadamente. Regina reiteró su satisfacción por tener ya localizados los instrumentos sagrados que habrían de requerirse al llevar a cabo el proyectado ritual. Señalando a la Catedral Metropolitana, la joven comentó:

—Creo que todos los mexicanos estaremos siempre en deuda con los constructores de esta Catedral. Se imaginan las enormes dosis de sabiduría y generosidad que hay acumuladas en ella. Durante varios siglos, tanto en México como en China, una larga cadena de personas consagraron sus vidas a ir logrando que este edificio llegase a ser lo que es. Ellas sabían que jamás verían el resultado de sus esfuerzos; sin conocernos, confiaron plenamente en nosotros. No podemos defraudarlos.

Las recias facciones de don Miguel dejaron ver un sentimiento de profunda discrepancia a lo expresado por Regina. La joven recordó haber observado idéntica expresión cuando se encontraban en el interior de la Catedral. En esta ocasión, el Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl no guardó para sí los motivos de su desacuerdo:

—Quienes dirigieron la construcción de esa iglesia fueron los españoles —afirmó cortante.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Regina extrañada.

Don Miguel se revolvió molesto en su asiento; después, sopesando cada una de sus palabras, externó sus pensamientos:

—Usted es la Reina de México, la única y legítima autoridad que hemos tenido desde la muerte del Emperador Cuauhtémoc; sin embargo, con el debido respeto, parece ignorar todo el daño que los españoles hicieron a nuestro país. La Conquista española fue algo atroz. El país entero fue arrasado en forma mucho peor que si hubiera sufrido un terremoto y todas las plagas juntas. Nuestros templos fueron destruidos y nuestros códices quemados. El antiguo saber tuvo que ser escondido, como si fuese cosa mala. La gente está desde entonces desorientada, confusa, no ha hallado la forma de volver a ser ella misma.

Don Miguel no dijo más, pero la expresión de su rostro revelaba todo el dolor y el resentimiento que había generado en el alma del pueblo náhuatl el trauma de la Conquista. Tal y como lo hiciera momentos antes frente a los murales del Palacio, Regina observó con profunda

atención las facciones de los otros mexicanos intentando descubrir si lo que acababa de oír expresaba el sentir de uno solo o la unificada opinión de todos. No le fue difícil concluir que tanto don Gabriel como don Rafael poseían sobre aquella cuestión criterio y sentimiento del todo semejante a los del Depositario de la Tradición Náhuatl. No era el caso de don Uriel, en cuya mirada se podían observar las encontradas emociones que dicha cuestión generaba en su interior.

Regina comprendió que se hallaba ante un problema particularmente delicado y que habría de mostrar sumo cuidado al externar una opinión, pues sus acompañantes tomarían ésta como la resolución dada por la Soberana de México a un asunto que al parecer mantenía escindida la conciencia nacional.

La mirada de la joven recorrió una vez más la Catedral, el Palacio Nacional y las otras construcciones que bordeaban la plaza. No eran simples edificios de grandes dimensiones. Era obvio que constituían la pétrea concretización de un espíritu excepcionalmente poderoso. Al observar el rostro de don Uriel, Regina captó en él la presencia de ese mismo espíritu. Comprendió entonces las trascendentales consecuencias del acontecimiento ocurrido en su país cuatro siglos atrás. Antes de dar a conocer sus conclusiones, formuló una inesperada interrogante:

—¿Me creerían si les dijese que puedo hablar con las plantas?

Los cuatro interlocutores de Regina movieron al unísono la cabeza en señal de asentimiento, manifestando así que no veían nada de raro en el hecho de que la Reina de México tuviese la facultad de comunicarse con los integrantes del reino vegetal. La joven explicó:

—Aprendí a hacerlo cuando estuve en el Tíbet, en un valle maravilloso de los Himalaya. Después me llevaron a China. Ahí trabajé como jardinera y me enseñaron el arte de los injertos. No me fue fácil practicarlo. Al hacerle un injerto a una planta ésta sufre terriblemente: una parte de su ser es destruida y su lugar ocupado por un cuerpo extraño, cuya asimilación se logra tras de un largo y doloroso proceso. Las plantas se quejaban conmigo y durante un tiempo me fue imposible efectuar injertos, hasta que llegó el día en que logré hacer comprender a las plantas que mediante este procedimiento podían lograr una superación y renovación completas.

Los Cuatro Auténticos Mexicanos escuchaban profundamente interesados, pero sin alcanzar a entrever hacia dónde quería llegar Regina. Ésta prosiguió:

—Las naciones en muchos aspectos son semejantes a las plantas. En ocasiones requieren de un injerto para renovarse. Es una operación dolorosa y difícil pero indispensable. Nuestra Nación pasó por esa dura prueba. Creo que necesitamos entender muy claramente la auténtica naturaleza de ese proceso, de lo contrario vamos a estar siempre lamentándonos por algo que fue lacerante, pero necesario y beneficioso.

La metafórica y botánica explicación utilizada por Regina había alcanzado su propósito. La cabal comprensión del pasado suscitó la plena unidad en el presente. El resentimiento no existía ya en los nobles semblantes de los Cuatro Auténticos Mexicanos. El primer problema planteado a la legítima Soberana del País de las Águilas había recibido una adecuada solución.

---

[1] La Aldea de los Reyes en el estado de México. Véase el inciso segundo del capítulo primero de esta obra: "El nacimiento".

[2] Yo soy tú mismo.

3

Calmecac en Chapultepec

Una vez que terminaron de comer, los integrantes del quinteto salieron del hotel Majestic y se encaminaron al estacionamiento donde habían dejado el automóvil. Al serles entregado éste, don Uriel se percató de que su volkswagen lucía una ostensible abolladura en la salpicadera derecha. De inmediato reclamó el desperfecto, pero los empleados del estacionamiento, mintiendo con el mayor aplomo, respondieron que el automóvil tenía ya dicho desperfecto al momento de su ingreso. A sabiendas de que no iba a perder el tiempo en hacerlo, don Uriel amenazó airadamente con denunciar en la delegación de policía más cercana los daños sufridos en su vehículo.

Tras de acomodarse en el abollado volkswagen, emprendieron la marcha, Regina se encontraba cansada en extremo. La agotadora tensión derivada del nocturno combate en que destruyera la cárcel de la Luna, el tiempo que llevaba sin dormir y la comida recién ingerida, produjeron su efecto. La joven formuló una disculpa por tener que dormirse y pidió la despertaran al llegar a la casa en donde proyectaba hospedarse. En el momento mismo en que empezaba a hundirse en la inconsciencia, alcanzó a percibir que la avenida por la cual se desplazaba el coche coincidía con una invisible línea de energía que conectaba al Zócalo con algún otro lugar que, por ello, resultaba también sagrado. Comprendió que era un importante descubrimiento, pero prefirió dejar para otro día la exacta valoración de aquel nuevo hallazgo. Instantes después estaba profundamente dormida.

Al abrir los ojos, Regina se dio cuenta de que estaba anocheciendo y que el automóvil se hallaba detenido. Los Cuatro Auténticos Mexicanos continuaban sentados a su lado guardando un respetuoso silencio. Concluyó que debía haber permanecido dormida más de dos horas.

—¿Por qué no me despertaron? —inquirió apenada.

—No nos corre ninguna prisa y queríamos que descansara tan siquiera un rato —contestó don Rafael.

—¿Ésta es la dirección? —preguntó la joven al tiempo que leía un letrero con el nombre de la calle —"Alumnos"— y observaba la peculiar construcción junto a la que se encontraban estacionados. Se trataba de una casa de color verde y aspecto ruinoso, bordeada de un corredor en el cual crecía una enorme cantidad de plantas a grado tal que éstas parecían estar a punto de engullir a las habitaciones, las cuales ostentaban en sus muros exteriores una variada colección de jaulas conteniendo aves de muy diversas especies.

—No, no es ésta —contestó don Uriel—. Me estacioné aquí porque no hay lugar más adelante.

Debe estar unas casas después.

—Vamos de una vez—dijo Regina bajando del coche.

El quinteto sólo necesitó andar unos cuantos pasos para encontrar la dirección que buscaban. Correspondía a una casa vieja de un solo piso, en cuya fachada destacaba un gran portón de madera. Tocaron a la puerta y acudió una mujer joven de ovalado rostro. Al mencionar Regina el nombre de la señora amiga de sus padres, la interlocutora respondió que dicha señora era su madre y la dueña de la casa. Aún estaban hablando cuando apareció la señora en cuestión. Era una dama de unos sesenta años, de amables modales y delgada figura que de inmediato los invitó a pasar al interior. Todo en aquella casa parecía provenir de un museo de antigüedades. Muebles, cuadros, lámparas, tapetes e incluso sencillos objetos de uso común, denotaban tener una edad considerable.

La señora expresó gran sorpresa de que hubieran transcurrido ya veinte años desde la fecha en que ella colaborara en el parto que diera nacimiento a Regina. Al ser interrogada sobre la posibilidad de otorgar la casa en arrendamiento, manifestó su conformidad. Explicó que la mayor parte del tiempo lo pasaban ella y su hija en la casa que tenían al pie de los volcanes; había sido una suerte que las encontrasen en la ciudad ya que tenían proyectado retornar a la Aldea de los Reyes al día siguiente. Discutieron un poco sobre el importe de la renta —pues Regina insistía en pagar un precio superior al que se le solicitaba— y finalmente llegaron a un acuerdo.

Los Cuatro Auténticos Mexicanos se despidieron de Regina comprometiéndose a volver acompañados de sus respectivas familias. En el caso de don Uriel ello era fácil ya que vivía en la misma ciudad. Don Miguel moraba en un estado vecino y podía estar de vuelta al otro día. Para don Rafael y don Gabriel el asunto resultaba un poco más complicado: sus hogares estaban bastante alejados de la capital de la República, no obstante, estimaron que regresarían en unos cuantos días.

A la mañana siguiente Regina conoció al hijo de la dueña de la casa; se trataba de un abogado próximo a cumplir los treinta y tres años, el cual también había estado presente dos décadas atrás en la Aldea de los Reyes al ocurrir el nacimiento de la ahora joven Reina de México. Al ser presentados, Regina captó en instantánea percepción cuál era el destino que correspondía a la existencia de dicho abogado. Con segura convicción exclamó:

—Usted es “el Testigo”.

—¿El testigo de qué? —preguntó con extrañeza el recién presentado.

—De lo que va a ocurrir en México. Usted será el encargado de redactar el fiel testimonio de los próximos sucesos. Desde luego puede cumplir o no esa misión, en eso consiste su libertad, pero es esa tarea la que dará sentido a su vida.

—Francamente no la entiendo. ¿Qué es lo que va a ocurrir en México? ¿A cuáles sucesos se refiere?

—Para responderle es necesario una explicación medio complicada, pero si le interesa puedo tratar de dársela ahora mismo.

—Por supuesto, ya logró usted despertar mi curiosidad al máximo.

Sentados en los antiguos muebles franceses que integraban la sala de la casa, Regina y el Testigo tuvieron una prolongada conversación. La joven explicó detalladamente la naturaleza de la

ensoñadora influencia lunar, así como el hecho de que dicha influencia dejaría de operar en los próximos seis meses, de lo cual se derivaban favorables condiciones para lograr despertar la dormida conciencia del país. Al final de su exposición —como viera que el Testigo no sólo no daba muestras de tomarla por loca, sino que incluso parecía comprender y aceptar lo que le explicaba— Regina lo invitó a que actuase como acompañante del quinteto constituido por ella y los Cuatro Auténticos Mexicanos, lo cual le permitiría estar en posibilidad de presenciar cuanto iba a ocurrir y, con base en ello, elaborar posteriormente el testimonio correspondiente.

El Testigo no vaciló en aceptar la proposición que se le hacía. Acordaron que en su caso no sería necesario que se trasladase a vivir con los integrantes del quinteto, pues teniendo su domicilio en una colonia cercana le sería fácil reunirse diariamente con éstos.

A media mañana llegó don Uriel acompañado de su esposa; habían decidido no traer consigo a sus cuatro hijos, sino dejarlos en su hogar, el cual no estaba demasiado lejos y podían por ello estar dando frecuentes vueltas para percatarse de cuanto en él ocurriese.

El Testigo convidó a comer a su casa tanto a Regina como a don Uriel y su señora. Al llegar a dicha casa fueron presentados con la esposa del Testigo. Era una mujer bella e inteligente que se hallaba en el tercer mes de embarazo. La magnífica biblioteca que poseía el matrimonio fascinó a Regina. Había en ella varios miles de libros y la mayor parte abordaban cuestiones referentes a México. La joven seleccionó cerca de un centenar de volúmenes para llevárselos prestados.

Concluida la comida retornaron a la casa de la calle Alumnos. Don Miguel ya había regresado de Malinalco acompañado de su esposa y de uno de sus hijos. El Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl hizo mención de que la casa donde se encontraban estaba situada a poco más de cien metros de una de las entradas al Bosque de Chapultepec, la conocida popularmente con el nombre de “Las Flores”, a su juicio, resultaría interesante para la Reina de México conocer aquel sitio y ser presentada con quien tenía a su cargo la custodia de ese lugar.

El cada vez más numeroso grupo de acompañantes de Regina se dirigió junto con ésta al Bosque de Chapultepec. Conforme se iban aproximando, la joven fue percatándose de cuál era la verdadera naturaleza de aquel lugar. Al llegar a los numerosos puestos de flores ubicados justo a la entrada del bosque, exclamó asombrada:

—¡Éste es un Bosque Sagrado! ¿Cómo es posible que haya logrado subsistir si está en medio de la ciudad? ¿Qué, dejan entrar a cualquiera?

Las facciones de don Miguel reflejaron encontrados sentimientos de orgullo y tristeza.

—En efecto —dijo—, éste es un Bosque Sagrado. Los emperadores toltecas acostumbraban venir a orar y ayunar. El propio Quetzalcóatl estuvo aquí en varias ocasiones. El pueblo azteca permaneció en sus cercanías muchos años, preparándose para alcanzar un estado de conciencia que le permitiese localizar el lugar donde se encontraba el entonces nuevo centro del país. Años después, cimentado el poderío tenochca, los emperadores aztecas pidieron a su amigo Nezahualcóyotl, rey de Texcoco, que se encargase de por vida del cuidado y embellecimiento de todos estos árboles y jardines. En esos tiempos tan sólo unos cuantos estaban autorizados para entrar en Chapultepec: el emperador, los sumos sacerdotes, los Caballeros Águilas y los Caballeros Tigres. Era un lugar de respeto. Ahora es distinto —concluyó con tristeza—. Cualquiera entra, tira basura, ensucia y destruye. Ya no hay respeto.

La presencia de Regina y sus amigos, conversando a la entrada del bosque, había llamado la atención de los vendedores de flores establecidos en dicha entrada. Sujetos acostumbrados a practicar de continuo una rápida evaluación de la personalidad de sus posibles clientes —para, con base en ella, fijar el siempre variable precio de su producto— intuyeron que aquella bella joven de singular vestimenta y atrayente sonrisa era un ser realmente excepcional. Sin necesidad de ponerse de acuerdo, en forma del todo espontánea, los vendedores fueron acudiendo ante Regina para obsequiarle gruesos ramos de flores de las más variadas especies. La Reina de México agradeció complacida la inesperada atención. Recorrió los puestos y habló con sus ocupantes sobre múltiples cuestiones relativas a las flores, desde los respectivos lugares de origen de cada una de ellas, hasta los diferentes cuidados que requerían para prolongar su existencia.

Tras despedirse de sus nuevas amistades, Regina y su grupo se internaron en el bosque. Don Miguel les condujo primeramente hasta un lugar bardeado en cuya entrada había un letrero que decía: Baños de Moctezuma.

—Seguramente aquí se efectuaban las ceremonias de purificación —apuntó Regina.

—Así es —confirmó don Miguel—. Todos los que entraban al bosque realizaban antes que nada una ceremonia de purificación que les limpiaba por dentro y por fuera.

Regina observó detenidamente el lugar, atisbando a través del enrejado de la cerrada puerta. Había una especie de estanque situados varios metros abajo del nivel del piso y rodeado de bien cuidados jardines. Del fondo del estanque brotaba aún un delgado hilillo de agua, último vestigio del poderoso torrente de otros tiempos.

—Creo que lo primero que tendremos que hacer será poner a trabajar de nuevo a este Bosque Sagrado —musitó Regina hablando para sí misma.

El grupo prosiguió adentrándose en el bosque. Muy pronto, a pesar de la casi total carencia de viento, comenzó a escucharse un creciente rumor resultante del continuo entrechocar de las ramas de los árboles. Una febril excitación se manifestaba por doquier. Especialmente los gigantescos y milenarios ahuehuetes agitaban sin cesar su enorme ramaje produciendo con ello un indescriptible estrépito.

—El bosque nos está dando la bienvenida —afirmó Regina—. Todos los árboles me piden que hable con el Anciano Guerrero del Bosque. ¿Ustedes saben quién es?

—Debe ser el más antiguo de los ahuehuetes —dijo don Miguel—. Era justamente con él donde pensaba llevarla. Está aquí luego luego.

En efecto, a escasa distancia se alzaba un árbol de descomunales proporciones. La alta copa del coloso parecía perderse en los cielos y el tronco era de tal anchura que se habrían requerido varias personas con los brazos extendidos para poder abarcarlo. Su extrema antigüedad resultaba evidente. Todas sus ramas estaban cubiertas de heno y la gruesa corteza parecía estar petrificada. Un pequeño letrero indicaba el nombre con que el pueblo había bautizado al viejo ahuehuete: El Sargento. Al contrario de los demás árboles del bosque, El Sargento se mantenía sin dar muestra de intranquilidad alguna. Ni una sola de sus ramas se había movido en lo más mínimo.

Regina observó en el pretil que rodeaba al árbol la figura grabada de una pequeña lagartija. A su mente acudió el nombre en náhuatl de dicho animalito (“Cuetzpallin”) así como el recuerdo de

que tanto el lama Tagdra Rimpoche como el Maestro Tsu, le habían mencionado que existía la tradición de señalar ciertos lugares particularmente sagrados con el dibujo o la efigie de una diminuta lagartija. Comprendió entonces que se hallaba en el sitio más importante del bosque. A sus espaldas se dejaron oír unas pisadas que se aproximaban. Se dio la media vuelta y contempló la figura de un hombre de edad avanzada y morenas facciones vestido con un deslavado uniforme de color azul. La superior dignidad que emanaba de toda su persona evidenciaba que pertenecía al selecto grupo de quienes han alcanzado una elevada espiritualidad.

Llegando ante Regina el anciano cayó de rodillas frente a ésta. La sorprendida joven intentó al punto levantarlo, pero al no lograrlo exclamó suplicante:

—Por favor, le ruego se levante.

—El señor es el Secreto Guardián del Bosque —dijo don Miguel mientras el aludido se incorporaba—. Trabaja aquí como guardabosques. Es la única persona con real autoridad en este lugar, la única que conoce todos sus secretos.

Tras de balbucear algunas palabras ininteligibles, el Secreto Guardián del Bosque logró dominar la desbordada emoción que entorpecía su lengua. Con respetuoso acento expresó:

—Doy gracias a Dios por haberme permitido vivir este día. Éste es su bosque —afirmó dirigiéndose a Regina y haciendo con los brazos un amplio ademán que abarcaba todo el espacio circundante—. Le ha estado aguardando mucho tiempo, pero ahora ve llegado su momento. No ha sido vana su espera.

—El Sargento no ha mostrado señales de reconocer a la Reina de México —afirmó don Miguel con voz que denotaba un abierto reproche a la actitud del árbol.

—Es que es muy viejo y de seguro ha sufrido muchas decepciones —respondió en tono de justificación el Secreto Guardián del Bosque—. Eso lo ha hecho desconfiado, nunca expresa su sentir a las primeras.

Regina brincó de un salto al pretil que circundaba el árbol y llegando junto a éste apoyó sus manos en la áspera corteza. La voz de la joven resonó inusitadamente severa, censurando al gigantesco ahuehuete su paralizante suspicacia. México estaba por librar una batalla de trascendentales consecuencias. ¿Cómo era posible que uno de sus más valerosos guerreros permaneciera indiferente? ¿Es que no le importaba lo que pudiera acontecerle al país? ¿No sería que el paso de los años lo había cambiado y no poseía ya su antigua valentía? Tal vez su ostensible desconfianza era sólo un recurso para ocultar el hecho de que era ahora un ser asustadizo y pusilánime.

La ensordecedora algarabía producida por los árboles al agitar sus ramas había sido sustituida por un expectante silencio. Tan sólo se percibía una especie de murmullo producido por el leve pero incesante movimiento de las hojas, como si éstas estuviesen transmitiendo de árbol en árbol las palabras pronunciadas por Regina, motivando en los habitantes del bosque el más completo asombro, pues jamás nadie se había dirigido en tan severos términos a su máximo dirigente.

Regina concluyó de hablar pero mantuvo sus manos firmemente adheridas al árbol, el cual rompió de improviso su mutismo. Un brusco estremecimiento que iba desde la más honda de sus raíces hasta lo más elevado de su copa sacudió al cuerpo del gigante. Sus enormes ramas comenzaron a moverse dejando caer sobre la Reina de México una lluvia de hojas y racimos de

heno. Oleadas de emoción brotaban del viejo ahuehuete. Era el abuelo que había reconocido en una desconocida niña a la nieta perdida e intentaba prodigarle caricias largamente reprimidas. Regina sonreía, semicubierta por el alud de heno y hojarasca que caía sobre ella.

La íntima comunión entre el anciano y la joven se prolongó un largo rato. Una vez concluida, Regina se sacudió los múltiples restos vegetales que le cubrían y retornó con su grupo.

—Creo que contamos con un valioso aliado —afirmó—. El Sargento es el guardián de una especie de invisible puerta en donde se inicia un camino que conduce al Zócalo. Ese camino es como una línea de energía; percibí su existencia el día de ayer, antes de quedarme dormida en el coche. Ahora entiendo por qué los aztecas tuvieron que permanecer durante varias generaciones en las afueras de Chapultepec. Mientras El Sargento no juzgó que eran dignos de llegar al centro sagrado del país, no permitió que los sacerdotes que los conducían atravesasen la puerta. Me explicó que finalmente un sacerdote de nombre Tenoch logró convencerlo. Ese sacerdote, junto con otros nueve, cruzaron la puerta e iniciaron la marcha. El pueblo les aguardaba en un lugar cercano. Unidos pueblo y dirigentes avanzaron siguiendo la línea de energía hasta llegar al centro, ahí encontraron al águila devorando a la serpiente y fundaron la ciudad.

Los acompañantes de Regina escuchaban absortos la narración de aquella desconocida página de la histórica peregrinación tenochca. La joven prosiguió:

—Exactamente igual tendremos que hacer nosotros. En cada una de las dos etapas del ritual cruzaremos primero la puerta, nos reuniremos después en algún lugar cercano con las trescientas noventa y seis mil personas que habrán de acompañarnos y juntos marcharemos hasta el Zócalo, utilizando el mismo camino seguido por los aztecas.

—¿Ha dado ya El Sargento su autorización para atravesar la puerta? —preguntó don Miguel.

—Sí —respondió Regina—. Me ha dicho que podemos cruzarla cuantas veces queramos. Creo que sería conveniente que antes de llevar a cabo el ritual, recorramos varias veces la línea de energía que conduce al Zócalo. Nadie la ha utilizado en varios siglos y debe estar muy sucia. Al transitar por ella la iremos limpiando y estará lista para ser usada cuando vayamos con todas las demás personas. En cuanto regresen don Gabriel y don Rafael, empezaremos las caminatas al Zócalo.

Subrayando sus siguientes palabras con un énfasis especial, que revelaba la importancia que a ellas confería, Regina concluyó:

—El día de hoy Chapultepec vuelve a ser un Calmecac, un lugar sagrado para capacitarse en el cumplimiento de una elevada misión. En este lugar, en torno al Anciano Guerrero del Bosque, nos reuniremos diariamente con todas aquellas personas que deseen colaborar con nosotros en la misión de despertar a México.

Había anochecido y el bosque estaba poblado de sombras, rumores y recuerdos. Regina opinó que lo más conveniente era retirarse y proseguir al día siguiente el recorrido por Chapultepec. Al despedirse del Secreto Guardián del Bosque, la joven comentó:

—Me dijo El Sargento que acaba de presenciar un acontecimiento que salvó la existencia misma de México. A su juicio el país no sólo está dormido, sino que hace unos instantes estaba ya agonizando. Me habló de unos niños que ofrendaron sus vidas en este bosque para evitar que México muriese. Tomando en cuenta el concepto del tiempo que a causa de su edad debe tener El

Sargento, supongo que el acontecimiento a que se refiere no acaba de ocurrir hace unos instantes, como él cree, sino tal vez hace ya más de cien años. ¿Usted qué sabe de eso?

Sin contestar de momento, el Secreto Guardián del Bosque hizo una seña indicando que le siguieran. Caminaron unos cuantos metros y llegaron ante un pequeño monumento de piedra, cuya extrema austeridad le otorgaba un porte de altiva dignidad. A pesar de la penumbra de la noche, Regina alcanzó a leer en el monumento una fecha esculpida con grandes caracteres: "13 de septiembre de 1847".

—¿Qué ocurrió ese día? —inquirió.

—Tal y como le dijo El Sargento —respondió el viejo guardabosques—. México agonizaba. El gobierno de entonces, como el de ahora, daba ya por muerto al país y tan sólo se interesaba por subastar el cadáver. En realidad ya lo habían vendido y los vecinos del norte vinieron a tomar posesión de lo comprado. Un ejército invasor llegó a nuestro Bosque Sagrado. Allá arriba había un colegio de valientes muchachos —el anciano señaló una construcción de iluminada silueta que se destacaba en lo alto del pequeño cerro en cuyas faldas se encontraban—. El gobierno les ordenó que saliesen huyendo de su escuela; no quería que nadie estorbase el avance de los invasores, pero ellos dijeron que no, que ahí se quedaban para defender a México.

La voz del anciano se quebró de emoción al pronunciar las últimas palabras. Fingió un acceso de tos para aclarar la garganta y en seguida prosiguió su relato:

—Empezó la batalla. Los niños eran un puñado y los invasores un ejército de muchos miles. Bombas y bombas caían en la escuela, pero los niños ni se movían, seguían dispare y dispare. Ni modo, dijeron temerosos los invasores, no los pudimos matar desde lejos, tendremos que enfrentarnos con ellos cuerpo a cuerpo. Empezaron a subir. En eso que llega el coronel Xicoténcatl con sus trescientos soldados. Atacaron como fieras a los invasores y los empezaron a destrozar, pero eran unos cuantos y los otros, muchos; pudo más la cantidad que la valentía. Los invasores continuaron subiendo y llegaron al colegio.

En su extrema sencillez, las palabras del viejo guardabosques lograban transmitir a sus oyentes una realista imagen del suceso que narraba. Éstos casi podían escuchar las descargas de fusilería y el retumbar de las botas extranjeras profanando el bosque. El anciano continuó:

—Y sucedió entonces una de esas cosas milagrosas, de esas que las gentes que sólo pueden ver con los ojos del cuerpo no podrán entender jamás. Los invasores entraron al colegio y mataron a los niños. Todos murieron pronunciando el nombre de México. Uno de ellos juró: no, a mi bandera no me la tocan. Disparó su último cartucho, se envolvió en su bandera y se arrojó desde lo alto de su escuela; cayó por aquí. Eso fue lo que se vio, pero lo que no se vio fue lo que sintió el país. México tuvo vergüenza. Dormido y moribundo como se encontraba, alcanzó a entrever lo que estaba pasando. De seguro todos los ahuehuetes del bosque se lo contaron indignados. Primero sintió mucha vergüenza, después mucha muina. Y México reaccionó, no se murió. ¿Cómo iba a morirse mientras hubiese niños capaces de dar su vida por él? Ansina fue la historia —concluyó—. Fue el sacrificio de los niños lo que impidió que nos convirtiésemos en una simple estrellita más en la bandera de los vecinos.

El Secreto Guardián del Bosque no dijo más. Sus ojos estaban húmedos de llanto. Regina lo abrazó y besó su frente. Sin pronunciar palabra, la Reina de México y su grupo salieron

caminando del Bosque Sagrado de Chapultepec.

4

La Edecán del 68

Mientras aguardaba la llegada de los dos miembros faltantes del quinteto, Regina dedicó varios días a proseguir su recorrido por Chapultepec, especialmente a visitar sus museos. De entre éstos, el Museo Nacional de Antropología e Historia atrajo particularmente su atención. La joven era la primera en entrar por las mañanas y la última en salir cuando cerraban sus puertas por la noche. Cada visita representaba para ella una especie de viaje al pasado, pero entendido éste no como algo inerte y desaparecido, sino como una poderosa fuerza siempre actuante que precisa ser debidamente encauzada.

Don Rafael regresó de Tuxtepec tres días después de su partida. Le acompañaban su esposa, dos de sus hijas y una guitarra. Don Gabriel retornó de Dzidzantún a los cuatro días. Venía con una de sus nietas —una vivaz jovencita de dieciséis años— y su antiquísimo códice maya. La vieja casona de la calle de Alumnos estaba ahora rebosante de ocupantes que llenaban todas sus habitaciones.

Una vez reunido el quinteto, se dio comienzo a la primera tarea: limpiar el camino que conduce de Chapultepec al Zócalo. Durante siete días seguidos se utilizó para ello idéntico procedimiento. Justo al mediodía, cuando el Sol se encontraba en el centro de la bóveda celeste, Regina y su grupo atravesaban la invisible puerta custodiada por El Sargento e iniciaban la caminata rumbo al Zócalo, rastreando una línea de energía igualmente invisible.

El primer día Regina fue la única con sensibilidad suficiente para percibir, en todo momento, cuál era la trayectoria del camino. Éste llevaba en su primera etapa desde el viejo ahuehuete hasta una enorme explanada situada frente al Museo Nacional de Antropología e Historia.

—Aquí deben haberse reunido Tenoch y los sacerdotes con todo el pueblo azteca —comentó Regina.

A continuación el camino se convertía en una línea recta que coincidía, durante un largo tramo, con la avenida más importante de la capital mexicana —el Paseo de la Reforma—. Después, al llegar a la esquina de Paseo de la Reforma y Avenida Juárez, la línea de energía doblaba a la derecha y continuaba de frente, pero no llegaba directamente hasta el ya cercano Zócalo, sino que al llegar a la Avenida de San Juan de Letrán doblaba a la izquierda y tras de recorrer una sola calle de dicha avenida, torcía luego a la derecha para seguir por la Avenida Cinco de Mayo, hasta desembocar en el centro mismo de la Plaza de la Constitución.

Al parecer, bastó un solo recorrido de la Reina de México y de los Cuatro Auténticos

Mexicanos, para que la invisible senda incrementase de inmediato su capacidad energética. Al segundo día los acompañantes de Regina percibían ya con toda claridad no sólo el trazo exacto del camino en cada una de sus partes, sino las secciones del mismo que estaban "sucias", esto es, aquellas en las cuales se había producido una especie de acumulación de desechos a resultas de una insuficiente circulación de energía. Era obvio que aun cuando diariamente caminaban por aquellas avenidas muchos miles de personas, hacía siglos que ningún grupo de seres plenamente conscientes había realizado el recorrido entre Chapultepec y el Zócalo.

En cuanto localizaban alguna parte del camino particularmente "sucia", los integrantes del quinteto volvían sobre sus pasos y recorrían una y otra vez ese tramo. La reiterada presencia en un mismo sitio de los máximos representantes del país producía efectos inmediatos. La densificada energía se reactivaba y volvía de nuevo a circular. En ocasiones el lugar donde se había acumulado la "basura" coincidía con una bocacalle. El continuo tránsito de vehículos dificultaba en estos casos la operación de limpieza. Regina y su grupo tenían que estar aguardando los momentos en que se daba el paso a los peatones y aprovecharlos para cruzar repetidamente la avenida. Había veces en que sus maniobras despertaban la curiosidad de los transeúntes y éstos se detenían a observarlos, preguntándose extrañados sobre las posibles causas que motivaban el incesante ir y venir del singular quinteto.

El día que efectuaban su tercer recorrido, localizaron una gran concentración de energía acumulada en torno a la glorieta ubicada en el cruce de Paseo de la Reforma y Río Mississipi. Lograr que desapareciese dicha acumulación les llevó cerca de una hora de constantes vueltas. Se disponían a proseguir su camino, cuando llegó hasta Regina un esmirriado hombrecito de atildado vestir y refinados modales.

—Perdone, señorita —expresó con voz apenas audible—, ¿podría hablar unos momentos con usted?

—Por supuesto —respondió Regina mientras sus acompañantes escrutaban con inquisitivas miradas al desconocido.

Señalando hacia un cercano edificio que semejaba una enorme caja de cristal, el hombrecito afirmó:

—Trabajo en el Comité Olímpico y me gustaría que pasase usted a mi oficina para hacerle una proposición.

—¿Qué clase de proposición? —preguntó don Miguel con manifiesta desconfianza.

—¿Qué es su papá? —inquirió el hombrecito señalando al Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl.

—No —respondió Regina soltando una alegre carcajada—. Por favor —añadió dirigiéndose a los Cuatro Auténticos Mexicanos—, espérenme aquí mientras voy a la oficina del señor.

Una gran actividad imperaba en el interior del edificio sede del Comité Olímpico. Diligentes empleados laboraban febrilmente redactando una gran variedad de documentos. El hombrecito condujo a Regina a una pequeña oficina con vista a la calle. Confesó que desde ahí había estado observando el continuo ir y venir de la joven y sus acompañantes. Mientras lo hacía —prosiguió narrando— había concluido que tenía ante sus ojos la solución al hasta entonces insoluble problema que le acuciaba. Él era —afirmó con orgulloso acento— el modisto encargado de

diseñar los uniformes de la delegación mexicana en la próxima Olimpiada. Salvo una excepción, la totalidad de sus diseños habían sido aceptados ya por las autoridades superiores. La excepción en cuestión era el uniforme de las edecanes que participarían en el citado evento. Había presentado cuatro modelos diferentes para dichos uniformes y todos le habían sido rechazados. El diminuto modisto concluyó lanzando a Regina una andanada de preguntas sobre el vestido que ésta portaba. ¿Quién había sido el diseñador? ¿Era nacional o extranjero? ¿Estaban registrados en alguna parte los derechos de exclusividad de ese modelo de vestido? ¿Sería factible obtener esos derechos para utilizar el original diseño como uniforme de las edecanes olímpicas?

La sorprendida Regina no atinaba a dar cabal respuesta a tantas preguntas. Intentó hacerlo al tiempo que formulaba sus propias interrogantes: ¿Qué era una Olimpiada y cuándo y en dónde habría de realizarse? Su vestido lo había elaborado ella misma y no tenía objeción alguna en que las edecanes olímpicas utilizasen idéntico vestuario siempre y cuando se le explicase quiénes eran y qué hacían dichos personajes.

El turno de mostrarse sorprendido era ahora del modisto. ¿Qué acaso la joven acababa de llegar de la Luna? En todo el país no se hablaba de otra cosa sino de que en ese año de 1968, en el mes de octubre para ser exactos, se realizarían los Juegos Olímpicos en la capital mexicana. Las olimpiadas eran el máximo evento deportivo del mundo y ésa sería la primera ocasión en que habrían de celebrarse en una nación latinoamericana. Un gran honor para México, sin duda alguna. Las edecanes olímpicas iban a ser las jóvenes más bellas y cultas del país. Su misión consistiría en proporcionar toda clase de orientación y ayuda a los integrantes de las distintas delegaciones deportivas que, provenientes de los más diversos rumbos del planeta, comenzarían a concentrarse en la ciudad de México en la segunda quincena del mes de septiembre.

Las pálidas y delicadas facciones del modisto se iluminaron de pronto a resultas de una súbita idea. ¿No le interesaría a la joven ser edecán? Que era muy bella saltaba a la vista, pero ¿era culta? El requisito de dominar un idioma aparte del español resultaba imprescindible. Asumiendo aires de importancia el modisto afirmó que si Regina hablaba otro idioma, él podría —gracias a sus influencias dentro del Comité Olímpico— conseguirle un puesto de edecán; a cambio de ello solicitaba tan sólo un pequeño favor: que la joven lo autorizase a ostentarse como el diseñador de la vestimenta que ésta portaba.

Regina se sonrojó. Su belleza constituía un atributo del que no era plenamente consciente y al cual jamás tomaba en cuenta. Con vacilante acento expresó que ignoraba si podía ser considerada culta; desde luego no poseía título profesional alguno, ni documentos que acreditasen estudios de cualquier clase. En lo relativo al conocimiento de otros idiomas 316aparte del español, sí, hablaba unos pocos: náhuatl, alemán, tibetano y chino.

Las afirmaciones de Regina generaron suspicacia en el ánimo del modisto. Sus pequeños ojillos se agitaban recelosos dentro de las órbitas. Utilizando el teléfono, llamó a una persona a su oficina. Se trataba de una muchacha alta y rubia de atrayentes facciones. El modisto la presentó con Regina y añadió que la joven rubia era una secretaria parlamentaria en idioma alemán, la cual, muy posiblemente, obtendría el cargo de edecán. A continuación el modisto pidió a las dos mujeres que conversaran en alemán.

Hacía nueve años —desde la muerte de su padre— que Regina no sostenía una plática en

lengua germana. A pesar de ello no le resultó difícil dialogar con fluidez con su amable interlocutora. Pasado un rato, el modisto interrumpió la ya para entonces animada charla. Tras despedir a la bilingüe secretaria, el hombrecito manifestó su satisfacción. No sabía, ni había por el momento forma de averiguarlo, si Regina dominaba en verdad los otros idiomas que decía conocer, pero aun en el supuesto de que tan sólo hablase alemán, él estaría dispuesto a sostener su oferta de conseguirle un puesto de edecán, siempre y cuando ella aceptase reconocerlo como el diseñador del vestido que lucía.

Regina manifestó estar de acuerdo en principio con la propuesta del modisto; deseaba, no obstante, consultar primero con sus amigos antes de dar una respuesta definitiva. Saliendo a la calle dialogó brevemente con los Cuatro Auténticos Mexicanos. Si aceptaba el trabajo de edecán —explicó Regina— éste no interferiría en el desempeño de su misión, pues comenzaría a laborar hasta finales de septiembre y para esas fechas ya habría triunfado o fracasado su intento de iniciar el despertar de México. Por otra parte —concluyó—, la adopción de su modelo de vestido como uniforme oficial de todo un conjunto de jóvenes, permitiría a un gran número de personas observar el simbolismo representado en dicho vestido, o sea la alusión a la necesidad de llevar a cabo un poderoso y renovador Movimiento que impulsase a México hacia planos superiores de espiritualidad.

Los Cuatro Auténticos Mexicanos expresaron un parecer del todo acorde con la opinión de Regina. Ésta regresó al interior del edificio a dar su definitivo consentimiento a la propuesta del modisto. El hombrecito la presentó de inmediato con un alto funcionario del Comité Olímpico, quien la llevó a su vez con un empleado menor que la hizo llenar varios formularios contestando una infinidad de preguntas. Después el modisto y un fotógrafo la condujeron a una terraza, en donde le tomaron numerosas fotos modelando el vestido. Finalmente, la dejaron partir.

Sentados en uno de los afrancesados bancos de piedra del Paseo de la Reforma, los acompañantes de Regina aguardaban impacientes su retorno. La Reina de México se encaminó presurosa hasta donde se encontraban sus amigos. Llegando junto a éstos, su rostro se iluminó con una resplandeciente sonrisa. Dando vueltas sobre sí misma, empezó a colocarse en las distintas posturas que la habían hecho adoptar para fotografiarla. Con alegre acento expresó:

—Soy la Edecán del 68.

•

Una vez efectuado el séptimo recorrido de Chapultepec al Zócalo, Regina consideró que la invisible línea de energía que une a estos lugares se encontraba nuevamente funcionando a toda su capacidad; por lo tanto, podrían ya transitar por ella los cientos de miles de personas que tomarían parte en el proyectado ritual. La joven no dudaba de que en cualquier momento habría de producirse el súbito despertar de los habitantes del país. Sin embargo, los días transcurrían y no sucedía hecho alguno que confirmase esta creencia. Poseedora de un activo temperamento que le hacía en extremo difícil aguardar inactiva el desarrollo de los acontecimientos, Regina manifestó a sus amigos:

—No me explico por qué la gente sigue dormida, pero no me parece que debamos estar así nomás esperando y sin hacer nada. Creo que mientras llega el momento en que el pueblo despierte, hay que empezar a establecer comunicación con algunos de los mejores habitantes del país, con aquellas personas que posean un mayor desarrollo de conciencia. Mañana mismo empezaremos a tratar de localizarlas y a pedirles que colaboren con nosotros.

Al día siguiente de formular estas declaraciones, Regina y su grupo dieron comienzo a un apretado programa de actividades. Éstas se iniciaban diariamente antes de las cinco de la mañana. Tras de ingerir un poco de té, Regina, los Cuatro Auténticos Mexicanos, los familiares de éstos y el Testigo se encaminaban al cercano Bosque de Chapultepec. Al llegar a los Baños de Moctezuma eran recibidos por el Secreto Guardián del Bosque, el cual los introducía al cerrado recinto. Descendían hasta el sitio donde brotaba el pequeño chorro de agua y se lavaban el rostro, las manos y los pies. Luego se dirigían hasta donde se encontraba El Sargento e iniciaban la ejecución de antiguas danzas rituales prehispánicas que se prolongaban por dos horas. Don Miguel era quien dirigía las danzas e invitaba de vez en cuando a participar en éstas a diferentes grupos de danza conchera, tanto de los radicados en la ciudad de México, como de los que habitando en el interior de la República se encontraban circunstancialmente en la capital.

Al concluir la danza, Regina y sus acompañantes regresaban a la casa de la calle de Alumnos, ahí procedían a bañarse y a desayunar. Se acomodaban luego en dos automóviles —el volkswagen de don Uriel y un opel olímpico propiedad del Testigo— y emprendían la marcha hacia algún punto de la ciudad previamente escogido. En todos los casos los lugares seleccionados eran sitios en donde se reunía un gran número de gente: atrios de antiguas iglesias, populares mercados, calles adyacentes a enormes locales de espectáculos.

Una vez llegados al lugar escogido trazaban un círculo con gis blanco en el piso y daban comienzo a su función. Don Uriel iba anunciando a grandes voces los distintos números. Don Rafael tocaba la guitarra y cantaba acompañado de sus hijos, interpretando un variado repertorio de canciones oaxaqueñas en el que siempre incluían alguna de Álvaro Carrillo, el afamado compositor de moda. Don Gabriel y su nieta realizaban diversos actos de prestidigitación, apareciendo y desapareciendo toda clase de objetos propiedad de los espectadores. Don Miguel y su hijo, ataviados con sus vistosos uniformes de Caballero Águila y Caballero Tigre, danzaban siguiendo el ritmo acompasado de un tambor que tocaba don Uriel. Regina participaba al final, entonando algunas antiguas canciones chinas y tibetanas.

En todos los casos se congregaba en torno a Regina y su grupo un numeroso público. Nutridos aplausos se dejaban oír al término de cada actuación. Al concluir el espectáculo, cuando la mayor parte de los asistentes buscaba ya en sus bolsillos alguna moneda para premiar a quienes habían calificado de excelentes artistas ambulantes, Regina dirigía a su auditorio unas desconcertantes palabras:

—Les agradecemos mucho su amable atención; a cambio de nuestro trabajo vamos a pedirles tan sólo un favor: que no nos den nada, ni siquiera las gracias.

La inesperada petición de Regina suscitaba un sentimiento de asombro. La extrañeza de la gente se ponía de manifiesto de muy diversas formas. Algunos aplaudían, otros expresaban en voz alta una ironía y los menos intentaban formular una posible explicación de tan singular conducta.

Todo esto duraba muy poco, en unos instantes la reunión se disolvía y cada quien proseguía su camino reanudando sus cotidianas actividades. Sin embargo, nunca faltaban unos cuantos espectadores que, guiados por la curiosidad, se aproximaban a los supuestos artistas buscando platicar con éstos.

En contadas ocasiones la Reina de México juzgaba que existía, entre los simples curiosos que la abordaban, alguna persona con las características de quienes ella andaba buscando. Se trataba siempre de aquellos cuya rectitud interior les había hecho percatarse de la pequeña trampa urdida por Regina. Seres dotados de un innato sentido de justicia, intuían con claridad que habían sido hábilmente conducidos a la aceptación de algo que resultaba indebido, pues habían recibido algo a cambio de nada.

En todos los casos este tipo de personas manifestaban tanto su inconformidad con lo ocurrido, como un sincero deseo de reciprocar a los artistas por el esfuerzo realizado. Igualmente, eran también quienes expresaban más reiteradamente su interés por conocer los verdaderos motivos que originaban las actuaciones del grupo.

Regina no contestaba directamente las preguntas que se le formulaban, se concretaba a responder que si en verdad deseaban conocer los móviles de su conducta, tendrían que asistir a las pláticas que se impartían cada semana en su domicilio particular.

Finalizada su actuación el grupo descansaba un rato mientras tomaba un poco de agua que transportaba en los automóviles, luego ascendían a éstos y se dirigían a otro sitio a repetir la función. Normalmente daban cinco representaciones diarias. Había veces en que pasaban hasta tres días seguidos sin que Regina hallase una sola persona a la cual estimase pertinente invitar a las reuniones explicatorias. En cambio, en otras ocasiones llegaba a encontrar en un mismo día hasta dos personas con las cualidades deseadas. Las gentes a quienes la joven iba convocando tenían en común tan sólo la mencionada característica de una gran honestidad. Por lo demás, eran del todo diferentes. Había estudiantes y amas de casa, obreros y profesionistas.

Al dar las cinco de la tarde, suspendían sus actividades y retornaban a la casa donde moraban, iniciando en ésta otro tipo de labores. Todos los miércoles, a las seis de la tarde, Regina recibía al escogido número de personas que había sido invitado a lo largo de la semana. Sentados en los antiguos muebles de la sala de la casa, los asistentes escuchaban atentamente las explicaciones de la joven. Con absoluta sinceridad y sencillez, la Reina de México exponía los motivos de la reunión: el país estaba dormido, se requería iniciar un Movimiento de carácter espiritual que abarcase un gran sector de la población; dicho Movimiento culminaría en la realización de un ritual destinado a iniciar el proceso que despertaría a México. Quienes la escuchaban —concluía — poseían cualidades sobresalientes, esto implicaba una mayor responsabilidad. ¿Estaban dispuestos a participar activa y conscientemente en el Movimiento que se avecinaba?

La cabal comprensión de los planteamientos de Regina no constituía una tarea fácil para sus oyentes. El concepto de que México fuese un ser orgánicamente vivo —y por lo tanto un sujeto a ciclos de sueño y vigilia— les resultaba del todo novedoso y de muy difícil aceptación. No obstante, la superior personalidad de la Reina de México operaba prodigios; bajo su influjo caía hecha trizas la cerrada visión materialista de la vida, auténtica barrera que impide a los integrantes de las modernas sociedades alcanzar una profunda comprensión de la realidad.

Lentamente, como aquellos que al ir recuperando la facultad de la vista comienzan a vislumbrar los perfiles de las cosas, las personas que asistían por vez primera a una plática de Regina empezaban a intuir la existencia de una olvidada sabiduría cuya posesión podría abrirles las puertas de un mundo fascinante.

Uno a uno, los asistentes a las pláticas introductorias iban aceptando colaborar en un Movimiento que iniciaría el despertar de México. En igual forma, aceptaban también la necesidad de irse capacitando para lograr que su participación en ese Movimiento fuese lo más consciente posible. La joven les pedía que para iniciar dicha capacitación asistiesen diariamente a las reuniones que se celebraban en esa misma casa de siete a nueve de la noche. En estas reuniones, tanto Regina como los Cuatro Auténticos Mexicanos hablaban sobre muy diversos temas, pero todos referentes a México y a la urgente necesidad de despertarlo. En muchas ocasiones —al abordar cuestiones relativas a las verdaderas características del país y a su auténtica historia— el códice maya de don Gabriel ayudaba a dilucidar muchos de los complejos problemas que en esas reuniones se exponían. Cada uno de los jeroglíficos del códice sintetizaba, en forma magistral, las características que poseen las diferentes energías cósmicas que en un determinado momento interactúan sobre el territorio nacional. La gradual comprensión de las enseñanzas contenidas en aquel invaluable códice —y en general todas las explicaciones que el quinteto proporcionaba a su auditorio— iba permitiendo a las personas que asistían a las reuniones iniciarse en el conocimiento de la auténtica realidad de México.

Conforme transcurrían las semanas el grupo de quienes colaboraban con Regina se incrementaba en forma lenta pero incesante. Ello hizo posible ir creando en muy distintos lugares de la ciudad un creciente número de "Centros de Mexicanidad". Esto es, de diferentes domicilios en los cuales se laboraba activamente por dar a conocer la urgente necesidad de llevar a cabo un Movimiento que iniciase el despertar del país.

Las representaciones artísticas en lugares públicos que daban Regina y sus acompañantes fueron disminuyendo hasta ser suspendidas. En lugar de éstas, recorrían ahora los domicilios de sus nuevos colaboradores y participaban en las múltiples actividades que ahí se realizaban, desde constantes pláticas a pequeños grupos hasta animados festejos.

Regina se mostraba gratamente complacida por la indudable calidad humana y el manifiesto entusiasmo de cuantos participaban en los Centros de Mexicanidad; sin embargo, seguía sin encontrar respuesta a la pregunta de por qué no se producía un masivo despertar de la población. Muy pronto comenzó a percibir evidencias de que dicho despertar ya se estaba dando, pero para su sorpresa, esas evidencias no provenían de México sino de otros países.

Primero fueron tan sólo noticias aisladas y perdidas en las páginas interiores de los periódicos, referentes a conflictos que ocurrían en muy diversas partes del mundo y cuyos actores principales eran siempre unos cuantos jóvenes. Se trataba en todos los casos de incidentes a los que, en un principio, no se les concedía importancia alguna, como el rechazo de los estudiantes de un determinado centro educativo a la instrucción que en éste se impartía, o la negativa de algunos conscriptos al cumplimiento del servicio militar. Repentinamente el conflicto crecía en forma vertiginosa, hasta adquirir dimensiones del todo desproporcionadas con la causa que le diera origen. En cosa de días prácticamente la totalidad de la juventud de un país se solidarizaba con

los iniciadores de la protesta, generalizándose por doquier manifestaciones y toda clase de reclamos y censuras a las autoridades, las cuales resultaban del todo incompetentes ya no digamos para resolver el problema, sino ni siquiera para entender lo que estaba pasando.

La juvenil revuelta no respetaba ningún sistema de organización política y abarcaba a países de muy distinto grado de desarrollo económico. Lo mismo cundía en la China subdesarrollada y comunista que en el Japón industrializado y capitalista. Los motivos iniciales y aparentes del conflicto eran de lo más diverso. En Francia habían sido estrictamente académicos, al protestar los estudiantes de la Universidad de la Sorbona en contra de la anacrónica organización administrativa vigente en esa institución. Inesperadamente, la mayor parte de los obreros de la nación Gala apoyaron a los estudiantes y se produjo una huelga general que paralizó a Francia por cerca de una semana. En los Estados Unidos de América algunos jóvenes empezaron a negarse a cumplir el servicio militar, alegando que no querían participar en la injusta guerra desatada por su gobierno en contra del pueblo vietnamita. Lo que eran tan sólo aislados actos personales, se transformaron de pronto en inmensas protestas colectivas. De un extremo al otro del país millones de personas manifestaban su total repudio al empleo de la fuerza en las relaciones humanas. En Checoslovaquia los acontecimientos habían sido aún más sorprendentes. Simultáneamente toda la población se percató de que vivían bajo un régimen despótico y que sus autoridades eran simples marionetas de la Unión Soviética. Sin disparar un solo tiro y en unos cuantos días —de hecho podría decirse que en unas cuantas horas— la sociedad se transformó al reasumir cada uno de sus miembros el ejercicio de su derecho a la libertad.

La principal razón del desconcierto que embargaba a los gobiernos enfrentados a la crisis provenía del hecho de que ésta no se originaba en el tradicional deseo de todo grupo opositor de apoderarse del mando del Estado. En su incapacidad de poder encontrar las causas que motivaban tan singulares revueltas, las autoridades terminaban por atribuirlas a la intervención de aquellos gobiernos que poseían una ideología contraria a la suya. Así Moscú acusaba a Washington de ser el promotor de lo que acontecía en Praga, mientras éste aseguraba que aquél era el único culpable de los disturbios que sacudían a Chicago.

Diariamente, tras de haber desayunado y antes de dar comienzo a sus cotidianas actividades, el grupo de quienes vivían en la casa de la calle de Alumnos se reunía para comentar la más reciente información de lo que ocurría en el mundo. Primero veían un noticiario de televisión y luego Regina leía en voz alta algunos reportajes y editoriales periodísticos. Para la joven resultaba bastante sencillo encontrar una lógica explicación a lo que estaba aconteciendo. Al quedar rota la cárcel de la Luna, importantes núcleos de población de muy diversas regiones del planeta habían salido bruscamente de su ensueño y alcanzado una inusitada lucidez. A causa de ésta, les resultaba imposible seguir soportando infamias que hacía tan sólo unos días habían considerado correctas. Las falacias que entrañan todas las ideologías políticas resaltaban ahora con patente claridad. Las tremendas injusticias en que se sustenta el funcionamiento de las sociedades modernas resultaban apreciables en toda su crudeza. Igual acaecía con los abusos de autoridad a que son tan afectos los políticos de nuestro tiempo. Éstas eran, en esencia, las verdaderas causas de las multitudinarias revueltas. El hecho de que en la mayor parte de los casos fuesen los jóvenes —y muy especialmente los grupos estudiantiles— quienes iniciaban los movimientos de protesta, era

igualmente comprensible. Sin encontrarse atados a los múltiples lazos e intereses que condicionan la conducta de los adultos, los jóvenes gozaban de una mayor libertad de acción para oponerse a cuanto juzgaban falso o injusto, y en esos momentos tendían a designar con dichos calificativos a todas las instituciones que estructuran la moderna civilización.

A Regina le resultaba mucho más fácil encontrar explicaciones para lo que estaba ocurriendo que para aquello que no estaba sucediendo. El hecho de que en México la gente continuase dormida mientras en gran parte del mundo ya había despertado no dejaba de preocuparle. Su natural optimismo le llevaba a pensar que el momento en que habría de iniciarse el masivo despertar de los habitantes de su país se encontraba cada vez más próximo. Tal vez —reflexionaba para sus adentros— se necesitaba tan sólo que se produjese en alguna parte un acontecimiento fortuito y trivial, para que éste desencadenase el anhelado proceso que conduciría al despertar de su pueblo. Mientras tanto —concluía— no le quedaba sino continuar incrementando el número de los Centros de Mexicanidad y participando en las actividades que en éstos se realizaban.

El lunes 22 de julio Regina y su grupo fueron invitados a un desayuno que tenía como propósito formalizar la inauguración del Centro de Mexicanidad número cuarenta. El domicilio del nuevo Centro era un departamento en el quinto piso del edificio Chihuahua, construcción ubicada en el costado oriente de la Plaza de las Tres Culturas en la Unidad Habitacional de Tlatelolco. La propietaria de dicho departamento y dirigente del flamante Centro era la señorita Leticia Rojas Jiménez.

La señorita Rojas Jiménez había nacido en la ciudad de Guadalajara el 6 de agosto de 1945 —exactamente el mismo día en que Hiroshima fue arrasada por la bomba atómica—. Desde pequeña se había singularizado por la preocupación que le producía el dolor de personas y animales, así como por un sincero afán de aliviarlo. Llegado el momento no fue para ella ningún problema escoger la actividad a la que pensaba dedicar su existencia: estudió enfermería graduándose con los máximos honores. Próxima a casarse descubrió que su futuro esposo tenía ya mujer y dos hijos. Tras de romper el compromiso matrimonial y deseando apartarse una temporada de su medio ambiente se trasladó a vivir a la ciudad de México. Al poco tiempo encontró trabajo en el Hospital 20 de Noviembre del ISSSTE.[1] Por esas mismas fechas (abril de 1967) había dado el paso inicial para la compra de un departamento en Tlatelolco.

La enfermera conoció a Regina en una visita que realizara ésta al hospital con objeto de saludar a una señora que, siendo miembro activo de uno de los Centros de Mexicanidad, se encontraba encamada como resultado de una extracción de apéndice. Leticia comprendió que se hallaba ante un ser superior y que aquel encuentro transformaría su vida. A su vez la perspicaz mirada de Regina intuyó que tras las suaves maneras de la enfermera existían dotes de dirigente. Transcurridas algunas semanas en que Leticia asistiera a las reuniones de capacitación que se impartían en la casa donde habitaba Regina, ésta le había encomendado la organización y dirección de un nuevo Centro de Mexicanidad.

Mientras caminaba por la Plaza de las Tres Culturas en dirección al domicilio donde tendría lugar el desayuno, don Rafael comentó que era asombrosa la rapidez con que se habían difundido los Centros ideados por Regina, los cuales constituían ya una especie de red que se extendía por toda el área metropolitana. Don Uriel coincidió con aquella opinión y expresó a su vez lo grato

que resultaba percatarse de la radical transformación que se operaba en las personas que dirigían dichos Centros. No cabía la menor duda —afirmó convencido— que los cuarenta dirigentes constituían un núcleo de personas plenamente conscientes de la trascendental importancia de llevar a cabo el ritual con que se iniciaría el despertar de México.

La Reina de México escuchó ambas opiniones con el sincero interés que manifestaba siempre a cuanto se le decía. De improviso se detuvo y su mirada vagó por entre las ruinas prehispánicas de la Plaza de las Tres Culturas.

—Siento como si hubiese estado aquí en otros tiempos —musitó quedamente mientras su rostro adquiría la expresión de quien se encuentra sufriendo a causa de un intenso dolor.

Haciendo un esfuerzo, Regina logró superar los extraños sentimientos que la invadían. Retomando el hilo de la conversación, externó ante sus sorprendidos oyentes aseveraciones del todo discordantes con su habitual optimismo: habían transcurrido ya cuatro meses de los seis de que disponían para efectuar el ritual. Qué bueno que hubiese ya cuarenta personas conscientes, pero para poder efectuar dicho ritual necesitaban conseguir no cuarenta personas sino cerca de cuatrocientas mil. A ese ritmo de incremento en el despertar de los habitantes del país —concluyó con sarcasmo desusado en ella— iban a tener que aguardar varios milenios más antes de alcanzar ese número.

Justamente en los mismos momentos en que Regina manifestaba su inusitado desánimo, una viejecita, dependienta de un misérrimo estanquillo, pronunciaba una frase que iba a convertirse en el inmediato detonador de los más inesperados acontecimientos. La frase en cuestión era la siguiente:

—Ya no hay chicles de menta.

---

[1] Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado.

5

Un gobierno perfecto

El licenciado Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la República Mexicana, escuchó en el interfón la voz impersonal y monótona de su secretario particular, el licenciado Joaquín Cisneros:

—Señor presidente, llegó para su acuerdo el señor secretario de Gobernación.

Con voz ronca que semejaba un gruñido, el mandatario respondió:

—Que se espere.

La principal característica del licenciado Díaz Ordaz consistía en una perfecta congruencia entre el exterior y el interior de su personalidad. Su aspecto externo era de una gran fealdad. Una enorme, desmesurada boca, dejaba ver en cuanto su dueño hablaba dos hileras de dientes saltones e igualmente descomunales. Unos ojillos perpetuamente inyectados en sangre y un cutis con extraños tintes verdosos, conferían al presidente un aspecto en verdad repulsivo.

Con reconcentrada atención, el licenciado Díaz Ordaz prosiguió la lectura del informe de cerca de un centenar de hojas que le fuera entregado la noche anterior. Se trataba del resultado de una investigación encomendada al embajador de México en Francia. El presidente le había pedido que elaborase un trabajo sobre los recientes disturbios ocurridos en ese país y a los cuales la prensa mundial había denominado "Revolución de mayo". El embajador cumplió eficazmente la tarea que le fuera encomendada. Su informe contenía no sólo una bien redactada narración del conflicto, sino también una selección de interesantes observaciones que sobre el mismo habían emitido algunos de los más destacados pensadores europeos. Al final el embajador transcribía sus propias conclusiones y éstas denotaban talento y sensatez.

Concluida la lectura, el presidente se echó para atrás en el grueso sillón que lo sostenía y permaneció meditando algunos minutos con los ojos entrecerrados. A continuación, oprimiendo una tecla del interfón colocado en su escritorio, ordenó:

—Que pase el licenciado Echeverría.

Instantes después asomaba en el despacho presidencial la figura del secretario de Gobernación. Un cuerpo recio, una cabeza redonda casi desprovista de pelo y unos ojos oblicuos levemente orientales, constituían las peculiaridades físicas más destacadas del recién llegado. Su principal atributo interno era una singular y un tanto contradictoria característica. Aun cuando poseía una escasa inteligencia, estaba dotado de una astucia muy especial que le permitía detectar las debilidades de los demás y aprovecharlas para su personal beneficio.

El presidente y el secretario de Gobernación iniciaron su acuerdo. Asuntos de rutina, no había

ese día ningún problema de particular importancia. En menos de media hora fueron atendidas todas las cuestiones motivo del acuerdo y firmados los correspondientes documentos. Estampada la última firma, el presidente señaló el informe que le enviara el embajador de Francia al tiempo que decía:

—El general De Gaulle podrá ser un héroe de la guerra y creerse un gran estadista, pero le falta mucho para aprender la forma de mantener controlado a su país. Si cuando estuvo en México hubiese tomado unas clasecitas en el PRI, no tendría los problemas que ahora tiene.

El licenciado Echeverría hizo una señal de asentimiento a lo que escuchaba. El presidente prosiguió:

—Nuestro embajador en París me ha enviado un informe sobre la llamada "Revolución de mayo". El embajador no se dio cuenta, pero lo que permitió que un simple incidente universitario se convirtiese en un conflicto nacional se explica por una sola causa: la falta de control del gobierno francés de las diferentes fuerzas sociales. Eso es algo que, afortunadamente, jamás podrá ocurrir en nuestro país.

—Gracias a su acertada política, señor presidente —apuntó el secretario de Gobernación.

Los grandes dientes del licenciado Díaz Ordaz invadieron el espacio en una sonrisa rebosante de satisfacción.

—No —replicó con fingida modestia—. No es a mí a quien se debe la ejemplar organización política de nuestro país, yo sólo soy un continuador más del sistema, espero, eso sí, contribuir en alguna medida a su perfeccionamiento.

Adoptando la actitud de quien se encuentra impartiendo una cátedra, el presidente se explayó abundando en un tema particularmente grato a su forma de pensar:

—Lo genial de nuestro sistema político consiste en que el gobierno posea un perfecto control de todas las fuerzas sociales del país, pero este control se realiza de tal forma que la gente ni siquiera se da cuenta de su existencia. Obreros, campesinos, burócratas... bueno, hasta los boleros y los voceadores de periódicos, si quieren prosperar en su trabajo o al menos conservarlo, tienen que formar parte de las organizaciones creadas para ellos en el PRI. Es ahí donde habrán de canalizar sus solicitudes para lograr la resolución a sus problemas. Es en estas organizaciones donde se vale, siguiendo las reglas, hacer "grilla" e intentar alcanzar mayores beneficios personales y de grupo. Tratar de lograrlo está muy bien, pero siempre y cuando se pertenezca al sistema, se acepte su control y se juegue siguiendo las reglas. Eso es lo que ha faltado no sólo en Francia sino en todos los otros países capitalistas en que ahora hay borlotes. Algunos de esos países, como Estados Unidos, son dizque muy demócratas y tienen un gran poderío económico y militar, pero al primer problema todo el mundo se le sale del huacal al gobierno y cada grupo se suelta pidiendo lo que se le da la gana. Los campesinos, que suba el precio de sus verduras y baje el de los tractores. Los obreros, más sueldo y menos horas de trabajo. Y los estudiantes, el sector más "sacrificado" de la sociedad, que los aprueben sin presentar exámenes y les otorguen un subsidio de por vida que les evite tener que trabajar algún día.

El secretario de Gobernación sabía muy bien que el presidente se ufanaba de poseer un gran sentido del humor y que no había cosa alguna que le agradase más que le festejasen sus chistes. Así pues, prorrumpió en sonoras carcajadas al escuchar los últimos comentarios del primer

mandatario. Éste adoptó de nuevo un tono magisterial y continuó su análisis de los conflictos que convulsionaban al planeta.

—En los países socialistas la cosa es distinta. Ahí sí hay controles y en teoría éstos debían de haber evitado que se produjesen los conflictos, pero en la práctica las estructuras políticas de esos países son demasiado rígidas y burocráticas. Los sistemas que tienen para controlar a los sectores que integran la sociedad son muy visibles, todos se dan cuenta de su existencia y están siempre deseando que desaparezcan. Y entonces, en cuanto se presenta una oportunidad, la gente lo primero que hace es actuar fuera de sus organizaciones, evitando así el control de éstas. Eso fue lo que sucedió en Praga. Todos los checos, hasta los que dirigían el gobierno, se salieron de las organizaciones que estructuraban el Estado.

—En México no hemos cometido esos errores —afirmó orgullosamente el presidente—. Sabemos muy bien la importancia de darle a la gente "atole con el dedo" y de hacer creer que es el propio pueblo y no el gobierno quien ha creado y dirige las organizaciones que controlan a los diferentes sectores que integran la sociedad. Es por eso que nuestro sistema de control resulta mucho más efectivo. No veo la forma de que se lo puedan brincar y empezar a echar relajo. Y si así fuera —concluyó con burlón acento— puede usted apostar a que nadie llegaría a saber nunca que en el país había estallado un conflicto. Dicen que si Napoleón hubiese tenido a su servicio una prensa como la mexicana, de seguro hubiera muerto siendo emperador, pues los franceses jamás se habrían enterado de su derrota en Waterloo.

Una vez más el secretario de Gobernación prorrumpió en estruendosas carcajadas. Su hilaridad fue tan grande que tuvo que limpiar sus anteojos, humedecidos por abundantes lágrimas. Estimando que debía hacer alguna observación que revelase su permanente preocupación por mantener la paz pública, dejó de reír y expresó:

—He observado que en todos los países son los estudiantes los que están iniciando los disturbios. No vamos a permitir que en México suceda lo mismo. Estamos reforzando al máximo las organizaciones del control estudiantil en toda la República. Se han incrementado considerablemente las cantidades de dinero, y en general todas las canonjías que se otorgan a las sociedades de alumnos a cambio de que éstas mantengan tranquilos a los estudiantes. Hemos aumentado a más del doble el número de porros. Cualquier brote de disidencia sería sofocado en el momento mismo de iniciarse.

El presidente esbozó una socarrona sonrisa al escuchar las providencias adoptadas por el secretario de Gobernación; luego, fingiendo preocupación, inquirió:

—¿Y qué pasaría si los estudiantes se pusieran tan bravos que los porros no los pudiesen controlar?

—Bueno, en ese caso entrarían en acción la policía y el ejército.

—Sí claro, pero ¿no cree usted que habría que ir pensando en utilizar primero una alternativa intermedia? Algunas personas no ven con agrado que abiertamente el gobierno se ponga a matar estudiantes.

El licenciado Echeverría era presa de la confusión y el desconsuelo. Esperaba ser felicitado por las medidas que adoptara para mejorar el control de la grey estudiantil, y en lugar de ello, el presidente le indicaba, al parecer, que eran incompletas dichas medidas. El licenciado Díaz Ordaz

no podía ocultar el regocijo que le producía el desasosiego de su subalterno. Con calculado acento de benevolente reproche manifestó:

—No se preocupe; como sabía que a usted no se le iba a ocurrir, dispuse ya la formación de un grupo paramilitar que tendrá a su cargo hacer frente a los estudiantes si es que éstos logran, lo que no creo, rebasar el control de las sociedades de alumnos y de los porros. Hasta ahora tan sólo han sido aceptados cuatrocientos elementos para integrar este grupo, pero esperamos llegar a los mil en unos meses. Sólo se aceptan muchachos de verdad "bragados", que se encuentren en alguna cárcel del país por reincidencia bien comprobada en la comisión de homicidios y lesiones. Se les habla claro, se les ofrece la libertad y un buen sueldo, pero a cambio de lealtad y obediencia ciega al gobierno. Vamos por buen camino, están aprendiendo rápidamente a actuar como grupo. Les he puesto los Halcones. Ya tengo ganas de que los estudiantitos, hijitos de mamá, intenten alborotar. A ver cómo les va cuando se enfrenten a nuestros Halcones.

Desconcierto y pesadumbre habían desaparecido del ánimo del secretario de Gobernación, prevalecían ahora curiosidad y ambición. Curiosidad de saber a través de cuál dependencia oficial se había venido realizando la tarea de organizar al grupo del que hablaba el presidente. Ambición de lograr que dicho grupo pasase a formar parte de la Secretaría a su cargo. Comprendiendo que no sería conveniente dejar ver su ambición, el licenciado Echeverría se contentó con manifestar su curiosidad respecto a la oficina encargada de la integración del grupo paramilitar. El presidente pareció adivinar, sin embargo, las no formuladas preguntas de su secretario. Sus siguientes palabras develaron todas las incógnitas.

—La Procuraduría General de la República, con la ayuda de la del Distrito y de las de los estados, es la que está realizando el trabajo de ir seleccionando a los muchachos más adecuados para ser Halcones. Aún no he decidido a cuál dependencia habré de asignarlos —concluyó al tiempo que esbozaba una maliciosa sonrisa que deformó sus facciones—. Tal vez sea el Departamento del D.F., o quizá sea su Secretaría.

—Señor presidente, es usted un gran estadista —exclamó el secretario de Gobernación manifestando una admiración que, cosa rara en él, en esos instantes era realmente sincera.

—Sólo estoy tratando de preservar, mejorándolo un poco, el sistema político que me ha sido encomendado. Y con esta innovación en los sistemas de control —el rostro del presidente se deformó de nuevo a resultas de una burlona sonrisa— todos tendrán que reconocer que hemos logrado desarrollar en México un sistema perfecto de gobierno.

El interfón emitió su peculiar sonido. Al atender la llamada, el presidente fue informado que aguardaba para su acuerdo el secretario de Industria y Comercio. El mandatario autorizó su entrada. Acto seguido se despidió el secretario de Gobernación, recordándole que transcurriría más de una semana antes del próximo acuerdo, pues en la tarde de ese mismo día iniciaba un largo recorrido por varios estados de la República.

Mientras el secretario de Gobernación salía y entraba el de Industria y Comercio, la mirada del licenciado Díaz Ordaz se posó en el elegante reloj calendario colocado sobre su escritorio. Eran exactamente las nueve de la mañana del lunes 22 de julio de 1968. A esa misma hora, Regina acababa de manifestar su desaliento en la Plaza de las Tres Culturas, al no observar indicio alguno de un próximo despertar del pueblo. Y en otra plaza de la ciudad de México, la de la Ciudadela,

la anciana dependienta de un estanquillo pronunciaba su al parecer intrascendente frase:

—Ya no hay chicles de menta.

Capítulo V

La prueba del agua o la Manifestación del Rector

La nación que cuenta actualmente con mayores probabilidades de dar nacimiento a una nueva cultura es México.

AYOCUAN,
La Mujer Dormida debe dar a luz

Bazucazo en la Conciencia Nacional.

1

Ya no hay chicles de menta

El joven Raúl Mendoza, fornido estudiante del segundo año de la Vocacional Cinco del Instituto Politécnico Nacional, contempló a cercana distancia la esbelta silueta de la muchacha que hacía varias semanas venía observando desde lejos sin atreverse a hablarle. La femenina figura avanzaba por la misma calle que Raúl pero en dirección contraria, se cruzarían por tanto en cosa de segundos.

"Me lleva —pensó Raúl—, cómo me gustaría tener carro y lana para poder invitarla a ir a algún lado. Aunque tal vez ni así, ha de ser unos años más grande que yo y además está como quiere. Ni aun teniendo *lana* me *pelaría*."

Conforme se aproximaban, Raúl sentía una opresión en las sienes y podía escuchar el alocado latir de su corazón. Cuando se hallaban a escasos dos metros, las miradas de ambos se cruzaron.

—Buenas —saludó la muchacha esbozando una afable sonrisa.

—Bu... buenas —tartamudeó Raúl, presa de un remolino de emociones.

Los dos se detuvieron. Raúl logró controlar su nerviosismo al grado necesario para poder articular palabras.

—¿Estás en la Ochoterena? —preguntó aludiendo a la Preparatoria Isaac Ochoterena, ubicada en las proximidades de la Plaza de la Ciudadela, en cuyo costado poniente se encontraban.

—Sí —respondió la muchacha—. ¿Tú estás en la Voca Dos o en la Cinco?

—En la Cinco. ¿No quieres tomar un refresco? —preguntó Raúl señalando la cercana entrada de una miscelánea denominada La luz.

—Sí, gracias —respondió ella.

Entraron y pidieron unas "Chaparritas". Hablaron de varios temas sin ilación alguna.

"Qué bárbara, es bellísima, si hasta podría ser artista de la tele", pensaba Raúl una y otra vez. Supo al fin su nombre, se llamaba Ana María González.

Estaban por terminar sus refrescos cuando entró en la miscelánea un sujeto de patibularias facciones. Raúl sabía quién era, le apoderaban el Chueco y jefaturaba a la banda de porros llamados los Arañas. Hasta hacía unas semanas, sólo había venido operando en las distintas escuelas de esa zona de la ciudad una ya antigua banda de porros: los Ciudadelos, pero ahora había surgido esa nueva y mucho más temible pandilla de los Arañas, cuyos integrantes reconocían tener antecedentes penales y haber sido reclutados por la Secretaría de Gobernación para impedir cualquier brote de rebelión en las escuelas. Los estudiantes —tanto politécnicos

como universitarios— se veían obligados a sufrir a diario toda clase de vejaciones, desde el despojo de sus pertenencias hasta severas golpizas.

Raúl apuró el contenido de su refresco y observó que Ana María hacía otro tanto. El Chueco pidió una cajetilla de cigarros y unos cerillos.

—¿No quieres otra cosa? —preguntó Raúl a la muchacha.

—Sí —respondió ésta—, unos chicles de menta.

La viejecita que atendía el estanquillo depositó en el mostrador cigarros, cerillos y chicles de menta.

—A mí también deme unos chicles de menta —dijo el Chueco con la típica voz estropajosa de quien se encuentra sufriendo los fuertes efectos de una "cruda".

La viejecita buscó en la pequeña vitrina donde guardaba los dulces y luego dijo:

—Ya no hay chicles de menta.

Con rápidos movimientos, el Chueco se apoderó de los tres objetos colocados en el mostrador. Señalando a Raúl con despectivo ademán, indicó a la viejecita:

—Este cuate paga todo.

Dando media vuelta el Chueco salió de la miscelánea. Sin detenerse a pensarlo, Raúl le siguió y tomándole por un hombro le obligó a volverse.

—Compadre —afirmó en tono conciliador—, si quieres yo pago todo, pero dame esos chicles porque son de la señorita.

Ana María había salido también a la calle. Su rostro reflejaba un profundo temor.

—Por favor —exclamó suplicante—, ya no quiero chicles, vámonos; tengo que entrar a clases.

Varios estudiantes que pasaban por la calle comenzaron a rodearles. Una ancha, burlona sonrisa, se dejó ver en el rostro mal encarado de el Chueco. Sin pronunciar palabra abrió la cajita de chicles, introdujo el contenido en su boca y arrojó el recipiente vacío a la cara de Raúl. Y entonces sucedió algo con tal rapidez que los curiosos que les rodeaban no pudieron luego ponerse de acuerdo al contar cómo había ocurrido. El puño derecho de Raúl salió disparado y pegó de lleno en la mandíbula de el Chueco. Éste rodó por los suelos, pero se reincorporó al instante transpirando venganza por todos sus poros. Acostumbrado a salir vencedor en frecuentes peleas callejeras, utilizando para ello sucias artimañas y limpia navaja, el rufián intentó sacar su arma de uno de los bolsillos del pantalón. No tuvo tiempo de hacerlo. Un segundo e igualmente irresistible derechazo se estrelló en su mandíbula, regresándolo al suelo.

Raúl era un joven particularmente vigoroso. En el patio de la vecindad en que vivía practicaba karate diariamente con un amigo mayor que él, maestro en dicho arte marcial. A pesar de ello nunca acostumbraba pelear; aquel día había sido un incontrolable sentimiento de indignación lo que le impulsara a enfrentar al jefe de los Arañas.

Tras derribar a su oponente Raúl permaneció en guardia esperando a que el Chueco se levantase, pero éste no lo hizo. El aporreado porro observó con vidriosa mirada al creciente círculo de espectadores. Su esperanza de encontrar el conocido rostro de alguno de sus secuaces quedó sin cumplirse. Con expresivos ademanes dio a entender que había recibido suficiente castigo y que no deseaba continuar peleando.

Raúl regresó a pagar a la miscelánea, luego acompañó a su nueva amiga hasta las puertas de la

Preparatoria Isaac Ochoterena. Ana María estaba muy asustada. A su juicio, Raúl corría un gran peligro si volvía a poner los pies en la vocacional. Los grupos de porros que controlaban la zona estudiantil no tardarían en hacer su aparición y de seguro tomarían represalias en contra de quien había humillado a uno de sus jefes. Igual opinión sustentaban varios estudiantes de las Vocacionales Dos y Cinco, que habiendo estado presentes en el momento de la pelea les acompañaban ahora. Raúl se negó a escuchar los prudentes consejos y retornó a clases. Ana María prometió que regresaría a buscarlo a las doce en la Ciudadela acompañada de algunos amigos.

Mientras Raúl asistía a su clase de matemáticas, la Plaza de la Ciudadela comenzó a llenarse de indeseables ocupantes. Un tanto retrasados en relación con su habitual horario, Arañas y Ciudadelos iban llegando a su cotidiano centro de operaciones. La causa de su demora era a la vez el único tema de sus conversaciones: el exceso de drogas y alcohol ingeridos la noche anterior en prolongada parranda, realizada con la finalidad de sellar indisoluble amistad entre los integrantes de las dos bandas. Muy pronto iba a ser otro el principal motivo de su charla.

Furibundo, escupiendo algunas gotas de sangre y un torrente de imprecaciones, el jefe de los Arañas narraba su personal versión del quebranto sufrido y clamaba por ejemplar venganza. Una vez reunida la mayor parte de los pandilleros, dieron comienzo a una minuciosa búsqueda de aquel que había osado desafiar su prepotencia. Empezaron por la Vocacional Dos. Sin manifestar respeto alguno hacia los maestros que impartían las clases, los porros encabezados por el Chueco iban abriendo las puertas de los salones y atisbaban anhelosos de encontrar cuanto antes a su adversario. Al no hallarle en la Vocacional Dos fueron a la Cinco. Localizado al fin, los rufianes salieron del edificio y aguardaron pacientemente a que concluyeran las clases.

Raúl se había percatado de la búsqueda de que era objeto y sabía lo que le esperaba. A su mente acudió el recuerdo de lo ocurrido a un compañero que intentaba organizar una planilla electoral contraria a la apoyada por los porros. No contentos con propinarle una feroz golpiza, habían procedido a raparlo y a despojarle de todas sus ropas, dejándolo atado a un árbol de donde había sido recogido por los ambulantes de la Cruz Roja. Jamás había retornado a la escuela.

Finalizadas las clases, Raúl salió a enfrentarse a su destino. Una especie de vacío se había creado en torno suyo. Nadie caminaba próximo a su persona. En cuanto llegó a la calle se lanzaron sobre él. Intentó defenderse pero fue en vano. Logró dar un puñetazo pero recibió diez. Cayó en la acera y comenzó a ser pateado. Desde el suelo observó sorprendido la entrada en escena de Ana María. Ésta llegó corriendo y se lanzó contra uno de los porros arañándole el rostro. El rufián respondió con un manotazo que derribó a la muchacha. Al parecer, esto motivó una inesperada reacción entre los numerosos espectadores. Raúl se reincorporó. Ya no estaba solo. A su lado se encontraban los hermanos Jorge y Eduardo Casillas, sus dos mejores amigos, así como muchos otros compañeros a varios de los cuales apenas si conocía de vista. También estaban con ellos seis muchachos de la Ochoterena que habían llegado junto con Ana María.

La pelea se reanudó de inmediato. En un principio todo hacía suponer que se había diferido tan sólo unos minutos el triunfo de los porros, pues éstos contaban aún con una aplastante superioridad numérica, pero de pronto las cosas empezaron a cambiar. Primero en pequeños grupos y luego en forma tumultuaria, prácticamente la totalidad de los estudiantes de la Vocacional Cinco se lanzó a la pelea.

La zacapela adquirió nuevas características. Toda la Plaza de la Ciudadela era ahora el escenario donde tenía lugar el encuentro. Jóvenes de ambos bandos corrían por doquier, agrupándose y dispersándose como resultado de los rápidos enfrentamientos que se libraban a un tiempo en una veintena de lugares. Los porros hacían eficaz uso de su variado armamento: navajas, cadenas, cuchillos y guanteletes de fierro. Esto les otorgaba innegable ventaja. Cada vez era mayor el número de estudiantes seriamente lesionados. Sin embargo, los huecos dejados por los heridos eran prontamente llenados. De la Vocacional Dos brotaba un iracundo torrente estudiantil que se desbordaba sobre la plaza. Grupos cada vez mayores de la Isaac Ochoterena llegaban presurosos a incorporarse a la lucha. Eran muchas las humillaciones acumuladas por los estudiantes, de las cuales éstos querían cobrar pronto desquite.

Número y determinación concluyeron imponiéndose sobre armamento y malas mañas. Al verse perdidos los porros intentaron la huida; muy pocos alcanzaron su propósito. Vencidos y postrados en tierra, los rufianes empezaron a implorar clemencia con doloridos gritos. Se inició entonces un nuevo combate. Generosidad y venganza contendían por predominar en la conciencia de los estudiantes. Había quienes se manifestaban por continuar golpeando a los caídos; otros, en cambio, insistían ante sus compañeros en la total cesación de la violencia. El conflicto fue breve. Tras un momento de vacilación predominó la nobleza. Ni un solo golpe más se abatió sobre los derrotados porros. Éstos fueron despojados de sus armas y conminados a no volver jamás por la Plaza de la Ciudadela y zonas circundantes.

Renqueando y cariacontecidos, los pandilleros abandonaron la plaza en medio de cerrada rechifla. Estalló al punto el regocijo estudiantil. En forma espontánea se dejaron oír incesantes “Welums”, la clásica porra del Instituto Politécnico Nacional. El aire parecía vibrar y estremecerse, contagiado del estruendoso entusiasmo juvenil.

Origen y confluencia del inesperado acontecimiento, Raúl y Ana María se encontraron de pronto unidos en estrecho abrazo. Sus pupilas destellaban luminosas. Ambos intuían que habían tenido la suerte de haber hallado a su contraparte.

2

Un regente no muy gente

El general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, regente del Departamento del Distrito Federal, contemplaba desde su oficina —ubicada en uno de los edificios situados en el lado sur de la Plaza de la Constitución— las últimas luces del atardecer extinguiéndose en los coloniales edificios que circundan la plaza. Su mirada se posó durante un largo rato en la fachada del Palacio Nacional.

"Tan cerca y aún tan lejos", pensó mientras iniciaba, por enésima vez en ese día, su ejercicio mental favorito: repasar las ventajas que tenía a su favor para lograr la presidencia de la República. Éstas consistían, básicamente, en compartir dos rasgos comunes con el licenciado Gustavo Díaz Ordaz. Uno era de índole físico y el otro de carácter moral. Al igual que el primer mandatario, el jefe del Departamento del Distrito Federal poseía una enorme boca y unos dientes particularmente grandes y saltones. Y al igual que el señor presidente, el señor regente estaba dotado de una personalidad en extremo cruel y despiadada.

El ruido de las pisadas de su secretario particular puso término a las futuristas cavilaciones del máximo funcionario de la capital de la República. Apartando su mirada del Palacio Nacional, el regente la clavó en el hombre vestido de gris que se aproximaba. Éste lucía una expresión entre vacilante y preocupada. Sin tomar asiento el secretario informó que en la antesala se encontraba el Chupetas, jefe de la banda de porros denominados los Ciudadelos, integrada por sujetos que figuraban en las nóminas del Departamento del D.F., como "personal de limpieza". Atendiendo al relato del jefe de los porros, en la mañana de ese día se había producido una trifulca en la Plaza de la Ciudadela. Unidos, los estudiantes de esa zona de la ciudad habían logrado derrotar tanto a los porros del Departamento del D.F. como a los de la Secretaría de Gobernación. Así pues —concluyó el secretario— había quedado roto el control establecido sobre las tres escuelas ubicadas en dicha zona.

El general y licenciado Alfonso Corona del Rosal indicó a su secretario que ordenase a el Chupetas permanecer en la antesala a la espera de instrucciones. Acto seguido se dio a la tarea de analizar el inesperado problema al que se enfrentaba. Sabedor de la preocupación del presidente en lo tocante al posible surgimiento de un conflicto estudiantil, decidió actuar de inmediato para evitar que dicho conflicto se produjese. La adecuada solución de aquel incidente —concluyó jubiloso— podía muy bien darle algunos "metros" de ventaja en la "carrera" por la presidencia de la República.

Tras de meditar detenidamente sobre las medidas que convenía adoptar, el señor regente

estimó que lo más indicado era propinar una severa golpiza a los estudiantes de las tres escuelas que tan ingenuamente habían pretendido sacudirse de los mecanismos de control que les sujetaban. El organismo represivo más adecuado para impartir el castigo era el Cuerpo de Granaderos, selecto grupo de choque encuadrado dentro de la Policía Capitalina.

Al repasar mentalmente su proyectada operación de castigo, el jefe del Departamento del D.F. llegó a la conclusión de que el plan en cuestión presentaba tan sólo un inconveniente. Varios de los profesores de la Vocacional Dos eran militares que tenían a orgullo ser maestros de dicha escuela, pues sus padres, militares también, habían sido fundadores del Instituto Politécnico Nacional en la época en que fuera presidente de la República el general Lázaro Cárdenas. En vista de sus ambiciones políticas —único móvil de toda su conducta— nada deseaba menos el general y licenciado Corona del Rosal que enemistarse con sus propios compañeros de armas. Así pues, muy a su pesar, decidió que la represalia policiaca sólo debía efectuarse en contra de la Vocacional Cinco y de la Preparatoria Isaac Ochoterena. Con recia voz de mando el señor regente ordenó a través del interfón la inmediata comparecencia en su oficina del subjefe de la Policía Capitalina.

Raúl Mendiolea Cerecero, subjefe de la Policía del Departamento del D.F., era en realidad el auténtico director de las fuerzas policiacas de la ciudad de México. Luis Cueto Ramírez, supuesto jefe de las mismas, era sólo un personaje decorativo. Evitando siempre figurar demasiado ("para no quemarse") Mendiolea Cerecero controlaba desde hacía muchos años todos los hilos de uno de los cuerpos de policía más corruptos del planeta. Calvo, chaparro y rechoncho, con una engañosa expresión de tontería reflejada en el rostro, el subjefe de la Policía penetró sigiloso y en sumisa actitud a las oficinas de la máxima autoridad capitalina.

El jefe del Departamento del D.F. informó al subjefe de la Policía de los hechos ocurridos aquella mañana en la Plaza de la Ciudadela. Mendiolea Cerecero se permitió señalar que había tenido conocimiento de dichos hechos al momento de estar sucediendo. Si la policía se había abstenido de intervenir, era atendiendo a las instrucciones que se tenían en el sentido de evitar enfrentamientos con los estudiantes y dejar que fuesen los porros quienes los controlasen.

El subjefe de la Policía fue elogiado calurosamente por la forma en que desempeñaba las funciones a su cargo. A continuación el señor regente mencionó el peligro que existía de que estudiantes de otros centros educativos tomasen como ejemplo lo ocurrido esa mañana en la Ciudadela. Para evitarlo había que actuar drásticamente. Al día siguiente, en cuanto se iniciasen las clases, el Cuerpo de Granaderos debía tomar por asalto tanto la Vocacional Cinco como la Preparatoria Isaac Ochoterena. Con objeto de facilitar la operación, antes de proceder al asalto los granaderos efectuarían una metódica saturación de las escuelas con gases lacrimógenos. Realizada ésta, penetrarían en los planteles y darían de garrotazos a cuantos estudiantes encontrasen.

Mendiolea Cerecero tenía sus muy personales razones para oponerse al empleo de gases lacrimógenos. Al no poder externar los verdaderos motivos de su oposición, argumentó que tal vez no sería conveniente utilizar gases, pues éstos, al extenderse, afectaban siempre a núcleos de población que nada tenían que ver con el conflicto, generando con ello una animadversión de la opinión pública en contra de las fuerzas policiacas.

El regente rechazó los razonamientos del subjefe de la Policía. El empleo de gases lacrimógenos —sentenció— traería consigo múltiples ventajas. En primer término era el mejor procedimiento para lograr que el castigo que se buscaba aplicar abarcase al mayor número posible de estudiantes. En segundo lugar, eliminaba cualquier posibilidad de resistencia, pues cuando los granaderos entrasen a la escuela a golpear a sus ocupantes, éstos se encontrarían ya imposibilitados para presentar oposición alguna. En lo relativo a las repercusiones que la operación tendría en la opinión pública —concluyó—, él tomaría las providencias necesarias para que ésta viese con buenos ojos la severa corrección inferida a los estudiantes.

Dando por concluida la entrevista, el regente indicó a su subalterno que al salir de la oficina se llevase consigo a el Chupetas y le aleccionara sobre lo que tendría que hacer al día siguiente: debía acompañar a los granaderos y hablar con los estudiantes que éstos capturasen, para hacerles ver que más les valía seguir soportando a los porros que tener que hacer frente a la policía.

Mientras Mendiolea Cerecero abandonaba la oficina del señor regente, éste requería la presencia del director de Prensa y Relaciones Públicas del Departamento del D.F. En cuanto dicho funcionario hubo llegado, procedió a impartirle instrucciones sobre el boletín de prensa que habría de hacer circular entre los medios informativos respecto a lo ocurrido esa mañana en la Plaza de la Ciudadela. La versión oficial de dichos sucesos entrañaba la más completa distorsión de la verdad. Sin hacer mención alguna de los grupos de porros, se afirmaba que el conflicto se había originado al suscitarse, por causas desconocidas, un enfrentamiento entre estudiantes universitarios y politécnicos, pertenecientes los primeros a la Preparatoria Isaac Ochoterena y los segundos a la Vocacional Cinco. A resultas del encuentro se habían producido considerables daños. Comercios, casas y automóviles apedreados e incontables transeúntes lesionados constituían el saldo dejado por la irrefrenable barbarie estudiantil. El boletín de prensa finalizaba "sugiriendo" a los diferentes medios informativos que hiciesen mención de estar recibiendo incesantes llamadas expresando idéntica solicitud: la presencia de fuerzas policiacas en la Plaza de la Ciudadela con miras a impedir nuevos desmanes de los estudiantes.

El jefe del Departamento del D.F. había concluido ya de impartir sus directrices, tendientes a lograr la manipulación de la opinión pública, cuando la red privada de intercomunicación instalada en la oficina de todos los altos funcionarios comenzó a sonar, indicando que era el secretario de Gobernación quien llamaba. El señor regente supuso que lo más probable era que el licenciado Echeverría estuviese ya al tanto de la zacapela ocurrida esa mañana entre porros y estudiantes. Su llamada de seguro tenía por objeto tratar de coordinar la represión gubernamental. Dejar que fuese el secretario de Gobernación quien se pudiese ostentar ante el presidente como el funcionario que había resuelto el problema no entraba en los planes del general y licenciado Corona del Rosal. Rápidamente instruyó a su secretario particular para que contestase la llamada, indicando que el jefe del Departamento del D.F. no se encontraba en su oficina y que ignoraba en dónde podía ser localizado.

El secretario particular cumplió fielmente las indicaciones recibidas y Corona del Rosal sonrió complacido. Su mirada se dirigió nuevamente a través de la ventana hacia el Palacio Nacional. Aun cuando la alargada construcción no se había movido ni un solo milímetro desde que la contemplara dos horas antes, el ambicioso funcionario sintió que el Palacio Nacional se

encontraba ahora mucho más cercano, casi al alcance de su mano.

3

Granaderos en acción

Un agitado bullicio imperaba en la Plaza de la Ciudadela. Grupos de estudiantes comentaban animadamente los sucesos del día anterior. Varios de ellos leían en voz alta notas periodísticas en las cuales se informaba de dichos sucesos. Lo que se decía en los periódicos motivaba airadas exclamaciones de protesta y toda clase de insultos a la "prensa vendida". Los asombrados estudiantes no podían terminar de creer que la realidad de lo acontecido hubiese podido ser falseada a tal extremo. Quienes habían visto los noticieros de televisión se manifestaban aún más indignados. En éstos se habían transmitido escenas de gente peleando en las calles, afirmándose que correspondía al inventado enfrentamiento entre universitarios y politécnicos. Las personas que aparecían riñendo en las pantallas de televisión no tenían tipo de estudiantes y el lugar en donde se encontraban de ninguna manera era la Plaza de la Ciudadela, sino algún parque indeterminado. Por si fuera poco, los noticieros de radio y de televisión habían transmitido entrevistas a supuestos vecinos de la colonia donde se encontraban las escuelas afectadas por el conflicto. Todos los entrevistados habían coincidido en demandar airadamente una enérgica intervención policiaca que pusiese término a la "barbarie estudiantil".

El joven politécnico Raúl Mendoza llegó a la entrada de la Vocacional Cinco. Cojeaba ligeramente y tenía la cara y el cuerpo cubierto de hematomas de muy diversos tamaños, resultado de los golpes que recibiera veinte horas antes. Sin embargo no sentía dolor alguno. Disfrutaba de un sentimiento de exaltada felicidad como jamás conociera en sus diecisiete años de vida. La imagen del rostro de Ana María, con sus pequeños y chispeantes ojos negros, su nariz respingada y sus finos labios, no se apartaba ni un instante de su mente.

Varios compañeros se aproximaron a Raúl y tras de saludarle efusivamente comenzaron a externar toda clase de improperios en contra de los porros, los medios informativos y las autoridades gubernamentales. Raúl preguntó si se tenían noticias de los numerosos estudiantes que habían resultado seriamente lesionados en la trifulca. Se sabía de algunos. Al parecer unos cuantos se hallaban hospitalizados. Varios que habían sufrido fracturas estaban ya esa mañana en la escuela.

Al llegar la hora de la primera clase, Raúl y buena parte de los estudiantes suspendieron la charla y se encaminaron a los salones. Otros, en cambio, optaron por continuar en la calle, conversando y profiriendo anatemas cada vez más encendidos en contra de todas las autoridades habidas y por haber.

Recién se iniciaba la clase de física cuando Raúl observó, desde la ventana junto a la cual se encontraba, la llegada frente a la escuela de varios camiones transportando un numeroso contingente de granaderos. Al igual que todos los capitalinos de modesta condición económica, Raúl conocía de sobra la bien ganada fama de brutalidad que poseían los integrantes de esa corporación policiaca. Protestas obreras y en general cualquier manifestación de descontento popular que se produjese en la ciudad, eran siempre reprimidas con lujo de fuerza por los granaderos.

Con sorprendente celeridad los granaderos saltaron de sus camiones —desprovistos de paredes laterales precisamente para facilitar el rápido ascenso y descenso de sus ocupantes— y se alinearon en largas filas rodeando la Vocacional Cinco por todos sus lados. Los numerosos estudiantes que aún no entraban a clase contemplaban con creciente desconfianza las maniobras policiacas. Empezaron a escucharse coros de chiflidos e insultos dirigidos a los recién llegados. Los rostros de los policías estaban cubiertos con máscaras que les conferían un aspecto de seres extraterrestres. En sus manos empuñaban los fusiles especiales que se utilizan para lanzar granadas lacrimógenas. Mendiolea Cerecero comandaba personalmente la operación. El subjefe de la Policía aulló una orden que fue repetida por sus inmediatos subalternos. Al escuchar la voz de mando, los granaderos apuntaron al unísono sus fusiles en dirección a la vocacional. Se escuchó una segunda orden y al instante una lluvia de proyectiles salió disparada contra los amplios ventanales del edificio politécnico.

Desde su asiento Raúl alcanzó a ver la siniestra imagen de una negra granada que se aproximaba. Se cubrió el rostro con ambas manos justo en el momento que se producía un gran estruendo de cristales rotos. Pedazos de vidrio cayeron sobre su cuerpo sin herirlo. A sus pies, emitiendo un leve silbido y destilando un hilillo de gas apenas perceptible, se encontraba intacta una maloliente granada lacrimógena. El joven se puso de pie de un salto. Igual cosa hacían todos sus compañeros, varios de los cuales sangraban abundantemente de las manos y de la cara por las cortadas producidas al saltar los vidrios.

—Salgan con calma, muchachos —alcanzó a decir el maestro, cuyo rostro tenía la palidez de la cera.

Con rapidez pero sin pánico, los estudiantes empezaron a desalojar la habitación. Una segunda andanada de granadas llegaba de la calle. Al igual que las primeras rompieron vidrios para luego caer rodando por los suelos, en donde permanecían silbando levemente. Ninguna estallaba. Los corredores internos de la vocacional estaban pletóricos de estudiantes desconcertados y furibundos. En cosa de segundos ya sólo estaban furibundos. Al producirse una tercera descarga de proyectiles que tampoco estallaron, los politécnicos tuvieron la certeza de que por alguna extraña razón las supuestas granadas de gas no eran tales, y por tanto, su peligrosidad no era mayor que la de una andanada de piedras. De inmediato se lanzaron al contragolpe. Retornando a sus salones de clase recogieron las granadas y los pedazos de cristales rotos. Utilizando estos objetos como proyectiles, empezaron a enviarlos contra las cerradas líneas de sujetos vestidos de azul que rodeaban su escuela.

Los estudiantes que se hallaban en la Plaza de la Ciudadela —situados a espaldas de los granaderos— no permanecieron mucho tiempo de simples espectadores. Aún no se extinguía el

tintineante sonido de cristales rotos por la primera descarga policiaca, cuando los jóvenes empezaron a lanzar sobre las desprotegidas espaldas de los granaderos los más variados objetos: botellas de refresco, piedras, llaves, zapatos, monedas e incluso libros.

Mendiolea Cerecero se encontraba ahora en un grave aprieto para decidir la acción más conveniente a seguir. A sabiendas de que era casi seguro que las granadas no estallasen (pues a causa de la corrupción imperante en la policía, el dinero destinado a la periódica sustitución de dichos artefactos se repartía entre los altos jefes) había ordenado las descargas con la leve esperanza de que al menos unas cuantas arrojasen un poco de gas. Tras de efectuarse la tercera descarga comprendió la inutilidad de su empeño. El imprevisto ataque que sufrían por su retaguardia hacía dudar al subjefe de la Policía sobre si se debía continuar con el plan de tomar por asalto la Vocacional, o si antes de ello debía arremeter contra los estudiantes que se encontraban en la plaza. Un botellazo lanzado desde escasa distancia se estrelló en su espalda, arrojándolo al suelo y poniendo término a sus vacilaciones. En el escaso tiempo que le llevó levantarse y recobrar el aliento, la totalidad de los granaderos había tomado ya su propia decisión. Una instintiva y natural reacción los impulsó a tratar de eliminar cuanto antes a los atacantes más próximos. Dando la media vuelta se lanzaron en cerrada carga contra los jóvenes que les atacaban por la espalda.

Se produjo de inmediato una estudiantil desbandada. Imprimiendo a sus piernas la mayor velocidad posible, los perseguidos trataron de ponerse a salvo de la acometida de los granaderos. El vigor propio de la juventud y la increíble energía que genera un buen susto les permitieron lograrlo. En un instante, las fuerzas policiacas quedaron solas en la plaza al dispersarse los estudiantes por las calles adyacentes. La juvenil ausencia fue breve. No sólo quienes huían dejaron de hacerlo y retornaron sobre sus pasos al cesar la persecución, sino que ahora, dos nuevas fuentes incrementaban de continuo la presencia estudiantil en la plaza. Al alejarse del edificio de la Vocacional Cinco, los granaderos dejaron cauce abierto a la salida de los estudiantes que en ésta se encontraban. Sin perder un segundo, los politécnicos salieron de su escuela firmemente decididos a intervenir en la lucha. A su vez, grupos cada vez más numerosos provenientes de la Vocacional Dos llegaban de continuo, plenamente dispuestos a participar en la trifulca.

Al igual que sus demás compañeros, Raúl Mendoza salió de la Vocacional Cinco en cuanto los granaderos se alejaron de ésta. Una sola y angustiosa preocupación acaparaba sus pensamientos: ¿estarían también las fuerzas policiacas atacando a los estudiantes de la Isaac Ochoterena? Raúl poseía un especial carisma que le había granjeado una gran popularidad entre sus compañeros. Así pues, cuando expuso con fuerte voz y en apretada síntesis la inquietud que le dominaba, un elevado número de politécnicos se ofrecieron de inmediato a dirigirse a la preparatoria y participar en su defensa si ésta había sido agredida.

La Preparatoria Isaac Ochoterena no sólo había sido atacada por los granaderos, sino que estaba saliendo bastante mal librada del ataque. Tal como ocurriera en la Vocacional Cinco, los policías habían iniciado su acción lanzando sucesivas andanadas de bombas lacrimógenas que no habían estallado, pero a diferencia de lo que aconteciera en aquélla, los granaderos no habían sufrido un ataque por la retaguardia, pues la entrada de la preparatoria no daba a una amplia

explanada —como lo era la Plaza de la Ciudadela— sino a una calle que pudo ser despejada de grupos estudiantiles antes de iniciar la operación. Al percatarse de la total ineficacia de sus granadas, los policías habían sustituido los fusiles por enormes escudos y largos garrotes. Acto seguido se lanzaron al ataque, penetrando en ruidoso tropel a la señorial casona que albergaba a la preparatoria.

La reputación de brutalidad y salvajismo de que gozaba el Cuerpo de Granaderos quedó plenamente justificada. La avalancha azul se desbordó incontenible por pasillos y escaleras golpeando sin distinción a hombres y mujeres, profesores y alumnos. Los policías nunca se concretaban a propinar un simple garrotazo, sino que a todo aquel que tenía la desgracia de cruzarse en su camino, tras de derribarle a golpes, continuaban asestándole garrotazos y patadas hasta transformarle en una masa de carne dolorida y sangrante.

Unos cuantos estudiantes lograron escapar a través de las azoteas de las casas vecinas, pero la mayor parte quedó atrapada en sus salones de clase. Muchachos y muchachas intentaron valerosamente oponerse a la fiereza policiaca. Los maestros hicieron causa común con sus alumnos y lucharon a su lado recibiendo su correspondiente ración de garrotazos. El desigual enfrentamiento tuvo en todos los casos idéntico final. A pesar de su desesperada resistencia, maestros y estudiantes terminaban siendo vencidos. Muy pronto todos los salones de clase quedaron transformados en celdas de golpeados seres de ambos sexos, custodiados por guardias de hosca mirada que no cesaban de proferir soeces insultos.

Los preparatorianos que habían logrado escapar corrieron en busca de ayuda a la Plaza de la Ciudadela. No llegaron a ésta, a medio camino se encontraron con el grupo que venía en su auxilio. Con agitadas voces narraron lo que ocurría en su escuela. Al percatarse de que Ana María no se encontraba entre quienes habían podido salir de la preparatoria, Raúl sintió enloquecer y su primer impulso fue el de intentar rescatarla penetrando a la fuerza en la invadida casona. Sorpresivamente, a resultas quizá de la misma insoportable angustia que le atenazaba, el joven sintió que de lo más profundo de su ser surgía una inesperada serenidad y lucidez de pensamiento. Comprendió al instante que la única posibilidad que existía de liberar a los aprisionados estudiantes —entre los cuales lo más probable era que se encontrase Ana María— dependía de que quienes lo intentasen pudieran vencer a los granaderos, lo cual jamás sucedería si incurrían en el error de enfrentarse con los puños desnudos a los escudos y los garrotes policiacos.

A la mente de Raúl acudió la imagen de un cercano edificio en construcción, en cuya entrada había grandes montones de cascajo, ladrillos y grava. En escasos minutos los estudiantes comandados por Raúl llegaron al edificio y se apoderaron de una variada colección de arrojadizos proyectiles. Una vez convenientemente pertrechados, se encaminaron en veloz carrera a la escuela preparatoria.

Manuel Robles, comandante de la sección de granaderos que había ocupado la Isaac Ochoterena, sonreía gratamente complacido por el espectáculo que se ofrecía a su vista. Para donde voltease la mirada encontraba tan sólo estudiantes golpeados y tendidos en los pisos. Llamó su atención la figura de una jovencita tirada al pie de una escalera, cuyo cuerpo denotaba una anormal inmovilidad. En un principio supuso que podría estar inconsciente, pero al aproximarse a ella observó que sus ojos despedían desafiantes fulgores. La respingada nariz de la joven confería

a todo su rostro una grácil simpatía, perceptible incluso hasta para la embotada sensibilidad del granadero. Inclinándose, Robles tomó uno de los brazos de la muchacha, lo encontró flácido e inerte, cual si fuese de trapo.

—Ya te fregaste —sentenció con burlona sonrisa—, te han de haber sonado en la espina. Lástima, te quedarás tullida. No vas a servir ya ni para vender billetes de lotería.

Los chispeantes ojos negros de la joven se clavaron en los del granadero. La parálisis que afectaba su cuerpo no le impedía hablar. Con claro acento afirmó:

—Tal vez nunca pueda volver a moverme, pero usted está mucho peor que yo. Es su espíritu el que está paralizado. Créame, me da lástima. Ojalá y pudiera ayudarlo.

El comandante policiaco se percató de que la mirada de la joven había cambiado. No era ya altanera y desafiante, sino que manifestaba un sincero sentimiento de compasión. El granadero retrocedió, impulsado por un incontenible temor. Con áspera voz gruñó:

—Que nadie vaya a tocar a esta vieja. Con su pellejo me responden si le hacen más daño.

Tras de pronunciar estas palabras, Robles comenzó a impartir las instrucciones necesarias para efectuar el traslado de los estudiantes detenidos. Estaba en eso, cuando observó sorprendido que entraban precipitadamente los granaderos a quienes se había ordenado que se quedasen afuera custodiando la entrada. De inmediato salió a ver lo que ocurría. No tardó en saberlo. Un numeroso grupo de estudiantes arrojaban desde la acera de enfrente una cerrada granizada de piedras y ladrillos. Uno de éstos se detuvo en el rostro del jefe de los granaderos, fracturando su nariz y derribándole al suelo. Se levantó con la cara ensangrentada y articulando toda clase de imprecaciones dirigidas a las progenitoras de los estudiantes. Retornando al interior de la escuela dispuso se quedase en ésta una pequeña guardia. Poniéndose al frente de la mayor parte de los integrantes de su sección, salió a la calle decidido a exterminar a sus contrarios.

Una cosa es desear realizar una acción y otra muy distinta poder llevarla a cabo. En cuanto los granaderos arremetieron contra los estudiantes éstos se dispersaron con la rapidez del relámpago. Escabulléndose entre calles pobladas de asustados peatones y ríos de automóviles en marcha, los jóvenes lograron mantenerse a prudente distancia de sus perseguidores. Cansados de un inútil corretear tras de inasibles seres, los granaderos terminaron por suspender la persecución y retornar al edificio de la preparatoria, confiados en que podrían sentarse a descansar unos momentos en los camiones que mantenían estacionados frente a la escuela. Vana esperanza. Apenas avizoraban los anhelados asientos de sus camiones, cuando los estudiantes reaparecieron a sus espaldas e iniciaron de nuevo un incesante envío de proyectiles. Se reanudó al instante la persecución obteniéndose de ésta y de las subsiguientes los mismos frustrados resultados. Una y otra vez, siempre lo mismo, con la diferencia de que el número de granaderos iba disminuyendo ostensiblemente, pues cada vez era mayor el número de policías lesionados. En cambio los contingentes estudiantiles se incrementaban de continuo al afluir proveniente de la Plaza de la Ciudadela, un incesante y juvenil torrente. Alarmado, Manuel Robles ordenó a sus hombres replegarse al interior del edificio y solicitó por radio instrucciones a Mendiolea Cerecero.

En la Plaza de la Ciudadela los acontecimientos se habían desarrollado en forma bastante semejante a lo ocurrido en las calles aledañas a la escuela preparatoria. Concluida su primera e imprevista embestida, los granaderos regresaron a donde se encontraba el subjefe de la Policía.

Éste les recriminó por actuar sin esperar a recibir órdenes y dispuso se ocupase el edificio de la Vocacional Cinco. No había ya estudiantes en ésta, tan sólo unos cuantos maestros que fueron salvajemente golpeados. En cambio, la plaza se había vuelto a llenar de una ruidosa multitud de jóvenes iracundos. Por doquier se escuchaban retadores "welums", así como silbidos e insultos a las fuerzas policiacas. Los politécnicos no se contentaban con expresar su repudio a los granaderos mediante sonidos, junto con éstos enviaban andanadas de toda clase de proyectiles.

Ordenada —ahora sí— por Mendiolea, los granaderos realizaron una cerrada carga contra los estudiantes, iniciando idéntica estrategia a la utilizada con tan pésimos resultados por la sección policiaca al mando de Manuel Robles. Desprovistos ya de sus máscaras antigás, con los rostros bañados en sudor y las miradas llameantes de furia, los granaderos corrían tras de los estudiantes intentando desesperadamente alcanzarlos. El peso del equipo que transportaban consigo, así como el mayor número de años que también tenían que llevar a cuestas, les impedían en todos los casos lograr su propósito. En cuanto los granaderos se detenían los estudiantes también lo hacían. Tras de reagruparse, los jóvenes reanudaban con brío siempre creciente su eficaz guerra aérea. La diversidad de objetos que arrojaban resultaba increíble. Un granadero sufrió fractura de clavícula al golpear en ésta un aparato de radio.

Conforme el tiempo transcurría era cada vez mayor el número de policías incapacitados para continuar en acción, bien fuera por lesiones o por simple agotamiento. Los estudiantes intuían que el desarrollo de la lucha les era favorable y su audacia se incrementaba en forma directamente proporcional al desfallecimiento de sus contrarios. Los jóvenes ya casi no retrocedían al producirse las arremetidas de los granaderos. Les esperaban a pie firme y detenían su avance con las certeras andanadas de proyectiles que tan buenos resultados les habían reportado a lo largo del encuentro.

Mendiolea tenía cara de tonto pero no lo era. Al observar lo que estaba pasando cobró conciencia del grave peligro que se cernía sobre los hombres bajo su mando. En cuanto los granaderos llegasen al límite de sus fuerzas —y ya faltaba poco para que esto ocurriese— quedarían a merced de los estudiantes; éstos podrían entonces desarmarlos y hacer con ellos lo que quisiesen, lo cual constituiría el mayor de los ridículos en todo el historial de la Policía. La alterada voz del comandante Manuel Robles, solicitando instrucciones por la radio, atrajo la atención de Mendiolea. Atendiendo a lo informado por Robles, la Isaac Ochoterena había sido ocupada, apresándose en ella un buen número de jóvenes; sin embargo, los granaderos se encontraban a su vez sitiados por una iracunda multitud estudiantil. Al tener conocimiento de lo sucedido en la escuela preparatoria, el subjefe de la Policía terminó por decidirse a reconocer el fracaso de la operación e intentar retirarse antes de que incluso esto resultase imposible.

Y en efecto, tal y como Mendiolea suponía, efectuar la retirada no fue nada fácil; sabiéndose ya los vencedores de la aún no finalizada contienda, los estudiantes buscaban obstaculizar al máximo la huida de sus rivales. Muchos jóvenes, olvidando toda cautela, se lanzaban abiertamente contra los granaderos intentando impedirles que abordasen sus vehículos. Semejante imprudencia se paga siempre cara. A pesar de su agotamiento los policías tenían aún fuerzas suficientes para asestar unos cuantos garrotazos a quienes trataban de retenerlos. La mayor parte de los estudiantes prefería seguir con su eficaz lanzamiento de proyectiles, realizándolo ahora prácticamente a boca

de jarro. Los granaderos, ya a bordo de sus singulares vehículos sin lámina en los costados, no alcanzaban a cubrirse del todo con sus escudos y recibían un elevado porcentaje de los objetos que se les enviaban.

Lentamente, entre burlas, chiflidos, insultos y los últimos objetos lanzados a modo de despedida, el derrotado convoy policiaco fue alejándose de la Plaza de la Ciudadela. Mendiolea había dispuesto que la ruta de retirada incluyese un alto frente a la Preparatoria Isaac Ochoterena con objeto de rescatar a los sitiados ocupantes de esta escuela.

Los granaderos bajo el mando de Manuel Robles no veía la hora de salir de la ratonera en que se encontraban. La enfurecida y creciente multitud que cercaba la vieja casona daba muestras evidentes de disponerse a tomarla por asalto. Los estudiantes sabían muy bien que en el interior de la escuela se encontraban apresados un buen número de compañeros y no deseaban que esta situación se prolongase por más tiempo. Al verse forzados a encerrarse en la casa, los granaderos habían dejado sin ninguna protección sus vehículos de transporte estacionados en la calle. Éstos habían sido incendiados y enormes llamaradas se alzaban al cielo produciendo una gran cantidad de humo que, a causa de la dirección del viento, penetraba por las destrozadas ventanas de la preparatoria acompañado de los múltiples objetos que los sitiadores no cesaban de arrojar.

La llegada de las fuerzas policiacas en retirada concedió a Manuel Robles y a sus acosados granaderos la oportunidad de poder escabullirse. Sin tratar de llevar consigo ni a uno solo de sus prisioneros, los policías salieron corriendo de la casa y se apretujaron en vehículos abarrotados de sujetos igualmente extenuados y vencidos.

En cuanto los granaderos salieron de la preparatoria los estudiantes penetraron en ésta. El primero en hacerlo fue Raúl Mendoza. Un extraño presentimiento oprimía su espíritu, algo en su interior le decía que Ana María había sufrido un serio percance. La realidad superaría con creces sus pesimistas temores.

Ana María se encontraba tirada boca arriba al pie de una angosta escalera. Su cuerpo lucía desmadejado e inerte. Tan sólo la chispeante luminosidad de sus pequeños ojos dejaba ver que proseguía con vida.

—Buenas —exclamó Ana María esbozando una afable sonrisa.

—Bu... buenas —tartamudeó Raúl presa de un remolino de emociones, repitiendo así, en circunstancias del todo diferentes, exactamente el mismo diálogo inicial que tuvieran el día anterior al encontrarse por vez primera.

—¿Qué te pasó? —inquirió Raúl con desolado acento, al tiempo que se arrodillaba junto a la muchacha.

—Creo que di un mal paso. Me golpearon arriba y luego me aventaron por la escalera, perdí el conocimiento al caer y cuando volví en mí no podía moverme, debo tener lesionada la columna.

—¿Te duele mucho?

—Al contrario, no siento nada.

Una maestra, cuyo rostro denotaba los golpes recibidos, había escuchado la conversación y se ofreció para hablar por teléfono a la casa de Ana María e informar de lo ocurrido. Regresó al rato para decir que sería enviada una ambulancia que llevaría a la joven a un sanatorio particular.

Numerosos socorristas de la Cruz Roja habían llegado a la preparatoria y prestaban los

primeros auxilios a los lesionados. Muchos de éstos requerían ser trasladados al hospital pues habían sufrido heridas de consideración. Varios estaban aún conmocionados sin dar trazas de una pronta recuperación del conocimiento. Toda la escuela presentaba un aterrador espectáculo: heridos recostados por doquier, muchachas llorando, muebles destrozados, gemidos de dolor, pisos y paredes manchados de sangre.

—¿Dónde está la hija del diputado González? —preguntó un camillero a un joven que no parecía encontrarse tan golpeado.

—Estaba tirada por ahí —respondió el muchacho, señalando hacia un cercano lugar.

—¿Es usted la hija del diputado González? —interrogó el camillero a la postrada Ana María.

—Sí, soy yo.

—¿Qué tu papá es diputado? —exclamó sorprendido Raúl.

—Sí, ya tú sabes que en todas las familias hay siempre alguna mancha —contestó sonriendo la paralizada joven.

—Tenemos instrucciones de llevarla al Hospital Inglés —dijo el camillero.

Con sumo cuidado Ana María fue depositada en una camilla y llevada hasta la ambulancia. Raúl se introdujo en ésta sin esperar autorización. El tránsito de un amplio sector de la ciudad se había congestionado a resultas del encuentro entre policías y estudiantes, lo cual obligaba a la ambulancia a un lento avance a través de calles pletóricas de vehículos.

El interminable recorrido constituía una prueba de paciencia para la lesionada y su acompañante. Aun cuando sabía que ella no podía sentirlas, Raúl mantenía entre las suyas las manos de Ana María, acariciándolas con delicado afecto. La joven trataba de no dejarse dominar por la desesperanza y de dar muestras de buen humor. La intensa preocupación que compartían incrementaba en ellos un excepcional sentimiento de unidad. Y entonces ocurrió algo singularmente extraño, Raúl sintió de pronto que no se encontraban en el interior de una ambulancia, sino a bordo de una canoa, deslizándose por las solitarias riberas de un enorme lago. Ana María yacía inmovilizada a su lado. Su rostro era el de una mujer de edad adulta y en su mirada se apreciaba una serena felicidad. Ambos cantaban en un desconocido idioma de dulce acento.

La insólita percepción duraría a lo sumo unos segundos. Raúl recobró al instante su habitual conciencia. Los ojos de Ana María denotaban un completo asombro y Raúl intuyó que ella había tenido idéntica experiencia.

—¿En dónde estuvimos? —preguntó Ana María con la sorpresa reflejada en el semblante.

—No lo sé —respondió Raúl, para luego agregar con firme convicción—: lo que sí es seguro es que estamos juntos desde hace muchísimo tiempo y que yo quisiera que siguiéramos estándolo siempre.

—Yo también así lo quiero —respondió Ana María con igual firmeza.

La ambulancia había llegado finalmente a su destino. La camilla en que se transportaba a la joven estaba siendo bajada del vehículo, cuando se estacionó junto a éste un lujoso automóvil del cual descendieron varias personas.

—Qué tal, familia —saludó Ana María.

Seis pares de ojos se clavaron en la ocupante de la camilla. Incredulidad y pesadumbre.

Abatimiento y compasión. Padre, madre, tres hermanas y una tía, rodearon a los camilleros formulando toda clase de preguntas a la lesionada. El grupo se puso en marcha y penetró en el hospital. La presencia de Raúl fue advertida por el padre. Se trataba de un sujeto cuya cara —y en general toda su personalidad era opaca e imprecisa.

—¿Quién es usted? —interrogó de mal talante.

—Él es yo —respondió Ana María.

La romántica respuesta de su hija no satisfizo al diputado González. Interponiéndose en el camino de Raúl, le impidió continuar su avance. Levantando el brazo señaló con el índice hacia la puerta y dijo con despectivo acento:

—Haga el favor de irse.

Ana María empezó a protestar desde el fondo de su camilla y Raúl tuvo por un instante la tentación de dar un vigoroso empujón al diputado. La mayor de las hermanas le tomó afectuosamente por el hombro diciéndole:

—Déjeme su teléfono, le llamaré en cuanto los doctores nos digan qué es lo que tiene Ana María.

—No tengo teléfono —respondió Raúl—, le voy a dar el de unos amigos, estaré ahí hasta que me llame.

Saliendo del hospital, Raúl tomó un autobús para dirigirse al domicilio de los hermanos Casillas. Durante el trayecto el radio instalado en el vehículo transmitió un noticiero. En él se hacía mención de que, por segundo día consecutivo, se había producido en la Plaza de la Ciudadela un enfrentamiento entre estudiantes de una vocacional del Politécnico y preparatorianos de una escuela incorporada a la Universidad Nacional. Ante las reiteradas llamadas de los habitantes de la zona, la policía había acudido al lugar de los hechos. La intervención del Cuerpo de Granaderos se había caracterizado por una extrema prudencia. Tras de un eficaz pero moderado empleo de gases lacrimógenos —tendiente a separar a los rijosos afectando mínimamente a los transeúntes y vecinos— las fuerzas policiacas habían procedido a la detención de numerosos estudiantes. Las autoridades del Departamento del D.F. habían informado ya que los estudiantes serían prontamente liberados, tras de exhortarlos a respetar el orden y encauzar sus juveniles energías al mejor desempeño de la actividad que les era propia: la del estudio.

Ante la total incongruencia entre la realidad de lo ocurrido y la versión noticiosa, Raúl llegó a la conclusión de que las autoridades habían elaborado el parte de prensa antes de iniciarse la operación, firmemente convencidas de que los acontecimientos se desarrollarían conforme a lo planeado, sin suponer en momento alguno que pudiese darse el caso de que unos escolares, cuya edad fluctuaría entre los dieciséis y los dieciocho años, pudiesen derrotar y poner en fuga a los integrantes de la más temible corporación policiaca de la ciudad.

Preocupado y cabizbajo Raúl penetró en la casa de Jorge y Eduardo Casillas, sus mejores amigos desde la época de la primaria. Los Casillas eran hermanos gemelos —nacidos el 26 de julio de 1950— y poseían una asombrosa semejanza tanto física como psíquica. Ambos eran generosos, bromistas y sentimentales, obsesionados por los deportes y el mantenimiento de una excelente condición física.

El contagioso entusiasmo de los gemelos obró prodigios en el ánimo de su amigo. La ciencia

médica —afirmaron los Casillas con segura convicción— estaba muy adelantada y de seguro lograría reparar los desperfectos ocurridos en la muy apetecible anatomía de la preparatoriana de ojos de pulga.

Comenzaba a anochecer cuando se produjo la esperada llamada telefónica. Con preocupado acento la hermana de Ana María comunicó a Raúl noticias nada alentadoras. El resultado de los primeros exámenes calificaban de sumamente graves las lesiones sufridas en la columna vertebral por la joven. El padre de Ana María se había opuesto a la realización de mayores estudios y tomado la decisión de que su hija fuese trasladada a un prestigiado sanatorio de la ciudad de Houston. El viaje se efectuaría por avión al amanecer del próximo día. La informante de Raúl concluyó su llamada proporcionándole la dirección del sanatorio tejano.

El joven politécnico sintió que el Universo entero se desplomaba sobre su cabeza. No obstante, el abatimiento y la confusión no le paralizaron por mucho tiempo. Sin pensarlo dos veces decidió que debía dirigirse de inmediato a la ciudad de Houston. Su total carencia de recursos no le amedrentaba: pediría "aventón" en las carreteras y si no se lo daban efectuaría a pie el recorrido.

Los gemelos escuchaban a su amigo con expresiones de admiración y asombro reflejadas en sus idénticos semblantes. De lo alto de un viejo ropero bajaron una caja de cartón que contenía una pequeña cantidad de dinero, la cual representaba sus ahorros de varios meses. Raúl rechazó en un principio la ayuda que se le ofrecía, pero terminó por aceptarla sobre la base de que se trataba de un préstamo que reembolsaría a la mayor brevedad posible.

Acompañado de los Casillas, Raúl se dirigió a informar a sus familiares de la decisión adoptada. Los padres y hermanos del joven le tacharon de loco y argumentaron toda clase de razones en contra del intempestivo proyecto de viaje. Consideraban imposible que una muchacha a la que había conocido el día anterior, hubiese podido despertar en él sentimientos a tal grado profundos como para transformar el curso de su vida. Raúl replicaba que en realidad no la había conocido hacía unas cuantas horas, sino que estaba seguro de que su vinculación con Ana María provenía de muchos siglos atrás. Ante el terco empecinamiento de su hijo, los padres comprendieron que no les quedaba otra alternativa que aceptar lo irremediable y tratar de ayudarle en la medida de sus escasas posibilidades.

La madre del joven recordó que tenía un primo en la ciudad de Monterrey, mismo que en varias ocasiones había cruzado la frontera y laborado en los Estados Unidos de América sin poseer para ello la necesaria documentación. Tras de escribir una breve carta a su primo, la señora se la dio a su hijo acompañándola de múltiples abrazos, besos y bendiciones. El padre y los tres hermanos menores se incorporaron conmovidos por la afectuosa despedida. Se reunió cuanto dinero había en la casa —que no era mucho— y se le entregó con la esperanza de que alcanzase para el pasaje a Monterrey. Raúl metió en una pequeña maleta deportiva algunas prendas de vestir y en unión de los Casillas salió de la vecindad y se dirigió a la terminal de autobuses.

Un achatado vehículo estaba por salir hacia la Sultana del Norte. Raúl contó su dinero, le faltaban unos cuantos pesos para cubrir el importe del boleto. Empezó a tratar de vender su maleta con todo y ropa a los pasajeros que aguardaban en la terminal. Un anciano de bondadoso aspecto

le dio la cantidad que necesitaba sin aceptar a cambio la maleta.

Raúl abordó el autobús y éste se puso en marcha. El joven sentía un enorme nudo en su garganta. Los Casillas corrían junto a la ventanilla profiriendo a voz en cuello un sonoro “welum”. Entremezclado con el ruido del motor, el viajero alcanzó a escuchar cada una de las sílabas de la porra:

Welum. Welum. Gloria.
A la cachi cachi porra
pin pon porra.
A la cachi cachi porra
pin pon porra.
Politécnico. Politécnico. Gloria.

4

Un nuevo Julio César

El licenciado Luis Echeverría Álvarez estaba viviendo una de las etapas de mayor intensidad de trabajo y más plena de satisfacciones de toda su existencia. Al finalizar la tarde del lunes 22 de julio había recibido en su oficina a el Chueco, jefe de la banda de porros apodados los Arañas. El pandillero era portador de numerosas contusiones y de alarmantes noticias: los estudiantes de los tres centros educativos más próximos al edificio donde se encontraba ubicada la Secretaría de Gobernación habían logrado romper el control que sobre ellos ejercían las bandas de porros.

Presa de un incontrolable temor que le llevaba a imaginar vociferantes multitudes de estudiantes irrumpiendo en su oficina, el licenciado Echeverría había tratado de comunicarse con el jefe del Departamento del D.F. para coordinar entre ambos el castigo que debía aplicarse a los escolares. Tras de varias horas perdidas en infructuosos intentos de establecer comunicación, comenzó a sospechar que el regente de la ciudad no deseaba hablar con él. Desconcertado, se revolvía nervioso en su asiento sin saber qué hacer, hasta que el Chueco —quien había permanecido mientras tanto recostado en uno de los sofás del privado del secretario— se ofreció a tratar de localizar a su amigo el Chupetas e indagar si éste, por estar a sueldo del Departamento del D.F., sabía algo respecto a la forma en que pensaba reaccionar dicha dependencia ante el desafío planteado por los estudiantes.

El titular de la Secretaría de Gobernación facilitó a el Chueco un automóvil y chofer para la realización de sus averiguaciones. Eran ya las dos de la mañana cuando el jefe de los Arañas regresó al edificio de Bucareli. No venía solo, le acompañaba el dirigente de los Ciudadelos, cuya fisonomía lucía aún más estropeada que la de su camarada. El Chupetas traía consigo abundante información y la proporcionó toda. Con entrecortado hablar e intercalando dos o tres palabras altisonantes en cada frase fue relatando, ante un expectante secretario de Gobernación, su entrevista con el ayudante del regente de la ciudad, su largo aguardar a la espera de instrucciones y las órdenes que finalmente recibiera del subjefe de la Policía, consistentes en acudir al día siguiente a la Plaza de la Ciudadela y, una vez que los granaderos hubiesen golpeado suficientemente a los estudiantes, hablar con éstos para hacerles ver la conveniencia de continuar bajo el control de los porros.

Concluido su informe, el Chupetas se sintió autorizado para explayarse abordando un asunto que le interesaba sobremanera. Con manifiesta indignación explicó que el Departamento del D.F. estaba cometiendo una grave injusticia en contra de la banda de porros que él jefaturaba, pues la

paga que les asignaba era apenas la mitad de la que recibían los pandilleros al servicio de la Secretaría de Gobernación. ¿No sería posible —preguntó con suplicante acento— que fuese esta Secretaría la que en lo futuro utilizase los valiosos servicios de los Ciudadelos?

El cerebro del licenciado Echeverría trabajaba a su máxima capacidad, intentando formular toda clase de deducciones con base en la información recibida. Lentamente, muy lentamente, fue elaborando una hipótesis: tal vez lo que el regente intentaba hacer era resolver por él solo el conflicto estudiantil, para ganar con ello méritos ante el presidente Díaz Ordaz y lograr que éste lo designase su sucesor.

Muy a su pesar, el licenciado Echeverría comprendió que no tenía forma alguna de impedir que fuese el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal quien se luciese en esta ocasión ante el presidente. Se consoló un tanto resolviendo favorablemente la solicitud que se le hacía, en el sentido de incorporar en la Secretaría a su cargo a los integrantes de la banda de los Ciudadelos. Con vigoroso apretón de manos se despidió de el Chueco y de el Chupetas, indicándoles que se abstuviesen de colaborar con la Policía en la operación que ésta realizaría horas más tarde en contra de los estudiantes.

No quedaba al licenciado Echeverría sino aguardar el desarrollo de los acontecimientos y así lo hizo. Sin desvestirse se acostó en el negro sofá de su privado y ahí durmió un par de horas. Se levantó con las primeras luces del día y tras de rasurarse y tomar café, esperó a que llegase al edificio el director de la Federal de Seguridad. En cuanto le tuvo en su presencia le ordenó que enviase a varios agentes a la Plaza de la Ciudadela y a las proximidades de la Preparatoria Isaac Ochoterena, con indicaciones de que no debían hacer otra cosa sino observar lo que ocurriese e informárselo de inmediato.

Las noticias no se hicieron esperar y todas ellas fueron colmando de un creciente regocijo al secretario de Gobernación. Se enteró primero —al momento mismo en que sucedía— del fiasco en que se tradujera para la Policía la utilización de granadas lacrimógenas. Supo luego de las incesantes pero inútiles arremetidas de los granaderos en contra de los estudiantes. Corroboró con sus propios ojos la información relativa al incendio de varios de los vehículos de transporte de las fuerzas policiacas, pues el humo resultante de dicho incendio se apreciaba fácilmente desde las ventanas de su oficina. Finalmente, no tuvo que esperar a que los agentes que actuaban como observadores de la operación le comunicasen que ésta había concluido en un completo fracaso. Frente al edificio de la Secretaría de Gobernación desfilaban en vergonzosa huida los derrotados granaderos. Grupos de jóvenes perseguían a los vehículos en fuga, arrojando piedras y desprecio a sus ocupantes.

Ante la contemplación de tan inesperado espectáculo el licenciado Echeverría no logró controlar su alegría y gruesas lágrimas empañaron sus anteojos. De inmediato intentó y logró comunicarse con el presidente de la República. Fingiendo un apesadumbrado tono de voz, informó pormenorizadamente lo que estaba ocurriendo en la capital, subrayando que la frustrada operación policiaca había sido exclusiva responsabilidad del jefe del Departamento del D.F., el cual se había negado a contestar sus múltiples llamadas tendientes a lograr una adecuada coordinación entre ambos funcionarios para enfrentar el problema.

El licenciado Echeverría podía percibir, a través de la distancia, la sorda ira que se iba

apoderando del presidente mientras escuchaba las noticias que le comunicaba. Con palabras que no ocultaban su rabia, el licenciado Díaz Ordaz manifestó que todos sus colaboradores eran una manada de ineptos, a los cuales no podía dejar ni un instante a solas sin que empezasen a cometer toda clase de errores. Expresado lo anterior, concluyó diciendo al secretario de Gobernación que le llamaría luego de hablar con el regente de la ciudad.

No habían transcurrido ni quince minutos y ya el licenciado Echeverría escuchaba otra vez la entonación áspera y golpeada que caracterizaba el hablar del presidente de la República. Lo que éste le dijo fue motivo de una sensación de felicidad jamás experimentada. El licenciado Díaz Ordaz lo facultaba para que, de acuerdo con su criterio, aplicase un ejemplar castigo a los estudiantes que habían osado enfrentarse a las autoridades. Con la excepción del ejército y del grupo represivo aún en formación de los Halcones, todas las fuerzas del orden existentes en la capital del país quedaban bajo su mando durante el tiempo que requiriese la operación. El jefe del Departamento del D.F. estaba ya avisado de ello y de seguro no tardaría en llamarle para ponerse a sus órdenes.

Una vez que dejó de hablar con el presidente, el licenciado Echeverría permaneció durante un largo rato sin poder moverse, anonadado de júbilo. Le sacó de su ensimismamiento el ronco sonido del aparato de intercomunicación de altos funcionarios. Era el regente de la ciudad quien llamaba. No se dignó contestarle, sino que ordenó a su secretario particular le indicase que acompañado del subjefe de la Policía Capitalina, debía presentarse a las siete de la mañana del día siguiente en la casa del secretario de Gobernación.

Cancelando cuanto compromiso tenía para ese día, el licenciado Echeverría se trasladó a su domicilio particular ubicado en la colonia San Jerónimo de la zona sur de la ciudad. Le acompañaban sus más íntimos colaboradores, así como un numeroso equipo de dibujantes. Antes de dejar su oficina dio instrucciones de que se citase a diversas personas a un desayuno de trabajo que tendría lugar en su casa, a las siete de la mañana del día siguiente.

Una vez llegado a su domicilio, el licenciado Echeverría se apartó de quienes le acompañaban y se encerró a solas en una pequeña habitación. En ésta había tan sólo un escritorio y un viejo ropero de enorme cerradura. Con actitud respetuosa, casi solemne, el secretario de Gobernación abrió lentamente las pesadas puertas del mueble dejando al descubierto su contenido: varias hileras de libros que versaban sobre las grandes figuras de la historia. Entremezcladas, sin atender a divisiones de tiempo y espacio, se hallaban las biografías de Napoleón y Alejandro, de Aníbal y Carlomagno.

Reflejando en su rostro sentimientos de respeto, admiración y envidia, el licenciado Echeverría fue examinando con sumo cuidado varios de los libros. Primero contemplaba detenidamente su portada y luego hojeaba rápidamente sus páginas, deteniéndose tan sólo a observar las ilustraciones. En realidad nunca había leído ninguno de esos libros, pero éstos constituían para él una permanente fuente de inspiración que alimentaba sus secretas y enormes ambiciones de poder. Las obras referentes a Julio César parecían ejercer sobre el dueño de aquellos libros una especial atracción. En el viejo ropero había más de una veintena de volúmenes que versaban sobre el famoso político romano, los cuales se veían ya ligeramente maltratados por la frecuencia con que se hojeaban.

En esta ocasión, el secretario de Gobernación seleccionó una media docena de obras que contenían abundantes planos y diagramas diferentes a varias de las más renombradas batallas de todos los tiempos. Tras de examinar largamente dichos planos y diagramas, concluyó para sus adentros que se encontraba en posibilidad de elaborar una estrategia con la cual vencer a los estudiantes en un próximo enfrentamiento. Sin perder más tiempo, se entregó de lleno a esa tarea.

•

El general y licenciado Alfonso Corona del Rosal estaba atravesando una de las etapas más frustrantes de su larga carrera política. En la mañana del martes 23 de julio había permanecido tranquilamente en su oficina, despachando los asuntos de rutina y plenamente confiado en que, de un momento a otro, recibiría halagadoras noticias respecto a la golpiza que los granaderos debían estar propinando a los estudiantes. En cuanto esto ocurriera pensaba comunicarse con el licenciado Díaz Ordaz e informarle de la adecuada solución que había sabido dar al incipiente conflicto.

El regente de la ciudad no tuvo que llamar al presidente de la República, sino que fue éste quien le habló desde el estado de Jalisco para decirle lo que estaba sucediendo en la capital del país. Iracundo, restallando sus palabras cual si fuesen sonoros latigazos, el primer mandatario hizo del conocimiento del jefe del Departamento del D.F. que los granaderos —máximo orgullo de las fuerzas policiacas— corrían en esos instantes por las calles de la ciudad perseguidos por imberbes adolescentes. Le informó asimismo de cuál había sido la causa de la derrota sufrida por los guardianes del orden: sus granadas de gases lacrimógenos no habían estallado, y la razón de esto no podía ser otra —concluyó el presidente en el paroxismo del furor— sino la voracidad de quienes manejaban el presupuesto de la Policía.

—¿Quiere usted que cese en el acto a Mendiolea? — preguntó el general y licenciado Corona del Rosal, buscando desviar las iras presidenciales hacia el chivo expiatorio que estimó más propicio.

—No —respondió el presidente, añadiendo con sarcástico acento—, ya sé que es un bandido, pero es el único que en la ciudad sabe mantener a raya a los delincuentes que aún no han entrado a trabajar en el gobierno. Cese nada más al encargado de compras.

Dicho lo anterior, el licenciado Díaz Ordaz pronunció unas palabras que sonaron en el oído del regente del todo semejantes a una sentencia de muerte:

—Comuníquese dentro de unos minutos con el secretario de Gobernación, él se hará cargo de aplicar el castigo adecuado a esos muchachitos alebrestados. Colabore con él en todo lo que sea necesario.

—Así lo haré, señor presidente.

Triste y desalentado, el jefe del Departamento del D.F. se asomó a contemplar desde la ventana de su oficina la anhelada silueta del Palacio Nacional. La centenaria construcción permanecía en su mismo sitio; sin embargo, el abatido funcionario sintió que ahora se hallaba mucho más lejana, completamente fuera de su alcance.

•

Eran exactamente las siete de la mañana del miércoles 24 de julio de 1968 cuando el regente de la ciudad y el subjefe de la Policía del D.F. entraron en los amplios jardines de la residencia del secretario de Gobernación. Un sirviente les condujo hasta el sitio donde tendría lugar "el desayuno de trabajo": una explanada en donde había una docena de mesas circulares, flanqueadas por equipales en los que arrellanaba una juvenil concurrencia. Las miras de todos los presentes convergieron sobre los recién llegados. Los funcionarios escogieron una de las pocas mesas que aún se hallaba sin ocupantes. En cuanto tomaron asiento, unos solícitos meseros comenzaron a servirles: jugo de naranja, machaca con huevo, café y pan tostado.

—¿Quiénes son estos tipos? —masculló entre dientes el jefe del Departamento del D.F.

—Son los dirigentes de la FENET[1] y los jefes de las bandas de porros —respondió en voz baja Mendiolea—. Ahora me explico por qué el Chupetas no estuvo ayer en la Ciudadela, ya lo han de haber comprado en Gobernación.

El subjefe de la Policía clavó su mirada en un joven de una mesa cercana, cuyos enrojecidos ojos y turbia expresión denotaba la marcada afición a la ingestión de bebidas alcohólicas que diera origen a su apodo. El joven sostuvo retadoramente la mirada del policía, al tiempo que una mueca burlona se manifestaba en su rostro.

Los comensales estaban terminando el desayuno cuando los meseros empezaron a colocar frente a ellos unos enormes y bien dibujados planos representando diferentes zonas de la ciudad de México. En ellos aparecían indicaciones semejantes a las que se emplean en los documentos militares que se utilizan para explicar el desarrollo de una batalla. En cuanto los meseros terminaron de acomodar los planos sobre unos grandes tripiés de madera, hizo su aparición el secretario de Gobernación.

Jovial, alegre, sin dar muestra alguna de cansancio a pesar de llevar dos noches prácticamente sin dormir, el licenciado Echeverría fue saludando de mano a cada uno de sus invitados. Inició su recorrido por entre las mesas dirigiéndose a la que ocupaban los dos funcionarios del Departamento del D.F. Estrechó con fuerte abrazo las espaldas de éstos, acompañando el gesto con reiteradas expresiones de gratitud por su asistencia a la reunión. A continuación intentó saludar por su nombre o apodo a cada uno de los asistentes, ocasionando en éstos un patente desconcierto pues se equivocó en la mayoría de los casos. Así, al encontrarse frente a José R. Cebreros Manjarrez, presidente de la FENET, exclamó: "Qué tal, Apolonio, gusto en verle". Y al estrechar la mano de Apolonio Damas Acosta, secretario general de la citada organización estudiantil, lo confundió con el jefe de los porros de la zona de Tacubaya y le saludó con un: "Ése mi Chafiras".

Concluidas las salutaciones, el secretario de Gobernación abandonó su despreocupada actitud para sustituirla por otra en extremo solemne. Con recia voz expuso el motivo de la reunión:

—Señores funcionarios y jóvenes amigos. El señor presidente de la República me ha encomendado una delicada misión de trascendental importancia, cuyo éxito dependerá de la colaboración que ustedes se sirvan prestar. La estabilidad del país y la continuidad de la paz

social de que gozamos se encuentran amenazadas. Nuestro progreso no es producto de la casualidad, sino fruto del adecuado control de las fuerzas sociales que dentro de la libertad ejerce el Estado. No vamos a permitir que este indispensable control que realiza el gobierno, sobre el cual se sustenta la ejemplar organización política que hemos logrado, sea destruido por la inconsciencia de un puñado de pseudoestudiantes, manipulados por oscuros intereses provenientes de influencias extranjeras.

Los asistentes al desayuno de trabajo manifestaron su plena aprobación a lo que escuchaban mediante un cerrado aplauso. El licenciado Echeverría dejó ver una ancha y complacida sonrisa. Trocando su ceremonioso acento por un tono confidencial, prosiguió su disertación:

—El próximo viernes realizaremos una operación que nos permitirá matar dos pájaros de un tiro. Como ustedes saben, se ha vuelto ya una tradición entre quienes buscan importar de fuera las soluciones a nuestros problemas, entre quienes menosprecian nuestra Revolución y admiran las de otros países, festejar el inicio de la Revolución Cubana mediante una manifestación que tiene lugar los días 26 de julio de cada año, siguiendo siempre un mismo recorrido.

Al decir lo anterior, el secretario de Gobernación señaló con una corta vara diferentes puntos en uno de los planos que reproducían el sector central de la ciudad de México: la fuente denominada "Salto del Agua", ubicada en la calle de Arcos de Belén, la ancha Avenida de San Juan de Letrán, un tramo de la Avenida Juárez y el monumento al Benemérito del mismo nombre situado a un costado de la Alameda Central.

Alejándose unos pasos del primer diagrama, el expositor llegó junto a otro en el cual se había dibujado toda la zona de la ciudad próxima a la Plaza de la Ciudadela. Señalando a ésta en el dibujo afirmó con voz que denotaba cierto reproche:

—El día de ayer las fuerzas policiacas que actuaron en este lugar no contaron con los medios necesarios para cumplir debidamente su tarea de restablecer el orden. He ordenado ya, con carácter de urgente, la compra en los Estados Unidos de una fuerte dotación de las mejores granadas lacrimógenas; llegarán por avión mañana y podrán ser utilizadas en la operación que planeamos.

Tanto el regente de la ciudad como el subjefe de la Policía trataron de permanecer indiferentes ante las acusadoras miradas que les lanzaban todos los asistentes a la reunión. El licenciado Echeverría no pudo ocultar el gozo que le producía la mortificación de sus colegas y esbozó una amplia sonrisa antes de continuar.

—Los dirigentes de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos son los legítimos representantes de los alumnos del Instituto Politécnico. Hoy mismo deberán realizar asambleas en todas sus escuelas, en ellas convocarán a una manifestación de protesta en contra del ataque realizado ayer por la policía a la Vocacional Cinco. La manifestación se efectuará en la tarde del próximo viernes, siguiendo este recorrido.

El secretario de Gobernación señaló con su vara en el plano el recorrido de la proyectada manifestación: partiendo de la Plaza de la Ciudadela llegaría hasta el Casco de Santo Tomás, zona de la ciudad donde se asentaban las más antiguas escuelas del Politécnico.

Retomando el hilo de su exposición, prosiguió:

—El objetivo de esta manifestación será dejar sentado, con toda claridad, sin que le quede

duda a nadie, que cuando los estudiantes canalizan sus protestas por el conducto adecuado, a través de sus órganos institucionales de representación, las autoridades gubernamentales saben respetar esas protestas. Ninguno de los estudiantes que acuda a esta manifestación, y que se ajuste en ella a las directrices de sus auténticos dirigentes, sufrirá daño alguno. En cambio los que se dejen seducir por la tentación de actuar en forma anárquica, desobedeciendo las instrucciones de sus legítimos representantes, recibirán el merecido castigo a su indisciplina.

Expresiones de profunda extrañeza se dejaban ver en los rostros de los dirigentes de la FENET y de las bandas de porros, ninguno de los cuales atinaba a comprender cómo podría lograrse en una manifestación separar a los estudiantes sumisos de los que no lo eran y propinar un escarmiento a estos últimos. Gratamente complacido por la expectación que generaban sus palabras, el secretario de Gobernación hizo una larga pausa antes de continuar:

—Esta manifestación, al igual que la otra, contará con el debido permiso de las autoridades. Pero habrá una tercera que se realizará sin ningún permiso, haciendo abierta ostentación de un aparente desafío al gobierno. En realidad —la voz del licenciado Echeverría se volvió casi un susurro, remarcando así que estaba proporcionando a sus oyentes información altamente confidencial— quienes promoverán esta tercera manifestación serán agentes de la Federal de Seguridad, para lo cual repartirán desde hoy los volantes por la ciudad con insultos al gobierno, convocando a una manifestación que tendrá también como supuesto propósito el festejar a la Revolución Cubana. El recorrido de esta manifestación será del Monumento a la Revolución al Hemiciclo a Juárez.

El secretario de Gobernación señaló en un tercer diagrama ambos monumentos, su rostro reflejaba ahora un sentimiento de orgullosa satisfacción; estaba a punto de revelar la parte medular del plan cuya elaboración le había llevado muchas horas de incesantes esfuerzos. Apuntando con la vara un punto marcado con una X en el diagrama, dijo:

—Cuando la manifestación que saldrá del Monumento a la Revolución llegue al cruce de la Avenida Juárez y Bucareli, coincidirá con la manifestación estudiantil que habiendo salido de la Plaza de la Ciudadela se dirige al Casco de Santo Tomás. Elementos de la Federal de Seguridad actuarán entonces como agentes provocadores: incitarán a los estudiantes a no proseguir su marcha, permitida por las autoridades, y a unirse a la manifestación no autorizada. Sabremos así cuáles son los estudiantes respetuosos del orden y cuáles los que quieren promover desórdenes. Los primeros no tendrán problema, llegarán al Casco de Santo Tomás y realizarán sin ser molestados su mitin de protesta. Los segundos se encaminarán al Hemiciclo a Juárez, en donde se unirán a los integrantes de la manifestación que salió del Salto del Agua. Juntos efectuarán un mitin para expresar su admiración por la Revolución Cubana. Al concluir éste, los agentes de la Federal de Seguridad infiltrados entre la multitud comenzarán a tratar de convencerla de que no se disperse, sino que se dirija al Zócalo a exigir al gobierno que indemnice a los estudiantes que resultaron lesionados el día de ayer. Se sabrá entonces quiénes son las personas que acuden a estas manifestaciones del 26 de julio porque en verdad admiran mucho a los cubanos, y quiénes son las que asisten únicamente para dar cauce a sus sentimientos en contra de las legítimas autoridades del país. Las primeras se irán tranquilamente a su casa, las segundas intentarán llegar al Zócalo.

Un expectante silencio privaba en el ambiente. Los asistentes al desayuno de trabajo escuchaban cada vez más sorprendidos el truculento plan urdido por el secretario de Gobernación.

—Y será entonces cuando entrarán en acción las fuerzas del orden; para ello será necesario improvisar primero un acto que justifique su intervención. La noche anterior los barrenderos encargados de la limpieza en la Avenida Juárez depositarán piedras en los botes de basura. Así, en el momento en que los manifestantes intenten avanzar hacia el Zócalo, los integrantes de las bandas de porros, que estarán convenientemente distribuidos a lo largo de la Avenida Juárez, sacarán las piedras de los botes de basura y las lanzarán a los cristales de los establecimientos comerciales. Éste será el acto que justificará ante la opinión pública la intervención policiaca. Los granaderos estarán colocados en todas estas calles —al decir esto señaló con su vara en el plano un amplio perímetro en torno a la Alameda—. Una vez que los porros rompan las vidrieras se retirarán de inmediato. Entonces los granaderos iniciarán su ataque. Primero cubrirán con nubes de gas lacrimógeno a los manifestantes y después atacarán en masa, golpeando a todos los ilusos que creían muy fácil llegar al Zócalo e insultar al gobierno. Por cierto —concluyó con sombrío acento—, aun en el supuesto, que estoy seguro no ocurrirá, de que algunos lograsen atravesar el cerco de los granaderos, se encontrarían entonces con una infranqueable barrera de agentes de la Federal de Seguridad, y éstos no se contentarán con darles de golpecitos, sino que llevarán orden de disparar sobre cualquier revoltoso que intente llegar al Zócalo. Jamás permitiremos que el centro histórico de la nación, la sede donde se encuentra la más alta autoridad del país, sea utilizada para otros fines que no sean los estrictamente oficiales.

El licenciado Echeverría había concluido su exposición. Un estruendoso aplauso rubricó sus últimas y contundentes afirmaciones. Puestos de pie, los dirigentes de la FENET y de las bandas de porros le aclamaron prolongadamente. Finalizados los aplausos, el secretario de Gobernación señaló a tres de sus subalternos y pidió a todos los asistentes que hablasen con éstos para recibir instrucciones específicas respecto a la parte del plan que cada uno de ellos debía llevar a cabo.

El jefe del Departamento del D.F. y el subjefe de la Policía fueron las últimas personas en salir de la residencia de San Jerónimo. Mendiolea había recibido toda clase de indicaciones sobre la forma en que debían actuar las fuerzas policiacas que tomarían parte en la operación. Su rostro denotaba el desagrado que le ocasionaba el tener que recibir órdenes de tres oscuros funcionarios de ínfimo nivel. Las facciones del general y licenciado Alfonso Corona del Rosal estaban igualmente contraídas por la ira. Su cutis tenía ahora un leve color cenizo.

Mientras el automóvil en que se desplazaban ambos funcionarios avanzaba por un congestionado periférico, el regente de la ciudad rompió su prolongado silencio para afirmar con irónico acento:

—Un gran estratega el señor licenciado, se ve que es muy ducho en materia militar. Ni el Estado Mayor podía haber elaborado un plan de combate tan perfecto.

La mirada del jefe del Departamento del D.F. despedía malévolos fulgores; masticando quedamente sus palabras añadió:

—Lo que tal vez no sepa el señor licenciado es que nuestros granaderos son gentes sencilla e ignorante que no entiende de alta política. A ellos les disgustan los traidores, los tipos que hoy sirven a un amo y mañana a otro; en cambio no creo que sepan distinguir muy bien, en medio de un

borlote, cuáles son los alborotadores malos y cuáles los buenos, máxime si éstos andan por ahí rompiendo cristales. ¿Usted qué cree?

La expresión de desagrado en el rostro de Mendiolea Cerecero se transformó al instante en una de siniestro regocijo.

—Creo que tiene usted mucha razón, señor —respondió lacónico.

•

En cuanto terminó la reunión en los jardines de su residencia, el licenciado Echeverría penetró al interior de la casa. Aun cuando no lo parecía se hallaba profundamente cansado por el intenso trabajo desarrollado y las muchas horas que llevaba sin dormir. Antes de acostarse se encaminó a la pequeña habitación que constituía su santuario. Una vez más abrió con ánimo reverente el viejo ropero y extrajo de éste varios libros, referentes todos ellos a la vida y obra de Julio César. Su actitud para con su personaje favorito era ya otra a la de la última vez que tuviera esos mismos libros entre las manos. Ahora contemplaba la imagen del guerrero y estadista romano con respeto pero sin envidia, como debe ser entre personajes que poseen idéntica jerarquía.

---

[1] Federación Nacional de Estudiantes Técnicos.

5

26 de julio

El padre y la madre, las dos hermanas mayores y los dos hermanos menores, irrumpieron bruscamente en la recámara de los gemelos cantando "Las mañanitas" y dándoles de almohadazos. Jorge y Eduardo se despertaron en medio de una avalancha de felicitaciones con motivo de su decimoctavo cumpleaños. Abundaban también los regalos, si bien éstos eran modestos dada la escasez de los recursos familiares. Una de las hermanas presumía de poetisa y había redactado unos versos humorísticos satirizando a los gemelos. Los leyó con teatral acento y en medio del generalizado regocijo de todos los presentes.

Tras de ingerir el desayuno con su acostumbrada prisa, los dos hermanos salieron del departamento afirmando que iban a la escuela. No era así. Las clases en la Vocacional Cinco estaban suspendidas. Ese día, por la tarde, se realizaría la manifestación a la que habían convocado los dirigentes de la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FENET) para protestar por la reciente agresión policiaca a los estudiantes del Politécnico.

Corriendo por el simple gusto de hacerlo, Jorge y Eduardo devoraron la considerable distancia existente entre su domicilio, ubicado en la colonia Santa María la Ribera, y la Escuela Comercial Administrativa, edificada en la colonia de los Doctores y poseedora del bien ganado prestigio de ser uno de los mejores planteles del país en lo tocante a la preparación de secretarias. Marta y Patricia, novias de los Casillas, estudiaban en dicha escuela. Eran dos jovencitas que sin ser hermanas lo parecían; bien formada complexión, rostro ovalado, arqueadas cejas y ojos grandes y redondos.

En cuanto llegaron sus novias los gemelos les propusieron que no entrasen a clases, sino que les diesen como regalo de cumpleaños pasar juntos la mañana remando en el lago de Chapultepec. Las muchachas se opusieron al principio pero no tardaron mucho en dejarse convencer.

La noche anterior había llovido abundantemente y el viejo bosque lucía brumoso y melancólico. Sus calzadas estaban relucientes de humedad y de los árboles escurría agua como si aún continuase lloviendo. En una lancha de cuatro remos las dos parejas rieron, cantaron y remaron, hasta quedar exhaustas. Cerca del mediodía los hermanos acompañaron a sus novias hasta sus respectivas casas y se dirigieron luego a la suya.

Comida especial con los platillos que más gustaban a los festejados. Tradicional pastel con velitas que deben ser apagadas de un soplo al tiempo que se formulan mentalmente tres deseos.

Concluida la comida, Jorge y Eduardo informaron de su intención de asistir a la manifestación estudiantil que tendría lugar esa tarde, su mamá trató de convencerles de que mejor se fuesen al cine, pero ellos replicaron que consideraban su presencia en dicho acto como un deber para con su escuela y sus compañeros. Cerca de las cuatro se marcharon, llevándose sendos pedazos de pastel para irlos comiendo en el camino.

Cuando los Casillas llegaron a la Plaza de la Ciudadela había ya en ella varios contingentes, representativos de las distintas escuelas politécnicas. Tomando en cuenta que la población del Politécnico ascendía a 80 000 estudiantes, la asistencia a la manifestación convocada por la FENET no era muy numerosa, pues en la plaza no había arriba de tres mil personas. El único contingente en verdad nutrido era el de la Vocacional Cinco, siendo también el más estruendoso y entusiasta.

Antes de comenzar la marcha habló brevemente José R. Cebreros, presidente de la FENET. Utilizando como tribuna el pretil de un árbol, explicó que el licenciado Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la República, era un gobernante patriota, revolucionario y amigo de los estudiantes. Su atinada política estaba siendo saboteada por algunos funcionarios policiacos de segunda categoría, y era como una expresión de repudio a éstos por lo que se efectuaba esa manifestación, la cual serviría también para demostrar la unidad de todo el estudiantado politécnico en torno a sus legítimos representantes.

La columna se puso en movimiento, saliendo de la plaza se dirigió a la calle de Bucareli. El tránsito de vehículos en una amplia zona comenzó a congestionarse. Al llegar a la avenida Juárez los estudiantes se cruzaron con otra manifestación, integrada por unos cuantos centenares de personas, las cuales avanzaban hacia el centro de la ciudad. De la segunda manifestación se desprendieron varios individuos y llegando ante los estudiantes les arengaron con roncas voces a romper filas y unirse a su columna. Hablaban de rendir primero un homenaje a la Revolución Cubana en el monumento a Juárez, para luego marchar al Zócalo a expresar su descontento en contra de las máximas autoridades del país. Concluyeron su disertación entonando a coro una sola palabra insistentemente repetida: “Zó-ca-lo, Zó-ca-lo”.

Los hermanos Casillas jamás habían sentido el más mínimo interés por cuestiones de índole política, bien fuese ésta internacional, nacional o puramente estudiantil. Ni los elogios a la Revolución Cubana, ni los insultos a las autoridades del país, produjeron en su ánimo efecto alguno; en cambio, por alguna extraña razón que ni ellos mismos habrían sabido explicarse, la incitación de dirigirse al Zócalo que proferían a voz en cuello los desconocidos despertó en lo más profundo de su ser un irresistible deseo de marchar cuanto antes a la Plaza Mayor.

Abandonando su lugar en las filas de la manifestación estudiantil, Jorge y Eduardo se incorporaron a la que avanzaba por la avenida Juárez. No iban solos, con ellos se desprendió de la juvenil columna un buen número de sus integrantes. Prácticamente casi todo el contingente de la Vocacional Cinco cambió su ruta. Una vez reestructuradas en su composición, ambas columnas reiniciaron la marcha. Una prosiguió hacia el Casco de Santo Tomás y la otra, considerablemente engrosada, se dirigió al monumento a Juárez.

El mitin conmemorativo del inicio de la Revolución Cubana llevaba ya buen rato de haberse iniciado. Cerca de dos mil personas participaban en el acto. La inesperada llegada de un nuevo contingente causó extrañeza y recelo entre los organizadores de la ceremonia, todos ellos

dirigentes de partidos y movimientos políticos de izquierda, acostumbrados de largo tiempo atrás a sufrir persecuciones y hostigamientos de toda índole por parte de las autoridades, y por ello mismo, poseedores de un fino instinto para localizar la presencia de policías emboscados entre sus filas.

Dando el mitin por finalizado, los organizadores concluyeron el acto recomendando a todos los asistentes su rápida dispersión. Bien orquestadas voces manifestaron de inmediato una opinión contraria. Desgañitando su al parecer incontrolable furor antigubernamental, varios sujetos proponían marchar hasta el Zócalo para expresar en dicho sitio un abierto repudio a las autoridades y exigir una pronta indemnización en favor de los estudiantes lesionados en la reciente agresión policiaca. Tal y como lo hicieran antes, los supuestos impugnadores de la autoridad finalizaron su exhortación coreando la misma palabra: "Zó-ca-lo, Zó-ca-lo, Zó-ca-lo".

Una vez más, los Casillas sintieron que la simple mención del lugar en que el águila devorara a la serpiente producía en ellos un misterioso efecto, algo ancestral y atávico parecía brotar de lo más profundo de su ser e impulsarles a tratar de llegar de inmediato a la Plaza Mayor. Sin pensarlo más, los gemelos se pusieron al frente de quienes deseaban marchar hasta el Zócalo. La mayor parte de los asistentes al mitin, recelosos, se dispersaron rápidamente. Los estudiantes de la Vocacional Cinco constituían ahora cerca de las tres cuartas partes del contingente de la nueva manifestación, cuyo número superaría escasamente al millar de personas. Los sujetos que habían venido vociferando con mayor fuerza su rencor contra el gobierno se esfumaron como por encanto. Las sombras de la noche comenzaban a extenderse sobre la ciudad.

Los manifestantes recién iniciaban su marcha, cuando escucharon el tintineante estruendo que produce la ruptura de múltiples cristales. Un segundo después estalló el infierno.

•

Sinceramente interesados en hacer méritos ante el titular de la dependencia oficial para la cual prestaban ahora sus servicios, los Ciudadelos fueron los primeros porros en llegar a la avenida Juárez el viernes 26 de julio de 1968. Al frente de sus secuaces, el Chupetas recorrió desde las dos de la tarde la avenida, comprobando discretamente si se habían colocado piedras en los depósitos de basura. Habiendo obtenido satisfactorios resultados de su inspección, el Chupetas condujo a la banda bajo su mando hasta la calle de López, sitio en donde debían aguardar el momento de entrar en acción.

Aburrido por la larga espera y deseoso de controlar, al menos por esa tarde, su insaciable sed de bebidas alcohólicas, el jefe de los Ciudadelos penetró en un establecimiento donde servían chufas valencianas. Cuando llevaba tomados tres vasos del blanco refresco, varios de sus pandilleros llegaron hasta él para comentarle que era ya impresionante el despliegue que se estaba efectuando en torno a la Alameda Central, tanto de fuerzas policiacas como de bandas de porros.

Movido por la curiosidad, el Chupetas salió a efectuar un nuevo recorrido. En las distintas calles que desembocaban en la avenida Juárez se encontraban concentradas todas las bandas de porros existentes en la ciudad. Incontables batallones de granaderos y de policías comunes se

hallaban igualmente distribuidos en las calles próximas al sitio en donde se realizaría el mitin. Considerando que la actuación de los porros se limitaría a romper unos cuantos cristales, el Chupetas llegó a la conclusión de que habrían bastado unas veinte manos y no las de centenares de individuos que se habían dispuesto para ello, pero resultaba evidente que al autor del proyecto le gustaba planear las cosas en grande.

Eran las seis y media de la tarde cuando los manifestantes llegaron frente al monumento a Juárez. De inmediato dieron comienzo al mitin. Elogiosos discursos en favor de la Revolución Cubana y de sus dirigentes. Estaba hablando el tercer orador en turno cuando hizo su arribo un nuevo contingente de manifestantes. El hombre del micrófono finalizó su discurso y dio por concluido el mitin. Gritos, dispersión de los más y reagrupamiento de los menos. La hora de los porros había llegado. Los Ciudadelos se empujaban unos a otros en su afán de querer sacar todos a un tiempo las piedras depositadas en los botes de basura. El Chupetas impuso el orden profiriendo toda clase de improperios. Personalmente extrajo la primera piedra y cumpliendo un deseo que tenía desde niño, la arrojó con fuerza contra el grueso vidrial de una oficina bancaria. El cristal saltó hecho añicos produciendo un fuerte estruendo. Ruidos semejantes se escuchaban a lo largo de la avenida Juárez.

La gozosa diversión de arrojar piedras contra los vidrios de comercios y oficinas no se prolongó por mucho tiempo. Imponiéndose sobre cualquier otro sonido, se dejó oír el estallido de granadas que llovían por doquier y generaban nubes de gases lacrimógenos que se expandían al instante.

En un primer momento, el Chupetas supuso que los granaderos eran presa de la confusión y que por ello habían iniciado su ataque antes de que los porros abandonasen la zona de operaciones. Muy pronto comprendió no sólo que la premura en el ataque era deliberada, sino que la agresión a los manifestantes constituía el segundo objetivo de los policías, siendo el primero las bandas de porros.

Las granadas que caían sobre los Ciudadelos eran arrojadas por el nutrido contingente policiaco que se hallaba situado en el cruce de la avenida Juárez y San Juan de Letrán, lugar desde el cual Mendiolea Cerecero en persona dirigía el operativo a su cargo. Una sección de granaderos, blandiendo sus largos garrotes, avanzaba a gran prisa por la calle de López con la evidente consigna de atacar por la espalda a los secuaces de el Chupetas. Éste tuvo entonces una sorprendente reacción de hombría. En lugar de intentar huir de los granaderos que se aproximaban, avanzó a su encuentro haciendo ondear una gruesa cadena. La retadora actitud de su jefe contagio a los Ciudadelos. Empuñando sus armas golpeadoras y filocortantes se lanzaron contra los granaderos, iniciándose al punto un feroz encuentro. La superioridad en número y en organización auguraba en favor de los policías una pronta victoria. No ocurrió así. Inesperados y oportunos refuerzos llegaron en auxilio de los pandilleros.

Los integrantes de las múltiples bandas de porros esparcidas en la avenida Juárez habían salido corriendo por ésta al iniciarse la trifulca. No tardaron mucho en percatarse de que se encontraban en una ratonera sin posibilidad alguna de evasión. El cerco policiaco era completo. Los contingentes de hombres de azul surgían de todas las calles que por los cuatro costados desembocaban en la Alameda Central. En su alocada carrera muchos porros llegaron hasta el sitio

donde tenía lugar el encuentro entre granaderos y Ciudadelos. Instintivamente presintieron que aquella lucha entrañaba la única posibilidad de romper el cerco y lograr la escapatoria. Impulsados por la fuerza que da la desesperación se incorporaron a la lucha. El resultado no se hizo esperar, los granaderos comenzaron a dar claras muestras de estar a punto de ser desbordados por sus oponentes.

A tan sólo una cuadra de distancia, la aviesa mirada de Mendiolea Cerecero observaba atentamente la forma en que se desarrollaba el encuentro. Al percibir la cercana derrota de los policías trabados en la lucha, ordenó que acudiesen en su ayuda la mayor parte de las fuerzas que custodiaban el cruce de la avenida Juárez y San Juan de Letrán, maniobra que si bien garantizaba una aplastante superioridad de los granaderos sobre los porros, dejaba en cambio débilmente protegida la lógica ruta que habrían de seguir los manifestantes en su empeño por alcanzar el Zócalo.

Tal y como era de suponerse, el masivo ataque de numerosas secciones de granaderos aniquiló en poco tiempo la resistencia de los pandilleros, los cuales recibieron una sobredosis de patadas y garrotazos. El pobre del Chupetas sufrió un tratamiento especial. La lluvia de golpes dirigidos en su contra no cesó hasta que su adolorido cuerpo exhaló el último aliento.

Una vez cumplido el primer objeto de la operación, las fuerzas policiacas intentaron alcanzar el segundo propósito de la misma: propinar un ejemplar castigo a los manifestantes.

•

El inconfundible sonido que producen los vidrios al romperse fue sustituido por el seco restallar de las granadas de gas. Sorprendidos y desconcertados, los manifestantes detuvieron su avance. Contingentes policiacos que parecían haber surgido del fondo de la Tierra formaban un cerrado círculo en torno a la Alameda Central. Se iban acercando lentamente al tiempo que lanzaban sucesivas andanadas de bombas lacrimógenas. Con los ojos llorosos, avanzando y retrocediendo en un mismo sitio, los integrantes de la manifestación semejaron muy pronto una especie de remolino humano, incapaz de elegir el sitio hacia el cual dirigirse. La cohesión que unía a la multitud estaba a punto de extinguirse para dar paso a una desbandada de seres dominados por el pánico.

En medio de la escasa visión que les permitían unos ojos transformados en ardientes brasas, los Casillas alcanzaron a percibir la ejecución de una extraña maniobra de las secciones policiacas que tenían al frente. Tras de avanzar velozmente aproximándose a los manifestantes, los granaderos doblaron a su izquierda y arremetieron contra unos sujetos que al parecer intentaban abrirse paso a la fuerza en la esquina de López y avenida Juárez.

Al percatarse de la ostensible disminución de la barrera que les cerraba el paso, los Casillas comprendieron que se abría ante ellos una posibilidad de salvación. Sin perder un segundo se lanzaron hacia el frente en veloz carrera pronunciando una y otra vez la palabra “Zó-ca-lo”. Semiasfixiados y enceguecidos, un millar de manifestantes avanzó tras ellos entre nubes de gases. Veloces cruzaron junto a los granaderos febrilmente atareados en golpear a los porros con sádica

fruición. Instantes después chocaban con la última línea de contención de la Policía capitalina. Se generalizó una recia pero breve zacapela. La delgada muralla azul no tardó en ser rebasada. Jubilosos, los manifestantes creyeron que tenían vía franca hasta el Zócalo y se lanzaron por la avenida Madero con renovado ímpetu, seguros de alcanzar su meta.

Agazapado en una patrulla, el subjefe de la Policía contemplaba impotente el paso del río humano que había logrado romper el cerco. En cuanto concluyó el rápido desfile, Mendiolea Cerecero salió del auto y observó el retorno de los granaderos que habían salido triunfantes en su lucha con los porros. A grandes voces les ordenó que marchasen de inmediato en persecución de los manifestantes. Justo en esos momentos se dejó escuchar el siempre sobrecogedor sonido resultante del disparo de armas de fuego.

•

Los Casillas proseguían al frente de la manifestación. Los dos habían recibido fuertes golpes al chocar con los policías y sus ojos, gargantas y vías respiratorias ardían espantosamente a causa de los gases; pero a pesar de todo, continuaban firmemente decididos a llegar al Zócalo. Repentinamente observaron que a escasa distancia, en el cruce de Palma y Madero, una treintena de sujetos de aspecto malencarado se interponía en su avance. Los integrantes de la nueva barrera lucían unas pistolas que los gemelos juzgaron de enormes dimensiones, pues apuntaban directamente a donde ellos se encontraban. Se escuchó una orden. Jorge y Eduardo intentaron al unísono proteger con su cuerpo el de su hermano. La simultaneidad de sus movimientos nulificó el generoso intento de mutua protección. Sonó una descarga. Varios jóvenes que encabezaban la manifestación rodaron por tierra sangrando profusamente. Los idénticos rostros de los gemelos no denotaban sentimiento alguno de temor, tan sólo una expresión de profunda sorpresa. Ambos estaban muertos.

Los manifestantes se detuvieron en seco. La clara conciencia de un mortal peligro se extendió en invisibles ondas a todos los presentes. Dando la media vuelta buscaron retornar por la misma calle por la que habían llegado. No era posible, provenientes de la avenida Juárez los granaderos avanzaban por Madero en cerrada formación. La calle de Isabel la Católica constituía la única vía de escape para la acorralada multitud y ésta no la desaprovechó. Dispersándose en ambas direcciones a través de dicha calle, la mayor parte de los manifestantes alcanzaron a librarse de los garrotes policiacos. Quienes no lo consiguieron fueron molidos a golpes, sufriendo contusiones que llegaban a la rotura de ligamentos y fractura de huesos.

Los integrantes de los dos grupos en fuga en que se había transformado la manifestación tuvieron muy distintas historias que contar. Aquellos que emprendieron la huida por Isabel la Católica en su dirección sur se diseminaron rápidamente por entre numerosas calles, salvando así la integridad corporal y poniendo punto final a su actuación en los sucesos de esa noche. En cambio, quienes huían hacia el norte, mantuvieron más tiempo su unidad como grupo, atrayendo por consiguiente la implacable persecución de las fuerzas policiacas.

•

Germán Reyes, estudiante de la Preparatoria Uno, corría desfallecido y presuroso en compañía de unos trescientos manifestantes. La distancia entre éstos y los policías se hacía cada vez menor. Los ojos de Germán, afectados por los gases, no alcanzaron a percibir un pequeño desnivel en la acera, tropezó y cayó al suelo. Sintió llegado su fin. Los negros y amenazantes garrotes de los granaderos estaban cada vez más próximos a su postrada persona.

El joven Reyes pertenecía a un sector de modesta clase media. Su padre, empleado de la Dirección General de Impuestos Interiores de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, ganaba un sueldo que le permitía proporcionar a los miembros de su hogar lo estrictamente indispensable para una vida decorosa. Al ingresar en la preparatoria, Germán comenzó a descubrir la existencia del mundo de la política. Primero participó como candidato a la vicepresidencia en las elecciones de la sociedad de alumnos de la Preparatoria Uno. Su planilla perdió por un amplio margen frente a la que apoyaban los porros y, atrás de éstos, los funcionarios del PRI y de la Secretaría de Gobernación. Posteriormente empezó a concurrir a conferencias auspiciadas por el Partido Comunista y por grupos trotskistas y demócrata-cristianos. En ellas se enteró de cuestiones que la inmensa mayoría de los jóvenes de su clase ignoraban o les eran del todo indiferentes: las terribles desigualdades económicas prevalecientes en el país, las condiciones de explotación en que se hallaban los grupos marginados, el altísimo grado de corrupción oficial y el férreo control político que mantenía el gobierno sobre la nación.

Al llegar la fecha en que tradicionalmente se venía realizando una manifestación de homenaje a la Revolución Cubana, Germán no vaciló en acudir a dicho evento. Tampoco dudó un instante cuando, al concluir el mitin frente al Hemiciclo a Juárez, la mayor parte de los asistentes al acto se dispersaron y tan sólo una minoría intentó llegar al Zócalo. Estaba con la minoría.

Los recios garrotes de los granaderos no llegaron a establecer contacto con la desgarbada figura de Germán Reyes. Antes de que esto ocurriese, cuatro manos amigas le izaron en vilo permitiéndole continuar su interrumpida carrera. Las pisadas de sus perseguidores estaban ahora tan cerca que el joven podía escucharlas como si fuesen las propias. Sin dejar de correr observó de reojo a sus salvadores. Uno era fornido y de pelo largo, el otro alto y delgado. Los dos llevaban camisetas con insignias del Politécnico. Germán estaba llegando al límite de sus fuerzas y sentía que muy pronto le resultaría imposible dar un paso más. Repentinamente se dio cuenta de que se encontraban a escasa distancia de la calle de San Ildefonso, en la cual se hallaba ubicada su escuela. La sola imagen mental del edificio donde estudiaba le infundió nuevos ánimos.

—A la prepa, a la prepa —comenzó a gritar Germán con el mismo acento del náufrago en una balsa que ve una costa.

Varios de los manifestantes captaron el mensaje y al llegar a la siguiente esquina dieron vuelta a la derecha. Quienes prosiguieron de frente no tardaron en ser alcanzados por los granaderos. Los garrotes se dieron su festín vapuleando múscu los y huesos. La furia policiaca fue terrible.

Germán y una veintena de jóvenes perseguidos por una sección de granaderos, alcanzaron a llegar a la ornamentada puerta colonial de la Escuela Nacional Preparatoria. Su llegada iba a dar

lugar a una nueva cadena de acontecimientos.

A unas cuantas calles del Palacio Nacional de la ciudad de México se localiza el antiguo barrio universitario, asiento durante incontables generaciones de los más importantes centros educativos del país. Al iniciarse en el año de 1954 el traslado de escuelas y facultades a la nueva Ciudad Universitaria, edificada sobre mantos de lava volcánica en la zona sur de la capital de la República, quedaron funcionando varias escuelas preparatorias en algunos de los viejos planteles. Tal era el caso de las Preparatorias Uno, Dos y Tres, a las que asistía un elevado número de estudiantes.

Los recientes sucesos ocurridos en la Plaza de la Ciudadela no habían afectado en lo más mínimo las cotidianas actividades de la Universidad Nacional Autónoma de México. Aun cuando la escuela Isaac Ochoterena estaba incorporada a la UNAM, ello constituía un hecho de carácter legal mas no emotivo, dado que los estudiantes de ésta no veían a los de aquélla como a unos auténticos compañeros. Por otra parte, las autoridades gubernamentales venían instrumentando desde largo tiempo atrás una hábil política, tendiente a fomentar la rivalidad entre universitarios y politécnicos, utilizando principalmente para ello las actividades deportivas. Así pues, la agresión policiaca a los alumnos de las Vocacionales Politécnicas no había producido, hasta ese viernes por la noche, reacción alguna entre la población universitaria.

La súbita llegada de un contingente de granaderos a las centenarias puertas de la Escuela Nacional Preparatoria fue motivo de una generalizada sorpresa. Los policías perseguían a un pequeño grupo de jóvenes. Habiendo logrado alcanzar a varios de éstos justo a la entrada del plantel, comenzaron a garrotearlos sin misericordia. Los granaderos no poseían un criterio selectivo muy riguroso, y por lo tanto, no se tomaron la molestia de tratar de distinguir cuáles eran los jóvenes que habían venido persiguiendo y cuáles los que en ese momento salían tranquilamente de sus clases. Sin efectuar discriminación alguna empezaron a golpearlos a todos por igual.

La conducta de los granaderos resultó ser tan imprudente como la de quien la emprende a golpes contra un panal de avispas. Superada en cosa de segundos su inicial sorpresa, los preparatorianos reaccionaron con desbordada furia. De todas partes brotaban iracundos jóvenes que muy pronto formaron un impetuoso torrente. Ante su irresistible embate los granaderos intentaron una ordenada retirada, pero ésta se convirtió muy pronto en precipitada fuga. Con miras a lograr huir con mayor prisa, muchos policías arrojaron lejos de sí escudos y macanas. Los preparatorianos les persiguieron un buen trecho, aventándoles toda clase de objetos.

Los granaderos en fuga no detuvieron su carrera hasta reunirse con sus compañeros. Éstos habían aporreado ya, hasta cansarse, a cuanto infortunado manifestante cayera en sus manos. Al conocer la afrenta inferida a sus camaradas, se dispusieron prontamente a vengarla. Mendiolea Cerecero les contuvo. El subjefe de la Policía sabía muy bien que no iba a ser un encuentro fácil y quiso efectuarlo aplicando todas las normas prescritas en los manuales antimotines. Aguardó primero a que se integrasen las secciones policiacas que se habían dispersado. Luego distribuyó a sus hombres en diversas columnas y les dio instrucciones para que efectuasen una maniobra envolvente que les permitiese acorralar a los estudiantes. Finalmente dispuso que antes de que se procediese al ataque cuerpo a cuerpo debía saturarse de gases una extensa zona. Tomadas estas previsiones dio la orden de avance.

En cumplimiento de las instrucciones recibidas las fuerzas policiacas se movilizaron con presteza. La maniobra envolvente pudo ser realizada sin mayores dificultades. Un amplio sector en torno a los edificios que albergaban a las escuelas preparatorias fue acordonado. Varios miles de estudiantes quedaron bloqueados en un perímetro relativamente estrecho. El desagradable silbido y su consiguiente explosión final, que caracterizan al empleo de granadas lacrimógenas, no cesaba de escucharse convirtiendo el aire en un tóxico irrespirable. Disfrutando por anticipado la emoción de poder golpear impunemente a sus contrarios, los granaderos embistieron por ambos extremos de la calle de San Ildefonso, firmemente decididos a pulverizar a cuanto estudiante se cruzase en su camino. No encontraron ninguno.

•

Los centros educativos de alta enseñanza fundados en México en la época de la Colonia, constituyeron para el país invaluables instrumentos en el cumplimiento de la tarea más importante a realizar en esos tiempos: lograr injertar en su ser aquello que de valioso tenía la ajena cultura con la cual había entrado en contacto. Varios de estos centros llegaron a poseer bellos y magníficos edificios, siendo uno de los mejores ejemplares al respecto el Colegio de San Ildefonso, erigido en la calle del mismo nombre de la ciudad capital. Dicho edificio fue concebido con un auténtico sentido de grandiosidad. Sus amplios patios interiores y enormes estancias, sus largas arcadas y elevados muros, poseen un genuino señorío y una indiscutible majestuosidad. La noche del 26 de julio de 1968, el edificio del antiguo Colegio de San Ildefonso, transformado al paso del tiempo en asiento de las Preparatorias Uno y Tres, se iba a convertir en una inexpugnable fortaleza.

Al darse cuenta que el cerco tendido por las fuerzas policiacas se iba estrechando rápidamente, los preparatorianos no cometieron la imprudencia de permanecer aguardando en las calles la llegada de los granaderos. Sin necesidad de poseer conocimientos en materia militar les resultó evidente cuál era, entre los edificios a su alcance, el más adecuado para hacer frente al inminente asedio que se avecinaba. Mientras que el edificio de la Preparatoria Dos —ubicado en la esquina de las calles de Licenciado Verdad y Guatemala— era comparativamente vulnerable, los altos muros de tezontle rojo y cantera de San Ildefonso otorgaban la más firme garantía de seguridad. Por otra parte, la comunicación interna existente entre este edificio y el que albergaba a oficinas administrativas de la Universidad, con entrada por la calle de Justo Sierra, proporcionaba la adicional ventaja de poder tener salida por una calle distinta a la de la entrada. Así pues, sin necesidad de pararse a deliberar sobre el particular, maestros y alumnos de las tres preparatorias se introdujeron rápidamente en la colonial construcción y cerraron sus recias puertas. Afuera quedaron las fuerzas policiacas como dueñas absolutas de la calle, pero este dominio no iba a durar mucho tiempo.

Al refugiarse en el edificio de San Ildefonso los universitarios no llevaban consigo la intención de permanecer pasivamente bajo su resguardo. Cual laboriosas hormigas empeñadas en la salvación del hormiguero, se dieron a la tarea de localizar todo aquello que pudiera servirles

para su defensa. Frascos con ácido y otras sustancias inflamables almacenadas en los laboratorios, así como la más variada colección de objetos arrojadizos, desde botellas de refresco hasta sillas y pizarrones, fueron subidos a la azotea de la preparatoria con miras a ser utilizados en una pronta contraofensiva.

Carentes de los elementos necesarios para tomar por asalto al hermético edificio, los granaderos permanecían en la calle sin que su comandante en jefe, el omnipresente Mendiolea, lograse discurrir alguna medida que les permitiese recobrar la iniciativa. El empleo de gases lacrimógenos ya había rendido todos sus frutos, pero no eran muchos. Los altos muros de San Ildefonso, así como sus vastos espacios interiores, habían protegido a los universitarios de la acción de los gases. En cambio, éstos habían afectado considerablemente a vecinos y transeúntes. Asustadas, tosigosas y lloriqueantes, las personas que habitaban en casas próximas a las preparatorias se veían obligadas a salir precipitadamente de sus domicilios. Numerosos camiones de transporte urbano lucían solitarios y abandonados. Choferes y pasajeros habían salido huyendo cuando la combinación de gases lacrimógenos y congestionamiento de tránsito había transformado a los vehículos en insoportables trampas de tortura para sus ocupantes.

Los estudiantes iniciaron su contraofensiva. Proveniente de la azotea de la Escuela Nacional Preparatoria comenzó a caer sobre los policías un verdadero alud de sustancias y objetos a cual más dañinos. Incendios y explosiones se sucedían sin interrupción en la calle de San Ildefonso. Atemorizados, los policías se vieron obligados a replegarse, muchos de ellos seriamente lesionados.

Las puertas del edificio de oficinas administrativas de la calle de Justo Sierra se abrieron y por ellas salieron centenares de jóvenes. No buscaban escapar sino ensanchar el perímetro de la zona bajo su control. Apoderándose de los camiones abandonados formaron con éstos barricadas que bloqueaban el acceso a las calles donde se encontraban las escuelas. Extrayendo la gasolina de los transportes rociaron con ella la carrocería y el interior de los vehículos. Recién terminaban de hacerlo cuando se produjo una nueva embestida de granaderos. Éstos se habían reagrupado tras su apresurada retirada y retornaban con la intención de recobrar el espacio perdido. No lo lograrían. Los estudiantes incendiaron los camiones levantando una infranqueable muralla de fuego. Por si ello fuera poco, incrementaron el envío de proyectiles, arrojándolos ahora no sólo desde la azotea de la Preparatoria Uno, sino también desde lo alto de la Preparatoria Dos, en la cual habían vuelto a introducirse, e incluso de la azotea y ventanas del antiguo edificio de Jurisprudencia (convertido en sede de archivos y oficinas administrativas de la Universidad) ubicado en la esquina de Argentina y San Ildefonso. Los policías se defendían con andanadas de granadas de gases, pero muy pronto resultó evidente que en aquel reñido duelo aéreo estaban llevando la peor parte. El incesante incremento de uniformados fuera de combate así lo indicaba.

Comprendiendo que si persistía en prolongar el enfrentamiento éste concluiría fatalmente en la derrota de los hombres bajo su mando, el subjefe de la Policía optó por un repliegue que les alejase del alcance de los proyectiles universitarios. Sabedor de la obsesión que dominaba al presidente de la República, en el sentido de impedir que se realizase en el Zócalo una concentración que no estuviese patrocinada por el gobierno, distribuyó a los contingentes de granaderos de tal forma que constituyesen una barrera que aislase al viejo barrio universitario de

la Plaza Mayor. Con esto esperaba evitar que concluyese en catástrofe el ya evidente fracaso que habían sufrido en aquella jornada las fuerzas policíacas. Agentes de la Federal de Seguridad, pistola en mano, reforzaron al poco tiempo la barrera de contención organizada por Mendiolea.

En realidad los estudiantes no tenían intención alguna de encaminarse al Zócalo, se hallaban del todo satisfechos de haber logrado rechazar con tan buen éxito la agresión policiaca. Previendo que ésta pudiera repetirse, laboraban activamente reforzando sus medios de defensa. Fue colocada una nueva barrera de camiones rociados con gasolina y las azoteas de los edificios escolares se encontraban rebosantes de objetos arrojadizos.

Durante toda la noche los viejos recintos que albergaban a las preparatorias parecieron vibrar y estremecerse, al escuchar la incesante repetición de la tradicional porra universitaria:

Goya, Goya,
Cachún Cachún Ra Ra
Cachún Cachún Ra Ra
Goya, Universidad.

Camionetas de la policía recogieron de las calles los trece cuerpos de las personas fallecidas en los violentos acontecimientos. Tres eran porros que habían muerto a golpes propinados por los granaderos en el enfrentamiento que tuvieran con éstos en la esquina de López y avenida Juárez. Diez eran estudiantes del Instituto Politécnico Nacional: tres de la Vocacional Dos y siete de la Vocacional Cinco, todos ellos muertos a balazos en la esquina de Palma y Madero por agentes de la Federal de Seguridad.

Los muertos fueron llevados al horno crematorio del Panteón Civil de Dolores. Una vez incinerados los cuerpos, las cenizas se dispersaron a los cuatro vientos. Cleofas Martínez Segura, el viejo encargado del funcionamiento del horno, se percató con asombro que dos de los cadáveres poseían idénticas facciones y en general características del todo semejantes.

—No quise quemarlos separados —confesaría años más tarde al relatar el hecho—, preferí apretarlos pa que se fueran juntos. Presentí que en vida habían estado siempre unidos y que así debían estar al hacer su último viaje.

6

Bazucazo en la conciencia nacional

El 27 de julio de 1968 constituyó una fecha especial en los anales de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Politécnico Nacional. Siendo sábado y por tanto día de asueto, era de suponerse que los estudiantes de dichos centros educativos no acudirían a sus aulas, pero no fue así.

Los periódicos, así como los noticiarios de radio y televisión, no cesaban de difundir la versión oficial de los sucesos del día anterior: al concluir el mitin celebrado en la Alameda Central para homenajear a la Revolución Cubana, los asistentes al evento habían promovido desórdenes de toda índole, desde vejaciones a los transeúntes hasta ruptura de cristales. Ello había obligado a intervenir a las fuerzas del orden. En su precipitada fuga ante la llegada de la policía, algunos alborotadores se habían refugiado en planteles universitarios del centro de la ciudad. Profundamente respetuosas de la Autonomía Universitaria, las fuerzas policiacas se habían abstenido de efectuar acto alguno que pudiera interpretarse como una violación a ese derecho. Las autoridades gubernamentales confiaban en que fuesen los propios estudiantes quienes expulsasen de sus escuelas a los agitadores, poniendo con ello feliz epílogo al trivial incidente.

Acostumbrados, al igual que todos los habitantes del país, a interpretar las noticias exactamente al revés de como éstas se comunicaban, los estudiantes no tuvieron mayores dificultades para concluir que la policía debía haber atacado a los manifestantes y luego agredido a las escuelas universitarias. Las fundadas sospechas respecto a lo que aconteciera el día anterior empezaron a generar entre los estudiantes un sentimiento de profunda indignación. Al irse multiplicando en muchos miles de jóvenes, dicho sentimiento iba a ser causa de las más imprevisibles consecuencias.

Desde muy temprano un incesante ir y venir de estudiantes en todos los plantes politécnicos y universitarios comenzó a tener lugar. Deseosos de conocer la verdad de lo ocurrido, los jóvenes formaban apretados corrillos en torno a quienes habían participado en los acontecimientos, obligándolos a repetir sus relatos una y otra vez. Muy pronto los corrillos empezaron a transformarse en improvisadas y nutridas asambleas. El hecho de que por vez primera en muchos años se diese en las escuelas una total ausencia de porros, permitía la libre manifestación de las más diversas opiniones. Algunos de los dirigentes de las sociedades de alumnos habían acudido a sus respectivas escuelas y de inmediato procuraron organizar y dirigir el desarrollo de las asambleas. En todos los casos se produjo un repudio generalizado a la intervención de los

supuestos representantes del alumnado. Al no contar éstos con el habitual respaldo de los pandilleros, les resultó imposible mantener por más tiempo la farsa de su pretendida representatividad. Increpados y abucheados por sus compañeros, terminaron siendo ignominiosamente expulsados de las asambleas.

En su afán de recopilar la mayor cantidad de información posible, comisiones de estudiantes iban de una a otra escuela intercambiando los datos que poseían. En forma del todo natural y espontánea, sin imaginar la enorme trascendencia que llegaría a tener lo que estaban haciendo, los jóvenes de las dos máximas instituciones educativas del país comenzaron a establecer una creciente intercomunicación. Ignorando la ley no escrita, pero operante en la práctica, que impedía el libre acceso de estudiantes universitarios a escuelas politécnicas y viceversa, grupos cada vez más numerosos de la UNAM acudían a planteles del Politécnico, y en igual forma, nutridos contingentes de politécnicos entraban a recabar información en los edificios universitarios. La calurosa recepción que se propinaban mutuamente obraba el prodigio de borrar en minutos largos años de rivalidades y suspicacias. La maquiavélica política oficial que mantenía divididos a universitarios y politécnicos saltó hecha trizas en la luminosa mañana de ese sábado de julio.

Los lugares a los que las comisiones estudiantiles acudían en mayor número eran la Vocacional Cinco y la Escuela Nacional Preparatoria. Quienes visitaban estas escuelas salían de ellas llevando algo más que simples relatos sobre recientes sucesos. Las imágenes que podían observar hablaban por sí mismas. Los ventanales y los interiores de la Vocacional Cinco parecían haber sufrido los efectos de un ciclón. La calle de San Ildefonso semejaba la de alguna ciudad dominada por la revuelta, con barricadas y restos de objetos quemados regados por todos lados. La barrera policiaca que impedía el acceso al Zócalo había sido considerablemente reforzada. Miembros de la Policía Judicial, tanto de la Federal como de la del Distrito, se habían unido a los granaderos y a los agentes de la Federal de Seguridad. Los estudiantes les observaban desde lejos y no dejaban de propinarles sonoras rechiflas.

Al ir avanzando el día los estudiantes fueron recabando información más que suficiente respecto a lo ocurrido. Con base en ella las asambleas —reunidas en forma permanente en un buen número de escuelas— empezaron a tomar decisiones: radical desconocimiento de todas las organizaciones del estudiantado, inmediata y democrática elección de auténticos delegados surgidos de las propias asambleas. Buscando diferenciar hasta en el nombre a las nuevas organizaciones de las anteriores, se desechó la tradicional designación de "sociedades de alumnos" y se adoptó la de "comités de huelga", mucho más acorde con las funciones que habrían de realizar, ya que el sentimiento cada vez más generalizado entre los estudiantes era el de responder con la huelga a las agresiones recibidas.

Los estudiantes de la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional fueron los primeros en decretar la huelga, acordando asimismo que su escuela debía ser la última en suspenderla. Ese mismo día adoptaron igualmente la decisión de iniciar un paro escolar las Vocacionales Cinco y Siete, así como la Escuela Superior de Físico Matemáticas y la Escuela Superior de Ciencias Biológicas, pertenecientes todas ellas al Politécnico. En la UNAM se declararon en huelga los estudiantes de las Preparatorias Uno, Dos y Tres, y los de las Facultades de Ciencias, Filosofía, Economía y Ciencias Políticas y Sociales.

A base de llamadas telefónicas, los dirigentes de los distintos comités de huelga acordaron reunirse esa misma tarde para intercambiar puntos de vista. La cita fue a las seis en el auditorio de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en Ciudad Universitaria. Era la primera ocasión en que auténticos representantes del estudiantado politécnico y universitario se reunían para analizar conjuntamente un problema. No se elaboró orden del día, ni mucho menos se pretendió adoptar de inmediato resoluciones que implicasen la adopción de un determinado compromiso; simplemente se patentizó la necesidad de intentar la unificación estudiantil para hacer frente al conflicto que se iniciaba. La reunión se disolvió cerca de las once de la noche, tomando como único acuerdo el de volverse a reunir el próximo lunes por la tarde, en la Facultad de Filosofía y Letras de Ciudad Universitaria.

El lunes 29 de julio marcó otro hito importante en el desarrollo del conflicto estudiantil. En todos los planteles universitarios y politécnicos tenían lugar tumultuarias asambleas. A cada hora que transcurría se incrementaba considerablemente el número de escuelas y facultades que se incorporaban a la huelga. Gritos, porras, rechiflas, encendidos discursos y anatemas al gobierno, resonaban sin cesar en auditorios y salones de clase. Comités de huelga, integrados por elementos de comprobada independencia ante las consignas oficiales, iban sustituyendo a las sociedades de alumnos patrocinadas y controladas por la Secretaría de Gobernación.

Esa tarde, al reunirse los comités de huelga en la Ciudad Universitaria, eran ya cerca de un centenar los centros de altos estudios ahí representados. En esta ocasión los asistentes a la junta no se contentaron con subrayar la necesidad de actuar en forma unificada ante el problema, sino que se dieron a la tarea de formular un Pliego Petitorio que contuviese las demandas que habrían de plantear al gobierno. Tras de largas discusiones el Pliego Petitorio quedó redactado en los siguientes términos:

1. Libertad a todos los estudiantes detenidos.
2. Destitución de Luis Cueto Ramírez y de Raúl Mendiolea Cerecero, jefe y subjefe respectivamente de la Policía del Departamento del D.F.
3. Desaparición del Cuerpo de Granaderos.
4. Indemnización a los familiares de los muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión.
5. Investigación, enjuiciamiento y en su caso destitución y condenación de las autoridades responsables de la agresión.

Al mismo tiempo que realizaban su reunión, los dirigentes estudiantiles recibían constantes llamadas telefónicas informándoles que estaba ocurriendo un fuerte enfrentamiento en el centro de la ciudad. Los oponentes eran de nueva cuenta las fuerzas policiacas y los alumnos de las Preparatorias Uno, Dos y Tres. A juzgar por lo que les decían, los dirigentes llegaron a la conclusión de que los granaderos estaban llevando a cabo un esfuerzo desesperado por doblegar la resistencia estudiantil.

La sesión de los comités de huelga tenía lugar en el auditorio de la Facultad de Filosofía y los teléfonos por los que recibían las llamadas estaban ubicados en las oficinas de dicha Facultad, ello obligaba a que varios estudiantes permaneciesen junto a los aparatos recibiendo informes; cuando juzgaban que lo que se les comunicaba era en verdad importante corrían al auditorio y a

grandes voces lo daban a conocer. Cerca de las once de la noche llegó una noticia que fue recibida con aplausos y vítores:

"Los preparatorianos han derrotado a los granaderos haciéndoles huir en plena desbandada. No hay ya policías en las proximidades de los edificios universitarios."

Fue la última buena noticia en toda la noche, las siguientes no iban a ser nada alentadoras. Estudiantes y vecinos que vivían en las cercanías del Campo Militar Número Uno empezaron a llamar para informar que había salido de éste un fuerte contingente de tropas. El convoy estaba integrado por tanques ligeros, jeeps que jalaban cañones y camiones transportando soldados. Al ir avanzando el convoy a través de la ciudad fue resultando evidente que se dirigía al viejo barrio universitario. La sesión de los comités de huelga quedó prácticamente suspendida, sus integrantes ya sólo tenían atención para tratar de adivinar cuáles podrían ser las órdenes que portaban los soldados. Las opiniones estaban divididas. Unos consideraban que las autoridades no se atreverían a disponer el asalto armado a un recinto de la UNAM, pues ello implicaría una flagrante violación a la Autonomía Universitaria, la cual había sido respetada hasta entonces por todos los gobiernos. Otros, en cambio, aseveraban que si se había decidido enviar al ejército no era precisamente para desfilar. Abandonando el auditorio, la mayor parte de los dirigentes estudiantiles se congregaron en las oficinas en torno a los teléfonos.

Muy pronto se aclararon las dudas. Las alteradas voces de los informantes que llamaban desde el lugar de los hechos dieron cuenta de lo que ocurría. El ejército se aproximaba a las escuelas preparatorias avanzando en formación de combate. Los estudiantes se habían refugiado una vez más tras los altos muros del antiguo Colegio de San Ildefonso. El conocimiento de lo que estaba sucediendo en el centro de la ciudad produjo estupor y zozobra entre los dirigentes estudiantiles reunidos en Ciudad Universitaria. Con preocupado acento impartieron a través de las líneas telefónicas los consejos que estimaban pertinentes:

"Salgan de inmediato antes de que el ejército bloquee todas las salidas. No permanezcan ni un instante más dentro del edificio. Procuren salir por Justo Sierra y no por San Ildefonso. Por favor, compañeros, no intenten oponer resistencia a las tropas."

Tras de la angustiosa y precipitada avalancha de consejos se produjo un intervalo de tenso silencio. Durante unos minutos los teléfonos permanecieron mudos, al igual que los dirigentes apretujados junto a ellos. De pronto repicó un timbre. Levantó el auricular Gilberto Guevara Niebla, dirigente del comité de huelga de la Facultad de Ciencias de la UNAM. Al otro extremo de la línea se escuchó una bien timbrada voz juvenil.

—Bueno, aquí San Ildefonso, los soldados han ocupado toda la calle, son muchísimos y traen un arsenal como para ir a Viet Nam.

—Les dijimos que salieran del edifico antes de que llegaran. ¿Por qué no lo hicieron?

—Casi todos se fueron, pudieron salir por Justo Sierra; sólo nos quedamos unos cien.

—¿Y por qué se quedaron?

Se produjo un largo silencio, al parecer el preparatoriano no lograba encontrar la respuesta adecuada a la pregunta que se le había formulado.

—No lo sé —respondió finalmente, añadiendo en seguida—. Tengo que irme, los soldados nos han dado diez minutos para que nos rindamos y salgamos con las manos en alto; no lo haremos, no

dejaremos sola a la prepa, trataremos de detenerlos cuando entren.

Gilberto Guevara Niebla hubiera querido poder comunicarse a través del teléfono con todos los estudiantes que se hallaban en San Ildefonso, decirles que no fuesen tan locos, que era absurdo hacer frente con las manos vacías a tanques y cañones. El enorme nudo que se había formado en su garganta le impidió articular palabra alguna.

El preparatoriano pronunció una frase más y luego colgó:

—Me llamo Germán Reyes.

•

El licenciado Luis Echeverría Álvarez había aguardado expectante el parte policiaco referente a los sucesos del viernes 26 de julio. Cuando cerca de las once de la noche Mendiolea Cerecero y el director de la Federal de Seguridad le rindieron personalmente sus respectivos informes, el secretario de Gobernación no alcanzó a entender lo que en verdad había ocurrido; restando toda importancia al hecho de haber involucrado en el conflicto a tres preparatorias, calificó de exitosa la operación y con acentos triunfales dio por radio al presidente de la República su muy personal versión de los acontecimientos: el mitin en el que participaran simpatizantes de la Revolución Cubana y estudiantes de las vocacionales en rebeldía había sido disuelto y sus asistentes fuertemente vapuleados. Varios de los motineros —prosiguió informando— habían supuesto con ingenua osadía que podían llegar hasta el Zócalo a insultar al gobierno. Estaban ya muertos, sus cuerpos serían incinerados y esparcidas sus cenizas. Las autoridades y los medios de difusión —concluyó— negarían categóricamente que hubiese perecido persona alguna en los sucesos de esa jornada.

La voz del licenciado Díaz Ordaz atenuó levemente su habitual aspereza al expresar un parco elogio al secretario de Gobernación; ello fue más que suficiente para que éste se sintiese desbordar de alegría. Con frases atropelladas por el febril entusiasmo que le dominaba, el licenciado Echeverría dio a conocer al primer mandatario las ideas que había venido madurando a lo largo de los últimos días: acusar al Partido Comunista de ser el promotor de los recientes disturbios, allanar sus oficinas y encarcelar a cuanto miembro de dicho partido se lograse atrapar.

El aparato que transmitía la voz del licenciado Díaz Ordaz permaneció en silencio unos momentos, luego se escuchó una orden tajante que puso término a la comunicación:

—Adelante con su proyecto, señor secretario.

—Ya escucharon lo que dijo el señor presidente —exclamó alborozado el licenciado Echeverría dirigiéndose a Mendiolea y al director de la Federal de Seguridad, mudos testigos de la radiofónica entrevista—. ¡Vamos! —exhortó con enérgico acento—. Cumplan de inmediato sus órdenes.

Los dos funcionarios policiacos se alejaron presurosos de la Secretaría de Gobernación; dejaban en ella a su titular saboreando las mieles de una victoria que en realidad existía tan sólo en su imaginación. Los acontecimientos del día siguiente habrían de ir desmoronando —si bien muy lentamente— la euforia del licenciado Echeverría.

Sabedores de que el secretario de Gobernación laboraba en sus oficinas inclusive en los días de descanso, varios dirigentes de las sociedades de alumnos del Politécnico y de la UNAM llegaron hasta el sombrío edificio de Bucareli el sábado por la tarde. Todos ellos portaban idéntica queja: justo cuando más se precisaban sus servicios las pandillas de porros habían desaparecido, y como lógica consecuencia, en la mañana de aquel día se habían celebrado asambleas en varias escuelas sin que los dirigentes estudiantiles hubiesen podido encauzarlas, llegando incluso a decretarse el estado de huelga en numerosos planteles.

El licenciado Echeverría procuró tranquilizar e infundir confianza a los repudiados representantes del estudiantado, prometiéndoles que el próximo lunes, al reabrirse las escuelas tras el descanso de fin de semana, las bandas de porros estarían nuevamente junto a ellos, brindándoles el apoyo que fuese necesario para que pudieran recobrar su autoridad sobre el alumnado.

En cuanto se fueron los abatidos líderes estudiantiles, el secretario de Gobernación intentó dar los pasos conducentes al cumplimiento de su promesa. Inútilmente trató de localizar a los dirigentes de las bandas de porros, tal parecía que la tierra se había tragado a todos los jefes de las pandillas al servicio del Estado. Los agentes enviados en su búsqueda sólo encontraban domicilios vacíos, los vecinos les informaban que sus ocupantes habían salido apresuradamente, sin explicar a nadie los motivos de su precipitada partida.

No fue sino hasta la tarde del día siguiente —domingo 28 de julio— cuando dos agentes de la Dirección General de Seguridad lograron localizar al Chueco. El jefe de los Arañas se hallaba escondido en la casa de uno de sus hermanos ubicada en la colonia Guerrero. Física y moralmente estaba muy golpeado. Tenía roto un brazo, varias costillas fracturadas, la cara amoratada y contusiones en todo el cuerpo. Al ver a los agentes comenzó a sollozar y a suplicar que no lo asesinasen.

Sin consideraciones ni explicaciones de ninguna especie, los agentes obligaron al pandillero a que les acompañase, llevándolo directamente hasta el privado del licenciado Echeverría. El secretario de Gobernación se sorprendió al ver el estado en que se encontraba el jefe de los Arañas, pero su asombro fue aún mayor al enterarse de que habían sido los granaderos y no los estudiantes quienes le habían dejado en tan triste condición.

Una vez convencido de que su vida no estaba amenazada, el jefe de los Arañas soltó la lengua. Con dolorido acento narró los sucesos ocurridos en la Alameda Central, especialmente el demoledor ataque sufrido por las bandas de porros a manos de los granaderos. Exagerando las cosas, aseveró que varias docenas de sus compañeros habían perecido en el enfrentamiento. Con sus propios ojos había visto caer el cadáver de su amigo el Chupetas, cuyo cuerpo, deformado por los golpes, yacía tirado en la esquina de López y avenida Juárez. Quienes no habían muerto —finalizó— se encontraban dispersos y ocultos, firmemente convencidos de que habían sido víctimas de una maniobra urdida por el gobierno con el propósito de deshacerse de ellos.

El licenciado Echeverría se esforzó por convencer al Chueco de que se encontraba en un error y que lo ocurrido había sido resultado de una lamentable confusión de la policía. Igualmente intentó persuadirle de que tratase de romper por la fuerza la huelga decretada en la Vocacional Cinco. Todo fue inútil: el Chueco estaba decidido a mantenerse lo más alejado posible de

estudiantes y autoridades en lo que le restase de vida. El trauma que le dejaran los acontecimientos era de tal grado, que incluso había tomado la determinación de buscar un trabajo honorable al cual dedicarse.

Confundido y sin saber qué camino seguir ante el giro que estaban tomando los acontecimientos, el secretario de Gobernación se pasó cavilando toda la noche. A pesar de su preocupación, mantenía viva la esperanza de que el descanso dominguero hubiese enfriado los ánimos estudiantiles y que la normalidad retornaría por sí sola a las aulas al día siguiente. Al ir avanzando la mañana del lunes dicha ilusión se esfumó como la niebla en un día soleado. Abatidos y quejumbrosos, los dirigentes de las sociedades de alumnos no paraban de llamar para dar cuenta del incremento de las escuelas en huelga y manifestar su resentimiento por no haber sido apoyados, en tan cruciales momentos, por las bandas de porros.

La interminable noche de insomnio no había transcurrido en vano. En la mente del licenciado Echeverría empezaba a configurarse la sospecha de que la agresión a los porros no se hubiese debido a una confusión de la policía, sino a un deliberado propósito de sabotear la operación que con tanto empeño proyectara. Acuciado por las circunstancias, el secretario de Gobernación elaboró mentalmente un nuevo proyecto de solución al conflicto, cuyo cumplimiento podría intentarse esa misma noche. Concluida la elaboración del nuevo plan convocó a varios funcionarios a una junta en su oficina.

La reunión promovida por el secretario de Gobernación se inició a las cuatro de la tarde y a ella asistieron, además de éste, los siguientes funcionarios: el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, jefe del Departamento del D.F.; el licenciado Julio Sánchez Vargas, procurador general de la República; el licenciado Gilberto Suárez Torres, procurador de Justicia del Distrito y Territorios Federales, Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiolea Cerecero, jefe y subjefe de la Policía Preventiva del D.F.

Revelando en cada uno de sus gestos y palabras la creciente preocupación que le dominaba, el licenciado Echeverría calificó de sumamente grave la situación a la que se enfrentaban. La huelga que se propagaba en las escuelas amenazaba con echar por tierra todo el sistema de control del estudiantado que el gobierno sostenía a tan alto costo. Lo que estaba propiciando que cundiese la huelga —afirmó convencido el secretario de Gobernación— era la impotencia manifestada por las autoridades para castigar a los preparatorianos. Resultaba necesario por tanto aplicar a éstos un escarmiento que sirviese de ejemplo a todos los estudiantes. En vista del fracaso de los granaderos estimaba conveniente su relevo por agentes judiciales y de la Federal de Seguridad, los cuales, disparando sus pistolas, tomarían por asalto esa noche las preparatorias y al día siguiente ocuparían cualquier escuela cuyos alumnos se negasen a reanudar las clases.

Asumiendo una actitud de evidente menosprecio para su colega de gabinete, el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal se manifestó en contra de la solución propuesta por el licenciado Echeverría. A su juicio les resultaría imposible a los agentes apoderarse de la Escuela Nacional Preparatoria, pues en cuanto se iniciase el ataque, los estudiantes cerrarían sus puertas y éstas jamás podrían ser violadas con simples disparos de pistola. En cambio, las balas de los agentes podrían ocasionar bajas entre los estudiantes que se encontrasen en ventanas y azoteas, con el inconveniente de que los cuerpos de los jóvenes muertos no quedarían a disposición de las

autoridades para su inmediata desaparición, sino que serían utilizados por los universitarios para acusar al gobierno de brutal y represivo.

La oposición a su proyecto ocasionó un incontrolable ataque de ira en el licenciado Echeverría. Con el rostro enrojecido y la mirada llameante, acusó abiertamente al regente de la ciudad de estar boicoteando la solución del problema para hacerle quedar mal ante el presidente de la República. Recibió tan sólo por respuesta una burlona sonrisa de su oponente en la sucesión presidencial. El licenciado Sánchez Vargas intentó restablecer la calma y con pausado acento expresó su opinión en el sentido de que antes de tomar cualquier determinación debía informarse al señor presidente de lo que estaba ocurriendo.

No fue necesario que los altos funcionarios reunidos en la junta intentasen comunicarse con el licenciado Díaz Ordaz; como si éste hubiese adivinado sus deseos y se anticipase a ellos, se escuchó de pronto en la oficina la señal de radio que indicaba que el primer mandatario llamaba al secretario de Gobernación. La voz que instantes después inundaba la habitación resonó más altanera y colérica de lo que ya de por sí le era habitual. ¿Qué rayos estaba pasando en la capital? ¿Cómo era posible que no se hubiese podido meter en cintura a unos cuantos mocosos? ¿A tal grado llegaba la ineptitud de sus colaboradores?

Balbuceando entrecortadas frases en tono casi sollozante, el licenciado Echeverría trató de justificarse afirmando que el único culpable de lo que acontecía era el jefe del Departamento del D.F., quien de seguro había impartido instrucciones a la policía para que ésta agrediese a los porros durante el transcurso de la pasada manifestación.

Enterado ya de quiénes asistían a la junta, el presidente quiso hablar con el general y licenciado Corona del Rosal. El regente de la ciudad rebatió con bien fingida indignación las imputaciones que se le hacían. Con desdeñoso acento afirmó que el secretario de Gobernación había cometido graves errores tanto al planear como al dirigir la operación, ejemplo de ello era que ni siquiera había pensado en dotar a los porros con alguna señal distintiva que permitiese a los policías diferenciarlos del resto de los manifestantes.

El licenciado Díaz Ordaz escuchó la versión del regente sin interrumpirlo. Su cólera era tan grande que ni siquiera logró encontrar los improperios adecuados para calificar la incompetencia de sus altos colaboradores; en lugar de ello optó por humillarlos impartiendo directamente sus instrucciones al funcionario de menor categoría de los ahí reunidos.

Con reconcentrada atención el subjefe de la Policía escuchó a través de la radio las disposiciones presidenciales. Atendiendo a éstas, las fuerzas policiacas debían llevar a cabo un último intento por vencer a los preparatorianos. El asalto a las escuelas debía efectuarse utilizando a los granaderos y a todos los integrantes de la Policía Preventiva de la ciudad, pero sin disparar armas de fuego.

Antes de dar por concluida la junta, el secretario de Gobernación mencionó la conveniencia de volverse a reunir esa misma noche. El regente estuvo de acuerdo, siempre y cuando la junta se efectuase en su oficina. Los procuradores apoyaron la proposición del regente por lo que, si bien de muy mala gana, el licenciado Echeverría se vio obligado a tener que aceptar el cambio de lugar para la reunión.

Mientras los funcionarios retornaban a sus respectivas oficinas, el presidente de la República

no permanecía inactivo en el Palacio de Gobierno de la ciudad de Guadalajara; previendo que el ataque de la policía a las preparatorias resultase infructuoso, se comunicó por radio con el secretario de la Defensa, general Marcelino García Barragán. Con frases tajantes manifestó al militar que era muy posible que esa misma noche se requiriesen los servicios del ejército. Hombres y equipo debían estar prontos para entrar en acción. El general respondió que mantendría en estado de alerta a diversos contingentes, los cuales se pondrían en marcha al instante mismo en que el primer mandatario así lo ordenase.

A las once y cinco de la noche, utilizando un teléfono público situado en los portales de la Plaza de Santo Domingo, el jefe de la Policía llamó al regente de la ciudad para expresarle, con alterado acento, que la operación intentada contra los estudiantes había concluido en un completo desastre. No sólo las escuelas seguían en poder de los jóvenes, sin que éstos, en un inesperado contraataque, habían logrado dispersar a los policías lesionando a un buen número, incluyendo al subjefe de la corporación. No existía en esos momentos barrera policiaca alguna entre las preparatorias y el Zócalo.

En las oficinas del regente ya se hallaban reunidos el secretario de Gobernación y los procuradores. Al tener conocimiento del fracaso sufrido por la policía acordaron comunicárselo de inmediato al presidente de la República. El encargado de hacerlo fue el general y licenciado Corona del Rosal. El primer mandatario se limitó a responder con un gruñido al escuchar la noticia, luego expresó que los cuatro funcionarios debían permanecer reunidos aguardando instrucciones; dicho esto interrumpió la comunicación.

Sin perder un segundo el licenciado Díaz Ordaz llamó al secretario de la Defensa y le dio la orden de proceder al asalto de las preparatorias. En el Campo Militar Número Uno estaban listos para entrar en acción tres batallones de la Brigada de Infantería, dos batallones de la Guarnición de la Plaza, un batallón de Guardias Presidenciales, un batallón de Paracaidistas, un batallón de Transmisiones y un escuadrón de Reconocimiento, todos ellos con su equipo completo de combate, que en el caso de los Paracaidistas incluía el correspondiente paracaídas y en el caso de los Guardias Presidenciales un centenar de tanques ligeros de asalto. Tres generales comandaban la columna que muy pronto se puso en marcha: José Hernández Toledo, Crisóforo Mazón Pineda y Mario Ballesteros Prieto. Atravesando la ciudad, el convoy militar llegó hasta las inmediaciones de las preparatorias. Resultaba evidente que los estudiantes sabían de la inminente llegada del ejército y al parecer habían optado por retirarse. Las calles estaban desiertas, restos aún humeantes de vehículos calcinados se observaban por doquier, al igual que toda clase de objetos que habiendo sido utilizados como proyectiles yacían ahora dispersos en el suelo. Grupos cada vez más numerosos de policías, deteniendo su huida, retornaban agotados y maltrechos. Tras identificarse como jefe de la Policía Capitalina, Luis Cueto Ramírez dialogó con los generales que dirigían la operación. Les mencionó que a costa de muy desagradables sorpresas, los policías habían descubierto que el edificio que albergaba a las Preparatorias Uno y Tres —ubicado en las calles de San Ildefonso— se comunicaba internamente con el edificio de las calles de Justo Sierra. De seguro era por este último —concluyó— por donde los estudiantes se estaban escabullendo en esos momentos.

El general José Hernández Toledo, comandante en jefe de la Operación, ordenó llevar a cabo

una maniobra envolvente que abarcase no sólo las calles en donde se encontraban los dos edificios mencionados, sino también aquéllas en donde estaba situada la Preparatoria Dos, la cual había sido desalojada por los estudiantes y fue rápidamente ocupada por las tropas.

Concluida la maniobra envolvente el ejército inició su avance. Utilizando sus propias grúas, así como las de la Policía de Tránsito, los soldados fueron retirando las barricadas construidas a base de vehículos destruidos y ennegrecidos por el fuego. Despejado el camino tocó el turno a los tanques de asalto. Con los motores ronroneando las pesadas moles de acero iniciaron su desplazamiento. Los seguían jeeps equipados con bazookas y cañones de 101 milímetros. Finalmente cerraban la marcha los soldados de infantería portando ametralladoras ligeras y fusiles con bayoneta calada.

El impresionante dispositivo militar se fue alineando frente al antiguo Colegio de San Ildefonso. Tanques y cañones, ametralladoras y bazookas, apuntaban con sus negras bocas al colonial edificio. En las azoteas y ventanas de la sitiada construcción se movían de repente rápidas sombras, cuya presencia desmentía la inicial suposición de que todos los estudiantes habían optado por salir huyendo ante la llegada del ejército. El extraño silencio que imperaba en el ambiente fue roto por la gruesa voz del general José Hernández Toledo, quien megáfono en mano exclamó:

—Muchachos, se acabó el juego. Tienen diez minutos para abrir las puertas y salir con las manos en alto. Salgan cuanto antes. Empieza el conteo.

El transcurrir del tiempo convirtióse en algo ominoso que entrañaba funestos presagios. Lentamente los minutos se iban deslizando uno a uno hacia el pasado. Al llegar a cinco el general Hernández volvió a hacer uso del megáfono:

—Han pasado ya los cinco minutos. No estamos aquí para jugar con ustedes. Salgan de inmediato o se arrepentirán.

Las puertas continuaban cerradas y el improrrogable plazo estaba por llegar a su término. Los generales dialogaron brevemente respecto a cuál, de entre las distintas armas a su disposición, sería la más conveniente para efectuar la violación del edificio. Se decidieron por la bazooka.

El general Crisóforo Mazón Pineda fue el encargado de impartir las órdenes y un soldado de rostro regordete perteneciente al batallón de Paracaidistas el encargado de ejecutarlas. Portando en sus manos el mortal artefacto, el soldado avanzó unos pasos y apuntó su arma en dirección a una cercana y bien ornamentada puerta. Sus ojos despedían malévolos fulgores que denotaban el agrado que le producía la acción que estaba por realizar. A causa del paracaídas que llevaba a las espaldas, su figura semejaba la de un ser anormalmente deforme y maligno. Tras de la puerta empezaron a escucharse voces que al parecer cantaban.

El general dio una orden y el soldado oprimió el disparador del arma.

•

—¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto? —inquirió confundido el señor Germán Reyes dirigiéndose a su esposa—. Francamente no creo que se nos pueda culpar de haber fallado como

padres, siempre ha contado con nuestro cariño y comprensión. A veces creo que está loco.

—¿Por qué no hablas con él? —preguntó a su vez la esposa—. Hazle ver que es nuestro único hijo y que moriríamos si le pasara algo. Dile que no vaya a la prepa mientras dure este borlote, ofrécele dinero para que se vaya a Acapulco unos cuantos días, cuando regrese de seguro ya se terminó el lío.

—No tenemos dinero para eso.

—Si quieres yo voy ahorita a empeñar mis joyas; prefiero quedarme sin joyas que sin mi hijo.

—Está bien, se lo diré. A ver si no llego tarde a la oficina, ya este mes tengo dos retrasos y con otro más me descuentan un día y me ponen una nota mala en el expediente.

El señor Reyes entró en la recámara de su hijo. Un mar de recuerdos acudieron a su memoria. En ese mismo lugar había pasado incontables horas jugando con Germán cuando éste era pequeño y leyendo junto con él novelas de aventuras cuando el niño se transformó en adolescente. Todo ello le resultaba a la vez cercano y distante en el tiempo. ¿Por qué se habían empezado a romper los estrechos lazos que lo vinculaban a su hijo? Los culpables —concluyó el padre para sus adentros— eran los partidos y movimientos políticos de izquierda, a cuyos eventos acudía Germán desde que ingresara meses atrás a la preparatoria.

El señor Reyes observó con preocupada mirada la figura de su hijo, el cual se encontraba acostado durmiendo. Su sueño era intranquilo y defectuosa su respiración, consecuencia lógica de las numerosas contusiones apreciables en su rostro. Tenía la nariz fuertemente inflamada y un enorme moretón en un ojo. El padre sabía que todo el cuerpo de su hijo estaba lleno de las huellas dejadas por las macanas de los granaderos.

—Germán, despierta, tengo que irme al trabajo pero antes quiero hablar un momento contigo.

El joven sólo pudo abrir bien uno de sus ojos, el otro permaneció entrecerrado a causa del fuerte hematoma.

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó el padre con voz que intentaba disimular su angustia.

—Es lunes, tengo que ir a la escuela.

—Sabes muy bien que no habrá clases. ¿Qué no están en huelga?

El ojo abierto del muchacho era una ventana que dejaba ver lo que ocurría en su interior: una creciente desconfianza le iba haciendo retraerse cada vez más sobre sí mismo. Con cauteloso acento respondió:

—Sí, estamos en huelga, pero yo estoy en un comité de vigilancia y tengo que ir.

—¿Eso significa que te importan más tus obligaciones con ese comité que la preocupación de tu madre? ¿Es que no te has visto en el espejo? De puro milagro no te dejaron inválido, pero a la próxima vez te matan. ¿Te imaginas lo que eso sería para nosotros? Tú no conoces al gobierno, debe estar furioso de que unos adolescentes hayan puesto en ridículo a la policía. No creas que va a dejar así las cosas, en cualquier momento va a reaccionar y es capaz de la peor salvajada. Mira, te propongo una cosa. ¿Te acuerdas lo bien que la pasamos en la pensión de Acapulco en que estuvimos el año pasado? Tu madre te va a dar dinero para que te vayas hoy mismo. Con el agua de mar hasta los chipotes y moretones se te van a quitar.

Una vez más el ojo del joven reflejó claramente los sentimientos que le embargaban: cariño a su padre y dignidad ofendida por la propuesta que éste le formulaba. La barrera que había venido

separándolos, constituida por la incapacidad de ambos para lograr comprender el punto de vista del otro, se alzaba ahora más infranqueable que nunca. Sin decir nada Germán se limitó a mover repetidamente la cabeza con negativa significación. El señor Reyes permaneció igualmente en silencio, presa de una lucha interior en que una parte de su ser propugnaba por amonestar a su hijo y ordenarle que no saliese del departamento, mientras que la otra se inclinaba por suplicarle idéntica proposición. Finalmente no hizo ni una cosa ni la otra, inclinándose besó en la frente a Germán y luego salió presuroso de la habitación y del domicilio.

Al aproximarse a su escuela Germán observó que estudiantes y granaderos continuaban ocupando las mismas posiciones del día anterior. Los estudiantes no habían cesado de reforzar las barricadas erigidas en torno a las preparatorias. Sumaban más de un centenar de vehículos utilizados para este fin. Se trataba de autobuses de transporte urbano cuyas llantas habían sido desinfladas. En el interior de los vehículos abundante estopa y numerosas botellas de gasolina garantizaban la posibilidad de su pronta transformación en murallas de fuego. A su vez, la policía había incrementado considerablemente los contingentes colocados a modo de azul barrera entre las preparatorias y el Zócalo.

Un gran bullicio reinaba en el interior del antiguo Colegio de San Ildefonso. En sus patios y arcadas resonaban muchas miles de juveniles y excitadas voces. Alegando su condición de dirigente de un comité de vigilancia, Germán logró abrirse paso hasta las proximidades de "El Generalito", salón de actos poseedor de un mobiliario de finas maderas artísticamente talladas en el cual se estaba realizando una asamblea. El local estaba atiborrado y a Germán le resultó imposible traspasar su puerta; alcanzó sin embargo a enterarse de que, en cuanto concluyese la reunión, los dirigentes de los comités de huelga de las tres preparatorias saldrían a proponer en pública asamblea la adopción de ciertas medidas.

Distribuidos en patios y corredores y rodeados de verdaderos remolinos humanos, los dirigentes de los comités de huelga externaron a grandes voces dos ideas fundamentales. La primera consistía en tratar de evitar cualquier acto de provocación en contra de las fuerzas policiacas: mientras los policías no atacasen a los estudiantes, éstos debían de abstenerse no sólo de aventarles cosas sino incluso de insultarles. La segunda proposición planteaba los lineamientos del plan defensivo que podría adoptarse en el supuesto de que la policía intentase de nueva cuenta apoderarse de las escuelas. Era conveniente —explicaron los dirigentes— que un buen número de preparatorianos saliese de los edificios y se mantuviese a la expectativa en las calles cercanas; en esta forma, si los policías llevaban a cabo un asalto a los planteles, podrían atacarlos por la retaguardia y obligarlos a dividir sus fuerzas.

En medio de un gran desorden las proposiciones fueron ampliamente debatidas, especialmente la relativa a evitar ataques e insultos a la policía fue motivo de encendidas polémicas. Finalmente fue aprobada, pero con la salvedad de que los chiflidos no debían considerarse estrictamente como insultos, y por tanto, podrían continuarse lanzando sonoras rechiflas a las fuerzas policiacas emboscadas en las cercanías.

El comité de vigilancia que Germán encabezaba fue enviado a la azotea del edificio, desde ahí debía atisbar lo que ocurría en la calle y dar cuenta de cualquier movimiento sospechoso que tuviese lugar en las proximidades de la escuela. Se trataba de una tarea que pronto se tornó

divertida. Varios estudiantes llegaron con guitarras y se improvisó una competencia entre un grupo que entonaba composiciones rancheras y otro que cantaba románticos boleros. Germán no tenía mala voz y con entusiasmo se desgañitó intentando alcanzar los altos tonos de algunas campiranas tonadas. Tras de casi tres horas de incesante cantar, la competencia fue declarada empatada por el jurado, constituido por media docena de agraciadas jovencitas. Cerrada ovación de la numerosa concurrencia premió los esfuerzos de ambos grupos.

Las fuerzas policiacas no daban muestra alguna de estarse aprestando para entrar en acción. Numerosos vecinos y padres de familia llegaban a las preparatorias portando toda clase de víveres. Pasado el mediodía, los dirigentes de los comités de huelga acordaron dirigirse a Ciudad Universitaria, donde tendría lugar una reunión de todos los comités de las escuelas en huelga. Ya cerca de las seis de la tarde Germán oyó decir que una enfermera, contando con la ayuda de algunas madres y hermanas de los estudiantes, había organizado en la escuela un centro de servicio de primeros auxilios. El joven preguntó si la enfermera era bonita, y al recibir una respuesta afirmativa, decidió que sus contusiones ameritaban una urgente atención.

La enfermera no era tanto bonita como atractiva. Profundos ojos negros que denotaban una serena fortaleza. Sonrisa alegre y contagiosa. Ademanes suaves y delicados. Se llamaba Leticia y se había ganado la inmediata simpatía de todos los estudiantes. Con sumo cuidado aplicó un poco de árnica en el rostro de Germán y le dio unas pastillas que, según dijo, acelerarían el proceso desinflamatorio.

Germán deambuló un rato por los corredores platicando con algunos compañeros y luego retornó a la azotea del edificio. Era ya de noche y continuaba imperando la más completa calma. En el ánimo del joven Reyes hizo su aparición el aburrimiento, lo que le llevó a preguntarse si no sería conveniente irse a dormir a su casa y regresar al otro día. De repente observó que, de la larga hilera de camiones estacionados a cuadra y media de la escuela, empezaba a descender un creciente número de granaderos, los cuales se iban agrupando rápidamente en compactas filas; sin aguardar más dio la voz de alerta:

—¡Aguas, pasen la voz, creo que ya está despertando “la chota”!

La preparatoria reaccionó al instante con la rapidez de reflejos característica de un vigoroso organismo. En todo el edificio resonaban gritos de alerta y atropelladas pisadas. Los múltiples semblantes de los estudiantes conformaban ahora un solo rostro y éste era la imagen misma de la firmeza y la determinación. Quienes vigilaban desde la calle estaban ya junto a las barricadas, listos para proceder a incendiarlas en cuanto se aproximasen los granaderos. En las azoteas incontables manos apretaban con fuerza toda clase de arrojadizos proyectiles.

En cuanto terminaron de agruparse y sin efectuar una previa saturación de gases lacrimógenos, las fuerzas policiacas se lanzaron al ataque. Al verlas llegar los estudiantes que custodiaban las barricadas les prendieron fuego. Enormes llamaradas se alzaron envolviendo los vehículos con que se había integrado el singular muro defensivo. El avance policiaco se detuvo, pero no por mucho tiempo; en esta ocasión los seres de azul venían evidentemente preparados para esta contingencia. Un centenar de granaderos se enfrentaron al fuego armados con extinguidores de mano. Las sustancias químicas que arrojaban producían densas nubes de espuma que sofocaban las llamas. Vencido el fuego hicieron su aparición seis grúas que retiraron algunos de los

calcinados camiones. Una vez abierto el paso los atacantes reanudaron su avance y se aproximaron a las puertas de San Ildefonso. Varias docenas de ellos portaban unas enormes hachas que ponían de manifiesto el medio de que pensaban valerse para entrar al edificio.

La reacción estudiantil no se hizo esperar. Un verdadero diluvio de proyectiles cayó sobre los policías ocasionándoles numerosas bajas. Azoteas y ventanas eran una especie de inagotables manantiales de los que brotaban cascadas de objetos. Intentando protegerse lo mejor posible con sus enormes escudos y sin importarles al parecer las bajas que sufrían, los granaderos proseguían su avance en forma lenta pero incontenible, sus filosas hachas estaban ya tan sólo a unos cuantos metros de su objetivo. De improviso, todo el viejo barrio universitario comenzó a estremecerse a resultas de un estruendo comparable al de un ciclón en movimiento. Una variada colección de sonidos conformaban el fragoroso estrépito: veloces pisadas, exaltados gritos y ensordecedoras "Goyas". Confluyendo desde diferentes calles, varios miles de preparatorianos atacaban simultáneamente a las fuerzas que asediaban sus escuelas.

La avalancha estudiantil rebasó muy pronto sus iniciales propósitos. Antes de lanzarse al ataque los jóvenes habían convenido en que éste se limitaría a frustrar el asalto a las escuelas, esto es, en cuanto los policías se diesen vuelta para hacer frente a la amenaza surgida a sus espaldas, los estudiantes se replegarían para retornar únicamente en el caso de que se produjese un nuevo intento de apoderarse de los edificios. No ocurrió así, los acontecimientos se desarrollaron en forma diferente a lo planeado.

Impulsados por un desbordante entusiasmo, los preparatorianos no se concretaron a llegar frente a los policías, arrojarles una lluvia de proyectiles y retirarse cuando éstos contraatacasen. Antes de que los granaderos intentasen llevar a cabo una contraofensiva, los estudiantes arremetieron con inusitada furia. Se generalizó de inmediato un implacable enfrentamiento. Armamento y organización estaban de una parte, superioridad en número y determinación de la otra. El encuentro se prolongó durante un largo rato sin manifestar ventaja para ninguno de los contendientes. Las macanas de los granaderos causaban estragos en las filas universitarias, pero éstas se veían siempre reforzadas con nuevos elementos. Ya casi no había preparatorianos dentro de sus escuelas, prácticamente todos habían salido de ésta para incorporarse a la lucha. No existía un frente definido de combate. Los diversos grupos en pugna se incrementaban, disminuían o disgregaban, atendiendo a las cambiantes circunstancias. El tiempo transcurría y la lucha continuaba con sostenida intensidad.

Finalmente el juvenil furor comenzó a imponerse. Acosados sin cuartel por un enemigo al parecer inacabable, los policías empezaron a dar muestras de un creciente desfallecimiento. Grupos cada vez más numerosos de uniformados emprendían la huida. Iniciada ésta se transformó muy pronto en general desbandada. Quienes aún podían correr así lo hicieron. Un alto número de azules se encontraban lesionados y les resultó imposible alejarse. Según sus propias declaraciones —que formularon horas más tarde ante la prensa, pero que ésta no publicó— los heridos recibieron de los estudiantes un trato ejemplarmente generoso. Sin pensar en algún momento en tratar de utilizarlos como posibles rehenes, los universitarios llevaron a todos los policías lesionados a las ambulancias de la Cruz Roja y Verde que permanecían apostadas en las proximidades. Uno de los heridos era nada menos que el propio subjefe de la Policía Capitalina,

Raúl Mendiolea Cerecero.

No corrieron con la misma suerte que los heridos los medios de transporte que los uniformados dejaron abandonados en su precipitada fuga. Con la excepción de algunos camiones de los granaderos que fueron utilizados para tapar los huecos hechos en las barricadas, los demás vehículos fueron prontamente convertidos en enormes hogueras cuyas llamaradas se alzaban a la altura de un edificio de tres pisos. Los resplandores de las llamas iluminaban a una juvenil multitud poseída de indescriptible euforia. La rotunda victoria alcanzada sobre las fuerzas atacantes era celebrada de las más diversas formas. Retornando a su cercana época infantil, muchos estudiantes bailaban y cantaban tomados de las manos, formando enormes ruedas humanas en torno a los incendiados transportes de la policía.

La triunfal celebración estaba aún en su apogeo, cuando los teléfonos de las escuelas empezaron a repiquetear con insistencia. Vecinos de las colonias cercanas al Campo Militar Número Uno llamaban con alarmadas voces. Los informes eran coincidentes: un fuerte convoy militar que incluía tanques y cañones estaba atravesando la ciudad, todo parecía indicar que se encaminaba directo hacia las preparatorias.

Los estudiantes suspendieron la fiesta. Un sentimiento de incertidumbre respecto a la conducta a seguir se reflejaba en incontables miradas. La imposibilidad de hacer frente con puños y piedras a tanques y ametralladoras estaba presente en el ánimo de todos. Las calles fueron quedando desiertas, al igual que el edificio de la Preparatoria Dos y el que albergara antaño a la Escuela de Jurisprudencia. Tal parecía que sólo el antiguo Colegio de San Ildefonso —asiento de la Escuela Nacional Preparatoria— inspiraba a los estudiantes la suficiente confianza como para guarecerse tras sus altos muros.

Germán Reyes fue uno de los últimos en abandonar la calle y entrar de regreso a su escuela. Junto con otros compañeros empujó las pesadas hojas de la centenaria puerta y comprobó que quedase herméticamente cerrada. Mientras llevaba a cabo esta tarea, alcanzó a escuchar que una muchacha que tal vez tuviese dieciséis años pero que parecía de trece, afirmaba convencida:

—La autonomía de la Universidad nos protege.

Una incesante algarabía resonaba en patios y arcadas de la histórica construcción. Oleadas de angustia y confusión agitaban a la juvenil multitud, sin que ésta encontrase alguna forma de acción que le permitiese superarlas. Las consignas transmitidas telefónicamente desde Ciudad Universitaria por los comités de huelga proporcionaron, finalmente, una opción a realizar. Agitadas voces informaron a gritos el mensaje:

—¡Los de los comités de huelga dicen que hay que desalojar de inmediato el edificio!

Primero muy lentamente pero luego con gran premura, la consigna fue siendo acatada. Cual pequeños afluentes que al unirse van formando un caudaloso río, los preparatorianos dispersos en los vastos espacios de su escuela fueron confluyendo a través de escaleras y corredores. Sabedores de que el ejército estaba por llegar ante las puertas de San Ildefonso, los estudiantes no abrieron éstas, sino que optaron por utilizar como salida el vecino edificio de las calles de Justo Sierra.

Germán Reyes había vuelto a su puesto de vigía en la azotea cuando fue informado del acuerdo de abandonar la preparatoria. La muchacha que tenía dieciséis años y parecía de trece subió

jadeante al último tramo de la escalera y exclamó:

—¿Qué hacen aquí? Los del comité de huelga ya dijeron que debemos salir antes de que entren los soldados. Vámonos rápido.

En unión de los demás integrantes del comité de vigilancia, Germán inició el descenso. El recorrido de la azotea a la planta baja iba a producir en el joven una inusitada transformación. Repentinamente se percató de que no conocía su escuela, de que siempre había mirado pero nunca observado lo que en ella existía.

"Qué grande y qué bonita es", pensó orgullosamente mientras bajaba por una escalinata cuyas paredes estaban adornadas con murales. En un cuadro aparecía claramente representado el escudo de la UNAM. Un águila y un cóndor abrazaban con sus alas a toda la América Latina. En el interior del escudo podía leerse el profético lema de la Universidad: "Por mi raza hablará el espíritu". Los restantes murales que decoraban la escalera aludían a lo que constituye la raigambre misma de la nación: su herencia indígena.

Llegado al final de la escalinata, Germán y sus acompañantes atravesaron un amplio patio interior y se encaminaron al pasaje que comunicaba con el edificio contiguo. A cada paso que daba el joven sentía que le costaba mayor trabajo mover sus piernas, como si éstas se negasen a dejar abandonada la preparatoria. Cuando se encontró frente a la abierta puerta que conducía a la calle sabía ya que jamás cruzaría por ella. Sus compañeros del comité de vigilancia le rebasaron y con rápidas zancadas atravesaron la puerta y llegaron a la calle. De repente se dio cuenta de que junto a él se encontraba la muchacha de infantil figura.

—¿Por qué no te sales? —inquirió Germán con acento de reproche.

—¿Y por qué no te sales tú? —replicó la jovencita al tiempo que un misterioso fulgor brillaba en sus ojos.

Junto a la puerta permanecían inmóviles una treintena de preparatorianos; Germán observó que en la mirada de todos resplandecía el mismo extraño fulgor que brillaba en los ojos de la muchacha.

—¿Ya no va a salir ninguno? —interrogó a gritos.

Nadie le contestó, pero la pétrea inmovilidad de las figuras era en sí una obvia respuesta.

—Hay que cerrar esta puerta, no vaya a ser que quieran entrar por aquí.

Uniendo la acción a la palabra Germán se dio a la tarea de clausurar la última vía de escape; recuperando prontamente la movilidad varios de sus compañeros le ayudaron a cumplir su empeño. Hecho esto los jóvenes retornaron a su escuela. Muy pronto pudieron comprobar que no eran los únicos que habían optado por quedarse. Provenientes de los más apartados rincones del edificio iban surgiendo adolescentes de tensos rostros y flamígeras miradas. Había por lo menos un centenar de ellos. Una docena eran mujeres.

Movidos por la curiosidad de observar lo que ocurría en la calle, Germán decidió subir de nuevo hasta la azotea. La preparatoriana de aniñado aspecto no se separaba de él. Mientras realizaba el ascenso, el joven tuvo la extraña sensación de que el edificio se había percatado ya de la amenaza que se cernía en su contra y que a resultas de ello un sentimiento de profunda angustia estaba haciendo presa en la centenaria construcción. Sin poderse contener exclamó en voz alta dirigiéndose a su escuela:

—No temas, no vamos a dejarte sola.

La acompañante de Germán no mostró extrañeza alguna al escucharle, como si ella también percibiera con toda claridad cuáles eran los sentimientos que predominaban en esos momentos en su escuela. Cuando llegaron a la azotea y se asomaron a la calle un impresionante espectáculo se desplegó ante sus ojos. El ejército estaba tomando posiciones. Los tanques avanzaban con estrepitoso andar sobre las baldosas del pavimento y numerosos cañones apuntaban con sus negras bocas a los muros, puertas y ventanas de San Ildefonso. Curiosamente, no fue la contemplación de los bélicos artefactos lo que causó mayor impacto en el ánimo de los adolescentes, sino el rítmico golpetear en el piso de los estoperoles de las botas de los soldados.

—Los hombres son siempre mucho más peligrosos que las máquinas —afirmó la muchacha condensando en una frase el pensamiento de ambos.

Terminado el despliegue de armas y tropas, un militar habló por el megáfono: los estudiantes que se hallaban dentro de la preparatoria tenían diez minutos para abrir las puertas y salir con las manos en alto.

—Vamos —exclamó Germán con decidido acento—. Tenemos que bajar y tratar de impedir que entren.

Rápidamente iniciaron el descenso, al llegar al primer piso la muchacha se detuvo y señalando la entrada de una oficina afirmó:

—Debíamos avisarles a los del comité de huelga lo que está pasando, ahí hay un teléfono.

La jovencita había estado en esa oficina momentos antes, cuando algunos preparatorianos se comunicaban telefónicamente con los dirigentes estudiantiles reunidos en Ciudad Universitaria. Sin vacilación alguna se encaminó hasta un viejo escritorio sobre el cual se encontraba un teléfono, junto a éste había una hoja de papel en la que aparecían anotados varios números, dándosela a Germán le indicó:

—Era a estos números a los que hablaban, deben ser de la Facultad de Filosofía.

El joven marcó el primer número que aparecía en la lista, le contestaron de inmediato. Escuetamente informó lo que estaba aconteciendo; concluyó proporcionando su nombre y luego colgó.

Sintiendo que el plazo otorgado por el ejército estaba por llegar a su término, los dos adolescentes salieron presurosos de la oficina. La posibilidad de no sólo ver sino observar cuanto existía en su escuela seguía dándosele a Germán. El largo corredor en donde se encontraban se hallaba decorado con murales en los que se satirizaba a las castas privilegiadas que, desde largo tiempo atrás, han usufructuado las riquezas del país. En sólo unos segundos llegaron a la planta baja. Un recio, excepcional mural representaba el desesperado combate de unos campesinos defendiendo una trinchera:

—Nosotros también estamos defendiendo una trinchera —dijo Germán.

En la habitación donde se había instalado el centro de primeros auxilios se encontraba aún la enfermera de amables modales. Su blanco uniforme y su delicada y solitaria silueta daban al ambiente una nota de fantástica irrealidad.

—Vaya —comentó Germán—, al menos tendremos quién nos ponga un poco de árnica si los soldados nos dan de balazos.

El centenar de estudiantes que permanecían en San Ildefonso se habían concentrado tras una de las dos altas puertas que conducen a la calle desde el interior del edificio. ¿Por qué sólo en una? No existe respuesta para esa pregunta. Quizás una inexplicable pero certera intuición les había hecho presentir que sería por esa puerta y no por la otra por donde se produciría el ataque de las tropas.

Germán y su acompañante se integraron al grupo. No contentos con quedar colocados atrás, procuraron irse introduciendo hasta ser de los primeros. La pequeña figura de la jovencita lucía más infantil que nunca. Germán alzó la mirada y contempló un mural en el que aparecía la imagen de la Virgen de Guadalupe. Recordó la enorme importancia que su madre daba a la circunstancia de que él hubiese nacido un doce de diciembre. El hecho de que su hijo naciera el día consagrado a la Patrona de México —tras el pronóstico de varios médicos en el sentido de que la maternidad sería para ella imposible— había sido considerado siempre por la madre de Germán como un indudable milagro. Aun cuando hacía ya varios meses que el joven Reyes se hallaba alejado de toda práctica religiosa, sintió una serena fortaleza al oprimir levemente la medalla que llevaba al cuello.

La preparatoriana de cuerpo y facciones de niña empezó a entonar con voz muy queda el Himno Nacional, en sus pupilas resplandecía de nuevo un misterioso fuego. Germán unió su entonada voz a la de su desconocida amiga y el centenar de adolescentes que custodiaba San Ildefonso hizo otro tanto. Apenas había concluido la primera estrofa cuando un horrísono estruendo cimbró al venerable edificio. Ensangrentados y deshechos los cuerpos de los estudiantes salieron volando en todas direcciones. Un alud de soldados portando metralletas y fusiles con bayoneta calada se precipitó a través de la destrozada puerta. No tuvieron con quién usar sus armas, frente a ellos sólo había desmembrados cadáveres y graves heridos que se desangraban en el piso.

Los generales ordenaron que se procediera a la separación de muertos y heridos. Los primeros fueron hacinados en confuso montón y los segundos empezaron a ser atendidos por los ambulantes de la Cruz Verde, únicos que habían recibido autorización de los militares para entrar en la preparatoria. Entre ambulantes y camilleros se movía con presteza una enfermera que parecía multiplicarse en su afán por prestar atención a los heridos. La enfermera se inclinó sobre el cuerpo de un muchacho que había perdido ambos brazos y de cuyos ojos, oídos y boca, manaba sangre en abundancia. Justo en ese instante el adolescente expiró. La enfermera notó que de su cuello colgaba una medalla con la imagen de la Virgen de Guadalupe; dando vuelta a la pequeña pieza de metal, leyó en su reverso un nombre y una fecha: “Germán. 12-XII-51”.

Un oficial se dio cuenta de que el muchacho había muerto y ordenó a los soldados lo arrojasen a la pila de cadáveres. El mutilado cuerpo fue a quedar junto al de una jovencita de infantil apariencia. Casi de inmediato los militares iniciaron el conteo de cadáveres y su traslado a transportes del ejército. Eran treinta y tres destrozados y juveniles cuerpos, veintinueve hombres y cuatro mujeres.

Aún no concluía el desalojo de los muertos cuando se inició el de los heridos. Acomodados en camillas fueron saliendo los jóvenes seriamente lesionados. Junto con ellos abandonó el edificio la eficiente enfermera. Varios militares le habían visto al momento de entrar en la preparatoria y,

por lo tanto, tenían bases para suponer que no pertenecía al personal de la Cruz Verde con el cual se retiraba ahora; sin embargo, ninguno intentó detenerla.

El general José Hernández Toledo dio por radio el parte de la operación al general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa, el cual lo comunicó a su vez al licenciado Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la República.

Los cuatro altos funcionarios reunidos en el privado del jefe del Departamento del D.F. se hallaban silenciosos y adormilados, aguardando noticias e instrucciones del primer mandatario. Cerca de las dos de la mañana llegaron ambas. Con voz que denotaba una evidente satisfacción, el licenciado Díaz Ordaz les informó de lo que acababa de acontecer a escasa distancia de donde ellos se encontraban; el ejército había ocupado San Ildefonso; algunos estudiantes habían resultado heridos y otros muertos; los cadáveres serían incinerados y su existencia rotundamente negada; debían convocar cuanto antes a una conferencia de prensa y televisión, para dar a conocer la versión oficial de los sucesos; el conflicto había terminado.

El señor presidente estaba muy equivocado. El bazucazo no sólo había segado la vida de treinta y tres adolescentes y destruido una antigua puerta, su estallido había cimbrado las más profundas fibras de la conciencia nacional y ésta, finalmente, despertaba. El conflicto que habría de derivarse para las autoridades como resultado de dicho despertar apenas estaba empezando.

7

Un gesto de dignidad

El ingeniero Javier Barros Sierra, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, poseía sin lugar a dudas una de las inteligencias más brillantes del país. No sólo era inteligente; recio carácter y una gran altura de miras, complementaban una personalidad en verdad relevante. Su actuación al frente de la Secretaría de Obras Públicas (1958-1964) se había traducido en un notable incremento de todo aquello que constituye la infraestructura material de una nación. A causa de su exitoso desempeño como secretario de Estado, un elevado porcentaje de la población había cifrado grandes esperanzas de que fuese designado presidente de la República para el sexenio 1964-1970. La posibilidad de que una persona honesta y capaz llegase a la presidencia había generado un auténtico pánico en todo el aparato político. No fue sino hasta que se designó presidente para dicho periodo al licenciado Gustavo Díaz Ordaz, cuando los integrantes del PRI recobraron la calma.

En los dos años que llevaba al frente de la UNAM, el ingeniero Barros Sierra había promovido una importante renovación académica y administrativa. La Universidad se hallaba en paz y laborando incesantemente al suscitarse el sorpresivo ataque de la policía a las preparatorias la noche del viernes 26 de julio. Profundamente disgustado por el suceso, el rector intentó esa misma noche elevar su protesta ante la máxima autoridad del Departamento del D.F. Sus insistentes llamadas no obtuvieron respuesta alguna; era evidente que el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal no estaba interesado en proporcionar explicaciones sobre la conducta de los granaderos.

La noche del lunes 29 de julio, al ser informado de que la policía atacaba de nuevo los planteles universitarios del centro de la ciudad, el ingeniero Barros Sierra llamó varias veces a la ciudad de Guadalajara, intentando comunicarse con el presidente de la República. Inútil empeño. El primer mandatario terminó por mandarle decir a través de un ayudante que estaba muy ocupado y no podía atenderlo.

A las once de la noche del mencionado lunes, un viejo maestro de la preparatoria habló por teléfono desde San Ildefonso a la casa del rector y le narró lo que estaba ocurriendo, o sea la derrota de las fuerzas policiacas a manos de los estudiantes. A juicio del anciano esto garantizaba el retorno a la normalidad en el barrio universitario, razón por la cual —concluyó— optaba por retirarse a descansar a su casa.

El rector supuso que aun cuando hubiesen salido triunfantes en su enfrentamiento con los policías, un alto número de estudiantes debían encontrarse presos o heridos en los hospitales. Así pues, se comunicó con el director de los Servicios Jurídicos de la UNAM, y le indicó que debía intentar localizar al mayor número posible de abogados de dicha dependencia, para el efecto de que éstos proporcionasen cuanta ayuda fuese posible a los preparatorianos en dificultades. Finalmente, le pidió que dijese a todos los abogados que, sin importar la hora, le llamasen a su domicilio en cuanto tuviesen noticias importantes que comunicarle.

Eran ya las dos y cuarto de la mañana, cuando el ingeniero Barros Sierra —quien se mantenía en vela en su biblioteca con el aparato de radio encendido— escuchó que en unos momentos más se transmitiría tanto por radio como por televisión una entrevista de prensa a varios altos funcionarios. De inmediato prendió su televisión, pero transcurrieron cerca de quince interminables minutos antes de que apareciesen en pantalla las figuras del regente de la ciudad, del secretario de Gobernación, el procurador de la Federación y el procurador del D.F.

El primero en hablar fue el general y licenciado Alfonso Corona del Rosal. Desbordando la pantalla con su enorme boca, tan semejante a la del presidente, afirmó categórico que las autoridades acababan de poner término a "una conjura urdida por el Partido Comunista para desestabilizar al país". A continuación el licenciado Echeverría informó de la ocupación de San Ildefonso por el ejército, la cual, según dijo, se había realizado "para preservar la Autonomía Universitaria de los intereses mezquinos e ingenuos, muy ingenuos, que pretenden desviar el camino ascendente de la Revolución Mexicana". En uso de la palabra el licenciado Julio Sánchez Vargas, procurador general de la República, declaró que "dadas las condiciones imperantes en la ciudad, legalmente podía solicitarse la intervención del ejército para restablecer el orden, que debe ser y es esencial para el desarrollo de las instituciones". Por su parte el licenciado Gilberto Suárez Torres, procurador de Justicia del Distrito y Territorios Federales, dijo: "No es deseo del gobierno llenar las cárceles, pero no nos detendremos en obrar con toda energía, aunque siempre dentro de la ley".

Faltaban aún las declaraciones del secretario de la Defensa, general Marcelino García Barragán; reporteros de todos los medios de comunicación se dieron a la tarea de localizarlo, entrevistarlo y transmitir sus opiniones. El militar comenzó afirmando que "los estudiantes se dejaron arrastrar por pasiones personales". Acto seguido negó terminantemente que en la ocupación de la Escuela Nacional Preparatoria se hubiese matado o herido de gravedad a un solo estudiante. Respecto al medio utilizado por las tropas para entrar al edificio, aclaró que ello había sido posible al quedar destruida una de sus puertas "por un conjunto de bombas molotov lanzadas por los propios estudiantes" (*sic*).

Conforme escuchaba las declaraciones de los funcionarios, una creciente inquietud se iba apoderando del rector de la UNAM. La fundada suposición de que estaban tratando de ocultar graves hechos cobraba cada vez más peso en su preocupado ánimo. Cercano ya el amanecer, comenzó a recibir llamadas de los abogados universitarios encargados de interceder ante las autoridades en favor de los estudiantes. No era mucho lo que habían logrado. En el hospital central de la Cruz Verde estaban siendo atendidos numerosos preparatorianos, pero se encontraban incomunicados y en calidad de detenidos. El personal del puesto de socorros tenía prohibido, bajo

pena de cese automático, el proporcionar cualquier informe sobre los heridos, inclusive sus nombres. Igual ocurría en las delegaciones policiacas y en las oficinas de ambas Procuradurías; la prohibición de dar informes sobre estudiantes presos o heridos era absoluta.

A las seis de la mañana el rector recibió una llamada del licenciado Luis Reinoso, joven elemento del Jurídico de la UNAM. El abogado era condiscípulo de primaria de uno de los camilleros de la Cruz Verde que habían entrado a San Ildefonso a sacar a los estudiantes heridos. Aun cuando el temor mantenía sellados los labios de su condiscípulo, éste le había proporcionado indirectamente una valiosa ayuda. Señalando a una enfermera que en esos momentos salía del hospital rumbo a la calle, le sugirió que hablase con ella. Así lo hizo y las revelaciones obtenidas eran de tal importancia que consideraba debían ser conocidas por el propio rector. Sin decir más, colocó a la enfermera en el auricular.

El ingeniero Barros Sierra escuchó una grata voz femenina que reflejaba a la vez una enorme tensión nerviosa y un gran esfuerzo por mantener bajo control sus emociones. La propietaria de la voz dijo llamarse Leticia Rojas Jiménez, ser enfermera del ISSSTE —y no de la Cruz Verde como en un principio supusiera el rector— y haber estado prestando sus servicios como voluntaria en San Ildefonso al momento en que las tropas efectuaran su asalto. La toma de la preparatoria había sido algo espantoso —afirmó con estremecido acento—. Al parecer los soldados habían abierto la puerta de un bombazo. Los estudiantes que custodiaban la escuela se hallaban situados precisamente atrás de la puerta bombardeada, y por ello, habían recibido de lleno el impacto del proyectil. Finalizó afirmando que más de treinta muchachos habían muerto y alrededor de unos setenta resultado heridos.

El rector agradeció sinceramente la información recibida y tras de colgar el teléfono quedó largo rato inmóvil y absorto en toda clase de reflexiones. Recuerdos que creía del todo olvidados acudían a su memoria en incontenible catarata, desde su primer día de clases como estudiante de San Ildefonso, hasta los rostros de sus amigos de entonces. Repentinamente un recuerdo en especial ocupó su mente. Se vio a sí mismo impartiendo una conferencia en "El Generalito". La conferencia formaba parte de un ciclo organizado por la sociedad de alumnos de la preparatoria a cuya mesa directiva pertenecía. El tema de todo el ciclo era "El futuro de México" y a él le había tocado desarrollar lo referente a la posible evolución del sistema político del país. La tesis central de su exposición había sido que al irse "infiltrando" en el gobierno un creciente número de elementos honrados y capaces, llegaría el momento en que éstos lograrían transformar "desde adentro" al aparato político.

El ingeniero Barros Sierra se percataba ahora de que todo el derrotero que diera a su vida se había basado en estimar como valedera la tesis que desarrollara en aquella conferencia. Treinta y cinco años después comprendía que su juvenil planteamiento había resultado erróneo. El ingreso al gobierno de personas aptas y honestas había reforzado al corrupto sistema político en lugar de transformarlo. Al igual que un barco pirata eleva su eficiencia al incorporar a su tripulación unos cuantos marineros capaces y honorables, los gobiernos provenientes del PRI habían mejorado su imagen, sin cambiar un ápice sus objetivos, por el hecho de contar entre sus filas con algunos funcionarios competentes y probos. La ágil inteligencia del rector buscó afanosa replantearse el problema y analizarlo con un nuevo enfoque. ¿Cuál era —se preguntó mentalmente— el secreto

que permitía la subsistencia del venal sistema político de su país? ¿Por qué resultaban siempre inútiles los esfuerzos que para renovarlo llevaban a cabo los funcionarios de buena fe?

Acicateado por la preocupación que le dominaba, la mente del rector alcanzó un instante de superior lucidez. Y entonces, con clara precisión, encontró la respuesta a las preguntas que se formulaba. Dicha respuesta podía sintetizarse en una sola palabra: abyección.

El secreto que explicaba tanto la permanencia de la corrupción oficial, como la frustración de los intentos de regeneración, derivaba de un hecho muy simple: el aparato gubernamental operaba como un inexorable mecanismo, el cual iba desposeyendo hasta del menor asomo la dignidad a todas las personas que en él colaboraban. La organización política del país semejaba una especie de enorme pirámide, cuyo ascenso implicaba siempre una pérdida de integridad directamente proporcional a la altura alcanzada. El sistema podía darse el lujo de permitir, hasta un cierto límite, el ascenso de personas honestas y capaces, pero nunca dignas. A mayor jerarquía mayor grado de abyección, ésa era la regla fundamental y secreta que sustentaba el funcionamiento de toda la estructura política emanada del PRI.

Una vez comprendido el verdadero origen de la inalterable corrupción que caracterizaba al gobierno, el ingeniero Barros Sierra se dio a la tarea de imaginar la realización de un gesto que entrañase exactamente lo contrario de lo que el sistema político representaba. Un gesto así, concluyó para sus adentros, pondría de manifiesto que siempre existía la posibilidad de lograr que en lo futuro llegase a ser la dignidad y no la abyección la fuerza que sustentase la acción de las autoridades.

Tras de meditar detenidamente la forma como podría realizar un gesto de esta naturaleza, el rector se recostó en un sofá y durmió menos de una hora, luego se aseó y se dirigió a sus oficinas, ubicadas en el sexto piso de la torre de Rectoría de la Ciudad Universitaria. Al pie del edificio, un mural elaborado por el pintor Alfaro Siqueiros señalaba los años clave de la historia de México en los últimos cinco siglos: 1520, 1810, 1857 y 1910. El autor del mural había dejado un espacio en blanco con una interrogación, indicando así que ese espacio estaba destinado para anotar el año en que nuevamente ocurriesen en México históricos acontecimientos. Al contemplar el mural, el ingeniero Barros Sierra tuvo la certeza de que 1968 iba a ser el año destinado a ocupar el espacio vacío.

La Ciudad Universitaria semejaba una especie de convulsionado hormiguero. El asalto por el ejército a San Ildefonso había generado una profunda conmoción en el ánimo de los estudiantes. La insistente negación del gobierno en el sentido de que dicho asalto hubiese ocasionado muertos, constituía, a juicio de todos los universitarios, un tácito reconocimiento de que en la operación habían perecido numerosos preparatorianos. La indignación no era ya una simple palabra en escuelas y facultades, sino un sentimiento que se percibía en forma tangible hasta en el último rincón de Ciudad Universitaria.

En medio de tan agitado ambiente, el anuncio de que el rector llevaría a cabo un acto —que nadie sabía en qué consistiría— a las doce horas en la explanada de la Rectoría, originó de inmediato una profunda expectación entre maestros y estudiantes. Hora y media antes de que dieran las doce, ya la explanada estaba pletórica de una exaltada concurrencia. Numerosos periodistas aguardaban curiosos, preguntándose entre sí cuál sería la actitud que asumiría el rector

ante los graves sucesos que le habían tocado en suerte afrontar.

Justo a la hora señalada, el ingeniero Barros Sierra descendió de la torre y se encaminó hasta el centro de la explanada. Sus pasos eran firmes y su rostro adusto. Llegando junto al asta bandera comenzó a izar la enseña nacional, pero no lo hizo hasta la cúspide, sino que la dejó exactamente a la mitad, tal y como la tradición señala que debe hacerse en ocasiones luctuosas. A continuación, por si quedase duda sobre el simbolismo que deseaba dar al acto, afirmó con recio acento:

> Hoy es un día de luto para la Universidad: la autonomía está amenazada gravemente. Quiero expresar que la institución, a través de sus autoridades, maestros y estudiantes, manifiesta profunda pena por lo acontecido. La autonomía no es una idea abstracta, es un ejercicio responsable que debe ser respetable y respetado por todos. ¡Viva la UNAM! ¡Viva la Autonomía Universitaria!

Para finalizar el acto todos los presentes entonaron el Himno Nacional. Había profunda emoción en voces y rostros. La sensación de estar participando en un hecho de trascendental importancia prevalecía en la conciencia de los estudiantes y maestros. Los periodistas de los distintos medios de comunicación no veían la hora de salir corriendo a sus respectivos centros de labores, a difundir la noticia de que el rector de la UNAM adoptaba una posición evidentemente contraria a la oficial. Sufrirían muy pronto una gran decepción. La noticia que ellos esperaban sería dada a conocer con amplia cobertura y grandes titulares, alcanzó muy escasa difusión a través de los medios noticiosos convencionales. Los altos directivos de la televisión y de la radio optaron por no divulgarla, temerosos de que el hacerlo pudiese acarrearles serias represalias de las autoridades. Algunos periódicos la publicaron pero procurando minimizarla, e incluso deformarla, afirmando que el rector había izado la bandera a media asta por ser el aniversario de la muerte de don Miguel Hidalgo. No obstante, el digno gesto del ingeniero Barros Sierra llegó al conocimiento de un numeroso sector de la población. El que esto se lograra se debió principalmente a la labor realizada por Radio Universidad.

La radiodifusora de la UNAM nunca había contado con un auditorio numeroso. El carácter eminentemente cultural de su programación la convertía, por razón natural, en la estación preferida de un grupo minoritario y elitista. Sin embargo, en esta ocasión la opinión pública —vivamente interesada en saber la verdad de lo que estaba aconteciendo— pareció adivinar que tan sólo dicha radiodifusora actuaba sin mordaza. Y por ende, el auditorio de Radio Universidad empezó a incrementarse hora tras hora. La grabación del acto en que el rector izara la bandera a media asta era retransmitida una y otra vez, difundiéndose así a los cuatro vientos la inusitada noticia de que un conocido personaje de los medios políticos había osado actuar con dignidad.

En igual forma, Radio Universidad comenzó a dedicar buena parte de sus programas al análisis del conflicto estudiantil. Dirigentes de los comités de huelga, así como maestros de reconocido prestigio académico, expresaban abiertamente sus opiniones, todas ellas contrarias a la brutal represión ejercida por el gobierno. Carlos Monsiváis, inteligente escritor y director de varios de los programas de la radiodifusora universitaria, dedicaba éstos a satirizar las declaraciones vertidas por los funcionarios públicos en torno a la toma de San Ildefonso.

Por si todo esto fuese poco, el miércoles 31 de julio, o sea un día después del izamiento de la bandera a media asta, Radio Universidad dio a conocer una noticia aún más sorprendente: al día

siguiente, a las cuatro y media de la tarde, el rector encabezaría una manifestación de protesta que partiendo de Ciudad Universitaria llegaría hasta el Zócalo.

La noticia rebasó con mucho la tolerancia gubernamental. Utilizando algún truco técnico —efectuado a través de los poderosos instrumentos instalados en la Secretaría de Comunicaciones— las ondas de Radio Universidad fueron bloqueadas y sus emisiones dejaron de escucharse. La dictatorial medida llegaba demasiado tarde. El anuncio de la proyectada manifestación era comentado de un extremo al otro del país. La gallarda actitud del ingeniero Barros Sierra hizo las veces de un detonador que al accionarse pone en movimiento ignoradas fuerzas de incalculables proporciones. Estas fuerzas no sólo eran importantes por su cuantía sino por su evidente calidad, ya que incluía a la mayor parte de los intelectuales, artistas y profesionales del país, los cuales se movilizaron de inmediato para manifestar su posición ante el conflicto.

Desplegados conteniendo los nombres de conocidas personalidades en los más variados campos de la ciencia y el arte aparecieron en los principales diarios, manifestando su repulsa a la represión y convocando a la marcha de protesta que encabezaría el rector. Las compañías aéreas vieron saturados sus vuelos que convergían en la capital de la República. Las carreteras se congestionaron muy pronto con largas caravanas de autobuses, secuestrados por grupos estudiantiles deseosos de participar en la manifestación y pertenecientes a las instituciones educativas de los estados vecinos al Distrito Federal. Hasta el propio ingeniero Barros Sierra se encontraba asombrado ante la inusitada reacción que su gesto de dignidad había generado.

•

Si el rector de la UNAM estaba sorprendido, el presidente de la República lo estaba mucho más. En un primer momento decidió retornar de inmediato a la capital, encarcelar al ingeniero Barros Sierra y disponer la ocupación militar de cuanto plantel educativo se encontrase en huelga. Tras pensarlo detenidamente cambió de opinión. Empezaba a percatarse de que el estar momentáneamente alejado del lugar donde ocurrían los acontecimientos le otorgaba grandes ventajas. Cuanta orden estimase pertinente podía impartirla por la radio a sus funcionarios en la capital, y el hecho de no encontrarse presente en ésta, le permitiría hacer recaer la culpa sobre dichos funcionarios si las medidas adoptadas no daban el resultado esperado.

Lo que más molestaba al licenciado Díaz Ordaz, era la demostración de que el sistema político no constituía un mecanismo infalible para destruir la integridad de las personas que lo constituían. El gesto de dignidad del rector representaba una auténtica amenaza a la mitológica invencibilidad del PRI. Era necesario, por tanto, obtener una pública retractación del autor del sacrilegio o de lo contrario infligirle un ejemplar castigo.

Actuando por indicaciones precisas del licenciado Díaz Ordaz, el secretario de Gobernación llamó por teléfono al ingeniero Barros Sierra la noche del miércoles 31 de julio. El señor presidente —afirmó el licenciado Echeverría con engolado acento— exigía al rector una declaración ante los medios de información en la cual dijese que el asalto de las tropas a San Ildefonso de ninguna manera implicaba una violación a la Autonomía Universitaria y que jamás

había pensado en participar en una manifestación de protesta por ese hecho. Debía también —concluyó— patentizar su absoluta confianza en que el primer mandatario sabría encontrar, con la sabiduría y prudencia que le eran características, la adecuada solución al problema estudiantil.

El rector escuchó pacientemente la larga perorata del secretario de Gobernación, al concluir ésta se limitó a decirle que la Constitución de la República otorgaba a todos los ciudadanos el derecho de participar en manifestaciones, razón por la cual ninguna autoridad —incluido el presidente— estaba facultado para decidir respecto a quiénes podían concurrir a un acto de esta naturaleza y quiénes no podían hacerlo.

La respuesta del ingeniero Barros Sierra provocó la indignación del licenciado Echeverría. "Está muy bien —replicó—, entonces haga lo que quiera y aténgase a las consecuencias". Dicho esto colgó de un golpe.

En cuanto el primer mandatario fue informado por el secretario de Gobernación de la negativa del rector a rectificar su actitud, decidió actuar con la máxima energía y resolver de una vez por todas el molesto conflicto. A través de la radio impartió instrucciones al secretario de Defensa, ordenándole que procediese a implementar una trampa mortal que aniquilase al mayor número posible de los asistentes a la manifestación que habría de efectuarse al día siguiente. Para lograr este fin, autorizaba el empleo de cuanto armamento y elementos de tropa fuesen necesarios. Finalmente, mencionó la conveniencia de que interviniese en la operación el grupo paramilitar de los Halcones, los cuales —afirmó con burlón acento— podrían utilizarse para "conducir las ovejas al matadero". El secretario de la Defensa prometió cumplir al pie de la letra los deseos presidenciales.

Una vez impartidas sus instrucciones, el licenciado Díaz Ordaz se dio a la tarea de planear las acciones políticas que convendría llevar a cabo una vez efectuada la matanza. Estimó que lo más adecuado sería volar a la capital al día siguiente de que ésta ocurriese y cesar a todos los altos funcionarios que habían figurado en el conflicto, incluyendo al secretario de la Defensa. En esa forma, la opinión pública juzgaría que éstos habían sido los culpables de la represión, la figura presidencial se fortalecería y estaría en posibilidad de otorgar un magnánimo perdón a cuantos estudiantes aceptasen retornar pacíficamente a clases.

Comerciantes, industriales y en general todas las personas adineradas de los estados del occidente de la República, brindaron en la ciudad de Guadalajara un banquete de homenaje al presidente el jueves 10 de agosto. Al concluir el banquete —mientras mentalmente calculaba que en la ciudad de México las tropas debían estar iniciando el ametrallamiento de los manifestantes —, el licenciado Díaz Ordaz pronunció un discurso en el cual iniciaba ya la política conciliadora que pensaba instrumentar después de la masacre. Si existiese un Premio Nobel a la falsedad y la hipocresía, este discurso habría merecido de seguro para su autor dicha distinción:

> Una mano está tendida, la de un hombre que a través de la pequeña historia de su vida ha demostrado que sabe ser leal. Los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire, o bien si esa mano, de acuerdo con la tradición del mexicano, con la verdadera tradición del genuino, del auténtico mexicano, se ve acompañada por millones de manos que, entre todas, quieren restablecer la paz y la tranquilidad de las conciencias. Estoy entre los mexicanos a quienes más le haya herido y lacerado la pérdida transitoria de la tranquilidad en la capital de nuestro país, por algaradas en el fondo sin importancia. A mí me ha dolido en lo más intenso del alma que se

hayan suscitado esos deplorables y bochornosos acontecimientos.

•

En la ciudad de México la mañana del jueves 10 de agosto amaneció particularmente luminosa y despejada. Apenas se iniciaba el nuevo día cuando empezó a generarse una incesante afluencia de verdaderos ríos humanos, los cuales, provenientes de todas direcciones, convergían en Ciudad Universitaria. Juveniles grupos arribaban a ésta poseídos de un febril entusiasmo, entonando canciones y profiriendo estruendosas porras. Muchos llegaban a pie, otros en automóvil y un gran número en secuestrados autobuses de transporte urbano y foráneo. En su gran mayoría eran estudiantes de la UNAM y del Politécnico, pero había también nutridos contingentes de la Normal, de Chapingo y de las Universidades e instituciones educativas existentes en ciudades cercanas a la capital.

No sólo eran estudiantes quienes se iban concentrando en Ciudad Universitaria, junto con ellos se encontraban sus directores y maestros, así como el personal que laboraba en funciones administrativas y de intendencia. Al ir avanzando el día comenzó a resultar notoria la presencia de un elevado número de profesionistas. Se trataba de antiguos egresados de la Universidad, poseedores de muy diversos grados de prestigio en sus respectivas especialidades, desde modestos médicos de pueblo hasta científicos de renombre internacional. En vista de que la mayor parte de estos profesionistas no habían realizado sus estudios en los modernos planteles de la Ciudad Universitaria —sino en los antiguos edificios universitarios del centro de la ciudad— se organizaron para ellos comités de recepción, encargados de mostrarles las instalaciones de sus respectivas escuelas y facultades. Después del recorrido se les llevaba a los auditorios donde se estaban realizando las asambleas y ahí se les tributaba un caluroso aplauso. Se producían inesperadas y emotivas reacciones. Profesionistas poseedores de gran fama y considerable fortuna —muchos de ellos ex funcionarios públicos de avanzada edad— prorrumpían en llanto y exhortaban a los jóvenes a no imitar el ejemplo de sus vidas —dedicadas exclusivamente a la obtención de celebridad, poder y dinero— sino a la búsqueda de auténticos valores.

La presencia de intelectuales y artistas de toda índole en el campus universitario resultaba igualmente destacada. En forma espontánea se fueron organizando a lo largo de la mañana conferencias y mesas redondas sobre los más variados temas. Filósofos y escultores, escritores y pintores, disertaban ante numerosos y absortos grupos de interesados oyentes. En las explanadas conocidos cantantes y actores entonaban populares canciones o interpretaban improvisadas representaciones teatrales. Un insólito, mágico ambiente prevalecía por doquier. Ciudad Universitaria parecía haberse transformado en un singular espacio en donde era posible la realización de cualquier prodigio. Así lo sentían y vivían quienes en creciente número continuaban llegando a ella provenientes de todos los rumbos de la capital y del país.

—Es increíble —comentó una secretaria del rector a éste cerca del mediodía—. Deben ser ya más de cien mil personas y no paran de llegar.

Tras de decir esto la secretaria descolgó un teléfono que había empezado a sonar. Hacía días

que todos los teléfonos de la Universidad estaban bloqueados con llamadas de personas que deseaban expresar su solidaridad con la postura asumida por el rector. La secretaria creyó que se trataba de una llamada más de esta índole, pero no era así. Su rostro palideció súbitamente, musitó unas frases de cortés agradecimiento y colgó. Dirigiéndose al ingeniero Barros Sierra le informó con alarmado acento:

—Era una señora que vive en Insurgentes a la altura del Parque Hundido. Dice que el ejército está tomando posiciones en las calles laterales a Insurgentes.

Las facciones del ingeniero Barros Sierra se endurecieron; llamando a uno de sus ayudantes de mayor confianza le pidió se dirigiese cuanto antes a verificar la información recibida. Regresó poco después de una hora. Los resultados de su averiguación no eran nada alentadores. En efecto, varios miles de soldados estaban apostados en un amplio sector en torno a la Avenida de los Insurgentes, exactamente después del Parque Hundido. Los soldados no sólo portaban rifles, sino ametralladoras que estaban siendo emplazadas en las azoteas de los edificios. Había también cañones y toda clase de vehículos blindados, desde tanques hasta carros de asalto. Ante el inusitado despliegue bélico había cundido la alarma entre los vecinos de la zona, muchos de los cuales estaban alejándose a gran prisa.

Cada vez más preocupado por lo que escuchaba, el rector intentó dilucidar cuáles podían ser los objetivos y alcances de la operación militar. En un primer momento supuso que ésta era ocasionada por el obsesivo temor del presidente a que se efectuase en el Zócalo una manifestación no autorizada por el gobierno. De ser así —pensó— la presencia de las tropas no tenía otro propósito que el de constituir una especie de amenazador aviso, indicando a los manifestantes que no debían intentar avanzar hasta el centro de la ciudad. En vista de las circunstancias, el ingeniero Barros Sierra decidió convocar a los dirigentes estudiantiles a una reunión de emergencia.

Mientras aguardaba la llegada de los integrantes de los comités de huelga, el ingeniero Barros Sierra continuó tratando de encontrar una mejor explicación de la movilización del ejército. Repentinamente comprendió que ésta no podía deberse a un simple propósito de evitar la llegada de manifestantes hasta el Zócalo, pues de ser así las tropas habrían sido colocadas formando una barrera que bloquease el paso y no emboscadas en las laterales de la avenida por donde se efectuaría la marcha. La finalidad de la operación militar —concluyó— era el aniquilamiento de quienes asistiesen al acto de protesta.

Una vez reunido con los dirigentes estudiantiles, el rector expuso abiertamente su certidumbre de que las tropas colocadas en las cercanías tenían órdenes de efectuar una feroz represión. Los representantes estudiantiles coincidieron plenamente con dicha opinión. Muchos de ellos habían observado personalmente la cuantía y distribución de las fuerzas militares. Era evidente —expresaron— que existía un claro propósito de disolver por la fuerza la manifestación. Se discutió ampliamente la posibilidad de suspender ésta. Era imposible. Para esas horas —las dos de la tarde— había en Ciudad Universitaria cerca de doscientas mil personas. Aun en el supuesto de que el rector y los integrantes de los comités de huelga decidiesen suspender y no asistir a la manifestación, era seguro que la inmensa mayoría de la gente iniciaría la marcha en cuanto llegase la hora fijada para hacerlo. Resumiendo el sentir de todos los asistentes a la reunión, el ingeniero Barros Sierra afirmó:

—Si no asistiese a la manifestación a la que he convocado y la reprimiesen, mi conciencia no me permitiría continuar viviendo.

Adoptada la decisión de llevar adelante la marcha, se analizaron las posibles medidas que podrían adoptarse para tratar de disminuir los riesgos de una agresión en su contra. La primera fue modificar el recorrido a seguir: en lugar de intentar llegar hasta el Zócalo, se optó por avanzar sobre Insurgentes únicamente hasta Félix Cuevas —las tropas estaban parapetadas unos trescientos metros adelante—, efectuar en el cruce de estas avenidas un mitin y luego retornar a Ciudad Universitaria.

El rector externó su opinión en el sentido de que era muy probable que el gobierno hubiese enviado un buen número de "agentes provocadores" los cuales, al percatarse de que la trayectoria de la marcha había sido cambiada, intentarían toda clase de artimañas tendientes a lograr que los manifestantes llegasen hasta donde les aguardaban las tropas para aniquilarlos.

Los dirigentes del comité de huelga de la Facultad de Medicina, propusieron una medida destinada a tratar de contrarrestar las previsibles acciones de los provocadores. Aprovechando el hecho de que todos los pasantes de medicina habían acordado asistir a la manifestación ataviados con sus batas blancas de trabajo, se les pediría que formasen una barrera en el cruce de las avenidas Insurgentes y Félix Cuevas, misma que tendría por objeto impedir cualquier intentona, propiciada por los provocadores, de prolongar la marcha hasta el lugar donde se encontraba el ejército. La favorable circunstancia de que, gracias a sus vestimentas, los pasantes de medicina pudiesen identificarse fácilmente entre sí, descartaba la posibilidad de que los provocadores se infiltrasen entre sus filas y saboteasen la efectividad de la barrera.

La proposición fue unánimemente aceptada. El ingeniero Barros Sierra pidió a los asistentes anunciasen que antes de iniciar la marcha él dirigiría un mensaje desde la explanada de la Rectoría. Dicho mensaje —aclaró— tendría principalmente por objeto prevenir a los asistentes a la manifestación contra la actuación de agentes provocadores. La reunión se disolvió. Expresiones de profunda preocupación se reflejaban en los rostros de todos los que en ella habían tomado parte.

•

Al dar las cuatro de la tarde, la inmensa multitud congregada en la Ciudad Universitaria comenzó a movilizarse. En todas las escuelas y facultades se fueron integrando enormes contingentes atendiendo a un mismo orden de agrupamiento. Encabezaban las largas columnas los correspondientes directores y maestros de cada uno de los diferentes planteles educativos. Estudiantes, ex alumnos y empleados, marchaban a continuación, formando interminables filas y poseídos de un desbordante entusiasmo. Rápidamente fue llenándose la explanada de la Rectoría. Incesantes porras y cánticos atronaban el espacio.

El ingeniero Barros Sierra consultó su reloj, faltaban tan sólo unos minutos para las cuatro treinta de la tarde. El clamor del rugiente mar humano congregado al pie del edificio traspasaba vidrios y paredes. Acompañado de sus más cercanos colaboradores, el rector descendió por un

elevador hasta la planta baja. Su llegada a la explanada fue recibida con grandes vítores y gritos de regocijo. Cesados éstos, se colocó frente a un micrófono previamente instalado y con recia voz afirmó:

Compañeros:

Al saludarlos fraternalmente, quiero comenzar con indicar que, por petición de numerosos sectores de maestros y estudiantes de la Universidad, y para demostrar una vez más que vivimos en una comunidad democrática, nuestra manifestación se extenderá hasta la esquina de Insurgentes y Félix Cuevas.

Se efectuará en ese lugar una expresión en forma de discursos y retornaremos a ésta nuestra casa por la misma ruta. Quiero decir que confío en que todos sepan hacer honor al compromiso que han contraído. Necesitamos demostrar al pueblo de México que somos una comunidad responsable, que merecemos la autonomía, pero no sólo será la defensa de la autonomía la bandera nuestra en esta expresión pública; será también la demanda, la exigencia por la libertad de nuestros compañeros, la cesación de las represiones. Será también para nosotros un motivo de satisfacción y orgullo que estudiantes y maestros del Instituto Politécnico Nacional, codo con codo, como hermanos nuestros, nos acompañen en esta manifestación. Bienvenidos. Sin ánimo de exagerar, podemos decir que se juegan en esta jornada no sólo los destinos de la Universidad y el Politécnico, sino las causas más importantes, más entrañables para el pueblo de México. En la medida que sepamos demostrar que podemos actuar con energía, pero siempre dentro del marco de la ley, tantas veces violada, pero no por nosotros, afianzaremos no sólo la autonomía y las libertades de nuestras casas de estudios superiores, sino que contribuiremos fundamentalmente a las causas libertarias de México. Vamos pues, compañeros, a expresarnos. Y no necesito repetirles una vez más que estemos alertas sobre la actuación de posibles provocadores. Los provocadores, lo señalo desde ahora, si los hay —espero que no, confío en que no — serán objeto del repudio mayoritariamente abrumador de la comunidad universitaria. Y yo, lo digo desde ahora y sin ambages, seré el primero en denunciarlos ante nuestra Universidad y ante la opinión pública. Muchas gracias.

•

Parapetados en las azoteas de los edificios y apostados en numerosas calles que desembocan en la Avenida de los Insurgentes, batallones de soldados fuertemente armados se aprestaban para entrar en acción. El ángulo de colocación de las armas de grueso calibre había sido cuidadosamente revisado. Las aceitadas bocas de los cañones relucían ominosas. Tanques y carros de asalto semejaban enormes paquidermos, aguardando impacientes el instante de lanzarse al ataque en incontenible estampida. Una enorme tensión predominaba en el ambiente. El momento de dar comienzo a la masacre estaba por llegar.

8

La petición de ayuda

Los moradores de la casa de la calle de Alumnos habían seguido con creciente interés, a través de diarios y noticieros, el desarrollo de los acontecimientos iniciados en la Plaza de la Ciudadela el lunes 22 de julio. Aun cuando los medios informativos habían deformado radicalmente la verdad de lo ocurrido —afirmando que el enfrentamiento entre porros y estudiantes había sido un pleito entre alumnos de diferentes escuelas— Regina presintió, al leer la nota correspondiente en una página interior del periódico, que aquel hecho al parecer intrascendente podía constituir ya una primera manifestación del tan esperado despertar de la conciencia colectiva de la población del país.

Al tener conocimiento de la manifestación que se llevaría a cabo el viernes 26 de julio (para protestar por el ataque de los granaderos realizado el martes anterior a los estudiantes de la Vocacional Cinco y de la Preparatoria Isaac Ochoterena), Regina mencionó ante los Cuatro Auténticos Mexicanos la posibilidad de asistir a dicha manifestación. Don Uriel le dio razones para no hacerlo. Quien convocaba al supuesto acto de protesta —explicó el Heredero de la Tradición Olmeca— era la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos, desprestigiado y corrupto organismo patrocinado por el gobierno. Nada bueno podía esperarse de un acto auspiciado por quienes habían hecho de mantener controlados a los estudiantes un modus vivendi, utilizando para ello los más sucios y violentos procedimientos.

Las noticias relativas a los sucesos del 26 de julio —si bien distorsionaban como era su costumbre la realidad de los sucesos— confirmaron la suposición de la Reina de México respecto al despertar de conciencia que empezaba a producirse en el país. La plena comprobación de que su hipótesis era correcta no la obtendría Regina mediante su diario y cuidadoso análisis de las noticias, sino a través del personal y dolorido testimonio de la dirigente del Centro de Mexicanidad ubicado en el edificio Chihuahua de la unidad habitacional de Tlatelolco.

La tarde del martes 30 de julio la enfermera Leticia Rojas Jiménez llamó por teléfono a Regina para pedirle que, si le era posible, acudiese a su departamento pues se encontraba sufriendo una crisis a consecuencia de los acontecimientos que había presenciado la noche anterior. Acompañada de los Cuatro Guardianes de la Tradición, Regina se trasladó de inmediato al domicilio de la joven jalisciense. La encontró al borde de un colapso. No lograba ya articular palabra y su cuerpo se agitaba con incontrolables convulsiones. Al instante don Rafael se hizo cargo de la situación; recostando a Leticia boca abajo comenzó a masajear su cuello, vértebras y

columna con hábiles movimientos, produciendo en el tenso organismo, primero, su completa relajación, y acto seguido, un sueño profundo y reparador.

Regina y sus acompañantes pasaron la noche en el departamento de Leticia, turnándose para velar su sueño. La enfermera despertó en la madrugada; estaba ya mucho más tranquila, necesitó no obstante llorar un buen rato para desahogarse. Secadas sus lágrimas, narró con descriptivas imágenes cuanto había presenciado en la Escuela Nacional Preparatoria: el apasionado entusiasmo con que los estudiantes habían organizado la defensa de San Ildefonso, su exitoso rechazo de la agresión policiaca, la llegada del ejército y su mortífero ataque con su trágica secuencia de preparatorianos muertos y heridos.

Era ya de día cuando la enfermera dio término a su narración. Regina preparó un delicioso desayuno —"estilo chino", según dijo— y todos lo ingirieron con buen apetito. Leticia expresó su interés por informarse sobre las reacciones que había suscitado la toma de San Ildefonso. Prendieron la televisión justo en el momento en que se iniciaba un noticiario. Tan sólo escucharon comentarios sobre eventos deportivos e intrascendentes sucesos. Conectaron Radio Universidad y al poco rato se enteraron de una sorprendente noticia: al día siguiente, el rector de la UNAM encabezaría una marcha de protesta.

—Yo iré a esa manifestación —expresó Leticia con firme acento.

—No irás sola —respondió Regina—. Todos los integrantes de los Centros de Mexicanidad iremos contigo.

•

El volkswagen verde —con la abolladura en una de sus salpicaderas aún sin reparar— avanzaba velozmente a través de la Avenida de los Insurgentes. En contraste con los congestionamientos de la mañana, el tránsito de vehículos era ahora escaso. Desde muy temprano grupos estudiantiles se habían apoderado de los autobuses de pasajeros para llegar en ellos a Ciudad Universitaria. Esto había ocasionado un completo caos vial en toda el área urbana del Distrito Federal. Ante las insuperables dificultades que planteaba el transporte, muchas personas habían optado por no desplazarse a ningún lado. Los congestionamientos empezaron a disminuir lentamente y a partir de las tres de la tarde el tránsito era aún menor de lo habitual.

—¿Ya se dieron cuenta que en todas las calles que estamos atravesando hay un montal de soldados? —preguntó el Testigo dirigiéndose a los otros cinco ocupantes del pequeño vehículo.

—Sí —respondió Regina.

—Esto no me huele nada bien —afirmó don Miguel con receloso acento.

—Deben ser unos veinte mil —dijo don Gabriel, quien al parecer poseía una especial facilidad para efectuar rápidamente toda clase de cálculos.

Don Uriel enarcó las cejas al tiempo que opinaba:

—El gobierno siempre ha tenido pánico de que el Zócalo sea utilizado para actos que no sean los estrictamente oficiales. No creo que deje avanzar la manifestación hasta el centro. Ha mandado al ejército para impedirlo.

—¿Podríamos detenernos un momento? —preguntó don Rafael sin explicar el por qué deseaba hacerlo.

El automóvil se detuvo, don Rafael no descendió del vehículo, se concretó a observar con reconcentrada atención a través de la ventanilla cuanto le rodeaba, luego expresó:

—Las tropas no están para impedir el avance de los manifestantes hasta el Zócalo, su distribución y los ángulos de colocación de sus armas indican que tienen órdenes de abrir fuego cuando pasemos por aquí.

—¿Cómo puede usted saberlo? —preguntó intrigada Regina.

—Es que fui militar varios años —respondió don Rafael mientras a su rostro asomaba una sonrisa de nostálgica satisfacción—, estuve en el Colegio Militar y luego fui subteniente.

—¿Usted? —interrogó con manifiesta extrañeza don Uriel.

—Sí, qué tiene de raro.

—No, nada, es que nomás no puedo imaginármelo de militar, es usted la persona más bondadosa que he conocido en mi vida.

Las miradas de todos los ocupantes del auto permanecían clavadas en el Supremo Guardián de la Tradición Zapoteca; percatándose de la sorpresa que había causado su revelación, don Rafael explicó:

—Como ustedes saben, el camino que nos ha sido dado seguir a nosotros los zapotecas para llegar a ser mexicanos es el del amor. El sendero es largo y empinado. Hay toda clase de trampas y de etapas que hay que ir superando. Recorrer este camino requiere de un adecuado empleo del rigor, pues sólo quien posee un pleno dominio de sí mismo puede amar de verdad. Es por eso que en un determinado momento se exige al aspirante ajustarse unos años a la disciplina militar, bien sea como simple soldado o como cadete y oficial. Así, si no llega a ser un Auténtico Mexicano, tendrá al menos la oportunidad de ser un buen militar.

Finalizadas las confidencias de don Rafael, el auto reemprendió su marcha. Tras de avanzar unos centenares de metros se detuvo de nuevo. Don Uriel, que era quien lo conducía, señaló con el índice lo que había llamado su atención. Numerosos jóvenes, ataviados con la tradicional bata blanca que utilizaban los médicos, se estaban agrupando en el cruce de las avenidas Insurgentes y Félix Cuevas.

—Han de ser estudiantes de medicina —opinó el Supremo Guardián de la Tradición Olmeca —. ¿Por qué estarán aquí? Lo lógico era que estuviesen ya en Ciudad Universitaria, falta menos de una hora para que se inicie la manifestación.

—¿Por qué no se lo preguntamos a ellos? —inquirió Regina.

Con un poco de trabajo —pues estaban un tanto apretados— los seis ocupantes del volkswagen descendieron de éste. Al instante se vieron rodeados de una multitud de batas blancas. Se dejaron oír varios silbidos, testimonio de la admiración que producía en los futuros médicos la belleza de Regina. Al escuchar los chiflidos un gesto de disgusto ensombreció las facciones de don Miguel; desapareció en el acto al percatarse de la actitud, en extremo cordial, que manifestaban los estudiantes. Don Uriel y Regina dialogaron con ellos, expresándoles su preocupación por la cercana proximidad de las tropas fuertemente armadas. Los jóvenes explicaron que su presencia en aquel sitio obedecía precisamente a ese hecho. Estaban ahí para

evitar que posibles agentes provocadores intentasen conducir la manifestación hasta donde se encontraba el ejército. Regina los elogió por la misión que desempeñaban y se despidió levantando ambas manos y agitándolas repetidamente. Al momento en que la Reina de México retornaba al auto, los pasantes de medicina improvisaron una afectuosa porra, cuyas últimas palabras resonaron cuando el vehículo iniciaba su marcha:

—La Edecán, la Edecán, ra, ra, ra.

El sitio fijado para la reunión de quienes formaban parte de los Centros de Mexicanidad había sido la gasolinera ubicada casi a la entrada de Ciudad Universitaria. Don Uriel estacionó el auto unas calles antes y el sexteto llegó caminando al lugar de la cita. Les aguardaban ya unas cuatrocientas personas. En las miradas de todas se traslucía esa serena fortaleza que sólo poseen aquellos que han consagrado su vida a la conquista de un elevado ideal.

Un rumor de mar embravecido comenzó a escucharse en lontananza. Regina y quienes la acompañaban oyeron a los manifestantes antes de verlos. Las porras, gritos y cánticos proferidos por muchos miles de entusiastas gargantas, poblaban el espacio llenándolo de vibrantes sonidos. Al poco rato pudieron contemplar al primer contingente que encabezaba la manifestación. El rector iba al frente, acompañado de los principales funcionarios universitarios y de ancianos maestros. Al pasar a su lado, el ingeniero Barros Sierra observó con curiosa mirada la grácil figura de la Edecán Olímpica.

Regina y su grupo se incorporaron de inmediato a la columna, exactamente atrás del contingente inicial presidido por el rector. Conforme avanzaba sobre Insurgentes, crecía el número de transeúntes y vecinos que se detenían a contemplar el paso de la manifestación. La resplandeciente belleza de la Reina de México y su llamativo uniforme atraían la atención de cuantos la veían avanzar. Su presencia despertaba en todas las miradas una mezcla de admiración y curiosidad, sentimientos que muy pronto se transformaban en algo mucho más profundo y trascendente: la intuición de que una joven como aquélla constituía una prueba irrefutable de la existencia de seres dotados de una superior espiritualidad.

—¡Chispas! —exclamó Regina al darse cuenta del estado de ánimo que prevalecía entre el cada vez más numeroso público—. Cómo me gustaría poder gritar: "¡Pueblo, despierta!".

—¿Y por qué no lo hace? —preguntó don Uriel, que marchaba a su lado.

—Porque sé que esto sería ya actuar, empezar a intervenir en los asuntos de mi país, y no puedo ni debo hacerlo mientras no se me pida que lo haga.

Don Miguel fue el primero en verlos llegar, percatándose de inmediato que no se trataba de estudiantes. Descendieron ágiles y veloces de varios camiones de color gris que no ostentaban placas. Todos eran jóvenes, tenían el cabello cortado casi al rape y portaban idéntico calzado: zapatos tenis de color blanco.

—Miren esos tipos —exclamó el Supremo Guardián de la Tradición Náhuatl—, tienen una pinta de malhechores que no pueden con ella.

—Deben ser unos cuatrocientos —apuntó don Gabriel.

—Creo que son los Halcones —dijo don Uriel.

—¿Y ésos quiénes son? —preguntó Regina.

—Un grupo paramilitar de represión. Que se sepa hasta ahora el gobierno nunca los había

utilizado. Un amigo que trabajaba en Gobernación me habló de ellos el otro día, al parecer dependen directamente del presidente de la República. Se supone que han recibido toda clase de entrenamiento hasta transformarlos en unas auténticas máquinas destructivas, pero francamente, siendo tan pocos, no creo que puedan disolver una manifestación de estas dimensiones.

—Disolverla no, pero sí conducirla hasta donde está el ejército —opinó don Rafael.

La conducta que tras de hacer su aparición asumieron los recién llegados, dejó ver lo acertado de la opinión de don Rafael. Divididos en dos grupos que se colocaron a ambos lados de la columna de manifestantes, los Halcones empezaron a corear insistentemente una sola palabra: "Zó-ca-lo, Zó-ca-lo, Zó-ca-lo".

Como es lógico suponer, la incitación a proseguir la marcha más allá del límite fijado no produjo efecto alguno ni en el primer contingente que encabezaba el rector, ni en el segundo, constituido por los integrantes de los Centros de Mexicanidad. Sin embargo, a partir del tercero, la provocación empezó a fructificar. Tal y como ocurriera el 26 de julio, a simple enunciación del centro sagrado más conocido del país, despertó de improviso en miles de personas un deseo prácticamente irresistible de acudir cuanto antes a dicho centro. La inmensa mayoría de los manifestantes no habían tenido oportunidad de darse cuenta de que el proyecto de marchar hasta el Zócalo había partido de unos sujetos en extremo sospechosos, y por tanto, daban por supuesto que dicha proposición había surgido de entre ellos mismos en forma espontánea.

En cosa de minutos, incontables y exaltadas voces apoyaban la idea de proseguir hasta el centro de la ciudad.

Al percibir la instintiva urgencia de la multitud de llegar hasta el Zócalo, Regina comprendió la verdadera y profunda causa que propiciaba esa urgencia:

—Creo que el inconsciente colectivo presiente ya la necesidad de congregarse en el sitio donde reside el poder, para efectuar ahí el ritual que iniciará el despertar de México. Qué lástima que aún no existan las condiciones necesarias para realizar el ritual.

Tras de dejar de gritar la palabra "Zó-ca-lo", los atléticos jóvenes de cabello corto desaparecieron momentáneamente de la escena. Corriendo a gran velocidad, se adelantaron a la marcha de la columna y llegaron hasta donde les aguardaban los mismos camiones grises y sin placas que les habían llevado, penetraron ordenadamente en éstos y volvieron luego a salir, pero portando ahora unas largas y flexibles varas de bambú.

Esgrimiendo y manipulando las varas cual si fuesen sables, los Halcones esperaron la llegada de la manifestación. Al aproximarse ésta, se colocaron al frente de la columna, marchando unos doscientos metros adelante del primer contingente. En esta forma, no era ya el rector de la UNAM quien conducía el avance de los participantes al acto de protesta, sino el más reciente y perfeccionado grupo de represión creado por el gobierno.

El ingeniero Barros Sierra se había dado perfecta cuenta de la llegada de los agentes provocadores, adivinando al punto sus malévolas intenciones. Con miras a contrarrestar las, al tiempo que proseguían su camino, pidió a varios de sus colaboradores que se diesen a la tarea de localizar a los integrantes de los comités de huelga, para el efecto de que éstos intentasen hacer ver al mayor número posible de manifestantes la trampa mortal a la que pretendían llevarles quienes proponían llegar hasta el Zócalo. En igual forma, mandó decir a los dirigentes

estudiantiles que en vista de lo ocurrido no juzgaba conveniente hacer un alto y llevar a cabo el proyectado mitin, sino que lo mejor sería tratar de retornar a Ciudad Universitaria.

Los ayudantes del rector pusieron su mejor empeño en cumplir la encomienda que se les hiciera, sin embargo ésta no resultó nada fácil. Localizar con prontitud a un centenar de jóvenes dispersos entre más de doscientas mil personas era prácticamente imposible. Encontraron a unos cuantos y les transmitieron el mensaje, pero ello no produjo cambio alguno en la situación. Por más que media docena de dirigentes estudiantiles intentaron dar a conocer el peligro existente, sus aisladas voces resultaron del todo insuficientes para trocar en prudencia el exaltado ánimo de la multitud. El coro de voces demandando proseguir hasta el Zócalo crecía de continuo.

La manifestación estaba por llegar a Félix Cuevas, tan sólo cuadra y media separaba al grupo de jóvenes que calzaba tenis blancos del otro grupo de jóvenes que, portando batas de idéntico color, formaban una barrera de contención en dicha calle. Un silbato sonó dos veces. Enarbolando sus largas varas de bambú y reflejando en sus rostros expresiones de crueldad y determinación, los propietarios de los tenis blancos se lanzaron al ataque. Un segundo antes de chocar con la humana muralla que les cerraba el paso, los atacantes profirieron al unísono un aullido estremecedor que pretendía ser una palabra:

—¡Halcooones!

Mil estudiantes de medicina de la UNAM estaban siendo atacados por cuatrocientos Halcones. En teoría, cuatro centenas de sujetos eficazmente entrenados en las más variadas técnicas de combate pueden vencer, en forma pronta y definitiva, a un millar de personas que dedican la mayor parte de su tiempo a capacitarse en la curación de sus semejantes, máxime si además de su fortaleza y pericia, los agresores cuentan con la ventaja de utilizar armas que, sin ser mortales, les permiten inferir recios golpes a sus rivales. Sin embargo, en la vida real no siempre sucede lo previsto en planteamientos teóricos, por muy razonables que éstos puedan parecer. La blanca muralla debió haberse desmoronado ante el brutal impacto que recibiera, pero no fue así; se mantuvo en pie gracias al pundonor, responsabilidad y valentía de quienes la integraban. Los pasantes de medicina sabían muy bien lo que acontecería si eran vencidos. Sólo ellos se interponían entre los manifestantes y las tropas que a escasa distancia aguardaban a éstos para darles muerte. No retrocedieron ni un paso, sino que se lanzaron a pelear con todas sus fuerzas.

La zacapela adquirió desde el primer momento una furiosa intensidad. Manejando con gran destreza sus duras y flexibles varas, los Halcones causaban estragos entre las filas de los aspirantes a galenos, pero éstos se defendían con frenética desesperación y en no pocos casos lograban desarmar a los atacantes y golpearlos con sus propias varas. Bamboleante y agrietada, la muralla de contención se mantenía milagrosamente en pie.

El Tenebras (ex narcotraficante, ex comandante de la Federal de Seguridad, ex alumno estrella de la Escuela de Capacitación Antiguerrillera, fundada por el gobierno de los Estados Unidos de América en la zona del Canal de Panamá), principal instructor y máximo dirigente de los Halcones, observaba furibundo y exasperado la impotencia del grupo bajo su mando para cumplir el cometido que se le fijara. La avanzada de la manifestación estaba ya a escasos veinte metros del lugar donde se efectuaba el enfrentamiento. Si los miles de estudiantes que marchaban en la columna llegaban a ver a sus compañeros de medicina disputando con unos extraños, de seguro

intervendrían en la lucha, y no se necesitaba ser adivino para saber a cuál de los dos bandos en pugna apoyarían. La evidente presencia de los provocadores daría al rector un argumento incontrastable para impedir cualquier intento de continuar el avance hasta el centro de la ciudad. Todo el operativo planeado por el gobierno para castigar a quienes habían osado protestar estaba, por ende, corriendo el riesgo de venirse abajo.

Apremiado por las circunstancias, el Tenebras comprendió que sería necesario cambiar el plan original de acción. Llevándose a los labios un silbato lo hizo sonar tres veces. Cual amaestrada jauría, los Halcones suspendieron de inmediato su ataque y dando la media vuelta corrieron al encuentro del hombre del silbato.

—¡Imbéciles! —bramó el Tenebras—. ¿Cómo es posible que no hayan podido con unos cuantos medicuchos? Ahora habrá que cambiarlo todo. El rector va a querer hacer regresar la manifestación a Ciudad Universitaria; déjenlo pasar a él y a sus achichincles y colóquense atrás, ahí donde va la vieja ésa vestida a rayas —al decir esto señaló a Regina que al frente de su grupo se aproximaba al cruce de Insurgentes y Félix Cuevas—. Sigan gritando "Zócalo" y al llegar a la esquina de avenida Coyoacán dejen que el rector y su gente se vayan solitos pa la derecha, ustedes doblen a la izquierda y arreen a toda la manada, como si la fueran a llevar al Zócalo. En esa esquina no hay ninguna barrera que impida el paso y no tienen por qué tener problemas. No me vayan a fallar. Yo tengo que irme, necesito avisarles a los cazadores que sus ovejas cambiaron de vereda y que tendrán que apurarse si quieren ir a matarlas.

Una vez impartidas sus instrucciones, el Tenebras abordó uno de los camiones grises que permanecían estacionados junto a las puertas del almacén El Puerto de Liverpool. El vehículo se alejó velozmente y dando un rodeo tendiente a evitar el bloqueo de los pasantes de medicina llegó hasta donde se encontraba el ejército.

Aun cuando quienes dirigían la operación militar estaban al tanto de la existencia de un grupo encargado de conducir a los manifestantes hasta el lugar de la emboscada, ambas etapas —conducción y emboscada— habían sido planeadas para efectuarse en forma del todo independiente, de tal manera que los elementos que en ellas participasen —Halcones y soldados — no tuviesen necesidad de mantenerse mutuamente informados. Este desligamiento entre ambas fases de la acción represiva se convertía ahora en un serio impedimento para lograr que dicha acción alcanzase sus objetivos. En un primer momento, los militares se negaron rotundamente a modificar el operativo a su cargo. El Tenebras no poseía galón alguno, y por tanto, no tenía autoridad para pretender impartirles instrucciones. Sin embargo, al recibir informes de sus propios vigías indicándoles que, efectivamente, la manifestación había modificado su ruta y no avanzaba ya sobre la Avenida de los Insurgentes, los militares se vieron obligados a cambiar de opinión. Dando por buenas las seguridades que les daba el Tenebras —en el sentido de que los Halcones se encargarían de conducir a los manifestantes por la avenida Coyoacán— dispusieron la movilización de sus fuerzas.

Entre rugidos de motores y rítmico golpetear de botas en el pavimento, equipo bélico y soldados fueron trasladados a gran prisa, hasta quedar debidamente apostados en sus 480nuevas posiciones, aguardando una vez más la llegada de sus ya impuntuales víctimas.

•

Conforme se aproximaban al cruce de Insurgentes y Félix Cuevas, el ingeniero Barros Sierra y los funcionarios universitarios pudieron percatarse del feroz enfrentamiento que se libraba en ese lugar. Los fornidos jóvenes de pelo corto y calzado blanco, armados con largas varas, atacaban a los pasantes de medicina. Los universitarios se defendían con excepcional bravura, sin ceder ni un ápice de terreno a sus contrarios. Al contemplar lo que ocurría, el rector no sólo reafirmó su criterio de que sería del todo inconveniente pretender celebrar un mitin en aquel lugar, sino que decidió cambiar la ruta de retorno a Ciudad Universitaria —programada inicialmente sobre la misma Avenida de los Insurgentes—. Sin dejar de avanzar, expresó casi a gritos:

—Seguiremos por Félix Cuevas hasta avenida Coyoacán, ahí daremos vuelta para regresar a Ciudad Universitaria.

Repentinamente se escuchó por tres veces el sonido de un silbato. Tal y como ocurre en las peleas de box al sonar la campana, los contendientes se separaron al instante. El grupo atacante dio la media vuelta y se alejó corriendo, deteniéndose a unos cuantos metros, justo a la entrada de El Puerto de Liverpool. Los pasantes de medicina permanecieron en su sitio. Las batas de muchos de ellos estaban manchadas de sangre que manaba abundante de múltiples bocas y narices rotas. Varias docenas de muchachos yacían postrados en el suelo, unos por simple agotamiento y otros por lesiones de regular consideración. No obstante, su estado de ánimo estaba muy en alto. Al ver llegar al rector marchando al frente de la manifestación, tuvieron aún fuerzas suficientes para recibirlo con un vigoroso "Goya".

La contemplación de los golpeados rostros y de las ensangrentadas batas, unida al resonar de las vibrantes sílabas de la porra universitaria, motivaron la formación de un grueso nudo en la garganta del ingeniero Barros Sierra. Nunca como entonces había sentido un mayor orgullo por ser universitario y nunca, tampoco, había sentido tan aplastante la responsabilidad que implicaba el ser rector de la UNAM. Al tiempo que saludaba con afectuoso ademán a los pasantes de medicina, giró a la derecha para proseguir la marcha sobre la avenida Félix Cuevas. Su mirada descubrió entonces al contingente de provocadores que había intentado conducir a los manifestantes a una embocada; se hallaban agrupados a escasa distancia, en torno a un sujeto de robusta complexión y siniestras facciones. El rector comprendió de inmediato que estaban planeando la forma de llevar adelante sus aviesos propósitos. Expresando en voz alta los pensamientos que le atenazaban, afirmó:

—Van a tratar otra vez de incitar a los estudiantes a que vayan al Zócalo. De seguro lo intentarán cuando lleguemos a la avenida Coyoacán. ¿Hay ahí una barrera de contención? —formuló la pregunta sabiendo la respuesta, con la vana esperanza de estar equivocado.

—No —respondió un maestro que marchaba a su lado—. Yo llegué por avenida Coyoacán y no había estudiantes de las comisiones de orden cuidando ese cruce.

Una oleada de profunda angustia se apoderó del ánimo del ingeniero Barros Sierra. No cabía ya duda alguna, los sicarios del gobierno tenían órdenes de castigar con la muerte a los manifestantes. En forma del todo semejante al náufrago que al sentir que se hunde echa un último

vistazo en busca de una tabla a la cual asirse, el rector observó con febril desesperación cuanto le rodeaba. Fue entonces cuando vio a Regina, la cual concluía en esos momentos su caminata en Insurgentes y daba vuelta a la derecha para continuar sobre Félix Cuevas.

Saber pedir constituye una de las habilidades más difíciles de desarrollar hasta convertirla en un auténtico arte. Esto requiere el don de la oportunidad y la necesaria sabiduría para determinar cuándo, a quién y cómo presentar la correspondiente solicitud. En aquella trascendental jornada muchos miles de personas habían contemplado a la Reina de México desfilar por las calles, pero sólo una percibió con cierta intuición que la bella joven que avanzaba sonriente, ataviada con el uniforme de las edecanes olímpicas, era dueña de esa facultad que muchos fingen tener pero en realidad muy pocos poseen: una auténtica, natural e incontrastable autoridad. Por haber sido capaz de descubrir este hecho y por haber actuado en consonancia con su descubrimiento, formulando la solicitud adecuada, el ingeniero Javier Barros Sierra mereció justificadamente su entrada en la historia.

Con frases cortas y precisas, el rector informó al funcionario universitario que tenía más próximo respecto a lo que debía decir a la Edecán. Retrocediendo unos pasos el portador de la comunicación llegó hasta Regina, su rostro ponía de manifiesto la extrañeza que le embargaba a causa de la comisión que se le encomendara.

—Perdone señorita —musitó vacilante—, el señor rector solicita su colaboración, le pide integrar con su grupo una barrera de contención en el cruce de Coyoacán y Félix Cuevas.

Sonámbulos andantes la verán avanzar
y el único despierto su ayuda pedirá.

9

El agua de los cielos

Al escuchar la petición que se le hacía, las facciones de Regina sufrieron una instantánea transformación. Su risueña expresión de costumbre dio paso a un severo semblante. Con voz de grave acento dijo lacónica:

—¡Por favor, vamos todos!

Uniendo la acción a la palabra la joven emprendió veloz carrera. Quienes la acompañaban le siguieron sin vacilación alguna. En cosa de segundos habían rebasado a las primeras filas de manifestantes y se aproximaban presurosos al sitio que les fuera fijado. El lugar abandonado en la columna por el grupo de Regina fue prontamente ocupado por un compacto contingente de sujetos poseedores de feroz mirada y sincronizados movimientos. Se trataba de los Halcones, los cuales revelaban a través de su actitud la firme decisión de no fallar en la que era una segunda oportunidad de cumplir su cometido. Una vez más empezaron a corear como un solo hombre la palabra "Zócalo". Y una vez más esta palabra pareció estar dotada de un asombroso poder de masiva movilización, pues de inmediato miles y miles de voces expresaron su ferviente deseo de marchar cuanto antes hasta el lugar que dicha palabra designaba.

En cuanto llegaron al cruce de avenidas señalado por el rector, la Edecán y sus cuatrocientos seguidores formaron una barrera que impedía el tránsito de personas y vehículos por aquel sitio. La Reina de México se colocó al centro de la primera fila y los Cuatro Auténticos Mexicanos —dos a cada lado— quedaron junto a ella. Todos los integrantes del grupo se tomaron de las manos entrelazando sus brazos por delante.

La inmensa columna se acercaba. Al frente proseguían aún el rector y los funcionarios universitarios, pero era evidente que siendo la cabeza del gigantesco organismo, no controlaba ya ni los sentimientos ni los propósitos de éste. El deseo de llevar la marcha hasta el centro histórico del país había unificado la voluntad de los manifestantes. La consigna "al Zócalo por Coyoacán" se comunicaba de contingente en contingente, provocando un generalizado entusiasmo. Los Halcones sonreían gratamente satisfechos, convencidos de que estaban logrando su objetivo de conducir un rebaño humano a su cita con la muerte.

La avanzada de la manifestación llegó al cruce de las avenidas Coyoacán y Félix Cuevas. En cada uno de los rasgos del semblante del ingeniero Barros Sierra podía leerse la intensa preocupación que le dominaba. Su angustiada mirada recorrió a los integrantes de la recién formada barrera de contención y se detuvo en la figura de la Edecán. Ésta le observaba a su vez.

Las miradas de ambos se encontraron y a la mente del rector llegó un tranquilizador mensaje transmitido sin haberse pronunciado palabra alguna. El mensaje hablaba de la supremacía de las fuerzas del espíritu, de la existencia de legítimas autoridades y de la plena confianza que a éstas debe otorgarse. Sintiéndose reconfortado en lo más profundo de su ser, el ingeniero Barros Sierra esbozó un gesto de saludo y dobló a su derecha para iniciar la marcha de retorno a Ciudad Universitaria.

Y entonces llegaron los Halcones. Una expresión de sádica alegría se dejó ver en sus rostros al percatarse que se formaba una barrera con la pretensión de impedirles el paso. La posibilidad de dar rienda suelta a sus instintos agresivos producía en ellos un genuino regocijo. Por otra parte —y juzgando tan sólo por lo que veían— los integrantes del grupo paramilitar concluyeron que aquella barrera sólo representaba un deleznable obstáculo en su avance, pues sus oponentes no les superaban en número y tenían en sus filas un considerable porcentaje de mujeres.

Al momento mismo de lanzarse al ataque, los fornidos jóvenes de feroz mirada aullaron de nuevo su grito de guerra:

—¡Halcooones!

Desde el reinado de Cuauhtémoc, en México no había vuelto a pronunciarse nunca una auténtica orden, o sea un mandato proveniente de una autoridad sagrada, capaz, por tanto, de regular con su sola voz el funcionamiento de las energías que integran al Cosmos. Al aproximarse los Halcones con la evidente intención de agredirla a ella y a su grupo, la Reina de México pronunció con recia voz una orden, contenida en tan sólo dos letras, que expresaban en forma incuestionable hacia dónde debían encaminarse tanto los agresores como los manifestantes:

—¡C.U.!

Cual si hubiesen chocado súbitamente con un invisible muro, el avance de los Halcones se detuvo en seco. El pasar de una veloz carrera a una repentina inmovilidad fue un cambio tan brusco que muchos no pudieron mantenerse en pie y rodaron por tierra. Expresiones del más completo asombro se reflejaban en todos los rostros. Las dos letras pronunciadas por la Soberana de la Nación no sólo habían tenido el efecto de paralizar a los atacantes, también habían propiciado que éstos tuviesen que arrostrar ahora la más dura de las pruebas a que puede someterse un ser humano: la confrontación consigo mismo.

En forma semejante a la visión de una película, capaz de contener en unas cuantas imágenes los aspectos más sobresalientes de toda una existencia, a cada uno de los Halcones le fue dado contemplar y evaluar lo que habían hecho con sus vidas, así como el valor real que tenían sus personas atendiendo al grado de desarrollo espiritual alcanzado. La impresión resultante del riguroso juicio interno fue terrible. Demudadas facciones y extenuados cuerpos. Manos sin fuerza dejaban caer las varas de bambú y en los ojos de muchos asomaban las lágrimas.

Plenamente consciente del intenso sufrimiento que dominaba a los desfallecidos jóvenes, Regina rompió el entrelazamiento de manos que le unía a sus amigos y con las pupilas despidiendo fulgores de bondadosa comprensión se aproximó a los Halcones, invitándolos con expresivos ademanes a unirse a su grupo. Aquella invitación era mucho más que un generoso gesto, llevaba implícita la posibilidad de una redención. Así lo intuyeron los frustrados atacantes poseídos de sinceros sentimientos de arrepentimiento. Con vacilante andar a causa de la

inenarrable experiencia que acababan de sufrir, los Halcones recorrieron los escasos pasos que les separaban de la barrera constituida por los miembros de los Centros de Mexicanidad, fundiéndose de inmediato en sus filas y entrelazando sus manos con ellos.

Los innumerables contingentes que integraban la manifestación comenzaron a hacer su arribo al cruce de las multicitadas avenidas. Su decisión de no retornar a la Universidad y proseguir su avance hacia el centro de la ciudad era, al parecer, inquebrantable. Así lo expresaban al unísono más de doscientas mil personas que no cesaban de repetir con terca insistencia la consabida palabra:

—¡Zó-ca-lo. Zó-ca-lo. Zó-ca-lo!

Al ver llegar frente a ella a los manifestantes demandando el paso, Regina pronunció de nueva cuenta las dos iniciales que designaban al lugar en donde a su juicio éstos debían encaminarse. Quienes le acompañaban aportaron sus gargantas en un coro que repetía ambas letras alargando su pronunciación:

—¡Cee Uu - Cee Uu - Cee Uu!

Ochocientas un voces se enfrentaban a más de doscientas mil, la contienda podría parecer desigual, pero en realidad no lo era, pues una de las voces del grupo minoritario pertenecía a la Reina de México, la cual estaba pronunciando aquellas dos letras no como simple sugerencia sino como inapelable mandato.

Una radical transformación se operaba en el ánimo de los diferentes contingentes que iban llegando al lugar en donde se encontraba la barrera. Al confrontar su deseo de marchar al Zócalo con la orden de retornar a Ciudad Universitaria, cada uno de los manifestantes se percataba de improviso del mortal peligro que representaba el intentar dar satisfacción a su deseo, así como de lo sensato de la orden que estaba recibiendo. Sin un instante de vacilación, los nutridos contingentes daban la vuelta y se encaminaban a Ciudad Universitaria. Fue entonces cuando empezó a llover en cataratas de auténtico diluvio.

Los peores y los mejores por ella se unirán
y el agua de los cielos a todos limpiará.

Sin lugar a dudas no se trataba de un simple aguacero. Hacía tan sólo unos momentos que el Sol resplandecía y ninguna nube se asomaba en el horizonte. De repente, con increíble rapidez, el cielo comenzó a cubrirse de gruesas nubes. Instantes después se desataba una lluvia cerrada de intensidad pocas veces vista. Y no sólo llovía abundantemente en la ciudad de México, de hecho no hubo estado de la República en que esa tarde no registrase una precipitación pluvial muy por encima de lo normal.

Si ya por su sola intensidad y extensión las aguas que bañaban al país resultaban excepcionales, lo eran mucho más por los efectos internos que ocasionaban en sus habitantes. Una misteriosa pero muy tangible sensación de purificación se producía en cuantos eran tocados por la lluvia; dicha sensación era de tal grado, que incontables personas, tras quedar mojadas, entraban a las casas de familiares, amigos o simples vecinos, para convencerles de que saliesen a empaparse. El país entero estaba recibiendo un baño purificador de trascendentales consecuencias.

La manifestación, vórtice en aquellos momentos del agua de los cielos, continuaba su avance. "Ya no vamos caminando, vamos nadando", gritaban numerosos estudiantes. En forma muy especial los participantes en el acto de protesta presentían que algo realmente extraordinario estaba sucediendo. Junto con la tormenta de agua se abatía sobre ellos un torbellino de emociones: arrepentimiento por los errores cometidos, anhelo de alcanzar una auténtica superación, clara conciencia de su propia realidad y de la de su país. Nadie abandonaba las filas a pesar de lo recio de la tempestad. La manifestación no era ya únicamente un gigantesco organismo, ahora poseía la conciencia de representar una especie de señal que marcaba el inicio de un acontecimiento histórico.

El agua de los cielos también estaba empapando a las tropas que aguardaban impacientes la llegada de los manifestantes para ametrallarlos. Al igual que ocurriera con estudiantes y profesionistas, soldados y oficiales iban a resultar profundamente afectados por el influjo de aquella lluvia singular. Apenas se iniciaba la tormenta, cuando llegaron ante los comandantes de la operación varios vigías para informar que a quienes se esperaba no iban a llegar, pues marchaban de regreso a Ciudad Universitaria. Atendiendo al propósito que había motivado la movilización del ejército —castigar la insolencia de quienes osaban protestar contra el gobierno — la lógica reacción de los militares debía haber sido dar alcance a los manifestantes y proceder a su aniquilamiento. Sin embargo, un profundo cambio se había operado en el ánimo tanto de los oficiales como de las tropas: repentinamente todos se cuestionaban por qué tenían que matar a gente desarmada que no estaba cometiendo falta alguna. Ateniéndose estrictamente a la letra de las órdenes recibidas, las cuales les indicaban que debían aguardar la llegada de la manifestación y abrir fuego sobre ésta, los comandantes decidieron que en vista de que la marcha de protesta no había llegado hasta donde ellos la aguardaban, podían disponer el regreso de las tropas a sus cuarteles.

Hubo una persona a quien el agua de los cielos ni siquiera alcanzó a salpicar. Al dar comienzo el torrencial chubasco, el Tenebras se refugió presuroso en el interior del edificio que encontró más próximo. Un malévolo instinto le hizo intuir que aquella lluvia no tenía nada de ordinario y que su contacto con ella podría acarrearle consecuencias que estaba muy lejos de desear. No salió de su refugio hasta constatar que la lluvia había cesado por completo. Asombrado, se percató que las tropas estaban procediendo a retirarse. Al interrogar a los militares sobre el motivo de su proceder, éstos le contestaron que tenían informes confirmados de que la manifestación no llegaría hasta donde se encontraban, sino que se encaminaba ya rumbo a Ciudad Universitaria. El Tenebras replicó que lo que procedía era correr al alcance de los manifestantes y matarlos en donde se encontrasen. Se suscitó una violenta discusión. Varios oficiales intervinieron en la disputa y uno de ellos puso pronto término a la misma. Sacando su pistola colocó el cañón del arma en la sien del ex narcotraficante, indicándole que si en cinco segundos no desaparecía de su vista apretaría el disparador.

El máximo dirigente de los Halcones necesitó aun menos tiempo del otorgado para quedar fuera del alcance visual del iracundo militar. Humillado y furioso, se juró a sí mismo cobrar algún día venganza de quien o quienes fuesen los responsables de que aquella operación represiva —en la que había cifrado grandes esperanzas para lograr hacerse de un sólido prestigio ante el

presidente— hubiese concluido en un rotundo fracaso.

Regina y su duplicado grupo permanecieron constituidos en infranqueable barrera hasta que vieron pasar frente a ellos a la última fila de manifestantes. Dejando escapar un suspiro de alivio, la joven afirmó:

—Bueno, ahora sí ya también nosotros podemos ir a C.U. Vámonos.

Los peores y los mejores, confundidos en un solo grupo, marcharon tras la Reina de México. Había dejado de llover, pero las calles eran verdaderos ríos en los que cada paso producía un ruidoso chapoteo. Pese a las molestias derivadas del exceso de agua en el ambiente, numerosos curiosos persistían en continuar a la intemperie observando el desfile. Y ahora sí, Regina consideró llegado el momento de externar en voz alta su ferviente anhelo. En tono afable pero enérgico, comenzó a gritar:

—¡Pueblo despierta. Pueblo despierta. Pueblo despierta!

El resultado de la exhortación proferida por la legítima Soberana de la Nación no se hizo esperar. Los observadores dejaban de serlo y se incorporaban de inmediato a la manifestación. Oficinistas y amas de casa, sirvientas y vendedores, albañiles y desocupados, iban formando grupo tras grupo que se unía a la cada vez más alargada columna. Se trataba, en la inmensa mayoría de los casos, de personas que desconocían el motivo por el cual se realizaba aquel acto de protesta —esto es, por la violación de la Autonomía Universitaria— y que aun en el supuesto de que alguien hubiese procedido a explicárselo, lo más probable es que no por ello habrían dejado de permanecer indiferentes. No obstante, algo muy valioso y profundo había despertado súbitamente en su interior: un sentido de responsabilidad que abarcaba cuanto ocurría en su país, de tal forma que ahora se sentían obligados a participar activamente en todas las causas justas que en el mismo se promoviesen.

Engrosada por más de cincuenta mil personas, la manifestación retornó a su lugar de origen. Empapados, agotados y felices, sus integrantes fueron agrupándose en la explanada de la Rectoría. A pesar de su cansancio continuaban cantando y profiriendo porras. Cuando estuvieron reunidos todos los contingentes, el ingeniero Barros Sierra llegó hasta el sitio en que estaban colocados los micrófonos. Una cerrada ovación surgió de la abigarrada multitud al ascender el rector al pequeño estrado. Con voz serena y pausada, muy diferente al tono de controlada tensión que utilizara al dar inicio a la manifestación, el ingeniero Barros Sierra expresó:

Compañeros:

Quiero estimar que estas afectuosas expresiones se dirigen a nuestra institución, no a mi persona que por azares del destino se encuentra al frente de ella.

Jamás en mi vida me he sentido más orgulloso de ser universitario, porque nadie, en ningún momento, ha tenido la grave responsabilidad de estar al frente de los problemas, de los conflictos, pero también de los triunfos del espíritu y de la energía, demostrada hoy como nunca. Han respondido ustedes maravillosamente y mucho más allá de lo que todos hubiéramos podido esperar.

No sólo el número, es la calidad de esta manifestación imponente la que debe tenernos orgullosos a todos.

No puedo pasar por alto la presencia, junto con nosotros, de las instituciones hermanas: del Politécnico, del Colegio de México y de varias otras más. Hemos expresado, no sólo ante nuestro pueblo, sino ante todo el mundo, que nuestras instituciones de educación superior son capaces de autogobernarse, de decidir sus destinos, de trabajar por el desarrollo justiciero del país, en una forma en que responde a los esfuerzos que el

pueblo de México hace para sostener nuestras instituciones.

Por supuesto, no termina nuestra lucha con esta gloriosa jornada de hoy, pero hemos demostrado la fuerza que tiene el uso de las vías de la razón, sin menoscabo de la energía con que hay que sostener nuestras convicciones más arraigadas. Por eso nuestra lucha, en adelante, se desarrollará en nuestras asambleas, en nuestros mítines, en nuestras aulas, en nuestros laboratorios, trabajando, como siempre, por el progreso de México. Señores, ya no puedo agregar sino esto:

¡Viva nuestra Universidad! ¡Viva el Politécnico! ¡Vivan las instituciones hermanas! Pero por encima de todo, ¡Viva México!

Todos los presentes respondieron con sonoros y emocionados vítores a las palabras del rector; al concluir éstos se dejó escuchar la melodiosa voz de Regina entonando el Himno Nacional. Desde que lo aprendiera de pequeña de labios de su madre, era ésta la primera ocasión en que la Reina de México cantaba en voz alta el himno de su país; en múltiples ocasiones lo había repasado mentalmente, pero sin atreverse nunca a pronunciar su letra por considerar que ésta constituía algo sagrado, y por ende, sólo debía decirse cuando hubiese un motivo que lo ameritase.

Los Cuatro Auténticos Mexicanos, el Testigo y todos los acompañantes de Regina unieron sus voces a la de la Reina de México. Como incontenible incendio el creciente coro se extendió abarcando en segundos a todos los presentes. Trescientas mil personas vibraban de emoción, descubriendo en su Himno Nacional nuevas sonoridades y secretas interpretaciones. Hasta el más insensible de los seres habría percibido que en aquel lugar y en ese momento estaba ocurriendo algo realmente excepcional y trascendente.

Concluida la interpretación del himno, la multitud comenzó a dispersarse. Todos los participantes se llevaban la impresión de haber presenciado el inicio de un acontecimiento histórico, si bien casi ninguno habría podido explicar ni las causas ni mucho menos prever las consecuencias que se derivarían de dicho acontecimiento. Regina definió en pocas palabras lo verdaderamente fundamental de los sucesos de esa tarde:

—Hoy se ha iniciado el Movimiento que tendrá como objetivo lograr que México despierte.

Los primeros pasos

Un numeroso grupo de personas rodeó a Regina al concluir la reunión frente al edificio de la Rectoría en Ciudad Universitaria. En las miradas de todos se expresaba idéntico anhelo: deseaban participar activamente en el Movimiento que se iniciaba.

Regina captó la petición no formulada en palabras y con grandes voces expresó su parecer al respecto. Toda colaboración era bienvenida. Quienes de verdad querían participar en la elevada misión que había que llevar a cabo debían acudir al Centro de Mexicanidad que les quedase más próximo; para ello solicitaba a los diferentes coordinadores de los Centros que diesen a conocer sus respectivos domicilios.

Los cuarenta coordinadores de los Centros de Mexicanidad, alzando los brazos para llamar la atención, comenzaron a vocear las distintas direcciones en donde operaban dichos Centros. Muy pronto cada coordinador se convirtió en el eje de un pequeño remolino humano. Personas de las más variadas condiciones, desde Halcones hasta amas de casas, apuntaban direcciones y hacían toda clase de preguntas, buscando obtener informes que les facilitasen la localización de los diferentes Centros de Mexicanidad.

Una vez finalizada la tumultuaria sesión de preguntas domiciliarias, Regina indicó que al día siguiente, a las seis de la tarde, tendría lugar en la casa de la calle de Alumnos una reunión a la que debían asistir todos los coordinadores de los centros, con objeto de fijar las directrices de su participación en el naciente Movimiento.

Regina y sus acompañantes fueron de los últimos en dejar Ciudad Universitaria. Hacía ya un buen rato que había caído la noche y en las calles de la capital imperaba una anormal quietud. Mientras el atiborrado volkswagen se desplazaba por la avenida Revolución, la joven comentó:

—Hay una cosa que me preocupa muchísimo. Francamente yo no tenía en mi libreto a los señores de verde. Hoy tuvimos suerte y no pasó nada, pero no quiero ni pensar en la reacción que habrá cuando efectuemos el ritual en pleno Zócalo. Necesitamos asegurarnos de alguna manera que el ejército no vaya a intervenir en ninguna de las dos ocasiones en que el Zócalo habrá de llenarse con cerca de cuatrocientas mil personas, de lo contrario eso va a ser una espantosa matazón de gente. ¿Qué no habría forma de hacerles saber a sus amigos lo que está pasando en el país? —Regina formuló la pregunta dirigiéndose a don Rafael.

El Depositario de la Tradición Zapoteca se sonrió y rascándose la frente respondió con dubitativo acento:

—Tal vez sí y tal vez no, eso depende.

—¿Depende de qué? —preguntó don Uriel.

—De a cuál de los dos lados del ejército le expliquemos lo que está pasando y de cuál de los dos lados del ejército sea el que logre imponer su voluntad en esta situación.

—No entiendo —dijo Regina.

—Al igual que en todo lo que existe, hay una dualidad en el ejército, eso explica sus actos y sus personas. Hay militares, y los ha habido siempre, que actúan siguiendo el ejemplo de los Niños Héroes que defendieron el Castillo de Chapultepec. En cambio, otros tienen como modelo a Santa Anna. Los que se inspiran en la memoria de los Niños Héroes están siempre con el pueblo, lo auxilian en inundaciones y temblores. Y el pueblo está con ellos a la hora de los trancazos. Fue así, juntos, como derrotaron a los franceses cuando éstos tenían el mejor ejército del mundo. Pero hay también militares dominados por el espíritu de Santa Anna, ésos sólo buscan su beneficio personal, reprimen bestialmente cualquier reclamo popular y son bien capaces de hacer traición, como un tal Victoriano Huerta, que asesinó al señor Madero, un buen hombre, un tanto ingenuo, que había llegado a ser presidente.

—¿Eso quiere decir que hay militares que podrían entender cuál es el verdadero propósito de este Movimiento? —preguntó Regina.

—Es muy posible.

—Pues necesitamos hablar con ellos, pero ya —afirmó categóricamente la Reina de México —. ¿Usted los conoce?

—Conozco algunos. Como les dije, el camino zapoteca para llegar a ser mexicano requiere en su comienzo de una pasada por el cuartel. Ahí dejé muchos amigos, con el tiempo algunos han llegado a coroneles y generales. Si usted quiere podríamos intentar hablar con ellos.

—Por supuesto que sí, en cuanto lleguemos a la casa por favor llámelos.

Una sola llamada telefónica bastó a don Rafael para poner en marcha el proyecto de reunión. Tras de hablar con el primero de sus amigos militares —un general de división oaxaqueño— éste se comprometió a promover un desayuno en su domicilio para el día siguiente, al cual invitaría a todos sus compañeros de armas de absoluta confianza que lograse localizar en la ciudad.

La casa en donde se efectuaría el desayuno estaba a sólo quince minutos de recorrido en auto de aquella en donde moraba Regina. Justo a la hora que se les había fijado, la Reina de México y los Cuatro Guardianes de la Tradición llamaron a la puerta. Al parecer el anfitrión había citado a los demás invitados más temprano pues, según él mismo dijo, ya todos estaban presentes. Se trataba de una veintena de militares de alta graduación: generales y coroneles exclusivamente.

Don Rafael había sido condiscípulo en el Colegio Militar de los oficiales ahí reunidos. Con su acostumbrada amabilidad el Supremo Guardián de la Tradición Zapoteca fue haciendo las presentaciones. No se concretó a citar los correspondientes nombres de los oficiales, sino que en cada caso fue haciendo referencia a las que consideraba sus cualidades más sobresalientes. Concluidas las presentaciones don Rafael expuso brevemente el motivo de la reunión: importantes acontecimientos estaban por ocurrir en el país; en virtud de tratarse de sucesos del todo inusitados iba a ser muy fácil que diesen lugar a equivocadas interpretaciones; qué mejor, por tanto, que quien tenía a su cargo la responsabilidad de la conducción de dichos sucesos procediese a explicarlos.

Acto seguido Regina hizo uso de la palabra. Con total sinceridad, sin intentar en ningún momento encubrir la realidad con velos que la hiciesen menos increíble, habló de México concebido no como una simple entidad geopolítica, sino como un ser vivo y poderoso que yacía postrado en un profundo letargo, del cual había que despertarlo cuanto antes, requiriéndose para esto de un ritual que sólo ella podría efectuar.

Al mismo tiempo que hablaba, Regina percibía claramente la impresión que iba causando en sus oyentes. Éstos se debatían entre la confusión y la comprensión. Aun cuando era evidente que tanto la ruptura de la cárcel de la Luna como el agua de los cielos habían propiciado condiciones particularmente favorables para entender los asuntos del espíritu, también lo era que la inercia derivada de incontables siglos de considerar la ilusión como realidad, convertía la captación de ésta en una tarea en extremo difícil.

Esforzándose porque su explicación fuese lo más clara y concisa posible, Regina mencionó los requisitos esenciales que se requerían para efectuar el ritual que iniciaría el despertar del país, subrayando la necesidad de ocupar dos veces el Zócalo con cerca de cuatrocientas mil personas. Aun antes de concluir, la joven sabía ya que había fracasado en su intento de explicar a los militares lo que estaba ocurriendo; las miradas de éstos sólo reflejaban sentimientos de suspicacia y desconcierto. Finalizó diciendo que si le querían hacer preguntas procediesen a formularlas y que luego de oírlas trataría de contestarlas en una sola exposición.

Se hizo un tenso silencio, luego un general de brigada inquirió en tono acusador:

—Me gustaría saber si pertenece usted al Partido Comunista o si aun sin formar parte de este partido profesa esa ideología.

Un general de división de gruesas y morenas facciones intervino para indagar.

—Ampliando la pregunta anterior, quisiera nos dijese cuál es su ideología: ¿es usted de derecha o de izquierda?

Un coronel interrogó a su vez:

—¿Cuál es exactamente su posición ante el gobierno?

Un general brigadier afirmó:

—Discúlpeme señorita, pero francamente no puedo creer en nada de lo que usted ha dicho, yo considero que estos borlotes estudiantiles sólo buscan desestabilizar al gobierno y...

La frase se quedó sin terminar. Un brusco, imperativo ademán de Regina impuso silencio al militar. Los ojos de la Reina de México despedían chispas y sus facciones revelaban un profundo enojo. Con palabras duras y cortantes, Regina formuló severos reproches a sus oyentes: si había acudido ante ellos era en la creencia de que hablaría ante los legítimos herederos de la tradición de honor y gloria legada por los Niños Héroes. Se había equivocado por completo. ¿Acaso no comprendían que la supervivencia misma de México estaba en juego? El pueblo sí lo estaba entendiendo y no había la menor duda de que acudiría en masa cuando llegase el momento de efectuar el ritual. Lo único que faltaba por saber era si dicho ritual se realizaría pacíficamente o entre ríos de sangre; si esto último ocurría, una imborrable mancha caería en el historial del ejército.

Una vez finalizada su iracunda alocución, sin despedirse de nadie Regina se encaminó a la puerta de salida. Los Cuatro Auténticos Mexicanos la siguieron. El dueño de la casa les alcanzó

cuando ya estaban en la calle y sin pronunciar palabra estrechó las manos de los cinco. No sólo había en su mirada pesar y desconcierto, destellos de comprensión asomaban en sus negras pupilas. Regina presintió que en el interior de aquel hombre se libraba una ruda e inconclusa batalla.

El quinteto abordó su automóvil y éste se alejó, desplazándose lentamente a causa del intenso tráfico.

—Creo que nos quedamos sin desayunar y sin posibilidad de darnos a entender con los militares —afirmó Regina con un dejo de desaliento.

Llegaron a su domicilio y optaron por no salir ese día a la calle, para así preparar debidamente la reunión que tendrían por la tarde con todos los coordinadores de los Centros de Mexicanidad. Habían acordado que después de la reunión ofrecerían una cena a los participantes y se dieron a la tarea de elaborar los alimentos necesarios, contando para ello con la colaboración de aquellos familiares de los Auténticos Mexicanos que convivían en la casa. Regina había aprendido ya a hacer tortillas y las confeccionaba a mano con gran rapidez. Se encontraba plenamente dedicada a esta actividad cuando sonó la campana de la entrada. La espigada nieta de don Gabriel fue a ver quién llamaba. Eran los mismos veinte militares de elevado rango con los cuales se había desarrollado horas atrás la frustrante entrevista.

Los recién llegados fueron introducidos a la sala de la casa y se acomodaron en sus antiguos muebles estilo Luis XV. Un notorio cambio se había operado en el ánimo de los militares, sus rostros no denotaban ya ni incomprensión ni desconfianza. El general de división oaxaqueño habló por todos: lo expresado por Regina les había llegado a lo más profundo de su ser, haciéndoles sentir que, en efecto, el destino del país estaba en juego y que ellos no debían permanecer al margen de los acontecimientos; la única garantía que pedían para prestar su colaboración era la seguridad de que ningún acto que realizasen pusiese en peligro a las instituciones gubernamentales, pues de manera alguna se prestarían al derrocamiento de las autoridades que habían jurado defender.

Regina escuchó gratamente complacida las palabras del general y dio pronta respuesta a éstas: jamás había entrado en sus planes el derribar al gobierno, el cual, por cierto, no le simpatizaba nada; sin embargo, mientras no se elevase el nivel de la conciencia de la población —y esto no ocurriría mientras el territorio mismo no despertase— no tenía ningún caso quitar a las personas que integraban al gobierno y sustituirlas por otras, pues ello sería tan sólo un simple cambio de pandillas; su objetivo —como ya había explicado— era mucho más pretencioso, se trataba de lograr despertar a la conciencia misma de la nación; alcanzando esto todo lo demás sería tan sólo cuestión de tiempo, y seguramente antes de un siglo —o sea un instante en una dimensión histórica — México habría recuperado la sagrada misión que le era propia, esto es, colaborar al desarrollo del Universo transformando en beneficio de la humanidad las más sutiles energías provenientes del Cosmos.

Los militares escucharon con profunda atención las cosmológicas explicaciones de la Reina de México. Acto seguido le preguntaron respecto a lo que podrían hacer para colaborar a la realización de tan elevados propósitos, a lo cual ella respondió que no se trataba de hacer sino de dejar de hacer, pues la valiosa ayuda que les solicitaba consistía en que impidiesen la represión

del ritual que muy pronto habría de efectuarse en el Zócalo.

El mismo general brigadier que en el primer encuentro señalara abiertamente su incredulidad a lo afirmado por Regina, le interrogó ahora con amable acento:

—¿Cuándo se realizará ese ritual?

—En cuanto exista en el pueblo el estado de conciencia apropiado para efectuarlo; al paso que van las cosas creo que será en unas cuantas semanas más.

—Usted mencionó —intervino un coronel— que el Zócalo sería ocupado dos veces. ¿Es un ritual o son dos?

—Es uno, pero está dividido en dos partes y por ello es necesario ocupar dos veces el Zócalo; por cierto, no sé si sería mucho pedir, pero he estado pensando en la necesidad de efectuar primero un ensayo general para así tener la seguridad de que todo saldrá bien.

—¿Entonces serían tres veces las que necesitarían ocupar el Zócalo? —preguntó el general oaxaqueño.

—Así es —respondió Regina.

—No va a ser nada fácil —afirmó el mismo general con preocupado acento—; usted ya se habrá dado cuenta que el gobierno tiene verdadero pánico de que se efectúen en la Plaza Mayor cualquier clase de actos que no sean los estrictamente oficiales; sin embargo, puede tener la absoluta seguridad de que todos los aquí presentes haremos cuanto podamos por lograrlo. Parece ser que hoy regresa de Guadalajara el señor presidente, de aquí nos iremos a Los Pinos a solicitar audiencia. Le diremos con toda franqueza que nos opondremos firmemente a que sean reprimidas las próximas tres grandes concentraciones que se realizarán en la Plaza Mayor. ¿No podría decirnos más o menos las fechas en que tendrán lugar esas concentraciones?

Regina meditó un instante, luego dijo:

—El ensayo general podría efectuarse a mediados de mes y la primera parte del ritual a finales, la segunda...

El rostro de la Reina de México se iluminó de pronto debido a una súbita intuición. Con alegre acento exclamó:

—¿Saben una cosa? Creo que la mejor fecha para celebrar la segunda y definitiva etapa del ritual es el 13 de septiembre, aniversario de los Niños Héroes.

Una expresión de complacencia se dejó ver en las facciones de los veinte militares. Regina prosiguió hablando:

—Por cierto, no es por afán de hacer críticas, pero ¿por qué no han propiciado ustedes una mayor veneración a la memoria de los Niños Héroes? Debía realizarse periódicamente en Chapultepec un acto recordatorio que fuese casi un ritual.

—Ese acto se efectúa en Chapultepec cada 13 de septiembre, en el nuevo monumento a los Niños Héroes —respondió un anciano general de división.

—Muy bien, nada más que yo considero que no es suficiente recordar este hecho una sola vez al año. ¿Por qué no efectuar el acto conmemorativo una vez al mes? Creo que podría hacerse todos los días trece a las doce horas.

—Tiene usted razón —contestó el anciano general—, trataremos de convertir en realidad su propuesta.

En medio de cordiales expresiones de afecto, Regina se despidió de cada uno de los militares.

—Que tengan muy buena suerte —les deseó al verles partir hacia la cercana residencia presidencial.

•

Un optimista entusiasmo predominó en el transcurso de la reunión a la que asistieron los cuarenta coordinadores de los Centros de Mexicanidad. Regina habló largamente, subrayando los importantes avances que para la realización del objetivo que les unía, representaban los recientes acontecimientos.

El Movimiento tendiente a lograr despertar a México se había iniciado —afirmó la joven con firme convicción—, lo que procedía ahora era no dejarlo confinado a la capital de la República, sino difundirlo por todo el país; así pues, era necesario que todos los coordinadores de los Centros de Mexicanidad se encaminasen a la provincia, con objeto de organizar en los diferentes estados nuevos Centros que agrupasen a las personas más conscientes de toda la nación. Esta labor debía realizarse paralelamente y de ninguna manera en contraposición o competencia con aquella que emprenderían muy pronto los comités de huelga estudiantiles, los cuales, por lógica, buscarían también extender su organización al interior del país.

El Movimiento —explicó entusiasta la Reina de México— constituiría algo muy semejante al súbito surgimiento de un poderoso gigante de efímera existencia. El cerebro y el corazón del enorme ser estarían representados por las organizaciones estudiantiles que se estaban creando para dirigirlo. Correspondía a los Centros de Mexicanidad convertirse en el espíritu del Movimiento, esto es, en la parte invisible que determinaría y daría aliento a todas sus acciones. El tiempo apremiaba —concluyó Regina—, quienes marchasen al interior debían retornar antes de que concluyese el mes, para así poder participar en la primera etapa del ritual.

La reunión se prolongó hasta altas horas de la noche. Buen humor, canciones, risas, proyectos y despedidas. En la mirada de cada uno de los coordinadores se apreciaba la existencia de esa luz interior, indefinible y misteriosa, que han poseído siempre todos aquellos que han formado parte de los movimientos espirituales que han transformado —elevándola— la conciencia de la humanidad.

A la mañana siguiente los Cuatro Auténticos Mexicanos manifestaron, al unísono, su desacuerdo con la disposición de Regina de que también ellos debían encaminarse a difundir el Movimiento en el interior del país. A juicio de los cuatro su lugar estaba junto a la auténtica Soberana de la Nación y no debían apartarse de su lado por ningún motivo. Regina opinaba lo contrario. El Movimiento —reiteró— se transformaría rápidamente de capitalino en nacional. Si conjuntamente con su expansión física no se producía otra de carácter anímico, se habría dado vida a un simple monstruo, vigoroso pero inconsciente. Para evitar que esto último ocurriese no bastaba la labor —valiosa e igualmente insustituible— que llevarían a cabo los encargados de fundar Centros de Mexicanidad en todos los estados de la República; se requería que esta labor estuviese apoyada y supervisada por quienes, después de ella, poseían la máxima responsabilidad

en la misión de lograr despertar a México.

Finalmente el quinteto se puso de acuerdo: en forma rotativa un Auténtico Mexicano permanecería siempre al lado de Regina, mientras los otros tres viajaban por el interior del país. Esa misma tarde, una vez trazadas sus iniciales rutas de acción, partieron don Uriel, don Miguel y don Rafael. El Supremo Guardián de la Tradición Maya permaneció en la casa de la calle de Alumnos, ayudando desde el centro del país a la Reina de México en su tarea de dirigir y coordinar tanto los esfuerzos que buscaban incrementar al máximo el proceso de despertar del pueblo, como la labor tendiente a lograr insuflar un espíritu al Movimiento que dicho despertar había propiciado.

•

La noticia de que la manifestación que encabezara el rector de la UNAM no había sido reprimida motivó una enorme cólera en el presidente Díaz Ordaz. Arrojando espumarajos de rabia por su ancha boca, maldijo durante un buen rato la incompetencia de sus funcionarios. Acto seguido dispuso su retorno para la mañana siguiente a la ciudad de México.

Atendiendo a los informes que le proporcionara por radio el secretario de la Defensa, el fracaso de la operación obedecía a que los Halcones no habían sido capaces de conducir a los manifestantes hasta el lugar de la emboscada montada por las tropas. Así pues, antes de abordar el avión que le transportaría a la ciudad, el presidente giró instrucciones de localizar al Tenebras y de llevarlo a la residencia oficial de Los Pinos en donde le vería más tarde.

El Tenebras era la imagen misma de la confusión. No tenía argumento alguno para explicar la extraña actitud asumida por los integrantes del grupo paramilitar a su cargo, los cuales habían optado por desertar en masa, sin siquiera tomarse la molestia de dar a conocer las razones de su conducta. Algo en verdad insólito y misterioso debía haber ocurrido en cierto momento de la manifestación —afirmó compungido al hallarse frente al presidente— y aun cuando ignoraba las causas de lo acontecido, estaba firmemente decidido a investigarlas y a cobrar un sobrado desquite por el fracaso sufrido.

El humor del primer mandatario no era el más apropiado para intentar develar enigmas. Con áspera voz notificó al Tenebras que a partir de ese instante quedaba fuera de las nóminas del erario, resultando aplicable esta misma medida a todas y cada una de “sus gallinas”. La comisión de formar y dirigir un auténtico grupo de Halcones se le daría a una persona que en verdad tuviese agallas para esta tarea.[1]

En cuanto el Tenebras salió del despacho presidencial, penetró en éste el general Marcelino García Barragán, secretario de la Defensa. El licenciado Díaz Ordaz le comunicó que había decidido resolver de una vez por todas el conflicto estudiantil: decretaría el estado de sitio; el ejército ocuparía las escuelas y dispararía sin contemplación sobre quien, en cualquier parte de la República, intentase realizar manifestaciones o algún otro tipo de protesta.

El presidente estaba aún impartiendo instrucciones respecto a la extrema dureza con que debían comportarse las tropas, cuando su secretario particular le pasó una lista conteniendo los

nombres de veinte militares de elevada jerarquía que solicitaban una entrevista con carácter de urgente. Extrañado ante lo insólito de la petición, el primer mandatario mostró la lista al secretario de la Defensa, preguntándole si tenía antecedentes del asunto que los militares deseaban exponerle. El general García Barragán respondió que desconocía por completo dicho asunto; luego, tras de leer la lista de los nombres, afirmó:

—Se trata de algunos de los mejores hombres con que cuenta el ejército.

—Ninguno de ellos forma parte del Estado Mayor Presidencial —expresó el licenciado Díaz Ordaz con receloso acento—. No veo por qué tenga yo que recibirlos, deberían tratar sus problemas a través de los conductos convencionales.

—Dos de ellos son comandantes de Zona y todos gozan de un gran prestigio —apuntó el secretario de la Defensa—. Quizá sólo desean patentizarle su total adhesión en estos difíciles momentos.

—Está bien, los recibiré —masculló el presidente—. Quédese usted para que también se entere de qué es lo que quieren.

Los veinte militares penetraron al privado presidencial. Tras de saludar al licenciado Díaz Ordaz y al general Marcelino García Barragán —quienes se habían puesto de pie para recibirlos — permanecieron formando un semicírculo en torno de ambos. Un general de división de facciones típicamente zapotecas hizo uso de la palabra. Comenzó reiterando la lealtad que como soldados guardaban a las autoridades constituidas. Sus iniciales afirmaciones produjeron una evidente satisfacción en el ánimo del primer mandatario, pero ésta se trocó en asombro al escuchar las siguientes declaraciones del general.

Por encima de los transitorios puntos de vista personales —afirmó el militar con recio acento — debía prevalecer el permanente y superior interés de México, y en las presentes circunstancias, dicho interés demandaba un respeto absoluto a los participantes de tres grandes concentraciones que próximamente se realizarían en la Plaza Mayor.

Del todo desconcertado y sin alcanzar a entender qué era exactamente lo que el general oaxaqueño estaba tratando de decirle, el presidente preguntó a éste de cuáles tres concentraciones hablaba. El militar respondió que el verdadero propósito del Movimiento que se había suscitado en el país era llevar a cabo tres grandes manifestaciones que culminarían en el Zócalo, dichas manifestaciones serían pacíficas y no entrañaban peligro alguno para el gobierno, razón por la cual, concluyó, todos los militares ahí presentes se oponían terminantemente a que se efectuasen medidas represivas en contra de dichas concentraciones.

Al escuchar las exigencias contenidas en las palabras del general, el secretario de la Defensa enrojeció de cólera y con airadas frases comenzó a reprochar a los oficiales su actitud, la cual —sentenció— constituía una auténtica insubordinación y el castigo para ésta no era otro sino el arresto y el consiguiente juicio.

Mientras su enfurecido secretario vituperaba a los oficiales, el presidente intentó dilucidar mentalmente el inesperado problema al que se enfrentaba. Debido a su carácter particularmente suspicaz y receloso, le era del todo imposible suponer que aquellos veinte militares se hubiesen atrevido a desafiar su autoridad sin tener un respaldo que se movilizaría de inmediato si se procedía a su arresto. Se enfrentaba por tanto —concluyó alarmado— a una intentona de golpe de

Estado, cuyos verdaderos promotores debían ser otros y no los oficiales que tenía frente a sí.

Una vez llegado a esta conclusión, el primer mandatario sacó como consecuencia que lo que menos le convenía era ordenar en ese instante el arresto de los insubordinados militares, pues esto desataría automáticamente los acontecimientos. Lo que procedía —si es que aún era posible— era intentar ganar tiempo, para tener así la oportunidad de averiguar cuáles eran los hilos que integraban la conspiración y luego proceder a destruirlos eliminando a sus auténticos dirigentes.

Adoptando una conciliatoria actitud que estaba muy lejos de ser sincera, el licenciado Díaz Ordaz interrumpió la encendida perorata del general García Barragán y con reposado acento afirmó que encontraba muy razonable la petición que se le formulaba; podían, por tanto, marcharse con la seguridad de que no serían reprimidas ninguna de las tres próximas concentraciones que llevarían a cabo en el Zócalo quienes participaban en el Movimiento.

Una expresión de alivio se dejó ver en veinte militares facciones. Un general de división de avanzada edad manifestó su agradecimiento y complacencia a lo expresado por el presidente, reiterando a éste la lealtad que le debían como soldados. El licenciado Díaz Ordaz disimulaba su cólera ocultándola tras una fría cortesía. El general García Barragán permanecía mudo, rumiando su enojo. Los oficiales se despidieron y marchando en grupo salieron de Los Pinos.

•

Los veinte militares de alta graduación que se entrevistaron con el presidente Díaz Ordaz el 3 de agosto de 1968 ganaron, sin disparar un solo tiro, una importante batalla. Certera intuición respecto a cuáles eran en verdad los intereses de su país y firme determinación de actuar conforme a éstos fueron sus armas. Su sorpresiva y oportuna intervención consiguió maniatar las agresivas intenciones del gobierno justo en el momento en que éstas iban a desatarse al máximo. Desde luego, el hecho de que el primer mandatario juzgara que transitoriamente no podría utilizar al ejército como instrumento de represión, no disminuyó en un ápice su intención de hacer cuanto fuese posible para lograr la destrucción del Movimiento. Lo que ocurrió fue que durante un tiempo —que habría de resultar invaluable— la atención y la energía del presidente dejó de estar centrada en su afán de ejercer una violencia masiva y generalizada, para concentrarse en una obsesiva búsqueda de los ocultos dirigentes que suponía debían hallarse tras el Movimiento.

Mientras el licenciado Díaz Ordaz sospechaba hasta de su sombra y ordenaba investigación tras investigación de sus más cercanos colaboradores —estimando que lo más probable era que fuesen uno o varios de éstos los que promovían el Movimiento para adueñarse del poder— una edecán olímpica laboraba incansable despertando la conciencia de cuantos se cruzaban en su camino. El recuerdo de cada uno de esos encuentros se transformaría en imborrable memoria en todos aquellos que tuvieron la suerte de conocer a dicha edecán.

---

[1] La comisión de integrar un nuevo grupo de Halcones le fue dada a José González González, sujeto que adquirió posteriormente cierta notoriedad por escribir un libro de memorias intitulado Lo negro del Negro Durazo.

El segundo grupo de Halcones no logró constituirse con la rapidez necesaria para intervenir en los acontecimientos de 1968; su actuación más “destacada” tuvo lugar el 10 de junio de 1971, pero ésa es ya otra historia.

Capítulo VI

La prueba del aire
o la Manifestación del Silencio

El verdadero objetivo de este Movimiento es el de lograr que México despierte

ANTONIO VELASCO PIÑA,
Regina

A toques del pasado el presente se oirá.

1

Edecán en acción

La señora Teresa López viuda de Romero y el licenciado Horacio Guajardo no se conocían y jamás habrían de hacerlo; sin embargo, el momento decisivo de la vida de ambos ocurrió simultáneamente, cuando los dos viajaban en el mismo destartalado autobús urbano que avanzaba arrojando abundante monóxido de carbono por las calles de la ciudad de México.

Nacida, crecida y envejecida en el barrio de Tepito, toda la existencia de la señora López había transcurrido en una incesante lucha en contra de la pobreza, del vicio y de los abusos de las autoridades. Y en aquella nublada mañana de agosto, justo el día en que cumplía los cuarenta y ocho años de edad, la tepitense llegó a la conclusión de que el prolongado combate en contra de sus tres viejos enemigos había concluido en un rotundo fracaso. Estaba más pobre que nunca, su esposo acababa de morir hacía unos días víctima de una cirrosis generada por un incurable alcoholismo, y su hijo se encontraba en la cárcel, poco grato lugar al que había ido a parar a resultas de un robo efectuado para obtener recursos con los cuales satisfacer su afición a las drogas. Por si todo ello fuese poco, agentes aduanales y judiciales no dejaban de exaccionarla por el hecho de haber tenido, largos años atrás, un pequeño puesto en donde vendía artículos de contrabando.

Una vez reconocida su total derrota en la vida, la señora López decidió que lo más conveniente era poner punto final a su existencia. Reuniendo el escaso dinero que poseía se encaminó a la farmacia más cercana con la intención de adquirir una buena dosis de barbitúricos. No llegó a entrar al establecimiento, de repente pensó que su compra podía despertar sospechas en el farmacéutico, antiguo conocido de la familia.

Abordando el primer autobús que cruzó por la esquina, recorrió en el vehículo una considerable distancia, descendiendo en una sección de la ciudad que le era del todo desconocida. Tras de caminar unas cuadras dio con una farmacia y entrando en ésta adquirió el producto deseado. Apretando fuertemente la bolsa de mano que contenía el frasco de somníferos, la señora Teresa López viuda de Romero abordó el autobús que la llevaría de regreso a la vecindad en donde había vivido siempre.

•

El licenciado Horacio Guajardo estaba próximo a cumplir los cuarenta y tres años de edad. Nacido en la ciudad de Monterrey, había permanecido en ella hasta concluir la preparatoria, trasladándose luego al Distrito Federal para el efecto de cursar en la UNAM la carrera de abogado, profesión que casi no llegó a ejercer, pues desde estudiante empezó a practicar el periodismo y a luchar en favor de las causas populares. Cristiano de convicción, había canalizado sus labores en beneficio de los oprimidos a través de la creación de organizaciones sindicales, inspiradas en los postulados sociales de las encíclicas papales. Tal era el caso del FAT (Frente Auténtico del Trabajo) del cual había sido miembro fundador y activo militante. Marginado de la gran prensa por su definida posición antigubernamental, lograba subsistir merced a los ingresos que obtenía como director de una modesta revista católica y como profesor de la Universidad Iberoamericana.

Al iniciarse el conflicto estudiantil, el licenciado Guajardo presintió que se abría para el país una posibilidad de renovación y alentó la esperanza de que las dos instituciones en donde laboraba colaborarían en alguna medida en favor del Movimiento. Muy pronto comprendió lo infundado de sus suposiciones. Los propietarios de la revista eran personas profundamente conservadoras y se negaron a que se publicase en ésta un enfoque de los acontecimientos que entrañase críticas a las autoridades. A la Universidad Iberoamericana asistían principalmente jóvenes de familias adineradas, incluyendo a muchos hijos de funcionarios públicos. Los días transcurrían y no se observaba entre los alumnos de dicha Universidad el menor interés por sumarse al Movimiento.

La actitud de los propietarios de la revista y de los alumnos de la "Ibero" llevó al licenciado Guajardo a la decisión de renunciar cuanto antes a sus dos trabajos. No sabía de qué forma iba a obtener en el futuro los medios necesarios para su sostenimiento personal y familiar, pero sentía imposible seguir colaborando con instituciones evidentemente ciegas a los importantes hechos que estaban aconteciendo. Tomada su determinación, habló con los dueños de la revista presentándoles su renuncia a la dirección de la misma. Se la aceptaron y le dieron un cheque por el importe de tres meses de sueldo, magra compensación por sus largos años de servicio. Tras de cambiar el cheque por dinero en efectivo, el licenciado Guajardo abordó un autobús que le conduciría a su domicilio. Pensaba acudir esa misma tarde a la Universidad Iberoamericana a presentar su renuncia.

•

La señora Teresa López viuda de Romero la vio desde antes de que subiera al autobús. La Edecán estaba parada en la esquina, acompañada de un anciano ataviado con ropajes campesinos. A través de la ventanilla del vehículo la señora López pudo observar a escasa distancia la figura de la joven. La Edecán era de regular estatura y de bien proporcionado cuerpo. Una larga, negra y suelta cabellera le llegaba casi a la cintura. Su tez era morena y parecía poseer un especial brillo y lozanía. Toda su persona irradiaba salud y dinamismo.

El licenciado Horacio Guajardo observó el ascenso al autobús de dos personas de singulares características. Una era un hombre de edad avanzada que parecía salido de una estela maya. La

otra era una joven de impresionante belleza que portaba el uniforme de las edecanes olímpicas. Su cara era ovalada y de finas facciones. En sus ojos, grandes y profundamente azules, ardía un fuego que producía centellantes fulgores de poderosa energía. Una resplandeciente sonrisa le iluminaba el rostro, inspirando confianza y afecto desde el primer momento.

La Edecán no tuvo que hacer nada para atraer la atención de los pasajeros, los ojos de todos los presentes se mantenían fijos en ella complaciéndose en observar cada uno de sus movimientos, los cuales eran tan gráciles y armónicos que superaban la plasticidad de las más sofisticadas posiciones de las danzas clásicas. Y entonces la Edecán comenzó a cantar en un idioma extraño e incomprensible. Su voz poseía increíbles tonalidades y sin esfuerzo alguno podía recorrer todos los niveles de la escala musical. A ratos semejaba el canturrear de un arroyo y en otros el retumbar de una tempestad. Los pasajeros permanecían estáticos y fascinados. El chofer había detenido el avance del autobús para así disfrutar más a sus anchas del inesperado espectáculo.

Al concluir su canción, la joven empezó a disertar con firme acento: México se enfrenta a una prueba de la cual dependía su supervivencia; el Movimiento recién iniciado y al cual apoyaban no sólo los estudiantes, sino un creciente número de personas, tenía por objeto despertar al país; solicitaba de todos comprensión y ayuda para el Movimiento, debiendo darse ésta según las circunstancias y posibilidades de cada quien. Para finalizar, la Edecán manifestó que estaba recabando fondos para los gastos del Movimiento, razón por la cual agradecería cualquier aportación por pequeña que ésta fuese.

El licenciado Horacio Guajardo se encontraba ocupando uno de los asientos delanteros del autobús; al escuchar la petición de la joven extrajo de su bolsillo la totalidad de la compensación que acababa de recibir con motivo de la renuncia de su empleo, y sin vacilación alguna, dejó caer el grueso fajo de billetes en la ancha bolsa de tela que llevaba la Edecán. Ésta observó con manifiesta sorpresa la generosa aportación y clavando su expresiva mirada en el donante inquirió:

—Oiga, ¿qué no es mucho?

—No, no lo creo, al contrario, es bien poco.

—¿En qué trabaja usted?

—Soy maestro de la Universidad Iberoamericana, pero ya pronto dejaré de serlo.

—Y esos chavos, ¿por qué no han entrado al Movimiento?

—Ésa es justamente la razón por la cual esta tarde dejaré de ser maestro de esa Universidad, porque no tengo ninguna respuesta para esa pregunta.

—¿Y por qué no les hace primero la pregunta a los estudiantes antes de renunciar?

—Está bien, se las haré.

La Edecán prosiguió recolectando donativos al tiempo que avanzaba hacia la parte trasera del vehículo. En uno de los últimos asientos se encontraba la señora Teresa López viuda de Romero. Al ver frente a ella a la joven, la viuda extrajo de su bolso el frasco de somníferos y se lo entregó diciendo:

—Quisiera poderle dar algo de valor, pero esto es ya lo único que tengo.

La Edecán tomó entre sus manos el frasco y lo pasó a su acompañante. Las llamas azules que sin cesar brotaban de los ojos de la joven observaron con detenimiento el mapa de sufrimientos grabado en el rostro de la viuda. Con tono amable y cariñoso afirmó:

—Si eso es ya lo único que tiene, entonces lo justo es que comience a recibir. Tome —al decir esto entregó a la viuda la bolsa que contenía los donativos—, estoy segura que le servirá de algo. Buena suerte.

Dando media vuelta la Edecán se encaminó hacia la puerta de la salida. El anciano de facciones mayas no se separaba de su lado. Los pasajeros prorrumpieron en un estruendoso aplauso. De un ágil salto la joven abandonó el autobús y éste prosiguió su marcha.

Una hora más tarde la señora Teresa López viuda de Romero formalizaba en un importante establecimiento comercial la compra de una máquina de coser. Cumplía así un viejo y siempre pospuesto anhelo. Estaba segura de que con ese instrumento de trabajo lograría subsistir, decorosamente, el tiempo que le restase de vida.

Tal y como lo había ofrecido a la Edecán el licenciado Horacio Guajardo aprovechó su clase de esa tarde para preguntar a sus alumnos el motivo por el cual no se habían sumado al Movimiento. La interrogación produjo una reacción en cadena de sucesos del todo inusitados en la Ibero. Para empezar, los jóvenes se percataron de que ni siquiera se habían planteado la posibilidad de unirse o no al Movimiento. El motivo de su indiferencia se les revelaba ahora con toda claridad: la riqueza de que gozaban había generado en ellos un egoísmo que les hacía insensibles a los problemas de su país. Reconociendo la falta, buscaron con ánimo sincero enmendar su yerro. Se convocó a una asamblea y se iniciaron los debates: éstos eran lentos e indecisos, semejantes a los pasos de un ciego avanzando por escabroso terreno. No obstante, la voluntad de participar en los acontecimientos que sacudían a la nación terminó por imponerse. Varios maestros se solidarizaron con la actitud asumida por sus alumnos. Se integró una comisión de estudiantes y profesores —presidida por el licenciado Guajardo— encargada de elaborar un manifiesto de apoyo al Movimiento. Dos días después aparecía el correspondiente desplegado en dos importantes periódicos capitalinos. El análisis que se hacía en dicho manifiesto de los males que aquejaban al país resultaba en extremo revelador y acertado. No es muy frecuente que los miembros de las clases pudientes reconozcan que el disfrute de sus riquezas se deriva, comúnmente, de la existencia de enormes injusticias sociales.

> Es nuestra convicción que no se trata de una crisis social pasajera, sino de una manifestación de grandes problemas nacionales no resueltos, o deficientemente atendidos. Por ejemplo: 1. La injusta distribución del ingreso nacional. 2. El marginalismo y la discriminación tácita, sobre todo en sectores suburbanos, campesinos e indígenas. 3. El colonialismo interno, auténtica explotación de las clases menos favorecidas, por sectores privilegiados de la nación. 4. Un sistema de desarrollo económico que pesa fundamentalmente sobre las clases populares. 5. La concentración del poder de decisión en 522pocas manos. 6. El control gubernamental sobre los medios de comunicación social. 7. La deficiencia de nuestras instituciones universitarias, que en su investigación, cátedras, planes de estudio y proyección social, no han respondido suficientemente a los problemas que aquejan al país.

•

El joven estudiante politécnico Félix Lucio Hernández Gamundi y el señor José Agustín Román

Herrera, vendedor de diversos artículos de casa en casa, no se conocían y tan sólo iban a coincidir momentáneamente en una agitada reunión de padres de familia, la cual constituiría para ambos un inolvidable acontecimiento.

Nacido el día 30 de agosto de 1946 en la pequeña población de Balcázar, ubicada en la Huasteca Veracruzana, Félix Lucio Hernández Gamundi constituía un clásico representante del tipo de dirigentes que predominan en los comités de huelga. Inteligente y honesto, valiente y tenaz, llevaba varios años batallando en favor de una genuina representación estudiantil. Primero en la Vocacional Dos y luego en la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME) se había destacado por su implacable oposición a la gobiernista y corrupta Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FENET). La indiferencia de los alumnos y los amplios recursos de que disponía la federación estudiantil oficial habían frustrado repetidamente sus esfuerzos de renovación. Al iniciarse el Movimiento, Gamundi (sus compañeros le llamaban siempre por su segundo apellido y no por el primero) había sido designado por abrumadora mayoría dirigente del comité de huelga de la ESIME.

Una de las primeras disposiciones adoptadas por el flamante dirigente estudiantil consistió en la inmediata requisa de los camiones del Instituto Politécnico Nacional. Al igual que en todas las instituciones educativas que se iban declarando en huelga, en el Politécnico se estaban formando a gran prisa numerosas brigadas que tenían a su cargo las más variadas actividades, desde recabar fondos hasta repartir volantes. Gamundi estimó que el poder contar con un buen número de vehículos sería para las brigadas de inapreciable valía. Asimismo, intuyendo que el recién iniciado Movimiento era mucho más que un simple conflicto estudiantil, consideró la necesidad de lograr la participación de los padres de los alumnos y pidió a sus compañeros que invitasen a sus respectivas familias a una asamblea, la cual tendría por objeto informarles de los motivos de la huelga y solicitarles su activa colaboración.

Complacido al contemplar la incesante llegada de estudiantes acompañados de sus padres, Gamundi permanecía a la entrada de la ESIME esperando a que diera la hora señalada para comenzar la asamblea. Estaba ya por dirigirse al auditorio donde se efectuaría la reunión, cuando observó que a escasa distancia se estacionaba en doble fila un volkswagen de color verde olivo, cuya salpicadera derecha lucía considerablemente abollada. Del interior del vehículo descendieron dos personas: un hombre de recia musculatura y aguileña nariz y una joven de singular belleza que vestía el uniforme de las edecanes olímpicas.

El acompañante de la Edecán interrogó al primer estudiante que se cruzó en si camino:

—Perdona, ¿no sabes en dónde podríamos localizar al compañero Hernández Gamundi?

El interrogado señaló hacia la cercana, alta y delgada figura de Gamundi.

—Ahí está —respondió.

—Quiúbole, buenas tardes —afirmó la Edecán al tiempo que una sonrisa le iluminaba el rostro y extendía la mano al dirigente estudiantil.

Gamundi estrechó la mano de la joven y al hacerlo una gama de emociones sacudió su espíritu. La súbita evocación de los bosques, ríos y montañas de su tierra natal, le hizo comprender que se hallaba ante un ser dotado de la misma poderosa energía e inmaculada pureza que caracteriza a las fuerzas naturales. De la Edecán dimanaba un magnetismo semejante al que existe en el aire

momentos antes del estallido de una tempestad; sin embargo, ello no generaba en torno de ella una sensación de temor, antes al contrario, su presencia propiciaba un ambiente de serenidad y confianza. La voz de la joven, dulce y grave a la vez, afirmó:

—Estamos chambeando durísimo para difundir al máximo el Movimiento, sabemos que tú eres quien está repartiendo los camiones del Poli y queremos que nos prestes uno.

Gamundi no tuvo tiempo de dar respuesta a la petición que se le formulaba, pues en ese momento llegó corriendo un estudiante con preocupada expresión reflejada en el semblante.

—Compadre —exclamó el recién llegado—, vente rápido, un papá inició ya la asamblea y está despotricando contra la huelga.

Si me permiten, luego hablamos —dijo Gamundi mientras se encaminaba veloz al auditorio.

—Vamos contigo —afirmó la Edecán.

•

José Agustín Román Herrera tenía esposa y diez hijos, a los cuales sostenía con su trabajo de agente vendedor de casa en casa. Nadie, salvo quien ha desempeñado esta clase de actividad, sabe lo difícil que resulta obtener ingresos de su ejercicio. Una barrera de indiferencia —y en muchas ocasiones de franca hostilidad— constituye comúnmente el recibimiento que se otorga a quienes tocan en las puertas pretendiendo vender diferentes productos. Desánimo y abatimiento terminan por derrotar a la mayor parte de las personas dedicadas a estas labores. Sin embargo, no había sido ése el caso del señor Román Herrera. Poseedor de una férrea voluntad y de un invencible optimismo, realizaba día con día no sólo el milagro de obtener los medios suficientes para el sostenimiento de su numerosa familia, sino de preservar su jovial carácter.

La fuerza que sustentaba la voluntad y optimismo del agente vendedor provenía de un doble origen. En primer término se derivaba del amor que le unía a su esposa, la cual efectuaba cotidianos prodigios para aprovechar al máximo hasta el último centavo que ingresaba en la casa. En segundo lugar, dicha fuerza se derivaba de la ilusión que tenía el señor Herrera de lograr hacer de cada uno de sus hijos un destacado profesionista. Al ingresar su hijo mayor a la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica del Instituto Politécnico Nacional, la anhelada ilusión comenzó a perfilarse como una posible realidad. El súbito estallido del conflicto estudiantil y su consiguiente suspensión de clases, fueron considerados por el preocupado padre de familia como una grave amenaza al porvenir que soñaba para sus hijos. En cuanto tuvo conocimiento de la asamblea que se realizaría en la ESIME para informar a los familiares de los estudiantes, decidió acudir a ella acompañado de su esposa y plantear su radical inconformidad con la huelga.

El auditorio estaba lleno a reventar y aún faltaban treinta minutos para el inicio de la asamblea. El señor Román Herrera dialogaba animadamente en un corrillo de padres de familia, constatando que el sentir generalizado de éstos era contrario a que sus hijos dejasen de estudiar por motivos que a ninguno de los presentes les resultaban comprensibles. Una señora expresó que si la reunión era de padres de familia no tenían por qué esperar a que los estudiantes autorizasen el inicio de la misma. La proposición de dar comienzo a la asamblea fue aprobada en forma

unánime.

Sin esperar más y sin subir al estrado —hablando desde su lugar en la primera fila de butacas del auditorio— el señor Román Herrera expresó su parecer con frases que rebosaban convicción: los estudiantes politécnicos, al igual que los universitarios, gozaban del excepcional privilegio de adquirir gratuitamente una formación profesional; desaprovechar tan espléndida oportunidad sería un imperdonable error del cual se arrepentirían el resto de sus vidas. Urgía, por tanto, reiniciar cuanto antes las clases y recuperar el tiempo perdido.

Una cerrada salva de aplausos rubricó las palabras del improvisado orador. Los estudiantes que acompañaban a sus familiares eran presa del más completo desconcierto. Si bien no se habían sumado a los aplausos, permanecían en silencio y sin encontrar la forma de contrarrestar el evidente sentir de la asamblea. Una señora aún joven pero cuyo rostro lucía prematuramente envejecido, sintetizó en una frase —que de inmediato comenzó a ser coreada— la generalizada opinión de los padres de familia:

—¡Clases sí, huelga no!

Seguido por media docena de estudiantes, así como por una bella edecán y por un sujeto de recias facciones, Félix Lucio Hernández Gamundi, dirigente del comité de huelga de la ESIME, penetró al local y ascendiendo al estrado tomó asiento en unión de sus acompañantes frente a una larga mesa. Al verle llegar los estudiantes que se encontraban en el auditorio le recibieron con aplausos. Los padres de familia comprendieron que habían llegado los dirigentes de la huelga y prorrumpieron en una sonora rechifla. Imperturbable, Gamundi aguardó pacientemente que amainasen los silbidos. Su mirada recorrió sin animadversión los rostros de las múltiples parejas que colmaban el local; en cada una de ellas creyó ver representados a sus propios padres. Al notar que el tono de la protesta disminuía, expresó:

—Estimados padres de familia, muchas gracias por su presencia. Comprendemos perfectamente que no estén de acuerdo con la suspensión de clases, pero ésta es resultado de un conflicto que los estudiantes no buscamos. Nos interesa conocer su opinión, pero también queremos que ustedes conozcan las causas y los propósitos del Movimiento en el cual están participando sus hijos.

—Eso es precisamente lo que no entendemos —gritó desde su asiento un fornido obrero—. ¿Cuáles son en realidad los propósitos de este Movimiento?

Gamundi abría ya la boca para dar respuesta a la pregunta, cuando la Edecán se le anticipó. Su voz parecía provenir de una dimensión desconocida, cada una de sus palabras retumbó en el atiborrado local con la fuerza de una descarga eléctrica; seguramente así, con ese mismo revelador estruendo, es como han resonado los mensajes de los profetas de todos los tiempos:

—El verdadero objetivo de este Movimiento es el de lograr que México despierte, y si ustedes colaboran lo vamos a lograr. ¿Cuál es vuestra respuesta?

El señor Román Herrera no había apartado los ojos de la Edecán desde el momento en que ésta penetrara en el local. En virtud de su larga experiencia como agente de ventas poseía una especial facultad para determinar, con increíble precisión y rapidez, las principales características de las personas con quienes entraba en contacto. Comprendió al instante que se hallaba en presencia de un ser excepcional. Hasta el menor de los ademanes y movimientos de

aquella joven evidenciaban una elevada espiritualidad. Había en la Edecán algo que inspiraba la certeza de que siempre estaba dispuesta a escuchar, comprender y ayudar a los demás. Era justamente el ideal de persona que alguien que está vendiendo de puerta en puerta le fascinaría encontrarse en cada casa. Aún vibraba en el aire la pregunta formulada por la joven, cuando el señor Román Herrera, poniéndose de pie con el rostro encendido de emoción, exclamó con fuerte voz:

—Que nuestra respuesta sea una porra para México, ¡vamos todos juntos, una, dos, tres!

Recia y cálida, la porra retumbó en el cerrado recinto unificando a todos los presentes en una sola y poderosa voluntad:

Si qui ti bum a la bim bom ba
Si qui ti bum a la bim bom ba
Alabio, alabao, a la bim bom ba
¡México. México. Ra. Ra. Ra!

Concluida la porra se suscitó una enorme algarabía. Levantados de sus asientos y poseídos de una febril excitación, todos los padres de familia trataban de dar a conocer la forma en que cada uno de ellos colaboraría en el Movimiento. Gamundi intentó —y finalmente logró— poner un poco de orden en aquel maremágnum. Se integraron las más diversas comisiones. Así, por ejemplo, unas tendrían a su cargo la elaboración de alimentos para los brigadistas, mientras que otras se ocuparían en la edición de volantes, recolección de fondos y mantenimiento de vehículos. El señor Román Herrera formuló la propuesta —que de inmediato fue aceptada— de que se integrase una "Coalición de padres de familia", la cual debía coordinar las actividades de todos los padres que en apoyo de sus hijos se solidarizasen con el Movimiento.

Era cerca de la medianoche cuando salieron de la ESIME los últimos padres de familia. Gamundi llevó a la Edecán y a su acompañante hasta el sitio donde se mantenían guardados los camiones del Politécnico. Tras de revisar el buen funcionamiento de uno de los vehículos, hizo entrega de las correspondientes llaves. La joven no sabía manejar y la persona que venía con ella tenía que conducir su propio automóvil. Varios estudiantes se ofrecieron a llevar el transporte hasta el domicilio de la Edecán.

Siguiendo al abollado volkswagen, el camión de colores guinda y blanco se fue alejando lentamente hasta perderse de vista. Gamundi le vio marcharse plenamente convencido de que aquel camión sería —por encima de cualquier otro vehículo— el que prestaría mayores servicios al Movimiento.

2

El despertar de un pueblo

La manifestación del rector constituyó, sin lugar a dudas, el hecho a partir del cual se inició propiamente el Movimiento del 68. Antes de ese evento nadie habría podido imaginar que el conflicto fuese a rebasar el marco de una cuestión estrictamente estudiantil y capitalina. El agua de los cielos que lavó real y metafóricamente al país durante el transcurso de la mencionada manifestación, varió el rumbo de los acontecimientos. A partir de ese momento todo cambió. Súbitamente la inmensa mayoría de la población del país despertó —o al menos semidespertó— y al hacerlo, empezó a percatarse de cuál era en verdad la situación que prevalecía en la nación.

Nada de cuanto la gente alcanzaba a ver le complacía. Corrupción y engaño eran los cimientos que sustentaban y mantenían funcionando todo el "orden" social, el cual parecía estructurado para premiar a los peores elementos y castigar a cuantos intentaban mejorarlo. Esto era particularmente evidente en lo tocante a la organización política que regía al país. En realidad el gobierno del licenciado Díaz Ordaz no era ni mejor ni peor que los que le habían antecedido, lo que pasaba era que ahora todo el mundo podía contemplarlo despojado de los falsos ropajes con que los regímenes emanados del PRI enmascaran su negro proceder. El lenguaje de los altos funcionarios —caracterizado por una retórica insuperablemente falsa y demagógica— no convencía ya a nadie y tan sólo despertaba indiferencia y sarcasmos.

La incorporación popular al Movimiento fue patente desde la segunda gran manifestación, ocurrida el lunes 5 de agosto, esto es, tan sólo cuatro días después de la primera. La manifestación que encabezara el rector había estado integrada fundamentalmente por estudiantes y profesionistas; únicamente al final del recorrido —a raíz de la invitación que hiciera Regina a quienes observaban el paso de la marcha para que se uniesen a ésta— se habían sumado a la columna varios miles de personas de muy diversa condición social. La participación popular daría a la siguiente manifestación una fisonomía del todo diferente.

El sábado 3 de agosto, o sea dos días antes de la segunda manifestación, tuvo lugar la tercera reunión de los comités de huelga pertenecientes a los cada vez más numerosos planteles educativos solidarios con el Movimiento. La reunión que se efectuó en la Escuela Superior de Economía del Politécnico, resultó importante tanto porque en ella se acordaron las medidas necesarias para llevar a cabo la proyectada manifestación, como porque se aprobó el texto definitivo del Pliego Petitorio, incorporando a éste las solicitudes de dar libertad a los presos

políticos y de proceder a la derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal, los cuales tipificaban un supuesto delito de "disolución social", mismo que según las autoridades cometía cualquier persona que se opusiese a las directrices políticas del gobierno. Las iniciales solicitudes contenidas en el primer Pliego Petitorio fueron redefinidas y precisadas, de tal forma que el mencionado Pliego quedó compuesto de seis puntos redactados en los siguientes términos:

1. Libertad a los presos políticos.
2. Destitución de Luis Cueto Ramírez y de Raúl Mendiolea Cerecero, jefe y subjefe respectivamente de la Policía del D.F.
3. Desaparición del Cuerpo de Granaderos y no creación de otro semejante.
4. Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal, instrumento jurídico de la represión.
5. Indemnización a los familiares de los muertos y a los heridos que fueron víctimas de la agresión.
6. Investigación, enjuiciamiento y en su caso destitución y condena a las autoridades responsables de la agresión.

Al concluir la junta, los dirigentes de los comités de huelga acordaron volver a reunirse el siguiente lunes, antes del inicio de la manifestación; el sitio fijado para ello fue la Escuela Superior de Físico Matemáticas del Politécnico. Una grata sorpresa aguardaba a quienes acudieron a dicha cita. Llegados de los más diversos rumbos de la República, representantes estudiantiles de un elevado número de Universidades e institutos de enseñanza superior se presentaron a la reunión a expresar el decidido apoyo que la provincia brindaba al Movimiento, el cual, gracias a ello, se transformaba de puramente capitalino en nacional.

En virtud del giro que tomaban los acontecimientos, los dirigentes estudiantiles decidieron crear un organismo que agrupase a todos los estudiantes que se encontraban en huelga. Dicho organismo recibió el nombre de "Consejo Nacional de Huelga" y quedó integrado por representantes estudiantiles pertenecientes a las instituciones educativas del país que participaban en el Movimiento. En esta forma, sin que mediase ceremonia alguna, pero contando con el respaldo de varios cientos de miles de estudiantes de toda la República, nació el lunes 5 de agosto el Consejo Nacional de Huelga (CNH).

Una vez acordada la constitución del nuevo organismo, los dirigentes estudiantiles —que a partir de ese momento serían llamados "Delegados ante el Consejo"— se dieron prisa para acudir a la manifestación que estaba por iniciarse. Eran las cuatro de la tarde y una enorme multitud se encontraba aguardando en la Plaza de Honor de la Unidad Profesional de Zacatenco. Su número rebasaba las trescientas mil personas y su composición era en extremo heterogénea: estudiantes, profesionistas, obreros, empleados, pequeños comerciantes, etc. La participación femenina resultaba singularmente notoria; había igual —si no es que más— mujeres que hombres. El entusiasmo de todos los asistentes daba al acto un ambiente de fiesta. Porras, bromas, gritos y canciones. Aquello no parecía un acto de protesta, sino más bien la alegre celebración por el inicio de una nueva época.

Sin menguar un ápice su exaltado entusiasmo, los manifestantes efectuaron un recorrido de varios kilómetros por entre diversas calles y avenidas, concluyendo la caminata en el Casco de Santo Tomás (Plaza del Carillón). Los vastos espacios de la plaza y de las calles circundantes

resultaron insuficientes para dar cabida al enorme gentío.

Hubo varios oradores en el mitin que se inició al concluir la marcha. El adolescente Genaro Alanís habló por las escuelas vocacionales y el profesor Fausto Trejo por los maestros que apoyaban al Movimiento. José Tayde, de Chapingo, fungió como representante de todas las instituciones educativas de provincia. Gilberto Guevara Niebla lo hizo por la UNAM y Raúl Álvarez Garín por las escuelas superiores del Instituto Politécnico Nacional.

Evocaciones históricas y una descripción de la realidad nacional fueron los temas centrales de los oradores. Se mencionó que se encontraban muy cerca de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas y que en ese edificio había funcionado hasta 1956 el Internado del Politécnico, año en que tanto dicho internado como muchas otras instalaciones y escuelas habían sido ocupadas militarmente al tiempo que se encarcelaba a incontables estudiantes. En igual forma, se pasó lista de las principales represiones y masacres efectuadas en distintas partes del país por los últimos cinco gobiernos. La descripción de lo que en esos momentos ocurría en la República no era tampoco nada alentadora. Autoridades corruptas, atentas tan sólo a velar por los intereses extranjeros y por los de las clases económicamente poderosas, mantenían un férreo control sobre el pueblo. Las cárceles estaban llenas de presos políticos, siendo el más conocido de éstos Demetrio Vallejo, un ferrocarrilero cuyo único e imperdonable delito había sido el pretender organizar un sindicato independiente de la manipulación oficial.

Concluidos los discursos, los organizadores del evento quisieron dar por terminada la reunión. Surgió entonces un airado clamor de protesta, miles de gargantas enronquecieron repitiendo la palabra consigna que había terminado por representar la expresión del más urgente deseo nacional:

—"¡Zó-ca-lo!"

Alarmados ante la cada vez más segura posibilidad de que los manifestantes iniciasen una marcha hacia el centro de la ciudad, los flamantes delegados ante el Consejo Nacional de Huelga intentaron disuadirles, argumentando que esto daría lugar a una feroz represión. Sus sensatos razonamientos fueron inútiles; cada vez más enardecida, la multitud estaba por pasar de la palabra a la acción, varios contingentes habían iniciado ya su movilización con el evidente propósito de encaminarse al Zócalo. Repentinamente un grupo que integraba a muy variadas personas comenzó a entonar un pegajoso estribillo:

No metan desorden,
vayamos con orden
en otra ocasión.

La propuesta contenida en el estribillo fue respaldada de inmediato por los dirigentes estudiantiles, los cuales expresaron con grandes voces que se darían a la tarea de organizar en fecha cercana una manifestación que tuviese como propósito el llegar al Zócalo. Al escuchar la reiterada promesa de que muy pronto se daría formal cumplimiento a su anhelo, la multitud recobró la calma. La repetición del estribillo se generalizó y los grupos que comenzaban a movilizarse detuvieron su avance.

Restablecido el orden el acto finalizó sin contratiempo alguno. Alegres y convencidos de que

estaban por llegar las jornadas más importantes del Movimiento, los manifestantes se fueron dispersando; al parecer los estudiantes aún no agotaban del todo su energía pues proseguían cantando y prorrumpiendo en porras a favor de sus respectivas escuelas.

El anuncio de que la próxima manifestación se proponía llegar hasta el Zócalo suscitó en todo el país un enorme asombro. Al ignorar el acuerdo impuesto al presidente por un grupo de militares —en el sentido de permitir tres manifestaciones en la Plaza de la Constitución— la mayor parte de la gente opinaba que el gobierno jamás toleraría semejante acto. No obstante, el número de personas dispuestas a correr el riesgo de una agresión crecía de continuo. El apoyo al Movimiento se generalizaba adoptando las más variadas formas. Camiones, casas y bardas eran pintados con letreros a favor del Movimiento. Mítines y manifestaciones para expresar idéntico propósito proliferaban hasta en los más apartados rincones de la República.

La Plaza de Carillón, el martes 13 de agosto y las cinco de la tarde, fueron el lugar, fecha y hora señalados para iniciar la marcha que intentaría llegar al Zócalo. Dos días antes el Consejo Nacional de Huelga —cuyos integrantes sesionaban diariamente en el auditorio de la Facultad de Medicina en Ciudad Universitaria— dio a conocer las disposiciones adoptadas para organizar la manifestación. El conocimiento de dichas disposiciones dejaba ver que los organizadores daban casi por seguro que las autoridades utilizarían la fuerza para impedir que la marcha llegase hasta el Zócalo. Así, por ejemplo, las disposiciones nueve y once establecían lo siguiente:

9. Se procurará que las iglesias cercanas al trayecto permanezcan abiertas, para en caso de ataque refugiarse en ellas.
11. En caso de no llegar al Zócalo, el contingente se desperdigará por el primer cuadro de la ciudad, creando mítines relámpago y procurando eludir choques francos con las fuerzas públicas.

El martes 13 de agosto, la ciudad de México se percató de que en los días anteriores habían arribado a ella muchos miles de personas provenientes del interior del país, las cuales convergían ahora hacia un solo punto: la Plaza del Carillón en el antiguo Casco de Santo Tomás, auténtico corazón del Instituto Politécnico Nacional. Utilizando toda clase de transportes e incluso recorriendo a pie considerables distancias, grupos de distintas dimensiones llegaban sin cesar al punto de reunión. La heterogeneidad de los grupos, provenientes de muy diversas regiones, constituía una prueba irrefutable del carácter auténticamente nacional que poseía ya el Movimiento.

Al dar las cinco en punto de la tarde, la multitud se puso en marcha. Encabezaba la manifestación un nutrido contingente de maestros pertenecientes a la “Coalición de 538profesores de enseñanza media superior prolibertades democráticas”, organismo de reciente creación que integraba a los maestros que estaban a favor del Movimiento —o sea prácticamente casi la totalidad de los profesores de las escuelas preparatorias, vocacionales y profesionales de todo el país—. Los mentores llevaban una enorme manta que decía: “Los profesores reprobamos al gobierno por su política de terror”.

En esta ocasión, la mayoritaria presencia de contingentes no estudiantiles constituía la característica más sobresaliente de la manifestación. Siendo tan numerosos como lo eran, los estudiantes no representaban ni la mitad de los participantes. Había incontables habitantes de

Ciudad Nezahualcóyotl,[1] obreros de muy diversas fábricas que asistían en abierta oposición a la consigna de no hacerlo, impartida por la CTM,[2] y los grupos de campesinos provenientes de varias regiones del país, principalmente de los estados de México, Morelos, Puebla y Tlaxcala, o sea los más cercanos al Distrito Federal.

Avanzando en perfecto orden, la alargada columna efectuó un prolongado recorrido a través de populosas colonias capitalinas. En todas partes recibía muestras de simpatía, desde aplausos y vítores, hasta la incorporación de nuevos contingentes que sin cesar engrosaban sus filas. Era una auténtica marcha triunfal y quienes la realizaban se veían poseídos de una desbordante alegría. El inicial temor de que el evento sería reprimido desapareció muy pronto, al resultar evidente que no existían fuerzas públicas apostadas en las cercanías de las calles y avenidas por donde transitaban los manifestantes.

A las ocho de la noche, tras de haber caminado más de cinco kilómetros, la avanzada de la columna avistó la ansiada meta: la gran explanada de la Plaza de la Constitución. Una especie de descarga eléctrica recorrió toda la columna. En alguna extraña forma cuantos participaban en la marcha presintieron el exacto instante en que la vanguardia arribaba al Zócalo. Espontáneo y vibrante de emotividad se dejó escuchar al Himno Nacional. Varios cientos de miles de voces lo entonaban con fervoroso acento. La sensación de estar recuperando un valioso bien predominaba en el ánimo de cuantos iban haciendo su entrada en la plaza. Hacía ya mucho tiempo que ésta se había transformado en un simple escenario de falaces representaciones oficiales. El pueblo, ahora, recobraba el espacio que le había sido robado.

Rápidamente la explanada fue llenándose con los variados contingentes que integraban la manifestación. Un sentimiento de victoria prevalecía en el ambiente. Caras complacidas y sonrientes se observaban por doquier. Un incesante murmullo de alegres voces inundaba el vasto espacio circundado por los coloniales edificios. El espectáculo resultaba del todo diferente al que ofrecían frecuentemente, en ese mismo sitio, los rebaños humanos que las autoridades acostumbraban acarrear para autoglorificarse. La apatía e indiferencia de dichos rebaños contrastaba, radicalmente, con el desbordante entusiasmo de los manifestantes.

Hablaron cinco oradores y sus acusatorias voces desnudaron por completo la real naturaleza —antipatriótica y corrupta— del grupo gobernante. Un sentimiento de profunda ira fue apoderándose de la multitud. Cuando concluyó el último orador, las cuatrocientas mil personas congregadas en la plaza eran ya una sola y enardecida voluntad. Bruscos virajes de la historia han sido propiciados por multitudes poseídas de estados de ánimo semejantes. La toma de la cárcel de la Bastilla —hecho con que diera comienzo la Revolución Francesa— es prueba evidente de ello. El creciente oleaje de furia buscaba un cauce para desbordarse. La recia y alargada silueta del Palacio Nacional era un imán que atraía sobre sí toda la cólera generada en el Zócalo. Sin pronunciar palabras la enardecida multitud había tomado la decisión de lanzarse al asalto del edificio donde se asienta el poder político del país. Los primeros pasos en dirección a las puertas del Palacio comenzaron a darse.

Fue justo entonces cuando un grupo de tan sólo unos cuantos centenares de personas —exactamente el mismo que en la manifestación anterior había hecho un llamado al orden— comenzó a repetir, una y otra vez, un estribillo en el cual se proponía una acción del todo diferente

a la que todos estaban a punto de emprender.

La Ruta Sagrada
debemos seguir:
El Bosque, Reforma,
la Gran Catedral.

Al igual que existe un inconsciente individual hay también un inconsciente colectivo, receptáculo de recuerdos que al parecer han quedado borrados de la memoria de los pueblos. La peregrinación de los aztecas, empeñados a lo largo de siglos en encontrar el lugar en donde les correspondía dar inicio a su misión, no fue sino el último de una larga serie de acontecimientos del todo semejantes, ocurridos repetidamente en el antiguo México. Aun cuando la historia oficial no guarda ya —salvo el mencionado caso de la peregrinación azteca— recuerdo alguno de estos acontecimientos, su memoria subsiste en algún apartado repliegue del inconsciente colectivo de los actuales moradores del País de las Águilas. Y en aquellos cruciales instantes, cuando el pueblo se aprestaba con ánimo resuelto a tomar por asalto el Palacio Nacional, la propuesta de llevar a cabo una tarea que sólo podía ser calificada de sagrada, repercutió en lo más profundo del espíritu de cada una de las personas que colmaban la plaza. Oleadas de ancestrales recuerdos emergían de todas las conciencias. Las pocas palabras contenidas en el estribillo proponían un plan de acción que entrañaba un propósito mucho más elevado que el simple ataque a la sede del poder político. Era necesario restablecer la comunicación con las fuerzas superiores que trascienden al hombre, objetivo buscado por los rituales de todos los tiempos. Y el ritual cuya realización se proponía ahora a la multitud era evidente: había que llegar al Zócalo saliendo del Bosque de Chapultepec y repitiendo exactamente el mismo recorrido de la etapa final de la peregrinación azteca.

El ya iniciado avance contra Palacio Nacional se detuvo. Cientos de miles de personas tenían ahora una trascendental misión que cumplir y cada una de ellas se juraba a sí misma no detener su empeño hasta llevarla a cabo. En silencio y con los ojos llameantes los participantes a la manifestación empezaron a dispersarse. Muy pronto la Plaza de la Constitución fue quedando desierta. No obstante, un ambiente de tensa expectación prevalecía hasta en las piedras mismas de los antiguos edificios.

•

El éxito alcanzado por la manifestación que culminara en el Zócalo fue motivo, en los días subsiguientes a su realización, de los más variados comentarios e interpretaciones. A juicio de las personas con mayores conocimientos sobre las cuestiones políticas —periodistas, intelectuales y desde luego los propios funcionarios públicos—, el gobierno había perdido el control de la situación y su caída era tan sólo cuestión de tiempo. El apoyo decidido y abierto que daban al Movimiento los sectores mayoritarios de la población, indicaba que el tradicional control ejercido por las autoridades emanadas del PRI sobre las fuerzas sociales del país había dejado de

existir. Si bien los líderes de los sindicatos obreros y de las organizaciones campesinas continuaban reiterando con frenética desesperación su repudio al Movimiento y su apoyo al gobierno, era evidente que los integrantes de dichos sindicatos y organizaciones no obedecían ya las consignas de sus líderes. Inclusive en la prensa, que fungiera hasta entonces como simple eco de las declaraciones oficiales, empezaban a darse algunas muestras de independencia. El recién nombrado director del periódico Excélsior, señor Julio Scherer García, había logrado reunir a un grupo de brillantes editorialistas que comentaban los acontecimientos expresando libremente sus puntos de visa; mismos que en la mayoría de los casos eran del todo contrarios a los oficiales. Otro tanto ocurría en los semanarios Siempre! y ¿Por qué?, dirigidos respectivamente por los señores José Pagés Llergo y Mario Menéndez Rodríguez.

En lo único en que diferían los supuestos conocedores de la política, era en la forma en que habría de producirse el vaticinado derrumbe gubernamental. Para unos estaba por estallar una revolución popular semejante a la ocurrida en 1910. Según estas versiones, el pueblo se levantaría en armas y sobrevendría un sangriento conflicto armado antes de que el gobierno renunciase. Según otras opiniones lo que acontecería sería algo semejante a lo que acababa de pasar en Checoslovaquia, esto es, al verse privado de todo apoyo de la sociedad civil, el aparato gubernamental se disolvería y sería sustituido por otro surgido de la propia sociedad. En ambos casos los opinantes coincidían en estimar que la desaparición en el país del prolongado monopolio político del PRI acarrearía de seguro una intervención armada del gobierno de los Estados Unidos de América, pues éste no se conformaría tan fácilmente con perder la seguridad que le daba tener en su frontera a un régimen lacayo.

La desconfianza de los propios políticos en la supervivencia del régimen al que servían era a tal grado escasa, que comenzó a producirse una verdadera migración de las familias de los funcionarios públicos de niveles alto y medio hacia los Estados Unidos. En igual forma, las reservas en dólares del Banco de México comenzaron a disminuir vertiginosamente, pues tanto los políticos como las gentes adineradas de la iniciativa privada, estaban trocando sus fortunas por divisas extranjeras.

Contrariando los temores de los funcionarios públicos y las suposiciones de los analistas políticos, los días transcurrían sin que el pueblo manifestase síntoma alguno de encontrarse interesado en derribar al gobierno. Ello no significaba que estuviese disminuyendo el apoyo que la población brindaba al Movimiento; por el contrario, éste se extendía sin cesar y cobraba cada vez mayor fuerza gracias a la manifiesta simpatía que le otorgaban moradores de los más apartados rumbos de la República. Muy pronto resultó evidente cuál era en verdad la finalidad que perseguían los siempre crecientes grupos populares que participaban en el Movimiento. Un auténtico clamor nacional fue creciendo hasta expresarse en una concreta exigencia: había que efectuar una gran manifestación que partiendo del Bosque de Chapultepec llegase hasta el Zócalo.

En la primera calle de la avenida Madero de la ciudad de México existe una singular construcción denominada la Casa de los Azulejos. La edificación perteneció durante la época de la Colonia a los Condes de Orizaba y debe su nombre al hecho de que, tanto su fachada como gran parte de sus interiores, están cubiertos de bellos mosaicos de fina cerámica poseedora de diversas tonalidades de color azul. A comienzos del presente siglo, la Casa de los Azulejos fue

transformada en restaurante, instalándose en ella el primer eslabón de la que años más tarde llegaría a ser la extensa cadena de establecimientos Sanborns. Aun cuando la calidad de la comida de dicho restaurante nunca fue de primera, sus mesas permanecían ocupadas noche y día por una clientela que tomaba café y debatía acaloradamente sobre política nacional e internacional. En el año de 1968, la costumbre de reunirse en el Sanborns de Plateros para discutir los acontecimientos continuaba siendo practicada por numerosas personas, especialmente por intelectuales de clase media, los cuales, si bien evitaban cualquier intimidad con los miembros de las clases populares, se consideraban sus defensores y potenciales guías por el hecho de haber leído algunos de los escritos de Marx y de Lenin.

La tarde del miércoles 21 de agosto de 1968 imperaba una gran animación en las mesas ocupadas por los intelectuales reunidos en la Casa de los Azulejos. Aquella mañana el Consejo Nacional de Huelga había dado a conocer el anuncio de una manifestación que se efectuaría el martes 27 de agosto y cuyo recorrido sería del Bosque de Chapultepec al Zócalo. Los intelectuales comentaban asombrados el febril entusiasmo con que el pueblo había recibido la noticia. Un graduado en filosofía que fumaba elegante pipa, sintetizó en unas cuantas frases el sentir de todos los presentes:

—He pasado años aguardando a que el pueblo despertase, para así poder conducirlo a una revolución. Hoy el pueblo ha despertado, pero no le interesa en lo más mínimo hacer una revolución, todo lo que quiere es realizar una peregrinación.

---

[1] Ciudad Nezahualcóyotl es un conjunto de colonias populares surgidas en el reseco y polvoriento lecho del lago de Texcoco. Aun cuando dichas colonias están ubicadas dentro de los límites del estado de México, de hecho forman parte del área urbana del Distrito Federal. En 1968 sus moradores ascendían ya a cerca de un millón. Sus condiciones de vida eran en extremo precarias, pues carecían de los fundamentales servicios de agua potable, pavimentación, drenaje y alumbrado.

[2] Confederación de Trabajadores de México, organización sindical oficial cuyo objetivo fundamental ha sido siempre mantener controlados a los obreros por el gobierno.

3

Resonar de instrumentos sagrados

La fuente que generaba la irresistible energía que propulsaba al Movimiento no era —como el presidente se empeñaba en considerar— algún alto funcionario maniobrando desde la sombra para conquistar el poder. Dicha fuente era nada menos que la Reina de México, la cual estaba ejerciendo al máximo todo el poderío derivado de su autoridad para conducir al Movimiento a la consecución de sus elevados propósitos.

El ritmo de actividades a que diariamente se sujetaba Regina era increíble y resultaba del todo agotador para quienes la acompañaban. Durante los días que siguieron a la Manifestación del Rector su figura parecía poseer el don de multiplicarse y estar a un mismo tiempo en distintas partes de la ciudad, lo mismo en plazas y autobuses que en fábricas y hospitales. Alegre y sonriente, entonando extrañas canciones y manifestando siempre un genuino interés en los problemas de cuanta gente se cruzaba en su camino, la Reina de México iba logrando un creciente apoyo popular en favor del difícil cometido en que estaba empeñada.

La mayor parte de los integrantes de los Centros de Mexicanidad habían suspendido sus actividades normales para dedicarse de tiempo completo a la difusión del Movimiento; para ello organizaban en las calles "sesiones de conscientización", en las cuales se combinaban representaciones musicales con explicaciones sobre lo que estaba aconteciendo en la nación. Regina procuraba asistir a cuantas sesiones de esta índole le era posible. Su presencia suscitaba invariablemente un entusiasta apoyo a la causa que preconizaba la carismática Edecán.

Al percatarse de la necesidad de disponer de un vehículo capaz de transportar al regular número de personas dedicadas a organizar las sesiones de conscientización, y sabedora de que los brigadistas del Politécnico llevaban a cabo sus labores en camiones de la propia institución secuestrados por los estudiantes, Regina decidió conseguir para sus colaboradores uno de estos vehículos. Su gestión, realizada personalmente ante el dirigente del comité de huelga de la ESIME, fue acordada favorablemente, y a partir de ese momento, el vehículo que transportaba a los integrantes de los Centros de Mexicanidad pareció poseer también la facultad de multiplicarse y estar simultáneamente en todos los rumbos del Distrito Federal.

Al caer la noche el descanso no llegaba para Regina. Era la hora de comunicarse telefónicamente con algunas de las numerosas personas que en el interior del país laboraban incansablemente por difundir el Movimiento. Casi no había noche en que no sostuviese

prolongadas conversaciones con los Auténticos Mexicanos que viajaban sin cesar por toda la República. La labor de éstos estaba resultando determinante tanto para lograr la movilización de ciertos sectores sociales —especialmente el campesino, cuya presencia resultó ya notoria en la manifestación del día 13 de agosto— como para dotar al Movimiento de una clara conciencia de que el trascendental objetivo que se perseguía era el despertar de la nación. A resultas de la incesante actividad de los Auténticos Mexicanos y de sus acompañantes, el 21 de agosto no había ya ningún estado de la República en donde no estuviese funcionando por lo menos un Centro de Mexicanidad.

La participación de Regina en las manifestaciones de los días 5 y 13 de agosto tuvo importantes consecuencias. Al finalizar la primera de dichas manifestaciones en la Plaza del Carillón, un impulso al parecer irresistible de marchar hasta el Zócalo se había adueñado de la multitud. La voz de la Reina de México, unida a la de algunos centenares de personas que le acompañaban, contuvo al instante la desordenada marcha mediante la propuesta de efectuar en fecha próxima una bien planeada manifestación. Al realizarse ésta y culminar en el sagrado espacio en que el águila devorara a la serpiente, la emoción rebasó de nuevo a los manifestantes y la mecha de una revolución estuvo a punto de encenderse. Una vez más la legítima Soberana de la Nación, apoyada por un puñado de colaboradores, contuvo la arrebatada ira de su pueblo señalándole cuál era la elevada meta a la que debía encauzar todos sus esfuerzos: repetir la hazaña de la peregrinación azteca.

Al darse a conocer que el martes 27 de agosto sería la fecha en que se efectuaría la manifestación que partiendo del Bosque de Chapultepec llegaría al Zócalo, el país entero retuvo el aliento dominado por una profunda expectación. En incontables sitios del interior de la República muchos miles de personas comenzaron a disponer sus maletas, firmemente decididas a estar presentes en un evento cuya importancia intuían con certeza. Don Uriel, don Gabriel y don Rafael se encontraban viajando por distintos rumbos; Regina les comunicó que debían retornar cuanto antes a la capital y así lo hicieron. No llegaron solos, junto con ellos venían los hombres y mujeres más conscientes de todo el país. La vieja casa de la calle de Alumnos, al igual que cada uno de los domicilios en donde se asentaban los Centros de Mexicanidad en el Distrito Federal, resultaron insuficientes para albergar al creciente alud humano que llegaba de provincia. No obstante, la inusitada solidaridad surgida entre amplios sectores de la población desde el inicio mismo del Movimiento permitió conseguir alojamiento gratuito —en las casas de parientes y amigos— a cuantos arribaron a la capital para tomar parte en la esperada manifestación.

La tensión que prevalecía en todo el país se acrecentaba a cada instante. No había día en que no se efectuasen mítines y manifestaciones de apoyo al Movimiento en diversos pueblos y ciudades. La afluencia de personas provenientes de los estados que llegaban a la capital no cesaba de aumentar. La hora señalada para dar comienzo a la manifestación eran las cinco de la tarde; sin embargo, desde la noche anterior el tránsito de la ciudad de México comenzó a disminuir ostensiblemente. Quienes temían que todo aquello concluyese en un estallido de violencia procedían a refugiarse en sus casas, convencidos de que lo más prudente era permanecer en ellas todo el día siguiente.

El quinteto integrado por Regina y los Cuatro Auténticos Mexicanos dedicó el día anterior a la

manifestación a recorrer por tres veces el camino que ésta habría de transitar. La invisible línea de energía que une a Chapultepec con el Zócalo fue cuidadosamente revisada, hasta comprobar que no existía en ella ningún bloqueo que impidiese la libre circulación de la sutil fuerza que por dicha línea transita.

Un rumor de pasos que convergían hacia una misma dirección fue llenando la capital de la República, la cual lucía desconocida y extraña, con sus calles casi vacías de automóviles y con una tensa expectación que se percibía por doquier. El enorme parque situado frente al Museo Nacional de Antropología e Historia era el lugar de reunión. Desde muy temprano la inmensa explanada comenzó a llenarse por una variada colección de heterogéneos grupos. Un centenar de campesinos provenientes de Pátzcuaro fueron los primeros en hacer su arribo. A las doce del día la explanada estaba ya pletórica de gente. El murmullo de cientos de miles de voces producía un zumbido que se escuchaba desde muy lejos. Habían llegado numerosos contingentes estudiantiles y sus ruidosas porras atronaban el espacio; sin embargo, no existía el festivo ambiente de otras ocasiones: el de ahora era grave y solemne, como correspondía al preludio de un ritual sagrado.

Regina permaneció toda la mañana en su domicilio, recibiendo la visita de numerosos grupos que pasaban a verla antes de encaminarse al sitio de reunión. La Reina de México repetía una y otra vez las condiciones necesarias que habrían de cumplirse para que ella pudiese llevar a cabo la primera parte del ritual: el número de manifestantes tendría que ser de trescientos noventa y seis mil como mínimo, el recorrido debería ajustarse estrictamente a la invisible línea de energía y la concentración de conciencia que se alcanzase en el Zócalo debía limpiar a éste de toda impureza.

A las tres de la tarde Regina y los Cuatro Auténticos Mexicanos dieron término a las entrevistas. Encerrados en una habitación permanecieron orando fervorosamente durante una hora. Concluidas sus oraciones salieron de la casa y se encaminaron a la cercana entrada del Bosque de Chapultepec. El Testigo acompañaba al quinteto. Los puestos de flores existentes a la entrada del bosque estaban vacíos. Sus dependientes se habían marchado ya al lugar de donde habría de partir la manifestación. Regina y sus acompañantes llegaron hasta el sitio donde antaño estuvieran los Baños de Moctezuma. El Secreto Guardián del Bosque les aguardaba presa de incontrolable emoción. Se lavaron caras, manos y pies, luego se encaminaron hasta donde se encontraba El Sargento. El viejo guerrero estaba también poseído de febril agitación, sus ramas se movían sin cesar dejando caer una lluvia de hojas y heno. Regina habló con él, solicitándole su autorización para cruzar la invisible y sagrada puerta de la que el ahuehuete era celoso custodio. El Sargento otorgó su permiso y Regina, los Cuatro Auténticos Mexicanos, el Secreto Guardián del Bosque y el Testigo cruzaron la puerta. El ritual que tenía por objeto despertar a México había dado comienzo.

Marchando en silencio, los siete peregrinos atravesaron el bosque y llegaron al Museo Nacional de Antropología e Historia. El zumbido del gigantesco enjambre humano ahí reunido prevalecía en una extensa zona sobre cualquier otro sonido. No esperaban que hubiese tanta gente. Don Gabriel, heredero del insuperable talento matemático de los antiguos mayas, calculó que había cerca de quinientas mil personas aguardando el momento de iniciar la marcha. Los integrantes de los Centros de Mexicanidad se hallaban congregados junto a la gran escultura de

Tláloc, prehispánica deidad tutelar de las fuerzas que dan origen al agua. Al sonar las cinco de la tarde la enorme multitud comenzó a moverse.

En esta ocasión encabezaba la columna la "Coalición de padres de familia", organismo que agrupaba a los incontables padres de estudiantes que en todo el país apoyaban la conducta asumida por sus hijos y se solidarizaban con el Movimiento. Nutridos contingentes populares y estudiantiles iban tomando su lugar en la interminable columna e iniciaban ordenadamente su marcha al llegarles su turno de avanzar. Entre otras muchas cosas aquella manifestación iba a ser una especie de examen de los personajes que en verdad merecen figurar en la historia del país. Ignorando a los más recientes presidentes, los manifestantes enarbolaban grandes dibujos con las efigies de las muy contadas personalidades que aún se hallan grabadas en la memoria popular: Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo y Costilla, Ignacio Allende, Josefa Ortiz de Domínguez, José María Morelos y Pavón, Vicente Guerrero, los Niños Héroes, Benito Juárez, Emiliano Zapata, Francisco Villa y Lázaro Cárdenas. Aun cuando en número muy inferior al de los dibujos que contenían las figuras de los héroes nacionales, algunos manifestantes portaban retratos del Che Guevara, guerrillero argentino que contribuyera en forma importante al triunfo de la Revolución Cubana y que había muerto al intentar promover una rebelión en Bolivia.

Avanzando a buen paso, la vanguardia de la manifestación salió del Bosque de Chapultepec y llegó a la glorieta de la Diana Cazadora. En lo alto de una alegre fuente lucía retadora la figura en bronce de la femenina deidad romana de la caza, obra del escultor Juan Olaguíbel. El lugar donde se encontraba la glorieta era mucho más que el simple asiento de una fuente y de una escultura, constituía la demarcación del final del bosque y el inicio de la ruta que conduce al Zócalo. Sin poseer conocimiento alguno de geografía sagrada, la despierta conciencia de los manifestantes les permitió intuir el oculto significado que entrañaba la simbólica presencia en aquel sitio de la antigua deidad. La forma de proceder de un cazador que vive solitario en lo más recóndito de un bosque es del todo diferente a la de aquellos que forman parte de un pueblo. Sólo unificando su voluntad —sin perder por ello su individual personalidad— logran los integrantes de una comunidad alcanzar elevadas metas. Presintiendo esta innegable verdad, el ritmo y la forma misma de caminar de los manifestantes variaba en el preciso instante de salir del bosque. Todos procuraban sincronizar sus pasos con los de sus vecinos. Miles y miles de aisladas pisadas se iban transformando en el vigoroso andar de un solo ente colectivo, cuyo avance estremecía los suelos.

Alcanzada la unidad, al multitudinario ser continuó su marcha desplazándose a lo largo de la cada vez más perceptible línea de energía. Muy pronto llegó frente al Monumento a la Independencia. El ángel dorado que corona la erguida columna parecía observar complacido lo que ocurría a sus plantas. Los manifestantes vitorearon a los héroes de la Independencia cuyos restos yacen en el bello monumento erigido a su memoria. Un numeroso grupo de estudiantes de medicina, ataviados con su característica vestimenta de color blanco, formaban valla ante las puertas de la embajada estadounidense para evitar cualquier posible ataque, lo mismo proviniese de estudiantes exaltados que de provocadores que intentasen desprestigiar al Movimiento.

Un gran número de espectadores, congregados en las calles y en las ventanas de los edificios, contemplaban atentos el paso de la manifestación. Su actitud era de evidente simpatía: cerrados

aplausos y gritos de apoyo se escuchaban por doquier. Los ojos de algunos ancianos se humedecían al admirar el desbordante entusiasmo juvenil y en voz alta se lamentaban de nunca haber podido participar en un acto tan pletórico de dignidad como el que estaban presenciando.

El siguiente monumento ante el cual debía pasar la manifestación era el que ostenta la efigie de Cuauhtémoc, obra del escultor Miguel Noreña. Regina y su grupo marchaban casi al final de la columna. Al llegar frente a la estatua del último emperador azteca el rostro de la Reina de México palideció, sus pies vacilaron y estuvo a punto de caer. Se repuso al instante y tranquilizó a quienes le acompañaban:

—No se preocupen, estoy bien, es sólo que de repente sentí como si me fuese a ir a otro tiempo, pero ya pasó.

Tras de rebasar al monumento erigido en honor de Cristóbal Colón, los manifestantes llegaron a la glorieta de El Caballito. En ésta se alzaba la obra del genial Manuel Tolsá, considerada como una de las mejores estatuas ecuestres existentes en el mundo. La columna giró a la derecha y prosiguió su marcha. Al pasar frente al marmóreo Hemiciclo de Benito Juárez se dejaron escuchar numerosas aclamaciones al presidente zapoteca. La ya cercana proximidad de su meta hizo que la vanguardia de la manifestación acelerase el paso. Recorrida la avenida Juárez tan sólo les separaba del Zócalo la media docena de calles que integran la avenida Madero. Sin embargo, aun cuando no existía al parecer razón alguna para ello, los padres de familia que encabezaban la columna se detuvieron de improviso. Una expresión de confusión y desconcierto se dejó ver en sus rostros. Sin saber por qué presentían que el lógico y recto camino que se abría ante ellos no era el adecuado, pero no atinaban a determinar por dónde debían continuar su avance. La paralizante incertidumbre se prolongó por unos instantes que se antojaron siglos. Repentinamente el señor José Agustín Román Herrera tuvo una reveladora intuición:

—Es por aquí —afirmó convencido al tiempo que doblaba a la izquierda y se adentraba en la avenida San Juan de Letrán.

Se reinició la marcha, los manifestantes avanzaban de nuevo por la misma ruta seguida mucho tiempo atrás por Tenoch y el pueblo azteca. Al llegar a la esquina de San Juan de Letrán y Cinco de Mayo no hubo ya vacilación alguna, la columna tomó por esta última avenida y se encaminó derecho hacia su objetivo. El último tramo fue recorrido con actitud reconcentrada y reverente. El rumor de voces se extinguió casi del todo y su lugar fue ocupado por el rítmico resonar de incontables pisadas. Impaciente y alerta, el vasto espacio sagrado donde culminara la peregrinación azteca aguardaba la llegada de los manifestantes. Y éstos finalmente hicieron su arribo. La clara impresión de estar participando en un acontecimiento histórico predominaba en todas las conciencias. Conforme la enorme plancha de asfalto se iba poblando se acrecentaba en la multitud una tensa expectación. La noche había caído pero el alumbrado público continuaba apagado, evidente señal de la animadversión de las autoridades hacia el evento.

Regina y su grupo llegaron al Zócalo cuando la inmensa explanada lucía ya pletórica de gente. A juicio de la Reina de México, el hecho de que los manifestantes hubiesen logrado encontrar por sí mismos la exacta trayectoria de la línea de energía constituía, sin lugar a dudas, la mejor garantía de que podrían llevar a feliz término el ritual. Una sola mirada a la plaza bastó a Regina para percatarse del cambio operado en ésta. Con alegre acento expresó:

—El Zócalo está “limpio”, toda la “basura” acumulada en siglos de abandono ha desaparecido; es ya un altar.

Una expresión de profundo regocijo se dejó ver en los rostros de cuantos acompañaban a Regina. Don Gabriel, atento siempre a la importancia de los números, afirmó:

—Son más de medio millón, se ha sobrepasado con mucho el mínimo requerido para iniciar el ritual.

—Magnífico —dijo Regina—, vamos de una vez a Catedral.

Desde hacía una semana, don Uriel había conversado con un sacerdote que oficiaba en Catedral y al cual conocía de largo tiempo atrás. El sacerdote se había comprometido a esperarles en una puerta lateral del templo, abrir ésta y dejarles subir hasta la torre donde se encontraba la campana sagrada que Regina precisaba hacer sonar. El Heredero de la Tradición Olmeca tocó el número convenido de veces en la vieja puerta de madera. Rechinando sobre sus enmohecidos goznes la puerta se abrió, los Cuatro Auténticos Mexicanos y el Testigo penetraron de inmediato. Antes de que el sacerdote lograse volver a cerrar la puerta, ya se habían colado por ella una veintena de estudiantes. Lanzando furibundas miradas a los intrusos, don Miguel les conminó para que salieran.

—Es mejor que se queden —opinó Regina sonriendo—; si abrimos la puerta van a entrar miles.

Volviéndose hacia el sacerdote, la Reina de México expresó.

—Perdone, padre, no sé si sería posible un último favor. ¿Se podría iluminar la fachada de la iglesia?

—Por supuesto que sí —respondió el sacerdote—. Por aquí están los controles.

Reina, sacerdote, Testigo, Mexicanos y estudiantes, caminaron en grupo hasta donde se encontraban los controles de la luz. Los conectaron todos, tanto los de la iluminación externa como interna. La Catedral se transformó al instante en una especie de resplandeciente embarcación rodeada de penumbras. Sus numerosas capillas, altas columnas y alargadas naves lucían particularmente majestuosas y solemnes. Proveniente de la cripta subterránea, e inaudible para cualesquiera otros oídos que no fuesen los de Regina y los de los Cuatro Auténticos Mexicanos, llegaba el acompasado sonido que producía el latir del secreto corazón del país. Al encenderse las luces de la fachada del templo se produjo en el Zócalo un alegre rumor de cientos de miles de voces; sin saber por qué, la multitud congregada en la plaza consideró aquel sencillo acto como un venturoso presagio.

El grupo ascendió por las escalinatas que conducen a la azotea y a las torres del templo. Los estudiantes no sabían qué era lo que quería hacer la Edecán, pero se manifestaban en extremo contentos de poder estar ahí para averiguarlo. La vista del Zócalo desde el campanario era impresionante. No existía el menor espacio que no estuviese lleno de gente, el rumor de sus voces revelaba un sentimiento de anhelante esperanza.

—Ya son cerca de seiscientas mil personas —afirmó el Guardián de la Tradición Maya.

—Hay que empezar de inmediato —dijo Regina encaminándose directamente hasta donde se encontraba la campana Santa María de la Asunción.

Al darse cuenta de que el propósito de la Edecán era tocar una de las campanas, los

estudiantes hicieron lo propio. Tomando las largas cuerdas que pendían de los instrumentos comenzaron a jalarlas, produciendo con ello un sonoro y estruendoso repicar.

Don Miguel enfureció de nuevo e iba ya a reprender a los jóvenes, pero Regina le contuvo:

—No importa —opinó condescendiente—. Nosotros a lo nuestro.

La Reina de México se colocó debajo de la campana sagrada y tomó la soga que colgaba de ésta, los Auténticos Mexicanos se arrodillaron en cada uno de los cuatro extremos del lugar, con los rostros vueltos hacia los distintos puntos cardinales. Durante unos minutos el quinteto permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y reflejando una profunda concentración en sus semblantes. Después Regina comenzó a tirar de la cuerda y la campana empezó a tañer.

Ronco, sonoro, conmovedor, el repicar del instrumento elaborado por los alquimistas novohispanos del siglo XVI predominó al instante sobre el de las otras campanas. Era el retumbar de una fuerza avasalladora que buscaba anhelante un receptáculo que le permitiese transmutarse en la más sutil de todas las energías. Y el recipiente capaz de realizar tan prodigiosa transformación existía y estaba situado tan sólo unos cuantos metros debajo de la campana. Las rejas del coro de la Catedral, prodigiosa realización de los alquimistas chinos alcanzada tras paciente labor de siglos, comenzaron a funcionar.

En un primer momento, las refinadas resonancias que producían las rejas de tumbaga sólo fueron captadas por la adiestrada percepción auditiva de Regina, pero luego, los Cuatro Auténticos Mexicanos empezaron también a percibir el fascinante juego de tonalidades que se desprendía de las rejas y que era difundido en todas direcciones gracias a la apropiada construcción de la Catedral Metropolitana, la cual estaba operando al máximo como lo que en realidad es: un sagrado y gigantesco instrumento musical.

Embelesados y deseando que aquel instante no concluyese nunca los Auténticos Mexicanos permanecían estáticos, escuchando la excepcional sinfonía destinada a producir efectos en la conciencia misma de la nación. Tan sólo algunos místicos, en sus momentos de mayor elevación, han logrado oír conciertos semejantes. Convencidos de que es un cierto tipo de música de esta índole la que hace moverse al Universo entero, han denominado a estos sonidos “la música de las Grandes Esferas”.

En la atiborrada Plaza de la Constitución el concierto catedralicio estaba produciendo las más variadas reacciones. Al iniciarse el repicar de las campanas la gente le recibió jubilosa; luego vino el grave doblar de la Santa María de la Asunción y se suscitó un ambiente solemne y expectante. Todo el mundo presentía que algo singularmente misterioso y trascendente estaba por ocurrir. Y ocurrió. Si bien los sonidos generados por las insólitas rejas de tumbaga no resultaban audibles para los oídos ordinarios, de alguna manera todos cuantos se hallaban presentes en el Zócalo alcanzaron a percibir sus efectos. Una oleada de intensa emoción invadió la plaza. Incontables personas lloraban abiertamente, no eran lágrimas de dolor sino el llanto que se produce como resultado de una alegría profunda e inesperada. Muchos se abrazaban sintiendo al hacerlo que descubrían por vez primera el auténtico sentido de la solidaridad de la especie. Otros se habían hincado y rezaban devotamente. Para todos constituía una reveladora y transformadora experiencia.

—¡Lo logramos! —exclamó Regina con triunfal acento al momento de dejar de tañer las

campanas.

Los Cuatro Auténticos Mexicanos se pusieron de pie y rodearon a la joven palmeándole afectuosamente la espalda, querían hablar pero la emoción les dominaba e impedía articular palabra. El rostro de Regina dejaba ver evidentes muestras de fatiga, síntoma de que no había sido nada fácil la tarea que acababa de cumplir. Con voz cansada y jubilosa explicó:

—Las resonancias fueron detectadas por el chakra del planeta que corresponde a México. El chakra ha sido reactivado y el altar donde oficiaremos la parte principal del ritual —al decir esto señaló hacia el Zócalo— está ya listo para ser utilizado. Creo que alcanzaremos nuestro propósito de iniciar el despertar de México.

Regina y sus acompañantes descendieron a la planta baja de la Catedral: tras de despedirse agradecidamente del sacerdote que les había permitido el acceso salieron sigilosamente del templo. En el exterior los oradores que harían uso de la palabra se preparaban para dar inicio al mitin. El ambiente era el propio de una gran festividad popular.

Habiendo cumplido su objetivo y en vista del cansancio que sentía, Regina optó por no quedarse a presenciar el mitin. Los servicios públicos de transporte habían sido suspendidos desde la mañana en un vano afán de las autoridades por dificultar la asistencia a la manifestación. Así pues, el pequeño grupo se vio obligado a emprender a pie el camino de regreso a su domicilio. En su recorrido hicieron dos escalas para descansar; una en la Alameda y otra en una banca del Paseo de la Reforma. Al llegar al Bosque de Chapultepec, los viejos ahuehuetes, dirigidos por El Sargento, les tenían preparada una grata sorpresa.

Un incesante agitar de hojas y ramas producía una bella y rítmica melodía semejante al salmodiar de antiguos himnos sagrados. Eran las voces de los milenarios habitantes del bosque, testigos presenciales de pasadas épocas de esplendor. En la solemne cadencia de su canto había acentos de jubilosa esperanza, a la par que un caluroso reconocimiento a la hazaña recién realizada por la auténtica Soberana de la Nación.

Sonriente y complacida Regina escuchaba la vegetal sinfonía. Se había sentado en el pretil que rodeaba la ancha figura de El Sargento y desde ahí, en unión de sus amigos, llevaba el ritmo de la tonada de los ahuehuetes palmeando con las manos. Al notar que los árboles más jóvenes no se atrevían a intervenir en el festejo, sino que se contentaban con permanecer como respetuosos espectadores del mismo, les instó con graves voces a que se uniesen al cántico. Y así el bosque entero se transformó en una explosión de jubiloso entusiasmo. De seguro Nezahualcóyotl, último de los grandes jardineros de Chapultepec, presenciaba en espíritu la alegre celebración de los árboles del bosque. Ha de haber estado muy contento de poder contemplar dicho espectáculo.

4

La rebelión del rebaño

Mientras Regina se encaminaba de regreso a su domicilio tenía lugar en la Plaza de la Constitución un concurrido mitin. Una vez más se pronunciaron en contra del gobierno los más encendidos ataques, se leyeron varias cartas de presos políticos —entre ellas una de Demetrio Vallejo que llevaba más de una semana en huelga de hambre— y se dieron a conocer largas listas de estudiantes y dirigentes populares que se encontraban presos o habían desaparecido.

Concluido el mitin los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga se enfrentaron de nueva cuenta a una inesperada reacción popular. En esta ocasión no era la ira el sentimiento que prevalecía en el ánimo de la multitud. La elevación del grado de conciencia que produjera el resonar de las rejas de tumbaga había llevado a muchas personas a concluir, en forma puramente intuitiva, que no debían apartarse de aquel sitio cuyas especiales vibraciones resultaban fácilmente perceptibles. Un clamor de voces fue creciendo manifestando el deseo de continuar en el Zócalo en forma indefinida. La disculpa para ello era una supuesta pretensión de citar a las autoridades para efectuar ahí un público debate. El anhelo de permanecer en la plaza era correcto en cuanto manifestaba que el inconsciente colectivo comprendía la necesidad de llevar a su completa culminación el ritual iniciado esa noche, pero resultaba incorrecto desde el punto de vista de que aún faltaban dos semanas para la fecha en que sería posible intentar concluir dicho ritual.

Actuando en forma imprudente —si bien explicable por la presión derivada de la manifiesta voluntad colectiva— uno de los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga externó ante el micrófono el acuerdo de que podía permanecer en el Zócalo quien así lo desease. En un principio pareció que todo el mundo se iba a quedar en la plaza, pero no fue así, el ánimo de las multitudes es siempre voluble. Transcurrida una hora la mayoría de la gente empezó a reconsiderar su actitud. No había absolutamente nada que hacer y comenzaba a sentirse un poco de frío; en sus casas les aguardaban cena y lecho calientes, lo mejor sería retirarse y volver por la mañana. Al principio en forma imperceptible, pero luego con creciente rapidez, el Zócalo comenzó a despoblarse. A las once de la noche quedarían unas sesenta mil personas y una hora y media después llegarían a lo sumo cinco mil; éstas sí, dispuestas a no moverse del lugar donde se encontraban.

•

Desde el interior del Palacio Nacional el presidente de la República había permanecido observando atentamente cuanto aconteciera, lo cual había sido del todo diferente a lo que esperaba. Tomando como base lo que estuviera a punto de ocurrir en la anterior manifestación, el licenciado Díaz Ordaz había dado por cierto que se realizaría un intento de tomar el Palacio por asalto. Con miras a impedirlo, dispuso que se transformase la sede del Poder Ejecutivo en una auténtica fortaleza. Miles de soldados portando armas de alto poder se encontraban convenientemente distribuidos en el enorme edificio, listos para repeler el ataque. Pero éste no se produjo, en lugar de ello llegó una inesperada sinfonía de las más fantásticas tonalidades.

El licenciado Díaz Ordaz era cruel e irascible, pero no tonto. Al escuchar las excepcionales sonoridades provenientes de Catedral, comprendió la auténtica realidad del conflicto al que se enfrentaba; esto es, se percató que lo que se estaba llevando a cabo en el Zócalo era un ritual y no un mero acto político de protesta. En igual forma, entendió entonces el oculto significado de la exigencia que le planteara el grupo de militares, obligándole a permitir la celebración de tres grandes concentraciones en la Plaza de la Constitución. Dos ya se habían realizado, faltaba una con la cual se daría, de seguro, feliz término al misterioso ritual; pero el presidente no estaba dispuesto a dejar que ello ocurriese mientras él pudiese evitarlo. Reflexionando sobre los medios de que se valdría para alcanzar su propósito, el licenciado Díaz Ordaz llegó a la conclusión de que el medio más efectivo para nulificar un ritual debía ser la práctica de otro. Sin pensarlo más, pidió le comunicasen de inmediato con el cardenal y arzobispo primado de la ciudad de México, monseñor Miguel Darío Miranda.

El arzobispo Darío Miranda era una persona en extremo sensata y prudente. Se encontraba ya dormido cuando llamó el presidente y tuvo que ser despertado por uno de sus ayudantes. Sin inmutarse escuchó la airada voz del presidente informándole que un grupo de vandálicos estudiantes se habían introducido en la Catedral para hacer repicar sus campanas, cometiendo con ello un imperdonable sacrilegio; razón por la cual, el cardenal, en su calidad de máxima autoridad religiosa de la nación, estaba obligado a realizar al día siguiente un ritual de desagravio.

Al igual que una buena parte de la opinión pública del país, el arzobispo de la ciudad de México se hallaba desconcertado ante el inusitado ímpetu alcanzado por el Movimiento. No obstante, su desconcierto de ninguna manera significaba que estuviese dispuesto a prestarse a una maniobra gubernamental que tan sólo llevaría a la Iglesia a un choque frontal e innecesario con dicho Movimiento. El cardenal Darío Miranda explicó que a pesar de su elevada posición eclesiástica se consideraba un ignorante en materia de Derecho Canónico pero que, afortunadamente, existían en el país profundos conocedores de esta materia. Así pues, turnaría cuanto antes a los expertos el problema de dilucidar, de acuerdo con las disposiciones canónicas en vigor, si los toques de campana de aquella noche habían constituido o no una profanación del sagrado recinto catedralicio. Sólo en caso de que la respuesta fuese afirmativa, realizaría el consiguiente ritual de desagravio.

La respuesta enfureció a más no poder al presidente; sin embargo, no le quedó otra sino

tragarse su coraje, pues lo último que deseaba en aquellas circunstancias era añadir a sus problemas un conflicto con la Iglesia Católica. En términos que pretendían ser corteses se despidió del cardenal, pidiéndole que en cuanto tuviese la respuesta de los expertos en Derecho Canónico se la hiciese saber.

Aún no terminaba de colgar el teléfono y ya la febril mente del licenciado Díaz Ordaz trabajaba maquinando un nuevo proyecto. En vista de que las autoridades religiosas se negaban a llevar a cabo el ritual que él necesitaba, correspondía al gobierno —concluyó— la tarea de proceder a realizar dicho ritual. Mientras atisbaba a través de una ventana del Palacio el desarrollo del recién concluido mitin, había tenido oportunidad de contemplar a los manifestantes izar en el asta bandera del Zócalo la enseña rojinegra que se utiliza en las huelgas, misma que habían procedido a retirar al momento de concluir el evento. Recordando el hecho el licenciado Díaz Ordaz consideró que éste podría servirle de pretexto para llevar a cabo el ritual que proyectaba. Llamando ante su presencia al licenciado Alfonso Martínez Domínguez y al señor Fernando M. Garza, presidente del comité ejecutivo del PRI y director de relaciones públicas de la Presidencia respectivamente, les impartió instrucciones precisas para poner en ejecución su maquiavélico designio.

El plan ideado por el primer mandatario consistía en lo siguiente: tanto los periódicos como las estaciones de radio y televisión debían difundir a los cuatro vientos que los manifestantes habían cometido un imperdonable agravio al lábaro patrio, consistente en haber izado en el sitio destinado a éste otra bandera. Para lavar esta supuesta afrenta se efectuaría una formal ceremonia de desagravio a la una de la tarde del día siguiente —o sea del miércoles 28 de agosto— a la cual se invitaba a participar a toda la ciudadanía. A sabiendas de que lo más probable era que casi nadie acudiese por su propia voluntad a la ceremonia, el presidente dispuso que se acarrease hasta el Zócalo a todos los burócratas que laboraban en la capital y en los estados circunvecinos, de tal forma que la plaza se viese casi tan pletórica de gente como lo había estado con la presencia de los manifestantes.

Llevado por el entusiasmo que le producía su proyecto, el licenciado Díaz Ordaz decidió no esperar el veredicto de los especialistas en Derecho Canónico y dictó al respecto su propio fallo: la Catedral Metropolitana había sido profanada al ser tocadas sus campanas por extrañas manos, esto precisaba igualmente un ritual de desagravio, cuya realización sería notificada oportunamente al pueblo por las autoridades eclesiásticas.[1]

Para poder efectuar al día siguiente la proyectada concentración de empleados públicos, se requería primero retirar del Zócalo a los varios miles de personas que en él acampaban. Antes de dar la orden al ejército para que procediese a desalojar la plaza, el licenciado Díaz Ordaz quiso asegurarse de que esta orden no le acarrearía problemas con el grupo de militares que habían intervenido en favor del Movimiento.

Era ya medianoche cuando el presidente se comunicó con el secretario de la Defensa para informarle de lo que acontecía en la Plaza de la Constitución, y para pedirle que lo hiciese saber a los militares que se oponían a la represión.

—Por favor —afirmó el primer mandatario con evidente sarcasmo—, pregúnteles a esos señores que si el permiso para efectuar manifestaciones incluye también la autorización para

quedarse a vivir en el Zócalo.

El secretario de la Defensa localizó, telefónicamente, al general oaxaqueño que había encabezado al grupo de altos oficiales durante la entrevista con el presidente. Tras de unos momentos de vacilación, el general respondió a la pregunta que se le formulaba indicando que la petición que habían hecho al primer mandatario era en el sentido de que permitiese la celebración de tres manifestaciones en el Zócalo, pero no que se autorizase a nadie a permanecer indefinidamente en dicho lugar.

Al serle transmitida la anterior respuesta el licenciado Díaz Ordaz esbozó una de sus características y enormes sonrisas. Acto seguido ordenó personalmente al general Benjamín Reyes García, comandante de la Primera Zona Militar, que desalojase a los ocupantes de la plaza "a sangre y fuego".

Afortunadamente para las numerosas personas que acampaban en el Zócalo —algunas de las cuales entonaban canciones en animados coros, mientras que otras dormían ya acostadas en el suelo— el general Reyes García estaba al tanto de los insistentes rumores que circulaban en el ejército, según los cuales existían algunos militares —entre los que se mencionaba a algunos comandantes de Zona— que se oponían a la represión del Movimiento. Con base en lo anterior, el general juzgó que lo más conveniente sería obedecer y desobedecer la orden presidencial que acababa de recibir, esto es, acatarla en lo tocante a desalojar la plaza, pero burlarla procurando realizar dicho desalojo con el menor número de víctimas.

Faltaban exactamente diez minutos para la una de la mañana, cuando los altavoces instalados en la Plaza de la Constitución anunciaron que quienes se encontraban en ésta tenían cinco minutos para desalojarla. El anuncio hizo callar a los que cantaban e interrumpió los sueños de quienes dormían. La plaza se transformó en un nervioso oleaje humano. Retador, se generalizó un grito que a los pocos segundos era pronunciado por cinco mil voces.

—¡México, libertad! ¡México, libertad!

Al cumplirse el plazo señalado las puertas del Palacio se abrieron y por ellas empezaron a salir largas filas de soldados pertenecientes a los Batallones 43 y 44 de Infantería y 10 de Paracaidistas. Avanzando en cerrada formación y con la bayoneta calada, pero sin abrir fuego, las tropas llegaron hasta donde se encontraban los ocupantes de la plaza; éstos no cesaban de gritar y se negaban a retroceder. Los soldados empezaron a utilizar las culatas de sus rifles para golpear con ellas a cuantos tenían la desgracia de cruzarse en su camino. Numerosas personas rodaron por los suelos, algunas con fracturas en huesos.

Lentamente la multitud fue siendo empujada fuera de la explanada, hasta que sólo quedaron en ésta soldados y cuerpos gimiendo de dolor a causa de los golpes recibidos. Un centenar de patrullas policiacas habían rodeado la plaza y mantenían ululando sus sirenas. La carencia de alumbrado público terminaba de complementar el ambiente de zozobra que imperaba en la plaza. En vista de que la gente se había retirado pero no dispersado —y continuaba en las calles adyacentes al Zócalo, profiriendo toda clase de insultos en contra del gobierno— el ejército reanudó su avance. Una vez más las culatas de los rifles derribaron cuerpos y fracturaron huesos. Las ambulancias no se daban abasto para recoger a tantos lesionados. Finalmente, el centro de la ciudad fue quedando desierto, tan sólo pequeños grupos de estudiantes continuaba insultando

desde lejos a las tropas, las cuales mantenían bajo su control una amplia zona en torno a la Plaza Mayor.

Una vez despejado el Zócalo, el presidente ordenó se izase en su asta bandera un emblema rojinegro —el utilizado por los manifestantes había sido retirado al concluir el mitin— con objeto de poder presentarlo como prueba del supuesto agravio cometido a la enseña patria. En esta forma, el proyectado ritual de desagravio consistiría en arriar la bandera de huelga, quemarla e izar el lábaro nacional; todo ello en medio de retumbar de tambores y vítores al gobierno proferidos por el cerca de medio millón de burócratas que serían llevados al acto. Cámaras y micrófonos transmitirían, en vivo y en directo, la fehaciente prueba de unidad popular en torno a las autoridades.

Cada vez más complacido con la que estimaba sería una magnífica respuesta al ritual efectuado aquella noche en el Zócalo, el presidente se retiró a descansar. Eran las tres de la madrugada y una tensa calma prevalecía en el ambiente. Todo parecía presagiar que muy pronto sobrevendrían nuevos e importantes acontecimientos.

•

El señor Germán Reyes, honesto y laborioso empleado que llevaba veintidós años trabajando en la Dirección General de Impuestos Interiores de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, escuchó sin lograr concentrarse el aviso que daba el delegado sindical de que debían suspender las actividades y salir a la Plaza de la Constitución. Se trataba, según medio alcanzó a entender, de participar en una concentración masiva y cuyo propósito era rendir culto a la bandera. Con desganados movimientos el señor Reyes guardó los documentos que tenía sobre el escritorio y salió de su oficina. Los pasillos y los corredores del Palacio Nacional —en uno de cuyos patios internos estaban ubicadas las oficinas de la Dirección General de Impuestos Interiores— se hallaban atestados de empleados públicos que se encaminaban al Zócalo a cumplir el mandato recibido.

Integrado a la corriente humana que brotaba del edificio, el señor Reyes salió de éste y con pasos semejantes a los de un autómata avanzó hacia el centro de la plaza. La luz del Sol lastimó su vista obligándole a entrecerrar los ojos. Hacía ya cuatro semanas que casi no dormía ni comía, atenazado por insoportable angustia. Su hijo, su único hijo, había desaparecido desde la noche en que la Escuela Nacional Preparatoria fuera invadida por las tropas. Los esfuerzos realizados por el señor Reyes y por su desesperada esposa para localizar al joven Germán habían sido completamente inútiles. Sus compañeros de escuela aseguraban que no había salido esa noche del asediado San Ildefonso. Las autoridades afirmaban, enfáticamente, que el asalto del ejército a la preparatoria no había ocasionado la muerte de ningún estudiante; pero Germán no aparecía por ningún lado, ni vivo ni muerto. Los esposos Reyes habían acudido a cuantas personas que de cierta influencia conocían para suplicarles que les ayudasen a encontrar a su hijo. Inútil empeño, tan sólo recibían grandes dosis de falsas esperanzas: “No se preocupe, el muchacho debe estar escondido por ahí en casa de algún amigo, ya aparecerá cuando se calmen estos borlotes”.

Proveniente de las calles de Argentina llegaba al Zócalo otro río humano. Eran los empleados de la Secretaría de Educación Pública, que acudían pastoreados por sus correspondientes líderes sindicales. Lo mismo ocurría en los dos edificios del Departamento del Distrito Federal ubicados en un costado de la plaza, los cuales arrojaban a ésta varios miles de burócratas por minuto. Largas hileras de camiones transportando a personal de diversas secretarías de Estado iban llegando al centro de la ciudad. La operación de acarreo se realizaba con eficacia y precisión.

Nada de cuanto observaba atraía la atención del señor Germán Reyes, sus pensamientos se mantenían centrados en la desaparición de su hijo y en la destrucción física y moral que este hecho estaba produciendo a su esposa. Una vez más recordó el extendido rumor de que la ocupación de la preparatoria había dejado un saldo de varios estudiantes muertos, cuyos cuerpos habían sido incinerados. Tal y como ocurría siempre que este pensamiento acudía a su mente, procuró rechazarlo de inmediato. Su hijo no podía haber muerto, debía estar vivo en alguna parte, quizás herido, tal vez preso.

Repentinamente y sin que nadie se hubiese percatado del exacto momento de su llegada, hicieron su aparición en la plaza numerosos grupos de estudiantes. Utilizando como tribuna los brazos de sus propios compañeros que los alzaban en vilo, algunos de los jóvenes se transformaron en improvisados oradores. Con frases llenas de fuego empezaron a dar su versión de los acontecimientos ocurridos la noche anterior en ese mismo lugar: de ninguna manera habían pretendido profanar la enseña nacional; si habían izado una bandera de huelga era simplemente porque estaban en huelga; en cambio el gobierno sí profanaba en forma permanente el lábaro patrio, al utilizarlo como emblema del PRI.

La presencia de los estudiantes atrajo al instante la atención del señor Reyes. En cada uno de ellos creyó ver la imagen de su hijo. Idéntica conciencia del peligro que podía derivarse de sus acciones e igual pasión en defender lo que estimaban justo. Y fue entonces, en súbita revelación, cuando cobró conciencia de cuál era la auténtica naturaleza de su propio ser, la que había determinado cada una de sus acciones a lo largo de su existencia. Con voz que le resultó extraña por la total sinceridad con que expresaba su más profunda verdad, empezó a gritar:

—¡Soy un borrego! Beee, beee, beee.

Una desconocida y poderosa fuerza se había despertado súbitamente en el interior del señor Reyes. El franco reconocimiento de su forma de ser le producía un sentimiento de libertad como jamás experimentara hasta entonces. Con voz cada vez más recia, siguió balando insistentemente.

—Bee, bee, bee.

En otras circunstancias lo más probable es que quienes presenciaban la singular conducta asumida por el señor Reyes le hubiesen tildado de loco y, tal vez, hecho bromas a sus costillas. Pero en aquellos momentos la sincera, desgarradora aceptación de su auténtica naturaleza expuesta públicamente, se convirtió sorpresivamente en un ejemplo para todos. En un chispazo de colectiva intuición los burócratas congregados en el Zócalo percibieron su propia realidad existencial. Un inútil laborar efectuando tareas rutinarias y absurdas. Un humillante menosprecio a su dignidad de seres humanos, practicado cotidianamente por los poderosos en turno. Vidas consagradas a la sola espera de la jubilación y de la muerte.

Primero decenas, luego cientos, después miles y finalmente cientos de miles de empleados

públicos empezaron a balar:

—Bee, bee, bee.

Tal y como ocurriera al señor Germán Reyes, la plena aceptación de su real forma de ser generaba en quienes la efectuaban una especie de catarsis purificadora que se traducía en un sentimiento de liberación. Los balidos de la inmensa multitud se podían escuchar a muchas cuadras del Zócalo. Su acento revelaba a la vez tristeza y dignidad. Había una actitud de abierto reto en la aparente pasividad de los burócratas.

Definitivamente aquélla no era la conducta que el gobierno esperaba de sus empleados. Los magnavoces de la plaza anunciaron que se cancelaba la ceremonia y que quienes se encontraban en el Zócalo tenían diez minutos para desalojarlo y regresar a continuar laborando en sus respectivas oficinas. La multitud no se movió, prosiguió balando aún con mayor insistencia. Transcurrido el término empezaron a salir de Palacio Nacional fuertes contingentes de tropas, presididas de carros de combate. Vehículos y soldados arremetieron contra los empleados públicos.

Se generalizó una inmediata desbandada. Los carros de asalto abrían anchas brechas entre la gente dejando a su paso un reguero de personas seriamente lesionadas. Las culatas de los fusiles completaban la obra de las máquinas derribando cuerpos a diestra y siniestra. En unos cuantos minutos la plaza fue despejada, sólo quedaron en ella los doloridos organismos de varios centenares de burócratas cuyas lesiones les impedían retirarse por su propio pie.

La multitud se había replegado hacia las calles que desembocaban en el Zócalo y el ejército marchó tras ella. Se produjo entonces una inesperada reacción de las personas que habitaban o trabajaban en los edificios existentes en esas calles. De azoteas y ventanas empezó a caer una verdadera lluvia de objetos arrojados en contra de los soldados. Llovía de todo: cestos de basura, sillas, macetas, botellas, libros, utensilios de cocina, máquinas de escribir, aparatos de radio y de televisión.

El sorpresivo ataque paralizó por unos momentos el avance de las tropas. No pocos soldados rodaron por tierra al recibir de lleno el impacto de algún objeto de uso casero o de oficina lanzado desde varios pisos de altura. Un soldado levantó su rifle y apuntó a una guapa secretaria que acababa de arrojar, con muy buen tino, su máquina de escribir. Se escuchó una detonación y la secretaria quedó colgando de la ventana con el cráneo destrozado. El disparo fue como una señal, al instante se dejaron oír en distintos lugares numerosas descargas de armas de fuego. La lluvia de objetos cesó y ya nadie asomó por ventanas y azoteas. Imposible saber cuántas personas fueron muertas o heridas por las balas. El ejército quedó como único dueño de las calles.

•

Al producirse el ataque de las tropas sobre los burócratas, el señor Germán Reyes intentó permanecer en donde se encontraba. No lo consiguió. Un soldado le dio un culatazo en un hombro dislocándoselo y la empavorecida multitud le arrastró en su retirada. Fue a dar a la avenida 16 de Septiembre en donde una empleada de su Dirección le hizo señas que la siguiese, al hacerlo

penetró en un restaurante que funcionaba en los sótanos de un edificio. Al momento de entrar —justo antes de que cerraran sus puertas— alcanzó a leer el nombre del establecimiento: Restaurant Bar Sobia. Provenientes del exterior se escuchaban precipitadas carreras, gritos de angustia, estruendo de objetos que eran arrojados a la calle y, finalmente, disparos de armas de fuego.

El personal del restaurante se mostró en extremo solidario. Hielo y servilletas que servían de vendajes fueron proporcionados a quienes tenían golpes y heridas. El señor Reyes se sentó a esperar pacientemente el momento oportuno de poder retornar a su hogar. Ya era otra persona, una radical transformación se había operado en su interior. Ahora tenía la plena certeza de que su hijo había muerto y de que jamás le sería dado ni siquiera el débil consuelo de poder velar su cadáver. Junto con una enorme tristeza sentía también un profundo orgullo por el hecho de haber sido padre de un hijo como Germán. Se juró a sí mismo que lo que le restase de existencia lo viviría en tal forma que su hijo, desde donde se encontrase, se pudiera sentir orgulloso de su padre.

En el despacho presidencial el licenciado Díaz Ordaz estaba teniendo otro más de sus desbordados ataques de furia. La posibilidad de que los burócratas pudieran reaccionar con dignidad nunca había pasado por su mente. La furia del primer mandatario no le impedía pensar con lucidez. Así como había visto frustrado su proyectado ritual —concluyó— él también lograría malograr el de sus misteriosos enemigos, todo era cuestión de conocer de antemano cuáles eran los requisitos a los que dicho ritual tendría que ajustarse y de proceder luego de tal forma que éstos no se cumpliesen.

Mientras contemplaba una foto que le fuera tomada el día de su ascenso al poder, el presiente prometió, por la honra de su partido, que haría fracasar el próximo ritual que se intentase efectuar en el Zócalo.

---

[1] A los pocos días la Arquidiócesis de México dio a conocer su dictamen sobre el particular: la catedral no había sido profanada y, por tanto, no procedía efectuar ritual alguno de desagravio. A pesar de que casi ningún medio divulgó la resolución eclesiástica, ésta tuvo una amplia difusión gracias a que fue leída en todas las parroquias de la capital en la misa dominical; asimismo, fue publicada en la primera página del número seis de Gaceta, boletín informativo del Consejo Nacional de Huelga que llegó a tener un importante tiraje.

5

La batalla del silencio

No sólo el presidente deseaba conocer los requisitos que debía cumplir el próximo ritual a efectuarse. A la mañana siguiente a la noche en que Regina hiciera resonar los instrumentos sagrados de Catedral, los Cuatro Auténticos Mexicanos le preguntaron respecto a la forma en que había de realizarse la segunda y decisiva etapa del ritual que estaban practicando. Hasta ese momento la Reina de México sólo había anticipado cuál consideraba que sería la fecha más apropiada para intentar concluir el ritual —el 13 de septiembre, aniversario del sacrificio de los Niños Héroes— pero se había abstenido de proporcionar más detalles sobre el particular.

A sabiendas de que la respuesta constituiría para sus oyentes un duchazo de agua helada, Regina procedió a informarles que en la fecha señalada debía efectuarse una manifestación a un mismo tiempo semejante y diferente a la que acababa de tener lugar el día anterior. Semejante en cuanto a que habría que realizar exactamente el mismo recorrido y estar integrada por un mínimo de trescientas noventa y seis mil personas. Diferente porque la manifestación debía hacerse en el más completo silencio. Este requisito era determinante para la consumación del ritual a grado tal, que éste se vería del todo frustrado con el solo hecho de que cualquiera de los que tomasen parte en la manifestación pronunciase una sola palabra durante el transcurso de la marcha. Únicamente "cuando el Zócalo se hubiese llenado de silencio", podría ella pronunciar, por tres veces, el nombre sagrado de México, despertando con ello a los dos seres más antiguos y poderosos del país: la pareja de volcanes, que tomaría a su cargo la tarea de lograr que la nación entera recuperase su conciencia.

Regina concluyó de hablar y los Cuatro Auténticos Mexicanos permanecieron mudos, intercambiando entre sí miradas que denotaban que compartían idéntico criterio; finalmente don Uriel dijo:

—Será imposible. El silencio es un atributo de quienes saben dominarse y son dueños de sí mismos. Ni el mayor de los optimistas puede suponer que en esta época, en cualquier parte del mundo, sea posible reunir a cerca de medio millón de personas y hacer que éstas se mantengan durante horas sin pronunciar palabra. Es totalmente imposible.

—Pues entonces yo debo ser más optimista que el mayor de los optimistas —repuso Regina.

—Hay también que tomar en cuenta —intervino don Gabriel— que el gobierno se enterará forzosamente de esto y tratará por todos los medios de romper el silencio. Le bastaría con infiltrar a una gente de ellos entre los manifestantes y que ésta pronunciase una simple palabra. Con sólo

eso ya estaríamos amolados.

—Si al menos todos fueran indios —opinó don Miguel—, sería posible tener cierta esperanza; pero no con esta clase de gente, hablan hasta por los codos, no podrían callarse aunque les fuese la vida en ello.

—Francamente yo tampoco lo creo —apuntó escuetamente don Rafael.

Regina aparentó que un total abatimiento se apoderaba de ella. Con teatral ademán sacudió su larga cabellera, se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—Creo que tienen toda la razón. No hay caso de intentar ya nada. Lo mejor es que cada quien se regrese a su casa y que traten de volverse ricos. Qué bueno que siquiera tengo mi trabajo de edecán. Adiós.

Dando la media vuelta Regina intentó alejarse. Cuatro agitadas voces la contuvieron. Cada una expresaba mediante diferentes palabras idénticas disculpas, al tiempo que reiteraba que quienes hablaban habían decidido consagrar sus existencias al servicio de la Reina de México.

Regina rió con gran alborozo y luego expresó:

—Bien, si de veras vamos a intentar concluir el ritual, tendremos que trabajar muy duro. A partir de este momento cada minuto cuenta y puede resultar decisivo. Hoy por la noche celebraremos una reunión con los dirigentes de los Centros de Mexicanidad. Es necesario que quienes vinieron de provincia a tomar parte en la manifestación de ayer se regresen de inmediato a sus lugares de origen a seguir difundiendo el Movimiento, o más bien dicho, a lograr que éste alcance una mayor profundidad, un grado superior de conciencia. Ustedes deberán también partir mañana mismo a recorrer de nuevo el país proporcionando las directrices y orientaciones más apropiadas. Todos deberán estar de regreso antes del día 13.

Con sus grandes ojos azules despidiendo una lluvia de centelleantes fulgores, la Reina de México concluyó:

—Cada vez estoy más segura de que lograremos nuestro objetivo. México despertará.

•

El día 1° de septiembre fue un buen día para el licenciado Gustavo Díaz Ordaz. Al igual que en idéntica fecha de cada año, el presidente de la República acudió ante el Congreso de la Unión a rendir su anual informe de labores. De acuerdo con lo estipulado por las leyes, el propósito de dicho informe es el de proporcionar al Poder Legislativo la información necesaria para que éste pueda ejercer un efectivo control sobre los actos del Poder Ejecutivo. En la realidad era exactamente todo lo contrario.

El informe presidencial era una aburrida y rutinaria ceremonia, cuyo único objetivo consistía en patentizar la absoluta sujeción al mandatario en turno de todo el aparato político, administrativo y económico del país. Diputados, senadores, gobernadores, ministros de la Suprema Corte de Justicia y magistrados de los más diversos tribunales, altos funcionarios de la administración pública, comandantes del ejército, líderes obreros y campesinos, dirigentes empresariales del comercio y de la industria, acudían a dicha ceremonia a cumplir devotamente la

tarea de aplaudir cuanto dijera el presidente. La presencia de unos cuantos diputados de los partidos políticos de oposición, no cambiaba en nada la real naturaleza de este acto, constituía tan sólo un pintoresco detalle decorativo, con el cual se pretendía demostrar la "auténtica democracia" alcanzada por el sistema de gobierno que rige el país.

Haciendo a un lado hasta el cumplimiento puramente formal de las disposiciones legales —que supuestamente le obligaba a dar cuenta al Congreso de las labores realizadas en ese año— el licenciado Díaz Ordaz dedicó la mayor parte del informe a vituperar al Movimiento, utilizando para ello las más vehementes injurias y las más abiertas amenazas.

Aun cuando los denuestos proferidos por el primer mandatario no hacían sino subrayar un hecho ya sabido —lo irascible del carácter del señor presidente— varias de sus afirmaciones dejaban ver, seguramente sin proponérselo, cuáles eran realmente sus más profundos temores y escondidos anhelos, así como el alto grado de resentimiento que le dominaba. Por ejemplo su afirmación: "La injuria no me ofende, la calumnia no me llega, el odio no ha nacido en mí", puso de manifiesto —por el exaltado tono de encendida furia con que fue pronunciada— la volcánica pasión que le devoraba.

En otro de los párrafos de su informe, el licenciado Díaz Ordaz reveló su oculto temor de que el Movimiento al cual se enfrentaba tuviese una dimensión histórica, posibilidad que desde luego negó en forma terminante: "En unas semanas o en unos meses, los acontecimientos tomarán con la perspectiva del tiempo su verdadera dimensión, y no pasarán como episodios heroicos, sino como absurda lucha de oscuros orígenes e incalificables propósitos".

En igual forma, el presidente reveló a través de sus afirmaciones cuál era el mayor de sus anhelos: conseguir el pleno apoyo de las Fuerzas Armadas, para poder así reprimir impunemente al Movimiento. Con la evidente intención de lograr dicho apoyo, páginas enteras del informe se desbordaban en elogios a los militares, así como de constantes alusiones a los preceptos legales que otorgan facultades de mando al presidente sobre el ejército. Con muy buen criterio selectivo, el primer mandatario se abstuvo de hacer mención de las limitaciones impuestas a esas facultades por los mismos preceptos que citaba.

Finalmente, el licenciado Díaz Ordaz concluyó su exposición con una fulminante amenaza: "No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos".

Una larga, cerrada ovación rubricó la amenaza presidencial. Puestos de pie los principales dirigentes políticos y empresariales del país aplaudieron durante varios minutos al licenciado Díaz Ordaz. De entre todos los que rendían homenaje al primer mandatario hubo uno que prolongó más que ninguno su aplauso. Se trataba del diputado González, padre de Ana María, la joven preparatoriana de la Escuela Isaac Ochoterena, cuya columna vertebral quedara seriamente dañada al ocurrir el primer enfrentamiento entre estudiantes y granaderos el martes 23 de julio. En uno de los bolsillos del elegante traje del señor diputado había un telegrama a cuyo texto había dado lectura mientras efectuaba el recorrido entre su mansión y la Cámara de Diputados. El telegrama estaba redactado en inglés y provenía de un famoso hospital de la ciudad de Houston; en el mensaje se le informaba que las dos operaciones realizadas a su hija no habían dado el

resultado esperado y que lamentaban mucho tener que comunicarle que no había ya nada que hacer: Ana María estaba condenada a quedar paralítica de por vida.

•

En todas las asambleas que se realizaban en las escuelas en huelga comenzó a plantearse por un creciente número de estudiantes una misma propuesta: efectuar una nueva y gigantesca manifestación, la cual debía realizarse el día 13 de septiembre y llevarse a cabo en el más completo silencio.

No sólo era del sector estudiantil de donde provenía la insistente propuesta de efectuar una manifestación silenciosa. Día con día llegaban ante el Consejo Nacional de Huelga —que continuaba sesionando diariamente en Ciudad Universitaria, en el auditorio de la Facultad de Medicina— las más variadas comisiones con idéntica proposición. Haciéndose eco del clamor popular, el Consejo Nacional de Huelga acordó realizar la solicitada manifestación en la forma y términos que todo el mundo estaba pidiendo.

La noticia se propaló al instante por todo el país generando de inmediato una expectación sin precedente, superior incluso a la que despertara el anuncio de la anterior manifestación. Hasta en los más apartados rincones de la República se incrementaron los mítines, manifestaciones y toda clase de actos en apoyo al Movimiento. De algunas regiones empezaron a movilizarse caravanas de personas que proyectaban efectuar a pie largos recorridos para llegar a la capital en la fecha señalada. En toda la nación no se hablaba de otra cosa que no fuera la Manifestación del Silencio.

La difusión de la singular característica que tendría la próxima marcha también llegó al conocimiento del gobierno. Muy pronto resultó evidente que las autoridades utilizarían cuanto recurso estuviese en sus manos con objeto de romper el silencio que se intentaba lograr en el proyectado evento.

La tarde del viernes 6 de septiembre, Regina se encontraba participando en una numerosa reunión convocada por el Centro de Mexicanidad ubicado en Ciudad Nezahualcóyotl. Una y otra vez la joven insistió en subrayar que en la próxima marcha no se trataba de permanecer más o menos callado, sino de guardar un total y absoluto silencio; sólo así sería posible lograr las elevadas metas que se intentaban alcanzar con dicha marcha. Al concluir su exposición, uno de los asistentes mostró a Regina el ejemplar de un volante que al parecer estaba siendo arrojado por aviones y helicópteros en toda la ciudad. Si bien los supuestos autores del volante eran los integrantes de una fantasmal "Unión de Estudiantes Democráticos", no se precisaba poseer grandes dotes deductivas para concluir que el verdadero redactor de aquel impreso había sido el propio gobierno. El volante en cuestión afirmaba con grandes caracteres lo siguiente:

¡NO CALLAREMOS!

Quienes pretenden silenciar la voz acusatoria de los estudiantes no lograrán su propósito. En la próxima gran manifestación del día 13 de septiembre haremos oír nuestra verdad. Durante todo el recorrido insultaremos a las autoridades, manifestando así el desprecio que éstas nos merecen. Ese día las voces de los auténticos

estudiantes se escucharán más fuerte que nunca.

Otro de los participantes en la reunión comentó que un primo suyo, preso por haber sido descubierto al momento de robar un almacén, había sido liberado y recibiría mil pesos por formar parte de un grupo organizado por las autoridades para insultar a los manifestantes hasta lograr que éstos respondiesen a las injurias, rompiendo así su silencio.

Se dejaron oír varias opiniones y todas coincidían en estimar que no podía esperarse que la totalidad de los manifestantes —en especial los estudiantes— soportasen en silencio las provocaciones de que serían objeto.

La Reina de México escuchó pacientemente las pesimistas opiniones, luego expresó con severo acento:

—Quien sienta que no podrá mantener cerrada la boca en la próxima manifestación, que se la tape con tela adhesiva.

•

En muchas ocasiones basta un solo detalle para revelar la integral realidad de un acontecimiento. Quizá con mayor claridad que con cualquier otro hecho, el alto grado de conciencia alcanzado por el Movimiento se puso de manifiesto con la inesperada reacción que produjeron las palabras dichas por Regina en la reunión de Ciudad Nezahualcóyotl. Intentar explicar la forma en que estas palabras alcanzaron una difusión prácticamente instantánea resulta imposible. El hecho es que dos días después de haber sido pronunciadas, todo tipo de tela adhesiva escaseaba ya en las farmacias y establecimientos comerciales de la capital. Tres días después se había agotado la existencia en el mercado de ese producto y un número cada vez mayor de gente intentaba conseguirlo en las mismas fábricas que lo elaboraban, las cuales vieron desaparecer en horas hasta el último rollo de tela adhesiva que tenían. El asunto no paró ahí. Agotada la tela adhesiva tocó el turno a los vendajes. Éstos desaparecieron con velocidad aún mayor que aquélla. Todo el mundo juzgaba que podría improvisar con ellos una eficaz mordaza.

El miércoles 11 de septiembre la enfermera Leticia Rojas Jiménez —coordinadora del Centro de Mexicanidad ubicado en Tlatelolco— habló por teléfono con Regina a las seis de la mañana para solicitarle que acudiese al Hospital 20 de Noviembre. Los enfermos que iban a ser operados en ese nosocomio se negaban a que se llevasen a cabo las intervenciones quirúrgicas. La razón que aducían era que si éstas se realizaban se emplearían vendajes que los manifestantes iban a necesitar para no romper su silencio.

Regina acudió prontamente. Su voz denotaba profunda emoción cuando agradeció a los enfermos su generoso gesto de solidaridad con el Movimiento, pero les pidió que no pusiesen en peligro sus vidas, en lugar de ello contaba con que el día de la manifestación estarían moralmente presentes en ésta, manteniendo un profundo silencio a partir de las cinco de la tarde. Todos prometieron hacerlo, no sólo los enfermos, también los médicos, practicantes, enfermeras, mozos y afanadoras. Entre aplausos y vítores a México, la joven salió sonriendo del hospital.

Ese mismo día, a distintas horas, fueron retornando a la capital don Gabriel, don Rafael y don

Miguel —don Uriel había permanecido acompañando a Regina y haciendo junto con ella breves recorridos por numerosas poblaciones cercanas al Distrito Federal—. Los tres llegaban tras de agotadoras y fructíferas giras por distintos estados de la República. El grado de profundidad de conciencia alcanzado en el interior del país por el Movimiento, afirmaron, era magnífico. Los miles de personas que provenientes de los cuatro rumbos estaban llegando a la ciudad de México, tenían una clara comprensión de la importancia del acto en el cual participarían.

Incansable, Regina dedicó el día anterior a la manifestación a un último recorrido de inspección que inició a las seis de la mañana y concluyó a las doce la noche. Sin detenerse a comer ni a descansar, visitó cada uno de los Centros de Mexicanidad establecidos en el área metropolitana, así como diversas escuelas universitarias y politécnicas. En todos los sitios encontró idéntico entusiasmo y una febril actividad de quienes laboraban de las más diversas maneras en los preparativos del esperado acontecimiento. Lo mismo se confeccionaban grandes pilas de mordazas que se pintaban incontables mantas y letreros. La consigna, insistentemente repetida por la Reina de México en cuanto lugar visitaba, fue siempre una y la misma: silencio, un total y absoluto silencio, ésa sería la poderosa arma que habría de darles el triunfo en la jornada en la que México se jugaba su destino.

•

Mientras Regina recorría la ciudad repitiendo sin cesar la palabra silencio, el presidente de la República tenía una junta con el secretario de Gobernación, el jefe del Departamento del D.F. y los procuradores de la Federación y del Distrito. El motivo de aquella junta era verificar si se estaban tomando las medidas adecuadas para transformar la pretendida manifestación silenciosa en la más estridente de todas las marchas.

El licenciado Luis Echeverría Álvarez rindió un largo informe que demostraba cuán arduamente había estado trabajando. Hacía varios días que la ciudad estaba inundada de volantes incitando a los estudiantes a no acatar la consigna de guardar silencio. Todos los integrantes de los grupos estudiantiles controlados a través de la Secretaría de Gobernación —no sólo los de la capital, sino también los de los estados— asistirían a la manifestación que se verificaría al día siguiente. Se les había garantizado que sus emolumentos y prerrogativas mejorarían sustancialmente con el solo hecho de que durante el recorrido de dicha manifestación profiriesen cualquier clase de palabras, así fuesen denuestos a las autoridades. Equipos de grabación convenientemente situados registrarían cuantas voces humanas se escuchasen, para tener así una prueba fehaciente —que sería de inmediato dada a conocer a través de los medios de información — del total fracaso de quienes habían intentado marchar en silencio.

El general y licenciado Alfonso Corona del Rosal había desempeñado también múltiples trabajos, cuyos méritos no eran de ninguna manera inferiores a los de su contrincante en la lucha por la silla presidencial. La delincuencia del Distrito Federal había sido organizada y puesta al servicio del gobierno. Varios centenares de ex convictos —liberados precisamente para desempeñar la tarea que las autoridades les designaran— se mezclarían entre el público que

asistiría a contemplar el paso de los manifestantes. Simulando ser ciudadanos adversos al Movimiento, cubrirían de injurias a los contingentes que desfilaban —especialmente a los de estudiantes, por considerar que éstos responderían más fácilmente a los insultos que se les hacían — y de ser preciso les agredirían. En pocas palabras —concluyó— se haría cuanto fuese necesario para "lograr romper el hipócrita silencio de los alborotadores".

Los licenciados Julio Sánchez Vargas y Gilberto Suárez Torres explicaron que el personal de sus respectivas Procuradurías estaba colaborando, muy activamente, en las labores que dirigían los dos altos funcionarios que les habían precedido en el uso de la palabra. Además de ello, los cuerpos de agentes judiciales de ambas dependencias habían efectuado, con gran éxito, diversos actos de tipo terrorista en contra de los revoltosos. El ingeniero Heberto Castillo —miembro prominente del comité coordinador de la Coalición de Maestros de Enseñanza Media y Superior Prolibertades Democráticas— había recibido una soberana golpiza. Igual tratamiento se había proporcionado a un buen número de profesores, estudiantes y dirigentes populares de conocida militancia en favor del Movimiento. Varios de los planteles educativos en huelga habían sido ametrallados por la noche, propiciando con ello un creciente temor por la suerte de sus hijos entre los padres de los alumnos involucrados en el Movimiento.

Finalmente los procuradores proporcionaron una noticia que consideraban en extremo reconfortante (el del Distrito la dio a conocer y el de la Federación la confirmó) pues dejaba ver que el gobierno contaba con un desconocido grupo de leales partidarios. No todos los ametrallamientos de escuelas y asesinatos de estudiantes habían sido perpetrados por agentes judiciales, algunos de estos hechos eran resultado de la acción de un grupo que actuaba desde las sombras en obvio apoyo de las autoridades. El análisis de los casquillos de los proyectiles utilizados por los desconocidos permitía afirmar que se trataba de un mismo grupo y no de varios.

Sinceramente conmovido, el presidente opinó que debía hacerse un esfuerzo por averiguar la identidad de tan ejemplares ciudadanos, con objeto de que el gobierno les patentizara de alguna manera su reconocimiento.

•

Concluida la gira de inspección, Regina retornó a su domicilio. Entre los múltiples recados telefónicos que le aguardaban varios de ellos eran para informarle que en el lugar donde daría inicio la manifestación —la explanada situada frente al Museo Nacional de Antropología e Historia— había ya personas acampadas aguardando el comienzo de la marcha. La joven consideró que debía dirigirse en busca de dichas personas con objeto de proporcionarles direcciones en donde podrían pasar la noche bajo abrigo. Los Cuatro Auténticos Mexicanos le suplicaron que no fuera. Al día siguiente le aguardaba una pesada tarea que cumplir y convenía que durmiese al menos unas horas. Tres de ellos se encaminarían de inmediato a proporcionar cuanta orientación resultase útil a los prematuros manifestantes.

Regina terminó por aceptar la proposición y se retiró a descansar. Don Miguel, don Rafael y don Uriel salieron de la casa y se internaron en el Bosque de Chapultepec. Una anormal tensión

prevalecía en el ambiente. Ni los árboles, ni las aves e insectos que poblaban el bosque dormían, todos parecían velar impacientes, esperando la llegada del día que quizá marcaría el inicio de un nuevo despertar del País de las Águilas.

Sin suponer que les sería dado contemplar el inusitado espectáculo que estaban a punto de presenciar, los tres caminantes arribaron con presuroso andar a su objetivo. En efecto, tal y como le fuera comunicado a Regina, había ya personas esperando el inicio de la manifestación. Nada más que no se trataba de unas cuantas sino de un incontable número. En todo el enorme espacio que antaño fuera campo de golf brillaban centenares de pequeñas fogatas. En torno a ellas se apretujaban grupos de muy variadas dimensiones. El atuendo de sus integrantes revelaba que pertenecían a las más diversas y apartadas regiones del país.

—Qué lástima que no haya venido don Gabriel —dijo don Rafael—, él podría decirnos fácilmente cuántas personas hay aquí.

—No pueden ser menos de cincuenta mil —opinó asombrado don Uriel.

—Así debió de haber sido la noche anterior a la fundación de Tenochtitlan —afirmó don Miguel y luego prosiguió con voz quebrada por la emoción—: el mismo lugar, el mismo pueblo, el mismo sentimiento de todos de querer hacer algo grande y elevado. Cómo debemos darle gracias a Dios por habernos permitido vivir estos acontecimientos.

Trascendida la inicial sorpresa aguardaba otra aún mayor a los Auténticos Mexicanos. Muy pronto se percataron del profundo silencio que privaba entre los acampados. Si bien muchos se encontraban ya durmiendo, una considerable proporción permanecía con los ojos abiertos; pero no se escuchaban las consabidas canciones ni las usuales bromas. Nadie pronunciaba palabra alguna, como si para ellos la Manifestación del Silencio ya hubiese comenzado.

En vista de que era inútil cualquier intento de proporcionar albergue a tan enorme multitud, los Auténticos Mexicanos optaron por retirarse. Un nuevo contingente llegaba en esos momentos. Se trataba de maestros, campesinos y pequeños comerciantes del estado de Oaxaca, los cuales habían efectuado a pie el recorrido hasta la capital. Don Rafael conocía a varios de los integrantes de aquel grupo y les saludó con movimientos de manos, sin pretender hablarles. Había captado las hogueras que refulgían en sus miradas y sabía muy bien que el fuego que las generaba sólo se logra tras de varios días de profundo silencio.

—Esto se va a poner bueno —sentenció en un murmullo el Heredero de la Tradición Zapoteca.

6

El Nombre Sagrado

El teléfono comenzó a sonar desde antes del amanecer y Regina insistió en contestar personalmente todas las llamadas. En su mayor parte eran del interior del país y las hacían personas que por diversos motivos no podrían asistir a la manifestación. Algunas hablaban desde sus lechos de enfermos. Otras habían sido apresadas a resultas de su militancia en favor del Movimiento y a través de algún amigo o pariente pedían instrucciones sobre el comportamiento que debían asumir ese día. Invariablemente la Reina de México formulaba la misma recomendación que venía haciendo desde días atrás para casos semejantes. Todos podían estar presentes moralmente en la manifestación. Debían guardar un absoluto silencio a partir de las cinco de la tarde y prolongarlo por lo menos tres horas. El gran estruendo del silencio debía escucharse en toda la nación.

Junto con las primeras luces del alba se inició en la casa de la calle de Alumnos un continuo desfile de grupos. Muchos de los integrantes de los Centros de Mexicanidad pasaban a saludar a Regina antes de encaminarse al sitio de reunión de todos los manifestantes. La Reina de México sabía encontrar para cada persona el gesto o la palabra más adecuada para expresarle un especial afecto.

Guiado por el propósito de evitar que Regina tuviese que retornar caminando a la casa al concluir la manifestación, don Uriel decidió llevar su auto al centro de la ciudad y dejarlo estacionado no muy lejos del Zócalo. Acostumbrado a percibir desde niño las cambiantes vibraciones provenientes de casas y edificios, el Heredero de la Tradición Olmeca advirtió de inmediato la singular tensión que predominaba en el ánimo de todas las construcciones. Era obvio que no estaban ajenas a la especial importancia de aquel día. La ciudad entera revelaba una conciencia alerta y expectante. Tras hacer deambular un buen rato a su volkswagen, don Uriel sonrió al observar el nombre de una calle y buscó en ella un sitio donde estacionar el automóvil; una vez hecho esto emprendió a pie el camino de regreso.

El tráfico de vehículos era casi inexistente. El servicio público de transportes estaba suspendido y un gran número de citadinos permanecían encerrados en sus casas llenos de temor. Pero de ninguna manera era éste el sentimiento predominante. Por todas partes se veían grupos que se dirigían hacia Chapultepec con firme y decidido andar. Innumerables rostros lucían ya los improvisados tapabocas hechos con vendajes y tela adhesiva. La carencia de voces humanas comenzaba a producir un extraño silencio que se iba extendiendo por zonas cada vez más amplias

de la capital.

Don Uriel caminó a lo largo de la avenida Chapultepec. Se efectuaban en ésta las obras de lo que sería la primera línea del "Metro" del Distrito Federal. Grandes socavones, cerros de tierra y enormes pilas de materiales de construcción, daban a la mencionada avenida un singular aspecto. Ese día nadie laboraba en las obras. Al aproximarse al cruce de la avenida Chapultepec con la Avenida de los Insurgentes, don Uriel notó que se habían concentrado en aquel sitio un gran número de albañiles que trabajaban en la construcción del Metro. Los distinguió desde lejos por sus característicos cascos de color amarillo. Se trataba de operarios que provenían de los sectores más humildes de la población y que venían realizando un admirable esfuerzo por llevar a cabo una obra en verdad difícil, dadas las problemáticas características del subsuelo de la capital.

La concentración de albañiles obedecía a que éstos efectuaban una asamblea para decidir si asistirían o no a la manifestación. Don Uriel se detuvo a escuchar lo que decía el trabajador que en esos momentos hacía uso de la palabra. Manifestaba un criterio opuesto a la asistencia a la marcha. Sus razones eran que el gobierno tomaría represalias en contra de quienes participasen. Muy bien podía suceder que los despidiesen de su trabajo.

Varios de los asistentes a la asamblea reconocieron a don Uriel. Eran albañiles que habían trabajado con él en alguna de las obras que realizara como arquitecto. A través de su trato a un mismo tiempo generoso y severo, el Heredero de la Tradición Olmeca se había ganado siempre el respeto y afecto de sus operarios. Los albañiles insistieron en que manifestara su opinión sobre la cuestión que debatían y don Uriel subió al montón de tablas que hacía las veces de estrado.

Quien tuviera el menor temor de asistir a la manifestación era mejor que no fuera —expresó el arquitecto con recio acento—. Pero quienes sentían que no bastaba con trabajar haciendo casas, edificios y túneles bajo tierra, sino que también había que construir un país mejor para sus hijos y sus nietos, éstos sí debían de ir, pues aquella marcha era su gran oportunidad de poder hacer algo en beneficio de todos sus descendientes.

No fue necesario efectuar votación alguna cuando don Uriel concluyó de hablar. Sin pronunciar palabra, como un solo hombre, quienes construían la primera línea del Metro se pusieron en marcha. Sus cascos y su a todas luces unificada voluntad les asemejaban a un ejército encaminándose al combate.

Apresurando el paso, don Uriel pronto estuvo de regreso en la casa donde moraba. En ésta proseguía el desfile de grupos y más grupos que luego de saludar a Regina emprendían la caminata hasta donde se encontraba la escultura de Tláloc, lugar en donde estaban congregándose todos los integrantes de los Centros de Mexicanidad.

A la una de la tarde la Reina de México dejó de contestar llamadas telefónicas y de atender a quienes llegaban. Regina y los Cuatro Auténticos Mexicanos se encerraron a orar y permanecieron invocando el auxilio divino durante tres horas. Sus plegarias no fueron expresadas en voz alta, sino formuladas en profundo silencio.

A las cuatro de la tarde Regina, los Cuatro Auténticos Mexicanos y el Testigo, se encaminaron al Bosque de Chapultepec. En esta ocasión el Secreto Guardián del Bosque no les aguardaba en los Baños de Moctezuma, sino que había salido a recibirlos hasta la entrada donde se encuentran

los puestos de flores. El motivo del cambio era informarles que desde el amanecer El Sargento había ordenado a todos los habitantes del bosque que guardasen el más completo silencio. Así pues —afirmó el Guardián— hacía ya horas que en Chapultepec no se escuchaba el rumor de una hoja o el vibrar de un ala. Muy pronto la Reina de México y sus acompañantes pudieron comprobar que no había exageración alguna en aquellas palabras. La orden dada por el Anciano Guerrero del Bosque estaba siendo acatada al pie de la letra. Chapultepec se había transformado en un mundo aparte en donde parecía no existir el sonido.

Una vez más se dio cumplimiento a la obligación de purificar rostros, manos y pies, en el pequeño chorro de agua que brotaba de la antigua fuente. En igual forma se procedió a presentar —ahora en forma silenciosa— la petición de traspasar la invisible y sagrada puerta. El Sargento la concedió gustoso y sin necesidad de proferir el menor susurro. Regina percibía claramente cómo emanaban del milenario ahuehuete las inaudibles vibraciones con que éste expresaba no sólo su consentimiento para que cruzasen la puerta, sino también sus mejores deseos de que la Reina de México lograse llevar a feliz término su trascendental propósito.

Al aproximarse al lugar de la reunión se percataron del diferente silencio que imperaba en éste. El silencio del bosque y el de la inmensa multitud reunida frente al museo se complementaban sin mezclarse, como dos antinotas de una insonora sinfonía. El altísimo número de personas congregadas resultaba increíble. Don Gabriel calculó mentalmente que debían ser alrededor de setecientas mil. Jamás en la historia de México se había dado el caso de una manifestación de tales proporciones.

Antes de que la marcha diese comienzo había alcanzado ya una importante victoria. Los provocadores enviados por el gobierno habían hecho su aparición a partir de las diez de la mañana. Solos o en pequeños grupos empezaron a repartir volantes en los cuales se incitaba a proferir insultos en contra de las autoridades. Quienes leían los volantes procedían a destruirlos sin hacer el menor caso de lo que en ellos se aconsejaba. En vista de su fracaso, los provocadores trataron de romper el creciente silencio profiriendo gritos e insultos. Ignoraban la poderosa cohesión que genera el silencio. Sus aislados aullidos y denuestos pronto se apagaron. Eran como llamas tratando de arder en un espacio sin oxígeno. A partir de las doce cualquier intento de voz humana por expresarse se vio ahogado por el aplastante peso de un silencio cuya solidez resultaba tangible. Momentáneamente vencidos los provocadores se retiraron, encaminándose hasta la glorieta ubicada en el cruce de Paseo de la Reforma y avenida Río Mississipi. Ahí se encontraban los centenares de delincuentes contratados para injuriar y agredir a los manifestantes. Los provocadores hicieron causa común con ellos, compartiendo el mismo propósito de atajar en aquel sitio el avance del silencio.

Llegó la hora —cinco de la tarde— de dar comienzo a la manifestación. Nadie se movió para iniciarla. Aun cuando se habían señalado con toda anticipación cuáles serían los contingentes que debían encabezar la marcha, éstos permanecían clavados en el piso, como si estuviesen aguardando algo. La explicación de su al parecer extraña conducta era en realidad fácil de entender. Como resultado del eficaz ejercicio del silencio, los manifestantes habían alcanzado la lucidez de conciencia necesaria para intuir que, en un acto de la trascendental importancia como el que iban a intentar, sólo podían ser guiados por un ser en verdad excepcional, y por ende, no

deseaban dar principio a la marcha mientras dicho ser no apareciese.

Asumiendo plenamente su responsabilidad como Reina de México, Regina inició el avance. La Manifestación del Silencio había dado comienzo, nadie de cuantos tomaron parte en ella podrían olvidarla jamás. La frase "Yo estuve en la Manifestación del Silencio" llenaría de justificado orgullo a quienes la pronunciaban muchos años después de ocurrido el evento. La moneda que decidiría el destino de la nación se encontraba en el aire.

La transformación de setecientas mil individualidades en una poderosa y unificada voluntad se alcanzó desde el inicio mismo de la marcha. Al salir del bosque y llegar a la fuente de la Diana Cazadora era ya un solo ser que avanzaba con inquebrantable decisión hacia la consecución de su meta. Regina alzó las manos para llamar la atención y acto seguido inició un paso rítmico, cadencioso y marcial. Los Cuatro Auténticos Mexicanos adaptaron de inmediato su andar al de Regina. Otro tanto hicieron los integrantes de los Centros de Mexicanidad. Como una especie de ola que en breves instantes incorpora a su propio movimiento a una gran porción de agua, la singular cadencia en la marcha iniciada por la Reina de México fue extendiéndose rápidamente hasta abarcar a todos los contingentes. Con un andar exactamente igual habían avanzado siglos atrás por esa misma ruta los Caballeros Águilas. En otras partes del planeta rutas igualmente sagradas han sido recorridas, con idéntico ritmo, por aquellos seres que en muy distintas épocas han merecido el nombre de auténticos guerreros. Las modernas marchas de los actuales ejércitos no son sino fallidos intentos de alcanzar un propósito plenamente logrado por los poderosos guerreros de otros tiempos: establecer el orden y la armonía con su solo andar.

En la esquina de Reforma y Mississippi delincuentes y provocadores se aprestaban a detener el silencio. Nerviosos e impacientes habían decidido utilizar la agresión directa y prescindir de los insultos. Formados en barrera sobre el Paseo de la Reforma aguardaban la próxima llegada de los manifestantes. En las manos de la mayor parte relucían navajas y cuchillos. Con irónico acento el malencarado sujeto que los comandaba expresó:

—Vamos a ver si no dicen "ay" cuando les entiérremos los fierritos.

Regina observó el inesperado obstáculo que se interponía en su avance. La distancia que separaba a la barrera humana de la avanzada de los manifestantes era cada vez menor. Levantando la mano con que aferraba su largo cuchillo, un sujeto de torvas facciones se dispuso a dar la señal de ataque. No llegó a hacerlo. La Reina de México fue más rápida. Con la misma fuerza y precisión con que un diestro lanzador arroja una daga, la mano derecha de Regina se proyectó hacia adelante formando un símbolo con los dedos. Era la "V" de "Venceremos". La formulación de aquel signo no constituyó en esos momentos la simple expresión de un deseo, sino la concretización, en un solo ademán, de la inquebrantable decisión de triunfar que animaba tanto a la Soberana como al pueblo de México. Y el signo se transformó en energía. Una fuerza misteriosa e irresistible se abatió sobre delincuentes y provocadores. La barrera se deshizo. Sus integrantes se desbandaron poseídos por el pánico. No todos se alejaron corriendo. Algunos, muy pocos, presintieron que aquel instante podía significar una inesperada oportunidad de transformar sus vidas. Aturdidos, contemplaban la figura de la bella Edecán que con un solo movimiento de sus dedos había desbaratado sus agresivos propósitos. La joven pareció adivinar la conmoción que sacudía sus almas y con amables ademanes les indicó que se incorporasen a la columna. Así lo

hicieron, aportando a ésta su arrepentido silencio.

Al llegar al Monumento de la Independencia, Regina tuvo la certeza de que la batalla del silencio había sido ganada. Un invisible pero poderoso refuerzo apoyaba ahora el mutismo de los manifestantes. El país entero estaba entrando en un profundo estado de silencio. De norte a sur y de este a oeste, lo mismo en las grandes ciudades que en pequeñas rancherías, incontables seres humanos permanecían callados. Enfermos que yacían doloridos en sus camas, obreros en fábricas y talleres, amas de casa en sus hogares, campesinos junto a los surcos, presos recluidos en sus celdas, empleados laborando en oficinas, todos cuantos deseaban sumarse moralmente a la marcha que en esos momentos tenía lugar en la ciudad de México, guardaban un total y absoluto silencio.

Cada una de las glorietas ubicadas en el Paseo de la Reforma constituye la señal manifiesta de una clave referente al ritmo de marcha que se precisa adoptar al recorrer la ruta sagrada que lleva de Chapultepec al Zócalo. Regina variaba levemente la cadencia de sus pasos al cruzar frente a cada una de las glorietas. A veces lo aceleraba ligeramente y en otras lo hacía un poco más lento y solemne. La interminable columna de manifestantes, inmenso ser de unificada y silenciosa conciencia, iba ajustando igualmente sus pasos al ritmo adoptado por la Reina de México. La última parte del trayecto —las calles de la avenida Cinco de Mayo— fue recorrida por un andar marcadamente ceremonioso. Se encontraba ya en las proximidades del altar donde culminaría el ritual del cual dependía la recuperación de la conciencia nacional.

Al llegar al Zócalo, Regina se detuvo por unos instantes. Su rostro —y en general todo su organismo— sufrió una súbita transformación. El marcial aspecto que caracterizara su figura a lo largo de todo el recorrido trocose de improviso en una mística actitud que se manifestaba en cada uno de sus rasgos y movimientos. Y es que ahora no era tan sólo la Reina de México, sino la Suprema Sacerdotisa de su nación. Su esbelta silueta semejaba una viviente representación de las estilizadas figuras de los códices.

Reanudando su avance Regina llegó hasta el centro de la plaza y empezó a ejecutar, con perfecta sincronización, una serie de movimientos que integraban un complejo ceremonial dividido en cuatro etapas —una para cada uno de los rumbos del Universo—. Finalmente se arrodilló justo debajo de la enorme asta bandera, y cerrando los ojos, adoptó una actitud que reflejaba el más profundo estado de concentración. Los Cuatro Auténticos Mexicanos se situaron de pie junto a ella, cada uno vuelto hacia un diferente punto cardinal.

El Zócalo comenzó a llenarse de silencio. Contingente tras contingente iba arribando a la plaza llevando consigo la encendida emoción y despierta conciencia de cada uno de sus integrantes. El ritmo unificado de cientos de miles de pisadas, avanzando hacia un mismo punto, era el único sonido que registraban las grabadoras gubernamentales colocadas en distintos sitios. El silencio de los manifestantes no era ya una simple carencia de voces, sino algo mucho más profundo. Era la plena realización de una proeza que si es difícil lograr individualmente, lo es aún mucho más alcanzar colectivamente: la conquista del silencio interior, el único que permite al ser humano establecer comunicación consigo mismo y con su Creador.

Durante poco más de dos horas el desfile prosiguió ininterrumpidamente. La plaza fue colmándose cada vez más hasta quedar del todo abarrotada. El silencio depositado en ella constituía una perceptible energía de indescriptible poder. Las múltiples condiciones requeridas

para la culminación del ritual habían sido estrictamente cumplidas. Tras de proceder a la limpieza tanto de la ruta que conducía al altar como del altar mismo, se habían hecho resonar las metálicas voces del pasado que llamaban a la gestación de un nuevo y glorioso presente. Faltaba tan sólo pronunciar el Nombre Sagrado.

A golpes del pasado el presente se oirá
mas sólo en el silencio su voz se escuchará.

Recia, vibrante, estremecedora, con todo el irresistible poderío que revelan las fuerzas cósmicas al manifestarse a través de un sonido, la voz de la suprema sacerdotisa y Reina de México se dejó oír, pronunciando por tres veces una misma palabra:

—¡ME-XIHC-CO. ME-XIHC-CO. ME-XIHC-CO!

La reacción fue inmediata. Todos los presentes tuvieron al unísono la intuitiva comprensión de que algo superior había nacido; de que un cambio trascendental y positivo se había operado en el alma misma de la nación. Se trataba de un hecho inexplicable y misterioso, pero que presentían en extremo afortunado. Un estremecimiento de júbilo sacudió a la multitud. Estalló la fiesta.

Regina intentó levantarse sin lograrlo, estaba feliz pero totalmente exhausta. Cuatro amistosas manos la izaron al instante. Igualmente emocionados y dichosos, cada uno de los Auténticos Mexicanos fue abrazando a la joven, prodigándole afectuosas palabras en náhuatl, maya, zapoteco y español. Regina sonreía irradiando a través de todo su ser oleadas de alegría.

El Zócalo era ahora un inmenso depósito de bullicioso entusiasmo. La multitud había adivinado, sin necesidad de que nadie se lo dijese, que ya no era preciso guardar silencio. Miles de mordazas estaban siendo arrancadas de los rostros y arrojadas al aire. Cantos, gritos de euforia e incesantes vivas a México atronaban el espacio. Poseídas de incontrolable emoción muchas personas reían y lloraban al mismo tiempo. La momentos antes silenciosa plaza se transformó en una gigantesca verbena popular donde imperaba el más indescriptible regocijo.

Abriéndose paso trabajosamente por entre la alborozada multitud, Regina y sus acompañantes se alejaron del Zócalo. Tras de caminar cinco cuadras llegaron hasta el sitio donde don Uriel había dejado estacionado su automóvil en la mañana. Antes de subir a éste, el Heredero de la Tradición Olmeca señaló la placa metálica que indicaba el nombre de la calle y dirigiéndose a Regina afirmó con marcado acento humorístico:

—Como un recuerdo de esta noche y como un merecido homenaje a su persona, las autoridades de la ciudad hemos decidido darle su nombre a esta calle.

La Reina de México leyó lo asentado en la placa colocada en la pared, y en efecto en ella decía que aquella calle llevaba por nombre “Regina”. Con fingida solemnidad, la joven respondió:

—Estoy muy agradecida por tan alto honor.

Proveniente del Zócalo llegó hasta ellos el canto del Himno Nacional entonado por más de setecientas mil voces. Había en cada una de sus frases un desconocido fervor y un evidente sentimiento de firme esperanza en el futuro del país.

7

La Fiesta de la Victoria

El cansancio de Regina era mayúsculo. El sábado 14 de septiembre lo pasó durmiendo casi todo el día. Se despertó al atardecer y se despidió de la mayor parte de los transitorios moradores de la casa de la calle Alumnos. Si bien los Guardianes de la Tradición permanecerían al lado de la Reina de México, habían decidido que sus respectivas familias retornasen a sus lugares de origen. Concluidas las despedidas Regina se volvió a dormir y no se despertó sino hasta bien entrada la mañana del domingo. Se levantó del todo repuesta y haciendo gala de una alegría aún mayor a la habitual. Sus amigos le informaron respecto a las numerosas llamadas recibidas expresando idéntica solicitud: la presencia de la Edecán en la "Noche Mexicana" que con motivo de las fiestas patrias, se llevaría a cabo en Ciudad Universitaria ese mismo domingo.

—Iremos con muchísimo gusto —dijo Regina—. Será "La Fiesta de la Victoria".

Los relámpagos destellaban a lo lejos y el ronco estallido de los truenos llegaba a Ciudad Universitaria amortiguado por la distancia. En casi todo el Distrito Federal llovía abundantemente. No obstante, ello no ocurría en el extenso pedregal de lava volcánica donde se encuentran ubicadas las principales instalaciones universitarias.

La "Noche Mexicana" organizada por los estudiantes se había iniciado desde el atardecer. Miles de personas de los más diversos rumbos de la ciudad habían acudido a la celebración y disfrutaban de un ambiente en el que imperaba un enorme alborozo. Se vendía toda la amplia gama de productos propios de ese tipo de festejos, desde tamales y enchiladas hasta confeti, serpentinas y enormes sombreros "zapatistas". Había numerosos conjuntos musicales: mariachis, estudiantinas y tríos que cantaban boleros. Era una auténtica fiesta popular en el más completo sentido que pueda dársele a este término.

La Reina de México y sus acompañantes llegaron pasadas las siete y se incorporaron de inmediato al jolgorio. La mayor parte de los integrantes de los Centros de Mexicanidad se encontraban presentes y deseaban testimoniar su afecto hacia Regina; muy pronto le resultó imposible a ésta ingerir la interminable cantidad de alimentos que se le obsequiaban. Siempre sonriente y bromista, iba de grupo en grupo, teniendo como de costumbre gestos y palabras cordiales para todos. Entre la numerosa concurrencia se hallaban varios de los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga. Los nombres y las figuras de dos de ellos le fueron indicados a Regina.

Sentado en una silla de ruedas que disimulaba su considerable altura, un joven de facciones

angulosas tomaba una taza de chocolate. “Es Marcelino Perelló” —dijeron a Regina—. “Es uno de los líderes estudiantiles de mayor inteligencia, posee una capacidad de análisis realmente impresionante; pero es un poco vedette, le encanta que lo admiren”. —¿Por qué está en una silla de ruedas? —preguntó la Edecán—. “Parece ser que lo machucó un tren”, le respondieron.

Un joven de encendida mirada y recio semblante comía tacos sin dejar de hablar a un grupo de estudiantes que le escuchaban con evidente respeto. “Es Raúl Álvarez Garín” —informaron a Regina—. “Es otro de los más destacados dirigentes del Consejo. Tiene una voluntad indomable y no se arredra ante nada. Es muy terco y no es fácil hacerlo cambiar de opinión”.

Al sonar las once de la noche se dio estricto cumplimiento a “La Ceremonia del Grito”. El ingeniero Heberto Castillo, aún no del todo repuesto de la feroz golpiza que le propinaran agentes judiciales, profirió con recia voz los tradicionales vítores a los héroes de la Independencia y a México. Al concluir el breve pero muy emotivo acto, el ingeniero declaró ante uno de los pocos periodistas ahí presentes:

—La celebración de esta fecha afirma el carácter nacional del Movimiento. Éste ha devuelto su verdadero carácter a los conceptos de Patria, Pueblo, Libertad y Hombre.

Concluida la ceremonia en Ciudad Universitaria, Regina dijo:

—Hay aquí cerca en el pedregal un centro de energía, un “nadi” de la Tierra, creo que es el sitio adecuado para declarar formalmente finalizado el Movimiento.

El lugar mencionado por Regina estaba ubicado como a un kilómetro de donde se había celebrado la “Noche Mexicana”. Quienes tenían automóvil fueron transportando a los restantes miembros de los Centros de Mexicanidad que carecían de dicho medio de locomoción. El lugar en cuestión no se hallaba al borde de la carretera, sino unos pocos centenares de metros adentro del pedregal. Era un sitio en verdad impresionante por la desnuda fuerza que revelaba. Tal parecía que cuando la lava aún estaba candente, había formado una especie de remolino al impulso de una poderosa energía. Los Cuatro Auténticos Mexicanos percibían claramente las especiales vibraciones que emanaban de aquella zona.

—Hasta los historiadores oficiales saben que aquí debajo de esta lava están los restos de una de las civilizaciones más antiguas de México —dijo don Uriel.

Alrededor de un millar de personas se habían congregado en aquel singular paraje. La noche era en extremo oscura, iluminada tan sólo por los incesantes relámpagos. Continuaba lloviendo torrencialmente en buena parte del área metropolitana, pero el agua seguía sin caer en la zona sur de la ciudad.

Más bella y radiante que nunca, con su larga cabellera ondeando a resultas del fuerte viento, Regina habló extensamente, haciendo uso de un pequeño magnavoz que le proporcionara uno de los asistentes. El Movimiento que tenía como propósito iniciar el despertar de México había concluido exitosamente —exclamó jubilosa—. Esto había sido posible gracias a la colaboración generosa y decidida del pueblo. Así pues —afirmó la Reina de México con palabras que rebosaban emoción—, quería patentizar su profundo agradecimiento a cuantos habían tomado parte en dicho Movimiento.

Algunas gotas de lluvia empezaron a caer y truenos cada vez más cercanos parecían querer subrayar con su estrépito las afirmaciones de Regina. La Edecán del 68 prosiguió hablando: aun

cuando a partir del 13 de septiembre la tarea de lograr que México recobrase plenamente la conciencia correspondía principalmente al Popocatépetl y a la Iztaccíhuatl, los seres humanos podían colaborar para hacer que esta labor se realizase con mayor rapidez. Para ello era preciso que cada quien buscase la manera de alcanzar una elevada espiritualidad y de sacralizar al máximo su existencia.

Las gotas de lluvia caían en creciente número, amenazando con transformarse en tupido aguacero. Regina se vio obligada a cambiar momentáneamente de auditorio. Con voz severa reprochó a las nubes su impertinencia, ordenándoles permanecer inactivas mientras durase la reunión. La lluvia dejó de caer y la Reina de México prosiguió su alocución. Consideraba que los Juegos Olímpicos, próximos a realizarse en la ciudad de México, constituían una magnífica oportunidad para empezar a recuperar la correcta pronunciación del nombre sagrado del país. Se trataba de una labor que precisaba efectuarse por etapas, pues no convenía propiciar un súbito retorno a la adecuada enunciación de dicho nombre mientras no se elevase el nivel de conciencia de la mayor parte de la población. No obstante, se podía muy bien intentar dar un primer paso, consistente en acentuar y separar un poco las sílabas que integran la palabra sagrada, la cual, pronunciada en esa forma, podría ser insistentemente repetida por el público asistente a los eventos deportivos de la Olimpiada. Tras de afirmar lo anterior, Regina ejemplificó de viva voz lo que deseaba dar a entender. Un millar de voces se le unieron. En el cósmico paisaje de rocas volcánicas que ocultaban una milenaria herencia, estuvo resonando largo rato una sola palabra:

—¡Mé-xi-co. Mé-xi-co. Mé-xi-co!

•

Mientras en Ciudad Universitaria tenía lugar la "Noche Mexicana" organizada por los estudiantes, en el centro de la capital se realizaba el tradicional festejo al que acuden anualmente incontables personas y que culmina con "La Ceremonia del Grito". En esta ocasión, las autoridades tenían serios temores de que la asistencia resultase muy inferior a lo acostumbrado, como una nueva demostración del disgusto del pueblo hacia las autoridades. Conforme avanzaba la noche, los temores oficiales se fueron disipando. A pesar de que llovía abundantemente el pueblo llenaba las calles y hacía gala de un genuino entusiasmo. Mucho tiempo antes de la hora del "Grito", el Zócalo lucía ya colmado a su máxima capacidad.

En realidad "La ceremonia del grito" es mucho más que un simple acto conmemorativo del inicio de la Guerra de Independencia. La verdad de las cosas es que esta ceremonia constituye un innegable y auténtico ritual. Año con año, al llegar la noche del 15 de septiembre, en toda la República Mexicana así como en numerosos lugares del extranjero en donde moran o transitan mexicanos, se reactualiza el hecho con el cual don Miguel Hidalgo y Costilla diera comienzo a la lucha libertaria en el amanecer del 16 de septiembre de 1810. El ritual es sorprendentemente sencillo y enormemente poderoso. En la capital del país —punto central en la celebración de dicho ritual— el presidente en turno sale a un balcón del Palacio Nacional y, tras de aclamar a los

héroes de la Independencia, vitorea por tres veces consecutivas a México. Acto seguido hace sonar repetidamente la misma campana que hizo tañer el padre Hidalgo la noche en que convocara al pueblo a iniciar la contienda. Los cientos de miles de personas que llenan el Zócalo responden fervorosamente a los vítores. Millones de seres siguen el desarrollo del acto a través de las pantallas de televisión y las estaciones de radio. En todas las poblaciones del país, tanto en las capitales de los estados como en las más humildes rancherías, se efectúa idéntico ritual. Lo mismo ocurre en las embajadas y consulados mexicanos. En cuanta ciudad extranjera existe un grupo de mexicanos, éstos se reúnen esa noche y practican, reverentes y nostálgicos, el tradicional rito.

Desde luego la campana con cuyo repicar se dio comienzo a la Guerra de Independencia no es una campana común y corriente. Su elaboración llevó más de un siglo a los alquimistas novohispanos, los cuales sabían muy bien lo que estaban haciendo: construir un instrumento con el cual se podría despertar, algún día, las dormidas conciencias de los habitantes de la nación. Tomando en cuenta lo sagrado de dicho instrumento, una valoración superficial podría llevar a la conclusión de que representa un sacrilegio el hecho de que sea tocado por sujetos que —salvo muy contadas excepciones— constituyen la antítesis de los valores nacionales. Afortunadamente no es ése el caso. Al igual que como ocurre con otros rituales particularmente poderosos que extraen su fuerza de sí mismos, "La ceremonia del grito" produce sus trascendentales efectos independientemente de la dignidad o indignidad de la persona que la preside. La mejor prueba de la veracidad de este aserto la constituye la anual renovación de su identidad nacional que este ritual propicia en millones de seres.

Atisbando a través de una de las ventanas de Palacio, el licenciado Díaz Ordaz observaba, gratamente complacido, la bulliciosa multitud que se apretujaba en la Plaza de la Constitución. Todo parecía indicar que la festividad popular se desarrollaba sin que se produjesen síntomas de animadversión contra el gobierno. Faltaban tan sólo unos cuantos minutos para las once de la noche y el primer mandatario se dispuso a dar inicio a la ceremonia.

Iluminada por los reflectores, apareció en el balcón central de Palacio la figura del presidente. Ante su presencia la inmensa multitud reaccionó al instante unificada por un mismo sentimiento. Una rechifla ensordecedora inundó el espacio y por unos segundos se coló a través de los receptores de radio y televisión. Los técnicos en comunicación interrumpieron la transmisión del sonido, dejando en las pantallas televisivas la imagen de un sujeto demudado por la ira y el asombro. El licenciado Díaz Ordaz logró reaccionar y dio comienzo a la ceremonia, pero su voz apenas si se escuchaba en la plaza a causa de la rechifla. Sin necesidad de intermediario el pueblo aclamaba, con mayor fervor que nunca, a su país y a sus héroes. Sólo restaba al primer mandatario el recurso de tocar la campana y la hizo sonar. Respetuosa, la multitud guardó un emocionado silencio mientras repicaba el sagrado instrumento.

El licenciado Díaz Ordaz abandonó el balcón central del Palacio Nacional. Jamás presidente alguno había sido objeto de tan patente rechazo de su pueblo.

•

Una vez concluido el primer ensayo colectivo de recuperación de la correcta pronunciación del nombre del País de las Águilas, Regina se despidió personalmente de cada uno de los asistentes a la reunión, reiterándoles su profundo agradecimiento por la colaboración prestada al Movimiento.

Un joven escultor se presentó ante don Uriel para participarle el proyecto que acababa de concebir. Deseaba realizar un monumento que tendría un doble propósito: conmemorar aquella reunión y guardar la exacta memoria del sitio donde ésta se había efectuado. El proyecto de dicho monumento era en verdad singular, pues no llevaría ninguna figura sino que estaría constituido exclusivamente por un espacio vacío, esto es, se buscaría la forma de enmarcar el lugar donde la reunión había tenido lugar, pero sin modificar en nada el pétreo paisaje, dejando que resaltase la extraña belleza de aquella lava moldeada bajo el impulso de una misteriosa energía.

Don Uriel manifestó su completo acuerdo con el proyecto que se le planteaba y aportó algunas ideas para su realización. Finalmente, subrayó la conveniencia de que el monumento se ejecutase atendiendo a las normas que habían guiado siempre a los artistas olmecas: monumentalidad y perfecta simetría en la realización exterior, elevada espiritualidad en el alma del artista.[1]

Tras de estrechar las últimas manos Regina abordó el opel olímpico del Testigo. Le acompañaban el propietario del auto y los Cuatro Auténticos Mexicanos. No retornaron a la casa de la calle de Alumnos. La dueña de la casa había regresado el día anterior de su otra morada, ubicada en la Aldea de los Reyes. La Reina de México deseaba conversar cuanto antes con el Popocatépetl y la Iztaccíhuatl y estimó que el lugar más adecuado para ello era la casa donde había nacido, situada al pie de los volcanes. Así pues, el auto tomó la dirección de la salida a la carretera a Puebla.

Mientras el vehículo se desplazaba entre las sombras de la noche a través de una carretera casi desierta, Regina platicaba animadamente sobre sus próximas actividades y futuros planes. Una vez efectuada la volcánica entrevista, retornaría a la ciudad de México a desempeñar su trabajo de edecán, el cual se iniciaría el 17 de septiembre y concluiría a finales de octubre. Después de ello se dedicaría a viajar a todo lo largo y ancho del territorio nacional. Anhelaba conocer hasta el último rincón del país, no sólo porque sentía un acuciante deseo de hacerlo, sino porque ello le permitiría colaborar más eficazmente con la pareja de volcanes en la tarea de lograr el pleno despertar de México.

Dejando la supercarretera que conduce a Puebla, el automóvil tomó la desviación a Cuautla. Atravesó veloz por Chalco y Tlalmanalco y prosiguió como si fuese a Amecameca. Tres kilómetros antes de llegar a esta población dio vuelta a la izquierda y recorrió una corta distancia sobre un camino de terracería. Estaban ya en la Aldea de los Reyes. Una blanca capilla colonial resaltaba entre la oscuridad. Descendieron del auto frente a una casa de ladrillo rojo y tejas de idéntico color. Al atravesar la cerca e introducirse en el terreno situado frente a la casa, escucharon un fuerte zumbido y se vieron de improviso envueltos por un enjambre de abejas que revoloteaban veloces. Muy pronto se percataron que la actitud de los insectos no era agresiva. Regina escuchó atentamente los incesantes zumbidos y luego comentó:

—Dicen que me estaban esperando. Son descendientes de un panal que les fue obsequiado a mis padres el día en que nací.

Sonriendo afablemente la Reina de México agradeció a las abejas el recibimiento y les pidió

que se fuesen a dormir. El sexteto penetró en la casa, no había luz eléctrica y encendieron algunas velas y la chimenea.

Se inició la última etapa de una discusión iniciada horas atrás. Regina quería que la dejasen sola, pues así era como deseaba disfrutar su plática con los volcanes. Sus acompañantes se resistían a ello, pero finalmente terminaron accediendo y se retiraron quedando en retornar al anochecer del nuevo día para llevar a Regina de regreso a la capital.

Faltaban dos horas para el amanecer. Regina decidió no dormirse sino aguardar el alba. Sentada frente a una ventana que le permitía observar los contornos de las, en ese momento, negras siluetas de los volcanes, se puso a cantar recorriendo su variado e internacional repertorio de letras musicales. En el firmamento titilaban incontables estrellas.

La claridad fue desplazando a las tinieblas. Un cielo luminoso anunciaba una soleada mañana. Con sus cuerpos casi íntegramente cubiertos de nieve, las majestuosas figuras de los volcanes dominaban el paisaje. El momento tan largamente esperado por la Reina de México había llegado. Regina se puso de pie y desde su ventana saludó con ambas manos a la más antigua y poderosa pareja del país. Mentalmente envió una afectuosa salutación al Popocatépetl. Clara y vigorosa percibió al instante la respuesta igualmente mental del coloso. El volcán estaba perfectamente despierto y listo para actuar. Rebosante de felicidad, Regina envió un telepático saludo a la Iztaccíhuatl. No recibió respuesta alguna. Intentó una y otra vez la comunicación, obteniendo idénticos resultados. La montaña, conocida popularmente con el sobrenombre de “La Mujer Dormida”, parecía empeñada en dejar ver lo acertado de su denominación.

Presa de una creciente angustia. Regina comenzó a gritar con todas sus fuerzas. Utilizando alternativamente el náhuatl y el español, estuvo durante largo rato instando al femenino volcán a suspender su milenario sueño. A veces su voz sonaba airada y en otras suplicante. Todo fue inútil. Era obvio que la volcana se encontraba profundamente dormida.

La comprensión de su fracaso resultó demasiado para el hasta entonces indomable ánimo de Regina. Un ahogado sollozo paralizó su garganta. Su moreno semblante se contrajo en un rictus que denotaba un intenso sufrimiento y sus azules pupilas se transformaron en pozos de insondable desesperación. Cual si hubiese recibido un mazazo su cuerpo se tambaleó y terminó por desplomarse.

Inconsciente, solitaria y vencida, la Reina de México yacía postrada en el piso de una pequeña casa en la Aldea de los Reyes.

---

[1] El proyecto del original monumento se llevó a cabo; se denomina “Espacio escultórico” y está situado a escasa distancia de la sala de conciertos Nezahualcóyotl.

Capítulo VII

La prueba del fuego
o la matanza de Tlatelolco

Y a los demás mexicanos que no podían vadear, les puso puente una mujer vestida a la antigua usanza, que no se sabe de dónde vino.

FERNANDO ALVARADO TEZOZÓMOC,
Crónica Mexicayotl

2 de octubre no se olvida.

1

La detención del Movimiento

El lunes 16 de septiembre iba a ser un día de importantes acontecimientos para el licenciado Gustavo Díaz Ordaz. El abucheo que recibiera la noche anterior en la Plaza de la Constitución le había impedido conciliar el sueño y su semblante lucía aún más sombrío que de costumbre. El presidente rumiaba coraje y desayuno en la residencia oficial de Los Pinos, cuando se acercó a la mesa su secretario particular, el licenciado Joaquín Cisneros, a proporcionarle una información que de inmediato juzgó valiosa. El Tenebras, fracasado fundador y ex dirigente de los Halcones, se había presentado muy temprano en la residencia presidencial, aduciendo poseer trascendentales revelaciones sobre el Movimiento que deseaba hacer del conocimiento del primer mandatario. El licenciado Cisneros había rechazado la absurda petición de audiencia. Era el día conmemorativo de la máxima festividad nacional y el presidente debía atender un apretado programa de actividades a cual más solemnes.

El total rechazo a su solicitud de audiencia no había desanimado al Tenebras —prosiguió informando el licenciado Cisneros—. Extrayendo de un portafolios una hoja de papel que contenía una larga lista de direcciones, el ex halcón mayor afirmó que éstas correspondían a las numerosas escuelas en huelga que habían sido ametralladas por un grupo que él jefaturaba, integrado por responsables ciudadanos leales al gobierno. El licenciado Cisneros estaba al tanto del interés del presidente por conocer a los autores de los ametrallamientos a los planteles en huelga, razón por la cual juzgó que lo más conveniente sería que fuese el propio primer mandatario quien resolviese si accedía o no a conceder la entrevista.

El licenciado Díaz Ordaz acordó favorablemente la solicitud. El ex narcotraficante, ex comandante de la Federal de Seguridad y ex jefe de los Halcones fue introducido hasta el desayunador presidencial, lugar en donde recibió las más calurosas felicitaciones de su anfitrión por la "patriótica y desinteresada labor" que había venido realizando.

El Tenebras aceptó complacido los elogios que se le prodigaban y pasó a relatar, muy sucintamente, la intensa actividad a la que estaba entregado desde que fuera despedido del gobierno. Firmemente decidido a vengarse de quienes hubiesen propiciado la desintegración del grupo represivo que con tanto empeño formara, comenzó por constituir una pandilla integrada por los más desalmados delincuentes. Una circunstancia facilitó considerablemente su tarea. El mercado de estupefacientes, que hasta hacía tan sólo unos meses estaba en pleno auge, había sufrido un inesperado colapso a partir del inicio del Movimiento. Al parecer la inmensa mayoría

de los jóvenes encontraban mucho más entretenido participar en manifestaciones y mítines que drogarse. Alarmados ante esta situación, los altos jefes del narcotráfico —continuó relatando el Tenebras— le habían proporcionado la ayuda necesaria para organizar su selecta pandilla, sobre la base de que el objetivo fundamental de la misma fuese el de combatir al Movimiento. Y así lo habían hecho, utilizando para ello los más diversos procedimientos: sorpresivos ametrallamientos a los planteles en huelga —con su consiguiente secuela de estudiantes y padres de familia muertos o heridos—, secuestros y golpizas a dirigentes estudiantiles y populares, ataques a establecimientos comerciales y centros de espectáculos haciéndose pasar por vandálicos partidarios del Movimiento. Su última y exitosa tarea consistía en haber destruido a martillazos los cristales de varios centenares de automóviles, cuyos propietarios los habían dejado estacionados en las proximidades del Museo de Antropología mientras tomaban parte en la Manifestación del Silencio.

Cada vez más animado por la mirada de entusiasta aprobación con que eran recibidas sus palabras, el Tenebras prosiguió relatando sus actividades, las cuales no se concretaban a meros ataques a los partidarios del Movimiento; convencido de que éste era impulsado por un desconocido y misterioso dirigente se dio a la tarea de localizarlo. Y lo había logrado, afirmó con triunfal acento al tiempo que desplegaba sobre la mesa en que desayunaba el presidente varios legajos de documentos.

Disfrutando al máximo la evidente expectación con que el primer mandatario seguía sus explicaciones, el Tenebras tomó el más grueso de los legajos que sacara del portafolios y lo entregó al licenciado Díaz Ordaz afirmando:

—En este expediente hay una completa información sobre la persona que constituye la fuerza que sustenta al Movimiento. Su nombre es Regina Teucher Pérez. Fue entrenada durante varios años como agente subversivo en la China Comunista, en una escuela especial para mujeres en donde les lavan el cerebro y las convierten en fanáticas maoístas. Como usted podrá ver, los documentos son copia de originales que se encuentran en archivos oficiales, tanto de la Secretaría de Gobernación como de la de Relaciones Exteriores. Los obtuve gracias a la ayuda de antiguos compañeros de la Federal de Seguridad.

El presidente hojeó rápidamente el expediente comprobando que, en efecto, contenía numerosas copias de documentos migratorios expedidos por el Consulado mexicano en Hong Kong, relativos a una joven nacida en México que tras de permanecer varios años en un centro de reeducación para mujeres de la China roja, había solicitado su retorno al país. El expediente no sólo contenía copias de documentos migratorios, sino una gran cantidad de fotografías en las cuales se veía a una bella edecán olímpica, cuya activa participación en el Movimiento era por demás evidente. En casi todas las fotos la Edecán aparecía arengando a diversos grupos y en las últimas fotografías —marcadas con la fecha 13 de septiembre— la joven figuraba encabezando la Manifestación del Silencio.

El Tenebras señaló con su grueso dedo índice la imagen de dos sujetos que aparecían en una de las fotos al lado de la Edecán.

—Son dos de mis Halcones —afirmó con un dejo de nostálgico resentimiento—. Sin saberlo fueron ellos los que me dieron la clave de este asunto. Son hermanos y eran los más machitos de

todo el grupo. Al día siguiente de la Manifestación del Rector fui a verlos a su casa, a preguntarles qué era lo que había pasado. Estaban como embrujados, se negaron a explicarme las causas del fracaso de la operación, tan sólo me dijeron que habían decidido ya no ser lacras, sino gente de pro. Comprendí que algo muy extraño estaba pasando. En cuanto pude los hice seguir para saber qué era lo que se traían entre manos. Todo el tiempo andaban con la Edecán ésa, de un lado para otro, alborotando a la gente en favor del Movimiento. Y no sólo ellos, casi todos mis Halcones estaban haciendo lo mismo. La maldita bruja ha organizado un grupo subversivo en verdad peligroso, no cabe duda que los chinos son los mejores maestros para preparar anarquistas revolucionarios.

El desayuno del presidente se estaba enfriando. El licenciado Díaz Ordaz había dejado de ingerir sus alimentos y ya sólo tenía atención para escuchar las revelaciones que se le hacían. Cada vez más satisfecho y engreído, el Tenebras puso en mano de su interlocutor cuatro nuevos expedientes y afirmó:

—Aquí están los datos de los cuatro principales colaboradores de la Edecán; uno es arquitecto y los otros tres son campesinos; todos ellos son gente con un gran arrastre en su medio. Uno es "general conchero", ya usted sabe, de esos que danzan con plumas a la entrada de las iglesias. Otro es hierbero en Oaxaca y el otro dirigente campesino en Yucatán. Ahorita están viviendo todos juntos con la vieja ésa, a unas cuantas cuadras de aquí. En los expedientes viene un informe completo de cada uno.

El licenciado Díaz Ordaz consultó su reloj, era llegada la hora de dirigirse a la ceremonia que tendría lugar dentro de pocos minutos en la Columna de la Independencia. Con palabras que revelaban la sinceridad de sus sentimientos, el primer mandatario agradeció la invaluable información recibida y notificó a quien se la había proporcionado que nuevamente figuraba —con un considerable aumento— en las nóminas del presupuesto nacional.

Concluida la ceremonia en la Columna de la Independencia, el licenciado Díaz Ordaz se trasladó a Palacio Nacional con objeto de presidir, desde el balcón central, el tradicional desfile militar conmemorativo de las Fiestas Patrias. Antes de que el desfile diese comienzo, el secretario de la Defensa pidió hablar unos momentos a solas con el presidente. Una intensa preocupación parecía incrementar las ya de por sí abundantes arrugas que cruzaban el rostro del general Marcelino García Barragán.

En breve relato el militar informó que esa mañana había sido visitado por el señor Winston Scott, máximo dirigente en México de la Central de Inteligencia Norteamericana (CIA), el cual le había expuesto con toda crudeza el motivo de su visita: el gobierno de los Estados Unidos consideraba al de México como un mero custodio de sus intereses; en vista de que los últimos acontecimientos revelaban una patente incapacidad de las autoridades mexicanas para resolver el conflicto al que se enfrentaban, el Departamento de Estado norteamericano había decidido propiciar un golpe de Estado, con miras a evitar que, tras de la ya no muy lejana caída del gobierno, el control del país pudiese quedar en manos de dirigentes que considerasen su deber atender prioritariamente a sus propios conciudadanos, y dejasen en segundo o último término el velar por intereses extranjeros. A través de su conducto —concluyó el dirigente de la CIA— el gobierno de los Estados Unidos ofrecía proporcionar al secretario de la Defensa cuanta ayuda

fuese necesaria para lograr que el golpe de Estado se realizase venturosamente.

El general Marcelino García Barragán finalizó su relato mencionando algunos de los insultos que propinara al dirigente de la CIA antes de ordenarle que saliese de su casa.

La noticia de que había perdido la confianza del gobierno de los Estados Unidos hizo enmudecer momentáneamente al licenciado Díaz Ordaz. Durante toda su vida de funcionario público había procurado hacerse grato a las autoridades norteamericanas, y por ende, juzgaba como una incalificable traición el que éstas le retirasen ahora su apoyo. Cuando finalmente recuperó la compostura, el presidente pidió al secretario de la Defensa le acompañase a pasar revista al desfile militar, asegurándole que esa misma noche se empezarían a tomar las medidas conducentes a resolver el ya prolongado conflicto.

Y en efecto, esa noche, en una reunión que tuvo lugar en la residencia oficial de Los Pinos y en la cual estuvieron presentes el jefe del Departamento del D.F., el procurador de la Federación y los secretarios de la Defensa, de Gobernación y de Relaciones Exteriores, el licenciado Díaz Ordaz dio a conocer varias medidas que integraban un nuevo plan de acción tendiente a liquidar el Movimiento. La primera de éstas era la orden de aprehender de inmediato a una peligrosa agente sediciosa entrenada en China y a sus principales secuaces. La segunda era una petición al gobierno norteamericano —que debía ser formulada verbalmente por el secretario de Relaciones Exteriores al embajador de los Estados Unidos en México, señor Fulton Freeman— en el sentido de que antes de que procediese a instrumentar un golpe de Estado otorgase al gobierno de México un plazo para que éste pudiese acabar con el Movimiento, en la inteligencia de que dicho plazo sería improrrogable y concluiría diez días antes de los Juegos Olímpicos, los cuales darían comienzo el día doce de octubre.

Dirigiéndose al general Marcelino García Barragán, el presidente expresó:

—Hemos respetado estrictamente la promesa que hicimos de permitir tres grandes concentraciones en la Plaza de la Constitución. Éstas se han realizado ya. Espero que ahora no habrá más objeciones y que las Fuerzas Armadas sabrán cumplir con su deber de imponer el orden, sin mediar contemplaciones de ninguna especie.

—Puede usted contar con ello, señor presidente —respondió el secretario de la Defensa.

—Bien, en ese caso coordine usted con el Estado Mayor las operaciones necesarias para que sean ocupadas por las tropas, lo más pronto posible, todas las escuelas en huelga, tanto las de la capital como las de los estados.

—Así se hará, señor —afirmó el general.

•

Un sordo rumor, semejante a los primeros y espantables ruidos que produce un terremoto, iba atravesando la ciudad. El ejército avanzaba en dirección a Ciudad Universitaria. Miles de soldados con su equipo completo de combate, centenares de tanques y carros de asalto, bazookas, morteros, cañones y lanzallamas. Eran las diez de la noche del miércoles 18 de septiembre de 1968. Una lluvia pertinaz se abatía sobre la capital de la República.

El desplazamiento del convoy militar no pasó inadvertido para los habitantes del Distrito Federal. De inmediato incontables personas intentaron llamar a la Facultad de Medicina, para prevenir a los integrantes del Consejo Nacional de Huelga del grave riesgo que corrían. No lo consiguieron, las líneas telefónicas de Ciudad Universitaria habían sido desconectadas en el momento en que las tropas iniciaban su marcha. Abordando automóviles y motocicletas, numerosos estudiantes y padres de familia se lanzaron a toda velocidad hacia el sur de la ciudad. Rebasando pesados tanques y camiones cargados de soldados, lograron llegar al Pedregal de San Ángel con una considerable ventaja sobre la avanzada del ejército.

En el auditorio de la Facultad de Medicina tenía lugar una de las habituales y largas sesiones del Consejo Nacional de Huelga. El colectivo organismo del Movimiento estaba integrado por poco más de trescientos delegados, representantes de los diferentes planteles de enseñanza superior que en todo el país se hallaban en huelga. El más puro espíritu democrático campeaba en las sesiones del Consejo. Aun cuando sus miembros pertenecían a muy diversos movimientos y partidos políticos, ninguno de éstos podía ufanarse de influir en forma determinante en las decisiones del Consejo, pues éstas eran siempre un resultado de los acuerdos mayoritarios adoptados en las asambleas que de continuo se efectuaban en escuelas y facultades.

Un creciente número de estudiantes y padres de familia arribaron al auditorio de la Facultad de Medicina portando la alarmante noticia: el ejército se aproximaba a Ciudad Universitaria. Con gran sangre fría y sin el menor síntoma de nerviosismo, los dirigentes estudiantiles deliberaron sobre la conducta que debían asumir ante la inminente llegada de las tropas. Se acordó que habría de intentarse salvaguardar la existencia del Consejo, para lo cual era imprescindible evitar su captura. Se levantó la sesión y con toda calma, como si estuviesen saliendo de un salón de clases, los delegados fueron abandonando el auditorio. Las luces de los primeros transportes militares estaban violando ya la autonomía del espacio universitario. Avanzando en dos columnas, con la evidente intención de cerrar unas pinzas que abarcasen toda la Ciudad Universitaria, las tropas se desplazaban lentamente sobre un terreno que les era desconocido. Ni los integrantes del Consejo ni nadie de cuantos quisieron evitar quedar atrapados en el cerco, tuvieron dificultad alguna para alcanzar su propósito.

Una vez cerradas las pinzas, los soldados iniciaron una metódica inspección de los diferentes edificios e instalaciones. Las puertas de algunos estaban cerradas y fueron abiertas a culatazos, rompiendo numerosos cristales. No todos los que se encontraban en Ciudad Universitaria habían salido de ésta al producirse la ocupación militar. Los integrantes de los comités de vigilancia de las diferentes escuelas y facultades optaron por quedarse en los edificios cuya custodia les había sido encomendada. Algo semejante ocurrió en una reunión de padres de familia, la mayor parte de los cuales fue de la opinión de que no tenían por qué retirarse ya que no estaban cometiendo ningún delito. Maestros e invitados a un examen profesional —que tenía lugar en la Facultad de Economía— se negaron igualmente a suspenderlo al enterarse de la proximidad del ejército. En todos los casos los soldados procedían a detener a cuanta persona encontraban. Tras de catear a los detenidos, éstos eran llevados —con las manos en la nuca y una bayoneta presionando sus espaldas— hasta la explanada de la Rectoría, lugar en donde se les obligaba a tirarse al suelo y permanecer inmóviles sobre el encharcado pavimento. Empapados y silenciosos, los prisioneros

formulaban desafiantes con los dedos la “V” de “Venceremos”.

Una vez congregadas todas las personas que habían sido capturadas en Ciudad Universitaria —alrededor de unas setecientas— los militares empezaron a disponer su traslado a vehículos del ejército. Antes de que dicho traslado diese comienzo, se suscitó un incidente que estuvo a punto de ocasionar una masacre. Atendiendo las órdenes de un oficial, seis soldados empezaron a arriar la bandera colocada a media asta por el rector Barros Sierra desde el 30 de julio. A pesar de que habían sido reiteradamente advertidos de que si intentaban levantarse se dispararía sobre ellos, todos los prisioneros, cual si hubiesen sido impulsados por un mismo resorte, se pusieron de pie y empezaron a cantar el Himno Nacional. Centenares de rifles cortaron cartucho y apuntaron a las cabezas de los detenidos. Los disparos habrían sido hechos a boca de jarro. Afortunadamente la oportuna voz de un capitán impidió la tragedia.

—¡No disparen, no disparen! —ordenó el oficial al tiempo que se cuadraba ante la bandera.

Los soldados bajaron los fusiles y adoptaron la posición de firmes. Vibrante de emotividad el himno llegó a su fin. Los prisioneros ya no fueron obligados a volver al suelo, alineados en largas filas se les condujo a los camiones que les aguardaban para llevarlos a diferentes prisiones.

Una a una fueron siendo apagadas las luces de Ciudad Universitaria. Negras tinieblas imperaban en los recintos de la más antigua Universidad del continente.

•

En septiembre de 1968, las escuelas profesionales del Instituto Politécnico Nacional se encontraban agrupadas en dos grandes conjuntos: la Unidad Profesional de Zacatenco y el antiguo Casco de Santo Tomás, ubicados ambos en la zona noroeste de la ciudad y separados entre sí por poco menos de dos kilómetros.[1]

El asedio contra los dos conjuntos que agrupaban las más importantes instalaciones politécnicas fue ejecutado inicialmente por fuerzas policíacas y posteriormente por el ejército. El hecho de que se recurriese de nuevo al empleo de la policía antes de utilizar al ejército, obedeció a que el Estado Mayor Presidencial consideró que le iban a faltar soldados para ocupar todas las escuelas en huelga del país, y por tanto, debía buscarse la manera de que participasen en dicha operación las corporaciones policiacas de las distintas entidades federativas, para lo cual se procedió a dotarlas tanto de un nuevo armamento que sustituía sus garrotes por rifles, como de un detallado plan estratégico respecto a la forma en que debían efectuar sus ataques, los cuales fueron, en algunos casos, previamente ensayados bajo la supervisión militar.

Mientras las fuerzas policiacas de la capital se preparaban para intentar tomar por asalto las instalaciones del Politécnico Nacional, los estudiantes del mismo no permanecían inactivos aguardando el ataque. Zacatenco y Santo Tomás fueron transformados en bastiones defensivos, utilizando para ello toda clase de recursos. Las azoteas de los edificios escolares estaban rebosantes de montones de piedras y de “cocteles Molotov”. Barricadas construidas a base de capturados autobuses, repletos de estopa y gasolina, garantizaban la pronta creación de murallas de fuego. Tubos de chimenea transformados en artesanales “bazookas”, permitían lanzar a

considerable distancia resonantes cohetones.

El lunes 23 de septiembre, al mismo tiempo que a lo largo y a lo ancho de la República incontables contingentes militares y policiacos allanaban la mayor parte de las escuelas en huelga, la policía del Distrito Federal lanzaba su esperado ataque a los edificios politécnicos. La refriega entre estudiantes y policías alcanzó de inmediato —tanto en Zacatenco como en Santo Tomás— inusitada violencia. En ambos sitios el desarrollo de los acontecimientos resultó muy semejante. Al ver aproximarse a sus escuelas a la avalancha azul, los estudiantes incendiaron las barricadas de autobuses. Los policías combatieron el fuego con extinguidores e intentaron utilizar grúas para retirar los calcinados camiones. Cerradas andanadas de cohetones, piedras y "cocteles Molotov" les impidieron apartar un solo vehículo. Cambiando de táctica, los policías empezaron a disparar sus fusiles contra los estudiantes apostados en las azoteas y ventanas de los asediados edificios, ocasionando numerosas bajas en las filas politécnicas, pero ello no suscitó en éstas el temor, sino antes al contrario, incrementó aún más su ánimo combativo: la lluvia de piedras y demás objetos arrojadizos no cesaba de caer sobre los policías.

Lo mismo en Zacatenco que en Santo Tomás, los politécnicos adoptaron una medida estratégica que a la postre resultaría definitiva en el desarrollo del encuentro; tan sólo una parte de los estudiantes involucrados en la lucha se encontraba defendiendo los edificios; la inmensa mayoría permanecía en las calles aguardando el momento propicio para efectuar un contraataque. Y en ambos casos, la señal indicatoria de que dicho momento estaba por llegar fue dada por la paulatina disminución de los disparos de fusilería, resultante del agotamiento del parque que nutría a las armas policiacas. Cuando éstas finalmente callaron, los miles de estudiantes que permanecían en las calles se transformaron en un impetuoso torrente de desbordada furia. Nada les contuvo. La superior organización de los azules destacamentos resultó impotente ante la juvenil avalancha. Luchando con febril desesperación, los policías repartían culatazos a diestra y siniestra. No buscaban ya obtener el triunfo sobre sus oponentes, sino huir de la aniquiladora trampa en que se encontraban. Finalmente lo lograron.

En esta ocasión, las autoridades no tuvieron la posibilidad de hacer desaparecer los cuerpos de los estudiantes que habían perecido en el encuentro, pues los cadáveres quedaron dentro de los edificios escolares. En Zacatenco murieron cuatro jóvenes y una muchacha. En Santo Tomás siete estudiantes varones y dos mujeres. En todos los casos las muertes fueron producidas por disparos de fusil. Hubo también varios centenares de heridos, muchos de ellos de gravedad. Desatendiendo la disposición legal que les obliga a reportar al Ministerio Público la atención que presten a heridos por armas de fuego, los médicos de la capital proporcionaron eficaz asistencia a los balaceados estudiantes.

Tras del fracaso de la policía sonó la hora del ejército. Su intervención se produjo al día siguiente, o sea el martes 24 de septiembre. Largas y blindadas columnas enfilaron hacia los dos conjuntos de edificios escolares. Portaban toda la amplia gama de mortíferos armamentos que integran los arsenales de los modernos ejércitos. El pavimento y los habitantes de la ciudad se estremecían ante al paso de los enormes tanques. Miles de angustiados informantes dieron oportuno aviso a los politécnicos de la amenaza que sobre ellos se cernía. En Zacatenco y Santo Tomás se produjeron diferentes reacciones, resultado del muy distinto simbolismo que poseían

estos centros en el espíritu de la comunidad politécnica. La Unidad de Zacatenco era de reciente creación, apenas unas cuantas generaciones de estudiantes habían pasado por sus aulas. El antiguo Casco de Santo Tomás era el corazón del Politécnico. Ahí había nacido este Instituto y todo el espacio que lo integraba estaba impregnado con los anhelos de sus fundadores y los sentimientos de cuantos habían enseñado y aprendido en sus edificios.

Plenamente conscientes de la imposibilidad de hacer frente al ejército, los estudiantes de Zacatenco salieron de sus escuelas antes de que las tropas penetraran en éstas. Muy pronto soldados fuertemente armados ocupaban los salones de clase. Tanques y cañones se estacionaban en los campos deportivos y en los laboratorios se almacenaban granadas y municiones. La radical transformación de las instalaciones educativas se efectuó en forma pronta y eficaz, sin que nada ni nadie se opusiese a su realización.

Tal y como ocurriera en Zacatenco, en Santo Tomás no faltaron advertencias sobre la inminente llegada de las tropas. En igual forma, la lógica y la razón hicieron ver, a la mayor parte de los estudiantes ahí congregados, la inutilidad de pretender oponer resistencia al aplastante poderío del ejército. No obstante, al iniciarse el desalojo de los edificios, numerosos politécnicos decidieron que no podían dejar abandonadas a sus escuelas. A sabiendas de que muy probablemente perderían la vida si se obstinaban en ello, optaron por defender el Casco de Santo Tomás.

Efectuando su ya tradicional maniobra envolvente, dos columnas de tropas cerraron un amplio cerco que abarcaba a toda la zona escolar que comprende el Casco de Santo Tomás. Apenas concluían dicha maniobra, cuando provenientes de Zacatenco llegaron tres autobuses conducidos a toda velocidad. Sin aminorar su marcha los vehículos se lanzaron contra la verde barrera que integraban los soldados, los cuales se vieron forzados a hacerse a un lado para evitar ser arrollados. Se escucharon los primeros disparos. Con los vidrios rotos e incontables impactos en los costados, los camiones prosiguieron su avance. Se detuvieron ante el escudo del Politécnico que adornaba la entrada del más antiguo de los edificios. De cada uno de los autobuses descendieron varias docenas de jóvenes.

—Los de Zacatenco también somos politécnicos —afirmó uno de los recién llegados.

El ronco sonido de los motores de los tanques y el rítmico golpetear de las botas de los soldados indicaban que el cerco se estaba estrechando. Los estudiantes disponían de muy pocos medios para hacer frente a los invasores, los emplearon todos, empezando por un armamento de carácter psicológico. Los altoparlantes instalados en la Escuela Nacional de Ciencias Médico Biológicas empezaron a transmitir un truculento mensaje:

—Peligro, peligro. Avisamos a los soldados que hemos roto los frascos donde se guardan microbios que producen las más terribles enfermedades. No queremos que nadie resulte contagiado, pero todo aquel que entre a los edificios sin haber tomado un antídoto se enfermará de lepra o sífilis y morirá en medio de horribles dolores.

El avance de las tropas se detuvo en seco. Expresiones de temor y desconcierto asomaban en los rostros de los soldados. Desafortunadamente para los estudiantes el paralizante efecto de su ingeniosa imaginación no duró mucho. Un oficial tomó una ametralladora y silenció con sus disparos a los amenazantes altavoces. Se dio la orden de asalto. Sin mucho entusiasmo los

soldados se lanzaron al ataque. Los politécnicos los recibieron arrojándoles cuanto tenían a la mano. El enfrentamiento fue breve. Certeras ráfagas de proyectiles dieron cuenta de todo aquello que presentaba alguna resistencia, lo mismo se tratase de cerradas puertas que de juveniles estudiantes de ambos sexos.

Fueron necesarios dos camiones del ejército para transportar los cadáveres de los defensores del Casco de Santo Tomás. No se supo nunca ni el número a que ascendieron los muertos ni el destino que se dio a sus cuerpos.

•

En el equinoccio de otoño de 1968, tal y como ocurre cada año, los polos de nuestro planeta estuvieron a igual distancia del Sol y por consiguiente, la luz y las diversas energías emanadas de éste cayeron simultáneamente sobre los dos hemisferios de la esfera terrestre. En esta ocasión, sin embargo, el cósmico acontecimiento iba a producir consecuencias muy diferentes a las acostumbradas. La transitoria ruptura de la usual fascinación que la Luna ejerce sobre la humanidad, ocurrida en el Equinoccio de Primavera de ese mismo año, llegó fatalmente a su término. Tras de seis meses de impecable funcionamiento, el prodigioso instrumento construido por los antiguos toltecas en Teotihuacan dejó de operar. Y una vez más, el satélite de la Tierra recobró su habitual dominio sobre las mentes de los seres humanos, los cuales fueron retornando a su ordinario estado de conciencia, caracterizado por la incapacidad de poder captar la realidad y por confundir ésta con ilusorias fantasías.

La planetaria movilización de protesta iniciada en la primavera de 1968, resultante de la pasajera desaparición de la cárcel de la Luna, comenzó a desintegrarse tan inesperada y súbitamente como había surgido. Lo mismo en Praga que en Pekín, en París o en Tokio, el eco de las tumultuarias manifestaciones se iba extinguiendo. En todos los casos los desconcertados gobiernos no atinaban sino a proseguir inculpándose mutuamente de lo acontecido: las autoridades de las naciones comunistas acusaban a los regímenes de los países capitalistas —especialmente al de los Estados Unidos de América— de ser los promotores de los recién finalizados disturbios; a su vez los gobiernos de estos países no cesaban de vociferar afirmando que los movimientos de protesta habían sido causados por “insidiosas conjuras comunistas”.

En México la llegada del equinoccio de otoño habría de ocasionar, lógicamente, los mismos efectos que en el resto del mundo. Los primeros en percibir el súbito cambio de los vientos fueron los brigadistas del Movimiento. Integraban las brigadas un número variable de estudiantes que comúnmente no rebasaba los cincuenta. Sus labores eran de lo más diverso: imprimir y distribuir propaganda, pintar lemas en bardas y autobuses, recolectar fondos, organizar mítines y manifestaciones, etcétera. Desde el inicio mismo del Movimiento los brigadistas habían encontrado la fórmula para ganarse el respaldo popular. El secreto de su éxito era muy simple. Una y otra vez repetían que el objetivo fundamental del Movimiento era el de lograr despertar a México. El pueblo había comprendido y hecho suyo este propósito, proporcionando su total apoyo para el cumplimiento de tan elevada empresa.

La misión de despertar a un ser —lo mismo se trate de una nación que de una persona— sólo puede ser realizada por quienes se encuentran previamente despiertos. Quien duerme no puede despertar a nadie. La tarea de despertar a México había tenido sentido para el pueblo porque éste se encontraba despierto. Al dejar de funcionar la pirámide que anulara durante seis meses la ensoñación con que la Luna mantiene sujeta a la humanidad, ésta retornó de nuevo a su habitual estado de letargo. Ningún pueblo sobre la Tierra podía colaborar, a partir de entonces, en la tarea de intentar despertar a su nación. Y en esta forma, la consigna que había movilizado a millones de personas —"lograr que México despierte"— se convirtió de improviso en una frase vacía que no tenía ya sentido alguno.

Los brigadistas percibieron de inmediato la súbita metamorfosis ocurrida en el alma popular. Su llegada a fábricas, parques y jardines no suscitaba el exaltado entusiasmo que uno o dos días antes había generado en esos mismos lugares. Apenas unas cuantas personas —y no los habituales gentíos— se acercaban ahora a escucharlos, recibir su propaganda y manifestarles su apoyo. Era en verdad una completa mutación en la sensibilidad de las mayorías que resultaba del todo incomprensible para los confundidos brigadistas.

Desde luego que al tornarse inoperante la consigna que señalaba al Movimiento el propósito de pugnar por el despertar del país, los brigadistas podían recurrir —y de hecho así lo hacían— a la explicación convencional de que el objetivo de dicho Movimiento era el de obtener que las autoridades resolviesen favorablemente el Pliego Petitorio que les fuera presentado al inicio del conflicto. Las seis proposiciones a que se hacía mención en el Pliego Petitorio eran plenamente comprensibles y razonables, prácticamente todo el mundo estaba de acuerdo en que se concediesen. No obstante, nadie estimaba que esas propuestas tuviesen tanta importancia ya no digamos como para dar la vida por ellas, sino que ni siquiera ameritaban el exponerse a ser golpeados o sufrir prisión por su causa.

Así pues y en vista de la actitud asumida por el gobierno —el cual demostraba con hechos que, con tal de no cesar a un jefe policiaco y de no efectuar unas mínimas reformas legales, era capaz de asesinar a incontables personas y de transformar en cuarteles a todos los centros de altos estudios del país— la mayor parte de la gente fue llegando a la conclusión de que más valía dejar de apoyar a un Movimiento cuyos declarados propósitos, o sea los seis puntos del Pliego Petitorio, estaban muy por debajo del elevado costo en vidas y en sufrimiento que ya había pagado.

Para colmo de males, el creciente desinterés de la población hacia el Movimiento se producía justo en los momentos en que la represión gubernamental se desataba al máximo. Fuerzas militares y policiacas allanaban en toda la República los recintos escolares. El Consejo Nacional de Huelga se hallaba disperso desde la toma de Ciudad Universitaria y sus miembros eran objeto de una implacable persecución. Algunos de sus dirigentes habían sido capturados y se les estaban aplicando las más sádicas torturas.

Desconectados de sus dirigentes, con sus habituales centros de operación ocupados por las fuerzas públicas y enfrentados a una progresiva indiferencia popular, los brigadistas insistían contra viento y marea en llevar adelante al Movimiento. Muy pronto se abatirían sobre ellos aún mayores males.

•

El martes 24 de septiembre constituyó, sin lugar a dudas, uno de los días más felices en la vida del licenciado Gustavo Díaz Ordaz. Todas las noticias que en esa fecha recibiera fueron favorables para su causa. En la tarde tuvo acuerdos con los secretarios de la Defensa y de Hacienda. El general Marcelino García Barragán le informó que en ninguna parte del país existían ya planteles educativos que sirviesen de albergue a los revoltosos, las escuelas en huelga habían sido ocupadas y miles de estudiantes se encontraban presos en los campos militares. El licenciado Antonio Ortiz Mena, secretario de Hacienda y Crédito Público, comunicó al presidente que había cesado la fuga de capitales, síntoma evidente de que la gente de dinero estaba recobrando la confianza en la estabilidad del régimen. Por la noche del mencionado martes, el primer mandatario tuvo acuerdos con el Tenebras y con el secretario de Gobernación; las noticias de ambos eran todavía más alentadoras.

En los pocos días que tenía de haberse reincorporado a la administración pública, el Tenebras había ideado y puesto en marcha una eficaz organización antimovimiento. Contando con la invaluable ayuda del señor Fidel Velázquez, sempiterno líder de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), había creado pequeños grupos de choque, encargados de agredir a los integrantes de las brigadas estudiantiles que acudían a las fábricas a solicitar la colaboración de los obreros al Movimiento. El informe de las operaciones realizadas —que el Tenebras presentó aquella noche al licenciado Díaz Ordaz— permitió a éste darse cuenta de un hecho aún más importante que los indudables éxitos alcanzados por los grupos de choque: los obreros no protegían ya a los estudiantes cuando éstos iban a sus fábricas, sólo así podían explicarse las victorias que estaban obteniendo "los tenebrosos" sobre los brigadistas.

El acuerdo con el licenciado Luis Echeverría Álvarez fue igualmente reconfortante. Los informes llegados a la Secretaría de Gobernación de los distintos estados de la República indicaban que en todas partes disminuía día con día el apoyo popular que sustentaba al Movimiento.

Al terminar de escuchar las gratas noticias respecto a lo que acontecía en el interior del país, el licenciado Díaz Ordaz estiró y relajó su cuerpo, echándose hacia atrás sobre el respaldo del sillón. Una mueca de regocijo invadió el adusto semblante. Con despectiva entonación afirmó categórico:

—Este Movimiento ya se detuvo.

—Gracias a sus acertadas medidas de genial estadista —apuntó con servil acento el secretario de Gobernación.

A la misma hora en que el primer mandatario pronunciaba su lapidaria frase, un volkswagen de color verde olivo y abollada salpicadera se aproximaba al Distrito Federal avanzando por la carretera de Puebla. Todas las esperanzas de México en su supervivencia viajaban en aquel pequeño automóvil.

---

[1] Integraban la Unidad Profesional de Zacatenco, la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME),

la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA), la Escuela Superior de Ingeniería Química e Industrias Extractivas (ESIQUIE) y la Escuela Superior de Físico-Matemáticas (ESFM). Formaban parte del Casco de Santo Tomás —que derivaba su nombre de la hacienda de idéntica denominación que existiera en otros tiempos en ese mismo lugar— la Escuela Superior de Comercio y Administración (ESCA), la Escuela Superior de Medicina Rural (ESMR), la Escuela Superior de Economía (ESE) y la Escuela Nacional de Ciencias Médico Biológicas (ENCMB). Pertenecían también al Casco la vocacional tres y la Escuela Tecnológica Wilfrido Massieu.

2

El legado de Cuauhtémoc

En la época moderna predomina entre los seres humanos una visión de la historia de carácter lineal, esto es, se tiende a considerar que el proceso evolutivo se realiza en forma ininterrumpida y siempre ascendente. En las antiguas culturas, por el contrario, prevalecía una concepción cíclica o en espiral del devenir histórico. Así, por ejemplo, abundan las cosmogonías que aluden a la existencia de humanidades anteriores a la actual, las cuales se degradaron o perecieron por no desempeñar correctamente las funciones para las que habían sido creadas.

Atendiendo a lo expuesto en varias de las cosmogonías, no todas las humanidades que se desarrollaron en el pasado tenían una apariencia física semejante a la nuestra. Tal es el caso de las hormigas y de las abejas, punto terminal de una evolución que tuvo lugar entre los insectos, en una época remotísima en que éstos ocuparon el mismo lugar que han tenido en los últimos millones de años los vertebrados, o sea la rama de la vida que cuenta actualmente con mayores posibilidades de prosperar hacia estados superiores de conciencia.

La menor observación sobre las sociedades de las hormigas y de las abejas, pone de manifiesto el alto grado de organización y complejidad alcanzado por dichas sociedades tras de un largo progreso evolutivo. En igual forma —y particularmente en el caso de las abejas— causa un profundo asombro el percatarse que el avance al que habían llegado en el dominio de la química está incontables milenios por delante del logrado en el mismo terreno por la presente humanidad. Prueba de ello la constituye el hecho de que, a través de su sola alimentación, las abejas están en posibilidad de regular el sexo y las funciones que habrá de tener cada uno de los miembros de su comunidad.

Los prodigiosos conocimientos que sobre cuestiones químicas poseen las abejas iban a influir, determinadamente, en los acontecimientos ocurridos en México en 1968.

•

El fuerte sonido resultante del volar de numerosas abejas en torno a ella, terminó por despertar a Regina. La Reina de México cobró conciencia de que se hallaba tirada en el piso de la casa de la Aldea de los Reyes. Recordó al instante su fracaso y un profundo abatimiento le aplastó de nuevo, paralizándola a tal grado que ni siquiera trató de levantarse. Únicamente la curiosidad le impedía

cerrar los ojos y entregarse de lleno a su desconsuelo. ¿Qué era lo que motivaba la extraña conducta de las abejas? Éstas entraban y salían de la casa a través del tiro de la chimenea, febrilmente atareadas en una labor que la joven no atinaba a descubrir. Pasado un rato observó que el ajetreo de las abejas cesaba. El enjambre revoloteó agrupándose y se posó en el suelo junto a ella. Miles de insectos se encimaban unos sobre otros en confusa y zumbante aglomeración. La figura de la abeja reina destacaba por su mayor tamaño y gruesa corpulencia. Se había encaramado sobre las demás, utilizándolas a modo de viviente plataforma.

Claro y preciso, el mensaje que la abeja reina deseaba comunicar fue llegando a la conciencia de Regina. En él se relataba, a grandes rasgos, la causa que había originado la interrupción del proceso evolutivo de las abejas. Desatendiendo cuanto atañía al espíritu se habían concentrado en la resolución de sus problemas materiales. De esta forma, si bien lograron constituir una organización sociopolítica que funcionaba a la perfección, fracasaron en la misión primordial de pugnar por una mayor espiritualidad. La decadencia resultante de su fatal error había ocasionado que fuesen perdiendo lentamente su otrora asombrosa inteligencia, hasta quedar convertidas en lo que ahora eran: seres desprovistos de razón y esclavizados a una tiránica organización que funciona con el máximo de eficiencia.

Al percatarse del triste destino que aguardaba a su especie —prosiguió relatando la abeja reina— algunos de sus más eminentes sabios, profundos conocedores de los secretos de la química, habían elaborado un compuesto que al ser ingerido reactivaba la memoria genética, trayendo a la mente recuerdos de hechos ocurridos en lejanos tiempos. De esta forma, vaticinaron los insectos químicos, la historia de lo acontecido a las abejas no se perdería, y llegado el momento, podría servir de ejemplo a la nueva humanidad que señorease el planeta. Antes de iniciar su mandato, se proporcionaba por una sola vez a las abejas reina la asombrosa sustancia que les permitiría conocer los secretos del pasado.

Regina seguía con profundo interés la insólita narración. Las revelaciones de su confidente le habían conmovido y hecho olvidar momentáneamente sus propios problemas. Lo que no alcanzaba a entender era el motivo por el cual se le estaba explicando todo aquello. No tardó en saberlo.

Estimaba llegado el momento —aseveró la abeja reina— de utilizar en beneficio de la nueva humanidad la sustancia que reactivaba la memoria. Comprendía muy bien el grave atolladero en que se encontraba su real congénere, y a su juicio, ésta debía intentar encontrar la solución sumergiéndose en sus más ancestrales recuerdos.

Regina no lo dudó ni un instante. Extendió un dedo y tomó con él la pegajosa sustancia que se le ofrecía. Se la llevó a la boca y la paladeó con fruición, pues tenía un sabor del todo semejante al de la miel ordinaria. Los efectos tardaron sólo unos minutos en dejarse sentir. Una total penumbra invadió su mente. La sensación de estar cayendo cada vez más hondo en un precipicio de insondable profundidad se apoderó de su conciencia.

Sumida en una especie de sueño de indescriptible realismo, Regina se vio a sí misma descender por las escalinatas de una elevada pirámide. Una ciudad de gran belleza y ordenada simetría se extendía en torno suyo. Calles y canales integraban un multicolor mosaico. Al pie de la pirámide una abigarrada multitud pululaba dentro de los confines de un enorme mercado. Concluido el descenso se encaminó a una cercana y suntuosa construcción. Anochecía. Se recostó

en una estera y durante un largo rato estuvo entonando una melodiosa invocación. Resultaba evidente que estaba practicando un misterioso ritual. Súbitamente un profundo sentimiento de angustia invadió su ánimo. Lo originaba la certeza de haber adoptado importantes decisiones sin tener en cuenta ciertos hechos que podrían acarrear graves consecuencias. Intentó levantarse pero le resultó imposible. El ritual le había transportado a un lugar situado más allá de los diferentes niveles de existencia en los que impera la dualidad de la vida y de la muerte. La tangible sensación de estar cayendo en un abismo sin fondo le invadió de nuevo.

La desagradable impresión de estarse hundiendo en el vacío no se prolongó por mucho tiempo. Otra vez le fue dado a Regina el poder contemplarse a sí misma en imágenes semejantes a las que se producen en los sueños. Ahora no era mujer sino hombre y portaba los atavíos de un guerrero y las insignias de un monarca. Una vez más descendía por la misma pirámide, pero el panorama que desde ésta podía contemplarse resultaba del todo diferente al de la ocasión anterior. La ciudad estaba destruida. Sus casas, templos y palacios lucían calcinados y en ruinas. Una completa devastación imperaba por doquier. Llegó al final de la escalinata. Le aguardaban varios guerreros cuyos rostros denotaban indoblegable firmeza. Rápidamente impartió las instrucciones respecto a la forma en que debía realizarse la última batalla en defensa de la ciudad. Señalando hacia lo alto de la pirámide, pronunció con todas sus fuerzas una sola palabra:

—¡Tlatelolco!

Regina abrió los ojos. En sus labios aún vibraba la última sílaba de la palabra que acababa de pronunciar. Continuaba en el suelo junto a incontables abejas que la contemplaban con preocupada atención. Escuchó voces y pasos que se acercaban en el exterior de la casa. El enjambre se puso en movimiento, desapareciendo rápidamente por el tiro de la chimenea. Cuatro figuras penetraron en la habitación y profirieron angustiadas exclamaciones de asombro. La Reina de México fue izada en vilo y conducida a una cama. Los Cuatro Guardianes de la Tradición estaban junto a ella con mil interrogantes asomando a sus ojos.

—No se asusten, estoy bien —afirmó Regina esbozando una sonrisa—. Es sólo que han pasado muchas cosas. Para empezar les participo que fracasamos en nuestro intento de despertar a la pareja de volcanes. El Popo ya está bien despierto, pero la Mujer Dormida sigue roncando. Cuando me di cuenta creo que me desmayé. Las abejas me ayudaron, me dieron una sustancia rara que reactiva la memoria ancestral. Tuve dos recuerdos que quisiera comentar con ustedes; presiento que se relacionan con lo que posiblemente constituye actualmente el más grande misterio de México. Creo que si lo resolvemos sabremos también qué es lo que habrá que hacer.

Los Cuatro Auténticos Mexicanos permanecían silenciosos y expectantes, escuchando con absorta atención las palabras de Regina; ésta prosiguió hablando:

—En mi primer recuerdo me vi como una mujer de edad madura. Bajé de una pirámide y entré a un palacio. Me recosté y di comienzo a un ritual para transportarme a una dimensión más allá del tiempo; cuando ya lo había logrado, sentí que mi labor aún no estaba concluida, que había olvidado algo de extrema importancia.

—¿No se dio cuenta de en qué lugar se encontraba? —preguntó don Rafael.

—Sí, estaba en la Gran Tenochtitlan, en el templo de Tlatelolco. Lo supe no sólo porque llevaba un vestido azteca y había canales en toda la ciudad, sino también por el segundo recuerdo,

pero no quiero hablar de éste sin que analicemos antes el primero. Necesito saber quién fui, qué hice, y sobre todo, qué dejé de hacer.

—¿Dice usted que en su recuerdo se vio practicando un ritual para irse a otra dimensión? —preguntó don Miguel.

—Sí.

—Entonces no hay duda de quién fue usted, ni de la época en que ocurrió lo que ahora recuerda —afirmó convencido don Miguel—; debe haber sido Citlalmina, la contraparte femenina de Tlacaélel. En los tiempos de los aztecas sólo ella se fue a otro plano de la existencia sin haberse muerto antes. Eso pasó en 1473, cuando reinaba Axayácatl.

—¿Y por qué hizo usted eso? —preguntó don Rafael dirigiéndose a Regina.

—Yo qué voy a saber —replicó la joven—. Tuve un solo recuerdo de esa época y nada más.

Cuatro inquisitivas miradas se clavaron en don Miguel. El Heredero de la Tradición Náhuatl comprendió que sus amigos estimaban que era a él a quien correspondía aportar mayores luces en la resolución de aquel enigma. Con dubitativo acento dijo:

—No es fácil contestar esa pregunta. En realidad no es fácil comprender cualquier cosa que se refiera a la expresión de la dualidad que encarnaron Tlacaélel y Citlalmina. Sin lugar a dudas son la pareja humana más importante que ha existido en México en los últimos mil años. No por nada la historia oficial ha optado mejor por ignorarlos y no hablar de ellos, así evita que la gente se ande rompiendo la cabeza tratando de entender las acciones de personajes que sobrepasan con mucho la mediocridad de hoy en día.

—¿Qué no fue Tlacaélel el que propició los sacrificios humanos entre los aztecas? —preguntó don Uriel.

—Sí fue él, y eso constituyó por supuesto un error, una desviación en el camino que nos acerca a Dios, pero no podemos ni siquiera empezar a juzgar este asunto sin antes conocer todas las circunstancias que le dieron origen, como por ejemplo los siglos de decadencia que sobrevinieron en México a partir de la caída de Tula. Lo admirable de la obra de Tlacaélel y Citlalmina es precisamente el haber promovido un Movimiento de renovación cultural que puso término al largo periodo de decadencia. Ellos impulsaron y dieron vida a un renacimiento que abarcaba todas las actividades. Y no sólo eso, su mayor mérito es el haber logrado educar a un pueblo con un profundo sentido de responsabilidad cósmica; junto a ello resulta incluso una proeza inferior el haber sido, como lo fueron, los principales artífices en la creación del Imperio Azteca.

—Perdónenme, pero creo que nos estamos saliendo del tema —afirmó Regina—. Lo que me interesa saber es qué es lo que se supone que hice en 1473.

—Fue algo bien misterioso y extraño —prosiguió don Miguel—. Ocurrió al mismo tiempo que se producía el único conflicto interno grave al que tuvo que hacer frente el gobierno azteca. Atendiendo a la ley de la dualidad, los tenochcas tenían dos grandes centros religiosos en su capital. Uno era el Templo Mayor, dedicado a Tláloc y Huitzilopochtli, deidades masculinas. El otro era el Templo de Tlatelolco, consagrado a la Coatlicue y a la Coyolxauhqui, deidades femeninas. Los sacerdotes y los comerciantes de Tlatelolco se sentían menospreciados y organizaron una conjura. Citlalmina la descubrió y la dio a conocer a las autoridades. Cuando las tropas entraron en Tlatelolco se encontraron el cuerpo de Citlalmina, parecía dormida y no estaba

ni viva ni muerta. Se había ido a otra parte.

Las facciones de la Reina de México revelaban un profundo estado de concentración, como si merced a un gran esfuerzo empezara a rememorar olvidados acontecimientos. Con voz muy queda afirmó:

—Al momento de partir me di cuenta de la necesidad de rectificar el camino, había que suspender los sacrificios y propiciar la transmutación voluntaria e interior. Comprendí también el peligro de que se incurriese en una ruptura de la armónica dualidad que sustentaba a todas nuestras instituciones. ¿Qué ocurrió en Tlatelolco una vez sofocada la revuelta? ¿Se prosiguió venerando ahí a las deidades femeninas?

—No, los sacerdotes de Huitzilopochtli tomaron posesión del templo y lo dedicaron a su culto —respondió don Miguel.

—Me lo temía, eso debe haber ocasionado un profundo desequilibrio en todo México. Ahora me explico el por qué no pudimos despertar a la Mujer Dormida. Hay en el país una alteración en la adecuada circulación de su energía. Todo lo femenino lleva siglos de estar aletargado.

—Creo que eso también explica el por qué tenemos ahorita una reina y no un rey —apuntó don Gabriel—, sólo una mujer podía intentar restablecer el equilibrio.

—Pues sí, pero creo que no lo he hecho muy bien que digamos —afirmó Regina.

El quinteto permaneció en silencio unos instantes. Las alargadas expresiones de sus rostros ponían de manifiesto la preocupación que les dominaba.

—Bueno —dijo Regina rompiendo el silencio—, no nos vamos a quedar con los brazos cruzados. Ya sabemos lo que ocasionó nuestro fracaso, necesitamos encontrar cuanto antes la forma de superarlo. Tal vez descubramos la clave en mi otro recuerdo.

Sin omitir detalle la joven relató a sus amigos las segundas imágenes que habían aflorado a su conciencia. Ninguno de los Cuatro Guardianes de la Tradición tuvo la menor duda respecto al personaje y al acontecimiento a que aludían dichas imágenes.

Era Cuauhtémoc dirigiendo la última batalla —aseveró don Miguel con emocionado acento.

—Lo curioso es que no sentía que fuera propiamente una batalla —afirmó Regina—. Mi estado de ánimo era exactamente el mismo que tenía al finalizar el primer recuerdo. Lo que yo estaba haciendo era practicar un ritual.

—¿Un ritual? —preguntaron cuatro asombradas voces.

—Sí.

—¿Con qué propósito? —inquirió don Rafael.

—No lo sé.

—Hay una serie de cuestiones que siempre me han intrigado en relación con la Conquista —manifestó don Uriel—. Varias veces los aztecas parecen estar a punto de destrozar a los conquistadores y se abstienen de hacerlo en el último momento. El mismo Cortés llega a ser capturado en un combate, pero no aprovechan la ocasión para matarlo, sino que incomprensiblemente se quedan aguardando a que vengan a rescatarlo.

—En realidad, ellos siempre supieron que su tiempo había concluido y que el Imperio iba a perecer —opinó don Miguel—. Es por eso que cuando llegaron los europeos, Moctezuma aceptó cederles el mando; no es porque fuera un cobarde, él ya sabía lo que iba a pasar, como lo sabían

todos.

—¿Entonces cómo es posible que Cuauhtémoc haya logrado que lo secundaran en una lucha que iba a ir más allá de lo heroico? —exclamó don Uriel—. Eso tampoco tiene sentido.

—Sí lo tiene —replicó con firmeza Regina.

La Reina de México pronunció con tal fuerza aquellas palabras que sus acompañantes la miraron con sorpresa. La joven había sufrido una súbita transformación. Sus grandes ojos despedían fulgores y todo su ser reflejaba un estado de máxima concentración. Al parecer lo expresado por don Uriel y por don Miguel sobre la Conquista había terminado por producir la anhelada comprensión de los rescatados recuerdos. Con vigorosa voz expresó:

—Todo lo relativo a la Conquista cobra sentido y adquiere significado cuando se entiende lo que ésta fue en verdad. Los aztecas entendían muy bien que su suerte estaba echada. No realizaron por tanto una guerra buscando objetivos militares. Sabían que así derrotasen a las huestes de Cortés eso no cambiaría las cosas, ya que después de esas tropas siempre podían llegar otras. Su victoria era imposible, el final del Imperio estaba señalado por fuerzas muy superiores a la voluntad humana. Hicieron entonces lo único que es posible hacer en esos casos: efectuar un ritual. Su lucha con los conquistadores es eso, un ritual de sacrificio, en el cual el pueblo azteca se inmoló consciente y voluntariamente.

—¿Y cuál fue el propósito de ese ritual de sacrificio? —preguntó don Uriel con voz quebrada por la emoción.

—El mismo propósito que ha tenido siempre todo ritual de auténtico sacrificio: perder la materia y salvar el espíritu. Es algo del todo semejante a la conducta asumida por los primeros cristianos. Cuando éstos entraban cantando al circo romano para ser devorados por las fieras, lo hacían a sabiendas de que perderían su vida corporal, pero que gracias a ello salvarían su alma. Eso mismo hicieron los aztecas, con la diferencia de que el espíritu que estaban tratando de salvar no era el individual de cada uno, sino el espíritu de México.

—¿Cómo es eso? —preguntó don Gabriel.

—Sí, para que tuviese éxito el doloroso pero necesario injerto que estaba por iniciarse en el ser del país, se necesitaba antes que nada asegurarse de que sobreviviese su espíritu, el cual corría peligro de perderse en el transcurso de la delicada operación.

—¿Y cómo podemos saber si se alcanzó el propósito del sacrificio, o sea si se logró salvar el espíritu de México? —preguntó don Uriel.

Regina se sonrió y dijo:

—Me extraña que me lo pregunten, el hecho de que aún existan Auténticos Mexicanos, así sean nomás cuatro, demuestra que el sacrificio alcanzó su propósito. Hay también otras pruebas que lo confirman. México logró preservar los dos atributos más importantes de cualquier ser sagrado: su símbolo y su nombre. Nuestra nación sigue teniendo el mismo símbolo que ha tenido siempre: el águila, emblema del espíritu, trasciende a la materia representada por la serpiente. En igual forma, nuestro país ha conservado su auténtico nombre.

Adoptando una expresión en extremo seria, desusada en ella, la Reina de México afirmó:

—Creo que hemos llegado al punto central de toda esta cuestión, al misterio que entraña el máximo reto al que se enfrenta actualmente nuestra nación; si no lo resolvemos adecuadamente

México no sólo no podrá despertar, sino que incluso, lo más probable es que ni siquiera pueda sobrevivir.

Tras de pronunciar tan graves afirmaciones, Regina sintetizó en una pregunta el crucial enigma:

—¿Si la Conquista fue un ritual, por qué creen ustedes que los aztecas defendieron como último bastión a Tlatelolco y no al Templo Mayor?

Ninguno de los Cuatro Auténticos Mexicanos se atrevió a pronunciar palabra alguna, sus expectantes miradas se mantenían fijas en Regina, instándola a que fuese ella quien aventurase la respuesta. Y así lo hizo:

—Fue una señal, un signo que se quedó grabado en nuestra historia para ser debidamente interpretado cuando llegase el momento de hacerlo. Hoy ese momento ha llegado. El haber finalizado en Tlatelolco el ritual con el cual se logró salvar el espíritu de México, ahora lo veo muy claramente, nos está indicando que es en ese lugar donde será necesario efectuar otro ritual que a su vez permita superar el desequilibrio que afecta al país desde 1473. Existe una estrecha vinculación entre Tlatelolco y la Mujer Dormida, como la hay también entre el Zócalo y el Popocatépetl.

—¿Qué clase de ritual sería ese? —inquirió don Uriel presintiendo la respuesta.

—Un ritual de sacrificio, por supuesto voluntario y consciente. Cuatrocientas personas... y yo, nos ofreceremos en holocausto para lograr restablecer el perdido equilibrio del país.

Una expresión de asombrado horror se dejó ver en las cuatro nobles facciones de los Guardianes de la Tradición. Al unísono intentaron formular una protesta pero ésta no llegó a ser expresada. Un imperativo ademán de Regina congeló en las gargantas cualquier palabra que intentase disuadirla de su propósito.

—Es mi responsabilidad y la voy a cumplir —expresó tajante.

Los Cuatro Auténticos Mexicanos se miraron entre sí. Plenamente seguro de que no hacía sino manifestar el unificado sentir del cuarteto, don Miguel aseveró rotundo:

—Puede usted contar incondicionalmente con nosotros.

—Ya sólo falta conseguir otros trescientos noventa y seis voluntarios —dijo don Gabriel.

—Habrán de ser personas que tengan un amor tan grande que puedan incluso amar a sus verdugos, de lo contrario no serían verdaderos mártires, sino tan solo víctimas —expuso don Rafael.

Don Uriel meditó unos instantes antes de externar sus puntos de vista, los cuales, aun cuando parecían estar desconectados con el tema que se abordaba, en realidad guardaban una íntima conexión con éste.

—Atendiendo a su esencia, los actuales habitantes de México forman una especie de cruz de cuatro aspas. Tres de estas aspas son muy antiguas y corresponden a las distintas comunidades indígenas, que siendo aparentemente innumerables, pueden en realidad aglutinarse en tres grandes grupos atendiendo a las respectivas herencias culturales que las nutren: náhuatl, zapoteca y maya. La otra aspa de la cruz es aún muy joven, pues se empezó a formar en el siglo XVI a base del nuevo mestizaje: de hecho esta aspa apenas se está consolidando y adquiriendo su propia personalidad; no obstante, es a ella a la que le corresponde en estos momentos dar movilidad a toda la cruz revitalizando a las otras tres, ya que éstas, por su misma antigüedad, se encuentran afectadas de

una cierta decrepitud. El ritual de sacrificio que se proyecta permitirá, si alcanza sus propósitos, empezar a dotar a los nuevos moradores del país de un profundo sentido de responsabilidad respecto a las obligaciones que tienen para con su nación. Hasta ahora nunca han sabido lo que es afrontar el reto de tener que cumplir una tarea cósmica y sagrada. Ésta será la primera ocasión. Desconocemos el porcentaje que cada una de las aspas de la cruz aportará para la integración del grupo de mártires, pero por las circunstancias en que se desenvolvió el Movimiento, lo lógico es suponer que un alto porcentaje de dichos mártires provendrá del aspa que corresponde a los nuevos habitantes del país. Este ritual de sacrificio constituirá, por tanto, el hecho histórico que marcará el inicio de la aparición de los nuevos olmecas.

La Reina de México había escuchado atentamente todas las opiniones, manifestando su conformidad mediante leves asentimientos de cabeza. Cuando don Uriel terminó de hablar, Regina dijo:

—No va a ser nada fácil encontrar trescientas noventa y seis personas que reúnan todas las características de los auténticos mártires, especialmente ese amor a sus propios verdugos que usted menciona —al decir esto apuntó hacia don Rafael.

—Será ahora cuando veremos qué tanto ha fructificado la siembra —opinó don Gabriel—. Todo dependerá del grado de madurez alcanzado por quienes han estado participando en los Centros de Mexicanidad.

—Así es —concluyó Regina.

El quinteto llevaba largo rato conversando y era bien entrada la noche. De repente escucharon un automóvil que se detenía frente al predio donde estaba la casa. Segundos después aparecía el Testigo con una expresión de alarma reflejada en su semblante. Tras de escueto saludo, dio a conocer los motivos de su inesperada presencia. La casa de la calle de Alumnos había sido allanada por la policía. Sus propietarias y ocupantes (la madre y la hermana del Testigo) se habían salvado de ser detenidas gracias a que se encontraban visitando a una vecina. De inmediato le habían hablado por teléfono —prosiguió relatando el recién llegado— para pedirle que se dirigiese a toda prisa a la Aldea de los Reyes, a informar a Regina del peligro que corría si retornaba a su antiguo domicilio, pues la policía se encontraba en éste aguardándola.

En vista de las circunstancias, Regina y sus acompañantes decidieron que lo más conveniente era permanecer unos días en la Aldea. No sólo porque requerían de un periodo de preparación para el ritual que proyectaban, sino porque la selección de los mártires que participarían en dicho ritual debía realizarse en medio de las mayores desventajas, o sea cuando la Luna hubiese recobrado plenamente su poder de ensoñación sobre los seres humanos y tan sólo unos cuantos fuesen capaces —por sí mismos y no por la ayuda de una pirámide que nulificaba la influencia lunar— de comprender la realidad de lo que estaba aconteciendo y ofrendar sus vidas en beneficio de su nación.

Del lunes 16 al martes 24 de septiembre de 1968, la Aldea de los Reyes cumplió a la perfección la tarea que le es propia: hacer que pasen del todo inadvertidas las labores que en ella realizan importantes personajes. Mientras las policías de toda la República buscaban afanosamente a la “subversiva Edecán entrenada en China y a sus cuatro peligrosos subalternos”, el quinteto aprovechaba la apacible calma del lugar para disponerse al sacrificio. Ayuno y oración

eran sus principales instrumentos. Buena parte del tiempo lo empleaban en sostener largas pláticas con el Popocatépetl. El despertado volcán tenía muchas cosas de interés que contar y no se hacía del rogar para comunicarlas.

La tarde del martes 24 de septiembre, Regina consideró llegado el momento de retornar a la ciudad. Tras de rezar un último rosario en la colonial capilla de la Aldea, el quinteto abordó su fiel volkswagen. Llovía fuertemente y el tránsito en la carretera estaba un tanto congestionado. Mientras el auto avanzaba hacia la capital, la Reina de México dio a conocer cuál sería el primer objetivo a cumplir en la realización de su nuevo propósito.

—Antes que nada tenemos que localizar cuál es "la puerta" de entrada a Tlatelolco, el equivalente a lo que es Chapultepec en relación con el Zócalo. Habrá que "limpiar" esa ruta sagrada antes de poder efectuar el ritual en Tlatelolco.

—Eso no va a ser nada difícil —opinó don Uriel—. Ese lugar no puede ser otro sino el Tepeyac.

—Pues ahí empezaremos mañana mismo nuestro trabajo —dijo Regina.

3

La Reina Celeste

La explicación al misterio de la supervivencia de México en las más adversas circunstancias, se encuentra localizada en un pequeño promontorio situado al norte de la capital del país y denominado el Tepeyac. Aun cuando no es posible determinar la época a partir de la cual el Tepeyac adquirió una especial relevancia —pues ésta proviene de tiempos inmemoriales— sí lo es el precisar la fecha, relativamente reciente, en que ocurrió el trascendental acontecimiento que ha permitido la subsistencia de México en los últimos cinco siglos.

Doce de diciembre de 1531 es la fecha. En los momentos más cruciales de su historia, cuando apenas se iniciaba la delicada operación de injerto que lo mismo podía matar que revitalizar al país, la Madre de Dios manifestó expresamente su particular cariño por México imprimiendo su imagen en el ayate de un modesto habitante de Tlatelolco. “Non fecit taliter omni nationi”.[1]

La protección que la Reina Celeste brinda a México ha sido decisiva y constante. Así lo han entendido todos aquellos que han realizado las más importantes hazañas en favor de la nación. Don Miguel Hidalgo y Costilla escoge como bandera de sus huestes libertarias un estandarte con la figura de la Virgen de Guadalupe. Otro tanto hace don José María Morelos y Pavón. Cien años más tarde las tropas de Emiliano Zapata, el caudillo surgido de la Revolución de 1910 que posee mayor raigambre popular, entran triunfantes en la ciudad de México portando idéntico estandarte.

•

Atendiendo a las indicaciones de Regina, el Testigo había dado oportuno aviso a Leticia Rojas Jiménez, coordinadora del Centro de Mexicanidad de Tlatelolco, de que tanto la Edecán como sus cuatro acompañantes retornarían a la capital y se alojarían en el condominio que la enfermera jalisciense poseía en el edificio Chihuahua. La Reina de México fue objeto de un entusiasta recibimiento al llegar a Tlatelolco. En la Plaza de las Tres Culturas le aguardaban casi la totalidad de los varios centenares de integrantes de los Centros de Mexicanidad del Distrito Federal, así como algunas docenas de miembros de los Centros de provincia que habían alcanzado a llegar a la ciudad. En igual forma, numerosos vecinos de la unidad habitacional se habían unido a la recepción, haciendo que el número de personas asistentes a la misma se acercase a las dos mil.

Quienes venían tratando de algún tiempo atrás a Regina no dejaron de percibir ciertos cambios que se habían operado en la joven. Ésta lucía menos risueña que de costumbre. Su figura continuaba irradiando un poderoso magnetismo, pero éste parecía ser ahora más reposado y sereno. No hubo la tradicional sesión de canciones en extraños idiomas. Regina agradeció con emotivas palabras el recibimiento de que era objeto y dio a conocer, mediante frases claras y concisas, sus puntos de vista respecto a lo que estaba pasando en la nación: el propósito de iniciar el despertar de México se había visto frustrado debido a un antiguo desequilibrio que afectaba al país; para restablecer la armonía y lograr el ansiado despertar iba a ser necesario efectuar un ritual de sacrificio.

Las palabras de la Edecán causaron asombro y desconcierto entre sus oyentes. Se suscitaron toda clase de preguntas, muchas de ellas relativas a la forma en que se efectuaría el sacrificio. Regina contestó que esto sería circunstancial. En cuanto se constituyese un núcleo de personas que tuviesen todas las características de los auténticos mártires, su sola existencia desataría la cólera de las fuerzas más negativas de la sociedad, las cuales no descansarían hasta dar muerte a los integrantes de dicho núcleo. Así pues, la forma y términos en que habría de realizarse el sacrificio constituía un problema cuya solución debía dejarse a los verdugos. Lo que a ella atañía era seleccionar, de entre quienes se ofreciesen como voluntarios, a las trescientas noventa y seis personas que faltaban para completar el mínimo sin el cual el proyectado sacrificio no alcanzaría su propósito.

Finalmente, Regina dio a conocer su plan de trabajo. El Tepeyac iba a ser el diario centro de reunión a las siete de la mañana. Las sesiones de oración en dicho lugar se prolongarían —con breves intervalos de descanso— hasta las cinco de la tarde. A esa hora retornarían caminando a Tlatelolco y durante el recorrido se procedería a ir "limpiando" la línea de energía que de seguro unía a los dos lugares. Concluida la caminata, quienes así lo deseasen podían presentar verbalmente su solicitud para participar en el ritual. La respuesta a dicha solicitud se daría en forma inmediata. Quienes no fuesen aceptados no debían sentir frustración alguna por ello, ya que las características del auténtico mártir sólo se dan en unas cuantas personas, pero esto no implica que las que no las tengan no puedan poseer otras igualmente valiosas.

Tal y como lo anunciara, la Reina de México inició a las siete de la mañana del miércoles 25 de septiembre su nuevo programa de actividades. Por extraño que parezca, Regina no había estado con anterioridad en la Basílica de Guadalupe. En múltiples ocasiones, durante sus incesantes recorridos por todos los rumbos de la capital, había pasado por las proximidades del templo, pero no había entrado en él estimando que constituiría una falta de respeto visitarlo sin contar con el tiempo suficiente para permanecer en su interior orando largamente. Ahora podía hacerlo y se dio gusto rezando muchas horas. Sus grandes ojos permanecían fijos en la milagrosa imagen de la Virgen Morena y sus facciones reflejaban un arrobamiento cercano al éxtasis. Cuando los relojes marcaron las cinco de la tarde Regina no daba trazas de salir de su ensimismamiento. Don Gabriel, que era en extremo puntual, debido quizás a su profundo respeto por los números, se atrevió a llamar comedidamente la atención de la joven. Haciendo un esfuerzo ésta puso término a su recogida actitud. Salieron al atrio. Cerca de setecientas personas, integrantes todas ellas de distintos Centros de Mexicanidad, habían permanecido orando el día entero junto a la auténtica

Soberana de la Nación.

Regina había observado la acentuada inclinación de los muros del templo y preguntó a don Uriel cuál era el motivo que la ocasionaba. El Heredero de la Tradición Olmeca impartió una breve cátedra sobre el hundimiento que amenazaba derrumbar a la Basílica. Mientras don Uriel hablaba se detuvieron a observar a Regina seis placeras que salían del cercano mercado. Acompañaba a las mujeres un niño de unos diez años que era la imagen misma de la desnutrición y el desamparo. Su cuerpo era un esqueleto apenas recubierto y sus ropas unos desgarrados andrajos.

El desarrapado infante recogió un papel del suelo y con hábiles movimientos lo transformó en unos segundos en la bella representación de una mariposa. Llegando hasta la Edecán le ofreció su pequeña obra con amable gesto.

La Reina de México agradeció complacida el obsequio, prodigándose en elogios a la habilidad del imberbe artífice.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Regina.

El interrogado alzó los hombros al tiempo que decía:

—No sé.

Una de las placeras intervino:

—Ni a nombre llega. No recuerda quiénes fueron sus padres ni en dónde nació; trabaja aquí en la plaza acarreando bultos. Tome niña, llévese unas gorditas —al decir esto entregó a la joven un paquetito envuelto en papel de china que contenía unas cuantas tortitas de harina.

Regina probó una de las gorditas y dijo:

—Son deliciosas, muchísimas gracias.

Las placeras y el esquelético niño prosiguieron su camino. Regina analizó cuidadosamente las desembocaduras de las diferentes avenidas que convergen en la gran explanada donde se asienta el templo guadalupano. Concluido su examen opinó:

—El espacio que ocupa la línea de energía es muy ancho. Abarca a estas dos avenidas —su mano derecha hizo un ademán para señalar tanto a la Calzada de Guadalupe como a la Calzada de los Misterios—; tendremos por tanto que recorrer las dos para asegurarnos que ambas queden bien "limpias". Empecemos hoy por ésta —su índice apuntó hacia la Calzada de los Misterios.

Marchando en silencio el grupo inició su avance por la antigua calzada. Deteriorados monumentos de piedra jaloneaban el camino. Habían sido edificados en la época de la Colonia y su propósito era marcar los lugares en donde los peregrinos que acudían al Tepeyac debían detenerse a orar. Regina se percató con sorpresa que la calzada estaba prácticamente "limpia", apenas si en unos cuantos sitios se observaban ciertos nudos de energía, pero en términos generales ésta circulaba con gran fluidez a lo largo de toda la línea. Al reflexionar sobre lo que podía haber ocasionado tan venturoso hecho, la joven llegó a la conclusión de que la causa no podía ser otra sino la fe de los millones de peregrinos que, a lo largo de los siglos, habían transitado por aquella ruta sagrada.

Llegaron a Tlatelolco. La invisible línea de energía proveniente del Tepeyac finalizaba exactamente en la Plaza de las Tres Culturas. Regina fue despidiéndose de cada una de las personas que le habían acompañado a lo largo de la jornada. Sin una sola excepción, todas fueron

manifestando su deseo de formar parte del grupo de mártires que participarían en el ritual de sacrificio. La Reina de México no contestaba oralmente a lo que se le decía. Su mirada se fundía con la de su interlocutor y éste sabía de inmediato si había sido aceptado o no su ofrecimiento.

Concluidas las telepáticas entrevistas se disolvió la reunión. Acompañada de los Cuatro Guardianes de la Tradición y de Leticia Rojas Jiménez, Regina se encaminó a su nuevo y cercano domicilio, ubicado en el quinto piso del edificio Chihuahua. Ya a solas con sus amigos, la joven dio a conocer los resultados de lo alcanzado ese día:

—Bueno, pues creo que ya sabíamos que esto no iba a ser nada fácil. Bajo determinadas circunstancias casi todas las personas están dispuestas a dar la vida por lo que consideran valioso, pero eso no los convierte en mártires. Subsisten casi siempre, en lo más profundo de la conciencia, sentimientos que nada tienen que ver con un auténtico espíritu de martirio. Algunos están prestos a inmolar su vida, pero en cambio les resulta imposible desprenderse del rencor que guardan a sus presuntos enemigos. Hay también quien busca el sacrificio por considerar que así se convertirá en héroe y su nombre será reverenciado en el futuro.

—¿Qué fueron muy pocas las personas que seleccionó para formar parte del ritual? —preguntó don Gabriel.

—Fueron ciento noventa y ocho —respondió Regina.

—Todavía falta por llegar mucha gente de los Centros de provincia —dijo don Rafael—. A todos se les ha podido avisar, así que ya no han de tardar. Esperamos que con ellos se logre completar el número.

—Ojalá sea pronto —expresó Regina con preocupado acento—. Estamos jugando una carrera contra el tiempo. El gobierno no va a tardar mucho en localizarnos y en cuanto eso ocurra acabará con nosotros en un dos por tres, no creo que vaya a estar esperando a que le avisemos que ya puede venir a matarnos porque ya somos cuatrocientos uno.

•

Los moradores de la gran unidad habitacional de Tlatelolco habían estado proporcionando, a lo largo de todo el conflicto, un franco y entusiasta apoyo al Movimiento. Las amas de casa elaboraban considerables porciones de comida extra, misma que era obsequiada a los integrantes de las brigadas estudiantiles que a diario recorrían la zona para recabar fondos y organizar pequeños mítines. Se habían requerido varias horas de encarnizada trifulca —en la que participaron un elevado número de estudiantes, padres de familia y simples vecinos— antes de que las fuerzas policiacas lograsen ocupar la Vocacional Siete, ubicada dentro de los confines de la susodicha unidad habitacional. No obstante, al iniciarse la última semana del mes de septiembre todo hacía suponer que, al igual que en el resto del país, en Tlatelolco el Movimiento estaba llegando a su total paralización.

El arribo de Regina al edificio Chihuahua iba a ser causa de una inesperada reacción en los moradores de Tlatelolco. Aun cuando la joven había dejado asentado desde su llegada que su único propósito era organizar un ritual de sacrificio, un considerable número de los habitantes de

la unidad —sabedores de que al no poseer madera de mártires no participarían en el ritual— decidieron renovar al máximo sus esfuerzos en favor del Movimiento, juzgando que con ello estaban de alguna manera colaborando al logro de los mismos fines que intentaba alcanzar la carismática Edecán. Y ocurrió así, que en tan sólo cuestión de horas, Tlatelolco se transformó en un auténtico bastión, en el último reducto del Movimiento.

Una vez más, tal y como aconteciera en 1521, Tlatelolco se negaba a rendirse. Mientras en todo el resto del país se imponía la calma a punta de bayonetas y rejas carcelarias, en el pequeño espacio escogido por Cuauhtémoc para librar la postrer batalla, el Movimiento intentaba ahora proseguir la lucha. Ante la absoluta imposibilidad de reunirse en otro lugar sin ser de inmediato capturados o golpeados, los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga y los integrantes de las brigadas estudiantiles acudieron a Tlatelolco el jueves 26 de septiembre. Asombrados constataron lo escaso de su número. Eran los sobrevivientes de largos ocho días en los que habían imperado la muerte, la cárcel, y particularmente el desánimo. Reconfortados por la evidente solidaridad que les manifestaban los vecinos del lugar, los estudiantes tomaron la determinación de proseguir la lucha. Se acordó convocar para el día siguiente a un mitin que tendría lugar a la cinco de la tarde en la Plaza de las Tres Culturas. En igual forma, se tomó la determinación de elaborar pequeños globos aerostáticos que serían lanzados desde la plaza conteniendo propaganda impresa. Se trataba con ello de contrarrestar, tan siquiera en una mínima parte, la desventaja que implicaba el que ya no se pudiesen distribuir volantes en las calles sin sufrir una brutal represión a manos de los grupos de choque que habían proliferado por toda la ciudad.[2]

Contradiciendo pesimistas augurios que daban por cierta la represión de la reunión, el mitin del viernes 27 de septiembre se realizó sin contratiempo alguno. Desde la ocupación de las escuelas por fuerzas militares y policiacas, era el primer acto público convocado y presidido por los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga. Asistieron al mitin unas cinco mil personas y durante su transcurso hablaron siete oradores: cuatro estudiantes y tres habitantes de Tlatelolco. Se pronunciaron encendidos ataques a las autoridades, especialmente en contra de los diputados, pues en esos días los ocupantes de la Cámara de Diputados no cesaban de aplaudir el que se estuviese asesinando y encarcelando estudiantes en todo el país. El nombre de Octavio Hernández, jefe de la diputación del PRI en el Distrito Federal y presidente de la Comisión Especial de la Cámara para el conflicto estudiantil fue objeto de las más sonoras rechiflas. La mención del diputado Luis M. Farías, presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados y líder de la mayoría del PRI en dicha Cámara, fue igualmente saludada con un prolongado abucheo.

Para finalizar la reunión se convocó a otra, la cual debería efectuarse en ese mismo lugar el día 2 de octubre a las cinco de la tarde. Se anticipó que al concluir el próximo mitin se realizaría una manifestación que partiendo de la Plaza de las Tres Culturas llegaría hasta las proximidades del Casco de Santo Tomás, o sea hasta donde fuese posible avanzar dado el cerco militar tendido en torno a los edificios escolares. Un ama de casa, vecina del edificio Nuevo León, sintetizó lo ocurrido en la reunión afirmando jubilosa.

—¡En Tlatelolco el Movimiento se sigue moviendo!

•

La llegada de Regina a Tlatelolco, al igual que la súbita reacción de los habitantes de dicho lugar en favor del Movimiento, fueron detectadas por las autoridades casi al momento mismo en que ambos hechos se producían. El 26 de septiembre agentes de la Federal de Seguridad informaron al secretario de Gobernación que habían localizado, en el edificio Chihuahua de Tlatelolco, "la madriguera de la Edecán china y de su grupo de terroristas". Asimismo, informaron también que la presencia en Tlatelolco de dicho grupo estaba originando ya graves consecuencias. Un espíritu de abierta rebeldía se había apoderado de los habitantes de la unidad habitacional. Ni las patrullas ni cualquier otro tipo de fuerzas policiacas podía incursionar en la zona, sus moradores las atacaban y ponían en fuga arrojándoles los objetos más inimaginables. Tlatelolco había quedado repentinamente fuera del control de las autoridades, y la mejor prueba de ello era que los dirigentes estudiantiles se habían atrevido a convocar a un mitin que tendría lugar al día siguiente en la Plaza de las Tres Culturas.

Para poder efectuar la captura del "peligroso grupo terrorista" —concluían los informantes— se requería la colaboración de suficientes elementos de tropa, pues de seguro numerosos vecinos tratarían de oponerse al arresto. En igual forma consideraban que a la policía le resultaría imposible reprimir el anunciado mitin, por lo que recomendaban fuese el ejército quien se encargase de hacerlo.

El licenciado Luis Echeverría Álvarez no cabía en sí de gozo al saberse el único alto funcionario en posesión de tan valiosos informes. No iba a tardar mucho en lograr sacarles un jugoso partido. Horas más tarde, el secretario de Gobernación se encontraba en la residencia oficial de Los Pinos, participando en una reunión en la que, además del primer mandatario, estaban presentes el secretario de la Defensa y el jefe del Departamento del D.F. Actuando con toda premeditación, el licenciado Echeverría dejó hablar primero a sus colegas de gabinete.

El general Marcelino García Barragán presentó un halagador panorama de la situación del país. El ejército, ayudado por las policías locales, mantenía una estrecha vigilancia para evitar cualquier alteración del orden público. Todo intento de mítines o manifestaciones era de inmediato reprimido y sus promotores muertos o encarcelados. La paz y la tranquilidad habían retornado a la República.

El general y licenciado Alfonso Corona del Rosal, esbozando una amplia sonrisa que no tenía otro propósito sino el de hacer ver la gran semejanza existente entre su dentadura y la del presidente, procedió a dar cuenta de lo que ocurría en la capital. La ciudadanía había recobrado la calma. Hacía ya varios días que las brigadas estudiantiles no alborotaban en las calles. Fábricas y comercios laboraban normalmente. La gente acudía de nuevo a los espectáculos y el interés de todos empezaba a centrarse en los próximos eventos olímpicos.

En ningún momento de su exposición el regente de la ciudad había hecho la menor referencia respecto a lo que estaba aconteciendo en Tlatelolco. El corazón del licenciado Echeverría parecía querer estallar de júbilo. Ocultando sus sentimientos bajo una máscara de honda preocupación, hizo uso de la palabra. Lamentaba muchísimo tener que manifestar un criterio del todo opuesto a

las optimistas declaraciones expresadas por sus amigos y compañeros de trabajo. La situación era en extremo crítica y el pretender ocultar al señor presidente la verdad de lo que acontecía podía acarrear fatales consecuencias. Tlatelolco no formaba ya parte del orden jurídico vigente en el país. Sus moradores estaban empecinados en apoyar al Movimiento. Al día siguiente se realizaría un mitin en la Plaza de las Tres Culturas, evento con el cual los agitadores pretendían recuperar su perdido impulso. Afortunadamente —finalizó el secretario de Gobernación con triunfal acento— la verdadera promotora de todos los desórdenes y sus peligrosos subalternos habían sido localizados. Su guarida era el edificio Chihuahua. Sólo se requería para lograr su captura la necesaria colaboración del ejército, ya que si se intentaba efectuar la aprehensión únicamente con elementos de la Federal de Seguridad, se corría el riesgo de que los terroristas se escapasen.

El licenciado Gustavo Díaz Ordaz había escuchado en silencio las exposiciones de sus funcionarios. Al concluir de hablar el licenciado Echeverría la mirada del primer mandatario se clavó inquisitiva en la persona del jefe del Departamento del D.F. En un primer momento éste dio la impresión de que trataría de justificarse por no haber mencionado lo que ocurría en Tlatelolco, pero sus labios tan sólo se entreabrieron y no llegaron a proferir palabra alguna. La figura del funcionario parecía haberse empequeñecido. Su rostro estaba pálido, casi transparente. La mirada presidencial dejó de ser inquisitiva para tornarse fulminante. El general y licenciado Alfonso Corona del Rosal comprendió que en ese preciso momento había perdido, irremediablemente, toda posibilidad de alcanzar la silla presidencial.

La voz del licenciado Gustavo Díaz Ordaz estalló furibunda. El plazo que él mismo se había dado ante el gobierno norteamericano para resolver el conflicto estaba corriendo. De ninguna manera iba a permitir que se reiniciasen los alborotos. Si Tlatelolco era el único foco de agitación que subsistía en todo el país, la solución era muy obvia: había que arrancar de raíz el mal, evitando así que éste proliferase de nuevo. No le interesaba ya encarcelar a la bruja y a sus secuaces. Había que eliminarlos. El ejército debía proceder a la inmediata ocupación de todos los edificios que integraban la unidad habitacional en rebeldía. Sus ocupantes serían apresados y recluidos en campos militares hasta que finalizase la Olimpiada. Quienes se resistiesen serían tratados como lo que en realidad eran: insurrectos que intentaban derrocar al gobierno.

Aun cuando el presidente era de opinión de que la ocupación militar de Tlatelolco debía llevarse a cabo por la tarde del día siguiente, o sea cuando se estuviese celebrando el anunciado mitin, el secretario de la Defensa se permitió señalar que no existían en esos momentos suficientes tropas en la capital de la República para garantizar el buen éxito de una operación de esa naturaleza, razón por la cual solicitaba se le concediese un plazo de setenta y dos horas para ejecutarla. A regañadientes el primer mandatario concedió el plazo. La hora cero para Tlatelolco fue fijada para las doce de la noche del domingo 29 de septiembre.

•

La formulación del plan estratégico relativo a la ocupación de Tlatelolco —con el correspondiente análisis de los diversos problemas de logística que planteaba una operación de

esta índole— fue elaborada en menos de veinticuatro horas por el Estado Mayor Presidencial. Curiosamente uno de los principales diseñadores del susodicho plan —un talentoso coronel michoacano— no estaba nada convencido de la justificación de un acto tan ferozmente represivo como el que se pretendía efectuar. Enfrentado a un profundo conflicto de conciencia, el militar decidió expresar los motivos de su preocupación a la persona que le había auxiliado desde niño —cuando vivía en la humilde choza de sus padres, en un ejido cercano al lago de Pátzcuaro— y a cuya ayuda debía el haber podido estudiar en el Heroico Colegio Militar. El nombre de esa persona era Lázaro Cárdenas del Río.

Don Benito Juárez y el general Lázaro Cárdenas son los únicos presidentes en la historia de México que han logrado actuar en consonancia con los intereses nacionales. La mejor prueba de la veracidad de este aserto la constituye la indeleble y respetuosa memoria que el pueblo conserva de ambas figuras. Mientras los nombres y los hechos de todos los demás presidentes tienden a esfumarse rápidamente en el olvido, las recias personalidades de ambos mandatarios van cobrando mayor relevancia con el transcurso del tiempo. Durante su gobierno, que abarcó de 1934 a 1940, el general Cárdenas implementó una política tendiente a favorecer a las clases más necesitadas y a rescatar para la nación los valiosos recursos naturales cuya explotación sólo beneficiaba a poderosos intereses extranjeros. Los gobiernos que le sucedieron en el mando se dieron a la tarea de aplicar una política diametralmente opuesta a la seguida por el general Cárdenas.

El coronel michoacano sintió un gran alivio al enterarse —a través de una llamada telefónica — que el general Cárdenas estaba en su casa de la ciudad de México y que le recibiría en cuanto llegase. La entrevista entre los dos militares purépechas fue breve, franca y trascendente. El coronel expuso en apretada síntesis el proyecto de ocupación de Tlatelolco por el ejército. El general escuchó con profunda atención las palabras de su informante. Una vez enterado de la acción represiva que el gobierno proyectaba, el general Cárdenas decidió actuar de inmediato. Tomando su viejo sombrero se dirigió a Los Pinos y anunció en dicho lugar su deseo de hablar con el presidente.

El licenciado Gustavo Díaz Ordaz estaba por salir a una ceremonia. Ante el prestigio de quien solicitaba la audiencia no tuvo más remedio que otorgarla. El general penetró en la oficina. Su rostro era adusto y su mirada fría. Con frases cortantes hizo saber al presidente que estaba al tanto de lo que se proyectaba hacer en Tlatelolco y que se opondría, con todas sus fuerzas, a semejante acto de barbarie. El licenciado Díaz Ordaz negó categóricamente que fuese cierta la información que poseía el general Cárdenas, e intentó averiguar quién se la había proporcionado. Sus preguntas se quedaron sin respuesta, lo cual provocó su cólera. Fuera de todo control, poseído de un verdadero ataque de furia, el primer mandatario acusó al general Cárdenas de haber estado colaborando con el Movimiento. Acto seguido intentó de nueva cuenta interrogarlo y le preguntó si era cierto —como lo mencionaban insistentes rumores— que ocultaba en su casa al ingeniero Heberto Castillo y a numerosos dirigentes del Consejo Nacional de Huelga. El general Cárdenas no se dignó a responder, concretándose a observar impasible el berrinche presidencial. Luego se puso de pie y dando la media vuelta salió de la oficina caminando pausadamente.

Una vez disminuida ligeramente su rabia, el presidente se dio a la tarea de analizar el

problema que, para la realización de sus represivos propósitos, planteaba la abierta oposición a los mismos asumida por el general Cárdenas. No era un problema fácil de resolver. El michoacano constituía toda una leyenda. Su persona era la única figura política viva por la cual el pueblo sentía una auténtica veneración. Por otra parte —y ello era lo que más preocupaba al licenciado Díaz Ordaz— el general gozaba de una gran estimación dentro de las Fuerzas Armadas. El presidente no quería ni siquiera imaginar lo que podría ocurrir si el general Cárdenas llegase a externar públicamente su opinión de que los militares debían tratar de oponerse a la represión que el gobierno proyectaba.

Muy a su pesar, el licenciado Díaz Ordaz concluyó que le sería imposible ejecutar sus planes tal y como éstos habían sido formulados. Desde luego ello no significaba que hubiese desistido de sus agresivas intenciones, simplemente que ahora se percataba que para poder llevar éstas a la práctica tendría que valerse de medios mucho más sutiles. Intentando dominar la frustración que le dominaba, informó por la red privada al secretario de la Defensa que se cancelaba la operación militar contra Tlatelolco. No le dio mayores detalles, había llegado a la conclusión de que únicamente alguien del Estado Mayor Presidencial podía haber informado al general Cárdenas, y no deseaba, por tanto, repetir el mismo error. Decidió auxiliarse para la elaboración de sus nuevos planes de sólo dos personas: el secretario de Gobernación y el Tenebras.

•

La mañana del domingo 29 de septiembre fue particularmente soleada y luminosa, contrastando con todos los días anteriores, en los cuales la humedad y la lluvia habían predominado en la capital de la República. Incontables niños, acompañados de sus respectivas familias, jugueteaban alegremente en la sección del Bosque de Chapultepec denominada “La Hormiga”. A muy escasa distancia del sitio donde jugaban los niños, en la residencia presidencial de Los Pinos, tres personajes iban urdiendo con sumo cuidado y en todos sus detalles un maquiavélico proyecto.

El licenciado Díaz Ordaz dio comienzo a la reunión señalando los objetivos a lograr y los obstáculos que se oponían a la consecución de los mismos. Los objetivos eran básicamente los siguientes: liquidar a la Edecán y a sus seguidores, terminar de una vez por todas con lo que aún restaba del Movimiento, y dar un ejemplar castigo a los habitantes de Tlatelolco. El obstáculo principal lo representaba la imposibilidad de hacer un pleno uso del ejército para alcanzar estos fines, pues ello motivaría una firme oposición del general Cárdenas, lo cual daría lugar a un conflicto de imprevisibles consecuencias en unos momentos en que el tiempo de que se disponía para resolver el ya existente estaba por agotarse.

El Tenebras comentó que, en cuanto se le había informado que la bruja tenía su nueva guarida en el edificio Chihuahua, había alquilado un departamento en el cuarto piso de dicho edificio. Hombres de toda su confianza ayudaban a los elementos de la Federal de Seguridad que vigilaban día y noche los movimientos de la Edecán. Ésta pasaba la mayor parte del tiempo fingiendo orar en la Basílica de Guadalupe. No representaba ningún problema el dilucidar cuáles eran en verdad las intenciones que perseguía con su fingida devoción. Trataba de aprovecharse de los

sentimientos religiosos de la gente y de manipularlos en beneficio de sus muy personales y subversivos propósitos. No cabía la menor duda, esa mujer era un auténtico peligro y debía ser eliminada lo antes posible. Para ello no se requería del ejército, afirmó el ex narcotraficante con segura convicción. Era sólo cuestión de no pretender dar muerte al grupo de terroristas cuando éstos se encontrasen en Tlatelolco, pues ahí todos los vecinos les protegían. Él y sus hombres podían efectuar el trabajo. Ametrallarían a la Edecán y a sus secuaces al salir de la Basílica.

El secretario de Gobernación expresó un parecer contrario al de el Tenebras. A su juicio la ejecución de los terroristas debía tener lugar en Tlatelolco, pues de lo contrario no podría servir de ejemplo ante la opinión pública, ya que ésta no la vería como un castigo al apoyo prestado por los tlatelolcas al Movimiento; en cambio si la ejecución se efectuaba en las proximidades de la Basílica, se corría el riesgo de que la gente llegase a colocar una aureola de santidad a los delincuentes.

Tres cabezas unidas en un común esfuerzo logran muchas veces encontrar soluciones que una sola no hubiese hallado jamás. Lentamente, poniendo cada uno de los miembros del terceto lo peor de sí mismos, fueron elaborando un plan de insuperable perfidia. El problema central, consistente en lograr la plena participación del ejército en la represiva operación sin provocar con ello un conflicto mayor al ya existente, quedó adecuadamente resuelto. No se daría nunca a las tropas instrucciones de atacar a los habitantes de Tlatelolco. Se les ordenaría tan sólo que colaborasen en una maniobra tendiente a lograr el apresamiento de los dirigentes del Movimiento. Ello ocurriría al efectuarse el mitin que se había anunciado para la tarde del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas. El ejército rodearía la plaza y los integrantes del Batallón Olimpia —un cuerpo especial constituido para vigilar las instalaciones donde se realizarían las competencias olímpicas— se mezclarían vestidos de civil entre los asistentes al mitin. Un helicóptero sobrevolaría la plaza y lanzaría una luz de bengala, ésa sería la señal para que los componentes del Batallón Olimpia apresasen a los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga, los cuales se encontrarían presidiendo el mitin en la terraza situada en el tercer piso del edificio Chihuahua. Simultáneamente, las tropas que rodeaban la plaza procederían a despejarla, utilizando para ello exclusivamente las culatas de sus rifles y de ninguna manera abriendo fuego sobre los manifestantes. Al menos ésas serían las instrucciones del secretario de la Defensa al comandante que dirigiría la operación. Lo que ninguno de los militares sabría es que todos los hombres de la banda de el Tenebras, instalados en diferentes lugares del edificio Chihuahua, abrirían un fuego cerrado sobre las tropas en el momento que se lanzase la señal, buscando con ello que éstas respondiesen al ataque y disparasen tanto sobre los manifestantes como sobre los habitantes del Chihuahua, de tal forma que ambos recibiesen, por fin, el merecido castigo de su rebelde actitud.

La liquidación de la Edecán y de todo su grupo constituía, por supuesto, parte imprescindible del plan. El helicóptero que volaría sobre la plaza llevaría como pasajero a el Tenebras, él sería el encargado de lanzar la luz de bengala. No enviaría la señal hasta que la Edecán y sus acompañantes se encontrasen en la Plaza de las Tres Culturas, lugar a donde llegaban diariamente a las seis en punto de la tarde, tras de haber orado largas horas en la Basílica de Guadalupe. Una vez lanzada la señal, el Tenebras ametrallaría desde el aire a la bruja y a sus seguidores. En igual forma, los encargados de balacear a las tropas desde el edificio Chihuahua dejarían de hacerlo en

cuanto éstas respondiesen el fuego y procederían a concentrar todos sus disparos en el grupo que comandaba la Edecán. Ninguno de sus integrantes debía quedar con vida. El Tenebras en persona se encargaría de verificarlo en cuanto cesase el tiroteo.

Una gran satisfacción se reflejaba en los rostros de los tres formuladores del siniestro plan. Las facciones del licenciado Luis Echeverría Álvarez eran las que ponían de manifiesto un mayor júbilo. Se sabía ya seguro triunfador en la carrera por la silla presidencial. Su complicidad en la masacre sería la mejor garantía de ello.

•

Mientras se urdía la operación cuyo principal objetivo era darle muerte, Regina proseguía su diaria labor de prolongados rezos y selección de candidatos idóneos para el martirio. Tal y como esperaban la Reina de México y sus cuatro colaboradores, los integrantes de los Centros de Mexicanidad de toda la República habían acudido presurosos al llamado que se les hiciera. Sin una sola excepción habían manifestado libremente su sincera voluntad de ofrendar sus vidas en beneficio de su país. No obstante, el número de personas escogidas para formar parte del ritual crecía muy lentamente. El lunes 30 de septiembre, provenientes de apartadas regiones, arribaron a la capital los últimos miembros de los diferentes Centros de Mexicanidad. Tras de sus habituales oraciones en el Templo del Tepeyac y de su igualmente usual recorrido a pie entre éste y Tlatelolco, Regina tuvo con cada uno de los recién venidos una telepática entrevista. Al igual que ocurriera en los días anteriores, sólo unas cuantas de las solicitudes presentadas por los aspirantes al martirio fueron aceptadas.

—Aún nos faltan tres y ora si la cosa se va a poner rete difícil —opinó don Gabriel al conocer el número de personas seleccionadas ese día por Regina.

—Así es —corroboró don Rafael—, ya pasaron revista los más viables candidatos y no le llegamos al número.

—Habrá que confiar en la suerte —opinó don Uriel—, por ahí debe haber todavía personas con las que no hemos establecido contacto y que poseen las cualidades requeridas.

—Lo malo es que el tiempo se nos debe estar acabando —dijo don Miguel—. Lo que me extraña es que el gobierno se haya tardado tanto en venir a darnos cuerda. Yo creí que lo harían al otro día, cuando los muchachos volvieron de nuevo a hacer un mitin en Tlatelolco.

Regina no dijo nada, pero en sus ojos podía leerse la intensa preocupación que le dominaba.

Al día siguiente, martes 1º de octubre, la suerte pareció mostrarse un tanto propicia a los designios de la Reina de México. Mientras ésta permanecía orando ante la imagen de la Virgen de Guadalupe, una joven pareja entró al templo. La integraban un fornido mozalbete y una jovencita de pequeños ojos, la cual padecía una inmovilidad casi completa y era llevada por su acompañante en una silla de ruedas. Al parecer atraída por el fervor que emanaba de la orante figura, la pareja se aproximó a la Edecán y comenzó también a orar sumida en un profundo estado de concentración. Al concluir Regina sus oraciones y encaminarse al exterior del templo, la pareja la siguió con la evidente intención de hablar con ella.

La comunicación entre la Edecán y los dos jóvenes fue pronta y total. Éstos narraron su historia. Sus nombres eran Raúl Mendoza y Ana María González de Mendoza. Se habían conocido el mismo día en que diera comienzo el conflicto estudiantil en la Ciudadela, incluso habían sido precisamente ellos los circunstanciales e involuntarios iniciadores de dicho conflicto. Un día después Ana María había sufrido una grave lesión en la columna al ser golpeada por los granaderos. Estaba condenada de por vida a la parálisis, pero ello no le producía una insuperable frustración, al contrario daba gracias a Dios por haber podido encontrar el verdadero amor. Tenían apenas cuatro días de casados —matrimonio realizado tras de vencer la tenaz oposición del padre de la novia—. Su presencia esa tarde en el templo obedecía a la intención de pedir a la virgen les ayudase a vencer las múltiples dificultades a las que tendrían que hacer frente. Raúl aún no conseguía un trabajo con el cual sostener a su flamante esposa y la había llevado a vivir a casa de sus padres.

Conforme los jóvenes hablaban, iba creciendo en Regina la certeza de que les conocía de mucho tiempo atrás, que 678se encontraba vinculada a ellos por afectuosos lazos provenientes de lejanos tiempos. Se percató igualmente de que el amor de la pareja no tenía unos cuantos meses de iniciado. Era una obra de asombrosa belleza cincelada con persistente consistencia de siglos. No representó ningún problema para la Edecán explicar en breves frases la índole de su misión. Raúl y Ana María captaron de inmediato que se precisaba de su colaboración y la ofrecieron generosos. Regina la aceptó. Faltaba únicamente una persona para completar el número requerido para el ritual.

•

Lentamente las tinieblas nocturnas iban cubriendo la Plaza de las Tres Culturas. A través de una de la ventanas del departamento que constituía su transitoria morada, los Cuatro Auténticos Mexicanos observaban el tranquilo espectáculo que se ofrecía ante su vista.

—Caray —exclamó don Uriel—, creo que de plano sería muy mala pata que por falta de una sola persona no llegáramos a completar el equipo. ¿Quién podrá ser? Debe andar por ahí muy despreocupado. ¿De cuánto tiempo dispondremos todavía para localizarlo?

El Supremo Guardián de la Tradición Olmeca ignoraba que el tiempo se les había agotado.

---

[1] "No hizo tal prodigio con ninguna otra nación": Benedicto XIV.

[2] El empleo de globos aerostáticos para la difusión de propaganda se había iniciado en Zacatenco unos días antes de la entrada del ejército a las instalaciones politécnicas. Si bien la efectividad de este procedimiento era prácticamente nula en lo que a distribución de propaganda se refiere, sus réditos psicológicos no eran nada despreciables, pues los pequeños globos cruzando el espacio constituían una prueba irrefutable del ingenio y de la inquebrantable voluntad de lucha de sus autores.

4

El sacrificio

Llegó el día. Miércoles 2 de octubre de 1968. Todo el pasado, presente y futuro de México iban a converger en un pequeño punto de su geografía. La Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Ahí se decidiría la vida o la muerte de la nación. No había otra alternativa. La prueba del fuego, la que determina la extinción o trascendencia de cuanto existe, sería aplicada en toda su terrible dureza.

Regina despertó antes del amanecer. Las imágenes de un sueño de inusitado realismo aún estaban presentes en su mente. Había soñado que se encontraba en su querido valle himaláyico. Las doradas aguas del lago relucían esplendorosas y ella nadaba compitiendo en velocidad con multicolores peces de variados tamaños. Al salir del agua la esperaba el lama Tagdra Rimpoche. El rostro del anciano no ostentaba su habitual sonrisa, sus facciones revelaban una intensa preocupación. Con pausado acento comenzó a recitar cada una de las frases que integraban "el acertijo". Al llegar a las dos últimas su voz adquirió una recia sonoridad. La vivencia del sueño fue tan fuerte que la Reina de México se despertó sobresaltada.

—Hoy es el día —musitó Regina para sí misma.

Tras de despertar a sus amigos, la Edecán les participó su segura convicción de que sería ese día cuando tendría lugar el sacrificio. Expresó también sus deseos de ir al Bosque de Chapultepec a despedirse de El Sargento. Los primeros resplandores del alba iluminaban la Plaza de las Tres Culturas cuando el quinteto salió del edificio Chihuahua.

Sabedor de que su muerte estaba próxima y deseando que su esposa dispusiese de un poco de dinero, don Uriel había vendido hacía tres días el abollado volkswagen; reina y Mexicanos abordaron un autobús que les dejó en una de las entradas de Chapultepec. A poco de andar en éste dieron con el Secreto Guardián del Bosque. El viejo guardabosques daba muestras de una enorme angustia. Con frases entrecortadas narró la conversación que acababa de tener con El Sargento. El milenario ahuehuete le había comunicado que esa tarde se libraría una de las más decisivas batallas en la historia de México. El Sargento, en unión de otros cien ahuehuetes, los más viejos de todo el bosque, habían decidido ofrendar sus vidas por el buen éxito de la batalla. No verían ya la llegada de la próxima noche, morirían al declinar la tarde.

—Por favor, niña —suplicó el anciano mientras gruesas lágrimas corrían por su arrugado rostro—, déjeme estar hoy con ustedes. Yo sé qui aún no completan el número. No quero seguir vivo pa sólo andar devisando los insepultos cadáveres de mis ahuehuetes. Chapultepec ya no será mañana el mesmo de endenantes.

Con frases amables pero llenas de firmeza Regina dio su respuesta. En la vida cada quien tiene determinadas obligaciones que cumplir. La principal tarea del guardián de un Bosque Sagrado es velar por la subsistencia de dicha sacralidad. Chapultepec proseguiría existiendo aun cuando muriesen sus más antiguos y nobles habitantes. Ella estaba segura de que, tal y como lo había venido haciendo hasta entonces, el Secreto Guardián del Bosque seguiría cumpliendo adecuadamente con su importante misión.

Llegaron hasta donde se encontraba El Sargento. No hubo palabras. La Reina de México posó sus manos en la rugosa corteza y durante un largo rato dialogó mentalmente con el viejo guerrero. Era una formal y definitiva despedida. El reloj marcaba las siete de la mañana con quince minutos cuando salieron de Chapultepec. Regina había encomendado a Leticia que avisase a quienes le aguardaban para orar en el Tepeyac que ese día llegaría un poco más tarde de lo acostumbrado. Con miras a que dicho retraso no fuese excesivo resolvieron tomar un taxi. Durante el camino hacia la Villa de Guadalupe el chofer del taxi se quejó de que sufría constantes gripas, motivadas a su juicio por la creciente pérdida de la pureza del aire de la capital. Don Rafael le aconsejó que ingiriese diariamente en ayunas el jugo de un limón, mezclado con una cucharada de miel en una taza con té de coyotomate. Al llegar a su destino el chofer se negó a recibir el pago de sus servicios. El quinteto agradeció cumplidamente la amable atención y descendió del vehículo.

La mañana era particularmente luminosa, de tal suerte que desde el norte de la ciudad podían apreciarse fácilmente las nevadas figuras del Popocatépetl y de la Iztaccíhuatl. Regina percibió la indecible soledad que dominaba al varonil coloso. Un estado de ánimo semejante debió predominar en el solitario espíritu de Adán antes de la creación de su compañera. Comprendiendo los sentimientos del volcán, la Reina de México le dijo:

—Créenos, estamos haciendo cuanto podemos.

Penetraron al templo. El grupo de candidatos al martirio oraba devotamente a los pies de la milagrosa imagen. Regina observó que Leticia portaba una bandera mexicana de regular tamaño. El quinteto aportó su místico fervor y el rezo se prolongó hasta las doce del día, hora en que todo el grupo salió al atrio de la iglesia para un breve descanso.

Con escuetas frases Regina dio a conocer la noticia de que había llegado la fecha en que serían sacrificados. Explicó también que en vista de que no habían logrado reunir el mínimo de personas requerido para el ritual, éste no alcanzaría los propósitos deseados, razón por la cual, si algunos de los ahí presentes juzgaban que no tenía caso ofrendar sus vidas inútilmente, podían retirarse de inmediato. Finalmente, añadió que quienes optasen por quedarse debían saber que todo mártir contrae para con sus verdugos una gran responsabilidad, pues queda obligado a lograr que éstos alcancen en lo futuro un estado de conciencia que les impida proseguir victimando a sus semejantes. Tomando en cuenta esto, dedicarían sus últimas oraciones a pedir tanto por aquellos que habían ordenado su muerte como por quienes iban a ejecutar dicha orden.

Sin una sola excepción, todos retornaron al interior del templo. Leticia hizo entrega a Regina de la bandera. Rodeada de los Cuatro Guardianes de la Tradición y de cuantos estaban dispuestos a sacrificar sus vidas sin esperar nada a cambio, la Reina de México empezó a orar por sus verdugos. Un ambiente de hondo recogimiento imperaba en el sagrado recinto. En forma aún más patente que de costumbre, la imagen de la Virgen de Guadalupe ponía de manifiesto la inigualable

ternura e invencible fortaleza que de continuo emana de ella. Cuanta gente entraba a orar a la Basílica ya no salía sino que proseguía rezando imbuida de una inusitada devoción.

Cerca de las cinco de la tarde, el Testigo llegó al exterior del templo. No logró entrar. La iglesia estaba pletórica de gente que parecía sumida en un profundo éxtasis y no había modo de abrirse paso. Sabiendo que sus amigos no podían tardar en salir, el Testigo decidió esperarlos. Al sonar las cinco campanadas el misterioso arrobamiento que prevalecía en cuantos se encontraban en la Basílica desapareció de golpe. Cual si hubiese finalizado una ceremonia litúrgica, la gente comenzó a salir del santuario con gran prisa. Regina y sus acompañantes no tardaron en hacer su aparición en el atrio del templo. Numerosas personas se acercaron a la Edecán para saludarla con manifiestas muestras de respeto. Los Cuatro Auténticos Mexicanos observaban atentamente a cuantos se aproximaban a Regina; mantenían aún la esperanza de que en el último momento la Reina de México lograría encontrar a la persona que faltaba para integrar el grupo. No fue así. Muy pronto concluyeron los espontáneos saludos y don Gabriel no tuvo que hacer ningún recuento para saber que seguían siendo trescientas noventa y nueve personas las que acompañarían a Regina al sacrificio.

El Testigo suplicó a Regina le autorizase a formar parte del grupo de mártires. La Reina de México le agradeció sinceramente su ofrecimiento, pero lo rechazó tajante. Su naturaleza no era de mártir sino de testigo, razón por la cual debía concentrar todos sus esfuerzos en desempeñar lo mejor posible la tarea que le era propia.

Iniciaron la marcha. Regina avanzaba a la cabeza portando la bandera nacional. En esta ocasión se encaminaron por la Calzada de Guadalupe. La heterogeneidad del grupo era evidente. Había personas de las más variadas condiciones socioeconómicas y culturales. No existía un solo estado de la República que no tuviese varios representantes. Eran, sin lugar a dudas, los mejores elementos humanos del país desde un punto de vista estrictamente espiritual. Sin que ninguno de ellos se percatase, una sombra desnutrida y harapienta les seguía los pasos.

•

Aterrorizado, el Tenebras creyó que había llegado el fin de su existencia. La colisión con el otro helicóptero que volaba sobre Tlatelolco era inminente. Surgido de lo más profundo de sus vísceras un aullido de pánico escapó de los labios del ex narcotraficante. Un brusco viraje del otro aparato evitó en el último instante lo que parecía un seguro choque. La proximidad de ambos helicópteros era de tal grado que el Tenebras pudo observar perfectamente los rostros de los ocupantes del vecino artefacto. Se estaban riendo a mandíbula batiente del deliberado mal rato que les habían hecho pasar.

—Esos militares —masculló el Tenebras, añadiendo luego toda clase de improperios en contra de los integrantes de las Fuerzas Armadas. Acto seguido ordenó al piloto—. Aléjate un poco pa ver qué es lo que pasa con la bruja que no llega. Ya tenía que estar aquí, son las seis en punto.

El proyecto de la operación represiva que debía efectuarse el 2 de octubre había sufrido

algunas modificaciones. El secretario de la Defensa se había opuesto a que la señal con que el ejército daría comienzo a la operación fuese lanzada por alguien que no era militar. Ello había obligado a incluir en el operativo un helicóptero de la Secretaría de la Defensa, cuyos tripulantes arrojarían una luz de bengala verde para indicar a las tropas que procediesen a desalojar la Plaza y a capturar a los integrantes del Consejo Nacional de Huelga. A su vez el Tenebras, a bordo de un helicóptero de la Secretaría de Gobernación, lanzaría una bengala roja para dar a conocer a los miembros de su banda el momento en que debían iniciar sus disparos sobre los soldados. Desde luego el secretario de la Defensa desconocía esta última parte del plan; tan sólo había sido informado que un grupo de agentes especiales llevaría a cabo la aprehensión de varios peligrosos terroristas que asistirían al mitin. Al igual que los integrantes del Batallón Olimpia, dichos agentes ostentarían como señal distintiva un guante blanco en la mano izquierda.

El Tenebras localizó prontamente desde el aire a la Edecán y a su grupo. Recorrían el último tramo de la Calzada de Guadalupe y se encaminaban directamente a Tlatelolco.

—¡Ya los tenemos! —afirmó gozoso el otrora dirigente de los Halcones—. ¡Qué bárbaros, si hasta traen a una inválida! —exclamó al observar una silla de ruedas en la que iba una mujer.

El helicóptero volvió a cobrar altura y luego de efectuar un amplio círculo retornó a la Plaza de las Tres Culturas. Desde su insuperable atalaya, el Tenebras podía contemplar cuanto ocurría en ésta. El mitin llevaba una hora de haberse iniciado, asistían a él unas diez mil personas entre estudiantes y moradores de Tlatelolco. Había un alto porcentaje de mujeres, ancianos y niños. Desde la terraza del tercer piso del edificio Chihuahua los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga presidían el mitin. Nutridos contingentes de tropas se hallaban apostados en las cercanías de la plaza. La entrada o salida de ésta sólo podía efectuarse por uno de sus costados —el más próximo al Paseo de la Reforma—; en los otros tres existía ya un impecable cerco.

Utilizando unos catalejos que traía colgando al cuello, los saltones ojos de el Tenebras avistaron la figura del comandante de la operación, general José Hernández Toledo. El militar observaba de continuo su reloj de pulsera y luego elevaba la vista hacia el helicóptero de la Secretaría de la Defensa, extrañado sin duda por el retraso en el envío de la señal que daría comienzo a la acción.

A través de sus catalejos el ex narcotraficante contempló el arribo a la plaza de la Edecán y sus acompañantes. Se colocaron todos juntos entre el edificio Chihuahua y la iglesia colonial dedicada al culto de Santiago. La joven y cuatro sujetos ascendieron a un circular altar de piedra edificado en tiempos prehispánicos, el resto del grupo permaneció en torno del altar.

Como si la figura de la Edecán fuese una especie de poderoso imán que atrajera en forma irresistible al metal, los dos helicópteros comenzaron a descender rápidamente, girando en pequeños círculos. Temerosos de que el tripulante del otro helicóptero realizase de nuevo una peligrosa maniobra con la sola finalidad de asustarlos, el Tenebras y su piloto observaban con preocupación la escasa distancia que separaba a los dos aparatos.

—¿Por qué no mandarán de una vez la señal? —musitó el Tenebras—. Ya la bruja entró en la trampa y se les dijo que ése era el momento que debían esperar pa echar la luz.

Aún no concluía de hablar cuando vio una resplandeciente bengala de color verde salir del helicóptero militar e iniciar un lento descenso hacia el suelo. La hora de el Tenebras había

sonado. Con un rifle de alto poder y de mirilla telescópica apuntó directamente al comandante de la operación y oprimió el disparador. El general Hernández Toledo acababa de ordenar el avance de las tropas cuando el impacto del proyectil que penetró en su cuerpo lo hizo desplomarse gravemente herido. Sin perder ni un segundo, el Tenebras buscó centrar en la mira de su rifle al conductor del vecino helicóptero. En cuanto lo hubo logrado disparó de nuevo. La bala hirió al piloto en el hombro, pero éste logró conservar el control del aparato y llevarlo hasta la cercana azotea del edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Acto seguido el Tenebras tomó una pistola de señales y lanzó con ella una luz de bengala roja. Dejando la pistola a un lado, el atareado Tenebras empuñó una ametralladora de grueso calibre que se hallaba empotrada al piso del helicóptero. Con rápidos movimientos dirigió el cañón del arma hacia donde se encontraban la Edecán y su grupo. Una febril excitación invadía todo su ser haciéndole sudar copiosamente. Profirió una maldición y jaló del disparador.

•

La tarde iniciaba su retirada cuando avistaron los edificios de la unidad. A causa del tiempo empleado por Regina para despedirse de algunas de las personas que habían orado con ella en el Tepeyac, la Reina de México y sus acompañantes iban un tanto retrasados en relación con su habitual horario de llegada a Tlatelolco. Al desconocer la hora que las autoridades habían fijado para darles muerte, Regina sentía una honda preocupación de que el sacrificio pudiese realizarse en circunstancias que afectasen a personas ajenas al mismo. Recordó que esa tarde se realizaría primero un mitin y luego una manifestación que partiendo de Tlatelolco culminaría en el Casco de Santo Tomás. Externando en voz alta sus pensamientos, la joven afirmó:

—Ojalá y cuando lleguemos a la plaza ya se hayan ido todos los manifestantes al Casco, no vaya a ser la de malas que nos quieran sacrificar en medio de la gente.

Finalizando el recorrido de la Calzada de Guadalupe avanzaron un corto trecho por el Paseo de la Reforma, luego doblaron a la derecha y se encaminaron a la Plaza de las Tres Culturas. Al aproximarse a ésta se cruzaron a su paso con numerosas personas. Intrigado, don Uriel preguntó a un joven de aspecto marcadamente estudiantil:

—¿Qué pasó, compañero? ¿Qué aún no se ha iniciado la manifestación?

—Siempre no se va a hacer, la suspendieron —respondió el interrogado—. Parece que hay soldados por todas partes y los del Consejo decidieron que más valía no buscarle. Ya se está terminando el mitin. Dijeron que mejor aquí se rompió una taza y que cada quien se vaya para su casa.

Regina palideció al escuchar la respuesta. Desde el momento mismo que cruzaron los linderos de Tlatelolco su conciencia había empezado a registrar un verdadero torbellino de emociones. Intuyó con certeza que el sacrificio habría de dar comienzo en breves instantes, al iniciarse el predominio de las tinieblas nocturnas sobre los rayos del Sol. Rápidamente comunicó sus pensamientos a quienes la rodeaban y concluyó manifestando la urgente necesidad que existía de lograr que todos los asistentes al mitin desalojasen el área, pues de lo contrario podrían generarse

incontables víctimas. Aceleraron el paso. Cuando faltaban tan sólo unos metros para entrar a la plaza, Ana María González le dijo a su esposo:

—No quiero llegar en silla de ruedas al lugar en donde voy a morir. Por favor, llévame cargando.

Raúl tomó entre sus brazos el paralizado cuerpo de su compañera. El grupo entró en la Plaza de las Tres Culturas. Regina localizó de inmediato el sitio donde tendría lugar el sacrificio, era exactamente el mismo lugar donde se llevara a cabo, siglos atrás, el rito mediante el cual su espíritu había alcanzado la posibilidad de permanecer aguardando el momento propicio para actuar de nueva cuenta en beneficio de su nación. De seguro el pueblo y las autoridades aztecas habían querido guardar memoria de aquel sitio y habían construido en él —tras la destrucción del palacio de gobierno de Tlatelolco ocurrida en 1473— un altar de piedra de forma circular. Ahora era a ese altar al que subía Regina. Los Cuatro Auténticos Mexicanos ascendieron con ella. Los demás integrantes del grupo de aspirantes al martirio se distribuyeron rodeando el altar. Confundido entre éstos se encontraba el Testigo.

El mitin acababa de finalizar pero había aún varios miles de personas en la plaza. Regina intentó advertirles del peligro que se cernía sobre ellas, instándolas a que se alejasen cuanto antes. Su voz no alcanzó a ser escuchada. Dos helicópteros que sobrevolaban la zona descendieron por encima de sus cabezas. El estrépito que producían los aparatos era de tal grado que ahogaba cualquier otro sonido. Una luz de color verde intenso salió de uno de los helicópteros. No en sus oídos sino en lo más profundo de su alma, la Reina de México percibió la pronunciación de su antiguo nombre:

—¡Citlalmina!

Regina volteó el rostro. Una última figura había arribado a la plaza y se aproximaba en veloz carrera. Era el niño sin nombre y con manos de artista que le regalara una mariposa de papel. Todo su ser parecía haber sufrido una súbita transformación. La Reina de México reconoció entonces el espíritu que animaba al endeble cuerpecito. No era otro sino Técpatl, el genial artista tenochca autor entre otras muchas prodigiosas realizaciones escultóricas de la Coatlicue y del Calendario Azteca. Regina no tuvo necesidad de tratar de informar a sus amigos que el grupo había quedado integrado, y que por tanto, el sacrificio de sus vidas no sería en vano. Una corriente de perceptible y poderosa energía pareció surgir súbitamente en torno al altar, confiriendo a todos los mártires indestructible serenidad y fortaleza.

Al tiempo que una señal roja brotaba como una sangrante herida de uno de los helicópteros, las nubes comenzaron a formar en el cielo la figura de un águila devorando a una serpiente. Regina observó ambos símbolos y los juzgó como respectivos augurios de su inminente muerte y del cabal cumplimiento de su misión. Con el rostro encendido y la mirada llameante hizo ondear la bandera. Sus labios pronunciaron una sola palabra con tal fuerza que se alcanzó a escuchar a pesar del ensordecedor ruido que producía el cada vez más cercano helicóptero:

—¡ME-XIHC-CO!

El tableteo de las ametralladoras anunció el inició del sacrificio. Una lluvia de mortífero fuego se abatió sobre los ocupantes del altar. Envuelta en la bandera nacional la Reina y Suprema Sacerdotisa de México se desplomó con el corazón traspasado por certero proyectil. Los Cuatro

Auténticos Mexicanos cayeron junto a ella. Técpatl llegó hasta la escalinata que conducía a lo alto del altar y ahí fue alcanzado por la metralla. Ana María y Raúl perecieron estrechamente unidos, perforados por las mismas balas. Una sonrisa quedó congelada en las amables facciones de Leticia, cuyo blanco uniforme de enfermera se fue tiñendo de rojo. Con gran rapidez las balas iban segando la vida de los primeros olmecas de la nueva Era.

La Plaza de las Tres Culturas empezaba a transformarse en una sucursal del infierno. Al caer la bengala de luz verde, los miembros del Batallón Olimpia, confundidos hasta entonces entre los asistentes al mitin, se lanzaron pistola en mano a cubrir los accesos al edificio Chihuahua. Formando una amenazante valla impidieron la entrada o salida de cualquier persona de dicho edificio, a la vez que varios de ellos ascendían por escaleras y elevadores hasta el tercer piso, con la clara intención de capturar a los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga que ahí se encontraban. Simultáneamente, las tropas apostadas en tres de los costados de la plaza iniciaron su avance. La luz roja que en esos instantes estalló en el cielo hizo entrar en acción nuevas y maléficas fuerzas. Parapetados en un departamento del cuarto piso del Chihuahua, así como en varias de sus terrazas y en la azotea, "los tenebrosos" iniciaron un nutrido fuego sobre los soldados que se aproximaban. Al sentirse atacados, los hombres de verde reaccionaron de inmediato. Su respuesta iba a ser terrible.

Los asistentes al mitin comenzaban a retirarse cuando se desataron los acontecimientos. Al percatarse de que un grupo de sujetos armados procedía a bloquear las entradas al Chihuahua, la gente comprendió que intentaban capturar a los dirigentes del Consejo y trató de impedirlo. Sin más armas que sus manos numerosas personas, incluyendo a mujeres y niños, se lanzaron contra "los olímpicos". Éstos dispararon primero al aire, pero al ver que la multitud no se detenía abrieron fuego a quemarropa. Varios cuerpos se desplomaron sangrando. Cual ola que retrocede bajo el impulso de la resaca, la marea humana intentó alejarse volviendo sobre sus propios pasos. Justo en ese momento hicieron su aparición las tropas disparando y cargando a la bayoneta. Poseída de pánico la multitud se dispersó en todas direcciones.

En la creencia de que el propósito de la operación a su cargo era tan sólo desalojar a los manifestantes mientras se procedía a la captura de los dirigentes estudiantiles, el general Hernández Toledo había distribuido a sus tropas dejando un costado de la plaza al descubierto, de tal forma que fuese por ahí por donde pudiese retirarse la multitud cuando el ejército avanzase repartiendo culatazos. Al comenzar a llover las balas y producirse la dispersión de los asistentes al mitin, éstos no estaban en posibilidad de saber que se hallaban cercados por tres francos y con perspectivas de salvación por el restante, pues en los primeros momentos del ataque aún no alcanzaban a distinguir por dónde se aproximaban las tropas y escuchaban silbar las balas por todas partes. Así pues, cada quien corrió hacia donde pudo intentando ponerse a salvo. Quienes tuvieron la suerte de encaminar sus pasos hacia el Paseo de la Reforma lograron escapar de la mortífera trampa, los demás quedaron atrapados en ésta.

Sin poder dar crédito a lo que veían, los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga observaban desde la terraza del tercer piso del edificio Chihuahua la tragedia que se escenificaba en la plaza. Junto con ellos se encontraban un elevado número de periodistas nacionales y de corresponsales extranjeros, llegados estos últimos al país con motivo de los cada vez más

cercanos Juegos Olímpicos. En virtud del ángulo de visión que poseían quienes se encontraban en el Chihuahua, les había resultado imposible percatarse de la acción iniciada por los integrantes del Batallón Olimpia. Esto es, no podían ver que un grupo de sujetos armados ascendían por escaleras y elevadores mientras otros individuos igualmente armados bloqueaban todas las entradas del edificio. En cambio, contemplaron sorprendidos el oleaje de la multitud que buscaba inicialmente aproximarse al Chihuahua para luego alejarse presurosa del mismo. Uno de los dirigentes estudiantiles tomó el micrófono y profirió exhortaciones para que se mantuviera la calma. No había posibilidad alguna de que semejante petición fuese atendida. Primero el helicóptero que no cesaba de ametrallar a las personas que se encontraban en un altar prehispánico, luego los sujetos del guante blanco que habían hecho fuego sobre la gente, y finalmente la llegada del ejército disparando a diestra y siniestra, habían generado un explicable sentimiento de terror en la multitud y su consiguiente desbandada.

Dirigentes estudiantiles y periodistas no pudieron continuar observando lo que sucedía en la plaza. Escucharon soeces imprecaciones a sus espaldas e instantes después una avalancha de golpes cayó sobre ellos. Quienes los propinaban portaban guante blanco en la mano izquierda y en la derecha pistola calibre 45, siendo las cachas de éstas las que se estrellaban con furia en estudiantes y periodistas, los cuales, una vez sometidos, fueron colocados contra la pared con orden terminante de no voltear a ver lo que acontecía en torno suyo.

La Plaza de las Tres Culturas formaba ya parte integrante del infierno. Al producirse el avance de las tropas éstas se percataron que uno de los costados permanecía descubierto; en forma instintiva y sin que nadie les ordenase hacerlo, los soldados procedieron a extender el cerco hasta constituir un cerrado círculo de fuego en torno de la plaza y del edificio Chihuahua. Una vez completado el cerco la matanza adquirió grandes proporciones. Sabiéndose atacados por invisibles oponentes cuyos disparos les estaban ocasionando numerosas bajas, los soldados optaron por considerar como sus enemigos a cuantos no portasen uniforme militar. El mortífero armamento de que está dotado el ejército fue utilizado al máximo y sin miramiento alguno. Tanques y carros de asalto habían hecho su entrada en la plaza y disparaban ensordecedores cañonazos e incesantes ráfagas con ametralladoras de grueso calibre. Los gritos de angustia y los ayes de los heridos orquestaban una pavorosa sinfonía. Por doquier se observaban las más espantosas escenas. Pánico y heroísmo pincelaban inenarrables cuadros. Seres que corrían enloquecidos hasta caer segados por las balas. Madres que protegían con sus cuerpos los de sus pequeños hijos y soportaban estoicas los impactos de los proyectiles hasta quedar inmóviles. En la mente de muchos de los sobrevivientes quedaría indeleblemente grabada la retadora imagen de una anciana. Se encontraba de pie en el centro mismo de la plaza, con un brazo en alto y formando con los dedos la “V” de la Victoria. Cuando finalmente se desplomó con el cráneo destrozado por un proyectil, sus dedos continuaron formulando el sencillo gesto con que expresaba su indestructible fe en el triunfo final del Movimiento.

Los habitantes del edificio Chihuahua estaban en la línea de fuego. Al comenzar a disparar los soldados sobre la enorme construcción, los numerosos moradores de sus departamentos se apartaron de inmediato de las ventanas que daban a la plaza. Tendidos en el suelo de las habitaciones se convirtieron en impotentes y horrorizados testigos de la violenta destrucción de

sus hogares. Y en múltiples casos, también lo fueron de la agonía y muerte de sus seres queridos. El estruendo de los vidrios rotos se mezclaba con el fragor de los disparos y con los alaridos de terror. Los cañonazos de los tanques hacían cimbrar todo el edificio. Se habían producido varios incendios y el humo que penetraba en todas partes representaba un tormento más para los castigados ocupantes del inmueble. El llanto empavorecido de los niños, incapaces de comprender lo que estaba sucediendo, constituía quizás el más insoportable de todos los sonidos.

Ni "olímpicos" ni "tenebrosos" la estaban pasando nada bien. Al aproximarse los soldados, los integrantes del Batallón Olimpia que se hallaban apostados en la planta baja del edificio Chihuahua habían intentado identificarse como miembros del ejército, pero los soldados no les dieron tiempo de hacerlo y prosiguieron disparando contra cualquier cosa o persona que no fuese de color verde. Viendo en peligro sus vidas, "los olímpicos" optaron por retirarse precipitadamente. Ascendiendo al tercer piso del edificio se reunieron con sus compañeros que mantenían encañonados a dirigentes estudiantiles y periodistas. Muy pronto los disparos que provenían de la plaza obligaron a captores y prisioneros a tenderse en el piso. El rebotar de las balas empezó a ocasionar bajas. Desesperados "los olímpicos" unían sus voces para gritar una y otra vez que cesase el fuego. Inútil esfuerzo. Tanques, ametralladoras y rifles continuaban acribillando al Chihuahua.

Estratégicamente colocados en diferentes lugares del edificio, "los tenebrosos" habían iniciado un fuego graneado sobre las tropas desde que apareciera en el cielo la roja señal. Atendiendo a las instrucciones recibidas, no habían dirigido sus disparos exclusivamente a los soldados. También habían hecho fuego sobre la multitud congregada en la plaza, preferentemente sobre el grupo fácilmente localizable que integraban la Edecán y sus acompañantes. Durante un buen rato todo salió a pedir de boca. Los miembros de la banda financiada por los narcotraficantes disfrutaban de la alevosa alegría del cazador que cobra inermes presas. Su gozo no se prolongó indefinidamente. La reacción del ejército resultó ser mucho más rápida y violenta de lo que esperaban. La intervención de tanques y carros de asalto abriendo fuego sobre el edificio generó el pánico entre "los tenebrosos". Abandonando sus posiciones corrieron a concentrarse en el tercer piso, buscando quedar bajo la protección del Batallón Olimpia. "Somos de ustedes", clamaban con asustado acento al tiempo que exhibían sus enguantadas manos. "Los olímpicos" no estaban en situación de poder brindar protección a nadie. Tirados en el suelo de corredores y habitaciones continuaban dando inútiles voces de cesar el fuego, el cual crecía de continuo. Uno de los militares vestido de civil intentaba comunicarse, a través de un walkie-talkie, con los oficiales que se hallaban en la plaza. No estaba seguro de poder lograrlo antes de que se produjese el asalto de las tropas al edificio.

•

Aun cuando no existía sitio alguno en la Plaza de las Tres Culturas en que no hubiesen caído balas al por mayor, el lugar que había recibido el mayor número de impactos era, indudablemente, el espacio donde está ubicado el altar prehispánico de forma circular situado entre las espaldas del

Templo de Santiago y la entrada al edificio Chihuahua. Durante varios minutos las mortales descargas de uno de los helicópteros se habían concentrado en dicho sitio. Al generalizarse el tiroteo el aparato se alejó, siendo al punto sustituido en sus funciones por buena parte de los disparos que partían del edificio, los cuales parecían tener una marcada preferencia por dar muerte a las personas agrupadas en torno al antiguo altar. Había en esas personas algo en verdad excepcional que desentonaba con cuanto ocurría en su derredor. La ausencia en ellas de cualquier sentimiento de temor resultaba evidente. En igual forma tampoco revelaban actitudes desafiantes o agresivas. Sin pronunciar una palabra o emitir un gemido, con los rostros serenos y una misteriosa luz refulgiendo en sus miradas, los integrantes de aquel singular grupo iban muriendo al ser alcanzados por la tempestad de fuego que caía sobre ellos.

Oscuridad y lluvia habían hecho acto de presencia. Ambas denotaban especiales características. Las tinieblas eran ominosas y maléficas. El agua que brotaba del escudo nacional formado por las nubes parecía impregnada de profunda tristeza. Igual sentimiento se percibía en las construcciones de tres épocas distintas que otorgan a la plaza nombre y fisonomía. No obstante, unida a la tristeza que prevalecía en el ambiente, se detectaba también la emoción que produce el surgimiento de un nuevo ser cargado de esperanzas. Tlatelolco recuperaba esa noche su olvidada función de Centro Energético Femenino; concluía así casi medio milenio de fatal desequilibrio en el alma de la nación.

Cuando las tropas llegaron ante el prehispánico altar ya no quedaba en pie persona alguna. Los amontonados cadáveres semejaban una especie de sangrante pirámide. En lo alto del altar, rodeada por cuatro inanimados varones de recios rostros, yacía la figura de una mujer cuyas facciones, a pesar de su patente juventud, poseían esa fuerza enigmática y poderosa que dimana de ciertas milenarias efigies femeninas que en algunos casos son representaciones escultóricas, como ocurre con la esfinge egipcia, y en otros ciclópeos seres de nevadas cumbres, como la montaña a la que la sabiduría popular ha dado el nombre de “La Mujer Dormida”.

Y en caso de sordera un sacrificio habrá
cuya luz por milenios la ruta alumbrará.

5

2 de octubre no se olvida

El Testigo había experimentado mil muertes sin sufrir ninguna. Mezclado entre el grupo de mártires a sabiendas de que no era uno de ellos —y sintiendo a cada instante que vivía los últimos momentos de su existencia— había podido observar en todos sus detalles el ritual del sacrificio que se oficiaba en el prehispánico altar. La ruidosa presencia de los helicópteros y el trágico augurio de las luces desgarrando el cielo. La llegada en el postrer segundo del niño de raquítico cuerpo y centelleante mirada. El rostro iluminado de Regina al ondear la bandera. Su estremecedora pronunciación del nombre sagrado. Y luego la avasalladora presencia de la muerte, despiadada y terrible.

Sin saber ni cómo, el Testigo se encontró en el suelo entre un confuso montón de sangrantes cadáveres. El mortífero trepidar de la ametralladora que disparaba desde el helicóptero parecía no tener fin. Los proyectiles expansivos de grueso calibre doblaban cuerpos, destrozaban cráneos y volvían irreconocibles los rostros de cuantos tocaban. Poder sobrevivir a tan atroz matanza parecía del todo imposible. Así lo juzgaba el Testigo, quien sentía sus ropas empapadas en sangre y no alcanzaba a determinar si ésta provenía de su propio ser o de las heridas de quienes le rodeaban.

•

Sonoras pisadas de botas claveteadas con estoperoles. Sin dejar de disparar contra el Chihuahua las tropas se aproximaban cada vez más al asediado edificio. De una de las abiertas terrazas del inmueble se alcanzaban a escuchar, intermitentemente, apuradas voces repitiendo siempre las mismas frases:

—¡Alto el fuego! ¡Ya no disparen! ¡Aquí Batallón Olimpia!

No fueron las voces provenientes del Chihuahua las que lograron acallar las armas. Éstas sólo enmudecieron cuando la orden de hacerlo partió de militares uniformados. Al iniciarse la operación y caer herido el general que la comandaba, oficiales y soldados habían actuado durante la balacera por su propia cuenta, unificados por el común propósito de exterminar a sus atacantes. Salvo las contadas excepciones de algunos oficiales, los demás militares que se hallaban en Tlatelolco no estaban enterados de que intervendrían en la acción elementos del ejército

disfrazados de civiles. La comunicación entre éstos y los uniformados había sido un fracaso. El oficial del Batallón Olimpia que tenía a su cargo mantenerse en contacto con el general Hernández Toledo —por medio de un walkie-talkie— había muerto casi al principio de la operación, al ser alcanzado por uno de los muchos miles de proyectiles que los soldados enviaban desde la plaza contra el Chihuahua. Localizar el cadáver, rescatar al pequeño aparato y tratar de establecer comunicación con alguno de los escasos oficiales que conocían de su existencia —todo ello en medio del tiroteo— no había sido una tarea fácil para "los olímpicos". Alcanzaron su intento justo a tiempo. Las tropas se disponían a tomar por asalto el edificio cuando llegaron corriendo un mayor y un capitán, portando la consigna tan largamente esperada por los militares sin uniforme:

—Alto el fuego. Ya no disparen, los de la mano con guante blanco también son de los nuestros.

El tiroteo terminó. En los casi sesenta minutos transcurridos entre el disparo que hiriera al general Hernández Toledo y la última bala salida del rifle de un soldado, el ejército había hecho uso de cuantas armas disponía. El resultado era aterrador. La Plaza de las Tres Culturas estaba literalmente alfombrada de muertos y de heridos. Otro tanto ocurría en todos los pisos del edificio Chihuahua. Concluida la balacera, los militares se enfrentaban ahora a múltiples problemas para los que no venían preparados. La operación había sido planeada —según ellos— como una simple maniobra tendiente a lograr el desalojo de los asistentes a un mitin y la captura de unos cuantos dirigentes estudiantiles, pero en vez de esto había ocurrido una auténtica masacre. No había forma de lograr una rápida atención a los heridos y no tenían ni la menor idea respecto a lo que habría que hacer con los muertos. El número de prisioneros, incomparablemente superior a todo lo esperado, planteaba también problemas de urgente solución. Por otra parte, tomando en cuenta que desde que se iniciaron los disparos nadie había podido salir del cercado edificio, era de suponerse que los atacantes se encontraban aún dentro del Chihuahua, y por tanto, el combate podía reanudarse en cualquier momento.

Una vez efectuado el enlace entre los militares uniformados y las fuerzas integradas por sujetos de enguantada mano, se intentó dar dirección y orden a las acciones. Antes que nada se estableció la unidad de mando. El comando de la operación recayó en dos coroneles, por ser éstos los oficiales de mayor jerarquía entre los ahí presentes. Los coroneles se comunicaron por radio con el secretario de la Defensa. Éste dispuso que a reserva de que el señor presidente ordenase otra cosa, los heridos debían ser llevados al Hospital Militar y los muertos y prisioneros trasladados al Campo Militar Número Uno. Se enviarían de inmediato a Tlatelolco suficientes transportes para poder efectuar dichos traslados. Al ser informado de que aún no habían sido localizados quienes atacaron a las tropas, el secretario de la Defensa estuvo de acuerdo con el criterio de los coroneles, en el sentido de que se efectuase un minucioso cateo del Chihuahua y se procediese a la captura de los agresores, los cuales debían ser muertos si ofrecían resistencia.

Se inició el cateo. A culatazos y balazos los soldados iban forzando las entradas de los departamentos. En su interior encontraban dantescas escenas; muertos de todas las edades, heridos desangrándose y rostros empavorecidos. En varios sitios los incendios amenazaban con extenderse y tuvieron que ser combatidos, lo cual retrasó durante un tiempo la inspección de las habitaciones. Los ocupantes de los departamentos eran obligados a salir con las manos en alto y alineados en largas filas. La revisión avanzaba sin que se obtuviese indicio alguno del paradero

de los atacantes.

Al penetrar en un departamento situado en el cuarto piso, los militares dieron finalmente con una prueba que demostraba, sin lugar a dudas, quiénes habían sido sus agresores.

•

En cuanto se percató que el tiroteo comenzaba a incrementarse y que ello generaba una situación de peligro para su persona, el Tenebras dejó de oprimir el disparador de la ametralladora e impartió instrucciones al piloto del helicóptero para que se elevase a considerable altura. No había un mejor lugar para observar lo que estaba aconteciendo en Tlatelolco. En la Plaza de las Tres Culturas la gente corría de un lado al otro hasta ser alcanzada por las balas. El edificio Chihuahua semejaba el recostado cuerpo de un gigante que sufría los ataques de una turba de agresivos enanos. El humo de múltiples incendios cubría buena parte del edificio.

En los alrededores de Tlatelolco la gente empezaba a reaccionar ante lo que ocurría en la unidad habitacional. Quienes habían logrado escapar de la plaza antes de que las tropas cerrasen el cerco, narraban en las calles la tragedia con estremecidas voces. Varios centenares de niños de una escuela primaria empezaron a lanzar piedras a los soldados. Grupos de personas enardecidas optaron por apoderarse de autobuses, los rociaron de gasolina y luego de aproximarlos lo más posible al cordón militar los lanzaron contra éste prendiéndoles fuego en el último momento. Los soldados respondían al acoso disparando sus armas en cerradas descargas. Numerosas ambulancias de las Cruces Roja y Verde comenzaron a llegar, pero se les negaba el acceso al lugar de los hechos.

Al observar desde el aire que cesaba el tiroteo en la plaza, el Tenebras bajó a tierra. El helicóptero descendió en la glorieta donde se alza el monumento a Cuitláhuac en el Paseo de la Reforma. Tras depositar a su ocupante el aparato volvió a elevarse. Esgrimiendo credenciales que lo identificaban como agente especial de la Presidencia de la República, el Tenebras logró traspasar el cerco de las tropas y llegar hasta sus comandantes. Se presentó ante éstos como un enviado del presidente que tenía por misión impedir que escapase uno solo de los integrantes del grupo terrorista promotor de los disturbios. Se había producido ya el enlace entre uniformados y enguantados. Acompañado de algunos de los miembros de su banda, el ex dirigente de los Halcones se encaminó a terminar de cobrar su deuda. Al llegar junto al montón de cadáveres que se alzaba en torno al prehispánico monumento, el Tenebras ordenó a quienes le seguían que se detuviesen. Aquél era el momento tan largamente esperado y deseaba saborear a solas su triunfal venganza. Apartando a patadas los inanimados cuerpos regados por doquier ascendió al altar.

En el amplio círculo de piedra había una cruz humana. La formaban cuatro acribilladas figuras masculinas colocadas en cada uno de los extremos del altar. Exactamente en el centro del monumento estaba el cuerpo de la Edecán, semicubierta por una bandera empapada en sangre. Al tiempo que repasaba mentalmente los insultos que diría a la causante de la desintegración de su añorado grupo represivo, el Tenebras llegó junto al cadáver de su enemiga. Decidió patearle el rostro e inició el movimiento tendiente a este fin pero no lo concluyó. De sus labios brotó una

exclamación de asombro. Los ojos de la joven parecían continuar con vida y lo observaban fijamente. Su mirada no era de reproche, sino antes al contrario, reflejaba inacabables dosis de compasión y afecto. Una telúrica conmoción sacudió la hasta entonces insensible conciencia del Tenebras. Sentimientos jamás experimentados anegaban su ser. Durante un largo rato estuvo mascullando una ininteligible solicitud de perdón. Cuando finalmente descendió del altar era ya otra persona.

Cerca de una veintena de secuaces del Tenebras habían permanecido aguardando en las proximidades del altar. Apuntando hacia la cercana pila de cadáveres, uno de ellos preguntó extrañado:

—¿Qué siempre no vamos a examinar si está alguno con vida para rematarlo?

El interrogado sacudió la cabeza negativamente. Conducido por un teniente se aproximó a paso veloz un pelotón de soldados. Su actitud denotaba suspicacia y contenida furia. Imperativo, el oficial ordenó:

—Acompáñenos, los comandantes quieren hablar con ustedes.

Pelotón y "tenebrosos" ascendieron al cuarto piso del Chihuahua. Durante el trayecto coincidieron con otros grupos de sujetos de enguantada mano a los que también acompañaban soldados de recelosas miradas. Llegaron a un departamento en donde se encontraban los dos coroneles rodeados de numerosos oficiales.

—¿Usted es el dirigente de todo este grupo de agentes especiales? —preguntó un coronel dirigiéndose al Tenebras.

—Sí, soy yo.

—Ya revisamos todo el edificio —explicó el coronel con voz que se tornaba amenazante por segundos—. No capturamos a ninguno de los francotiradores que nos atacaron, pero en cambio sí encontramos esta basura.

Tras de afirmar lo anterior el militar dio un brusco empujón a una puerta, al abrirse ésta dejó ver el destruido interior de una habitación en la que al parecer había estallado el cañonazo de un tanque. Seis exánimes y desmadejados cuerpos yacían regados por el cuarto. Dos de los muertos empuñaban aún sendas ametralladoras, los otros cuatro habían dejado caer sus armas al momento de morir. Una gran cantidad de casquillos vacíos inundaba el piso, evidenciando el reciente uso que se había dado a dichas armas. En la mano izquierda de los seis cadáveres podía observarse un ostensible guante blanco.

Las relampagueantes miradas castrenses auguraban tempestad. Oficiales y soldados empuñaban sus armas con manifiestos deseos de una pronta utilización. "Los tenebrosos" —apretujados en los corredores que conducían al departamento donde habían muerto sus compañeros— reflejaban en sus pálidos semblantes un creciente espanto. Estaban solos y rodeados por coléricas y vengativas filas de uniformes verdes. Los otros enguantados —integrantes del Batallón Olimpia— se habían marchado ya escoltando a los dirigentes estudiantiles presos.

—Yo fui el que planeó y dirigió el ataque a las tropas —afirmó el Tenebras—. Soy el único responsable de lo ocurrido.

Fue una pública y postrer confesión. Se escucharon varios disparos y el Tenebras rodó por los

suelos con múltiples perforaciones en su organismo. Al ver caer a su jefe los enguantados intentaron huir, suscitándose una balacera que se generalizó de inmediato. Militares y "tenebrosos" se acribillaban a quemarropa. Una treintena de los segundos lograron escapar del cuarto piso y se dispersaron por el edificio. Se inició la cacería. Una vez más el Chihuahua fue minuciosamente inspeccionado por las tropas, las cuales sabían perfectamente en esta ocasión lo que estaban buscando.

Solos o en pequeños grupos, "los tenebrosos" fueron siendo exterminados. No se salvó ni siquiera uno. Sus cuerpos se trasladaron a la plaza y se mezclaron con los de incontables víctimas que tapizaban ésta. Antes de hacerlo se les despojó de su blanca identificación. El número de "tenebrosos" muertos —incluyendo a su jefe— ascendió a ciento uno. Exactamente el mismo número de ahuehuetes que horas antes habían ofrendado sus vidas en el Bosque Sagrado.

•

Trascendidos ya el pavor y la confusión que se generaran en su ánimo al iniciarse la matanza, el Testigo había tenido tiempo suficiente no sólo para percatarse que no se encontraba herido, sino también para que invadiese a su espíritu una firme certeza: fuerzas muy superiores a la humana comprensión estaban actuando en aquel drama, de tal suerte que por muy ilógico que ello pudiese parecer, su vida no corría riesgo alguno mientras se concretase a cumplir con la tarea que se le había asignado, y ésta era la de ser testigo y no actor en dicho drama.

El ensordecedor tronar de los disparos había cesado, siendo sustituido por un ominoso silencio al que sólo interrumpía de cuando en cuando un ruido acompasado y metálico, producido por los estoperoles de las botas de los soldados que ahora ocupaban la plaza. El Testigo permanecía inmóvil, en el mismo sitio donde había caído al momento de ser derribado por los cuerpos de los mártires que se desplomaban bajo el impacto de los proyectiles. Encima de él, cubriéndolo como si fuese un escudo, estaba el cadáver de un joven cuyo nombre recordaba pero su apellido no. Se llamaba Luis y tenía un hermano llamado Alberto, ambos habían sido Halcones. Regina sólo había aceptado a Luis para formar parte del grupo de mártires, motivando con ello las protestas del hermano. La Reina de México había respondido a las reclamaciones de Alberto con una broma: "Lo que pasa es que vas a tener que trabajar el doble para sostener a tus papás y por eso prefieres mejor la muerte". El hecho se había grabado en la memoria del Testigo porque había ocurrido en los días en que Regina no hacía ya gala con mucha frecuencia de su habitual buen humor, preocupada como estaba de ver que el tiempo transcurría sin que se lograse integrar el necesario número de auténticos mártires.

La lluvia que caía sobre la plaza intensificaba el ambiente de tragedia que prevalecía en ésta. El Testigo trató de ser positivo y pensó que el agua ayudaría a impedir la propagación de los incendios que observaba en el Chihuahua. Largas filas de camiones militares habían llegado a las proximidades de la plaza. Heridos y prisioneros comenzaban a ser trasladados. Buscando posibles heridos, unos soldados hurgaron sin mucha atención entre los cuerpos amontonados en torno al altar, no encontraron ninguno. El Testigo se hizo el muerto, entrecerrando los ojos y dando

a su cuerpo una total laxitud.

Había dejado de llover cuando se aproximaron al altar varios individuos vestidos de civil. Uno de los sujetos se apartó del grupo y ascendió la pequeña escalinata repartiendo patadas a los caídos. Tenía unos ojos saltones y una cara que recordaba las facciones de un sapo, algo siniestramente repulsivo emanaba de su persona. Tras de permanecer un rato en lo alto del monumento descendió de éste. Sin saber por qué, el Testigo sintió que el sujeto de cara de sapo le resultaba menos repugnante que momentos antes. Llegaron corriendo unos soldados y los civiles se marcharon con ellos.

Intempestivas descargas pusieron término al silencio. En el interior del Chihuahua había estallado una balacera cuyo estrépito llegaba claramente hasta donde se encontraba el Testigo. Primero el tiroteo fue muy nutrido y al parecer concentrado en un solo sitio, luego disminuyó considerablemente de intensidad y se dispersó por todo el edificio. Las detonaciones fueron extinguiéndose gradualmente hasta desaparecer por completo.

Grupos de soldados salían del edificio arrastrando cadáveres de civiles que depositaban en la plaza; varios fueron arrojados al lugar en donde se encontraban los cuerpos de los mártires mezclándose con éstos. Como un fardo que al rebotar desplaza a otro, el cadáver que cubría al Testigo fue reemplazado por el de un recién llegado. Se trataba de un individuo de unos cuarenta años, de facciones mal encaradas y con gruesa cicatriz que le atravesaba el rostro. Su cuerpo había recibido incontables balazos.

¿Cuántas personas habían perecido esa noche en la Plaza de las Tres Culturas y en el edificio Chihuahua? Ésa era la pregunta que se hacía una y otra vez el Testigo, sin hallar la manera de poder encontrar una respuesta. Idéntica interrogante se estaban formulando en esos mismos momentos muchas otras personas, entre ellos dos forzados espectadores de los violentos acontecimientos.

Juan Núñez era un joven actor de teatro. Nacido en la hacienda de Chimalpa (propiedad de sus padres) situada en los llanos de Apam en el estado de Hidalgo, había decidido cuando aún era casi un niño que consagraría su existencia al estudio y representación del teatro clásico europeo. Tras de algunos años de intensa preparación en la Escuela Nacional de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes (México) y en la Universidad Complutense de Madrid (España), había conseguido su primer trabajo estable en la Compañía de Teatro de la Universidad Veracruzana (con sede en la ciudad de Jalapa). Al incorporarse esta Universidad al Movimiento que intentaba despertar la dormida conciencia de la nación, el novel actor se convirtió en uno de los más entusiastas propagadores de dicho Movimiento. Continuaría siéndolo cuando la Luna restableció su poder de ensoñación y la inmensa mayoría de los seres humanos no comprendían ya los motivos que habían impulsado sus acciones de tan sólo unos días antes. Deseando proseguir la lucha se trasladó a la ciudad de México, adonde llegó en la tarde del miércoles 2 de octubre. De la terminal de autobuses se encaminó directamente a Tlatelolco, pues sabía que ahí se estaba efectuando un mitin.

Cuando Juan Núñez arribó a la Plaza de las Tres Culturas el mitin estaba por concluir. Un dirigente del Consejo Nacional de Huelga explicaba micrófono en mano que se suspendía la proyectada manifestación al Casco de Santo Tomás. Grandes contingentes de tropas estaban

concentrados en las proximidades de la plaza y los estudiantes no deseaban que se produjese un incidente que pudiese ser usado como pretexto de una agresión. Se solicitaba a los asistentes al mitin que procediesen a retirarse.

Buscando encontrar a algún conocido, Juan deambuló por las orillas de la plaza. Al igual que todos los presentes observó con extrañeza la verde señal surgida de un helicóptero. Instantes después una avalancha humana de idéntico color arremetía contra la desprevenida multitud. Varios soldados golpearon a Juan con las culatas de sus rifles y pasando por encima de él prosiguieron su avance. Se dejaron oír fuertes detonaciones y algunos soldados rodaron por tierra. De inmediato las tropas empezaron a disparar en todas direcciones. Juan intentó levantarse pero le resultó imposible, había sufrido fractura de huesos y ruptura de ligamentos. Inmóvil y dolorido se transformó en horrorizado espectador de la masacre. Cuando ésta hubo concluido se preguntó cuántas personas habrían perecido y cuál podría ser el auténtico significado de tan trágico suceso.

Sin ser maya, el joven actor poseía una innata facilidad para los cálculos. Antes de iniciar una función le bastaba una mirada al público para determinar su número con asombrosa exactitud. Tras de observar detenidamente los cuerpos de los seres humanos tendidos en la plaza, calculó que eran casi tres mil. A juzgar por los desgarradores quejidos que llenaban el aire resultaba evidente que un alto porcentaje eran heridos y no cadáveres. Se escuchaban también angustiados rezos. Era muy probable que muchas personas no estuviesen ni muertas ni heridas, pero que habían optado por no incorporarse temerosas de recibir un balazo. En vista de todo esto —a lo cual se añadía el hecho de que no le era posible formular ni siquiera una suposición en lo tocante al número de personas fallecidas en el Chihuahua— Juan Núñez abandonó su empeño por cuantificar la matanza. Persistió en cambio en su afán de tratar de hallar una explicación a lo ocurrido.

Desde donde se encontraba, el golpeado actor podía ver el amontonamiento de cuerpos esparcidos en torno a un monumento de piedra. En lo alto del mismo descubrió una yacente figura femenina. La imagen de aquella mujer envuelta en una bandera sobre un antiguo altar y rodeada de cadáveres era impresionante al máximo. Juan presintió que esa escena constituía la clave para descifrar el enigma de cuanto acababa de presenciar. Su sensibilidad de artista le decía que ahí había tenido lugar un suceso que era algo mucho más complejo que una brutal y feroz represión, todo cuanto le rodeaba poseía las características de las grandes tragedias de la historia. Intuyó que jamás podría comprender lo acontecido aquella noche en Tlatelolco sin interiorizarse primero en las raíces que conforman la esencia de México. Firmemente convencido de que debía cambiar el rumbo que hasta entonces había dado a su vida, tomó la determinación de no estudiar ya más el teatro europeo, trataría en cambio de adentrarse en el conocimiento de lo que habían sido las representaciones escénicas en los tiempos prehispánicos. En igual forma, consideró que debía cambiar hasta de apellido para subrayar el giro radical que pensaba dar a su existencia. No le costó mayor trabajo encontrar cuál debía ser su nuevo apellido: Allende, palabra que significa "más allá de". En este caso el "más allá de" aludiría a Tlatelolco, lugar en donde había muerto Juan Núñez y nacido Juan Allende.

Rodolfo Ruiz Rodríguez era un contador público egresado de la Escuela Superior de Comercio y Administración del Instituto Politécnico Nacional. Dedicado y metódico, poseedor de una elevada ética personal y profesional, había logrado a base de su solo esfuerzo convertir en

realidad sus dos principales ilusiones: dotar a su familia de un departamento propio —ubicado en el cuarto piso del edificio 15 de Septiembre de la unidad habitacional de Tlatelolco— y trabajar en forma independiente como jefe de su propio despacho.

La tarde del 2 de octubre, al regresar a su hogar, el señor Ruiz había llegado a la Plaza de las Tres Culturas exactamente en el momento en que el ejército se lanzaba contra los asistentes al mitin y éstos iniciaban la desbandada. Avanzando contra la corriente, se dirigió hacia el edificio 15 de Septiembre, situado en uno de los costados de la plaza. Las balas llovían por todas partes y la gente se desplomaba entre gritos de pánico. El señor Ruiz nunca supo cómo le fue posible atravesar la plaza y continuar con vida. En varias ocasiones cayó al suelo, derribado por personas que corrían en dirección contraria a la suya. Cuando finalmente llegó al edificio ascendió los cuatro pisos en frenética carrera. Las tropas aún no se percataban que los disparos en su contra provenían exclusivamente del Chihuahua, razón por la cual los soldados disparaban en aquellos primeros momentos contra todos los edificios que bordeaban la plaza. El estruendo de vidrios rotos acompañó al señor Ruiz durante el ascenso a su departamento. Se equivocó dos veces de llave y sólo a la tercera dio con la correcta y logró entrar a su domicilio. Sintió un indescriptible alivio al constatar que su familia estaba completa e ilesa. Su madre, esposa e hijas, se hallaban tiradas en el suelo de la habitación más alejada de la fachada del edificio. Se unió a ellas.

Mientras permanecía en el suelo escuchando el estrépito cada vez mayor que producían toda clase de armas de fuego, el C.P. Rodolfo Ruiz Rodríguez se sintió invadido por una singular responsabilidad. Consideró que así como los balances que elaboraba debían reflejar la realidad económica de sus clientes en la forma más veraz posible, las circunstancias le habían deparado la obligación de precisar el número de personas fallecidas esa noche en Tlatelolco. Alguien, algún día, tomaría en cuenta el saldo que arrojase el trágico balance. En cuanto se dejaron de escuchar disparos el señor Ruiz, desoyendo las súplicas de su familia, se aproximó sigiloso a una de las ventanas y empezó a observar lo que ocurría en la plaza.

El espectáculo era sobrecogedor, casi no había espacio en la enorme explanada y en la amplia zona donde se encontraban las ruinas prehispánicas que no estuviese cubierto de cuerpos humanos. Aproximadamente una hora después de finalizado el tiroteo comenzaron a llegar largas filas de camiones del ejército, los cuales se estacionaron en las avenidas más cercanas a la plaza. Algunas ambulancias militares se introdujeron en ésta y a ellas fueron siendo llevados los heridos, les conducían grupos de soldados improvisados como camilleros. Bajo fuerte custodia fueron llevados también a los transportes numerosos prisioneros. En la ensangrentada plaza sólo quedaron los muertos. El señor Ruiz intentó efectuar su conteo. No lo logró. Su ángulo de visión no abarcaba el área necesaria para ello ni podía atisbar al interior del Chihuahua. El número de personas fallecidas en la matanza de Tlatelolco quedaría para siempre en el misterio.

•

Era la una de la mañana con cuarenta minutos cuando se inició el acarreo de los cadáveres a los transportes militares. La inicial decisión respecto al lugar a donde debían ser conducidos los

cuerpos había variado. Al conocer la orden de su traslado al Campo Militar Número Uno, el presidente la revocó y dio instrucciones de que fuesen llevados directamente al Aeropuerto Militar de Santa Lucía; ahí debían ser introducidos en cuanto avión de regular tamaño tuviese la Fuerza Aérea. Los pilotos recibieron instrucciones de volar hasta el Golfo de México y dejar caer su carga humana doscientos kilómetros mar adentro.

El presidente fijó dos excepciones al tratamiento que habría de darse a las personas que habían muerto en Tlatelolco. Los cuerpos de los soldados fallecidos debían ser entregados a sus familiares. Otro tanto debía hacerse con los mortales restos de una treintena de civiles escogidos al azar, pues ése y no otro sería el número de muertos que oficialmente se reconocería como resultado del enfrentamiento habido entre la fuerzas del orden y la partida de revoltosos que ingenuamente habían pretendido destruir las instituciones.

Desde su inmóvil posición, el Testigo se percató que los cadáveres estaban siendo retirados. Grupos de soldados llevaban a cabo la tarea de ir conduciendo los destrozados cuerpos hasta los transportes militares. Al parecer éstos resultaron insuficientes y había llegado un refuerzo de vehículos pertenecientes al Servicio de Limpia de la ciudad. Una vez depositada en ellos la fúnebre carga, los verdes camiones del ejército y los anaranjados vehículos del Departamento del Distrito Federal se alejaban veloces. Mantenían sus luces apagadas, como si intentasen con ello que pasase inadvertida su participación en el trágico acarreo.

Los soldados llegaron hasta la pila de cadáveres formada en torno al antiguo altar. Varios camiones tanto del ejército como del Servicio de Limpia habían sido estacionados a escasos metros del monumento y a ellos fueron siendo llevados los cadáveres. El Testigo comprendió que se aproximaba para su persona el momento crucial, pero estaba tan convencido de que nada podría ocurrirle si desempeñaba correctamente su función que no sintió temor alguno. Cuando una buena parte del montón de los cuerpos que le rodeaban ya habían sido retirados, escuchó a escasa distancia unas voces sin poder ver a sus autores:

—Taría bueno apartar ya a los treinta civiles.

—Sí, a ver ustedes —la segunda voz adquirió un recio tono de mando—. Aviéntense treinta muertitos a ese camión.

Al poco rato, el Testigo empezó a escuchar un intermitente conteo coreado por varias voces. Repentinamente se sintió izado en vilo. Un soldado le había tomado por los pies y otro por los brazos. Ni siquiera parpadeó o movió un músculo, su exánime organismo era del todo semejante al de los múltiples e inanimados seres que estaban siendo retirados de la plaza. Tal y como sus amigos lo "manteaban" en las albercas del Deportivo Chapultepec, el Testigo fue lanzado al interior de un camión de basura.

—¡Veintidós! —exclamaron al unísono una docena de voces que iban llevando la cuenta del número de cuerpos arrojados al camión.

El conteo prosiguió hasta llegar a veintinueve. Dos soldados iban a echar al transporte el cadáver que completaría la treintena, cuando uno de los oficiales que supervisaban la operación los contuvo:

No, esperen, mejor que sea ése —afirmó señalando la postrada figura de la Edecán cubierta por la bandera.

Al mismo tiempo que escuchaba la palabra “treinta”, el Testigo vio caer, a menos de un metro de donde se encontraba, el cuerpo de la Reina de México. Su impresión fue tan grande que estuvo a punto de gritar. Sorprendido observó la increíble naturalidad que prevalecía en las facciones de Regina. Sus grandes y redondos ojos permanecían abiertos y de ellos emanaba la misma singular mezcla de bondad y energía que había caracterizado siempre a su mirada. Únicamente la enorme herida que destrozara su corazón ponía de manifiesto que la joven había perdido la vida en cruento sacrificio.

El Testigo sintió unos enormes deseos de llorar. El hecho de que el cadáver de la legítima Soberana de la Nación hubiese sido arrojado a un camión de basura le resultaba algo grotesco, la mejor prueba de la inconcebible subversión de valores que prevalecía en el país. Una súbita reacción surgida de lo más profundo de su ser le devolvió el ánimo. Comprendió que no era el momento de perder el tiempo en lamentaciones. Nada podía ser casual en aquella terrible e interminable noche. Seguramente debía haber un oculto propósito en el hecho de que se encontrase en el mismo transporte que llevaba el cuerpo de Regina. Mientras el vehículo avanzaba a través de solitarias calles, el Testigo rogó con toda su alma por saber cuál era la tarea que le correspondía cumplir en aquellas dramáticas circunstancias. Encontró la respuesta. Ignoraba si le sería posible cumplir con su deber, pero estaba decidido a intentarlo utilizando todos los medios a su alcance.

El camión se detuvo. De inmediato el Testigo se incorporó y de un brinco llegó al suelo. Los tres sujetos que descendían en esos instantes de la cabina le contemplaron con espantado asombro. Actuando serenamente el Testigo llegó hasta ellos y antes de que se recuperasen de su sorpresa procedió a darles la explicación que ya tenía mentalmente preparada: había asistido al mitin de Tlatelolco, al producirse el pánico había sido arrollado por la multitud; no recordaba otra cosa; lo más seguro era que se hubiese golpeado al caer y perdido el conocimiento; lo había recobrado hacía tan sólo unos momentos, cuando al abrir los ojos se encontró con que viajaba en un camión en medio de un montón de cadáveres, uno de los cuales era el de una gran amiga que no tenía ningún familiar en la ciudad; llevaba consigo quinientos pesos y se los daría gustoso si lo dejaban ir, pero necesitaba también su ayuda —y sabría desde luego recompensarlos debidamente— para lograr que le fuese entregado el cuerpo de su amiga y poder darle sepultura.

Los tres sujetos con los que hablaba el Testigo eran agentes de la Secretaría de Gobernación, dependencia gubernamental a la que el presidente había encomendado el hacerse cargo de entregar —a quienes los reclamasen— los cuerpos de los treinta civiles que oficialmente habían perecido en Tlatelolco. Superando el asombro que les produjera ver salir una persona con vida del montón de cadáveres, los agentes centraron su atención en la posible utilidad que el hecho podía reportarles. Uno de ellos expresó con sorna que nada les impedía despojar al aparecido de sus quinientos pesos y convertirlo en un prisionero. El Testigo replicó con buena lógica que de hacerlo así perderían la recompensa que estaba dispuesto a dar si lo ayudaban a rescatar el cadáver de su amiga. En vista de que de todas formas dicho cuerpo habría de ser entregado, los agentes estimaron que se les presentaba una magnífica oportunidad de obtener algo a cambio de nada. Preguntaron que a cuanto ascendería su recompensa y el Testigo respondió que llevaba su chequera y estaba dispuesto a extender un documento por tres mil pesos para cada uno. Los

agentes manifestaron su consentimiento pero dieron a conocer una última condición: debía otorgar otro cheque por la cantidad de mil pesos al agente del Ministerio Público de la Tercera Delegación —enfrente de la cual se encontraban— pues sería a él a quienes ellos entregarían el cuerpo para que dicho funcionario lo diese luego al reclamante.

El Testigo estuvo de acuerdo y empezó a redactar los cheques. Uno de los agentes se dirigió al interior de la Delegación. Pensando que podría rescatar los cuerpos de los Cuatro Auténticos Mexicanos, el Testigo preguntó que adónde estaban siendo llevados todos los demás cadáveres de las personas que habían perecido en Tlatelolco. Los dos agentes se vieron entre sí y uno de ellos, desviando la mirada, respondió que no había habido más muertos que los que estaban en aquel camión. El Testigo comprendió todo el alcance que tenía esa respuesta y sintió que se le helaba la sangre en las venas; preguntó entonces por qué habían llevado los cuerpos a esa Delegación y no a otro lugar. Le respondieron que ahí se entregarían sólo unos cuantos cadáveres, los demás se distribuirían en otras Delegaciones y nosocomios. En un tono cada vez más amigable y comunicativo, los agentes explicaron los motivos de por qué tendrían que efectuar la macabra tarea de regar los cadáveres por toda la ciudad. El gobierno temía que ese día estallase una revuelta popular. Quienes habían desaparecido tras de asistir al mitin de Tlatelolco tenían familiares y amigos que les buscarían afanosamente. Si se corría la voz de que los cuerpos de los muertos en el mitin estaban siendo entregados en un solo lugar, se concentrarían en dicho sitio una enorme cantidad de gente, la cual podía pasar muy fácilmente de la aflicción a la violencia. En cambio, si los cadáveres se distribuían en diferentes lugares, se obligaba a los posibles deudos a tener que andar deambulando por toda la ciudad, evitando así la concentración de una airada multitud.

El agente que había entrado a la Delegación regresó acompañado del Ministerio Público. Este último era un joven de bigotito que daba muestras de un gran nerviosismo. Sin hacer alusión al cheque recibido, el joven del bigote pidió al Testigo varios datos que apuntó en una tarjeta, solicitó también se le indicase cuál era el cuerpo que se reclamaba —varios policías habían bajado del camión de la basura algunos cadáveres, entre ellos el de Regina— y prometió acelerar los trámites que sería necesario cumplimentar para proceder a la entrega del cuerpo. Finalmente aconsejó al Testigo que regresase dos horas más tarde, acompañado de los empleados de la agencia funeraria que se haría cargo de la inhumación.

Uno de los agentes de la Secretaría de Gobernación, adoptando una amable actitud que al parecer era sincera, propuso al Ministerio Público que una patrulla policiaca llevase al Testigo a su casa, pues éste presentaba un aspecto —con toda su ropa tinta en sangre— que podía ocasionarle dificultades para conseguir un medio de transporte.

Las primeras luces del día iluminaban una tensa y traumatizada ciudad, cuando el Testigo descendió de la patrulla que le había conducido a su domicilio. No perdió el tiempo. Antes que nada habló por teléfono a una agencia de inhumaciones y solicitó sus servicios; dio la información necesaria para iniciar las gestiones del funeral y quedó de acudir a las oficinas de la agencia más tarde. Especificó que el entierro no se efectuaría en el Distrito Federal, sino que el cuerpo debía ser trasladado esa misma mañana a la Aldea de los Reyes en el estado de México.

Aún no transcurría hora y media de la llamada telefónica cuando el Testigo —ya bañado y con

ropa limpia— llegaba a la agencia de inhumaciones en su opel olímpico. Estaba ya lista la carroza y los empleados que le ayudarían en su penosa misión. Carroza y opel enfilaron hacia la Tercera Delegación, ubicada en las cercanías del mercado de La Lagunilla. Mientras se aproximaban a su destino, el Testigo sintonizó el radio del auto con la intención de escuchar las noticias. Una estación transmitía las declaraciones del secretario de la Defensa, según éstas el ejército había tenido que intervenir la noche anterior en Tlatelolco "para sofocar un tiroteo entre dos grupos de estudiantes" (*sic*). El Testigo no soportó oír más y apagó el radio. Ansiaba recoger cuanto antes el cadáver de Regina, no toleraba la idea de imaginarla sola y abandonada en una Delegación de Policía.[1]

Varios centenares de personas entraban y salían del edificio de la Delegación. En los rostros de todos podía leerse una indescriptible angustia. El Testigo y los empleados de la funeraria se abrieron paso a través de pletóricos pasillos. El joven agente del Ministerio Público se encontraba al borde de la histeria. Su bigotito estaba perlado de sudor y con voz atiplada repetía a cuantos le rodeaban que en aquel sitio no había más cadáveres que los que todos podían ver; debían, por tanto, continuar su búsqueda en otras partes.

No hubo mayores problemas para la entrega del cuerpo, tan sólo un poco de burocrático papeleo. El cadáver había sido introducido en una bolsa de plástico anudada al cuello de la cual sobresalía tan sólo la cabeza salpicada de sangre. Seguida por el opel olímpico, la fúnebre carroza enfiló hacia la carretera de Puebla. Era un día nublado y una pegajosa tristeza imperaba en el ambiente. Llegaron a la Aldea de los Reyes. El ataúd que contenía el cuerpo de Regina fue llevado a la casa en que naciera. Dos campesinos empezaron a cavar con lentitud una fosa en el pequeño cementerio de la aldea. Vencido por la falta de sueño y el agotamiento el Testigo se recostó en la misma habitación donde estaba el ataúd y se durmió en el acto. Le despertaron para decirle que la fosa había sido terminada y el entierro podía iniciarse. Todos los vecinos de la aldea estaban presentes en el cementerio aguardando el sepelio. Provenientes del cercano poblado de Tepetlixpa habían llegado unos danzantes concheros ataviados con sus prehispánicos atuendos. El capitán del grupo pidió hablar a solas con el Testigo. Era un entrañable amigo de don Miguel y había visitado a Regina en múltiples ocasiones. Explicó que a su juicio la Reina de México no debía ser enterrada en un cementerio, sino depositada en una oculta caverna del Iztaccíhuatl. El Testigo estuvo de acuerdo. Entre los dos sacaron el cuerpo de Regina del ataúd y pusieron en éste ladrillos. Una vez hecho el cambio llevaron el féretro al cementerio y procedieron a su entierro.

El Testigo y los concheros aguardaron en la casa colorada a que se hiciera de noche. En cuanto las tinieblas nocturnas invadieron la aldea, dieron comienzo al ascenso de la montaña. A bordo de un camión de redilas —que le había sido prestado a uno de los concheros— avanzaron una buena distancia por un camino de terracería, luego prosiguieron a pie alumbrándose con antorchas. Los concheros se iban turnando la estera en que era transportado el cuerpo de Regina. Varios de los danzantes llevaban gruesos manojos de flores. A la medianoche llegaron a la caverna. Estaba situada en un desolado paraje semicubierto por la nieve. La entrada a la oquedad era muy estrecha y conducía a un largo y angosto pasadizo que concluía en una amplia habitación de roca. Fue ahí en donde se depositó el cuerpo de la Reina de México y se le cubrió de flores. Los concheros oraron y danzaron hasta que llegó el amanecer. La entrada a la caverna y el pasadizo que conducía

a la habitación de roca fueron cuidadosamente tapados con gruesas piedras. Citlalmina quedó reposando en el seno de su ciclópea hermana, aguardando un nuevo despertar para actuar una vez más en beneficio de México.

Silenciosos y meditabundos descendieron hasta la Aldea de los Reyes. Ahí se despidieron. Los concheros se dirigieron de regreso a Tepetlixpa y el Testigo entró a dormir un rato en la casa colorada. Despertó al atardecer. Había un cielo claro y despejado. Los dos volcanes lucían en su máxima belleza y poderío. La luz solar había tejido para ellos rojizos y resplandecientes mantos. El Testigo estuvo observando largamente a los dos colosos. No tardó en percibir su mensaje. Ambos estaban plenamente despiertos. El ritual de sacrificio oficiado en Tlatelolco no había sido en vano.

El Testigo abordó su automóvil y empezó a conducirlo hasta la ciudad de México. En su mente se agolpaban un sinnúmero de reflexiones. Comprendía muy bien que el futuro inmediato del país no iba a ser nada fácil. Los graves errores que se venían cometiendo desde mucho tiempo atrás habían ido acumulando sus consecuencias y éstas tendrían que empezarse a pagar muy pronto. La devastación de los recursos naturales llevada a cabo por una población inconsciente acarrearía desgracias sin cuento. Males también mayores sobrevendrían por la incompetencia y deshonestidad que caracterizaban al sistema de gobierno. No obstante, el Testigo sabía ahora que la supervivencia de México estaba plenamente garantizada. El Popocatépetl y la Iztaccíhuatl, sus dos más antiguos, valerosos y sabios habitantes, habían despertado y de seguro encontrarían la forma de lograr que la nación recuperase su perdida vocación de grandeza. Era sólo cuestión de tiempo. El Testigo no podía determinar de cuánto tiempo, pues es evidente que la dimensión del mismo resulta muy diferente según se trate de una montaña o de una persona. Estimaba, sin embargo, que las nuevas generaciones irían adquiriendo progresivamente una nueva conciencia, y que antes que hubiese transcurrido un siglo, el país estaría poblado por seres que sabrían retomar el camino seguido por quienes habían edificado las prodigiosas civilizaciones de las antiguas y olvidadas Edades de Oro. La luz surgida de la noche de Tlatelolco alumbraría el camino de México a lo largo de milenios.

El opel olímpico dejó atrás la carretera y entrando a la ciudad tomó por la calzada Ignacio Zaragoza. Había anochecido y el tránsito era en extremo lento. Al obedecer la señal de un semáforo y detener su vehículo, el Testigo observó a los ocupantes del automóvil vecino. Eran cinco jóvenes con aspecto de estudiantes cuyos rostros reflejaban una marcada expresión de desconcierto. El Testigo tocó el claxon para llamar la atención de los muchachos y en cuanto le vieron hizo con los dedos la “V” de la Victoria. Los estudiantes le respondieron de inmediato formulando simultáneamente idéntico gesto, le hicieron también señas de que se saliese de los carriles centrales y tomase la lateral. Así lo hizo. Tras de detener sus vehículos sus ocupantes descendieron.

Los cinco jóvenes eran integrantes de una de la brigadas que habían dado voz y fuerza al Movimiento. Un preparatoriano de avispada mirada reconoció al Testigo.

—Usted es uno de los que andaban siempre con la Edecán. ¿Es cierto que la mataron en Tlatelolco? Nosotros no fuimos, pero unos cuates que pudieron salir por piernas nos contaron que la habían visto caer cuando le dispararon desde un helicóptero.

El Testigo intentó responder pero no pudo. Mil imágenes se agolparon en su mente y le fue imposible articular palabra alguna. Comprendió entonces cuán difícil le iba a resultar cumplir con su misión de elaborar el testimonio que explicase la verdad de lo ocurrido.

Uno de los estudiantes pareció intuir la causa de la confusión que dominaba a su interlocutor:

—¿Usted estuvo en Tlatelolco? —preguntó.

—Sí —respondió con ahogada voz el Testigo.

—¿Fue horrible, verdad? —inquirió de nuevo el mismo estudiante.

—Sí.

—Mire señor —intervino otro estudiante de regordeta figura—, aquí traemos un bote y una brocha para hacer una pinta, pero no sabemos qué poner; después de lo que pasó en Tlatelolco sentimos que cualquier lema que pudiéramos pintar se vería de lo más tonto. ¿No quisiera usted escribir algo?

El Testigo tomó el bote de pintura, observó que ésta era de color rojo y a su memoria acudió la imagen de la sangre que cubría el pecho de Regina. Empapó la brocha en el contenido del bote y escribió en una barda la siguiente frase:

2 DE OCTUBRE NO SE OLVIDA

---

[1] La desgarradora imagen que presentaba en esos momentos la figura de la reina de México —tendida en una plancha de concreto de un cuarto oscuro— es descrita por la señora Celia Espinosa de del Valle en el excepcional libro de la escritora Elena Poniatowska intitulado La noche de Tlatelolco. La señora Espinosa tenía dos hijos estudiantes que no habían retornado a su casa tras de asistir al mitin del 2 de octubre. Desesperada inició su búsqueda desde antes que amaneciera el nuevo día. Al recorrer la habitación donde se encontraban los cadáveres depositados en la tercera Delegación, pudo contemplar el cuerpo inanimado de Regina. Profundamente conmovida, la señora Espinosa se despojó de su suéter y cubrió con éste el pecho ensangrentado de la edecán. Afortunadamente para la señora Espinosa, sus hijos no habían sido muertos sino sólo encarcelados.

Acerca del autor

Antonio Velasco Piña nació en México, en 1935. Estudioso de la historia de nuestro país, en especial de la época prehispánica, y de distintas tradiciones sagradas de la humanidad. Ha publicado libros de ensayo y novelas, entre los que destacan *Regina*, *Tlacaélel*, *El retorno de lo sagrado*, *Los siete rayos*, *La guerra sagrada de Independencia*, *El círculo negro*, *Dos guerreros olmecas* y *Cartas a Elisabeth*.

Índice

Portada

Página de título

Regina
CAPÍTULO I
El aguador derrama su cántaro
1. Reunión en la cumbre
2. El nacimiento

CAPÍTULO II
El último y el primero
1. El niño que soñaba ser arquitecto
2. A la búsqueda de un rostro y de un corazón
3. El retorno del pasado

CAPÍTULO III
La formación de una reina
1. Kumba Mela en Monte Kailas
2. El temido año Hierro-Tigre
3. Al borde del abismo
4. ¿En dónde están los khampas?
5. La batalla de Lhasa
6. Los inicios de una Dakini
7. El acertijo
8. Juicio y castigo
9. La lección china
10. Regreso al origen

CAPÍTULO IV
La prueba de la Tierra o la cárcel de la Luna
1. Guardianes de otros tiempos
2. Importantes hallazgos
3. Calmecac en Chapultepec
4. La Edecán del 68

5. Un gobierno perfecto

CAPÍTULO V
La prueba del agua o la Manifestación del Rector
1. Ya no hay chicles de menta
2. Un regente no muy gente
3. Granaderos en acción
4. Un nuevo Julio César
5. 26 de julio
6. Bazucazo en la conciencia nacional
7. Un gesto de dignidad
8. La petición de ayuda
9. El agua de los cielos
10. Los primeros pasos

CAPÍTULO VI
La prueba del aire o la Manifestación del Silencio
1. Edecán en acción
2. El despertar de un pueblo
3. Resonar de instrumentos sagrados
4. La rebelión del rebaño
5. La batalla del silencio
6. El Nombre Sagrado
7. La Fiesta de la Victoria

CAPÍTULO VII
La prueba del fuego o la matanza de Tlatelolco
1. La detención del Movimiento
2. El legado de Cuauhtémoc
3. La Reina Celeste
4. El sacrificio
5. 2 de octubre no se olvida

Acerca del autor
Créditos

Regina
2 de octubre no se olvida

Primera edición digital: junio, 2015

D. R. © 1987, Antonio Velasco Piña

D. R. © 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
Colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo,
C.P. 11520, México, D.F.

www.megustaleer.com.mx

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@penguinrandomhouse.com

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN 978-607-313-368-5

/megustaleermexico

@megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación